

FILE-3/005

CRÓNICA GENERAL

DE

ESPAÑA,

Ó SEA

HISTORIA ILUSTRADA Y DESCRIPTIVA DE SUS PROVINCIAS,

SUS POBLACIONES MAS IMPORTANTES DE LA PENINSULA Y DE ULTRAMAR.

SU GEOGRAFÍA Y TOPOGRAFÍA.—SU HISTORIA NATURAL.—SU AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ARTES Y MANUFACTURAS.—SU HISTORIA ANTIGUA Y MODERNA, CIVIL, MILITAR Y RELIGIOSA.—SU LEGISLACION, LENGUA, LITERATURA Y BELLAS ARTES.—SU ESTADÍSTICA GENERAL.—SUS HOMBRES CÉLEBRES Y GENEALOGÍA DE LAS FAMILIAS MÁS NOTABLES.—SU ESTADO ACTUAL, EDIFICIOS, OFICINAS, ESTABLECIMIENTOS Y COMERCIOS PÚBLICOS.—VISTAS DE SUS MONUMENTOS, CARTAS DE SUS TERRITORIOS, Y RETRATOS DE LOS PERSONAJES QUE HAN ILUSTRADO SU MEMORIA.

OBRA REDACTADA

POR CONOCIDOS ESCRITORES DE MADRID, DE PROVINCIAS Y DE AMERICA.

VALENCIA.



MADRID.

EDITORES:

RUBIO Y COMPAÑIA.

1867



CRÓNICA

DE LA

PROVINCIA DE VALENCIA,

POR

DON VICENTE BOIX,

CRONISTA DE LA MISMA CIUDAD.



MADRID.

EDITORES:

RUBIO Y COMPAÑIA.

1867

MADRID: 1867.

Imprenta á cargo de J. E. Moreto, Preciados, 74.

Propiedad de los editores
RUBIO Y COMPAÑIA.



INTRODUCCION.

Cuando en esta época de transición y en los momentos actuales se agita por todas partes no solo el gran principio de la fraternidad universal sino también el de la constitución de grandes Estados, justo es que los hombres pensadores y los que conservan todavía un resto de veneración y de cariño á la memoria y á las glorias de sus país, siquier haya este perdido su importancia pasada, procuren salvar del caos que se levanta en los horizontes políticos los recuerdos de los pueblos que, sin ser viejos, han perdido ó van á perder el rango que ocuparon en la historia. No es ya posible la autonomía de ciertas localidades; las ideas modernas, el empuje de los acontecimientos, la falta de virtudes públicas y el indiferentismo hácia todo lo que no ofrezca un estímulo al interés material, han alejado la posibilidad de que vuelvan en mucho tiempo, y tal vez nunca, á su primitiva categoría los pueblos que un día, no muy lejano por cierto, eran tenidos como grandes y eran grandes porque eran austeros, porque eran libres. Pero ya que los esfuerzos aislados, los deseos mas ardientes y la voluntad mas decidida de algunas individualidades no pueden contener las corrientes tumultuosas que se cruzan sobre la superficie de la vieja Europa y de cuantos pueblos han nacido de su carcomida cuna para asentarse en otras regiones del globo, digno será, si no de mérito de alabanza al menos, arrojar al encuentro de esas olas agitadas los nombres, los monumentos y las celebridades de un país, hoy confundido, para que la multitud que rueda, no que marcha, pase por encima, deteniéndose apenas, para caer á su vez en sima profunda, donde se hundan con tanta rapidez los hombres y las cosas del mundo contemporáneo. Engalanados nosotros con los magníficos atavíos de las ciencias y de las artes, levantadas á una region no conocida hasta ahora, trasportados con la velocidad eléctrica á las distancias mas remotas, conociendo á fuer de vecinos á los pueblos mas separados y orgullosos con el siglo XIX, osamos, si no despreciar recordar con indiferencia las edades que cuenta la humanidad y nos creemos en nuestro orgullo los mejores, los mas ilustrados y los mas felices entre los pobladores del globo. Y sin embargo, el espíritu de ambición, el

del egoismo, el de la conquista y el de los intereses materiales han hecho uso de los descubrimientos de los sábios, para dar á la guerra un asiento entre nosotros, para cubrir las grandes injusticias con el ropel de falaces teorías, para dar á las batallas un aspecto mucho mas horrible, en que para nada sirve el valor individual, y para halagar los malos instintos haciendo sacrificar á los goces materiales los massanos principios de la moral pública y privada.

Otras generaciones, sentadas sobre los monumentos que dejamos á la posteridad, vendrán en su día á dar su fallo tremendo sobre nuestra existencia y entonces escribirá la historia la verdad de lo que somos, de lo que valemos y de lo que continuamente predicamos.

Pero en tanto la Providencia conduce á la humanidad por caminos ocultos á la penetración y á la suspiración del hombre, permítasenos, en union con otros sábios, á quienes seguimos muy lejos, porque no merecemos ir entre ellos por nuestra pequeñez, presentar en la CRÓNICA GENERAL DE ESPAÑA los restos que se han salvado del nombre y de la gloria de VALENCIA.

Admitida ya como un gran principio de alta administración moderna la centralización en un punto de todas las fuerzas de la nación, abolidos los privilegios, y sujetos todos los pasos del individuo y de la colectividad á la espesa urdimbre de la fiscalización suprema hasta los mas pequeños detalles de la vida social y política, las provincias son nada, el centro es todo. Los extremos languidecen, y el centro se ahoga de hartura: y por lo mismo la provincia va desfalleciendo amortiguándose y con la vitalidad pierde su importancia, su nombre y todo su pasado. Solo se la despierta y se la llama para los sacrificios, rara vez para escuchar su voz y sus deseos.

No es pues ya Valencia la perla de la antigua y poderosa corona de Aragon; no es, como fué, la Atenas de sus grandes épocas; no es aquella matrona que acompañaba á los Jaimés y á los Alonso en sus conquistas de Sicilia, de Italia, del Rosellon, de la Cerdeña y de otros puntos, llevando en su frente la luz del génio y el esplendor de su libertad foral; no es la conquistadora y la compañera de la raza árabe, cuando

unidas convirtieron el país en un celebrado paraíso; no es el génio religioso y civil que dotó la capital y sus numerosos pueblos de monumentos espléndidos donde dejó grabada su fé, su inspiración y su poder; pero como estos monumentos subsisten aunque muchos hayan sido aventados por el paso del siglo presente, aun podemos formar por ellos una idea de lo que fué.

Desde la mas remota antigüedad ha sido codiciada siempre esta hermosa zona de la Península Ibérica. Sus magníficas y espléndidas llanuras, cruzadas por rios importantes, sus montes fértiles y poblados, sus valles amenos y feraces y su clima tan apacible como el del archipiélago griego, atrajeron numerosas familias ibéricas que venian buscando un asiento en el globo despues de abandonar las llanuras de la Mesopotamia, las faldas del Taurus ó las orillas del mar Caspio. Piérdese en la oscuridad de los tiempos la memoria de la primera poblacion de Sucro, Sœtabis, Damanium, Edeta, Celeri y otros muchos. Los griegos de Zante, que debian dar nombre á la inmortal Sagunto, se unieron á los iberos que abandonaron á Edeta, á Segóbriga y otras ciudades para echar los cimientos á la poblacion que habia de ser un dia la gloria de nuestra patria.

Sagunto, unida á la raza greco-latina por su origen pelásgico, y odiando al pueblo cartaginés, cuyo instinto era el monopolio del mundo antiguo, abrió á los romanos las puertas de la Península para preparar las grandes trasformaciones que habia de sufrir la primitiva Iberia, así como el resto del Mediodía de Europa. Bajo este punto de vista es sumamente interesante el heróico período que marca la destruccion de Sagunto y el comienzo de la dominacion del pueblo de Rómulo. Así se unió en esta provincia la civilizacion griega á la romana para dar forma política á esta region, compuesta hasta entonces de tribus aisladas, casi desconocidas entre sí, y enemigas muchas veces. Establecidos los romanos, dieron comienzo á la fundacion de la capital, á la que colmaron de distinciones, mientras favorecieron con toda la plenitud de su poder la reparacion de Sagunto, revistiéndola de nuevas y mejores construcciones, bajo el mando consular de Scipion. Acumulados en Valencia iberos, lusitanos, y romanos veteranos y viejos, *veterani et veteres*, recibieron la lengua, la religion y las costumbres de las tribus latinas, hasta el punto de que la poblacion primera de Valencia no fué mas que una colonia romana, pequeña ante la nueva grandeza que levantó á la inmediata Sagunto. El paso de Pompeyo en sus guerras con Sertorio, la batalla del Júcar, en que el primero fué completamente debelado, la marcha de Julio César y el tumulto de la jornada de Mérida no influyeron nada en la suerte de este país, que visitaban los opulentos patricios para admirar su fertilidad y ofrecer sacrificios espléndidos en el templo de Diana, en Denia y el de Vénus Alma en los alrededores de Sagunto. Uno y otro fano eran objeto de peregrinacion para los viajeros romanos, que iban además á Sœtabis para adquirir los ricos tejidos de lino, y á Sagunto para comprar sus magníficos carros y sus soberbios caballos. Valencia, sin conocer las grandes calamidades que precedieron á la dictadura de Julio César, abrió fácil-

mente el paso á la nueva civilizacion que descendia del Calvario, siendo una de las primeras que ofreció en la Península las puras y santas congregaciones de cristianos honrados con la sangre del mártir San Vicente.

Toda la poblacion era ya cristiana, cuando desquiciado, roto y disperso el gran imperio de Occidente se sintió invadida, aherrojada y rendida al pié de los carros de batalla de los vándalos y despues de los visigodos. Esta inundacion, que venia empujada por la mano de Dios, debia verificar otra gran trasformacion, que no tuvo tiempo para hacer perder el carácter romano de Valencia, dentro de cuyos muros subsistió durante y despues de la dominacion goda una pequeña basílica, denominada del Santo Sepulcro, hoy iglesia parroquial de San Bartolomé. Mas que las costumbres godas se arraigaron los recuerdos latinos y las creencias en nuestra religion, y por esto figuraron gloriosamente en los concilios toledanos el obispo de Valencia y los que en aquellos tiempos se sucedieron en la iglesia de Sœtabis ó Játiva. Pocos son los monumentos que en la provincia pueden ostentar el gobierno de los monarcas de la raza goda, y solo se encuentran monedas de Swintila, algunas de Receswinto y los muros de la antigua basílica, hoy iglesia de San Félix en Játiva, donde existen, indicados, pero no descubiertos todavía, los sepulcros de sus antiguos obispos. Solo queda intacta una pila en la citada iglesia, pila que es un bello monumento cristiano.

Pero si el paso de los romanos levantó el país hasta las formas de provincia, si los bárbaros dejaron los citados restos de la poblacion cristiana y el establecimiento del primer monasterio, que se pobló de discípulos de San Agustín, venidos de Africa despues de la invasion de los vándalos, á quienes esterminó Belisario, los árabes, regidos por Abd-el-Aziz hallaron bello el país, inundado de sol, cubierto por un cielo puro y trasparente, y un clima que les recordaba las llanuras del Asia menor, y se fijaron en Valencia, y la amaron, la cantaron, la enriquecieron, la fecundaron con canales, con nuevos pueblos y la dedicaron toda la atencion de su omnipotente dominacion. Valencia se hizo oriental, Valencia tuvo mezquitas numerosas, multitud de aljamas, escuelas públicas, nobleza poderosa, abundancia de esclavos y dió el sér á una muchedumbre de escritores en todos los ramos del saber en Játiva, en Denia, en Alcira, y sobre todo en la capital. Valencia ostenta donde quiera los monumentos de los dominadores orientales; nombres de pueblos, aldeas, caseríos, partidas, costumbres, cantares, leyendas y tradiciones nos muestran aquí y allá que Valencia fué una estacion distinguida de los musulimes, que respetaron sin embargo los restos romanos y la iglesia del Santo Sepulcro. La capital fué hermosa con multitud de cármenes, que embellecian sus alrededores, y obra suya es en su origen ese admirable sistema de riego, que envidian con justicia nacionales y extranjeros. La época de la Valencia árabe merecia un honroso lugar en la historia patria.

La fama de su feracidad, de su belleza y de su clima suavísimo, celebrado por los poetas árabes con todo el entusiasmo de su brillante imaginacion, debia escitar en el ánimo de los poderosos monarcas de

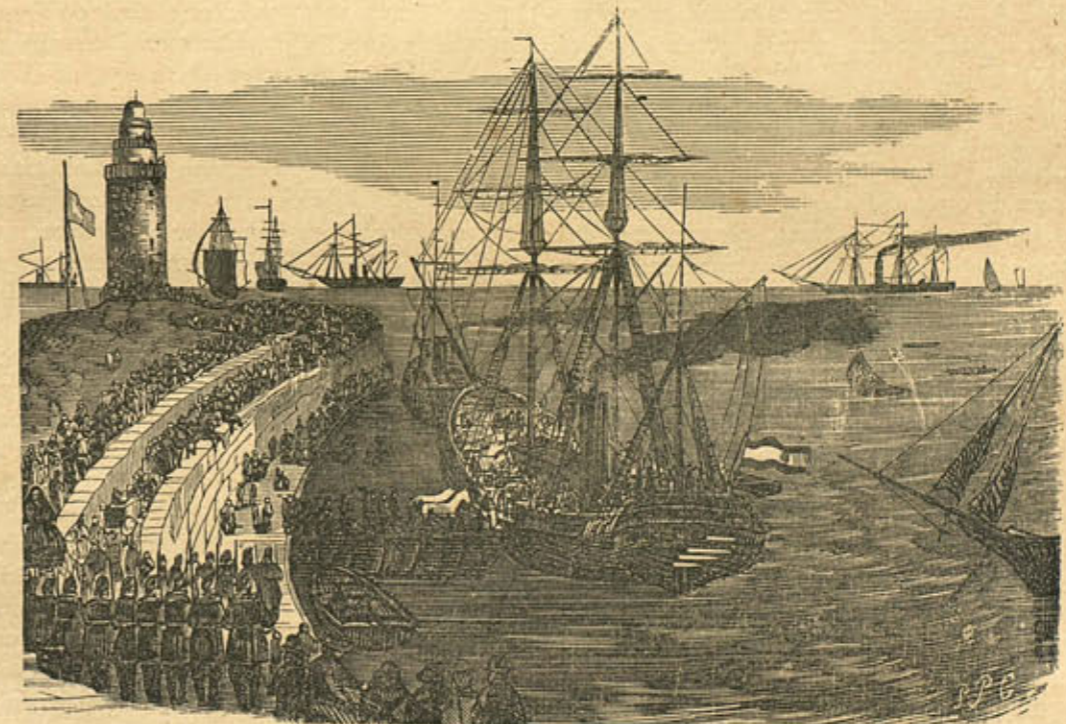
Aragon, condes de Barcelona, el deseo de conquistarla y de poseerla. Felizmente tocó esta gloria al inmortal Jaime I, el Carlo Magno de Aragon, llevando á cabo la adquisicion de Valencia, para añadirla á su ilustre corona con mas fortuna que la corta dominacion del Cid. Dotada de una constitucion que no era ni aragonesa, ni catalana, pero que reunia los mejores principios en que se afirmaban las dos, consiguió establecer un sistema político-administrativo, que ha merecido los honores de sábios y profundos comentarios, y que vivió durante muchos siglos, los cuales constituyen la época verdaderamente grande de la ciudad del Turia. A su libertad, á su tolerancia, á su ilustracion, se deben las grandes instituciones que nacieron despues, el desarrollo de la marina, del ejército, de las letras, de las artes y de la industria, como lo atestiguan los colosales monumentos que todavía se admiran. Aun cuando la casa de Austria, que tan grande fué bajo el segundo Felipe, y tan raquíca bajo el último de aquella casa, Valencia nada perdió de su importancia y continuó produciendo santos, literatos y artistas. Pero cuando la mano de Felipe V arrojó á las llamas de Játiva la libertad foral, Valencia se estremeció, se postró y cayó en la ina-

nacion. Su nuevo estado la arrebató su pasada vitalidad y su energía, casi ocultando el rostro, avergonzada de presentarse sin los atavíos de sus fueros. Así permaneció silenciosa, encerrada en sus jardines, sumida en la indolencia, hasta que la voz del gran Carlos III la ayudó á levantar, y se irguió de nuevo, cuando la sombra de Napoleon cubria toda la Europa. Desde entonces Valencia no quiso, ni quiere permanecer en su aislamiento, y mientras ha tomado parte en todos los sucesos que vienen conmoviendo la Península de un siglo á esta parte, ha adquirido las formas y las ventajas de la civilizacion actual.

Los cuadros que acabamos de bosquejar ofrecen alto interés para los que en algo estiman la vida pasada de los pueblos, porque en esos cuadros faltan las figuras, falta el movimiento, falta la vida que les da la historia.

Este trabajo es el que nos proponemos intentar, siquiera no nos sea posible abrazar muchedumbre de detalles, que lo harian mas completo. Tal, sin embargo, como vamos á presentarlo, será bastante para conservar en el lugar que le corresponde el renombre justamente adquirido, de la vieja Valencia de los edetanos.

FIN DE LA INTRODUCCION.



CRÓNICA DE LA PROVINCIA DE VALENCIA.

CAPITULO PRIMERO.

Valencia antigua.

I.

Muchos siglos antes de que el génio latino levantara en la orilla del Turia el primer monumento de la poblacion, que un dia debiera recibir el celebrado nombre de VALENCIA, ocupaban ya el centro y muchos de los puntos extremos del *seno sucronense* diferentes pueblas, habitadas por los iberos, Sucro (Alcira), Sœtabis (Játiva), Damania (Domeico), Edeta ó Lascrona (Liria), Sepelaco (Onda), Aretalias ó Caretalias (Artana), Oleastrum (Eslida), Osikerda (Mosqueruela), Leonica (Castelserás), Etovesa ó Etovisa (Benifazá), Anitorgis (Alcañiz), Arse (Hijar), Lassira (Lezera), Bernama (Fuentes de Ebro), Eborra (Puebla de Alborton), y Belia (Belichite), formaban parte de la estensa region ibérica, que la administracion romana señaló bajo el nombre de Edetania.

Mas próximos al punto donde habia de ocupar su rango la capital del Turia se hallaban Segóbriga (Segorbe), Pallantia (Ribarroja), y Turolis (Teruel), separados unos de otros todos estos pueblos por espesos bosques, por ásperas cordilleras, por multitud de rios, mientras el seno sucronense, comprendiendo desde Cullera hasta el Turia, se extendia en mayor anchura que actualmente el lago de la Albufera, ceñido por la parte de tierra y por la del mar por bosques impenetrables, inundados con frecuencia por las violentas avenidas del Júcar. Hasta el gobierno de los romanos, el territorio antiguo de la provincia de Valencia que constituia parte de la Edetania y de la Conlestania presentaba el aspecto del mundo primitivo; un gran lago que era el de la Albufera, rios como el Júcar y el Turia, otros de avenidas periódicas como el Palancia y algunos de corrientes continuas y en ciertas épocas terribles por su impetuosidad, como el Albaida, el Montesa y el Cañolas.

Para comunicarse entre sí las pueblas ibéricas, era preciso cruzar montes escabrosos, como la Muela de Córtes, Enguera, montes de Valldigna y vertientes del Monduber. En ninguna parte se encuentra señalada

la mano de los siglos de piedra; ni un camino, ni un monumento ibérico. En cambio se han descubierto utensilios de pedernal, monedas de época mas reciente, y restos que atestiguan la existencia de la raza ibérica en los siglos inmediatos al paso de la dominacion cartaginesa. Visitando detenidamente á Domeño, Liria, Ribarroja, Alcira, Játiva, Cullera (antigua *Celerí*) y otros puntos de primitiva poblacion, no se descubre resto alguno de los primeros habitantes. Ninguna comarca de la Península ha sido tan codiciada como la de Valencia: el paso frecuente de los dominadores extranjeros, borrando uno en pos de otro las huellas que dejaban impresas, ha ido destruyendo sucesivamente las obras de las generaciones pasadas. El cartaginés aventó los restos ibéricos, el romano completó la destruccion, si bien levantó en su lugar otros monumentos imponentes, como el acueducto de la Peña Cortada de Chelva, el alcázar de Sagunto, el acrópolis de Sœtabis y varias torres de sólida construccion, que los godos transformaron, los árabes demolieron, y los conquistadores cristianos reemplazaron, en parte, con obras de diferente carácter, bajo la doble inspiracion de la religion y del feudalismo.

Si los pueblos iberos no tuvieron en los tiempos primitivos una verdadera importancia histórica, las colonias, sobre todo la de Sagunto, adquirieron un alto renombre, dejando una magnífica página de oro en los anales de la historia patria.

Una y otra colonia eran de origen griego; una y otra eran anteriores á los tiempos de Solon y de Licurgo; una y otra conservaron la lengua, los recuerdos del Atica y de la Laconia; y una y otra deben su cuna á aquellas emigraciones aventureras, que desde las encantadoras orillas del Pactolo y del Cefiso, se dirigian á las tranquilas playas del Mediterráneo, que circunda el fantástico jardin de las Hespérides, en pos del trabajo y del bienestar, fruto del mismo trabajo. Casi á un mismo tiempo que Emporium (Ampurias) en Cataluña, los foceos se establecian al pié de una linda colina, bañada por el mar, al pié del gigante Mongó, para levantar un pueblo para vivir y un templo á Diana para orar. Este pueblo es Denia. Aun conserva su afrodium y los muros

exteriores de su venerando templo; aun se levantan solitarios los viejos muros de la primitiva ciudad, que el mar se ha encargado de demoler, lenta pero incessantemente. Algun tiempo mas, y aquellos muros desaparecerán. Como santuario religioso de la época gentílica, *Dianium* ó Denia fué siempre un objeto de profunda veneracion para los habitantes de las colonias griegas, que ocupaban las orillas ibéricas del Mediterráneo. Denia decayó al paso que se derribaban los altares de la idolatría, reemplazados por la Cruz del Redentor, y solo vuelve á ocupar un lugar conocido en la historia patria, cuando las razas orientales se establecieron en España, despues de la constitucion del califato de Córdoba.

Si Denia, como santuario, fué una ciudad casi sagrada en los tiempos primitivos, mucho mas importante fué Sagunto por su industria, su agricultura, su poblacion y su memorable destruccion. Al abrir, pues, las primeras páginas de la *Crónica* de Valencia es preciso trazar á grandes rasgos las noticias que se conservan de la existencia de los iberos, sus primeros moradores, y levantar á fuer de magnífica portada, un monumento de memoria á la inmortal y celebrada Sagunto.

Antes empero de dar comienzo á la narracion histórica, daremos la descripcion topográfica de la provincia, guardando el orden que nos hemos propuesto.

CAPITULO II.

Fundacion de Valencia.—Descripcion de la provincia.

No puede fijarse con exactitud la época cierta de la fundacion de Valencia. Pedro Antonio Benter fué el primero que ilustró nuestro país con su historia ostentando mucho método, ornato y diligencia; pero como emprendió este trabajo á principios del siglo xvii en que si bien se cultivaban en España con sorprendente perfeccion otros ramos de la literatura se echaba de menos, sin embargo, la crítica que reclaman los estudios históricos, y su buena fé muy parecida á la vanidad de los primeros historiadores griegos que trataron de la poblacion del Atica, le hizo aceptar las ficciones del Beroso sobre el origen de Valencia, sancionó, como hechos, muchas de sus fábulas, é interpretó, harto equivocadamente, diferentes inscripciones romanas, apoyando con su opinion particular las teorías menos aceptables.

Martin de Viciana, natural de Burriana, educado en el palacio de los opulentos duques de Gandía, aunque empleó en escribir su historia mas de cuarenta y ocho años, no fué sin embargo, muy crítico en sus investigaciones y mostró por lo mismo tanta ligereza, que la antigua real audiencia impidió la continuacion de la impresion del tomo segundo de su historia, á pesar de haber sido Viciana mas erudito que Benter su antecesor. Gaspar Escolano, valenciano, hombre de claro entendimiento, de mucha instruccion, de un corazon excelente y de un espíritu altamente religioso, siguió con frecuencia y buena fé los errores de Roman de la Higuera, teniendo muchas veces por perjudiciales, los textos que encontraba del Beroso y de Juan Nanni ó Anio.

VALENCIA.

Mas acertado el maestro Diago, natural de Vivel, se complace en refutar á Escolano, resentido sin duda de que el célebre cura de San Estéban hubiese rebajado el mérito de Anio, individuo, como lo era el mismo Diago, de la Orden de Predicadores.

A pesar de esto serán siempre estos cuatro historiadores los mas distinguidos entre nuestros primeros escritores valencianos, pues solo ellos han escrito dignamente nuestros anales. Sensible es por lo mismo que algunos de ellos no acabaran sus importantes y útiles trabajos. Benter no imprimió la tercera parte de su obra; Viciana dejó de continuar su Libro segundo; del primero nada se sabe, y Escolano solo dió á luz su primera Década dividida en dos partes ó volúmenes: Diago, en fin, únicamente publicó el primer tomo de sus Anales. No hago mencion de Mosen Jaime Ferrer, que floreció en el siglo xiii, porque sus *Trobes* no son mas que unas apreciables pero concisas noticias de los personajes que concurrieron á la conquista y de las armas ó blasones de que hicieron uso. Mares, en su *Fénix Troyana*, sigue tambien los errores del Beroso, al investigar el origen de Valencia.

A pesar, pues, de las respetables opiniones de los escritores citados y de las de Escalapes, Sales, Ortiz, Mayans, Antist, Falcó, Pradas, Teixidor, Villanueva, Cortés y otros muchos, que han escrito de nuestras cosas, queda todavía por determinar fijamente la época verdadera de la fundacion de Valencia, nombre que tuvo en su cuna y primeros pobladores que vinieron á ella. Se encuentran vestigios, siquier sean ligeros, de una raza egipcia, ó por lo menos oriental. Algunos autores aseguran que los fundadores vinieron de Sagunto, oriundos por consiguiente de la isla de Zante; pero en ninguna parte se hallan recuerdos monumentales de un rey, llamado Rómo, á quien Mares atribuye la fundacion de esta ciudad. Mas fácil es suponer que existió aquí alguna familia egipcia, cuyas huellas se confunden con las memorias de los primeros pobladores romano-lusitanos; pero lo que no puede ponerse en duda, es que el cónsul DRCIO BRUTO señaló este territorio por los años 136 antes de Cristo para recoger y establecer á los desgraciados soldados de Viriato, despues de la muerte trágica de este atrevido lusitano.

Valencia, pues, se halla situada entre los 39° 32' 0" de latitud N. y 0° 23' 40" de longitud E. del Observatorio de San Fernando. La ciudad está asentada sobre un terreno que, considerado geológicamente, ofrece de bajo á arriba terreno pirásico-roca del mismo nombre; terreno cretáceo de arcillas plásticas, que se explotan para la alfarería, en las cuales se encuentran ostras fósiles y conchas de grandes dimensiones, arenisca verde con capas de caliza arenácea y mariscos fósiles petrificados; capas de conglomerados, mas ó menos tenaces; creta rojo-oscura arcillosa, creta blanca; roca compuesta de fósiles marinos con glúten cretáceo, creta arcillosa dura, y creta blanca compacta de la que se extrae la cal. El terreno de aluvion presenta capas de cantos rodados, con glúten arcilloso, cantos calizos sueltos, algunos de gneis, cuarzo y esquisto, arenas y gravas y légamo arenáceo vegetal.

El clima es benigno, su temperatura suave, y el cielo risueño, despejado y sin nieblas. Son raros los

vientos huracanados, los hielos asoladores, las grandes escarchas, las nieves, las tempestades y los escabiosos calores. Reinan casi constantemente los vientos de levante; son húmedos y refrescan en el verano sin enfriar demasiado en el invierno. El poniente suele levantarse de un modo repentino, y continúa uno ó dos y á veces mas días, haciendo sentir su influencia, no solo á los vegetales, sino tambien á los sanos y enfermos, precediendo regularmente al viento norte tan temido de Hipócrates.

No lejos de la orilla del Mediterráneo, de quien la separa el rio Turia ó Guadalaviar, y con quien se comunica por diferentes caminos, pero sobre todo con el magnífico llamado del Grao, Valencia ocupó en su nacimiento el punto mas culminante del terreno que ahora llena con su numerosa poblacion. Pompeyo causó bastantes estragos en la ciudad primitiva, despues de su derrota en las orillas del Júcar; pero Quinto Sertorio los reparó y la ensanchó por los años 677 de Roma, encerrándola dentro de los sólidos y altos muros que conservaron en parte hasta la invasion de los árabes, y parte que acaban de derribarse en el pasado año de 1865, desde la puerta del Real hasta la Nueva. El último ensanche, cuya demolición ha principiado, data del año 1356 en el reinado de Pedro IV de Aragon.

La superficie del ámbito primitivo no escedia de 434,700 metros cuadrados y su perimetro de 2,600 metros lineales. La superficie actual es próximamente de 1.300,000 metros cuadrados, y su perimetro de 4,500 metros lineales.

Las puertas que, conservando las romanas, abrieron los árabes, eran las siguientes:

1.^a La de Beit-al-lah (Casa de Dios), llamada despues malamente de la Boatella, y *Sucronense* entre los romanos.

2.^a La de Sharea (puerta de la ley), vulgarmente Xarea, cerrada en 1599, por donde hizo su entrada solemne Carlos I, y derribada en 1865.

3.^a La de Heña es Scharki (viento del Oriente ó aparicion del Sol), la del Sol entre los latinos, hoy de la Trinidad.

4.^a La de Baab-el-Janesch (de la Culebra), ó portal de Vallidigna, voz corrompida de Baab-el-Din (puerta de la Religión).

Además abrieron los árabes los portillos ó bord'és:

1.^o Bord'ye de Alkantara.

2.^o Bord'ye de Tudela.

3.^o Bord'ye de G'Ali-Abu-Fadl (Ali, padre de Fadl), llamado vulgarmente de Alibufat.

4.^o Bord'ye de Roterós, abierto por Jaime I de Aragon.

Los árabes construyeron además las cloacas ó magníficos valladares, que subsisten todavía, trazando un admirable laberinto de grandes y pequeños canales subterráneos que tanto llaman la atención de los extranjeros. Esta grande obra se debe á los Omeias G'Abd-er-Rajman III y Ab-Jaquem II, desde el año 913 al 977. Pedro II de Aragon construyó otras nuevas, aunque inferiores, á imitación de las antiguas.

Los alrededores de la ciudad musulmánica sufrieron algunas transformaciones despues de establecido el

gobierno árabe. Los arrabales eran los siguientes: el de la Villanueva, cerca de San Juan de la Ribera; el de la Alcudia, que se estendia por la calle de Cuarte, estramuros y barrios de la Corona; el de Mirchiliena, hoy Marchalenes, que se comunicaba con la Almunia (huerta), de Ben G'Abd-el-G'atsis (Jardin del Real) y con las alquerías de Benifaraix, Benimaclet y célebre huerta del Quexar que seria tal vez la famosa alquería llamada Algeroz, Alyeroz ó Alqueroz, vulgarmente de Giros (alquería de los guardias del Rey), puntos todos memorables en las leyendas y poesías de los cantores árabes.

A pesar de haber perdido Valencia la alta importancia de que durante tantos siglos ha gozado, como capital de un reino estenso y floreciente, conserva sin embargo todavía su antiguo renombre, y la gloria que la han dado las artes, la industria, la agricultura y las letras sobre todo.

La provincia que conserva con orgullo el nombre de su capital cuenta doscientos ochenta y nueve leguas cuadradas de superficie. Se compone de tres ciudades, ochenta y dos villas, ciento noventa lugares, diez y siete baronías y varias pequeñas aldeas ó caseríos. Todas estas poblaciones constituyen doscientos ochenta y un ayuntamientos, y diez ocho partidos judiciales.

Limítrofe á la provincia de Alicante, comienza la costa de Valencia en el término de Oliva, desde la embocadura del riachuelo Bullent ó Calapatar. Oliva ostenta aun su magnífico castillo feudal, defensa y palacio suntuoso de los viejos condes, señores de la villa. Siguiendo la costa que se abre en semicírculo, se encuentra á cuatro y un tercio millas de Oliva la elegante ciudad de Gandía ceñida por el rio Alcoy por una parte y por otra por una vieja y sólida muralla, flanqueada de robustos torreones, engalanada con una soberbia iglesia colegial, de los tiempos de Calixto III, con el suntuoso palacio de los egrégios y poderosos duques de Gandía, de la familia de Borja, y con el espléndido colegio de las Escuelas Pías, que fué universidad en su origen, y despues colegio de jesuitas. San Francisco de Borja, poderoso y santo, no podia dejar de dotar á Gandía, su patria, de un colegio de la orden de que fué el mas digno general. La playa que se estiende desde Oliva, por tierras de Gandía y termina en el delta del Júcar, al pié de Cullera, es baja sin piedras y sin abrigo tambien. A la parte de acá del Júcar, que fué el Suero de los romanos, se levanta Cullera, villa de importancia, llamada de Celeri entre los latinos, y conquistada á los moros en 1239. Pasado el cabo de Cullera continúa la playa arenosa, separada del lago de la Albufera, durante un estenso trayecto, por un espeso bosque. La costa interrumpida por el puerto del Grao termina en una punta rasa, nombrada cabo Canet, que limita á Valencia por la parte de Castellon.

Para formar una idea del aspecto general de la provincia, cumple mejor al sistema que hemos adoptado dar comienzo á su descripción por la parte del Norte para terminar por el Sur. El territorio de Chelva, que se estiende por el Norte comprende, además de las llanuras que encierra, algunas montañas y coli-

nas aisladas, cubiertas de pinos, sabinas, álamos, enebros, encinas é higueras, y de multitud de diferentes arbustos, plantas aromáticas y medicinales y ricas yerbas de pasto para la manutención de toda clase de ganados. En el rincón de Ademaz el terreno es bastante fértil por las muchas aguas con que lo riegan los rios Guadalaviar, Ebron y Boilgues; siéndolo todavía mas en el vizcondado de Chelva por los manantiales que nacen en Tuejar y en la misma villa de Chelva, pudiendo asegurarse que en general todas sus tierras son á propósito para el cultivo de granos. Descendiendo al Villar del Arzobispo, partido judicial como Chelva, presenta un aspecto montuoso en sus estremos del Norte y del Sur, quedando solamente en el centro una llanura de bastante estension, la cual constituye parte del llamado Campo de Liria y de la Baronía de Chulilla. El famoso Pico de Andilla, y sobre todo las crestas de la Bellida, célebre por sus muchas nieves, destemplan estraordinariamente la atmósfera; pero quedando hácia el S. y SE. diferentes hondonadas al abrigo del Norte, se dan en ellas gran número de producciones. Con frecuencia se ven canteras de mármoles negros, entre los cuales se distingue el conocido con el nombre de Alcublas, de color pardo, y sin manchas ni venitas blancas, como son generalmente los de aquellos montes hasta Segorbe. Los alrededores de la villa de Alcublas están cultivados en una estension de mas de media hora y en ellos se encuentran frondosos sembrados y viñedos, cesando del todo el cultivo hácia la parte E., en donde empieza el grupo montuoso de la Cueva-Santa, correspondiente ya al partido judicial de Segorbe de la provincia de Castellon. A la izquierda del Turia se hallan las pedrizas de Gestalgar con recortes hácia el SO., habiendo atravesado antes aquel rio el grupo de Chulilla, entre cuyos montes se distinguen los picos de la Muela, Pedriza, Punta y Carrasquilla, separados en la actualidad por profundos y estrechos surcos abiertos por las corrientes de las aguas. Es muy digna de examen la parte septentrional de la punta titulada Salto de Chulilla, no porque las aguas del Guadalaviar se precipiten en magníficas é imponentes cascadas, sino por la escasa distancia de los elevados muros que las contienen, y la profundidad asombrosa del cauce por donde corren; quedando hácia el S. de Chulilla y á la derecha del citado rio un desierto de algunas leguas de estension, que penetra despues en el partido judicial de Chiva, internándose en Castilla, en cuyo terreno se oponen al cultivo los frecuentes riscos y peñascos, entre los que se crian gran porción de pinos, enebros, romeros, jaras y mucha maleza, que sirve de guarida á corzos, lobos, cabras monteses y otros animales dañinos, y de pasto á bastante número de ganados.

El extremo N. del partido judicial de Liria, antigua Edeta, que dió el nombre á la Edetania, está compuesto de muchos cerros, que eslabonados con los de Portaceli y Naquera por el E. y con los de la Cueva-Santa al O., se estienden muchas leguas, separando las aguas del rio Turia, que viene á Valencia de las del Palancia, que lame las ruinas de Murviedro. Su suelo es calizo, y en su superficie se descubren canteras de mármol negro con vetas blancas, bastante

esparto y algunos pinos, siguiendo de este modo hasta el barranco de Carraxet, situado entre Alarines y la aldea de Olla, el cual circunda á Olocau por el O. y S., abandonando en seguida el partido de Liria por la Cartuja de Portaceli, imponente monumento religioso que recuerda hombres eminentes, obras de arte soberbias y hechos históricos memorables. Por la parte meridional se levantan en cuadro los cuatro montes Rodanas, denominados Rodana Grande ó Loma del Lentisco, Rodana Blanca, Rodana Parda y Rodana del Pico, los cuales se forman de piedra roja y jaspe de diferentes colores, habiéndose encontrado en ellos algunas minas de plata y cobre, que han explotado algunos particulares con mezquinos resultados. Al extremo N. del término de Liria se encuentra el monte de Lacolsas formado de peña viva, elevándose tambien en las inmediaciones de la misma poblacion los cerros de Santa Bárbara al O. y de San Miguel al S.; aquel se compone de bancos y pedriscos de color morado oscuro con mezcla de greda y arena, y este es calizo y por lo general de un mármol sonrosado con vetas espáticas, hallándose tambien en su falda SE. una cantera de mármol amarillo, sembrado de manchas pequeñas de rosa con puntos blancos y negros. Finalmente, desde el pié de la célebre Edeta se estiende el pintoresco y fértil campo de Liria, plantado en toda su estension de olivos y frondosas viñas, siendo la parte mas privilegiada de este hermoso territorio las deliciosas huertas de Benaguacil y Balbona, que se hallan en la margen izquierda del Turia ó Guadalaviar.

Las montañas del partido judicial de Murviedro principian á una hora del mar, y van levantando é internándose eslabonadas en los términos de Liria, Segorbe y Nules, cuyos dos últimos puntos pertenecen á Castellon. Las cumbres y las laderas de las referidas montañas presentan en general un aspecto árido, pero sus faldas se hallan por el contrario, cubiertas de higueras, algarrobos, viñas, olivos y algunos pinos. La mayor parte del terreno está formado de calizas con mezcla de guijarros, arena y bastante arcilla, al paso que los montes ofrecen canteras de cal y yeso, y piedras silíceas, conocidas con el nombre de rodeos, de que tanto uso se hace en la capital para sus adoquinados. Hay, por último, en este término dos estensas llanuras, de las cuales la una llega desde el mar hasta Rafelbuñol, y la otra está cerrada por su lado occidental por la escabrosa y elevada sierra de Espadan. Estas dos llanuras formaban los conocidos campos Saguntinos, tan celebrados por los escritores romanos, y este es el término que encierra bajo la moderna Murviedro las ruinas y las glorias de la inmortal Sagunto.

El territorio de Moncada, contiguo ya á la capital, empieza á elevarse á poca distancia del Mediterráneo, formando una cordillera aislada de pequeña altura, la cual arranca desde el N. y lo atraviesa en toda su estension, perdiéndose por el S. en el de Torrente. La parte alta está poblada de algarrobos, olivos, viñas, romeros, aliagas, retamas, sanguinarias y otras yerbas medicinales, abundando tambien las canteras de sillar y de cal. Abraza además una dilatada llanura, que desde la falda de dichos cerros se estiende hasta la orilla del mar, toda ella plantada de magníficas

moreras, de modo que vista desde un punto elevado ofrece un hermoso panorama, ciñendo de verdura la multitud de pueblos y casas de campo, de que está sembrada esta magnífica llanura, beneficiada por el ancho canal ó acequia, llamada de Moncada, que toma sus aguas del Turia.

El territorio de Torrente es casi todo llano, como parte de lo que se llama Huerta de Valencia. A la derecha del barranco de Chiva se ven deliciosas huertas, regadas con las aguas de varias fuentes, y también dilatados secanos, en que se levantan algunas lomas que, humildes en las inmediaciones de Torrente, se elevan por el lado del O. hasta que últimamente llegan á formar cerros y montañas que se dirigen hácia Turis, siendo la mayor parte de ellas de naturaleza caliza, y algunas de mármol amarillo, que puesto á fuego lento se transforma en rojo con manchas á manera de nubes. A la izquierda del citado barranco de Chiva se encuentra el magnífico llano de Cuarte, poblado todo de olivos y algarrobos, formando un ameno y dilatado bosque, cuyas viñas dan el vino, que es uno de los mejores de la provincia.

Casi todo el territorio del inmediato partido de Chiva se halla sembrado de montes y asperezas, sobre todo en los límites de Chera, en cuyo punto hay también un inculto y despoblado desierto de no escasa estension. Al SE. se elevan los cerros de Carencio, en los que existen canteras de mármol rojo-oscuro con manchas de varios colores, y en dirección á Torrente se encuentran otras de color amarillo, que se altera por medio del fuego, como se ha dicho, tornándose en rojo y encarnado. En las lomas de la dehesa las hay igualmente de mármoles sumamente duros y de un pardo casi negro. Al SO. de Játiva están los montes de Malacara, de donde proceden generalmente las tempestades, mas encontrando estas al paso el nombrado de Azafareche, que se levanta en la parte occidental, las obliga á dirigirse por dos valles muy distantes uno de otro. Todo el territorio es por lo general bastante fértil y abundante en buenos pastos, existiendo en él diferentes llanuras que, por falta de aguas, no pueden transformarse en deliciosas huertas, como son las de Chiva, Buñol y Turis.

Ayora, situada en una estremidad de la provincia, presenta un estenso grupo de montañas, de mas ó menos elevacion, entre las cuales se destaca la escabrosa sierra de Martes, cuyas vertientes aparecen rápidas y en muchos puntos perpendiculares. El monte Caballon que sirve siempre de muro siguiendo al caudaloso Júcar, y el conocido cerro de Caroché, cuya altura es tan extraordinaria que los navegantes descubren su cima con el nombre de Sierra de Enguera ó Pico de Caroché, constituyen los núcleos de este territorio montuoso. Distínguense además las sierras de Ayora, que procedentes del término de Jarafuel continúan hasta el puerto de Almansa, despues de haberse enlazado con el monte de Caroché, y las sierras ásperas de Bicorp, Quesa, y Enguera. En la misma dirección se prolonga el titulado Monte Mayor, que elevándose al SO. de Ayora hasta una altura considerable, va á formar el collado de San Juan, por cuyo eslabon se enlaza con el Mugron de Almansa; y por último, se levanta la

Muela del Oro, de la cual se desprenden multitud de montes escarpados que parecen sus raices. Entre los valles que comprende esta urdimbre de montañas es el mas notable el de Cofrentes, cuyo suelo está formado de colinas y pequeños cerros, que alternan con algunas vegas, cañadas y riberas de poca estension; su suelo se halla cubierto de árboles de diferentes clases, ofreciendo además una vejetacion lozana, que solo se interrumpe en alguna que otra altura del interior, por estar compuesta de yesares y piedras de amolar. En el mismo término hay canteras de mármol negro, alabastro y yeso, y en ellas ó en sus inmediaciones suelen encontrarse también jacintos de Compostela, de color de castaña, blancos y encarnados.

Toda la parte N. y O. del distrito de Carlet está ocupada por multitud de montes incultos, casi en su totalidad; pero hay entre ellos un pequeño valle, cerrado al E. por la sierra de Aledua y al N. por los cerros que existen entre esta y la villa de Turis. Distantemente una legua del antiguo marquesado de Lombay, se encuentra la importante poblacion de Carlet, en cuyo punto tiene origen una estensa llanura, perfectamente cultivada, que se dirige hácia el E. del distrito, en la cual se encuentran grandes bosques de algarrobos, considerable número de higueras, muchos sembrados, olivares y viñedos, y diferentes huertas plantadas de moreras. Sus montañas son de naturaleza caliza, y los cerros, con especialidad los que se hallan en dirección á Alginet, de canteras de yeso sumamente duro, por la mezcla de tierra gredosa, piedras y arena que contiene.

El distrito de Sueca solo ofrece los montes denominados de Tarberna y de Cullera; los primeros cuya altura es asaz considerable corren del E. á O. por el costado septentrional del valle de Valldigna, y el segundo que también se llama de las Zorras, está situado en el extremo del territorio. Todo esto es llano en su mayor parte, y son sus tierras de diferentes calidades, hallándose en él varias canteras de yeso y cal y esquisitas y muy abundantes yerbas medicinales. Los montes de Valldigna, notables por sus preciosos mármoles y por ser el punto de conjuncion de las cordilleras de Benicadell y Serragrosa, se estienden por el distrito de Alcira, como unas dos leguas de N. á S. y tres de E. á O.: entre ellos se distinguen por su mayor altura el Monduber, que ofrece abundantes objetos para la geología y no pocos restos arqueológicos de la mas remota antigüedad, el Toro, el Puigmola y la cima en Aldaya, dividiéndose en dos ramales en el punto denominado del Portijol, de los cuales el uno termina en Almansa y el otro llega hasta los montes de la Casella y Murta, situados en el término de Alcira. Todo el terreno es llano, esceptuando las montañas descritas, entre cuyas faldas se encuentran magníficos y pintorescos valles, como los de Barig, Valldigna y Aigües-Vives, poblados de moreras, olivos, algarrobos, naranjos, viñas y esquisitas hortalizas.

También es accidentado en parte, pero sumamente fértil en general el distrito de Alberique ó mejor Alberich, situado al pié de la sierra de Tous ó Thous, que corre por el O. y cuyo punto culminante es el monte de Mantamon, poblado de algarrobos, abundante en aguas esquisitas y muy rico en caza mayor y me-

nor. Por el SO. limita también el distrito la sierra de Sumacárcel, que es una continuacion del anterior, estendiéndose hasta Millares, y formando ambas el descenso de las Cabrillas, por esta parte de la provincia.

La altura que mas descuella en el distrito de Gandía es el célebre monte Monduber, de cuya cubierta cumbre se divisa un estenso y magnífico panorama. De él se desprenden varias ramificaciones, de las cuales la una marcha por el O. hasta unirse con Serragrosa en el distrito de Játiva, formando otra por el S. el Coll de Llantó despues de haber atravesado el valle de Albayda; por el E. se estiende su base hasta la orilla del mar y por el N. está tocando con los famosos montes de Valldigna. Otra montaña de bastante elevacion es la que llaman la Falconera, por cuyas faldas da paso al terreno llamado de Marjuquera; habiendo en las inmediaciones de aquella otro monte de menos altura, que comunica con la cordillera que forma el Coll de Llantó, la cual se estiende por el S. hasta enlazarse con el imponente Benicadell. En el declive del Monduber está la cueva llamada de las Maravillas, donde se han encontrado fósiles muy preciosos y objetos ibéricos, como se ha indicado en otra parte. El estudioso profesor D. José Villanueva ha escogido datos sumamente curiosos de la construccion geológica de este y otros puntos de la provincia, á cuyos trabajos remitimos á nuestros lectores. En todos estos montes hay canteras de preciosos mármoles de diferentes colores, distinguiéndose muy particularmente los del monte Tramús, entre los cuales se ven algunos de fondo amarillento jaspeado y color de rosa con manchas encarnadas á guisa de nubes. En ellos se crian también algunos algarrobos y muy pocos pinos, conteniendo además buenos pastos y yerbas medicinales.

El distrito de Játiva está cerrado casi enteramente por elevados montes, que prolongándose en forma de cordillera, dejan solo abierta la parte N. confinante con el distrito de Alberique, en cuyo punto se encuentra la magnífica ribera del Júcar caudaloso y una inmensa llanura de arrozales. Al E. se descubren los montes de Valldigna, de los cuales se desprenden dos brazos ó ramales que en forma de ángulo agudo entran en el partido de Játiva; el mas septentrional lo constituye el monte Toro, abrazándola el meridional las montañas que desde Puigmola se dirigen hasta Játiva, viniendo por último á unirse con Serragrosa y montes de Besisganim. Esta sierra se halla también ramificada con el Coll de Llantó que sirve de barrera occidental á la huerta de Gandía, y continuando despues hácia el E. por un largo espacio, va á terminar en las cercanías de Fuente la Higuera. Paralela á esta cordillera corre otra mas al N. que procede del puerto de Almansa, la que pasando por entre Montesa y Enguera se dirige al puerto de Carcer y alturas de la Llosa. Entre estas montañas se estiende el frondoso valle de la antigua Sætabis, hoy Játiva, que es una de las poblaciones mas antiguas y mas pintorescas de la provincia. En el mismo término se encierran las famosas y antiguas canteras de mármol de Buxcarró, notables por su abundancia y la brillantez de sus colores.

El distrito de Enguera está ocupado en su mayor

parte por elevados y escabrosos montes, cubiertos de bosque, donde crecen los pinos, carrascos, ródanos, romeros y otros arbustos, distinguiéndose por su elevacion entre los que se hallan situados al N. el conocido con el nombre de la Muela de Bicorp. También es notable el conocido por el Cerro Negro, porque su formacion es casi toda de piedras de este color, siéndolo igualmente el que hay de yeso en sus inmediaciones, en el cual se descubre una cueva, cuyas paredes están cubiertas de una sustancia vitriólica, inflamable por medio de la accion del fuego. En el mismo distrito se encuentran dos planicies de corta estension, llamadas la Hoya y la Canal del Hinojo, viéndose al N. de la primera los montes de Sumacárcel, que abandonan en este punto el término de Enguera. Otra multitud de montañas mas ó menos elevadas forman gran parte del distrito de Onteniente, descollando entre ellas el monte de la Ermita, el del Santísimo Cristo, el Capurrucho y el escabrosísimo de Agullent, que sirve de muro meridional al frondoso valle de Albayda, y cuya dilatada cordillera parece debia ser por este punto el límite divisorio entre las provincias de Alicante y Valencia. Todos estos montes están poblados de pinos, enebros, sabinas, romeros, madroños y otros muchos arbustos, encontrándose también canteras de piedra caliza y mármoles de esquisito gusto, puntuados de gris, rojo y encarnado. La tierra en los llanos es buena y se ven pintorescas huertas, muchos viñedos, olivos y algarrobos. El valle que encierra los Alorines recuerda los paisajes de Suiza.

Limítrofe á Onteniente el distrito de Albayda está formado por las vertientes de los montes de Serragrosa, Agullent y Benicadell, el primero de los cuales, que es una ramificacion de los de Valldigna, se interna en el territorio de Albayda por Cuatretonda, continuando por los puertos de Beniganim y de la Ollería, cuyos sitios son sumamente ásperos y de muy difícil acceso. Desde este último punto hasta Ayelo de Malferit, en que sale del término para introducirse en el de Onteniente, presentan sus faldas una perspectiva admirable por las muchas plantaciones de viñedos, moreras, algarrobos ó higueras que en ellos existen, y sus cumbres cubiertas de piñas, carrascas, romeros, yerbas medicinales y buenos pastos. La sierra de Agullent, continuacion de la de Agres, forma por la parte meridional el muro que separa, en union con el Benicadell, las provincias de Valencia y Alicante, ofreciendo también en su descenso hácia el N. el mas bello panorama, no solo porque en él tiene su nacimiento una de las fuentes mas abundantes que fertilizan este hermoso país, denominada la Font del Riu, sino por las magníficas vistas que se descubren desde sus elevados cerros. El Benicadell, cuya cabeza se eleva sobre el laberinto de montañas que oprimen su cintura, es áspero y quebrado, y por lo mismo no admite cultivo. Su naturaleza es arenisco-caliza, y abunda en mármoles de color melado con vetas apáticas y algunas minas de yeso.

Para fertilizar el dilatado territorio de la provincia concurren, además de una multitud de riachuelos, barrancos y acequias ó canales de riego, admirablemente abiertos, dirigidos y administrados con los si-

güentes ríos: el Turia ó Guadalaviar, que entra en la provincia por el rincón de Ademuz en el distrito de Chelva, recoge el Ebron en Torrebaja, el Builgues en Casas-altas, el Arcos al pié de la Peña de la Hoz, el Chelva en Loriguilla, se distribuye luego en magníficos canales, surte de aguas á la capital y desemboca en el mar junto al pueblo del Grao. El Júcar que abandona la provincia de Albacete en el término de Bes, reúne en Jalance el arroyo de la Hoz y las aguas del Ayora ó Reconque, el Cabriel en Cofrentes, el Escalona en Tous, el Sellent en Carcer, el Albayda en el despoblado de Alcocer, forma la isla de Alcira, se engruesa con los ríos de los Ojos y el Juanes ó Rambla de Algemesí, se precipita en el Mediterráneo junto á la villa de Cullera. El Palancia, el Serabis antiguo, entra en la provincia por el término de Algar cuando abandona la provincia de Castellón, y desagua en el mar en frente de Murviedro. El Albayda tiene su origen en la ya mencionada Font del Riu, en el término de Albayda, que le da el nombre, y se une al Onteniente ó Clariano y el Cãñolas, para confundirse con el Júcar. El Alcoy, procedente de la provincia de Alicante, se une al Bernisa y muere en el mar cerca de Daymuz en el término de Gandía.

Segun la descripción rápida que acabamos de presentar de la rica provincia de Valencia, sus límites son: al N. Castellón de la Plana y Teruel, al E. el mar Mediterráneo, al S. Alicante y Albacete, y al O. Albacete y Cuenca.

CAPÍTULO III.

Fundación de Sagunto.—Segunda guerra púnica.—Sitio y destrucción de Sagunto.—Su restauración y monumentos.

En busca de aventuras, de riqueza y de reposo y bajo la protección de sus metrópolis, vinieron á las costas de la Edetania, en el golfo Sucronense, unas bandas de aventureros salidas una de las tierras del Lacio en Italia con el nombre de Rútulos, hijos de Ardea, y la otra de la frondosa isla de Zante ó Zacynto (*nemoroso Zacynthos*, de Virgilio) (1).

Después de haber reconocido sin duda las playas, entonces salvajes y solitarias de Valencia, se fijaron por fin en el pintoresco valle que forman las faldas estremas de Espadan, bañado por un río, impetuoso en sus avenidas y protegido por un elevado monte, cuya cumbre ofrecía todas las ventajas de un acrópolis como en Atenas. Con un cielo sereno, una vegetación exuberante y un clima suave que recordaba el de la Italia meridional y del mar de la Jonia, se decidieron los aventureros á establecer su colonia entre el río que se llamó Serabis y el monte que debía servir de defensa á los nuevos pobladores, ora vinieran á un tiempo los rútilos y los griegos, ora unos en pos de otros, es probable que se les unieran algunos edetanos, turboletas (de Ternel), ó segobricenses (de Segorbe), cerca de cuyos pueblos fijaron la colonia.

Segun el cómputo mas probable dieron principio ó la fundación de Sagunto en el año 3300 de la crea-

(1) La isla de Zante se halla en el mar Jonio, frente de la costa de la Elide ó Lís, cerca de la Mesenia.

ción, 700 antes de Jesucristo, cuarto de la Olimpiada XVIII y 40 de la fundación de Roma. Plinio dice que estaba situada á tres mil pasos del mar, y Polybio á siete estadios, ó sea una milla. Algo mayor es la distancia que la separa en el día de las orillas del mar. En tiempo de la dominación romana, se hallaba, segun el *Itinerario* de Antonino, entre las mansiones de *Seplaco* (Onda) y *Valentia*, y correspondía al convento jurídico de Cartagena, el cual comprendía hasta la orilla derecha del río *Idubeda* (Millares). Los romanos daban el nombre de *mansion* á los puntos donde pernoctaban las tropas, situándolas á 40 kilómetros próximamente una de otra. Sagunto, colocada entre las mansiones de Onda y Valencia, serviría tal vez de una de las *mutaciones*, las cuales no eran otra cosa que puntos de descanso entre las mansiones.

No es fácil determinar con exactitud matemática el área que ocupaba la primera población; pero todas las observaciones hechas hasta el día, inducen á creer que la villa actual de Murviedro está asentada, al menos su zona mas alta, sobre la antigua, formando la línea divisoria la angosta calle Mayor, incluyendo las casas de una y otra acera, que presentan restos antiguos. No debe perderse de vista en la investigación arqueológica de esta célebre población, que Sagunto ofrece dos épocas distintas: una que pertenece á los tiempos que precedieron á su gloriosa ruina y otra á la restauración llevada á cabo por Publio Scipión. La primera humilde, rústica, privada de ornamentaciones, y la segunda engalanada con el esplendor de la civilización romana en el período de su verdadera grandeza.

La construcción del famoso templo de Vénus en el Aphrodisio ó Almenara correspondía á la primera época, pero su decoración, su ensanche y su profusión de mármoles se refiere á la segunda.

Los saguntinos cultivaron primero la cebada y la avena, mas adelante la vid, y con la cebada fermentada sabían hacer una especie de cerveza. Desde los principios de la colonia se introdujo en Sagunto la fabricación de la vajilla, que se perfeccionó después de la restauración. Tenían además fábricas de lino y de carbasos, que servían para velas y talleres de construcción de máquinas de guerra, que eran muy apreciadas.

Vestían pieles de animales, con el pelo por fuera, sujetas á la cintura con los nervios de aquellos ó prendidas con espinas. Cuando se introdujo la fabricación del lino y de la lana, los hombres vestían con sayo que les llegaba hasta los piés, y sobre él un manto atado sobre el hombro ó sobre el pecho y una túnica ajustada á la cintura. Llevaban este traje pisoteándolo dentro del agua: se dejaban la barba y se rizaban con cuidado el cabello, y los personajes de rango llevaban bastón. Pendían de los hombros largas y cortantes espadas, cuyo temple aprendieron á conocer los saguntinos de los iberos: cubriendo el pecho llevaban colgado un escudo de la magnitud de su persona, defensa incómoda que fué sustituida después por el escudo cario, que se llevaba al brazo.

No usaban banderas, ni trompetas, ni otros instrumentos de guerra: su mayor cualidad era poseer

una voz robusta, como la de Estentor y de Menelao. Asimismo era muy lodada la velocidad de los piés, para huir ó para dar cara.

Las mujeres llevaban trajes largos y ajustados, recogidos con broches de oro, brazaletes del mismo metal y zarcillos de tres órdenes de adornos. Se acicalaban el rostro, y además de hilar y tejer, se ocupaban en el servicio doméstico. Lavaban, iban por agua, encendían lumbre, molían el grano y cuidaban de desnudar á los hombres, llevarlos al baño, perfumarlos y ponerlos en el lecho, pues los esclavos se dedicaban á las faenas del campo.

La mujer era un objeto de deleite y un medio para la propagación: en los poemas de Homero no hay un pasaje que respire los sentimientos del amor.

Tal era en conjunto la celebrada ciudad de Sagunto cuando Amílcar. Temible por su audacia y su fortuna á su propio gobierno, fué mandado por Cartago á continuar la guerra contra los númidas, persuadidos sus enemigos de que perecería en aquella arriesgada empresa. Pero no contando Amílcar con suficientes recursos después de la conquista de la costa del Africa, resolvió trasladarse á nuestra Península al frente de numerosas bandas de africanos, númidas y mauritanos. El gobierno cartaginés manifestó que no lo echaba de ver, esperando que los bravos iberos y lusitanos esterminarían aquel ejército mercenario, sediento de rapiñas, y al turbulento caudillo que los regia.

Enemigo de los romanos, defensor perpétuo de la guerra y precisado á satisfacer la sordida avaricia de los partidarios que le sostenían en el Senado de Cartago, donde Hanon partidario decidido de la paz ejercía suma influencia, emprendió la guerra de España, independientemente de su gobierno, conquistando, talando y partiendo el botín entre él y sus feroces mercenarios, hasta que los iberos le derrotaron en aquella célebre batalla en que soltaron contra los cartagineses bueyes que arrastraban carros de materias encendidas. Amílcar pereció en aquella jornada.

Su yerno Asdrubal, apoyado por los del partido de Amílcar, después de haber intentado usurpar el mando de la república, pasó á España y se puso á la cabeza del ejército. Fundó á Carthago Nova (Cartagena), como sede de un dominio, que acaso proyectaba, émullo á la vez de Cartago y de Roma. Un esclavo, en venganza de la muerte de su amo asesinado por Amílcar, dió muerte á Asdrubal al pié de un ara en 222 antes de Jesucristo, y sufrió después sonriendo los horrosos tormentos que le dieron, satisfecho de haber consumado su venganza.

Privado de caudillo el ejército africano, proclamó á Aníbal, que habiendo salido de Cartago á los trece años de edad, podía decirse que era casi un extranjero para su patria. Su padre le había educado en los duros ejercicios de la guerra de España y en el odio á Roma; y al consagrarlo con el fuego en el ara de Melcarte, le había hecho jurar perpétua enemistad á los romanos.

Aníbal, nacido para el mando, soldado desde la infancia, era un digno representante de la política cartaginesa, y mucho mas digno de regir los mercena-

rios que seguían sus banderas. Al concebir, pues, el nuevo caudillo su plan de campaña, conoció desde luego que para libertar á Cartago de su rival era preciso llevar la guerra á Italia, pero comprendió también que debía antes asegurar la sumisión de los iberos del centro de España. Con este objeto acometió y venció á los olcades, los carpetanos y los vacceos de las dos Castillas, y en las orillas del Ebro se encontró por primera vez con los romanos. Estos, celosos del engrandecimiento de Cartago, aun en tiempo de Amílcar, acordaron con los cartagineses que se consideraría como límite de sus posesiones el Ebro, quedando libre entre las dos provincias la ciudad de Sagunto.

A pesar de este convenio, el impetuoso Aníbal deseaba subyugar á Sagunto, la mas grande y la mas rica de las ciudades de la Edetania, cuya posesión le franqueaba el paso para Cataluña y los Pirineos. Para llevar á efecto este plan de campaña, no tenía motivos suficientes que hicieran razonable y mucho menos justa su agresión; y aunque no hubiera cejado ante consideración alguna, tratándose de la ejecución de sus proyectos, procuró sin embargo buscar un pretexto plausible, para dar principio á la guerra saguntina. Aprovechóse, pues, hábilmente de la rivalidad que hacia tiempo se había declarado entre los saguntinos y un pueblo limítrofe, llamado de los turboletas ó turbolitanos. Aníbal en su campaña del Ebro había conocido á este pueblo, y después de su regreso y construido el puente de Martorell, segun la tradición, acampó de nuevo en el país de los turboletas, que le habían recibido las dos veces con la mayor benevolencia. Allí investigó el origen de la enemistad que aquel pueblo profesaba á los saguntinos, y les aconsejó que le presentasen detalladamente las quejas que tenían contra estos. Los turboletas, halagados por el carácter simpático de Aníbal, manifestaron que los saguntinos invadían con frecuencia sus tierras, apoderándose de sus pastos y talando aquella comarca, teniendo que defenderse de sus invasiones con las armas en la mano.

El caudillo cartaginés, afectando la mas estricta legalidad, espuso á los querellantes la necesidad de que se dirigieran al gobierno supremo de Cartago, apoyando estas quejas con cartas suyas de especial y eficaz recomendación, en las cuales informaba el caudillo que los agentes de los romanos escitaban á la rebelión á los pueblos y tribus, sujetas á la dominación cartaginesa. El gobierno, dando oídos á los turboletas y acogiendo el informe de su delegado, tan de acuerdo con su política, le mandó las órdenes oportunas para que obrase enérgicamente contra los saguntinos.

Facultado Aníbal con amplios poderes, que por otra parte no hubiera él abdicado jamás, se atrevió á exigir á Sagunto que le enviase algunos representantes, para que espusieran sus disculpas ante las fundadas quejas de los turboletas. Los saguntinos llevaron su condescendencia hasta el extremo de acceder á las exigencias del caudillo africano, el cual hizo comparecer igualmente á los delegados de los turboletas, para que ratificaran en presencia de los saguntinos los agravios que suponían recibidos de los griegos. Estos no solo se defendieron enérgicamente de las inculpa-

ciones que se dirigian contra su lealtad, sino que recusaron tambien al mismo Anibal, negándole el derecho que se habia arrogado de constituirse en juez árbitro de aquellas diferencias, y apelando al juicio imparcial del pueblo romano, del que los saguntinos se gloriaron ser los mas adictos aliados. Indignado Anibal por aquella entereza, que no creia encontrar, despidió furioso á los saguntinos, y dió en seguida la órden á su ejército de invadir al fin su territorio. En la misma noche avanzaron sus feroces huestes, talando, incendiando y destruyendo con todo el furor de unos mercenarios, que solo peleaban por el pillage: *ipse proxima nocte regionem saguntinorum depopulari et jam urbi machinas admoveere cepit*, dice Apiano Alejandrino.

Los turboletas, á quienes Tito Livio llama equivocadamente turdetanos, son los de Teruel, cuyas fronteras lindaban con el territorio Saguntino por la parte de Ólvia y orillas del Mijares, puntos que cruzó Anibal para llegar á la vista de Sagunto.

Al rumor de las próximas hostilidades, el pueblo de Sagunto, reunido en asamblea solemne, acordó enviar sus legados á Roma para que espusieran todo el peligro de la situacion, y alegando los derechos de aliados invocaran la proteccion de aquella poderosa República. Cónsules eran en aquel año Publio Cornelio Scipion y Tiberio Sempronio Longo. Introducidos á la presencia del Senado los comisionados de Sagunto, los cónsules dieron cuenta del estado de la República, y despues de una detenida y razonada deliberacion se acordó por último enviar legados á la España para que se enterasen del estado de los negocios, y si lo creian conveniente declarasen á Anibal la resolucion decidida del Senado de hacer respetar á los saguntinos, sus aliados, pasando si fuere necesario á Cartago, para exigir una reparacion por los agravios que recibian los amigos leales del pueblo romano.

Acordada esta embajada, y antes de que los legados salieran para su destino, llegó á Roma la noticia de que los africanos habian principiado ya las operaciones del sitio. Con este motivo volvió á reunirse precipitadamente el Senado, y se abrió un amplio debate, sosteniendo unos que era llegado el caso de asignar á los cónsules como provincias de guerra y de conquista la España y el Africa, haciendo la guerra por mar y tierra, y sosteniendo otros que todos los planes de campaña debian encaminarse á la posesion de España, desalojando de ella á los cartagineses. Algunos, en fin, eran de opinion que no debia procederse con precipitacion y esperar el regreso de los legados, para adoptar una resolucion definitiva. Esta última opinion que en tiempos normales y tratándose de un enemigo menos astuto y valiente, irreconciliable é impetuoso, hubiera sido digna de un cuerpo grave y conservador, era en aquellas circunstancias un obstáculo demasiado débil para detener á Anibal en su carrera de triunfos. A pesar de ello, prevaleció esta proposicion, invistiendo en seguida con amplios poderes, para desempeñar esta embajada, á Publio Valerio Flacco, Quinto Beblio Tamphilo, Marco Livio, Lucio Emilio y Cayo Licinio, pero marcándoles en las instrucciones el itinerario y la esposicion de su cometido. Cumpliendo

estas prescripciones debian los legados presentarse al caudillo cartaginés y exigir la inmediata suspension de las hostilidades, y en el caso de una negativa dirigirse á Cartago, y demandar la persona de Anibal como infractor de los tratados.

Mientras que el Senado romano empleaba los medios de una diplomacia, que ocultaba sin embargo los deseos, mal comprimidos, del pueblo rey, dispuesto siempre á la pelea, Anibal se habia aproximado ya á Sagunto á la cabeza de ciento cincuenta mil combatientes, númerados unos, mauritanos otros, algunos cartagineses y no pocos iberos, preparándose á batir la ciudad: *jam Saguntum summa vi oppugnabatur*.

Los sitiados talaron, segun costumbre, los campos y arrasaron los edificios de los alrededores de la ciudad, respetando, no embargante su ferocidad, el venerando templo de Vénus de Aphrodio, ó Vénus Aphrodites, que los saguntinos habian levantado en lo alto de una colina, á cinco mil pasos de la ciudad, segun el testimonio de Polybio. A imitacion de los isleños de Zacyntho, sus descendientes los saguntinos construyeron un templo á Vénus Aphrodisia ó Hembra, cuyo fano sirvió despues tantas veces de cuartel general al célebre Viriato, segun refiere Apiano. Al pié de esta colina fué derrotado Plantio, que venia á batir á Viriato, bajando desde la Carpetania; desde aquí salió el invicto lusitano para sorprender á los segobricenses durante el sacrificio, y desde aquí marchó á continuar sus campañas en la Basitania.

Este templo venerando aun para los bárbaros númerados ocupaba, pues, la altura de Almenara, voz corrompida de *Almae ara*, y no del árabe Almenara ó Atalaya, como suponen algunos. Todos saben que á Vénus, como diosa de la generacion, se la llamaba Alma ó Madre: *Aeneadum genitrix hominum divunque voluptas, Alma Venus*, decia Lucrecio; y Virgilio cantó tambien: *Alma Venus genuit*. Macrobio decia en sus *Saturnales*: *Venerem igitur Almam adorant, sive femina, sive mas est, ita ut Alma*, y por consiguiente del *ara* ó templo de la diosa *Alma*, ha quedado el nombre de Almenara, con sola la interposicion de la *n* para evitar el hiato de las *ae* y *a*.

Anibal ocupó, sin duda, esta posicion ventajosa, que mas tarde escogieron tambien los scipiones, segun el testimonio de Polybio. Dueño de este punto estratégico, desde el cual dominaba una vasta estension de territorio, formalizó el cerco, atacando, aunque inútilmente en los primeros dias, la ciudad por tres puntos á la vez, que acaso serian por el valle, el mar y el rio, únicos puntos vulnerables.

Dióse principio á este memorable sitio en el mes de marzo del año 216 antes de la Era cristiana y 532 de la fundacion de Roma.

Fácil creia Anibal apoderarse de una torre que adherida á la muralla, avanzaba hácia el valle, sobre un terreno bastante llano, arrimando á sus muros las máquinas, llamadas *vineas*, á cuyo abrigo pudieran obrar los arietes con entera seguridad. Numerosos batalladores emprendieron esta atrevida operacion; pero fueron bien pronto rechazados con pérdidas considerables, porque la muralla adyacente á la torre, que, observada desde lejos, parecia de mediana altura, era

mucho mas elevada y mas robusta de lo que habian creido los cartagineses, y porque lo mas brillante de la juventud saguntina habia acudido á la defensa de aquel punto.

Desde este dia no se contentaron los sitiados con rechazar al enemigo en toda la línea con toda clase de armas arrojadas, sino que casi diariamente verificaban impetuosas salidas, acometiendo el campamento enemigo y destruyendo las obras defensivas que se de-

dicaron á construir, haciendo perder á los sitiadores gran número de gente. Así corrian los dias, acreciendo la resistencia por la esperanza de algun socorro. En una de las frecuentes acometidas de los cartagineses, Anibal se dejó arrebatar de su reconocida intrepidez y llegó á aproximarse tanto á la muralla, que le alcanzó un dardo arrojado desde ella, hiriéndole en la parte anterior de la pierna, lo cual le obligó á caer en el suelo. Esta desgracia produjo en el ejército sitiador



Grao de Valencia.

tan profunda sensacion y desalentó de tal manera á sus huestes, que hubo momentos críticos en que se pensó seriamente en levantar el sitio, abandonando el campamento y hasta las mismas máquinas de batir.

La herida del caudillo, cuya presencia era el alma de sus soldados, pareció suspender las hostilidades, dejando tiempo á los saguntinos para reparar los daños que recibian sus obras de defensa. Curado Anibal y alentados los africanos con la indomable fiereza de su jefe, redoblaron sus esfuerzos, armaron por diferentes puntos á la vez sus formidables arietes, é intentaron un asalto simultáneo y decisivo. Mas de cien mil hombres, ardiendo en saña, y sedientos de botin, acometieron á un tiempo con espantosa gritería: entre montones de cadáveres lograron los cartagineses derribar tres torres y las cortinas que las separaban, abriendo una espantosa brecha.

Por un momento se creyeron los cartagineses dueños de la poblacion, y mas compactos los sitiadores se lanzaron sobre la brecha, resueltos á penetrar. Los saguntinos, acudiendo á cien puntos á la vez, se batian cuerpo á cuerpo, defendiendo palmo á palmo la estensa

VALENCIA.

cerca, que amenazaba derrumbarse. Animados con los aplausos de los ancianos y los gritos de sus mujeres, tan bravas como ellos, rechazaron en todas partes á los sitiadores, circunscribiéndose el combate á uno y otro lado de la brecha. Centenares de cadáveres obstruyeron por último aquella horrible grieta, abierta en el muro, y los africanos, diezmados, estenuados y casi rendidos abandonaron aquel recinto de sangrienta carnicería, donde se puso á prueba el indómito valor de sus formidables enemigos. Durante los momentos supremos de esta lucha titánica se observó, contra la costumbre de los africanos, un silencio tal y tanta precision en las maniobras estratégicas, como si fuera aquello un campo de ejercicios: unos y otros peleaban sobre escombros inundados de sangre; sobre cadáveres y moribundos; á unos daba fuerza la esperanza, á otros la desesperacion: el cartaginés creia que cada nuevo esfuerzo le facilitaba la victoria; y el saguntino, en vez de muralla, ofrecia desesperado su pecho: y así ninguno cejaba un paso, ni perdia terreno, ni se daba un golpe perdido, ni se recibia herida que no fuera mortal. En medio de aquel

inmenso agrupamiento de batallones, sobre los que se cernía la muerte devorando víctimas, se arrojaron los saguntinos contra las masas enemigas, y como último y más formidable recurso, la poderosa arma llamada *Falárica*. Consistía este proyectil en un chuzo de hierro, de tres pies de largo, con su correspondiente astil forrado de estopa, impregnada de pez: al dispararla, la prendían fuego, y con el movimiento adquiría tal llama, que asíndose á la armadura de los enemigos, obligaba á estos á tirar las armas, para librarse de ella, quedando desarmados y más espuestos á la agresión de sus contrarios.

Esta operación, que tanta sangre había costado á los africanos, les obligó á suspender de hecho y por algunos días las hostilidades para dar el conveniente descanso á los guerreros, pudiendo aprovecharse los saguntinos de esta especie de tregua para dedicarse con nuevos bríos á la reparación de las obras que en el último ataque habían sido destruidas.

En este intervalo aparecieron los buques romanos en las playas de Sagunto, llevando á bordo á los legados que la República enviaba al campamento de Aníbal para hacer respetar allí y ante el gobierno de Cartago á sus aliados. Apenas llegó la noticia al caudillo cartaginés se apresuró éste á hacerles comprender la conveniencia de que no se presentasen en su campo para evitables cualquier insulto de parte de las gentes feroces que militaban bajo sus banderas, añadiendo que no estaba autorizado para tratar con ellos sin las órdenes ó sin las nuevas instrucciones de su gobierno. Los legados aceptaron esta hábil advertencia y sin dar nuevos pasos para conferenciar con Aníbal hicieron rumbo á Cartago; pero temiendo el caudillo africano que sus rivales aprovecharan esta ocasión para hacerle perder la influencia que aspiraba á ejercer en los negocios públicos de su país, escribió numerosas cartas á sus parciales los Barcinos á fin de prevenirles y disponer sus ánimos á sostener resueltamente su causa. Aníbal, juzgando el carácter de los romanos por el suyo, sospechaba que le faltasen parte de sus amigos seducidos por el oro de los latinos. El Senado cartaginés, compuesto en su mayoría de personas adictas á los Barcinos, y prevenido en contra por los manejos de esta facción, se negó á admitir á los legados, haciendo imposible todo acomodamiento.

No faltaron, empero, hombres harto imparciales, que, superiores á las intrigas de partido, levantaron su voz en defensa de los derechos y tratados internacionales, distinguiéndose entre los senadores el severo Hanon, que se encargó de provocar en aquella asamblea un debate solemne. Los servicios, los años y el carácter justificado de este magnate dieron á sus palabras tal fuerza de autoridad, que sus colegas debieron escucharlas con el más profundo silencio. Ni uno solo se atrevió á responder al grave orador, y solo se contentaron con manifestar tumultuosamente los partidarios de Aníbal, que no se hubiera espresado con tanta animosidad, *infestius*, si hablara el mismo Valerio Flacco en nombre del Senado romano.

Mientras los romanos perdían, como dice Tito Livio, un tiempo precioso en inútiles embajadas, Aníbal, para alentar á sus guerreros, cansados ya de tan

largo asedio, les ofreció el saqueo y botín de la ciudad, halagando así sus instintos de rapiña. Esta oferta les volvió el valor, que principiaba á debilitarse, y en el primer momento de entusiasmo hubieran hecho los últimos esfuerzos, si se les diera la señal, para empeñar el asalto.

Los saguntinos no habían por su parte dejado perder la tregua, que accidentalmente se les ofreció, y hombres, mujeres, niños y ancianos se ocuparon con ardor en levantar de nuevo los lienzos de muralla, que habían sido derribados en el frustrado asalto anterior. Durante esta suspensión de armas, ocasionada otra vez por la herida de Aníbal, sitiados y sitiadores se prepararon para otros y más decisivos combates, con la esperanza estos de recoger abundante botín y la resolución aquellos de perecer ó de triunfar. El caudillo africano se restableció por fin, y su presencia exaltó el entusiasmo de sus hordas, que le recibieron con frenéticos aplausos.

Aníbal, encargado de nuevo de las operaciones del sitio, mandó verificar un ataque vigoroso por varios puntos. Para ello se echó mano de las catapultas, de las ballestas y de los arietes, aparatos formidables en aquella época y que causaron pronto y seguros destrozos en las murallas; mientras quinientos peones cavaban con picos los cimientos de los mismos muros, cuyas piedras, que no estaban unidas con cal sino con barro, vacilaron bien pronto, comenzando á derrumbarse con estrépito, obligando á los sitiados á abandonar la muralla. Alentados los africanos con el éxito de esta atrevida operación, se apoderaron resueltamente de un punto alto de la parte del valle, y arrastraron allí las máquinas para batir un castillo que se hallaba casi dentro de la ciudad: *castellum in ipsa urbe*. Dueños los cartagineses de la posición ventajosa, la cercaron en seguida con un muro, mientras los saguntinos infatigables, vigilantes y bravos levantaron otro en frente, aprovechando un espacio que les quedaba espedito entre el muro cartaginés y la ciudad. Estas obras rápidas se llevaban á cabo en el fragor de combates parciales, empeñados entre los que protegían á los operarios de una y otra parte. Los cartagineses continuaban sin embargo sus obras de avance, y los saguntinos defendiendo en retirada cada edificio y levantando nuevas construcciones. Cada calle era un campo de batalla; cada casa una fortaleza, que era atacada y defendida con desesperada resistencia, interrumpiendo la noche estos sangrientos choques para escuchar en el silencio de las sombras los ayes de los moribundos, los gritos salvajes de los centinelas africanos y las voces solitarias de los jefes saguntinos que dirigían las obras de reparación.

La ciudad, arruinada en su mayor parte, entre densas columnas de humo y cruzada por violentas llamaradas de los edificios incendiados, y á la vista de la multitud de cadáveres que yacían arrojados en las calles y plazas de la parte conservada de la población, sentían los saguntinos la falta de los víveres necesarios para los que trabajaban y peleaban, sin que lloraran las mujeres, ni se quejaban los ancianos, ni murmuraran los guerreros. En medio de este conflicto y de aquellos días supremos, en que los sitiados no

veían ya otra perspectiva que la esclavitud ó la muerte, les sorprendió y alentó la noticia de que Aníbal había abandonado el sitio con fuerzas respetables para sofocar un conato de rebelión que amenazaba destruir sus operaciones en los pueblos oretanos y carpetanos.

Aníbal, que veía próximo el término de aquel sitio, que tan funesto le había sido hasta entonces, y temiendo una revolución que amenazara su retirada, si á esto le conducía su suerte, dejó al frente de Sagunto á Maharbal, y voló á reprimir la rebelión.

El caudillo accidental, orgulloso con la confianza de su jefe, quiso corresponder á ella, continuando las operaciones con todo el ardor que le inspiraba su crítica, aunque honrosa situación. No perdió el tiempo: cada día un nuevo ataque; cada día un paso más; pero siempre delante el valor indomable de los saguntinos.

Vuelto vencedor al campamento, Aníbal quedó satisfecho de la inteligencia y de la bravura de su segundo, y en su impaciencia, contrariada horriblemente por la fiereza de sus enemigos, arriesgó un asalto general. Horrible fué el choque de los combatientes; multitud de víctimas cayeron al pie de los edificios derrumbados; pero la victoria, cerniéndose sobre unos y otros, parecía esperar nuevos destrozos para arrojar la corona al vencedor.

La fatiga y la mortandad obligaron á los peleadores á descansar en las posiciones que respectivamente ocupaban; pero todo anunciaba la próxima caída de la ciudad heroica, reducida á sus últimos atrinchamientos, cuando dos personajes de alta importancia aparecieron en medio de aquel cuadro de desolación y muerte, para impedir la catástrofe postrera. Eran aquellos magnates el saguntino Alcon y el ibero Alorco, respetados ambos por los saguntinos. Nobles, generosos, admiradores de la constancia de aquel pueblo de héroes, se buscaron, conferenciaron, y animados de un mismo espíritu, solicitaron una entrevista con Aníbal y el Senado saguntino, para proponer una capitulación honrosa. Uno y otro habían concebido y adoptado este proyecto en el más profundo secreto, temiendo herir la susceptibilidad de los saguntinos, poco dispuestos á cejar en su heroica resistencia. Alcon salió con este objeto de la población á hora cauta, y se presentó en la tienda de Aníbal. Reflexiones, consejos, súplicas y consideraciones de todas clases, espuso el personaje para conmovir y convencer al impetuoso caudillo cartaginés; pero fueron tales y tan duras las condiciones que este impuso, que avergonzado y arrepentido Alcon de haberse humillado hasta aquel punto, siquiera lo hiciera por amor á la patria, concluyó diciendo:—«Prefiero morir aquí á llevar á los míos tan infucas condiciones.»

Aníbal exigía, efectivamente, que los saguntinos devolviesen á los turbotas cuanto habían perdido en justas represalias, que le entregasen todo el oro y plata de la ciudad, y que sus moradores abandonasen la patria para ir á residir en el punto que les señalara. Alcon aseguró al cartaginés que jamás llevaría estas condiciones humillantes á sus conciudadanos; pero su colega Alorco, lleno de hidalguía y buena fé, se comprometió á presentarlas, creyendo que sería fá-

cil convencer sus ánimos, en vista de su inminente destrucción.

Aníbal consintió en ello, y Alorco, que era tan amigo suyo como de los saguntinos, salió de la tienda del caudillo y se dirigió, lleno de confianza, á la casi destruida ciudad. Al llegar al extremo del campamento dejó sus armas, se presentó á los centinelas de Sagunto y pidió ser presentado al Senado. Al anuncio de esta visita inesperada, se reunió este alto Cuerpo en la plaza pública, presidido por Murro, que era el prefecto, de origen rútilo, y acaso se hallaban formando parte de aquella noble asamblea; Grayo, cuya madre era saguntina y estaba emparentado con los Dulichios de Roma, los héroes Metisco, Hosto, Pholo, Galeso, Lido, Durio, los hermanos Chomis y Gias, y el celebrado Dauno, el más notable entre los bravos saguntinos, por su respeto á las leyes y su elocuencia, que conmovía al pueblo.

Alorco, afectado por el horrible espectáculo que la ciudad ofrecía á sus ojos, y ante el aspecto grave, silencioso y resignado de aquel pueblo, que había acudido presuroso á escuchar á una persona tan autorizada, como querida, hubo de esperar un momento para poder hablar, siendo preciso despejar algún tanto aquel recinto, á fin de que el Senado no perdiera una sola palabra de las que tenía que dirigir el respetable y oficioso mensajero. Su peroración fué elevada, concisa, digna, interesante; cautivó la atención y las simpatías de todos, y describió con entusiasmo el valor, el sufrimiento, el heroísmo y los sacrificios de aquel pueblo que antes amaba, y ahora respetaba con todo su corazón. En medio de sus frases francas, sencillas y sinceras, presentó las condiciones que imponía el cartaginés, aconsejando que las aceptasen para salvar los últimos restos de una patria querida, y la libertad y la vida de sus heroicos hijos.

Un grito de profunda indignación respondió al razonamiento de Alorco, sin dignarse el Senado contestar á las humillantes condiciones que les imponía Aníbal, de cuya buena fé había también fundados motivos para dudar. Los saguntinos comprendieron en seguida que el objeto principal del caudillo enemigo en aquella empresa, no tanto era el conquistar una gloria cuanto el de apoderarse de las inmensas riquezas que encerraba una población rica por su comercio y agricultura. Era una presa que necesitaba su codicia, para saciar la avaricia de sus parciales en Cartago y los servicios de sus legiones mercenarias. Entonces fué cuando el prefecto Murro y los magnates saguntinos, *primores*, adoptando una resolución que escedía á cuanto la historia recordaba hasta aquella época, acordaron y mandaron que cada uno, recogiendo cuanto poseía de valor y mérito, en oro, plata y alhajas, lo depositase en la plaza pública, *intorum collatum*, y á la vista del pueblo y para darle un insigne ejemplo de abnegación, de desinterés y de bravura, perecieran en las llamas todas aquellas riquezas, para privar á Aníbal de tantos y tan preciados recursos.

Ni uno solo faltó al cumplimiento de esta heroica resolución, y en un momento se formó una elevada pira que bien pronto terminó en una inmensa hogue-

ra. Grandes y pequeños, y las mismas mujeres con la sonrisa en los labios, arrojaron á las llamas todos sus tesoros, que se fundieron instantáneamente, desapareciendo casi del todo, y en una hora, la fortuna antigua de las familias, los productos del comercio y de la industria, adquiridos por largos años de fatigas, y los adornos que constituían la gala y la idolatría de las mujeres.

En medio del religioso silencio con que Sagunto asistía á la pérdida completa de su grandeza, muchos de los espectadores, arrebatados por un entusiasmo de que hasta entonces no se habia dado ejemplo alguno, se precipitaron en las llamas, prefiriendo esta muerte al azar de los postreros esfuerzos que debían hacerse para salvarse ó morir esclavos.

El noble sacrificio que acababan de ofrecer á los lares de la patria, que se hallaba próxima á perecer, inspiró á los guerreros la idea de morir matando antes que caer en manos del vencedor. Unidos por un mismo pensamiento, combinaron el plan de verificar en aquella noche una salida, tan audaz como digna de su heroísmo.

La ciudad se encontraba sumida en el mas profundo silencio, y las sombras de la noche envolvían el campamento africano, sus puestos avanzados y las orillas solitarias del Serabis. Un cuerpo de ejército, compacto, disciplinado y resuelto salió silenciosamente de Sagunto, mientras las madres, las esposas, las hijas y aun las mismas esclavas subidas en lo alto de las ruinas, que daban al campo, despedían á los guerreros sin otras voces que los mal sofocados suspiros que arrancaban á sus almas el amor, el cariño y la gratitud.

Los saguntinos cruzaron el espacio que separaba el campo enemigo de la ciudad y acometieron á los cartagineses con la rapidez del águila, la fuerza del león y el silencio de la muerte. Pasaron á cuchillo los puestos avanzados y se lanzaron sobre los dormidos africanos, que despertaban á centenares en la eternidad. Un rugido terrible puso en movimiento á los sitiadores que, acudiendo á las armas, empeñaron un combate tanto mas espantoso cuanto se herían y mataban en medio de las tinieblas. La lucha fué pertinaz y encarnizada, pero como el objeto de los saguntinos se cumplía buscando antes la muerte que la victoria, bien pronto sucumbieron casi todos sobre piras de cadáveres enemigos. Conociendo con su admirable instinto las mujeres que estaban en la muralla la catástrofe que presentaban, pero que no podían descubrir, se apresuraron á matarse de varios modos, no sin dar antes la muerte á los niños que sostenían en sus brazos.

Era apenas de día y aun ardía en la plaza pública la grande hoguera con indecible actividad, y toda la población que conservaba la vida se hallaba sumida en el mas doloroso silencio, cuando retumbó súbitamente en los aires un espantoso fragor que venía de la parte del alcázar, y era, que una torre arietada por mucho tiempo, vaciló y se derrumbó por fin, abriendo un ancho paso á las bárbaras huestes enemigas, que lanzaron al mismo tiempo una furiosa y salvaje gritería. Sorprendidos los pocos guerreros saguntinos que

podían manejar las armas, fueron despezados horriblemente, al paso que otros mas desgraciados tal vez, se batieron con desesperación en su última retirada, hasta el mismo alcázar, donde debían esperar su último sacrificio, mientras la ciudad se desplomaba devorada por un incendio general. Los ancianos fueron degollados, exhortando á sus hijos á la pelea, y los niños despezados en los brazos de sus madres, que morían sonriendo bajo la espada ensangrentada de los bárbaros africanos. Anibal habia mandado que de catorce años por arriba no se perdonara sexo ni edad.

Un silencio sepulcral sucedió á los espantosos alaridos de este postrer combate, solo se percibía el estridor de los edificios que se hundían, los ayes de los moribundos, el anhélito fatigado de los cartagineses, que no encontraban donde descansar, y el rugido del viento que atizaba la vasta hoguera, que devoraba los restos de la gran colonia de los zacynthios. Sagunto acababa de perecer: *fuit Ilion et ingens gloria dardanidum.*

Anibal, contemplando aquel cuadro, en que se confundían las ruinas humeantes con las elevadas piras de cadáveres que yacían abandonados en las calles, cubierto de polvo y manchado con el humo y la sangre, dejó asomar en sus labios, enardecidos por el coraje, una sonrisa sarcástica, porque habia hecho algunos esclavos y le habian presentado algunas alhajas y muebles de casa, arrancados á las llamas por sus mercenarios. «He devorado, exclamó, á los mejores aliados de los romanos; yo marcaré mi huella en lo alto del Capitolio.»

Dueño Anibal de las sangrientas ruinas de Sagunto, despues de ocho meses de sitio tomó las mas eficaces medidas, para impulsar á las abandonadas familias saguntinas á levantar de nuevo sus casas, protegiendo la poblacion durante los meses que precedieron á la grande expedicion que disponia para llevar la guerra á Italia.

Roma, provocada por la ofensa que los cartagineses habian inferido al mas leal de sus pueblos aliados, volvía á empeñar una lucha poderosa, no con ladrones de la Istria ó de Iliria, no con los galos, feroces pero desordenados, sino con un pueblo que hacia veinte años vencía á los indómitos iberos; que acababa de triunfar de la ciudad mas heroica de aquellos tiempos; que tenia un ejército aguerrido y un grande y afortunado general; y tratándose de una guerra de pasion, por la cual se combatía con las intrigas aun mas que con las fuerzas, siendo muy varia la fortuna y peligrosa la victoria, Roma hizo grandes y extraordinarios preparativos de ejércitos propios y aliados, y dirigió súplicas á los dioses. Pidió amistad á los pueblos de España; pero estos respondieron que la buscarse entre gentes á quienes no hubiese enseñado el ejemplo de Sagunto la eficacia con que protegían á sus aliados. Dirigióse tambien á los galos, para que impidiesen el paso de los cartagineses; pero los hijos de Breno, reunidos en consejo, contestaron diciendo que ni Cartago habia merecido mal de ellos, ni Roma bien, y solo no olvidaban que Roma habia tratado de espulsar de Italia á sus mayores.

Entre tanto que Anibal, rico aun con los despo-

jos de Sagunto, salvados de la voracidad de las llamas, emprendía su marcha hácia Italia, su hermano Asdrúbal quedó encargado del gobierno de España al frente de diez y seis mil hombres. Mientras Anibal rodeaba su atrevida empresa de un aura popular, anunciando que se le habia aparecido en sueños el dios Melcarte, y marchaba por las cumbres de los Alpes á recoger los laureles del Tesino, Trebia y Cannas sobre las márgenes del Ofanto, habia levantado tres ejércitos, de los cuales destinó uno á las órdenes de Cneo y Publio Scipion que operaban ya en España contra Asdrúbal.

Los hermanos Scipiones encontraron la España muy dispuesta á su favor, porque se habian en muchos puntos sublevado los iberos, degollando hasta quince mil enemigos, lo cual facilitó las primeras victorias de los romanos.

Los dos generales trataron de hacer olvidar el mal efecto que en la Península habia producido el abandono censurable de Sagunto, y en su consecuencia emprendieron decididamente sus operaciones contra los cartagineses que dominaban á Sagunto. Al efecto pasaron el Ebro y vinieron á acampar y fortificarse en el templo de Venus ó Aphrodisio de Almenara. Desde aquella segura posicion combatieron y estrecharon de tal manera á los africanos, que despues de una inútil resistencia hubieron de abandonar la ciudad, despues de cinco años de dominacion.

El pueblo de Sagunto aceptó su libertad con el entusiasmo del reconocimiento, y vió llegar á su venerable recinto á los dispersos hermanos, que vencidos por Anibal habian roto el yugo de la servidumbre en los puntos donde alcanzaban las armas de la República latina. Halagados por los nuevos señores, protegidos por sus legiones y auxiliados con los recursos que los mismos Scipiones sacaban de los turboletas y otros pueblos que eran enemigos, empezaron con incansable ardor á levantar nuevas murallas y torres, y á construir otra vez destruidos hogares. Preparáronse para nuevas luchas; el pueblo saguntino renacía.

En medio de sus trabajos y de sus esperanzas se recibió la infausta nueva de la derrota y muerte sucesiva de los Scipiones. Pero si en Sagunto fué horrible la impresion, no lo fué menos en Roma, donde no se encontraba un general entre los senadores que deseara el gobierno de España. Solo se atrevió al fin Publio Cornelio Scipion, que contaba veinticuatro años de edad, porque deseaba vengar la muerte de su padre y la de su tio. Este jóven, que mas adelante habia de merecer el sobrenombre de Africano, unia al heroísmo de los antiguos patricios la amabilidad de la educacion griega; partidario de los nobles, se valió de la plebe para su provecho; debia servirse y reirse de las leyes, de la religion y de los tratados, segun convenia á sus intereses; era, en fin, dice el célebre Cantú, unos de esos hombres cuya popularidad y cuyo ejemplo bastan para reducir á la servidumbre un pueblo libre.

Llegado á España reanimó en Tarragona á las desalentadas legiones, y diciendo que Neptuno le ordenaba marchar por entre los enemigos para atacar á Cartagena, arsenal y depósito de los cartagineses, emprendió á marchas forzadas la expedicion, pero se

detuvo en Sagunto para alentar y elogiar á sus bravos defensores, que le recibieron con indecible entusiasmo. Bajo la proteccion del nuevo caudillo fué invadida y tomada la capital de los turboletas, eternos enemigos de los saguntinos, y origen de la espantosa destruccion anterior, vendiendo á sus moradores en pública subasta *sub corona vendi derunt, urbemque eorum delevere.*

Libre Sagunto del único pueblo limítrofe que podia interrumpir su naciente restauracion, creció y aumentó en tampoco tiempo su antigua importancia, que durante la continuacion de la segunda guerra púnica facilitó á las legiones romanas, que pasaban por allí, cuantos recursos necesitaban suministrándoles víveres, armas y caballos, apreciados entonces como los mejores de España. Fué tan rápido este crecimiento desde la restauracion principiada por los scipiones, que pudieron los saguntinos mantener la comision que acompañó al nuevo caudillo romano en la toma de Cartagena y asistir al degüello de todos sus hombres, de todos los animales útiles, y hasta de los perros, segun la ley vigente entre los romanos. Los mismos saguntinos se hallaron en la batalla de Zama, y acompañaron á Scipion, cuando vuelto á Roma y acusado de haber distraído los caudales públicos, «Romanos, exclamó, en este mismo dia, con los auspicios de los dioses, vencí en Africa á Anibal y los cartagineses: subamos al Capitolio á dar gracias á los númenes y á rogarles que nos concedan siempre jefes que se me parezcan.»

El pueblo acompañándole en masa le concedió los honores de otra ovacion. Scipion fué grande tambien en su destierro de Linterno. El Senado de Sagunto no olvidó lo que le debia, y con aprobacion de los romanos dejó grabada su gratitud en una lápida, que yo he podido salvar.

P. SCIPIONI C. S.
IMP. OB. RESTITU
TAM SAGUNTUM
EX S. C. BELLO PU
NICO SECUNDO.

Memoria consagrada por decreto del Senado al general y cónsul Públio Scipion, por haber devuelto la libertad á Sagunto despues de la segunda guerra púnica.

No contentos con este monumento enviaron los saguntinos diez legados para que pasaran á Roma á ofrecer á Júpiter un voto público de gracias, depositando en sus aras una corona de oro, con otros donativos. Los legados fueron recibidos en Roma con las mayores distinciones; y presentados al Senado, presidido por el mismo Scipion y su colega en el consulado Publio Licinio Crasso. El Senado escuchó benévolutamente á aquellos célebres aliados; aplaudió su valor y su lealtad; concedió el permiso de depositar sus ofrendas en el Capitolio; hizo entregar á cada legado diez mil dineros, y dándoles guías dispuso que en todas partes fueran bien recibidos.

No contento el Senado con la distincion dispensada á los legados concedió tambien á Sagunto los honores de Municipio, que no era otra cosa que una ciudad confederada ó libre que, sin menoscabo de su existen-

cia autonómica, gozaba de los privilegios de Roma, ó fuero latino. Esta honra parece que deba corresponder al año 697 de la fundación de Roma, pues Cicerón, en su discurso en favor de Cornelio Balbo, dice que Quinto Metelo Pio había otorgado el derecho de ciudadano á Quinto Favio, natural de Sagunto, y Gneo Pompeyo á otros varios fabros ó ingenieros mecánicos de la misma ciudad; lo cual debería suceder inmediatamente después de la guerra sertoriana, en que tomaron parte aquellos generales.

Así pudo recobrar Sagunto no solo la posesión de sus antiguos hogares sino que próspera, tranquila y libre levantar también magníficos monumentos que, á pesar de sus mutilaciones, dan aun en el día una alta idea de su opulencia. Sobre Sagunto han pasado los carros de batalla de los vándalos, de los árabes, de los almorávides y de los batalladores de todos los siglos hasta las huestes de Napoleón el Grande. Sobre esas ruinas y al pie de Acrópolis se han dado sangrientas batallas, y sin embargo se han podido salvar multitud de lápidas, pedestales y troncos mutilados dedicados á guerreros ilustres, beneméritos funcionarios, artistas y artesanos famosos, literatos de reputación y otras personas muertas al cariño y al profundo amor de esposos, de hijos y de esclavos. Consérvanse restos de sus célebres alfarerías, cuyos productos son todavía admirables en nuestro siglo, tan ilustrado como creador. Pero sobre todo subsiste, como imponente mausoleo, que encierra todas las glorias de Sagunto el celebrado teatro, cuyas venerandas ruinas marcan todavía los detalles de las construcciones de esta clase que dieron nombre á la autoridad literaria y á la civilización greco-romana. De este monumento hicieron mención especial el moro Raris ó Razi, cuya memoria manuscrita poseyó el distinguido anticuario y deán D. José Ortiz, Lucio Marineo Siculo, Mario Arecio en su *Chorografía Hispania*, Per-Anton Benter en su *Crónica de España*, el historiador Escolano, el P. Francisco Diago en sus *Anales del reino de Valencia*, el deán D. Manuel Martí, D. Gregorio Mayans, D. Antonio Pons y D. Enrique Palos. Para formar una idea de esta obra importante de los buenos tiempos de los primeros Césares, remitimos á nuestros lectores á las *Memorias de Sagunto*, que publiqué en el pasado año de 1865.

CAPITULO IV.

Dominación romana.—Guerra de Viriato.—Fundación de Valencia.—Sublevación de Sertorio.

La toma de Cartagena aseguró la dominación de los romanos en toda la extensión de la Edetania, cuya ciudad mas importante, que era Sagunto, fué ya desde entonces el centro de todas las operaciones del gobierno de la República en esta vasta región. Cualquiera que fuesen las miras del Senado y á pesar de su fría y aparente moderación, sus delegados hicieron sentir á la Edetania, así como á las demás provincias de España, todo el peso de una dominación sostenida por la fuerza. Los procónsules, agobiando el país con impuestos onerosos que eran necesarios para sostener

las grandes empresas militares de la República, abandonaron el carácter de mediadores y de aliados y se convirtieron en conquistadores. Si toda la Península hubiera formado en aquella época una nacionalidad, habría sido sumamente fácil arrojar del territorio antes á los cargineses y después á los romanos. Pero separadas las tribus iberas, y distribuidas en grupos aislados, sin cohesión alguna, no hicieron grandes esfuerzos para sostener la causa de Viriato, dejaron aislados á los numantinos y apoyaron débilmente la sublevación de Sertorio, perdiendo en tres grandes ocasiones la oportunidad de sacudir el yugo extranjero y abriendo, con su aislamiento y su indiferencia, el camino á los numerosos dominadores que sucesivamente debían enseñorearse del país.

No faltaron, empero, iberos audaces que conocieron desde el principio toda la extensión de la ambición de los romanos; pero sus empresas no tuvieron éxito, hasta que Viriato, mas afortunado que ellos, se puso á la cabeza para dar comienzo á la guerra de la Independencia ibérica.

Desde la Lusitania penetró Viriato en las demás regiones, destrozando con rapidez á los pretores Cayo Vetilio y á su sucesor Cayo Plauto. No fueron mas afortunados los cónsules Claudio Unimano y Nigidio Figulo, cuyas legiones huyeron aterradas ante la impetuosidad del caudillo lusitano. El bárbaro impuso al gobierno omnipotente del Capitolio; sus generales fueron vencidos, y humillados y sus legionarios, vencedores en todas partes, perdían en España no solo su altivo orgullo sino también el valor, que casi siempre coronaba la victoria.

La resistencia de los iberos engrandeció la lucha, y mientras en Roma se tomaban grandes disposiciones para sostener la guerra, Viriato descendió por fin á nuestra Edetania en el año 159 antes de la Era cristiana, creyendo fundadamente que el Senado aprobaría el tratado secreto que había celebrado con el cónsul Serviliano, en el cual se consignaba la autonomía de la Península y se reconocía la autoridad suprema del caudillo español. En su consecuencia licenció una buena parte de sus tropas, y con fuerzas, todavía respetables, acampó en Aphrodisio (Almenara) á la vista de Sagunto, cuya lealtad á los romanos debía inspirarle serios temores. Satisfecho de la neutralidad de los saguntinos, que solo obedecían á las órdenes que emanaban de Roma, intentó Viriato obligar á los de Segóbriga (Segorbe) á que entraran en la coalición contra los romanos. Los segobricenses, siguiendo la conducta de Sagunto, pero mas resueltos, se negaron obstinadamente á romper con los romanos, llegando hasta el punto de rechazar á los soldados de Viriato, que penetraron en aquel territorio en busca de víveres. Viriato resolvió entonces vengar el agravio inferido á sus armas, pero temiendo un descalabro ante los muros de una población bien fortificada y una posición sumamente ventajosa, esperó una ocasión oportuna, que no tardó en presentarse. Acercábase el día en que los segobricenses, según las prácticas de la religión, debían ocuparse toda la noche y á la luz de la luna, en hacer sacrificios y dirigir sus adoraciones al dios, que no tenía nombre, cuyas aras elevaban

en la cumbre de una pequeña colina, situada fuera de la ciudad. Viriato, que no ignoraba esta sagrada ceremonia, hizo una marcha precipitada, y antes de que se tuviera en Segorbe noticia de su movimiento, sorprendió á la multitud reunida al pie de la colina, y en los momentos en que mas distante creían á su enemigo. La sorpresa hizo débil y nula la resistencia, y el vencedor arrollándolo todo, pasó á cuchillo á los hombres, respetando por de pronto á las mujeres y á los niños, á quienes retuvo prisioneros, esperando la luz del nuevo día. Así que amaneció anunció Viriato á los moradores que se habían encerrado en la ciudad, que si no se rendían á discreción esterminaría á su vista á los débiles prisioneros que tenía en su poder. Los habitantes fieles al pueblo romano, cuya amistad anteponian á la independencia del país, se negaron á aceptar las proposiciones de Viriato y asistieron impávidos desde lo alto de sus muros al sacrificio de sus mujeres y de sus hijos. El lusitano, humillado en su empresa, levantó el sitio después de haber vertido inútilmente tanta sangre generosa é inocente.

Desde Segorbe se dirigió Viriato á la Carpetania para reclutar mayores fuerzas, persuadido ya de que los romanos volverían al fin á continuar la guerra. Y era así: Quinto Servilio Cepión, encargado del mando de España, desembarcó en Tarragona y procuró enterarse en seguida del estado y de los medios con que contaba para emprender una nueva campaña. En su consecuencia formó su plan de operaciones, y manifestó, ante todo, al Senado la necesidad de anular inmediatamente los tratados celebrados con el Bárbaro, y proseguir la guerra sin descanso hasta salvar la dignidad de la República, que se hallaba ya comprometida.

El Senado se apresuró á sancionar las medidas que proponía su delegado, invistiéndole de amplios poderes, para llevar á cabo sus nuevos planes de campaña. Facultado, pues, Cepión, para obrar con arreglo á las circunstancias que pudieran ocurrir, pero sacrificando la honra militar al éxito de proyectos tenebrosos, salió de Tarragona al frente de un ejército considerable y marchó sobre los vetones, á quienes sujetó en poco tiempo. Desde allí avanzó sobre Viriato, que acampaba en las orillas del Tajo, y por medio de una hábil combinación logró casi sorprender al lusitano, que pudo salvarse difícilmente merced á su experiencia y su sagacidad.

Viriato volvió de nuevo á nuestra provincia para organizar otras fuerzas y ponerse en estado de poder continuar la guerra, á la que se le provocaba violentamente. Mientras se dedicaba á estos trabajos con la actividad de que tan insignes pruebas han dado en todos tiempos nuestros inmortales guerrilleros, despachó á sus tres confidentes Anlace, Ditalcon y Minuro, para que presentándose á Cepión reclamasen terminantemente el cumplimiento de los pactos celebrados y aceptados por el cónsul Serviliano.

Tranquilo esperaba Viriato en Aphrodisio el éxito de sus gestiones, sin descuidar por ello el reclutamiento y la organización de sus tropas, cuando sus delegados y amigos, faltando á sus deberes, como soldados y jefes de confianza se dejaron seducir por las exageradas

y engañosas promesas del general romano, que ajustó con ellos el precio de la muerte de su noble enemigo, manchando el brillo del mando y la dignidad de su gobierno con un vil asesinato. Los traidores regresaron á su campamento y entraron en él á hora cauta, y fáciles fáciles penetrar en la tienda de su general, porque nunca se cerraba su entrada á los guerreros y mucho menos á sus oficiales. Los asesinos, que no ignoraban esta circunstancia, aprovecharon la primera hora de las que el caudillo consagraba á su reposo, y convenciendo fácilmente á los centinelas de que era un asunto de alta importancia referente á la misión que acababan de desempeñar el que les conducía en aquella hora á conferenciar con el general, penetraron dentro con paso alentado hasta do yacía profundamente dormido Viriato, y precipitándose sobre él, le asaron una puñalada en la garganta, única parte de su cuerpo que llevaba descubierta, dejándole muerto en el acto. En seguida abandonaron los asesinos aquel sitio con el mismo sigilo que habían observado al entrar, y cruzando el campamento, volaron á anunciar el resultado al impaciente Cepión, quien, á pesar del buen éxito de sus planes, se apresuró á prender á los asesinos y mandarlos á Roma para que el Senado juzgase su conducta. ¡Digno proceder de tal jefe y digna recompensa de tales instrumentos!

Pocas horas después de lo ocurrido, cundía ya por todo el ejército ibero la infausta noticia de la terrible desgracia que acababa de suceder. No pudiendo castigar, como deseaban, á los cobardes asesinos, se apresuraron á elegir por su caudillo á otro jefe llamado Tantalos, replegándose en seguida sobre Sagunto, según afirma Apiano, y no á Saguntia, como escriben Masdeu y otros historiadores. Desde Sagunto emprendió el ejército la retirada hacia las provincias del Bétis, procurando alcanzar la Lusitania; pero alcanzado por Cepión, le obligó á capitular, prometiendo, sin embargo, á los soldados un terreno fértil y abundante, donde pudieran retirarse. Admitida esta condición, depositaron las armas y se dispersó aquella masa de veteranos que con tanta gloria había sostenido la independencia de España.

Durante aquellos tratos fué relevado del mando Quinto Cepión, enviando el Senado para reemplazarle al cónsul Décimo Junio Bruto. El nuevo jefe cumplió los compromisos contraídos por su antecesor, y asignó á los lusitanos que quisieron aceptarlo, un hermoso terreno que se extendía á orillas del Turia, dando á esta colonia militar el nombre que conserva de Valencia, en 138 antes de la Era cristiana.

Aislados estos lusitanos en medio de pueblos, cuyo trato les era desconocido, y lejos de su país, no podían dejar de aceptar los nuevos hogares que se les ofrecían, bajo un cielo apacible y en el centro de un bosque pintoresco, bañado entonces por el Turia, la Albufera y el Mediterráneo. A estos veteranos asoció el cónsul á los soldados viejos que contaba en sus legiones, y romanos y lusitanos, llenos de heridas, de años y de méritos formaron la primera población de una ciudad, que tanto renombre había de conquistar.

Lenta, pero progresivamente, debería aumentar la nueva colonia militar, cuando perdida ya la sencillez

de los tiempos de Cincinato y de Fabricio, acumuladas las riquezas en manos de las familias patricias, y despertando la ambición y la sed de mando á los hombres mas audaces de la República, Roma vió levantarse por fin armados á los plebeyos y á los patricios, cuya rivalidad se venia fomentando desde antiguo. Mario, á la cabeza de los primeros y Sila al frente de los segundos, arrojaron al estadio público los principios democráticos y las leyes de los privilegios para plantear el gran problema político, cuya solución está aun por resolver. Llevados á los campos de batalla estos encontrados intereses, fué vária la fortuna, abundante la sangre derramada, millones de víctimas y viva la ambición individual, que osó despues tomar forma de razón de Estado bajo la espada de Julio César.

Las vicisitudes de una guerra civil condujeron á nuestra Península á Quinto Sertorio, proscrito por Sila, cuando dueño este de la dictadura acabó de verter la sangre que Mario desdenó ya derramar. Con numerosas relaciones en nuestro país, sujeto á la ferocidad de una insaciable proscripción, y resuelto á no volver mas á las ensangrentadas márgenes del Tiber, Sertorio concibió el atrevido plan de levantar á son de guerra á los iberos, y á ejemplo de Viriato, constituir un gran pueblo y un gobierno republicano como el de Roma. Al efecto reunió en Huesca á los hijos de los próceres españoles, con el doble objeto de asimilarlos á los romanos en lengua, religion, leyes y costumbres y fomentar con su influencia el pensamiento de organizar el país, asegurando su completa independencia. Perseguido en las aguas de Ibiza por unos corsarios de Cilicia, acosado por la escuadra al mando de Annio en la desembocadura del Betis y refugiado en las islas Canarias, buscó por último un asilo en las costas de Africa. Allí se hallaba el proscrito caudillo, cuando los lusitanos intentaron por segunda vez levantar el estandarte de la libertad, pero batidos por los romanos, hubieron de guarecerse en las asperezas del monte Bellera. Resueltos, sin embargo, á sostener la lucha, mandaron comisionados á Sertorio, invitándole á tomar el mando. El romano no perdió la ocasión que se le ofrecía para llevar á término sus planes, y abandonando el Africa, vino á España y se puso al frente de los sublevados. Su nombre, su prestigio y la importancia que da siempre á los ojos de la multitud una proscripción injusta, aumentaron en breve tiempo las fuerzas que necesitaba para emprender la lucha. Roma comprendió en seguida toda la gravedad de esta guerra y nombró al viejo Quinto Metello para el mando de España. Metello no se hizo esperar, y bien pronto vino á acampar en las llanuras que se estienden entre Segorbe y Bilbilis (Calatayud). No creyéndose el anciano general bastante fuerte para tomar la iniciativa, envió á pedir auxilio á su colega Manilio que operaba en la Galia Narbonense; pero sabedor Sertorio de este paso, destacó á Hirtuleyo para que impidiese la reunion de las tropas enviadas por Manilio. Hirtuleyo tuvo la fortuna de batir á Manilio, obligándole á encerrarse dentro de los muros de Lérida. Sertorio hizo entre tanto levantar el sitio que Metello habia puesto á Lecóbriga (Lagos, de Portugal), y forzóle á que se retirara precipitadamente á la Galia, para proveerse de nue-

vos recursos. Metello, reforzado el ejército, penetró hasta Lusitania y batió á Hirtuleyo, haciéndole perder 20,000 hombres. Sertorio, continuando las operaciones en la Celtiberia, vino por fin á Castra-Ælia (Morella), donde apenas llegado, recibió á un mismo tiempo la noticia del desembarco en la Península del general Perpenna y la sublevación de sus legiones, que acaban de pronunciarse á favor de Sertorio. Metello, no pudiendo por su edad atender á las vastas operaciones que estaba llamado á verificar, pidió el auxilio de Pompeyo, cuyo prestigio era inmenso en todas las provincias de la República. Acertado fué el pensamiento de Metello, pues si el ejército de Perpenna se declaraba sertoriano, otros pueblos, en gran número, se pronunciaron por Pompeyo.

Distinguióse entre estos Laurona ó Edeta (Liria) cabeza de Edetania, no lejos de la antigua Pallancia y de la nueva Valencia. Sertorio trató de reducir á su obediencia la ciudad de Laurona, mientras Pompeyo tuvo empeño decidido en defenderla. Pompeyo, anticipándose á su enemigo, se aproximó á Edeta, tomando posiciones en Pallancia (Ribarroja), que le ofrecía un punto sumamente estratégico. Sertorio, digno discípulo de Sila, y por consiguiente mas astuto que su ilustre adversario, destacó del grueso de su ejército un cuerpo de 6,000 hombres, que lograron establecerse á la retaguardia de Pompeyo, dejándole completamente sitiado. El caudillo romano conoció bien pronto el peligro de su crítica situación, sobre todo sintiendo la falta absoluta de víveres que experimentaba su ejército. Para atender á esta necesidad imperiosa, despachó secretamente dos cohortes, para que acopiasen cuantos recursos pudieran haber á las manos. No fué tan profundo el sigilo que debía acompañar á esta expedición, que no llegara á noticia de Sertorio, el cual destacó inmediatamente un cuerpo de 2,000 caballos y veinte cohortes á las órdenes de Tarquino Prisco y de Octavio Grecimo. Esta infantería se emboscó durante algunas horas en una selva mientras la caballería seguía las huellas á los pompeyanos. Regresaban ya estos á su campamento, cuando asaltados de súbito por las tropas emboscadas, fueron acometidos con increíble impetuosidad. Advertido Pompeyo de la comprometida situación de sus cohortes envió para proteger la retirada á un jefe con 5,000 hombres, que fueron acuchillados y dispersados por Sertorio. En vano acudió por fin el mismo Pompeyo con el grueso del ejército; los lusitanos debelaron sus legiones, matándoles mas de 10,000 hombres y apoderándose de todos los bagajes.

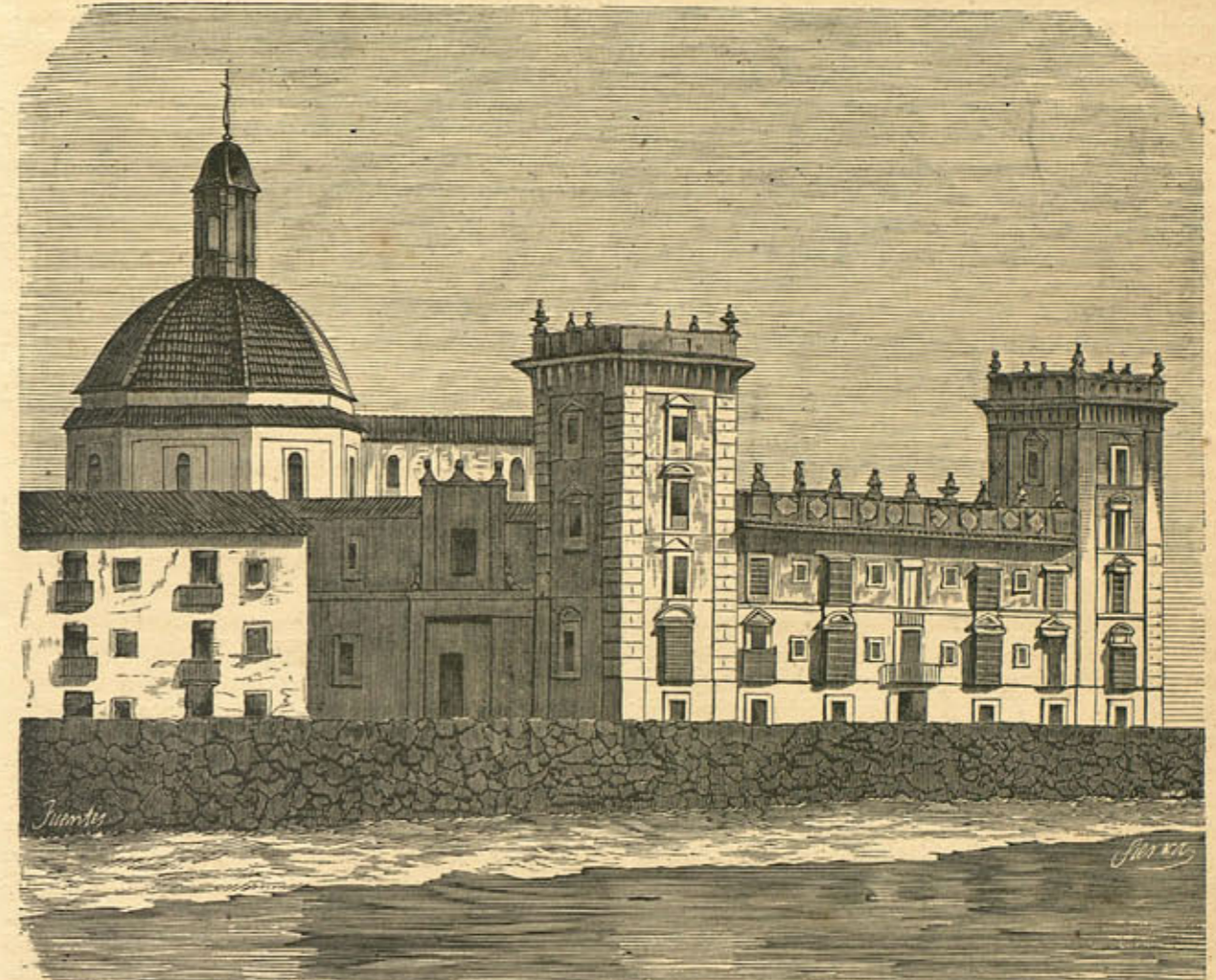
Esta derrota determinó la retirada de Pompeyo, y Sertorio se apoderó en seguida de Liria, hizo salir á sus moradores mandándoles á la Lusitania, y prendió fuego á la población á la vista del mismo Pompeyo. Cuenta Apiano Alejandrino, que no hallando una joven doncella otro medio de defenderse contra la licencia brutal de un soldado, le metió los dedos en los ojos y lo cegó. Noticioso Sertorio de este suceso, castigó severamente la audacia del soldado y con él á una cohorte entera que se hacia notable por su disolución.

Batido Pompeyo, se fué retirando hasta los Pirineos, de donde volvió para entrar de nuevo en campa-

ña, principiando sus operaciones en la Contestania (límites de Valencia y Alicante) y acampando por fin en la ciudad de Sacro (Alcira). Ceñida esta población por dos brazos del caudaloso Júcar, forma una isla, que en aquellos tiempos ofrecía una posición sumamente ventajosa. Antes de llegar á Alcira habia Pompeyo derrotado á los generales sertorianos Perpenna y

Erenio, matándoles 10,000 hombres á la vista de Valencia.

La noticia de esta derrota determinó la marcha precipitada de Sertorio, que no tardó en presentarse á la otra banda del Júcar con un ejército respetable. Los dos caudillos deseaban una batalla decisiva: Pompeyo por no partir el honor de la victoria con Metello,



Colegio de San Pio V.

cuya llegada se hallaba próxima, y Sertorio por verse impelido á hacer frente á un mismo tiempo á dos ejércitos numerosos y aguerridos. Los sertorianos se dispusieron durante la noche que precedió á la batalla, para que el nuevo día les encontrara en actitud de aceptar el combate. El cielo se cubrió de nubes, y durante la noche no cesó el estruendo de una tempestad furiosa. A pesar de la oscuridad y del terror supersticioso de sus soldados, Sertorio se disponía á dar comienzo á la acción cuando se le presentó inesperadamente un mensajero que le anunció la sangrienta derrota y muerte de Hirtuleyo. El intrépido caudillo, lleno de bravura y de resolución, condujo al mensajero á la orilla del Júcar, se cercioró de que no habia comunicado á persona alguna del campamento esta infausta noticia,

y para prevenir cualquiera indiscreción, en seguida le dió una puñalada y lo arrojó al río. Hecho esto dió la señal, confió el mando del ala izquierda á Perpenna y fué á colocarse al frente de la derecha, como por su parte habia efectuado Pompeyo. Y principió la acción: Pompeyo logró bien pronto envolver, batir y dispersar el cuerpo de ejército mandado por Perpenna, mientras Sertorio, con la impetuosidad que le distinguía, derrotaba á Afranio, á quien tenia enfrente. Entonces pudo observar el desorden de su izquierda, y echando á escape su caballo, cruzó el campo y fué al encuentro de los dispersos, les detiene, les arenga y concluye con estas palabras:—Id sin honor á vuestras casas, mientras yo corro á morir.—Acto continuo echó pié á tierra, y abriéndose paso con la voz y con la espada,

arrójase impetuoso contra las primeras filas. Los soldados, alentados y avergonzados á un mismo tiempo, vuelven caras y acometen á los pompeyanos, que, no pudiendo resistir aquella súbita acometida, se pronunciaron en retirada. Pompeyo se detuvo un instante para ponerse en guardia contra un soldado que le iba á los alcances. Desgraciadamente había recibido una herida en el muslo, y esta circunstancia le obligó á abandonar el caballo y huyó. Hubiera caído prisionero si los soldados no se hubiesen detenido para apoderarse de los jaeces del caballo y el manto del general, que este abandonó á sus perseguidores, logrando de este modo escapar á la persecucion. Derrotado el centro, Sertorio volvió contra el ala derecha, y en pocas horas derrotó á Afranio, que huyó tambien dejando en el campo 20,000 hombres, número casi igual al que perdió Sertorio.

Al día siguiente volvió este caudillo á presentar la batalla á sus enemigos; pero teniendo noticia de la aproximacion de Metello, se replegó á sus atrinchamientos, manifestando este motivo solo á sus mas íntimos confidentes. Pocos días despues avanzando sobre Sagunto, fué completamente derrotado en una sangrienta batalla, lo que le obligó á retirarse á Calahorra, Metello á la Celtiberia y Pompeyo á los Pirineos, desde donde dirigió al Senado romano la famosa y atrevida carta, de que hacen mérito especial algunos historiadores.

Afortunado hasta entonces el bravo Sertorio vió derrumbar su causa por las escisiones que dividieron por desgracia á sus legionarios. Muchos de sus oficiales cometieron en su nombre las mayores tropelías, sublevando á los pueblos contra una causa verdaderamente nacional. Sertorio, cuyo prestigio iba declinando rápidamente, se hallaba además proscrito por Metello que, amenguando la fama de su valor y la autoridad de sus canas, ofreció por la cabeza de su enemigo 20,000 yeguas de tierra y 100 talentos de plata. Así procedía el viejo general mientras celebraba sus victorias entre doncellas y perfumes á la vista del pueblo ibero, cuyo carácter severo y costumbres de hierro hacían temblar los ejércitos romanos.

Sertorio vino otra vez á la Edetania y estableció su cuartel general en Etosca ó Etovesca hoy Benifazá, desde donde se contentó con hostilizar á Lérida, Aytóna, Tarragona y Hemeroscopio, que acaso sea Uldecona. A pesar de su posición comprometida no se creían seguros los pompeyanos mientras viviera Sertorio. A fin de deshacerse de tan entendido como irrecconciliable enemigo procuraron introducir en sus filas la division, las rivalidades y la desconfianza, ganando para instrumentos de sus planes á Perpenna, que encontró fieles aliados y cómplices en dos oficiales llamados Malio y Aufidio, comprometiendo además á Lucio Fabio, Marco Antonio, Grecino y Tarquicio. Combinado el plan de la conjuración, Perpenna y Aufidio se presentaron á Sertorio entregándole una carta fingida en que se daba noticia de una gran batalla ganada por los suyos. El noble caudillo, lleno de júbilo, celebró el valor de sus soldados y en señal de regocijo admitió el convite que le hizo Perpenna para asistir á una brillante cena dispuesta con objeto de celebrar

tantas victorias. Además de Sertorio y de sus secretarios Versio y Mecenas se sentaron á la mesa todos los conjurados. En medio de la alegría del banquete y á una señal dada se levantó Marco Antonio y arrojándose bruscamente sobre Sertorio, le asestó la primera puñalada. El general consiguió ponerse de pié para defenderse; pero abrumado por el número murió por fin en el año octavo de su permanencia en España.

Queda del gran Sertorio una memoria en Valencia dedicada al mismo por un liberto suyo llamado Quinto Sertorio Abascanto, colector que fué del ejército romano.

Con la muerte de Sertorio y completa dispersion de su ejército terminaron las sangrientas guerras ibéricas que tanta sangre, tantos tesoros y tantos años costaron al pueblo romano. Valencia continuó su existencia de crecimiento, agena á aquellas grandes luchas, y así continuó durante la espantosa guerra civil entre César y Pompeyo, pasando bajo la dominacion de los emperadores como una de las muchas ciudades enclavadas en el vasto territorio de aquel imperio colosal. Pero en medio de su oscuridad y de su aislamiento recibió casi desde su aparicion en España las primeras semillas del cristianismo, honrándose con el glorioso martirio de San Vicente, y aun se enseñan los restos de los edificios romanos, convertidos hoy en pequeñas capillas donde aquel ilustre mártir derramó su sangre por la fé durante la persecucion de Diocleciano.

CAPITULO V.

Dominacion goda.—Dominacion árabe.

Cuando el imperio romano de Occidente caía despedazado á las plantas de Alarico, Valencia se vió sorprendida por las hordas de Ataulfo, que se apoderaron á la vez de Aragon y Cataluña. Segun un texto de San Agustin, citado por el historiador Escolano, sufrió mucho este país en la primera invasion de los bárbaros, sin que de su larga dominacion, que principia en 475 y acaba en 714, haya quedado memoria ni monumento digno de llamar la atencion. Pero si la capital no conserva recuerdos de aquel pueblo dominador, no puede decirse lo mismo de la ciudad de Játiva, que envió á los célebres concilios de Toledo á muchos de los obispos que ocuparon aquella Silla. En las actas de aquellas venerables asambleas, constan con aplauso los nombres de muchos prelados setabenses, mientras una colonia de religiosos, venida de las costas de Africa fundaban en la misma diócesis setabense un monasterio que adquirió gran celebridad. Un obispo de Setabis, con los de Elche, Denia, Bogarra y Segorbe concurren al segundo concilio cartaginense, celebrado en Valencia en el reinado de Theudis.

De Swintila se han encontrado varias monedas en unas escavaciones practicadas en la Universidad literaria por los años 1840, cuando se renovó casi por completo todo el edificio, y es probable que existiera en él algun antiguo templo católico, si no engañan los vestigios que se pudieron encontrar.

En medio de su postracion política y militar, Va-

lencia osó proteger al príncipe Recaredo, perseguido por su padre, ofreciendo al proscrito toda su cooperacion para salvarle del furor del fanatismo arriano.

Valencia contempló la desaparicion de su poblacion primitiva romano-lusitana, á quien substituyó la goda, que sin dejar memorias de su existencia en la capital, fué á perderse en las oleadas de guerreros que el Asia y el Africa arrojaron á nuestra Península, descendidos del Yemen y del Hdjaz. Despues de la sangrienta jornada del Guadalete, Abd-el-Aziz, separándose de Muza, invadió la provincia de Murcia, batió al gobernador Theodomiro en Orcillis ú Orihuela, y avanzó hasta cerca de Valencia, cuyos moradores hicieron una pequeña resistencia en los campos, donde hoy se levanta el pueblo de Catarroja. Desde el principio de la conquista, Valencia fué tenida en mucha estima por los árabes que la habitaron con marcada preferencia; debiéndose á esta predileccion no solo la importancia que desde entonces ha tenido, sino tambien la multitud de recuerdos que se conservan en todas partes.

Desde la conquista quedó Valencia sujeta, primero á los emires nombrados por el califa de Damasco, y despues á los mismos califas de Córdoba. Pero desde la muerte del grande Almanzor, célebre ministro de Hiscem, los walfes de Valencia no solo intentaron con frecuencia sustraerse á la autoridad del gobierno de Córdoba, sino que vinculando en varias familias poderosas el mando de Valencia, dieron lugar al nacimiento de diferentes parcialidades, enemigas entre sí, que se disputaban la gobernacion con horrible encarnizamiento, y á la rivalidad de los walfes de Murviedro, de Játiva y de Denia que procuraban sobreponerse mutuamente para acrecentar su territorio. Estos disturbios duraron muchos tiempos hasta la invasion de los almoravides que se habian apoderado de una gran parte de la Península y eran ya dueños de Denia y Murcia. Ben-D'yajaf desempeñaba en Valencia las funciones de kaadí, como lo habian hecho por largo tiempo sus antecesores, y concibió el deseo de apoderarse del trono que ocupaba Al-Kaadir, aprovechándose de las debilidades de este régulo y de la ausencia del Cid, que por aquella época acababa de separarse por tercera vez de su soberano el rey de Castilla, que á la sazón habia invadido en 1092 la provincia de Valencia y habia puesto sitio á Liria. El Cid venia desde Ubeda, y despues de fortificar y guarnecer el castillo de Peñacadel, entró en Valencia, donde se hallaba enfermo su rey Al-Kaadir, con el cual le unia una antigua amistad. Encontrábase tambien en esta capital el obispo cristiano D. Gerónimo, de nacion francés, y con él un embajador del rey D. Sancho de Aragon y cuarenta ginetes de su séquito. El Cid, que era el verdadero caudillo de Valencia durante la enfermedad de Al-Kaadir, dirigió entonces una expedicion contra Morella, dejando en Valencia á sus mayordomos y alguacil Ben-al-Farad'ye, y en aquella villa recibió la inesperada visita de un personaje que le ofreció la posesion del castillo de Borja, cerca de Zaragoza. Pero avisado del camino de la situacion en que se hallaba esta capital por la aproximacion del rey Sancho de Aragon, varió de direccion, fué á Zaragoza, y consintió en

un tratado de paz celebrado entre Sancho y el rey Al-Mostagrín.

Mientras el Cid ayudaba al monarca moro de Zaragoza, D. Alfonso de Castilla intentó sitiar á Valencia, auxiliado por las tropas venidas de Pisa y de Génova, que prometieron contribuir á la empresa por la parte de mar. Alfonso habia intimidado ya á los gobernadores de los castillos valencianos que le pagasen quintuplicados los tributos que satisfacian al Cid; pero la falta de víveres le obligó á levantar el sitio y tomar la vuelta de Toledo.

Noticioso el Cid de las operaciones del castellano, penetró en el condado de Nájera y Calahorra y se apoderó de Alberite y Logroño, talando sus comarcas, incendiando las iglesias y causando horribles estragos en todas partes. Hecho esto regresó á Zaragoza, cuando, como hemos dicho, los almoravides se aproximaban á Valencia.

Ben-D'yajaf, aprovechando la ausencia de Rodrigo Diaz, habia intentado concertarse con Ben-al-Farad'ye, alguacil del Cid; pero no pudiendo convencerle, se dirigió á Ben-G'Aischa, prometiéndole la entrega de la ciudad si le ayudaba en su empresa. Concertóse tambien el gobernador de Alcira y ambos rogaron al almoravid se viniese á esta villa, para desde allí pasar á Valencia. Ben-G'Aischa despachó á uno de sus caudillos para que tomara posesion de Alcira, y al llegar esta noticia al obispo y demás cristianos que habian quedado de la parte del Cid, se huyeron de la ciudad llevándose cuanto pudieron. Al-Kaadir, aunque restablecido de su dolencia, no se presentaba en público, y Ben-al-Farad'ye, despues de varias conferencias con el jefe, resolvió por fin enviar al momento sus riquezas á los castillos de Segorbe y Olocau, y abandonar á Valencia. Sin embargo, aunque habian mandado gran parte de sus tesoros y de sus vestidos, guarnecieron no obstante con bastantes fuerzas el alcázar y determinaron esperar al Cid, á quien habian rogado abandonase á Zaragoza y viniera á Valencia. Una mañana se presentaron inesperadamente en la puerta de Tudela 500 ginetes almoravides. Ben-al-Farad'ye corrió á palacio, mandó cerrar las puertas de la ciudad y coronó de soldados la muralla. Esta sorpresa se llevó á cabo del modo siguiente. Cuando Ben-D'yajaf pidió al general almoravid Ben-G'Aischa que avanzara sobre Alcira y Valencia, este caudillo se escusó con que no podia abandonar á Denia; pero despachó á su capitán Abu-Nasser para que en su nombre viniese á auxiliar y cumplir los deseos de Ben-D'yajaf. Salió, pues, de Alcira Abu-Nasser durante la noche, con 20 ginetes de los suyos y 20 de los de la villa, pero llevando todos el traje de los almoravides, y al amanecer se hallaban ya delante de la ciudad. Los parciales del kaadí se aprestaban á ayudarle; pero los soldados de Al-Kaadir se reunieron y arrojando gritos espantosos se presentaron delante del palacio de Ben-D'yajaf, pidiendo que saliese y se pusiera al frente. El traidor temblaba de miedo, esquivando presentarse á las tropas, y entonces sus parciales penetraron hasta su habitacion y le libraron del aprieto en que le tenian: en seguida fueron al palacio de Al-Kaadir, arrestaron á Ben-al-Farad'ye, y como se habia aumentado el

número con otras gentes, trataron de forzar las puertas de la ciudad, despues de haber desalojado á los soldados que las custodiaban; pero no pudiendo lograrlo, las prendieron fuego, mientras los que habian podido penetrar en palacio, metian en él á los almoravides por medio de cuerdas, que echaron desde los tejados y azoteas.

El desgraciado Al-Kaadir, despreciado por unos, perseguido por otros y odiado de todos, logró escapar vistiendo el traje de una de sus concubinas y confundiendo con las demás mujeres del harem, y se llevó consigo sus mas preciadas alhajas, y entre ellas el célebre collar que fué de Zobaiba, esposa de Harun-al-Raschid, que despues vino á poder de los Omeias de España, luego al de Al-Maamún, y últimamente de Al-Kaadir. Los valencianos introdujeron al capitán Abu-Nasser, robando y destruyendo, mataron dos soldados, cristiano el uno, y no se detuvieron hasta conseguir saber el punto donde se habia refugiado el rey. Reducido á prision, comprendió Nasser, que solo dándole muerte, le seria posible apoderarse de las alhajas y con este objeto entregó su custodia á Ben-al-Jadidi que asesinó al desventurado rey en venganza de haber este privado á su familia de algunos cargos que desempeñaba. Sus asesinos se repartieron las alhajas, arrojaron á un estanque la cabeza de la víctima, y su cuerpo fué sepultado en el mismo sitio en que arrojaban los cadáveres de los animales. Esto ocurría en Valencia en los primeros dias de noviembre de 1092.

Ben-D'yajaf no logró sin embargo ocupar el trono por falta de valor y de talento, y Valencia fué gobernada desde la muerte de Al-Kaadir hasta la conquista del Cid por la D'yemag ó Asamblea de notables, lo mismo que lo fueron Córdoba y Sevilla á la caída de la dinastía de los Omeias. Ben-D'yajaf se contentó con mandar en lo interior de la ciudad, y con desplegar un lujo insultante, afectando el poder de un gran monarca.

Noticioso de estos sucesos escribió el Cid una carta á Ben-D'yajaf, á la que este contestó que por su parte se obligaba á ayudarle si reconocia la autoridad de Yusuf, rey de los almoravides. El Cid le dirigió una nueva carta amenazándole y jurando que vengaría la muerte de su amigo el rey de Valencia. En seguida notificó á los gobernadores de los castillos cercanos, que inmediatamente surtiesen de víveres á su ejército, amenazando privar de sus posesiones á los que le desobedeciesen. El de Murviedro que era Abu-G'Isa-ben-Lebun ofreció su castillo al señor de Albarracin, por no entenderse con el Cid, y Ben-Ratsin se apresuró á aceptar.

El Cid no dejó ya de hostilizar desde entonces á los nuevos señores de Valencia, pero mandando á sus aventureros que no causaran molestias á los habitantes de la huerta, á fin de que continuaran las labores del campo. Entre tanto, el Campeador habia sitiado al castillo de Cebolla, que no podia ofrecer larga resistencia.

Por su parte Ben-D'yajaf se conducía en Valencia de un modo que aceleraba su ruina. Habia reclamado el auxilio de Ben-G'Aischa, que residia en Denia, y pudo mandarle 300 ginetes que se mantenian del trigo

que habia el Cid acopiado, y de las rentas de Al-Kaadir. Abu-Nasser, jefe de los auxiliares, conspiró contra Ben-D'yajaf, concertándose secretamente con los Beni-Thaaher, cuyo jefe era el anciano Abu-G'Abd-er-Rajman-ben-Thaaher, rey que fué de Murcia. Mientras la capital se veia amenazada en su interior por la lucha, próxima á estallar, de dos facciones rivales y enemigas, el Cid daba tres algaras diarias, sin dejar un momento de tregua á los sitiados. En una acometida hizo el castellano prisionero á un moro muy rico que era gobernador de Torraja, á quien mandó atormentar hasta que consiguió que diese por su rescate 10,000 adinares y la cesion de unas casas que poseia en Valencia, llegado el caso de la rendicion. El objeto principal de Rodrigo era alejar de Valencia á los almoravides, y casi lo consiguió ofreciendo á Ben-D'yajaf el señorío seguro de la ciudad, como lo habia tenido Al-Kaadir. Pero el jefe almoravid se resistió á las insinuaciones y aun hasta los malos tratos del rey, y este reunió la Asamblea, que acordó enviar abundante dinero á Yusuf, para que viniera en auxilio de Valencia. Animado secretamente el Cid, salió al encuentro de los emisarios y se apoderó de cuanto llevaban.

Ocurría todo esto desde noviembre 1092, á julio del siguiente año, en cuyo tiempo se rindió Cebolla; con este motivo pudo el Cid estrechar el sitio de la capital.

Resuelto, pues, á acelerar la rendicion, acometió uno en pos de otro, los arrabales de Alcudia y Al-kantara, apoderándose de ellos despues de un largo y sangriento combate, en que hasta las mujeres hostilizaron furiosamente á los castellanos. Esta victoria no impidió que el Cid entablara tratos secretos con Ben-D'yajaf, para combinar la salida de los almoravides; y el jefe árabe, vacilando unas veces, aceptando otras, las proposiciones del Campeador, dió tiempo para que las tropas de Yusuf, al mando de su yerno Abu-Beer avanzasen sobre nuestra provincia, dando aliento á los almoravides de Valencia y al régulo de Albarracin, cuyo territorio hubo de talar el Cid, recogiendo un botin de consideracion.

Los africanos llegaban ya hasta Alcacer, próximo á Valencia, y los sitiados se entregaron á la mas loca alegría. Pero al dia siguiente el ejército invasor emprendió la retirada, causando á los valencianos el mas profundo sentimiento, quedando como mujer en dia de parto.

El Cid cobró nuevos bríos, estrechó el cerco, la ciudad comenzó á carecer de víveres, y aquella misma noche de la retirada de Abu-Beer mandó prender fuego á las casas de los arrabales y consiguió que los sitiados cayeran en la mas funesta postracion. Ben-D'yajaf estrechado por los enemigos exteriores y débil ante la actitud de los Beni-Thaaher volvió á celebrar tratos con el Cid, logró aprisionar y matar á muchos de sus rivales y solicitó una entrevista con el Campeador. Fuéle concedido lo que deseaba y Ben-D'yajaf fué al encuentro del castellano que procuró obsequiarle y honrarle obligándole á que se despojase del tailesan ó gorró de kaadí que usaban los árabes para que vistiera el traje de rey. El moro prometió aceptar todas las condiciones que le presentó el Cid, y al re-

gresar á la ciudad varió de propósito y no cumplió lo prometido. El Campeador le escribió una carta amenazadora, pero Ben-D'yajaf, lejos de contestarle se apresuró á implorar los socorros del rey de Zaragoza.

La ciudad sufria entre tanto todos los horrores del hambre, haciendo perecer á muchos de necesidad en medio de las calles cubiertas de cadáveres y de moribundos. El rey moro de Zaragoza despachó mensajeros, invitando al Cid á que tratara la desventurada Valencia con la mayor humanidad; pero á pesar de esta mediacion el castellano procuró entenderse con un opulento valenciano llamado Ben-Moschisch, ofreciéndole el señorío de la ciudad y de todo el territorio hasta Denia, si se sublevaba contra Ben-D'yajaf. El moro se mostró propicio; pero fué descubierto y preso á pesar de que sus parciales intentaron apoderarse de palacio. En vista de la horrible anarquía que dominaba en la ciudad quiso el Cid dar un asalto por la puerta llamada Bab-el-Janesch, hoy de Valdigna, pero rechazado con pérdidas de consideracion, volvió al sistema de rigor empleado para cortar toda comunicacion de la ciudad con el campo. Llevó el castellano este rigor hasta el extremo de quemar vivos diez y ocho moros escapados de la ciudad acosados por el hambre. Esta espantosa ejecucion, verificada delante de las murallas para que fuera vista, hizo llegar al último extremo la situacion de Valencia, y el pueblo hambriento, estenuado, sin esperanza alguna de socorro, acudió á un sábio fakih (alfaquí) llamado Al-Vathan, hombre de mucha consideracion, para que en union con Abu-G'Abbed obligaran á Ben-D'yajaf á que pidiera y lograra una capitulacion. Logróse al fin convencer al rey, y entrando en tratos con el Cid, comprometiéndose los comisionados á hacer entregar la ciudad si no recibia socorro alguno en el improrogable término de quince dias. Cumplióse el plazo y el dia 15 de junio del 1094, que correspondia á uno de los últimos dias de la luna de D'yemad-el-aúel del año 487 se firmó la entrega de Valencia, cuyas puertas se abrieron á las doce de la mañana.

El Cid hizo su entrada pública en la ciudad, se mostró afable, benigno y tolerante, dió pruebas de moderacion en un discurso que pronunció delante de los notables de la poblacion y rehusó el dinero que, á guisa de regalo, le ofreció Ben-D'yajaf. Pero al dia siguiente hizo que le entregasen preso á Ben-D'yajaf y mandó conducirlo al castillo de Cebolla, despues de haber sido atormentado cruelmente, exigiéndole que declarase donde tenia ocultas las alhajas y los tesoros de Al-Kaadir. Mientras el Cid practicaba las mas esquisitas diligencias para descubrir aquellos tesoros, de los que parte iban encontrándose, se declaró soberano de la ciudad, anunciando que los que no quisieran reconocerle, que abandonarán á Valencia. Muchos lo hicieron así y entonces emigró una buena parte de la poblacion en 1095, apoderándose los cristianos de las casas abandonadas. Llevando el Cid adelante su persecucion contra D'yajaf, mandó cavar una fosa y colocó en ella al infortunado caudillo enterrado hasta el pecho y con los brazos de fuera; se reunió al rededor gran porcion de leña y encendido el fuego comenzó á sufrir los horrores del suplicio, á la invocacion de *en*

el nombre de Dios clemente y misericordioso, aproximándose él mismo las áscuas de la lumbre, para terminar mas pronto su existencia (1). Este horrible suplicio elevó á Ben-D'yajaf entre los suyos al rango de mártir, haciendo con su muerte olvidar los atentados y las graves faltas cometidas por aquel desgraciado.

El Cid siguió acreciendo su poder, conquistando el castillo de Olvean y la villa de Serra, encontrando en el primer punto una buena parte de las riquezas que Al-Kaadir y sus parciales se llevaron, al abandonar á Valencia. Con estas adquisiciones adquirió el Campeador una alta importancia en todas las córtes, y Pedro I de Aragon celebró con él un tratado de alianza ofensiva y defensiva y conferenciando para ello en la villa de Burriana. Firmado el tratado, se dirigieron ambos personajes á Játiva, donde casi les alcanzaron los almoravides mandados por Mojamed-ben-G'Aucha en nombre de Yusuf, deseoso de reconquistar la celebrada ciudad de Valencia. Los almoravides fueron batidos por los cristianos al pié del castillo de Peñacabell y de Monte-Ornes, y el Cid, separándose de Pedro, volvió á Valencia y salió en seguida con el objeto de apoderarse de Almenara, cuyo castillo estaba defendido por el Al-Caid-Abul-Fataj, el cual capituló al cabo de tres meses de sitio en 1098, tomando de paso á Murviedro. Estas victorias precedieron á la inmediata muerte del Campeador, que falleció tranquilamente en Valencia en el mes de julio de 1099.

Muerto el Cid, quedó dueña de la ciudad su esposa doña Jimena que se hallaba en Valencia con sus dos hijas doña Elvira y doña Sol, segun las crónicas y los romanceros, ó doña Cristina y doña María, segun otros autores modernos. Aconsejada por el obispo D. Gerónimo y otros caudillos, trató de defenderla contra los almoravides, que mandados por el emir Matsdalí, llegaron á la vista de Valencia en octubre de 1101, dos años despues de la muerte del Campeador. Siete meses resistieron los sitiados, al cabo de los cuales pidió doña Jimena la intervencion del rey D. Alfonso. El monarca intentó acudir con una buena parte de su ejército, pero considerando el número y la tenacidad de los sitiadores y la distancia que le separaba de sus Estados, abandonó la empresa en compañía de doña Jimena y las tropas que regia, entregando la ciudad á las llamas. Los castellanos se llevaron consigo el cuerpo del Cid, que depositaron en San Pedro de Cardena, y los almoravides tomaron posesion de Valencia en 5 de mayo de 1102, para poseerla los de su ley hasta los tiempos de Jaime I de Aragon.

CAPITULO VI.

Conquista de D. Jaime I de Aragon.

Los almoravides no disfrutaron tranquilamente de la posesion de Valencia que hubieron de disputar á Alfonso I de Aragon, denominado el Batallador. Este monarca penetró en nuestra provincia, como hemos visto en el capítulo anterior, y se contentó con reco-

(1) Malo de Molina: *Rodrigo el Campeador*.—Madrid.—Imprenta Nacional.—1857.

jer abundante botín sin detenerse á conquistar ningun pueblo importante. Si las armas de Aragon no tuvieron tiempo para arrojar de Valencia á los almoravides, una sublevacion inesperada privó de su señorío á estos dominadores, para pasar el territorio á otras manos mas afortunadas. Un aldeano de los algarbes, llamado Aben-Cosay se levantó al frente de algunos fanáticos, con el objeto de sostener y propagar las ideas exageradas de Mahomed-ben-Abdallah, jefe de los almohades, esto es, unitarios. A pesar de que este personaje vió perecer á mas de treinta mil de sus sectarios, degollados en Marruecos, en donde se habian refugiado, abandonando nuestra Península, Aben-Cosay logró sublevar de nuevo las masas mas ignorantes y fanáticas del islamismo español, y primero Córdoba y en seguida Valencia, respondieron al grito de rebelion, que reconocia por jefe á Abd-el-Mumen, y su sucesor Yusuf-Abu-Yacub. Los almoravides fueron las primeras víctimas del furor de los almohades, que amenazaron á un mismo tiempo á los mahometanos y á los cristianos. Después de la sangrienta batalla de Alarcos, tan desgraciada para estos últimos, en la que pereció la flor de nuestros caballeros, Yacub-ben-Yusuf, sucesor de Abu-Yacub, consiguió una tregua de doce años en 1194, que fué interrumpida en Valencia por la atrevida cuanto fatal expedicion de Armengol, conde de Urgel, el cual fué batido y muerto cerca de Requena. Esta algará sirvió de pretexto para que Mohamed, heredero de Yacub, diera por terminada la tregua, y publicando la *gazna* ó guerra santa contra los cristianos, reuniera un ejército formidable.

La guerra no fué larga, y como en reparacion de la derrota de Alarcos, consiguieron combinados los reyes de Aragon y de Castilla la célebre batalla de las Navas de Tolosa. Al frente de un cuerpo respetable se encontró tambien en esta jornada el walf de Valencia Abu-Abdallah, como le llama Viardot, ó Aben-Zaed, como escribe Masden, y vulgarmente conocido en Valencia por Zaen y Zest-Abuceit. Pedro de Aragon quiso aprovechar las ventajas obtenidas en las Navas y acometió el reino antiguo de Valencia, apoderándose de Castell Fabib y de Ademuz, mientras Aben-Zaed se refugiaba en la capital cubierto de ignominia. A pesar de su precaria situacion se declaró independiente, siguiendo su ejemplo los principales jefes de Baeza, Murcia y Sevilla. El nuevo soberano de Valencia trató al principio de su gobierno con la mayor crueldad á los cristianos que tenia cautivos, haciendo dar tormento y muerte á dos religiosos de la orden de San Francisco, que entonces se propagaba, llamados Juan de Perusia y Pedro de Saxoferrato, venerados por la Iglesia como mártires. Este doble asesinato se cometió á despecho de los ruegos y de la influencia de D. Blasco y D. Artal de Alagon, magnates aragoneses que se hallaban emigrados en Valencia, por la persecucion del rey de Aragon. Aben-Zaed se aprovechó oportunamente de los distinguidos conocimientos de estos ilustres proscritos, que no pudieron sin embargo impedir la caída de Zaed, contra cuyo gobierno se sublevó el fanatismo del pueblo, escitado por Abu-Zeyan walf de Denia. Llevado este

caudillo al poder obligó á su antecesor á que escapara de la ciudad y se trasladara á Zaragoza, para implorar la proteccion del jóven monarca Jaime I. Mas adelante el príncipe fugitivo abrazó la religion cristiana tomando el nombre de Vicente. La sublevacion de Zeyan no halló eco en los pueblos de la sierra de Eslida y ribera del Mijares, dando lugar esta rivalidad á la profunda desunion que facilitó la conquista á Jaime de Aragon.

Habia este soberano sucedido á su padre Pedro I muerto en la jornada de Tolosa en 1213, y fuéle preciso encargarse de la gobernacion del Estado, antes de su mayor edad, no sin tener que combatir con las armas la resistencia que los regentes presididos por Pedro Añones opusieron al reconocimiento del jóven soberano. Igual suerte sufrieron el infante D. Fernando y D. Pedro Cornel que se habian sublevado en Ribagorza y Sobrarbe.

Terminadas felizmente tan complicadas turbulencias concibió D. Jaime el plan de conquistar á Valencia, dando comienzo por el sitio de Peñíscola, el antiguo Chersoneso, nombre dado por los griegos. Mientras el monarca, estableciendo su cuartel general en Teruel, reunia fuerzas numerosas para atacar resueltamente á Peñíscola, que tenia bloqueada solo por tierra, recibió del jefe móro de Valencia un tratado de paz, por el cual se comprometia este á remitir anualmente al rey de Aragon la quinta parte de sus rentas. Jaime se apresuró á aceptar el trato, porque sin menoscabo de su poder pudo de este modo retirarse de Peñíscola el ejército que carecia completamente de víveres. Jaime, con asentimiento de las Córtes de Cataluña, emprendió y llevó á cabo la conquista de Mallorca, mientras ocurría en Valencia la sedicion que elevó al trono á Zeyan. El nuevo caudillo no se creyó obligado á respetar los tratos celebrados por su antecesor con Jaime de Aragon, y formó una alianza con Aben-Hud de Murcia y Aben-Alahmar de Jaen.

Vuelto D. Jaime á Zaragoza, despues de la conquista de Mallorca, oyó las quejas que le presentó Zaed, y aprovechó esta ocasion para emprender decididamente la conquista de Valencia. Autorizado al efecto por las Córtes reunidas en Monzon, y obtenida y publicada la bula de Cruzada, otorgada por el Papa Gregorio IX, á cuyo llamamiento acudieron ilustres y numerosos caballeros de Francia, Inglaterra é Italia, además de la nobleza de Cataluña y Aragon, comenzó sus operaciones y se apoderó sucesivamente de Jérica, Torres-torres y distrito de Murviedro, emprendiendo personalmente el intrépido monarca el sitio de Burriana en 1233.

Al rumor de esta grande invasion respondió Zeyan publicando en todas las mezquitas la *guerra santa*, teniendo en aquellas circunstancias su origen el cuerpo permanente de africanos, ligados entre sí por terribles juramentos, observando una vida austera y denominándose la compañía de los Rabís.

D. Jaime formalizó el sitio de Burriana por el mes de mayo, y fué tal y tan brava la resistencia de los sitiados, que no podia adelantar nada en las operaciones, á pesar del valor de los cristianos y del uso frecuente de las máquinas de batir, conocidas entonces

con los nombres de *fenevoll* y *manganell*, aparatos que despedian piedras de gran volumen. A pesar de estos medios de batir y de los frecuentes asaltos intentados por los cristianos, las operaciones del sitio eran infructuosas, hasta el extremo de reducir el sitio á un riguroso bloqueo, estendiendo D. Jaime á otros puntos algunos cuerpos de ejército. Durante este largo asedio, se vió una noche sorprendido el monarca por una partida salida cautelosamente de la villa, la cual penetró en el campamento cristiano, pasó á cuchillo á los centinelas y faltó muy poco para que cogiera prisionero al rey. Este incidente produjo en su ánimo una impresion tan fuerte, que, haciendo los esfuerzos mas extraordinarios, atacó la poblacion, batió sus muros y obligó por fin á la guarnicion á que capitulara, abandonando el pueblo en 24 de julio. Dueño de Burriana, se apoderó el monarca de la importante posicion de Almenara, despues de un combate sangriento, practicando en seguida un reconocimiento hasta las orillas del Júcar, y avistar la villa de Cullera. Vuelto á Burriana, destacó á su tío Guillem de Entenza, para que se apoderara y estableciera en el castillo del Puig, punto avanzado que le debia servir de apoyo para emprender las operaciones sobre Valencia en 1236. Zeyan comprendió lo mismo que el aragonés la importancia de aquel castillo, y anticipándose á los planes de D. Jaime, mandó fuerzas respetables al Puig y demolieron el castillo, que no le convenia defender. Entenza arribó despues, y se dedicó activamente á reedificar el castillo, desde donde hostilizó frecuentemente la capital, poniendo en jaque á sus numerosos habitantes.

Zaen, que hasta entonces habia limitado sus planes de defensa á la expedicion de varias partidas para que impidiesen la marcha de los convoyes y de aislados aventureros que acudían al campamento del monarca aragonés, no dejó de conocer al fin la importancia de conservar el castillo del Puig; pero no pudiendo prestarle cuando las circunstancias lo exigieran los socorros que necesariamente debian apoyar á sus defensores, prefirió su destruccion á la esperanza de sacar alguna ventaja positiva de su conservacion, y de este modo lo inutilizaba tambien para las operaciones ulteriores de los cristianos. Previsor, empero, é informado además por los secretos emisarios que contaba en el ejército aragonés, del plan del monarca, se apresuró á mandar algunas fuerzas que, auxiliadas por numerosos operarios, demolieron el castillo, reduciéndolo á la mas completa nulidad. Verificábase este importante trabajo cuando el cuerpo de tropas que regia Entenza se presentó delante del Puig, donde, como acabamos de decir, se fortificó bien pronto, quedando la fortaleza bajo el mando del mismo Entenza, de su hermano Bernardo y del caballero Guillem Aguiló.

Asegurada de este modo la comunicacion entre Aragon y Cataluña, se alejó por algun tiempo del teatro de la guerra, con motivo de su enlace con la hija de Andrés, rey de Hungría, y para asistir á las Córtes reunidas en Monzon.

Llegando por entonces á los pueblos de la corona la noticia de la conquista de Córdoba, llevada á cabo

por el rey San Fernando, apresuró D. Jaime los preparativos para lograr por su parte la de Valencia, esperando conseguir con este nuevo hecho de armas, mayor aumento de territorio y un título mas al dictado de Conquistador que le daban ya sus contemporáneos. Las Córtes, á quienes dió cuenta de sus proyectos, se apresuraron á concederle la autorizacion que solicitaba, ofreciéndole cuantos recursos podia necesitar, y declarando por fuera que en adelante se acuñase para los Estados de Aragon una sola clase de moneda, sin permitir la variedad, consentida hasta entonces, adoptando para su circulacion la que habia introducido el último rey D. Pedro con el nombre de *jaquesa*, ó porque en Jaca fué donde se acuñó, ó porque en esta ciudad tuvo comienzo el reino de Aragon (Año de C. 1237).

Mientras D. Jaime atendia en Aragon y daba impulso á los preparativos, que juzgó necesarios para la conquista proyectada, aprovechó Zaen una tregua, que no podia esperar, segun el ardor con que el monarca habia poco antes emprendido su expedicion á la huerta de Valencia. Molestaba á Valencia la vecindad del cuerpo cristiano establecido en el Puig, y venian haciéndose sensibles las pérdidas que ocasionaban las frecuentes correrías practicadas de orden de Entenza, las cuales impedían tambien el libre paso de los viajeros africanos que de Murviedro se dirigian á la capital. Sus mismos arrabales no se libraban de los ataques de los cristianos del Puig, y todo contribuyó á determinar á Zaen á intentar la reconquista del castillo cuya guarnicion era mas atrevida que numerosa. Reuniendo, pues, todos los jóvenes hábiles para tomar las armas, los agregó á las fuerzas organizadas que militaban bajo de sus banderas, y en breve pudo poner en campaña un respetable ejército de cuarenta mil hombres. Algunas horas antes de mover esta masa, formada de soldados no avezados á la disciplina ni á los peligros de los combates, un esclavo dió aviso á Entenza de la tempestad que amagaba á los defensores del Puig. Prevenido de este modo el caudillo cristiano no creyó prudente encerrarse dentro de los muros del castillo sin intentar al menos un combate, y al efecto salió al campo, y tomando posicion al pié de la fortaleza esperó al enemigo, con todo al ardimiento que caracterizaba á los guerreros de aquella época caballeresca.

No tardó en presentarse el enemigo dividido en tres columnas de ataque. Formaba la vanguardia la infantería de Jérica, Liria, Oreda y sus comarcas, compuesta en su mayor parte de soldados antiguos; los reclutas ocupaban el centro y la caballería cerraba la retaguardia. Llegados los musulimes á la llanura que se estiende delante del Puig, los cristianos hicieron resonar al punto el formidable grito de guerra «San Jorge, á ellos; Aragon, Aragon;» y se precipitaron, con la velocidad del águila, sobre aquella masa erizada de lanzas y de ballestas. Esta acometida ruda, súbita é inesperada sorprendió á los moros, pero no les obligó á cejar, resistiendo con impavidez la segunda carga, mas impetuosa aun que la primera de los aragoneses. Mas felices sin embargo en el último movimiento lograron los cristianos desordenar la vanguardia, que emprendió de pronto un movimiento de retirada, pero

rehaciéndose de nuevo á fuer de buenos veteranos, cerraron con los cruzados que, inferiores en número, se vieron forzados á replegarse en el castillo. Iba á resonar en el campo moro el horrible grito de asalto, cuando cundió de súbito, finjida ó cierta, la noticia de que don Jaime avanzaba contra ellos á largas jornadas, y exagerando el miedo á los peligros, comienza, primero lenta y luego desordenadamente, la desercion en las filas africanas. Observado por Entenza este atropellamiento cuya causa no conocia, sale de la fortaleza y arrojándose sobre el ejército ya casi derrotado, le estrechó, le deshizo, le acuchilló, y le dispersó por fin, matando sin descanso, y persiguiendo sus restos hasta el rio Seco, como le llama D. Jaime en su historia, que sin duda es el barranco que llamamos hay de Carraxet. Dos mil hombres dejaron los moros en el campo, costando sin embargo esta inesperada victoria la pérdida de Gimén Perez de Lucian y del alférez Guillem de Entenza, hijo del caudillo, que acabó también su carrera de gloria pocos dias despues, sin que tuviera la satisfacción de ofrecer á su régio sobrino los honores de aquel insigne hecho de armas. El sepulcro que guarda las cenizas de este ilustre paladín, adorna, á fuer de magnífico monumento, la iglesia del Puig.

D. Jaime recibió en Teruel la fausta nueva de esta gran victoria, y mientras se apresuró á mandar víveres abundantes desde Daroca y otros puntos á la brava guarnicion del Puig, concediendo á sus defensores justas recompensas, llegó también á su noticia el inesperado rumor de que aquellos soldados, tan áridos á las órdenes de Entenza, se habian sublevado, con intento de evacuar el castillo, á pesar de los ruegos y de las amenazas de Bernardo de Entenza y de otros caballeros de mucha prez. Este incidente, tan fatal en aquellas circunstancias, decidió al rey á ponerse inmediatamente en marcha, y á los pocos dias se hallaba dentro de los muros de la fortaleza al frente de fuerzas respetables. Su presencia y los consejos de Fernán Perez de Pina y de Bernardo Vidad, á quien el príncipe alaba por su prudencia y buen juicio, alentaron á aquellos guerreros, débiles por un momento, y para asegurarles de que emprendia en seguida la conquista de Valencia, dejó D. Jaime en el castillo á la reina, su mujer, y á la infanta Isabel, que permanecieron efectivamente en nuestro territorio hasta la rendicion de la capital.

Llegó por fin el dia señalado por el monarca para dar principio á la expedicion, puesta la esperanza en Dios y la gloria de la jornada en el brio de sus batalladores.

Al aproximarse el ejército aragonés á las márgenes del Turia, conoció Zaen, aunque tarde, el peligro que corria no solo su poder, sino también su persona, en una ciudad cuyos habitantes debian conservar indeleble la memoria funesta de su desastrosa dominacion, y temió una revolucion que le arrojará desde las murallas al pié del conquistador. La tiranía se arrepiente siempre tarde; así lo permite la eterna justicia de Dios. A pesar del odio que el pueblo moro de Valencia alimentaba contra Zaen, se olvidó generoso del tirano para inspirarse solamente en el amor santo de la patria. Este es el pueblo, digan lo que quieran sus opresores.

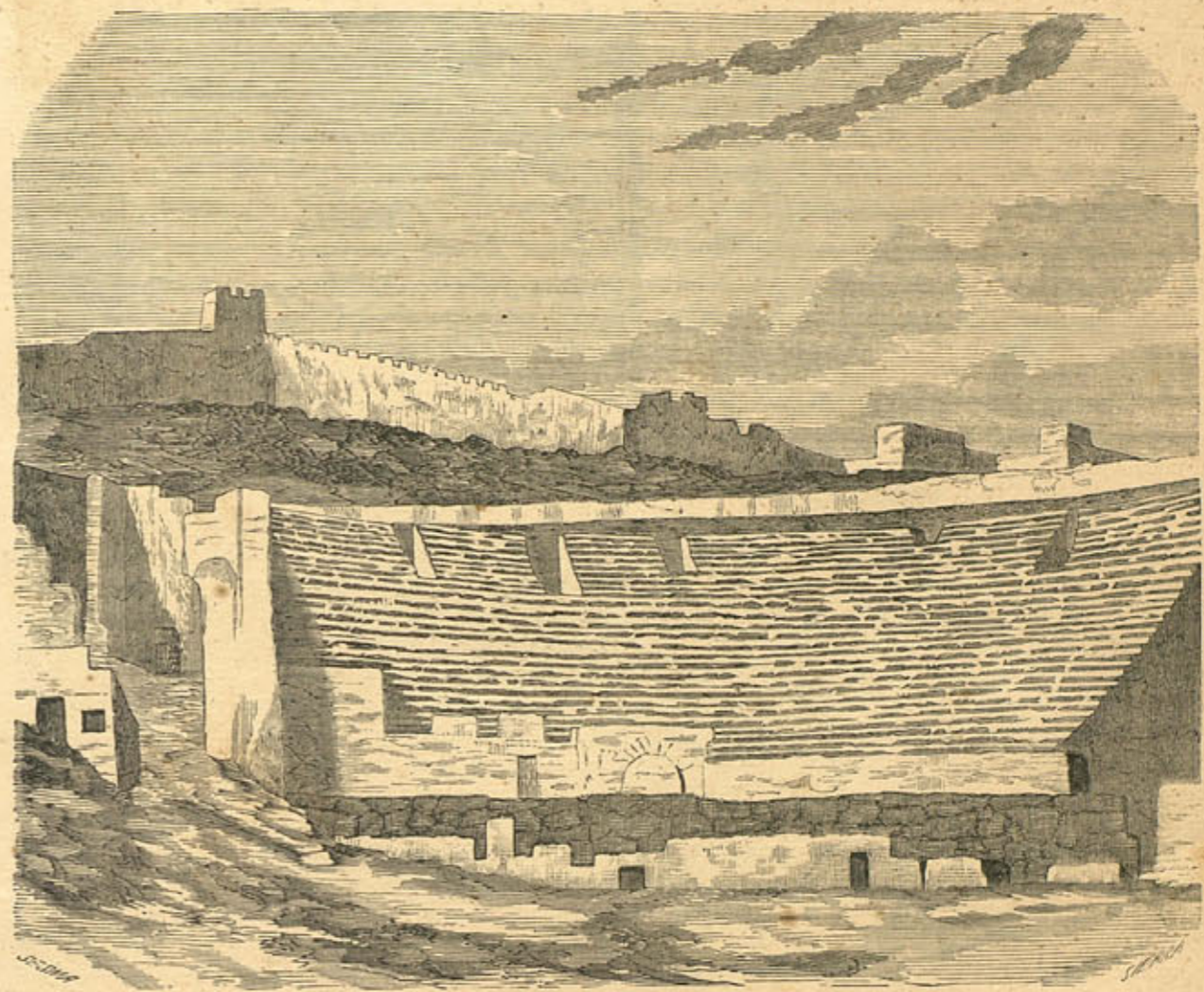
Mientras la poblacion, franca y lealmente se aprestaba á la defensa de su independencia y de sus hogares, el cobarde Zaen, prefiriendo el poder á la gloria de morir por la patria, pidió secretamente socorros á Aben-Hud, walf de Murcia, mientras mandaba con cautela al encuentro de Jaime á un favorito suyo llamado Alf-Albata, natural de Peñíscola. Este emisario llevaba el encargo de ofrecer al monarca aragonés, en nombre de Zaen y por mediacion de Fernán Diaz, caballero de Teruel, la posesion pacífica del país que se estienda desde las orillas del Turia hasta Cataluña y desde la ribera del mar hasta los Estados de Aragon. Para asegurar este ofrecimiento se comprometia el walf á levantar á sus espensas en el llano que se llama de la Zaidía, nombre que recibió de una distinguida dama mora conocida por Zayda, una fortaleza respetable, cuya guarnicion confiada á los aragoneses fuera una garantía de las promesas hechas al rey. Todo esto no fué bastante, sin embargo, para apartar á Jaime de una empresa que halagaba su ambicion, como monarca, y su valor como soldado. Esta negativa fué para Zaen mas sensible todavía que la inesperada nueva del asesinato de Aben-Hud, á consecuencia de los planes secretos del walf de Jaen, quedando de este modo privado del socorro que esperaba y enfrente de un enemigo poderoso guiado por la fortuna. En tan apurada situacion dirigió Zaen sus últimas miradas al Africa, logrando, por medio de activos mensajeros, la esperanza de eficaces auxilios enviados por el walf de Túnez. Alentado de este modo se preparó á la defensa, resuelto á conservar un pueblo que, vencido esta vez, debia abandonar sus hogares y los sepulcros de sus padres para siempre. A la imponente actitud de los valencianos no respondieron ciertamente los alcaides de diferentes castillos, que uno en pos de otro se entregaron al afortunado monarca aragonés, que llegó por fin á la cabeza de su brillante ejército á la vista de Valencia, rigiendo setenta mil infantes y dos mil ginetes, venidos de Cataluña, de Aragon, de la Provenza, de Castilla y no pocos de Inglaterra y de Italia. Confundidos con los guerreros acudieron á la empresa obispos, abades y religiosos de diferentes órdenes, junto con numerosos cruzados que habian peleado en Jerusalem.

D. Hugo de Folcalquer, teniente de gran maestro de San Juan y el de los templarios conducian veintidos cruzados; D. Rodrigo de Lizana, con treinta caballeros; D. Ladron, comendador de Calatrava, y don Guillem Aguiló, con quince escuderos mantenidos á sus espensas; D. Gimén Perez de Tarazona, al frente de los caballeros de la casa real; y últimamente, el arzobispo de Narbona se hallaba á la cabeza de trece caballeros y quinientos soldados aventureros. Pero en medio de tantos combatientes de brillantes armaduras y célebres divisas, ocupaban un preferente lugar por su valor y arrojo los formidables almogávares, que formaban la vanguardia del ejército conquistador. En el sitio de Valencia comienza á hablarse por vez primera de esta raza nómada y semi-salvaje, colocada en el centro de un campamento rudo pero caballeresco.

El historiador Muntaner, que pudo en sus campa-

ñas estudiar detenidamente las costumbres de estos soldados, nos dejó de ellos una descripción, que trasladamos con gusto del lemosin, porque en el espacio de cuatro siglos, apenas se verificó un hecho glorioso para la corona de Aragon, en que no tuvieran parte los fieros almogávares. Fueran descendientes de los celtíberos, guarecidos en las montañas mas ásperas de la España central, fueran de origen godo, mostraron siempre un carácter original, que no podia confundir-

se con las generaciones advenedizas que les rodeaban. Decíase en aquella época que era mas de temer el ataque de un almogávar que el de diez hombres de armas. Nacidos y criados estos soldados bravísimos en las asperezas de nuestras cordilleras, eran altos, atléticos, robustos, insensibles lo mismo á los ardores del sol que á los frios mas rigorosos del invierno. Traslados al campamento, se presentaban sombríos, taciturnos, desabridos; y su única sociedad se limitaba al



Teatro de Sagunto.

trato solitario de sus chozas de pieles. Su alimento consistia ordinariamente en un pedazo de pan y un poco de vino, cuya provision hacian para dos dias. Envolvian el cuerpo en pieles de animales, que ceñian con un cinturón de cuero, y llevando siempre descubierta la cabeza, cuyo pelo no se cortaban jamás, ofrecian el rostro empolvado y asqueroso y las barbas luengas é hirsutas. Sanguinarios al par que audaces, hacian frente á pié á las cargas de la misma caballería, y su placer era colmado, cuando la sangre del enemigo salpicaba sus salvajes adornos. Armados de puñal, lanza, dardo, venablo y alguna vez de mazas, se veia á los almogávares acompañar en sus expediciones á los reyes de Aragon, como los espíritus de la

destruccion, como los instrumentos mas formidables de la muerte. La historia de sus hechos individuales se ha perdido en la oscuridad como los nombres de sus héroes; y no seria posible á un poeta enumerar los prodigios de valor, aunque sorprendieron á los mismos hombres de aquella edad de hierro estos salvajes, cuya aparicion, á las órdenes del mas grande de los reyes de Aragon, fué como un funesto meteoro que anunciaba la destruccion de los enemigos de la corona aragonesa. Peleaban, callaban, morian y obtenian sobre los cuerpos despedazados de sus hermanos la victoria para sus reyes; y sus nombres desaparecian en el abismo del tiempo, pero quedaban inscritos en el libro del destino, cuyas páginas encierran nombres á quienes

el mundo no ha conocido ni ofrecido jamás su incienso, porque no todos los héroes han hollado los pueblos sobre el carro sangriento de sus triunfos.

Formando, pues, los almogávares la vanguardia del ejército, su primera operación sobre Valencia fué recorrer sus alrededores, procurando esguazar el Turia, con el objeto de apoderarse de la Ruzafa; pero mandados retirar por orden del rey difirieron el ataque para el día siguiente, cuya madrugada aprovecharon para salir del campo, establecido aquella noche en la playa, poblada entonces por algunos miserables pescadores moriscos, pero desde cuya época se dió principio á la población del Grao. Los almogávares se precipitaron sobre las avanzadas, que cubrían la alquería ó cármén fortificado, llamado la Ruzafa ó casa de recreo, y empeñaron un obstinado combate, sostenido por las fuerzas salidas de la capital y por los cuerpos desprendidos del grueso del ejército cristiano. El resultado fué el establecimiento del campo aragonés en la misma Ruzafa; y mientras el rey señalaba los puntos que cada cuerpo debía ocupar, destacó á los caballeros y soldados de Lérida, que en este sitio conquistaron una gran celebridad, para que amagasen un asalto, aproximándose cuanto les fuera posible á las murallas. Los sitiados, empero, los rechazaron una y otra vez, manifestando que no les faltaba valor ni mucho menos aquella osadía que solo puede inspirar la perspectiva de la pérdida de su libertad y de su patria. En vano los esfuerzos de los cristianos abrieron algunas brechas; la resistencia fué mayor y los cadáveres de los moros las obstruían bien pronto, al paso que eran defendidas obstinadamente por otros, que se apoyaban sobre aquellas piras sangrientas, para rechazar al enemigo. Tan heroica resistencia obligó á D. Jaime á mandar la retirada, desplegando entonces una estensa línea para incomunicar del todo la plaza, estableciendo su cuartel general en la Ruzafa, para atender con prontitud y facilidad á cualquier punto de la línea que se hallare amenazado.

Hacia ya algun tiempo que las operaciones del monarca se limitaban á estrechar mas y mas el bloqueo, poniendo ya en penosa situación á los sitiados, cuando apareció por fin en las aguas del Grao la flota, que el walf de Túnez enviaba al socorro de Zaen. La vista de la escuadra alentó extraordinariamente á los defensores de Valencia, los cuales se apresuraron á encender sobre las murallas grandes hogueras en señal de júbilo, correspondiendo á las luces de las alfaras, que brillaban colgadas de las antenas de las galeras tunecinas, en número de quince. Lejos el Conquistador de mostrar el menor recelo por la aproximación de la escuadra, mandó por el contrario encender iguales hogueras en su campo y en la extensión de toda la línea, arrojando de pasada en la ciudad algunos proyectiles incendiarios muy parecidos á nuestros cohetes voladores. Breve fué, sin embargo, la esperanza que había hecho concebir á los valencianos la venida de la flota auxiliar, porque al amanecer del día siguiente se dejó ver la escuadra catalana, y zarpando áncora los africanos dirigieron el rumbo hácia Peñíscola, cuya ciudad no lograron sorprender, por la actividad y vigilancia de los caballe-

ros Fernan Perez de Pina y Fernan Ahones, encargados de la defensa. Con la desaparición de los auxiliares cayó también la confianza de los valencianos que, privados de todo socorro, acosados por el hambre, devorados por las enfermedades y reducidos á alimentarse con los animales mas inmundos, por la aglomeración excesiva de gentes que se habían refugiado en la ciudad, apelaban vanamente á los mas desesperados esfuerzos de su valor, resistiendo con denuedo á los repetidos asaltos de los sitiadores.

En uno de estos choques consiguieron los cristianos penetrar en el arrabal llamado de la Sharea ó Xarea, apoderándose de todo el cuartel; pero en el mismo punto perecieron los moros que lo defendían, dando pruebas de un valor, que los cristianos, á fuer de bravos no pudieron menos de admirar. Pocos dias despues de este suceso, verificaron los sitiados una impetuosa salida, atacando con audacia á las compañías francesas mandadas por el arzobispo de Narbona. Estos cruzados que habían ondeado el estandarte de la cruz en la cumbre de Sion, sostuvieron como buenos, la carga de la caballería valenciana, que pareció cejar muy pronto, empeñada apenas la acción, pero fingiendo en realidad una retirada, para obligar á los franceses á perseguirles en esta simulada dispersión, persuadidos de que era suya la victoria. El monarca aragonés, que llegaba casi al mismo tiempo al sitio del combate, conoció bien pronto la celada que preparaban los moros, y comenzó á dar voces á los franceses para que se retirasen. Viendo, empero, inútiles sus esfuerzos, corrió al encuentro del arzobispo, y ya había logrado dejarse oír entre la confusa gritería de los combatientes, cuando al volver casualmente la cabeza para observar la muralla, un ballestero moro que le seguía de cerca, le disparó el tiro, cuyo proyectil, hendiendo rápidamente el aire, fué á cruzar la frente del rey, quedando una arista clavada encima de la ceja izquierda (1), por la fatalidad sin duda de tener en aquel momento levantada la visera.

Al sentirse herido, fué tal su indignación, según él mismo escribe, que se arrancó y desmenuzó con sus propias manos la saeta, haciendo, con este esfuerzo violento, mas rasgada la herida, cuya sangre, manando abundantemente, le cubrió el rostro, filtrando por su barba. Recobrando, empero, la serenidad, se limpió tranquilamente, y cantando y riendo atravesó las filas de sus soldados, que le contemplaban silenciosos, hasta llegar á su tienda, de donde, practicada la primera curación, volvió á salir, recorriendo á caballo toda la línea.

No hubo un caballero que no quisiera entonces vengar con sangre la herida de su soberano, sin cuyo conocimiento se reunieron D. Pero Cornel, gobernador de Burriana, Gimén de Urrea, maestresala del rey; su copero Pardo; Pertusa, su caballero mayor, y

(1) Tuve ocasión de observar por mí mismo la señal de la cicatriz, cuando en agosto de 1843 ví el cadáver del gran rey estraido de su magnífico sepulcro de Poblet, depositado en una caja de madera en un cuarto bajo del gobierno de Tarragona. Hoy ocupa un digno mausoleo en aquella iglesia catedral.

Pero Fernandez de Pina, para disponer los medios de hacer sentir á los moros de una manera terrible la afrenta que había, en su concepto, recibido su señor. Convínose, pues, en atacar y apoderarse de una puerta llamada de la Boatella, situada hoy en los alrededores de la iglesia de San Martín, y á este fin pusieron en movimiento todas sus gentes. Llegada la hora y á una voz de Cornel se dió principio al asalto. Si brioso fué el ataque, no fué menor la resistencia. Los cristianos, hacinados unos sobre otros, oprimían con su peso las robustas escalas, de las que eran precipitados, para formar al pié de la torre que protegía la puerta, un confuso montón de cadáveres. Solo diez moros defendían este punto, y «si fueran mil, no se portaran con mas valor», dice el rey. Llovían sobre los cristianos piedras enormes, cal viva y aceite hirviendo, á la par de las ballestas que se cruzaban en todas direcciones. Avisado D. Jaime, se presentó en lo mas recio de la pelea, y aunque su presencia reanimó á los peleadores, no hizo ceder sin embargo á los sitiados, cuyo número se reducía rápidamente. En este estado pidieron capitulación; pero negada por el rey, continuó mas encarnizada la lucha. En medio de esta espantosa contienda, arrojaron los moros un proyectil incendiario dentro de la torre, y acertando á prender, levantó en un momento inmensas llamaradas envueltas en densas nubes de humo. Aterrados los moros, pidieron otra vez capitulación, pero negada también, perecieron abrasados, sirviéndoles aquellas humeantes ruinas de honrosa sepultura.

Pasado era un mes desde el acontecimiento que acabamos de referir, sin que ocurriera suceso alguno de importancia, y sin que unos ni otros dieran pruebas de ceder en la lucha, cuando á mediados de setiembre se presentó inesperadamente en el cuartel general un moro valenciano, cuyos negocios mercantiles le unían estrechamente á un caballero llamado Berenguer de Ager. Renovadas entre estos dos personajes las relaciones antiguas de amistad que la guerra había interrumpido, suplicó el moro á su consocio que le presentara al rey, con el doble objeto de conocer á un príncipe de tanta celebridad, y comunicarle la situación lastimosa de los valencianos. Su relación fué con efecto tristísima, y concluyó asegurando al monarca que á consecuencia de varios consejos celebrados en presencia de Zaen, y del estado deplorable y angustioso en que se encontraba el pueblo, no se haría esperar su rendición, si el sitio continuaba algun tiempo. Con efecto, no tardó en cumplirse este aviso del mercader; pues eran transcurridos pocos dias, cuando recibió el rey un mensajero de paz, que fué el mismo Ali-Albata, de quien se ha hecho mérito en otra parte. El grave musulmán anunció oficialmente al soberano, que su señor Zaen deseaba poner término á aquella guerra desoladora, y al efecto le pedia su permiso para enviar un embajador que tratara con S. A. sobre las bases de la capitulación. D. Jaime, que deseaba ya conceder á su ejército algun descanso, se comprometió á recibir dignamente al araez que representara la persona de Zaen, mandando al mismo tiempo que Berenguer y Nuño de Ager le escoltasen desde la puerta de la ciudad hasta su presencia.

Contáronse dos dias sin que la plaza hiciera señal de que salían mensajeros, y durante esta tréguva se presentaron dos caballeros moros que, á usanza admitida, solicitaron correr lanzas con otros dos del ejército cristiano. Fácil es concebir el entusiasmo con que los paladines cruzados admitieron el reto; pero á despecho de muchos tocó esta suerte á Gimén Perez de Tarazona, que mas adelante fué señor de Arenoso, y á Pedro Clariana. De cada parte hubo un vencido y un vencedor; si bien el rey dice en su crónica con encantadora sencillez, que si el cristiano fué vencido, debía atribuirse esta desgracia al vicio de concubinato, del que este infortunado caballero hacia pública ostentación.

Amaneció por fin el tercero día, y á pleno sol salió el embajador, llamado Abu-el-Melet por nuestros cronistas, acompañado de doce caballeros distinguidos, contando entre estos al mismo que poco antes triunfara en el palenque. Presentado al rey y terminado el ceremonial del recibimiento, que se efectuó con toda la etiqueta que prescribía la cortesía de aquellos siglos, manifestó desde luego el araez, que su señor Zaen le enviaba á saludar al rey de su parte, y que no podia menos de estar altamente complacido de esta misión, porque le había ofrecido la honra de conocer á un príncipe tan cortés como guerrero. Contestóle D. Jaime con igual galantería, y concluyó convidándole á comer; pero el atento embajador declinó este obsequio distinguido, pues según decia, no estaba autorizado para ello.

Llegado el caso de esponer el objeto de su embajada, suplicó el araez al monarca tuviera á bien oírle en presencia de las personas de su mas íntima confianza; y complaciéndole Jaime, mandó despejar quedando solo con el cumplido embajador. Mútualmente secesionaron en esta conferencia los motivos de queja que tenían los jefes de ambos pueblos, concluyendo, sin embargo, el araez con asegurar al rey, que Zaen se encontraba dispuesto á darle cuantas satisfacciones creyese oportunas para la mas ventajosa entrega de la plaza. Antes de dictar el rey las condiciones, mandó entrar á la reina su mujer, llamada espresamente del Rug, y delante de la princesa estendió las bases de la capitulación, que despues de algunas ligeras modificaciones hechas por el araez, y aceptadas seguidamente por Zaen, produjeron el siguiente convenio, cuyo original latino, asegura el P. Diago, haber visto en el archivo de Barcelona, y cuya traducción, debida al mismo historiador, insertamos á continuación:

«Nos don Jaime, por la gracia de Dios, rey de Aragon y del reino de Mallorca, conde de Barcelona y de Urgel y señor de Montpellier, prometemos á vos, rey Zaen, nieto del rey Lobo ó hijo de Modofé, que todos los moros, así hombres como mujeres, que quisiesen salir de Valencia, vayan salvos y seguros con sus armas y con toda su hacienda mueble que quisiesen llevar consigo, en nuestra fé y en nuestro guíage; con que estén fuera de la ciudad dentro de veinte dias, contándolos desde este adelante, sin interrupción alguna. Mas adelante queremos y concedemos que todos los moros que quisiesen quedarse en el término de Valencia, se queden salvos y seguros en nuestra fé, com-

poniéndose con los señores, que tuvieren las heredades. Y tambien os aseguramos y damos firmes treguas por nosotros y por todos nuestros vasallos, que de aquí á siete años no hacemos daño, mal ó guerra, ni por mar ni por tierra, ni permitiremos que se haga contra Dénia, ni contra Cullera, ni en sus términos; y si alguno por ventura de nuestros vasallos y hombres lo hiciera, haremos que se enmiende por entero, segun la cantidad del daño. Y para que se atiende á todo esto con firmeza y se cumpla y guarde, lo juramos nosotros en propia persona y hacemos que lo juren nuestro tío el infante de Aragon D. Hernando y nuestro deudo don Nuño Sanz, D. Pedro Cornel, mayordomo de Aragon, D. Pedro Fernandez de Azagra, D. García Romeo, D. Rodrigo de Lizana, D. Artal de Luna, D. Berenguer de Entenza y D. Guillem de Entenza, D. Acorella, D. Asolido de Gudal, D. Sancho Aznarez, D. Blasco Maza, D. Roger conde de Pallás, D. Guillem de Moncada, D. Ramon Berenguer de Ager, D. Guillem de Cerbellon, D. Berenguer de Cril, D. Ramon Guillem de Odena, D. Pedro de Queral y Guillem de San Vicente. Y nosotros D. Pedro por la gracia de Dios, arzobispo de Narbona, y D. Pedro, arzobispo de Tarragona, y nosotros los obispos de Barcelona D. Berenguer, de Zaragoza D. Bernardo, de Huesca D. Vidal, de Tarazona don García, de Segorbe D. Gimen, de Tortosa D. Ponce, y de Vich D. Bernardo, prometemos que haremos se atiende á todo esto, y atenderemos á ello cuanto fuere en nosotros y pudiéramos en buena fé. Y yo el rey Zaen, sobredicho, prometo á vos D. Jaime, por la gracia de Dios rey de Aragon, que os entregaré y daré dentro de dichos veinte dias todos los castillos y villas que hay y tengo de esta parte del Júcar, quitados y reservados los dos castillos de Dénia y Cullera. Dada en Ruzafa en el cerco de Valencia en cuatro de las Kalendaras de octubre de la era mil y doscientas setenta y seis (28 de setiembre de 1238).»

Impuestas y aceptadas con el mas profundo secreto estas condiciones, no tuvo ya el rey motivo alguno para ocultar á sus caballeros esta victoria, y reuniéndolos en Consejo dió de ella parte con toda la satisfaccion de un triunfo de las mayores consecuencias. No dejó empero de observarse en aquella ilustre Asamblea mas de un rostro alterado por tan fausta noticia, porque no faltaban tampoco muchos paladines que estaban en connivencia con varios personajes de Valencia para prolongar el sitio y alejar al rey de Aragon de tan gloriosa empresa, fatigando el ardor de sus soldados.

Pero al dia siguiente y á los primeros albores de una de esas mañanas que vierten su dulce claridad en el mes de setiembre, bajo el cielo brillante de Valencia apareció por fin flotante el estandarte real en la torre de G'Ali-Abu-Fald, despues torre del Temple, demolida en 1865.

El ejército cristiano se puso en seguida sobre las armas y el rey que habia acudido al cauce del Turia, situado entre la torre y el palacio real de los árabes, no pudo contener su satisfaccion, y apeándose del caballo se postró de rodillas para dar gracias á Dios por aquella victoria. Tres dias ondeó el estandarte sobre la torre, y al tercero abandonaron la ciudad 50,000

personas para buscar otra patria no tan bella como la de Valencia y otro país para lamentar su eterna emigracion. Esta multitud se derramó por Almería y Granada, algunos se acogieron en Dénia y en Cullera, y pocos fueron los que pasaron al Africa.

Otra masa mucho mas considerable permaneció tranquila en la huerta y sus pueblos para constituir aquella raza numerosa conocida bajo el nombre de moriscos.

Los valencianos han perpetuado la memoria de esta célebre conquista, recordando cada siglo y con solemnes funciones cívico-religiosas el dia de la entrada de D. Jaime en la capital, que fué en 9 de octubre de 1238.

Cumpliendo el monarca los artículos de la capitulacion hizo escoltar á Zaen y su pueblo hasta Cullera, punto destinado para el embarque; y al tomar posesion de la metrópoli, despues de su entrada triunfal entregó, segun fuero de Cataluña, el escudo, una espuela y el freno á su caballerizo mayor que era entonces D. Juan de Pertusa, que procedente del Rosellon tomó parte en la jornada con una bandera de gente escogida. Estos objetos fueron depositados desde luego en la capilla que se dedicó á San Dionisio, de la propiedad de los Pertusas, y en 11 de julio de 1316 se obligó el cabildo á depositar por consentimiento de D. Francesch Pertusa, tutor de Guillem Ramon de Pertusa, el escudo de esta ilustre casa y los objetos concedidos por el Conquistador en una columna del altar mayor de la catedral al lado del Evangelio donde se conservan todavía.

La casi completa espatriacion de los moros dejó desierta la capital y pueblos inmediatos, abandonados los palacios, silenciosas las calles, donde antes atronaba el rumor de los guerreros, y sumida toda la ciudad en la soledad mas sombría y horrorosa. A vista de tanta desolacion se apresuró el rey aragonés á proceder á un reparto entre los caballeros que habian cooperado á la rendicion de Valencia, nombrando para llevar á efecto esta disposicion, á D. Asalido de Gudal y D. Gimen Perez de Tarazona, cuya comision aumentó con el nombramiento de D. Berenguer, obispo de Barcelona, D. Vidal de Canellas, de Huesca, D. Pedro Fernandez de Azagra, señor de Albarracin, y D. Gimen Perez de Urrea. Diez y ocho dias emplearon estos personajes en debates y discusiones, sin que en todo este tiempo dieran sus trabajos resultado alguno, hasta que reunidos bajo la presidencia del monarca, redujo este á menor medida las yugadas de tierra, reduciéndolas á seis cahizadas cada una, á satisfaccion de los trescientos ochenta caballeros, entre quienes se debia verificar el repartimiento. En su consecuencia quedaron muchos de aquellos paladines establecidos desde entonces en Valencia, y que luego se llamaron caballeros de conquista; distinguiéndose D. Berenguer de Entenza, tío del rey, que obtuvo la baronía de Chiva; Diego Crespi el lugar de Suma-Cárcel; Juan Caro el de Mogente; Pedro Artés el de Ortells; Jaime Zapata de Calatayud el de Sella; Lopez de Esparza el de Benafer; Hugo de Fenollet el de Genovés; Alfonso Garcés el de Mascarell; Jaime Montagut el de Tous y Carlet; Sancho de Pina el de Benidoleig; Bernardo Vilarig los de Cirat,

el Tormo y Villafranca; Juan Valseca el de Par-sent; Pedro Valeriola el de Beniferri, y así otros muchos que no es de nuestro propósito enumerar.

A la rendicion de Valencia siguieron las conquistas sucesivas que hicieron los jefes mandados por D. Jaime, empleando unas veces la fuerza y otras la persuasion, de modo que 6,000 hombres, divididos en tres cuerpos, sujetaron en poco tiempo á Murviédro, Onda, Náquera, Begís, Artana y demás pueblos que aun permanecian armados en la ribera del Mijares. La segunda division se apoderó de Liria, Alpuente, Andilla, Chelva y Chulilla; mientras el tercer cuerpo consiguió, sin efusion de sangre, la rendicion de Ribarroja, Villamarchante, Pedralba, Gesalgar y Benaquail.

Espiraba ya el año (1238), cuando sujetas todas las pueblas de la parte acá del Júcar, llegó á Valencia D. Ramon Folch, vizconde de Cardona, con otros cincuenta guerreros entre hidalgos y vasallos suyos, y pidió permiso al monarca para verificar una expedicion á la provincia de Murcia, que gobernaba Alf, hijo de Aben-Hud, cuyo poder se limitaba únicamente á la capital, pues el alcaide de Lorca se habia apoderado de Cartagena y el walf de Jaen Aben-Alhamar se habia hecho dueño de Granada. D. Jaime facultó al de Cardona para llevar á cabo la expedicion, en la que entró tambien á formar parte D. Artal de Alagon, hijo del célebre D. Blasco, y en combinacion ambos caudillos se dirigieron á Villena, de cuyo arrabal se apoderaron por sorpresa; pero rehaciéndose los moros, les arrojaron de esta posicion, obligándoles á pronunciarse en retirada, aunque cargados con abundante botin. Lo mismo hicieron los expedicionarios en el pueblo de Sax, en cuyas cercanías fueron debelados por los moros, recibiendo una herida D. Artal, único que, como conocedor del país, podia salvar á los cristianos en aquel grave compromiso. Esta desgracia decidió al vizconde á regresar á Valencia, al mismo tiempo que D. Jaime se disponia á dejar la capital para regresar á sus Estados de Francia.

Durante su ausencia, que se prolongó dos años, quedó encargado de la completa organizacion de nuestro país Astruch de Belmonte, formando su consejo Hugo de Folcalquer, Berenguer de Entenza, Guillem Aguiló y Gimen Perez de Tarazona.

Estos caballeros, cuya mision se reducía muy especialmente á proteger las fronteras del país conquistado, sin atacar el territorio de la otra banda del Júcar, con arreglo al último tratado, consintieron en que D. Rodrigo de Lizana invadiera las tierras de Játiva, al frente de algunas compañías de almogávares. Acaso no faltaban al de Lizana razones muy robustas para arrostrar las consecuencias de esta infraccion de los tratados celebrados, sin necesidad de ocultar las secretas miras que, por lograr la continuacion de sus triunfos, supone Viardot en el ánimo del Conquistador, porque no pasó mucho tiempo sin que se hicieran públicas las intrigas del infante D. Alfonso, hijo de San Fernando, que se habia puesto de acuerdo con los agentes numerosos que tenia en Játiva, donde se trabajaba para entregar la ciudad al castellano, poniendo así un límite á las conquistas del aragonés, cu-

yas brillantes victorias inspiraban sérios recelos al soberano de Castilla.

Cualesquiera que fuesen, empero, las causas que precedieron á la infraccion de los tratados, los moros tuvieron bastante valor para resistir al de Lizana, cuyas huestes dispersaron completamente, persiguiéndolas hasta la misma ribera del Júcar. Alarmado Zaen, provocado de esta manera brusca á continuar la guerra, que creia justamente alejada de sus ciertos Estados en virtud de un tratado solemne, se preparó en seguida y escitó á sus pueblos á sostener con honra el reducido territorio que fuera de su patria les habia concedido el Conquistador.

Durante estas circunstancias llegó D. Jaime (1240), y en seguida se le presentaron los jefes musulmanes, quejándose de las violencias que habian sufrido y pidieron una reparacion. Jaime, que se habia trasladado á Alcira, para oír á los enviados moros, les dió una cumplida satisfaccion, desaprobando la conducta de sus oficiales; pero deseoso de esclarecer la verdad, nombró á su tío D. Fernando para que fallase en esta cuestion. Satisfecho sin embargo el alcaide de Játiva de haber derrotado á los expedicionarios, se negó á admitir esta mediacion. Su negativa ofendió al rey, y en su consecuencia concedió ocho dias de plazo para que se sujetara á su disposicion; pero como tenaz y orgulloso el alcaide se resistió á toda avenencia, don Jaime se dirigió á Játiva, resuelto á castigar al atrevido funcionario.

Esta ciudad, de origen ibérico, conocida con el nombre de *Satabis*, que ostentando numerosos recuerdos de la época cartaginesa y romana, conservaba en los tiempos de D. Jaime el doble esplendor de su importancia política y eclesiástica de la dominacion goda y de su gloria literaria y mercantil de los árabes, ocupaba entonces una posicion muy ventajosa para resistir un prolongado cerco. Su defensa en la guerra, declarada ya por D. Jaime, honró el valor de sus hijos.

Establecido el bloqueo, publicó el Conquistador una orden terminante que prohibia toda comunicacion con los sitiados, y mandando además prender á cualquiera que infringiese esta disposicion, sin consideracion alguna al rango ni categoría del contraventor. Al dictar el rey esta resolucion, tuvo tal vez presente un medio seguro para apoderarse de cierto agente secreto del infante D. Alfonso, pariente del obispo de Cuenca, cuyas frecuentes conferencias con los notables de Játiva inspiraban fundada desconfianza, si bien alegaba el misterioso mensajero el pretexto de que sus visitas á la ciudad tenian por objeto la compra de una tienda de campaña al estilo árabe, destinada para su señor. La medida adoptada por D. Jaime produjo sin embargo el resultado que deseaba, pues á los pocos dias de la publicacion de la citada orden y en una salida, verificada por los moros, tuvo un caballero, llamado Pedro Lobera, la suerte de batirse cuerpo á cuerpo con el emisario, derribarle del caballo de un bote de lanza y conducirlo prisionero á los piés de su soberano. Preso y juzgado inmediatamente fué sentenciado y condenado á la última pena, privando de este modo al infante D. Alfonso de Castilla de un activo y celoso servidor.

La duración del sitio dió lugar al monarca para verificar algunas expediciones sobre los pueblos, que en connivencia con D. Alfonso, hostilizaban á sus tropas siendo la villa de Enguera la que mas ostentacion hacia de su adhesión al castellano, cuyos emisarios no cesaban de inquietar á las poblaciones neutrales á fin de multiplicar obstáculos en la senda por do volaba el monarca de Aragon conducido por la victoria. La violación del tratado celebrado con Zeyan, la invasión imprevista de Rodrigo de Lizana, y la reunión de tantos proscritos y descontentos habian puesto en confuso desorden á la vecina provincia de Murcia, y el usurpador Alhamar, que sitiaba su capital, prestó homenaje al rey de Castilla y le instó para que fuese á tomar posesión de sus Estados. Aceptando esta promesa, atravesó inmediatamente la Mancha el infante D. Alfonso á la cabeza de un ejército castellano, pasó los montes de Alcaráz, se hizo entregar á Murcia, tomó á Cartagena y Lorca y cubrió la provincia entera de guarniciones españolas. No contento el infante con las ventajas reportadas en una expedición tan rápida como inesperada, aprovechó el odio que inspiraba el gobierno del rey de Aragon al valle de Enguera, enviando para mandar su castillo á un caballero de la casa de D. Pedro Nuñez de Guzman. Jaime, que ya no podia dudar de las miras del infante, se apresuró á destacar algunas compañías de almogávares hácia aquel valle, presentándose él mismo poco despues delante de la villa. En su término hizo diez y siete prisioneros, y al frente de la plaza les mandó degollar, ofendido de la resistencia que le opusieron los moros defensores de Enguera. Verificado este acto, cuyo rigor debió exasperar á los musulmanes, que por todas partes se veian atropellados, regresó al campamento de Játiva, cuyo bloqueo, á pesar de sus activas providencias, no parecia tocar su fin. No por eso dejó el rey ociosas sus armas; antes aprovechó por el contrario la defección de un caballero de la orden de Calatrava, que entregó al de Aragon á Villena y Sax, pueblos comprendidos dentro de los límites que señalaban, en concepto del infante D. Alfonso, las conquistas del soberano de Castilla. Estos sucesos, que iban tal vez á comprometer la buena armonía, que en la apariencia al menos, presidia á la alianza de los dos monarcas mas poderosos de aquella época, obligaron al infante D. Alfonso á solicitar una conferencia con el aragonés, señalando primeramente Alcira para punto destinado á la entrevista, y luego Almansa, donde definitivamente debian concurrir D. Jaime y el infante, nombrando al efecto sus representantes para ilustrar la cuestión que habia de agitarse. Superando no pocas dificultades, admitió D. Jaime la invitación, presentándose en seguida en el punto señalado, en compañía de Guillem de Moncada, Gimén Pérez de Arenós y Carroz, señor de Rebolledo, y otros caballeros de su casa. Exacto tambien el infante acudió á la entrevista, seguido de Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, el vice-gran-maestre del Temple y el de Uclés, con otros personajes de la corte de Castilla.

Despues de las visitas de etiqueta, que mutuamente se hicieron los príncipes, se dió principio á las negociaciones, y en representación del infante pasó á con-

ferenciar con el rey Lopez de Haro y el vice-maestre de Uclés. En esta entrevista reclamaron los castellanos la ciudad de Játiva para su yerno D. Alfonso, porque segun sostenian, no habia dado todavía parte alguna del territorio conquistado, á fin de completar el dote de la infanta, su hija, como se habia estipulado, al tiempo de concertar aquel enlace, por conducto de Ovieco García. Consultada esta exigencia de Alfonso con la reina y los ricos-hombres que acompañaban al rey, se contestó á los castellanos que era imposible acceder á esta petición, supuesto que cuando el rey casó con doña Leonor, no habia recibido tampoco tierras ni recursos, y por consiguiente no estaba obligado en igual caso á dar á un rey algo mas que su hija, que el recibió en dote con la del rey de Castilla. Poco satisfechos con esta contestación los delegados de Alfonso, insistieron en su demanda, hasta el extremo de amenazar al rey con la resolución de los caballeros de Castilla, dispuestos á apoderarse de Játiva, á despecho del aragonés. Demasiado orgulloso el Conquistador para tolerar pacientemente tan inesperada osadía, respondió con indignación:—Para entrar en Játiva, hollar debedes antes mi cadáver. Acaso esta frase hubiera provocado un inmediato rompimiento entre los dos soberanos, si los representantes de uno y otro no hubieran influido para dejar este negocio en el mismo estado en que se encontraba antes de la entrevista, sin producir resultado alguno.

Vuelto D. Jaime al campamento de Játiva, estrechó tanto el bloqueo, no obstante la heroica y casi desesperada firmeza de los sitiados, que el jefe árabe se vió precisado á escuchar las proposiciones de paz que se le repitieron con instancia, por conducto y mediación de Gimén de Tobian ó Tobía. Reducido el jefe á la situación mas apurada por falta de víveres y de gente, consiguió no obstante una capitulación honrosa, abriendo por fin las puertas de la ciudad al afortunado Conquistador, despues de dos meses de una defensa tan brillante como hábilmente dirigida (1249).

Mientras D. Jaime estendia los límites de sus conquistas, sus generales, dirigiéndose sobre Dénia, se apoderaron de paso de la bella ciudad de Gandía. La pérdida de este pueblo, que facilitaba el paso de los cristianos, consternó á Zaen, refugiado en Dénia, único punto que conservaba de sus antiguos Estados. Pero antes de sufrir las consecuencias de un sitio los moros de aquella ciudad se concertaron secretamente con Pedro Gimén Carroz, que habia precedido á don Jaime en la conquista de Gandía. El cristiano, no fiándose en promesas, hijas tal vez de la desesperación, y por lo mismo poco seguras, marchó contra Dénia al frente de algunos centenares de almogávares y acampó en las faldas de Mongó, donde levantó un castillo, hoy arruinado, donde se erigió despues una ermita, destruida tambien, consagrada á San Nicolás.

La resistencia confirmó la prevision de Carroz, y tal vez habria fracasado esta empresa, si los moros descontentos, llevando adelante su propósito, no hubiesen combinado el plan de entregar la plaza á los cristianos. Enterado de todo el caudillo sitiador fingió levantar el campamento, retirándose hasta una aldea, no muy lejana, llamada Palma, pero dejando emboscada

una compañía de almogávares, prontos á salir á una señal convenida. Avisado Zaen de la retirada de los cruzados, quiso socorrer las posiciones abandonadas; pero apenas se habia separado de la vista de las murallas, los almogávares se precipitaron sobre él, y se dió principio á un combate porfiado, que continuó mas sangriento por la oportuna llegada del resto del ejército, que haciendo una contramarcha rápida, vino á sostener á los atrevidos almogávares. Durante tres horas resistieron los moros las acometidas impetuosas de estos fieros batalladores; pero cediendo por fin al número, se fueron batiendo en retirada hasta Dénia, por cuyas calles les persiguieron los almogávares, acuchillándoles é incendiando las casas, donde los enemigos presentaban alguna resistencia.

Con la toma de Dénia y la de Biar (1252), que coincidió al mismo tiempo, quedó dueño D. Jaime de todo el país que antes poseia Zaen á la otra banda del Júcar, al paso que las armas del infante D. Alfonso, enseñoreado de Murcia, Alicante y Cartagena, ocupaban lo restante del reino de Valencia.

Tantas victorias no fueron bastantes á consolar al rey conquistador de los profundos disgustos que recibió de su familia, demasiado numerosa, para satisfacer tantas ambiciones á la vez. De su primera mujer doña Leonor tuvo D. Jaime al infante D. Alfonso; pero declarado nulo este matrimonio, verificó su segundo enlace con doña Violante, que al morir dejó á los príncipes D. Pedro, D. Jaime, D. Fernando y D. Sancho, y seis hijas doña Violante, que casó con Alfonso de Castilla; doña Constanza con D. Manuel de Portugal; doña María y doña Leonor, que murieron solteras; doña Isabel, que casó con Felipe de Francia, y doña Sancha, que acabó sus dias peregrinando por la Palestina. Otros dos hijos bastardos, llamados D. Pedro Fernandez y D. Fernando Sanchez aumentaron esta numerosa sucesión, que hicieron mas dilatada D. Jaime y D. Pedro, hijos de la célebre cuanto desgraciada Teresa Gil de Vidaure, que terminó su carrera de infortunios en el palacio de Zayda, trasformada por Teresa en un monasterio, denominado de *Gratia Dei*, vulgarmente de la Zayda, junto á los muros de la capital. Deseoso de satisfacer sin embargo las desmedidas exigencias de los infantes, trató de combinar diferentes proyectos, que fracasaron en su mayor parte, sobre todo en cuanto se referia á la herencia de don Alfonso, hijo de su primera esposa, cuyo matrimonio quedó delarado nulo, y de D. Pedro, hijo de doña Violante. Las Cortes, reunidas en Daroca, juraron no obstante á D. Alfonso, como príncipe heredero de Aragon, disponiendo que los términos de este reino llegasen á las riberas del Segre, con el objeto de dar al infante D. Pedro la parte restante de Cataluña. La resolución de las Cortes halló una resistencia tenaz en los catalanes, que exigieron una reparación inmediata en las Cortes celebradas en Barcelona en 1244. D. Jaime, que amaba entrañablemente á D. Pedro, atendió sin repugnancia á sus quejas, y encontrándolas fundadas, declaró que los límites del Principado se estendiesen desde el Cinca á Salsas y los de Aragon desde Ariza al Cinca. Aceptados estos límites los catalanes reconocieron y juraron á D. Pedro; pero

resentidos á su vez los aragoneses, ofrecieron sus fuerzas á D. Alfonso, para conseguir la revocación de aquella nueva división de territorio. El infante, cuyo carácter se hallaba alentado por su ambición, se puso al frente de un ejército respetable y fué á establecer su cuartel general en Calatayud, á donde llegaron, á fuer de coligados, D. Fernando, abad de Montaragud, tío del rey, el infante D. Pedro de Portugal, D. Pedro Fernandez de Azagra, señor de Albarracín, que tantas veces se habia pronunciado contra su hermano, y últimamente D. Juan Gonzalo de Heredia, cuyos servicios fueron de mucha importancia en la conquista de Valencia. Con esto se dividieron los magnates en dos parcialidades, que penetraron tambien en las masas del pueblo, que tomó una parte violenta en la cuestión. Indignado D. Jaime por esta conducta, abiertamente hostil, de su primogénito, se declaró contra él al paso que estrechó mucho mas sus relaciones con D. Pedro. Alfonso, protegido además por el de Castilla, cuyas intrigas habian entorpecido la conquista de Játiva, contribuyó no poco á la sublevación que algun tiempo despues llevaron á cabo los moros del reino.

Deseoso, empero, el noble Conquistador de poner término á una situación que se complicaba mas de dia en dia, celebró Cortes de catalanes y aragoneses en Alcañiz para que adoptasen una resolución aceptable. Los diputados, correspondiendo á las buenas intenciones del monarca, nombraron jueces árbitros, sacados de su seno, para que fallasen de una vez acerca de las pretensiones de ambos hermanos, recayendo esta delegación de confianza en D. Guillem de Cardona, Castellano de Amposta, D. Ramon de Cardona, el conde de Ampurias, D. Ramon Berenguer de Ager, D. Jaime Cervera, D. Artal de Luna, D. Pedro Cornet y D. García Romeu. Como representantes del rey y de la reina doña Violante acudieron á Alcañiz D. Guillem y D. Ramon de Moncada, D. Guillem de Entenza, don Simon Fos, D. Simon Perez de Arenós, D. Sancho de Antillon y D. Pedro Martin de Luna. Celebradas largas y frecuentes conferencias y discutidas las varias cuestiones que debieron ofrecerse, declararon finalmente los jueces: Que el infante volviese á la obediencia y casa del rey: que este le nombrase gobernador general de los reinos de Aragon y Valencia, como en efecto lo fué en 1254; que se restituyese al infante don Pedro de Portugal el campo de Tarragona, la isla de Ibiza y todos sus demás bienes, escepto Morella, Segorbe, Murviedro, Almenara y Castellon de la Plana, cuyas plazas quedarian en secuestro en poder de los mismos jueces, hasta que se admitiese esta sentencia definitiva, en atención á que el rey se habia quejado de que el infante habia hostilizado al rey desde aquellos puntos contra toda razon y justicia; y finalmente, que fuera puesto en libertad un Rodrigo Martin, sobrino de D. Pedro, retenido preso de orden del rey.

Aceptada y cumplida en todas sus partes esta sentencia, que las Cortes ratificaron, y tranquilo el país, fijó el Conquistador toda su atención en sus nuevos Estados de Valencia, que no ofrecian aun una completa seguridad. Aunque la emigración de los moros se habia dejado sentir en Valencia, Játiva y Dénia de una manera harto lamentable, quedó sin embargo una

masa tan numerosa como activa, que continuó dedicada á la agricultura, protegida por las leyes de tolerancia, que en su favor publicó el sábio Conquistador. No faltaron, empero, espíritus turbulentos por una parte, fanáticos por otra, y no escaso número de hombres independientes, que esquivando la nueva dominación, se adunaron fácilmente para recobrar otra vez su independencia. Para llevar á cabo sus proyectos, lograron encontrar un jefe muy digno de la empresa por su actividad, por su valor y sus conocimientos en el país (1254).

Llamábase este caudillo Alazarach, Alazarch, ó Azadrach, nombrado así indistintamente por nuestros historiadores, y era hijo de padre africano y de madre española, uniendo al carácter de hierro del primero la noble altivez de la segunda. Joven, bien apuesto, moreno de color, de mirada viva y penetrante, de fácil elocuencia, ora se esplicase en lemosin, ora usase del brillante idioma de sus mayores, y dotado de una imaginación, muy propia del suelo andaluz, en que nació su madre, y de una sagacidad digna de los hijos del desierto, Azadrach, desterrado de Granada, donde se mecía la cuna de su padre, encontró grata acogida en la corte del rey D. Jaime, de quien recibió una protección muy distinguida y cariñosa. Astuto el árabe procuró asegurar mas y mas esta confianza, haciéndose admirar por su arrojo en las guerras, que, al lado del rey, sostuvo con sus hermanos, y fingiendo que se disponía á abrazar la fé que profesaba su augusto amo, para alucinar de un modo mas seductor á un monarca altamente religioso. Ofreciendo sus obsequios galantes á una linda joven, parienta de Gimen Carroz, el conquistador de Dénia ocultaba entre las flores, que depositaba á los piés de la hermosa dama, el vasto pensamiento de vengar á los moros del estado en que la conquista es había constituido. Llevaba adelante la conspiración sigilosamente y con tanto disimulo, que hacia mas segura la confianza dispensada por el rey y por los elevados personajes de la corte.

Generoso D. Jaime é incapaz de descubrir en aquella adhesión de su valido la menor sospecha de traición, continuaba dispensándole las mismas distinciones con la franqueza de su alma grande, mientras el sagaz musulmán, en relación con los alfaquíes y los hombres importantes de su nación, preparaba con asombrosa calma la vasta sublevación que debía poner en peligro los Estados de Valencia, dando de nuevo comienzo á una guerra desastrosa que el Conquistador no vió terminar. Llegado, pues, el tiempo que Azadrach habia señalado en sus planes, para lanzar el grito de independencia, suplicó humildemente al rey que le dispensase la honra de asistir al acto de toma de posesión de un castillo suyo llamado de Rugat, nombre que aun distingue al pueblo de Ayelo, cerca de Montichelvo, y que se hallaba situado en la cumbre de un monte que domina aquel valle áspero y quebrado. Ageno el rey á la mas leve sospecha, accedió á los ruegos del árabe y se dirigió al castillo, armado solo de cota de malla, en compañía de treinta y cinco caballeros. Segun Beuter, formaban parte de su acostamiento la reina y algunas damas de la corte. Anochece ya al penetrar por el valle que hemos indicado, cuando

Azadrach, que le habia precedido, so pretexto de disponer dignamente el recibimiento, salió de súbito de entre las breñas, donde tenia en celada siete compañías de ballesteros. Un grito horrible, grito de venganza y muerte hizo conocer, aunque tarde, al generoso monarca, toda la estension de la vil alevosía de su favorito. Al eco de los cuernos y de los añafles no dudó ya D. Jaime de que en el trance en que imprudentemente se habia metido no tenia otro medio de salida que defender el campo y la vida con toda la decisión de un valor probado en cien combates. Resuelto, pues, á todo, resistió á la cabeza de su pequeña escolta el brusco é inesperado ataque de los enemigos, los cuales sorprendidos ante una resistencia que no esperaban, principiaron á cejar, y cargados entonces por aquel peloton de guerreros, se dispersaron del todo, dejando sobre el campo no pocos cadáveres, pero costando la vida á diez y siete señores de la comitiva del rey.

Azadrach, derrotado en el primer paso de la sublevación, buscó pronto su salvación en la fuga; pero resuelto á apelar á todos los medios, aun los mas desesperados, de que podia disponer, se puso á la cabeza de la sedición armada, que se habia propagado por los pueblos de Pego y Finestrat, respondiéndole sucesivamente los moros del escabroso valle de Gallinera, del formidable castillo de Guadalest hasta Luchente y Montesa, ó sea desde las ásperas costas de Moraira hasta las riberas del Júcar, en la zona mas montuosa de esta parte del reino. Los moros de Játiva, apenas domeñados, secundaron tambien el movimiento; pero fué reprimido inmediatamente por las acertadas disposiciones del rey. Si Játiva hubiera logrado adherirse á la insurrección, su fuego se habria propagado hasta los pueblos de la huerta de la capital, poniendo en peligro la posesión de los cristianos. En tan críticas circunstancias D. Jaime creyó conveniente consultar la voluntad de sus caballeros y ricos-hombres, á cuya aprobación quiso llevar otra medida, que en su concepto bastaba para asegurar la nueva conquista que parecia vacilar.

La asamblea se verificó en la misma iglesia catedral, bajo la presidencia del soberano, contándose entre los magnates los siguientes: D. Arnaldo de Peralta, obispo de Zaragoza, D. Andrés Albalat, de Valencia, Pedro Fernandez de Azagra, Pedro Cornel, Gimen de Urrea, Guillem de Moncada, Artal de Alagon, Rodrigo de Lizana, y cincociudadanos. Celebrado con toda pompa el sacrificio de la misa, dirigió el rey á aquella ilustre asamblea un grave razonamiento, que concluyó presentando á la discusión el inesperado proyecto de la espulsion de los moros del territorio del reino, alegando razones de conveniencia, de localidad y de público interés. Profunda fué la sensación que produjo un proyecto de tamaña importancia, que privaba á tantos pueblos de sus mas útiles habitantes y á tantos señores de sus mas industriosos vasallos. Las guerras que ocupaban á la mayor parte de los cristianos, y sobre todo á los señores feudales, acababan, en concepto de algunos miembros de la asamblea, de despoblar el reino y privar al país de mejores agricultores, si se adoptaba en toda su latitud la me-

didada que se presentaba á discusión. El obispo de Valencia apoyó entonces con nuevas razones y gran copia de textos sagrados los deseos manifestados por D. Jaime; pero como su discurso fué mas bien religioso que político, no convenció á los próceres que aprobaron sin embargo, despues de un prolongado debate, el proyecto en cuestion, pero limitando la orden de extrañamiento, que solo debia comprender á los moros vasallos del rey, y dejando en el país á los que vivian en los dominios de los señores particulares. Adoptado con esta importante restriccion el proyecto que debia costar aun torrentes de sangre para llevarlo á efecto, no se atrevió D. Jaime á publicar desde luego el edicto, sin tomar las mas serias precauciones. Una de estas fué ocupar militarmente los castillos y puntos fuertes, con-

fiando su defensa á jefes de acreditado valor y lealtad. Guillem de Moncada, con sesenta caballeros y escuderos armados se encargó del gobierno de Játiva, mientras otros caudillos, en número de cuatrocientos, ocuparon con fuerzas suficientes varias poblaciones á fin de apoyar decididamente la orden que debia conmover el reino en toda su estension. Dispuesto todo para sofozar en su principio cualquiera rebelión; hizo saber el rey á todos los moros vasallos de la corona, que en el término de un mes abandonasen el país, llevándose consigo los efectos que pudieran trasportar. Fácil es concebir la sorpresa y la conmoción que este edicto debian producir en unas gentes que, nacidas en el reino, de que eran dueñas tantos siglos por derecho de conquista, se veian súbitamente impelidas á abandonar



Cartuja de Portaceli.

su patria y sus hogares, su reposo y su porvenir, y obligarlas á buscar en otra parte un asilo hospitalario.

Aterrados los moros ante la horrible perspectiva que se les presentaba, por efecto de una medida cuyas consecuencias en esta y otras ocasiones posteriores no calcularon bien los monarcas españoles, se apresuraron á ofrecer al rey nuevos y mayores tributos, nuevos y mas graves servicios, y nuevas pruebas de vasallaje, dispuestos á asegurar su lealtad con todas las garantías que el rey tuviese á bien exigir. Estas y otras gestiones reproducidas con insistencia, no produjeron resultado alguno porque tenaz el Conquistador en el cumplimiento de su edicto, lo mandó publicar otra vez desoyendo á las personas respetables que, despojadas del ciego espíritu de fanatismo y de preocupacion, quisieron interceder por los proscritos. Apurados por consiguiente todos los medios de llegar á un acomodamiento, apelaron por fin los moros á las armas, y en

VALENCIA.

número de sesenta mil combatientes se dirigieron de varios puntos del reino al territorio de Montesa, dando con ello un decidido impulso á la sublevación de Azadrach, que acaso no hubiera tomado incremento sin estas circunstancias.

Reunida aquella masa imponente conocieron bien pronto los caudillos que no bastaba el número para luchar con ventaja con el ejército valiente, y mas que todo disciplinado, del rey de Aragon. Convencidos de esta verdadera desigualdad rogaron á D. Gimen Perez de Arenós que intercediese con el rey para obtener el permiso y la seguridad suficiente para trasladarse á Murcia y Granada. Jaime no opuso esta vez resistencia alguna á la vista de una sublevación tan imponente; pocos dias despues salieron del territorio valenciano, escoltados hasta Villena, cerca de cien mil personas, hombres, mujeres, niños y ancianos, que emprendieron juntos el largo camino que les separaba para siempre de su patria y de los sepulcros de sus padres.

Mientras una buena parte del reino quedaba des-poblada é inculta, Azadrach, renovando los tiempos del comienzo de la reconquista, proclamado jefe de la insurreccion fortificó rápidamente los puntos mas abruptos del escabroso valle de Gallinera, los castillos de Penáguila y de Peñacardell, cuya formidable altura solo es accesible por unas faldas escarpadas y rodeadas de precipicios. En aquellas ásperas cumbres se ostentó atrevida la media luna, y allí quiso acudir el rey en persona para atacar en sus nidos á los rebeldes. Pero cediendo á las instancias de sus prudentes consejeros, confió el mando del ejército al celebrado Gimén Perez de Arenós, cuya influencia entre los moros parecia ofrecer alguna probabilidad de triunfo ó transaccion. Incapaz el jefe árabe de cejar ante los peligros, se preparó á la defensa con toda la energía de su alma de acero, y aceptó el combate cuando Arenós se presentó al pie del castillo. Su lugarteniente Aben-Zael se encargó de hacer frente á los cristianos, mientras Azadrach recogia en el valle de Gallinera cuantas fuerzas halló disponibles. Largo, porfiado y sangriento fué el encuentro de las dos razas enemigas, logrando los moros rechazar la vanguardia de los cristianos. Era inevitable su retirada, cuando oportunamente llegó el infante D. Pedro á la cabeza de nuevas huestes, acompañado del famoso capitán Pedro Marradas, haciendo cambiar el aspecto del combate. Alentados los cristianos con este oportuno socorro, se ordenaron otra vez, y cargando denodadamente su caballería, lograron, no sin mucha sangre vertida, acosar á los moros; arrollándoles por completo y persiguiéndoles en la retirada, que verificaron sin embargo con bastante orden y admirable serenidad. Esta victoria no muy ventajosa para Arenós, obligó á Azadrach á mandar mensajeros al rey D. Alfonso el Sábio de Castilla, para que impetrara su proteccion, despachando igual mensaje para los infantes D. Manuel y D. Fadrique, que residian en Villena. Los príncipes, que veian en la sublevacion de Azadrach un medio casi seguro para distraer al rey de Aragon de otros graves negocios, dando tiempo al de Castilla para adelantar en sus pretensiones, contestaron mandando el jefe árabe sus estandartes y cartas credenciales, por las cuales le nombraban su confederado y capitán con la mision de hacer en su nombre la guerra á los moros. No contentos con esta honra dispensada á los rebeldes, celebraron con el mismo Azadrach una entrevista en Alicante, y en estas conferencias fué cuando preguntando á Azadrach si le placia la caza, contestó el sarraceno con orgullo:—Sí, pero no fieras, ni aves indenfensas, sino los castillos del rey de Aragon. Como consecuencia de esta entrevista solicitó el monarca castellano la tregua de un año en favor de los sublevados, con el objeto de dejar sin duda tiempo suficiente para que Azadrach se repusiera de las pérdidas sufridas en Peñacardell. A pesar de las miras secretas que encontraba el paso dado por el castellano, concedió sin embargo el de Aragon la tregua que se pedia, pudiendo atender tambien á los negocios de Valencia, cuya despoblacion trataba de reparar. Durante el armisticio, se presentó á D. Jaime un mensajero, favorito de Azadrach, que ó descontento ó despechado le propuso un plan, asaz

seguro en su concepto, para impedir que el jefe rebelde continuara la guerra. No era entonces tan despreciable esta proposicion, y así no vaciló el rey en admitirla, ofreciendo al moro, si la cumplia, trescientos besantes y cuatro yugadas de tierra en Benimazor. Convenidos en el trato regresó el moro al lado de Azadrach, que estaba muy ageno de sospechar una traicion de su favorito. La arteria, pues, de que se valió el confidente fué persuadir á su jefe de que para pagar á las tropas sus haberes, vendiese el trigo que tenia abundantemente depositado, remitiendo el nuevo abasto para la cosecha que estaba inmediata y añadiendo que no dudaba de conseguir otro año de tregua si el rey Alfonso interponia su mediacion. Aceptado el consejo obtuvo Azadrach efectivamente el nuevo plazo que solicitó del rey de Castilla, pero el aragonés, que estaba prevenido, se negó á concederlo. Pero en tanto que se esperaba la contestacion de D. Jaime, Azadrach puso en venta todo el trigo acaparado, y recogió un respetable capital con que pudo satisfacer las pagas de sus soldados, pero privando de víveres á las fortalezas, si llegaba el caso de sufrir un sitio. En estos momentos llegó la negativa del monarca aragonés, casi al mismo tiempo que Jaime en persona marchaba contra los rebeldes á la cabeza de cincuenta caballos y seguido del grueso de su ejército. La presencia del rey y la falta de recursos obligaron á los moros á entregarse, casi sin resistencia, cayendo sucesivamente en poder de los cristianos los castillos de Planes, Castell de Castells y de Pego, mientras otro cuerpo marchando sobre Cocentania se apoderó de su elevado castillo, reuniéndose en seguida al ejército real para penetrar en el valle de Gallinera. En vano Azadrach aventuró una y otra vez su suerte en los combates; en vano defendió palmo á palmo aquel terreno quebrado; los fieros almogávares lo arrollaron todo, y probablemente se entregara prisionero el jefe africano si haciéndose fuerte en un castillo de difícil acceso, no se anticipara á pedir capitulacion. Concedida por el rey, siempre generoso, le concedió este para un sobrino del rebelde el castillo de Polop, cuyo dominio conservaria durante su vida; y admitido este pacto, salió por entonces Azadrach de nuestro reino, donde muy pronto volvió á aparecer para renovar la guerra, que adquirió un carácter mucho mas sangriento. Reducido á la obediencia el valle de Gallinera, comunicó el Conquistador la noticia de estas victorias al soberano de Castilla, añadiéndole que el «altivo cazador de castillos del rey de Aragon, habia sido cazado y despojado en solos ocho dias de sus diez y seis castillos.»

Los restos de la rebelion, derramados por la tierra de Espadan y otros puntos montuosos, fueron seguidamente aniquilados, dejando desiertos muchos de nuestros pueblos, que los cristianos se apresuraron á repoblar, siendo los mas notables Játiva, Alcira, Onteniente, Albaida, Cocentania, Aloy, Gijona, Villajoyosa y Cullera. Poco tiempo despues poblaron á Chelva, Chulilla, Ademuz, Alpuente, Andilla, Liria, Villahermosa, Trahiguera, Benicarló, Las Cuevas, Cabanes, Murviedro, Almenara y otros pueblos, cuyos antiguos moradores ó habian sufrido la ley general del estrañamiento ó habian perecido en la guerra anterior.

La proteccion dispensada por el soberano de Castilla á los moros valencianos, habria provocado un rompimiento entre las dos coronas, si D. Bernardo Vidal de Besalú, persona de vasta capacidad y de mucha influencia en una y otra córte, no hiciera las mas eficaces gestiones para reconciliar á los dos poderosos monarcas. Verificóse efectivamente una entrevista entre Agreda y Tarazona, celebrando en su consecuencia un tratado de alianza, que se ratificó y firmó en Lérida, tratado que el de Castilla admitió con tanto mayor entusiasmo cuanto que estaba persuadido de que el resultado de esta alianza allanaria las dificultades que se le ofrecian para ceñir la corona imperial de Alemania, objeto de su constante ambicion, que disputaba á Ricardó de Cornuailles. Segun este trato, devolvió el de Castilla al aragonés los castillos y plazas fuertes de que se habia apoderado dentro del reino de Valencia; desterró de sus Estados al rebelde Azadrach y convino en que quedase gobernador de nuestro reino D. Simon Fos (1257). Deseoso sin embargo el Conquistador de asegurar esta paz y evitar en adelante los entorpecimientos que para establecerla sólidamente pudieran suscitar las pretensiones ulteriores del castellano, declaró al infante D. Alfonso, hijo de doña Leonor, sucesor en el reino de Valencia, añadiendo estos Estados á los de Aragon. Poco disfrutó sin embargo el príncipe de la satisfaccion que esta declaracion le ofrecia, pues murió muy pronto sin que dejara un heredero del estenso poder que acababa de conseguir (1260). Segun Escolano fué sepultado este infante en la capilla de San Jaime de nuestra catedral, desde donde fueron despues de algun tiempo trasladados sus restos al monasterio de Veruelas en Aragon.

Muerto D. Alfonso, cuya ambicion habia producido tan dilatados trastornos, se creyó el infante D. Pedro autorizado para disputar tambien á su hermano don Jaime los límites de sus Estados, cuya demarcacion le parecia demasiado reducida. El anciano monarca, que en vista de este nuevo conflicto no podia conjurar la tempestad, teniendo ya el sepulcro casi á sus piés, se apresuró á declarar á D. Pedro heredero de los reinos de Aragon y Valencia y del Estado de Cataluña, desde el Cinca al cabo de Creus, concediendo á D. Jaime las islas Baleares, el Rosellon, Caplliure, Cofentes, Cerdeña, Vallespir y Montpellier, en cuanto al uso solamente, porque en cuanto á la propiedad reconocia al mismo D. Pedro, sustituyendo en fin un hermano al otro á falta de hijos.

En medio de tan complicadas circunstancias y cuando el Conquistador se sentia aplastado por el peso de los años, quiso hacer todavía un esfuerzo extraordinario para cumplir el voto solemne que habia pronunciado de pasar á tomar parte en la conquista de la Tierra Santa. Con este objeto reunió una escuadra formidable; pero nuevas circunstancias distrajeron su atencion de este gran proyecto, desechado por fin con motivo del descalabro que sufrió la escuadra, arrojada por una tempestad á las costas de la Provenza (1269). Este siniestro detuvo, á su pesar, al intrépido monarca en su ciudad querida de Valencia, donde ofreció en aquellos dias generosa hospitalidad á la emperatriz Constanza Augusta, hermana de Manfredo, rey de Sicilia, y á su

hija Irene Láscari, hija del emperador Teodoro, que venian á implorar la proteccion del Conquistador, cuya avanzada edad le privó de una empresa que mas tarde pudo llevar á cabo el infante D. Pedro, despues de la conjuracion de Prócida y sus compañeros. Las ilustres proscritas no alcanzaron tampoco el cambio que las famosas Visperas Sicilianas causaron en la suerte de su familia, pues murieron en Valencia y fueron sepultadas en la iglesia de San Juan del Hospital.

Jaime, próximo al término de su larga carrera, dedicaba la atencion de sus últimos dias á perfeccionar la administracion económica de los Estados de Valencia, y pertenece sin duda á este tiempo un curioso privilegio, concedido á la ciudad, que citamos por su originalidad. Dispone el rey que no se celebre el consejo sin la presencia de cierto número de plebeyos; pero con la modificacion de que, si despues de citados no acudian mientras se consumia ardiendo una velita de cera de pequeña magnitud, fueran penados y castigados.

Parecia que la Providencia, despues de una leve tregua, destinaba al Conquistador á terminar sus dias en el campo de batalla, como habia principiado su carrera, y que debian celebrarse sus funerales con el estruendo de la guerra, como su cuna se meció al rumor de las peleas.

Azadrach habia desaparecido; pero los moros valencianos sintieron renacer el espíritu de independencia que parecia adormecido, escitados por la ausencia de los reyes cristianos que acudian al concilio de Lyon, por la noticia de una próxima invasion de los almohades y por los preparativos que hacia para recobrar la Andalucía el sábio y pacífico Mohamed-Aben-Alhamar, rey de Granada, muerto en 1273.

Los musulmanes valencianos dieron por fin el grito de rebelion á las órdenes de Abraham en el pueblo de Finestrat. En seguida siguieron el movimiento el valle de Gallinera, Alcalá de la Jovada, Pego, Tárben, Guadalest y Confrides. En este estado apareció de nuevo Azadrach, venido sin duda de Granada, tomando posiciones en el pueblo de Tous. Alcoy se sublevó tambien, y á este punto se dirigieron las primeras fuerzas, enviadas por D. Jaime, que las destacó desde Alcira. Esta division se componia de dos mil infantes y doscientos caballos, pero desgraciadamente cayó en una emboscada, cerca de Cocentania, y fué totalmente destrozada. La victoria fué sin embargo costosa, porque además de algunos centenares de soldados, perdieron los moros al bravo Azadrach, dejando un vacío que ningun otro caudillo pudo llenar cumplidamente. La derrota sensible de los cristianos alentó á los pueblos que permanecian neutrales, y en pocos dias se generalizó la rebelion. En este estado Pedro Fernandez de Híjar se apoderó por asalto del pueblo de Beniopa, junto á Gandía, mientras los árabes granadinos á quienes el de Híjar habia hecho antes dos mil prisioneros, se dirigian contra Luchente. D. Jaime resolvió tomar el mando del ejército; pero mejor aconsejado permitió que tomasen á su cargo esta expedicion arriesgada García Ortiz de Azagra, el teniente de gran-maestre de los Templarios y Pedro y Guillem de Moncada. Era por el mes de julio, y el excesivo calor, la falta de bri-

sa y el polvo de las hondonadas que atravesaba el ejército cristiano, al salir del puerto de Benigamin, fatigó de modo á los caballos, que al llegar á la vista de Luchente, jadeando y rendidos, obedecían difícilmente á los ginetes que cubiertos de hierro, caían á su vez entre la infantería sedienta y disminuida, durante la marcha. No era posible sin embargo retroceder; y aunque se hicieron esfuerzos supremos para ocupar una posición ventajosa, no pudieron los cristianos resistir la impetuosa acometida de tres mil infantes y quinientos caballos descansados, que se arrojaron con brío sobre el enemigo. El éxito no fué dudoso; los cristianos fueron destrozados, dejando el campo cubierto de cadáveres. Allí perecieron muchos personajes de elevada distinción, y quedaron prisioneros el teniente del maestro de los Templarios y muchos de sus cruzados, que fueron conducidos á la vall de Oxó.

D. Jaime no esperó mas, y destacando al infante D. Pedro, abandonó á Alcira, conducido en una litera. D. Pedro, reuniendo fuerzas y haciendo una marcha violenta desde Játiva, donde recibió la noticia del descalabro, logró alcanzar á los moros vencedores, á quienes cargó decididamente, acuchillándoles, diezmándoles y dispersándoles, á pesar de su briosa resistencia. Mientras los almogávares perseguían á los fugitivos, se anunció en el campo de batalla la llegada del anciano monarca, á cuyos pies vino D. Pedro á presentar el mando y darle el primero la noticia de la victoria. Satisfecho D. Jaime retrocedió á Alcira, donde se agravó su última dolencia y recibió los Santos Sacramentos, cubierto con el hábito de monje de Poblet. En seguida dispuso su traslación á Valencia, y falleció en el camino en 27 de Julio de 1276, á los sesenta y tres años de reinado.

CAPÍTULO VII.

Constitución del rey D. Jaime.—Reinado de Pedro III.—Alfonso III.—Jaime II.—Creación de la orden de Montesa.—Alfonso IV.—Guillermo de Pineta.—Pedro IV.—Guerra de la Unión.

Para consolidar la nueva conquista de Valencia, se dedicó el rey D. Jaime á dotar al país de una Constitución que, poniendo en armonía las prerogativas de la Corona con las libertades, de que no debía ni podía privar á los súbditos que, procedentes en general de países libres, habían contribuido á una empresa tan importante por sus inmensas consecuencias. Pero deseoso del mayor acierto, consultó á once ricos-hombres, á quienes titula barones, á los obispos de Aragón y Cataluña que le habían acompañado, y á diez y nueve hombres buenos de la ciudad, para que, teniendo presente el carácter, las costumbres y los usos de los nuevos pobladores, venidos de diferentes localidades, regidas por leyes diferentes, contribuyeran á la formación de un código político que no lastimase ni los derechos de la Corona ni las aspiraciones justas de los conquistadores. Esta numerosa asamblea, á quien pudiera darse el carácter de Cortes constituyentes, teniendo á la vista las antiguas leyes godas y los mas recientes usajes de Cataluña, así como las leyes de Sobrarbe y fueros de Aragón, discutió y aceptó las

bases generales de una constitución, basada en los mejores principios políticos que encontró en aquellos códigos, y adoptando otras de mas inmediata aplicación al país que se trataba de organizar. Aceptadas en principio las doctrinas que parecieron mas conformes al espíritu de progreso que se notaba en las tendencias de los pueblos de la Corona aragonesa, confiaron la redacción del código á D. Vidal de Canellas, obispo de Huesca, que gozaba de una gran reputación. El obispo llenó su cometido, y leído al rey y á la asamblea el proyecto del nuevo código, fué aprobado en todas sus partes, publicándolo el monarca en el año siguiente al de la conquista, 1239, para que fuera cumplido «en esta real ciudad de Valencia y en todo el reino, y en todas las villas y castillos y alquerías y torres, y en todos los demás lugares edificados en este reino ó que se edificasen en adelante, sujetos nuevamente por la voluntad de Dios á nuestro gobierno.»

La experiencia acreditó, sin embargo, que esta obra no llenaba todas las condiciones que eran necesarias para ocurrir á todas las dificultades, é inspirados en el deseo de mayor perfección, acudieron los magnates, los caballeros, los eclesiásticos y los hombres buenos de la ciudad y del reino, suplicando al Conquistador se sirviera hacer algunas modificaciones en el código, y establecer otros fueros para la determinación de varias cuestiones que no se habían tenido presentes. D. Jaime conoció el juicio y el acierto con que se le proponía la enmienda y aclaración de diferentes fueros, y en la necesidad de crear otros, reunió otra vez las Cortes, y en ellas se adoptaron las modificaciones que se solicitaban, y se añadieron otras leyes que completaron la primera legislación foral de Valencia.

Desde su principio nuestra asamblea legislativa se componía de tres Cámaras, denominadas Brazos; estos es, Brazo eclesiástico, Brazo militar y Brazo real. En los interregnos parlamentarios, la comisión permanente de cada Brazo tomaba el nombre de Estamento.

El Brazo eclesiástico se componía del arzobispo de Valencia y de los obispos de Segorbe y Tortosa, del maestro de Montesa, de los abades de los monasterios de Poblet, Benifasá y Valldigna; el de San Bernardo, despues de los reyes, de la orden del Cister, de los delegados del cabildo eclesiástico de la Seo de Valencia, del general de la orden de la Merced, del prior de Valdechristi, del comendador de Torrente de la orden de San Juan, del comendador de Aluscros de la de San Jaime de Uclés, y del prior de Calatrava. Así subsistió constituido este Brazo, sujeto, sin embargo, á diferentes modificaciones que en los tiempos sufrió el personal.

El Brazo militar no tenía número determinado de miembros. Presidía, convocaba, proponía y resolvía un individuo del mismo cuerpo con el título de síndico, y era elegido por suerte de diez y ocho inseculados, que se matriculaban al terminar una legislatura y duraba hasta el principio de la siguiente. Las resoluciones de esta Cámara se habían de tomar *nemine discrepante*, de que eran forzosas consecuencias los inconvenientes mas graves y perjudiciales. Formaban parte todos los nobles, generosos y caballeros que fue-

ran naturales de este reino, y que vivieran con el decoro, autoridad y esplendor que reclamaba su posición.

El Brazo real se componía de los síndicos de las ciudades y villas reales, aunque su número no fué siempre el mismo, pues no fué en todos tiempos una misma su suerte y clasificación. El Consejo general de cada pueblo, que tenía voto en Cortes, hacia su elección de estos síndicos ó diputados, rigiéndose para este acto de las mismas formas de que se valían para la elección del Consejo, en quien los electores depositaban la mas completa confianza. Los pueblos que disfrutaban de este privilegio eran Alicante, Alcira, Alcoy, Alpuente, Benigaim, Biar, Bocairente, Castellon de la Plana, Carcagente, Caudete, Corbera, Cullera, La Yesa, Liria, Morella, Orihuela, Ollería, Onda, Onteniente, Peñíscola, Penáguila, Valencia, Villareal, Villajoyosa, Játiva, Jerica y Gijona. Valencia enviaba cinco diputados, y uno cada uno de los demás pueblos.

En otra legislatura, que presidió D. Jaime, juró el rey, en 31 de marzo de 1270, no añadir, quitar, corregir ó enmendar cosa alguna en lo sucesivo, si no conviniere hacerlo por una evidente y máxima necesidad; y esto seria con asenso y voluntad de las Cortes, «y así por Nos, y por todos nuestros sucesores los tendremos (los fueros) y haremos tener y guardar inviolablemente.» (Privil. 81 del rey D. Jaime I, año 1270). Dispuso, además, que sus sucesores en la Corona jurasen los fueros, dentro de un mes, á contar desde su llegada á Valencia, segun consta del citado privilegio 81.

Las Cortes valencianas, pues, procuraron en todos tiempos conservar la integridad de la ley fundamental, oponiéndose con el mas decidido empeño á cuantas tentativas hicieron algunos reyes, para dejar sin efecto la no revocación prescrita por el legislador. Lo intentó Pedro III, pero á instancias de las Cortes, se vió precisado á anular cuantas órdenes habia espedido contrarias á los fueros del rey D. Jaime, su padre, y si logró alguna ligera innovación, fué con la aprobación de las Cámaras. Jaime II ordenó en 11 de enero de 1292 que se guardara y cumpliera la ley fundamental, revocando cuantas disposiciones se hubiesen publicado sin el consentimiento de las Cortes. Casi lo mismo mandó Alfonso IV en las Cortes de Valencia de 1329; D. Pedro IV en las de 1348 y 1353; D. Martín en las de 1403; D. Alfonso V en las de 1418 y 1428; D. Juan, rey de Navarra, como lugarteniente general de su hermano Alfonso, en las de Valencia de 1446; D. Fernando II en las de Orihuela de 1488, y últimamente, D. Carlos y los tres Felipes en las que celebraron á los naturales de este reino. Solo las Cortes valencianas gozaban de un poder que no tuvieron ni los fueros de Sobrarbe ni los usajes de Cataluña.

D. Jaime determinó los tributos que debían pagarse, sin esperar anualmente, como se acostumbra en los modernos gobiernos representativos, la aprobación de los presupuestos. El rey solo tuvo por objeto aligerar la ordinaria carga de los impuestos á los valencianos, reservándose varios derechos que formaban su patrimonio, con los cuales aseguró, sin gravámen de los súbditos, la satisfacción de alguna parte de los

gastos del Estado; tales fueron el tercio-diezmo, las salinas, hornos, molinos, la Albufera y otras diferentes cosas, logrando por este medio establecer unos impuestos moderados que, por un admirable sistema de imposición producían los mejores resultados. Los productos del patrimonio real y contribuciones señaladas por el legislador, no podían, sin embargo, cubrir mas que las atenciones ordinarias; de modo que, cuando ocurrían circunstancias extraordinarias y urgencias imprevistas, se acudía á las Cortes, sin cuya autorización no era posible imponer nuevas cargas, para llevar á cabo las guerras y atender á un suceso inesperado. D. Pedro III, desentendiéndose de esta práctica rigurosamente parlamentaria, impuso, ya por sí, ya por medio de sus comisionados, diferentes gabelas y tributos, cuando la doble guerra de Africa y Sicilia llamaban toda su atención; pero las Cortes de 1283 clamaron enérgicamente contra esta infracción de la Constitución foral, y le compelió á revocar las órdenes dictadas para la exacción de aquellos impuestos, declarando terminantemente «que en ningún tiempo podría imponerse tributo alguno bajo cualquiera denominación que fuere,» y añadiendo, por último, la pena capital contra el que impetrase semejantes gracias. D. Jaime II, no creyendo conveniente por ciertas graves circunstancias convocar las Cortes, acudió directamente á los pueblos para que contribuyesen con algunos donativos, á fin de atender con ellos á la conquista de Córcega y Cerdeña, y la ciudad de Valencia le ofreció generosamente diez y siete mil quinientas libras, dando ocasion este noble rasgo de desprendimiento á que el monarca declarase en 1.º de marzo de 1321, que esto se entendía sin perjuicio de los privilegios y de los fueros que de nuevo confirmaba. Reconociendo, además, que aquel acto no habia sido obligatorio, prometía no pedir colecta en Valencia sobre el pan, vino, carnes, buques ni otras cosas á título de subsidio, don, servicio, ni otro alguno. Alfonso III de Valencia, en las Cortes celebradas en el palacio episcopal en 1419, propuso que debía pasar á Sicilia y Córcega con el objeto de asegurar la paz de aquellos Estados, y aunque los Estamentos manifestaron oposición á este viaje por considerarlo contrario al bien del país, votaron sin embargo cuarenta mil florines, expresando que lo hacían en consideración á varias provisiones que el rey habia espedido á su favor y sin que sirviera de ejemplo este rasgo de su liberalidad.

Algunas veces los reyes de Aragón hicieron presentes las necesidades de la Corona á los consejos generales, que con frecuencia rechazaron sus peticiones. Así es digna de notarse la resolución del Consejo de Valencia, segun consta en los *Fastos Consulares*, que traducida del lemosin dice así: «A catorce del mes de Julio del año 1342 propuso el rey al Consejo general, que quería ir á Mallorca, por motivo de una desobediencia que habia cometido la ciudad con asenso de los ciudadanos. Leyóse con esta ocasion en el Consejo un privilegio, otorgado por el rey D. Alfonso á la ciudad de Valencia, en que la eximia de hueste y cabalgada; y no estando la ciudad obligada á servir al rey, se le envió esta respuesta por medio de cincuenta hombres, que se hallan nombrados en el libro IV de

Bartolomé Benajam, notario.» En otra parte de los mismos *Fastos* se lee la siguiente memoria: «En el año 1371 pidió el rey á la ciudad de Valencia, que le prestase dos ingenios ó máquinas de guerra militares, y la ciudad no quiso prestárselas, antes bien le dijo que en Murviedro había dos buenas; y el rey respondió que se maravillaba de que la ciudad le hubiese dado tal respuesta, pues si las hubiese habido en Murviedro, no las hubiera pedido á la ciudad, y que las de Murviedro eran viejas y su composición costaría mas de lo que valían. Que al presente no tenía tiempo para hacerla, y que todos los preparativos que tenía hechos se frustrarían si no tenía ingenios. Por lo cual suplicaba encarecidamente, que así como siempre había (el Consejo) amado su honor, por ninguna cosa del mundo le faltase en aquella ocasion. Despues de haber pasado muchas razones en el Consejo, y teniendo presente que la ciudad necesitaba mucho de aquellos ingenios que se construyeron en tiempo de la guerra con Castilla, deliberó el Consejo que se entregasen al rey ó á sus enviados los referidos ingenios, pero con la condicion de que el rey los pagase á la ciudad, y esta mandase desde luego fabricar otros dos, y que se hiciese consignacion del pago en el donativo que el rey debía percibir del general del reino.» En los mismos *Fastos* al año 1375 se lee tambien: «Vinieron al Consejo con una carta del rey los honrados Mosen Pedro Guillem, Ramon Catalá, ugier de armas del rey, y Francisco Marrades, Baile general de Valencia. Su contenido era que dicho señor había casado á la alta infanta doña Leonor con el alto infante D. Juan, primogénito y heredero de Castilla. Y habiendo entregado dicha carta, y espuesto su embajada, les dijo el Consejo que le diesen tiempo para responder. Y despues de muchas disputas, la respuesta fué que la ciudad no estaba obligada, por lo cual nada les darian. Y dichos enviados, despues de muchas réplicas, nada consiguieron, diciéndoles siempre el Consejo que la ciudad tenía privilegio, y así tuvieron que retirarse. Es verdad que lo tomaron á mal, porque la súplica era del rey y de su primogénito, y no se hacía por medio de otra persona, además de que los enviados eran sugetos de mucho honor. Mas para que en los tiempos venideros la corte del rey no juzgase como un deber hacer demandas de esta ó otra naturaleza por medio de sugetos de semejante ó de inferior condicion, quiso y resolvió el Consejo que los Jurados diesen esta respuesta negativa á dicho Mosen Pedro Guillem y á Francisco Marrades en nombre del rey, con la mayor reverencia que los vasallos pueden hacer á su señor.»

En fin, no se reservó D. Jaime ni para sí ni para su Consejo la facultad de resolver las dudas que pudieran ofrecer la mas exacta inteligencia de los fueros, disponiendo en 4 de junio de 1264, que si ocurría alguna de estas dudas, se reservase su aclaracion al Justicia y hombres buenos de la ciudad de Valencia y su reino, y permitiendo el ejercicio de la abogacia, con la condicion de hacer uso únicamente de los fueros, sin poder citar las leyes romanas, ni las decretales, conminando con gravísimas penas al que contraviniese á esta disposicion.

Para la declaracion de guerra y tratados de paz y

de tregua, adoptó D. Jaime el fuero de Sobrarbe, segun el cual no podia el rey declarar la guerra, ni ajustar paz, ni tregua alguna con otro príncipe, sin acuerdo de doce ricos-hombres, ó de doce de los mas ancianos y sabios del país. Con efecto, Pedro III celebró Cortes en Valencia en 1336, en el año siguiente en Castellon y en Barcelona en 1344, para pedir autorizacion en asuntos que tenían relacion con estas prescripciones forales.

Tambien el Conquistador, el esceso con que los príncipes, so pretexto de recompensar servicios hechos al Estado, suelen otorgar amplias donaciones de pueblos, regalías, heredamientos y otras gracias en favor de alguno, siguiendo en esto una política interesada y egoísta, y refiriéndose al reino de Valencia, dispuso en su testamento, otorgado en Mompeller á 26 de agosto de 1272, que todos sus reinos y señoríos permanecieran con integridad, y que no se pudieran, ni el que fuese rey, dividir ni desmembrar alguna parte del señorío en hijos, ni otras personas. Alfonso IV lo intentó, y el Consejo de Valencia comisionó al célebre jurado Guillem de Vinatea para que obtuviera del monarca la revocacion inmediata de las donaciones que había hecho, como efectivamente las revocó.

D. Jaime se reservó la facultad de proveer ciertos destinos de importancia; pero dejó á la eleccion de los pueblos la eleccion de las personas encargadas de la administracion de justicia y la económica y de policia de la ciudad y de las villas reales del reino. De los pocos tribunales que estableció el legislador, fueron los del Baile, del Justicia, del Almotacen y de los Acequeros. El Justicia conocía de todas las causas así criminales como civiles, y de estas, aun de las que se intentaban contra los cuerpos eclesiásticos y clérigos sobre bienes de realengo; y dispuso asimismo que tres dias antes de Navidad los jurados y hombres buenos que componían el Consejo general, y que asistía con él suyo al Justicia en el acto del fallo de las causas, eligieran tres sugetos dignos y los propusieran en terna al rey, y en su ausencia al Baile.

El empleo de almotacen, segun la jurisdiccion dada por el rey D. Jaime, se extendía no solo sobre los pesos, medidas y fraudes que suelen cometerse en el mercado, sino tambien sobre los asuntos de que hoy entiende la policia urbana; su nombramiento se hacía como el del Justicia, aunque en diferente dia, que era el de la víspera de la Natividad de Nuestra Señora.

El tribunal de los acequeros entiende en la conservacion de las acequias y de los azudes, repartimiento y debido uso de las aguas, conociendo verbalmente de todas las cuestiones que ocurren en esta materia, cuyo tribunal subsiste todavía para honra de Valencia, admiracion de propios y estraños, y como un magnífico monumento de la antigüedad. En orden á su nombramiento, determinó el legislador que cada uno de los jurados ó síndicos fuera elegido por el comun consentimiento de los regantes de su respectiva acequia.

El gobierno de la ciudad está confiado á la administracion de un Consejo general, elegido por el pueblo en la fiesta de Pentecostés, prestando el juramento de estilo al rey, y en su ausencia ante el Baile. En 1633 se

reformó el sistema electoral y se estableció la insaculacion.

Posterior á la primera legislacion, sancionada por el Conquistador, se estableció la Audiencia de este reino, cuyos ministros proponían al rey las personas que debían llenar las vacantes.

El rey se reservó la facultad de elegir al Baile general como funcionario que representaba directamente al soberano y los intereses que tenía en este reino. Como al principio este delegado régio era el encargado de la cobranza de los censos y otras rentas patrimoniales, extendiendo esta facultad hasta percibir las cantidades extraordinarias que pedían los reyes para las urgencias del Estado, el reino se opuso terminantemente, considerando que solo á él y no á otro alguno pertenecía el derecho de exigir de los pueblos lo que cabía á cada uno por razon de sus contribuciones. Se suscitó, pues, esta pretension en las Cortes de Monzon de 1376, y accediendo D. Pedro IV, acordó que se crease un magistrado para estos asuntos, que el reino nombrara á quien le pareciese para ejercerlo, y que el nombrado obrase con tal libertad, que no pudieran impedir sus funciones ni el rey ni sus ministros, y conviniendo, en fin, en que rindiere cuentas al reino y no al monarca. Por de pronto se nombró un *diputado*, que dió su nombre al tribunal, intitulándose *diputacion*; un administrador que aclaraba las dudas que ocurrían, y los contadores, ante quienes se rendían las cuentas. En las Cortes de Valencia de 1403, se aumentó el número de los diputados, y en el Parlamento de 1419 se le dió la organizacion que conservó hasta la abolicion de los fueros.

En las Cortes celebradas en Valencia en 1329, se determinó que en esta capital hubiese dos Justicias, uno que entendía de los asuntos criminales, y otro de los civiles, debiendo ser uno de ellos generoso ó caballero. En su consecuencia, se fijó en seis el número de jurados; pero de ellos dos generosos ó caballeros, alternando los ciudadanos y los caballeros en el cargo de almotacen.

Concluiremos esta somera noticia de la antigua legislacion foral, haciendo caso omiso de otros grandes principios de política y administracion, recordando que el rey no prorrogaba una legislatura sin el consentimiento de los tres Estamentos; que ejercía el poder legislativo junto con las mismas Cortes, y que, por último, prohibió que los diputados obtuviesen gracia alguna del rey en las Cortes á que concurrían, llegando hasta tal punto de delicadeza esta severidad, que se obligó á jurar el cumplimiento de este Estatuto á Ramon Muntaner, célebre historiador y acreditado general, cuyos hechos de armas habían llamado la atencion de Europa en su expedicion á Oriente, y á Bartolomé Matoses, que había adquirido una gran reputacion en el desempeño de elevados cargos, y ambos diputados en las Cortes de Valencia en 1329. Los diputados iban, sin embargo, pensionados para que representasen digna y aun ostentadamente los altos deberes que el reino tenía el derecho de exigir á sus delegados.

Tal es, en conjunto, la constitucion política cuyas primeras bases dejó á su querida Valencia su ilustre

Conquistador, que tuvo el sentimiento de descender al sepulcro entre la profunda perturbacion causada por la osada rebelion de Azadrach. La desaparicion de este implacable enemigo no impidió que el reino se viera envuelto en la agitacion que causaban las partidas armadas de los moriscos, que guarecidos en los puntos mas escabrosos del país continuaban la guerra, burlando la activa persecucion de los cristianos. El centro de sus operaciones se hallaba en Montesa, desde donde dominaban las cordilleras inmediatas, asegurando sus comunicaciones con Granada, donde reinaba tranquilo y respetado Mohamed II, hijo y sucesor de Mohamed-Ben-Alhamar, fundador de aquel hermoso reino. Castilla, agitada por las revueltas que ocasionó la proclamacion del rey D. Sancho, rebelado contra su padre Alfonso X, hecha en 1284 por las Cortes de Segovia, se veía amenazada por otra invasion de sarracenos venidos de Marruecos y llamados en su desesperacion por el desgraciado Alfonso, que había encontrado un asilo en la corte de Toledo. En tan críticas circunstancias ciñó la corona de Aragon Pedro III, llamado el Grande.

Terminadas con gran pompa y espléndido ceremonial las fiestas de su coronacion, vino D. Pedro de Zaragoza á Valencia, resuelto á atacar la rebelion en su mismo centro, dando principio á la campaña con el sitio de Montesa en abril de 1277. Para llegar hasta allí hubo de sostener rudos y frecuentes combates con las partidas que molestaron incesantemente la marcha y las operaciones del ejército cristiano. Establecido el bloqueo, dispuso una escuadra, á las órdenes de Pedro Queralt, para proteger las costas de Valencia, Alicante y Cartagena, contra cualquiera tentativa de desembarco que pudieran verificar los marroquíes, auxiliares de los moros valencianos, y los servicios de aquel intrépido marino frustraron efectivamente los proyectos de una escuadrilla berberisca que se había presentado en las aguas de Dénia.

D. Pedro procuró desde luego tomar una posicion ventajosa, y al efecto se apoderó de un cerro llamado la Muela, desde donde dominaba el castillo de Montesa, desalojando con gran resistencia á los moros que ocupaban aquella altura. Los almogávares dieron principio al ataque, que en seguida se hizo general, tomando á viva fuerza la colina, pero sucumbiendo no pocos cristianos por los enormes proyectiles de piedra que los moros arrojaban sobre los nuestros, que asiéndose de las malezas y de los peñascos y saltando por encima de los cuerpos despedazados de sus camaradas, palmó á palmó disputando las laderas, llegaron por fin á la ancha meseta donde el combate adquirió una violencia sumamente horrible. Batíanse cuerpo á cuerpo, moros y cristianos confundidos lucharon con desesperacion, viéndose con frecuencia caer rodando aquellos grupos cubiertos de sangre por los flancos de la montaña hasta el fondo de los barrancos. La lucha fué horrible ya, pero breve; los moros, diezmados, acosados, despedazados por los almogávares, se dispersaron por último; se enarbó el estandarte de Aragon, y el rey D. Pedro, que presenciaba á la cabeza del grueso del ejército aquella pugna sangrienta, se aprovechó oportunamente del abatimiento que esta

victoria debió causar en los ánimos de los defensores de la villa y su castillo, y dió la órden para empezar el asalto. Tenaz fué la defensa; los moros se batieron en retirada, de calle en calle y de casa en casa, y en pocas horas presentó el pueblo un vasto hacinamiento de cadáveres. Esta misma resistencia enardeció el valor de los cristianos, que haciendo un esfuerzo supremo obligaron á los moros á que se rindieran á discrecion. Esta victoria desarmó á la rebelion en todo el reino; los sublevados, perdida toda su esperanza, depusieron las armas, y el país entró en un período de reposo, de que estaba privado hacia muchos años.

Así fué posible que D. Pedro dirigiera sus armas á otros puntos donde los valencianos dieron pruebas de su arrojo. El monarca aragonés exigió una satisfaccion al gobierno de Túnez por la cooperacion con que habia auxiliado á los rebeldes, faltando en todas sus partes á los tratados anteriores. A una y otra exigencia contestó el príncipe africano con marcado desden, y el aragonés ofendido en su altivez creyó llegado el caso de recurrir á la fuerza para conseguir una reparacion. Al efecto aprontó una escuadra, compuesta de cinco galeras valencianas y otras tantas catalanas, á las órdenes del almirante Conrado Lanza. La vista de la escuadra produjo en Túnez un movimiento popular, que venia preparándose hacia algun tiempo por los odios de dos bandos que se disputaban el gobierno. El walf, mal seguro en su poder, se vió precisado á abandonar la ciudad, y se escapó secretamente, dejando la poblacion á merced de los expedicionarios. Refiere Muntaner que al entrar nuestros soldados en Túnez llevaban enarbolado el estandarte de Aragon, y que para mayor magestad, dispuso el almirante que no entrase por la puerta, sino que fuera recibido por encima de una de las torres. Lanza encargó el mando de la fortaleza principal á un rico-hombre con algunas compañías, para que hiciera efectivo el tributo que el nuevo walf debía pagar anualmente á la corona de Aragon.

Mientras la escuadra aragonesa, recorriendo las costas de Africa, batió en sangriento combate á la marroquí en las aguas de Tremecen, cerca de un islote llamado Alabiba, el rey D. Pedro terminaba briosamente la perturbacion que en los Estados de Cataluña habia causado la ambicion de los condes de Fox, de Pallás, de Urgel y de Cardona, disponiendo en seguida la grande expedicion que debía apoderarse de Sicilia, á consecuencia de la muerte del infortunado Coradino y de la revolucion sangrienta de Palermo, conocida bajo el nombre de *Visperas Sicilianas*. Esta gran campaña dió á conocer al inmortal marino Roger de Lauria ó Lária, como está escrito en su testamento, nacido en Scola, pueblo de la Calabria Superior, y cuyo padre pereció en la batalla de Benevento al lado del desgraciado Manfredo. D. Jaime concedió á Lauria un rico heredamiento en nuestro reino, y parte de su familia yace enterrada en la iglesia del monasterio del Puig.

Las grandes expediciones de Lauria y sus grandes hechos de armas en cien puntos del Mediterráneo, al paso que daban nombre y valor á los catalanes y valencianos, produjeron en Aragon un profundo disgusto, porque tantas victorias inclinaron decididamente el ánimo del monarca en favor de las provincias lemo-

sinas. Alarmados los aragoneses se negaron á facilitar al rey los subsidios que necesitaba en las empresas marítimas en que se hallaba empeñado, declarándose en el mismo sentido los magnates, tambien aragoneses, que residian en Valencia, como fueron Gimén de Urrea, señor de Alcalaten; Pedro Fernandez de Híjar, señor de Buñol, y Jaime de Jerica. Juan Nuñez de Lara llevó mucho mas adelante su animosidad, pues se sublevó fortificándose en Albarracin. Ocurria este conflicto cuando Felipe el Atrevido penetraba en Cataluña por el Rosellon, apoyando con las armas la investidura que el Papa habia dado á uno de sus hijos de los Estados de Aragon. D. Pedro se apresuró á reunir las Córtes en Tarazona, y en ellas reiteraron sus quejas y sus consejos los aragoneses, fundándose principalmente en la terrible circunstancia de haber sido el rey escomulgado. Irritado D. Pedro, exclamó: «Yo hasta ahora he fecho mis faciencias; y asi ni queremos, ni hemos menester de vuestro consejo; y si lo quisiéremos ó hubiéremos menester, lo demandaríamos.» Esta respuesta disolvió las Cámaras, y el rey, despues de vencer al señor de Albarracin, se trasladó á Zaragoza, para donde habia convocado nuevamente las Córtes. Los valencianos mandaron á la Asamblea á Simon Sancho Aradriz y Fernando Sancho Ayvar, los cuales pidieron entonces y obtuvieron para Valencia el nombramiento de un Justicia, á semejanza del de Aragon, siendo el primero que mereció esta honra Alfonso Martinez, con la mision de juzgar en nuestra provincia á los aragoneses en ella establecidos, segun fuero de Aragon.

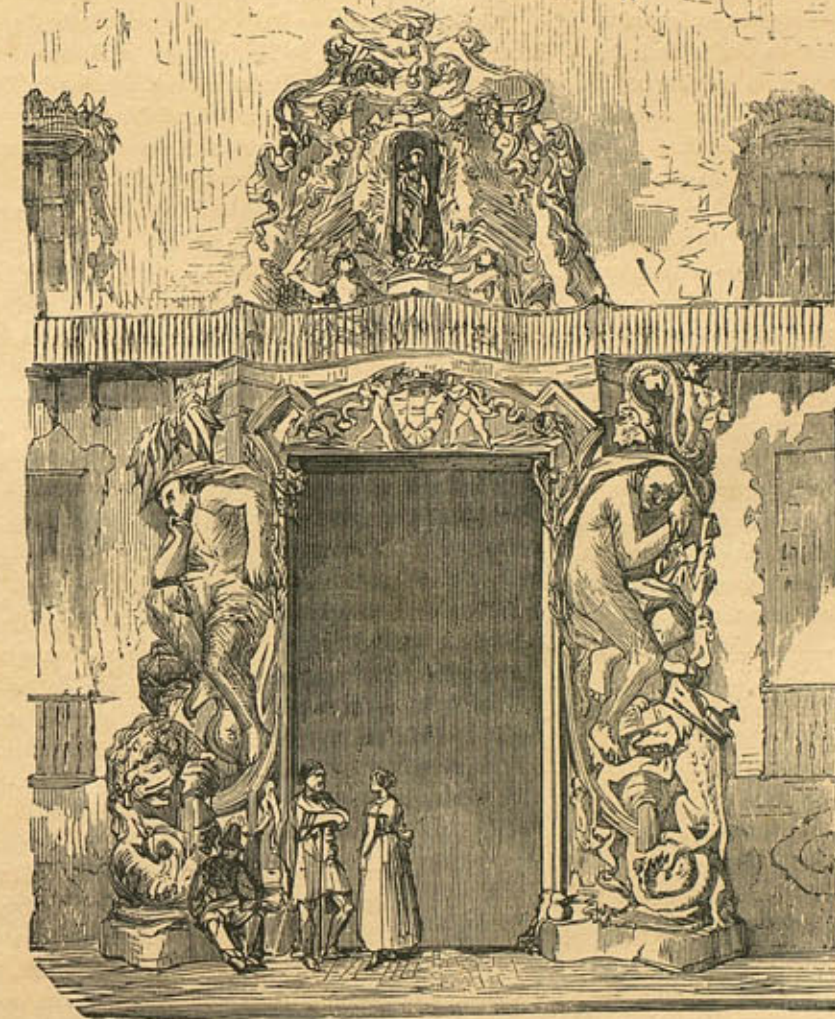
Restablecida la confianza y la inteligencia entre el soberano y los aragoneses, se puso D. Pedro en campaña para hacer frente á los franceses. Mas antes de empezar las operaciones, envió por su embajador á Felipe el Atrevido, á D. Jasperto de Botonach, obispo de Valencia; pero el príncipe francés, desatendiendo las consideraciones del embajador y faltando á cuanto se debía al carácter de que estaba revestido, prendió al obispo. El monarca recurrió al Papa; pero dominada la corte pontificia por la influencia francesa, desestimó las justas pretensiones del aragonés, que desde aquel momento fió á las armas el triunfo de la justicia y de la verdad. Felipe por su parte despachó al conde de Fox con una mision para su deudo el de Cardona, que mandaba la guarnicion de Gerona, ya bloqueada por el francés. El de Fox trató de persuadir á su pariente para que entregara la plaza, alegando para justificar esta entrega, que la primera fidelidad se debía á Dios y á la Iglesia; pero Cardona se rió, dice el P. Abarca, de esta ambiciosa teología, y defendió como bueno y como caballero el punto que se habia confiado á su lealtad y á su valor.

En la memorable defensa de esta plaza se hallaron, como defensores, además de 1,500 almogávares, 600 moros valencianos que eran escelentes ballesteros. La batalla de Besalú, ganada á los enemigos por el mismo rey D. Pedro, y la sucesiva derrota de la escuadra francesa en las aguas de Rosas por el almirante Lauria, no pudieron impedir la capitulacion, si quiera fuese altamente honrosa, del vizconde de Cardona, que entregó la ciudad falto de hombres y de víveres. Pero la peste, que diezaba el ejército francés,

obligó á Felipe á negociar un convenio con el monarca de Aragon, y aceptado por este, emprendió Felipe su retirada, víctima pocos dias despues de la epidemia que le atacó durante la marcha.

D. Pedro, como fatigado de tantas luchas, y cuando parecia tocar el término de sus campañas, murió casi al mismo tiempo en Villafranca á 11 de noviembre de 1285. Dejó seis hijos legítimos: D. Alfonso

y D. Jaime, que reinaron sucesivamente; D. Fadrique que ocupó despues de D. Jaime el trono de Sicilia; don Pedro y doña Isabel, mujer que era entonces de don Dionés de Portugal, canonizada luego como santa, á cuyas virtudes atribuia su padre todas las victorias que alcanzó; y finalmente, doña Violante ó Constanza, que casó con Roberto, duque de Calabria. Tuvo además siete bastardos de doña María Nicolasia y doña



Fachada principal de la casa del marqués de Dos-Aguas, en Valencia.

Inés Zapata. D. Pedro murió á los cuarenta y seis años de su edad.

El célebre poeta Dante, hablando de este monarca, dice que «fué ceñido de todo valor.»

Al ocupar Alfonso III el trono de Aragon hubo de fijar toda su atencion en nuestro reino de Valencia, donde existia un foco permanente de descontento, que si adquiria proporciones, amenazaba provocar una guerra civil. Entre los primeros pobladores que fincaron en el país en tiempo de la conquista de Jaime I, se contaban muchos aragoneses, que mal avenidos con la Cons-

VALENCIA.

titucion otorgada por aquel monarca, sentian verse privados en Valencia de los grandes privilegios de que gozaban en Aragon, y en especial del derecho de vida y muerte sobre sus vasallos. A pesar de que ellos mismos confesaron que en sus fueros y privilegios Valencia era independiente de Aragon, acordaron en el mes de diciembre, pocos dias despues de la muerte de don Pedro, celebrar una gran reunion en Teruel, citando á varios ricos-hombres y caballeros, con la prevencion de que acudieran armados á fin de sostener con la fuerza, si era necesario, los fueros aragoneses en el

reino de Valencia. Después de largos debates se adoptó la resolución de penetrar á son de guerra en nuestro país, proclamando sus fueros, obligando á los pueblos á admitirlos, y cometiendo en esta escursión toda clase de tropelías, tan propias de los partidos políticos cuando creen bueno emplear la violencia, ora luchen por vencer, ora consigan el mando para santificar sus principios. De este modo llegaron hasta Murviedro; pero contenidos por el espectáculo de sus excesos, ó por la aproximación de las tropas valencianas, que marchaban contra ellos, retrocedieron precipitadamente á Teruel, y menos hostiles nombraron dos comisionados para que hicieran presentes al rey las razones en que apoyaban sus exigencias.

Los nombrados fueron Pedro Ladrón de Vidaura y Gimén Pérez de Pina, y su misión estaba reducida á pedir la reunión de nuevas Cortes en Tarazona, Teruel ó Calatayud, donde los disidentes espondrían sus pretensiones. Pero en el caso de que el rey desestimase esta súplica, los comisionados debían intimar á los caballeros y ricos-hombres que seguían la corte, que abandonasen inmediatamente al monarca y se trasladaran á Zaragoza, á fin de apresurar una solución favorable á sus intereses. Alfonso recibió á la comisión en el Castellar, y se apresuró á contestar en seguida expresando el sentimiento que le causaba la imposibilidad de poder concurrir entonces á las Cortes, pero que no perdería de vista el engrandecimiento de sus Estados, concluyendo por asegurarles que por entonces conservaba á su lado á los mesnaderos de Aragón, cuyos servicios le eran de suma importancia. Esta respuesta, que no llenó los deseos de la junta de Teruel, dió lugar á una nueva comisión compuesta de Gil Martínez de Atienza, Pedro Giménez de Iranzo, Miguel de Alberó, Bartolomé de Eslava, Gil de Hontañena y Juan Pérez de Egéa. Estos nuevos delegados llevaban una misión mucho más explícita y amenazadora que la anterior. Si el rey se negaba á reunir las Cortes en un plazo breve, la junta se negaría á prestarle los socorros que pudiera necesitar en la guerra de Italia, y embargaría las rentas que le producían los Estados de Aragón y Ribagorza y en los pueblos que á la fuerza dominaran. Pedía por fin la junta la libertad de doña Inés Zapata y de su hijo D. Fernando, presos por no haber querido entregar al rey la ciudad de Albarracín, cuyo señorío la había concedido la munificencia del rey D. Pedro.

Alfonso acogió con benevolencia estas pretensiones, y deseoso de poner término á aquel conflicto, convocó por fin las Cortes para Alagón. Los disidentes, satisfechos del éxito, pero queriendo asegurar su coalición, se entregaron mutuamente, en rehenes, los hijos y parientes que trasladaron á Zaragoza.

Las Cortes dejaron sin embargo sin resolver la cuestión que tanto se agitaba, y los coligados empezaron de nuevo á conmover el país con sus excitaciones amenazando las rentas y derechos reales. Pero vuelto el rey á Zaragoza por setiembre (1287) encontró la administración pública en el más completo desorden, abandonada la defensa de las fronteras, concedidas unas treguas poco decorosas no sólo á los reyes de Francia y de Castilla sino también á los moros arma-

dos que amenazaban los pueblos valencianos, y próximos los Estados de Aragón á anexionarse á Carlos de Valois, hijo del rey de Francia, que había recibido del Papa la investidura del reino aragonés. Los caudillos de la coalición dieron comienzo á la guerra civil, destruyendo los lugares del señorío de los ricos-hombres, que eran del acostamiento del rey, el cual avanzó desde Tarazona en persecución de los rebeldes, costando esta lucha torrentes de sangre de hermanos.

Alfonso, creyendo conjurar la tempestad que amagaba poner en peligro su corona, se apresuró, según Zurita, á revocar las donaciones y gracias que había dispensado al principio de su reinado á los condes de Urgel y de Pallás, al vizconde de Cardona, á Pedro Fernández, señor de Híjar, á Blasco de Alagón, á Pedro Jordan de Peña, á las ciudades de Zaragoza, Valencia y Játiva, y á otros pueblos, entre ellos Murviedro. El rey llevó á cabo esta revocación, guardando la mayor reserva, pero protestando al mismo tiempo que daba este paso, impulsado solo por el deseo de conservar la paz en sus Estados. No contentos aun los disidentes exigieron que el rey les diera una satisfacción completa por los males que habían recibido de los valencianos y de los partidarios del monarca; que se restituyesen sus bienes á los vecinos de Tarazona, castigados por Alfonso al comenzar la guerra civil; que jurase asimismo por él y sus sucesores no atentar contra ninguno de la coalición, sin preceder sentencia dada por el Justicia de Aragón, y que en el caso de no cumplirlo, se les absolviese del juramento de fidelidad, con la facultad de que pudieran elegir otro rey; que debía aceptar estas condiciones delante de las Cortes, reunidas al efecto en Zaragoza donde se designarían las personas que deberían formar un Consejo para dirigir con su ausencia la administración de los reinos de Aragón y Valencia; y finalmente, que aceptadas estas condiciones, les entregaran en fianza varios castillos, entre ellos Morella, Oxó, Játiva y Biar, poniendo además en sus manos dentro de doce días al príncipe de Salerno, al infante D. Pedro y á seis ricos-hombres de su parcialidad, para que si no se verificaba en el término de un mes la entrega de los castillos, pudieran disponer de aquellos personajes según conviniera á sus intereses. Alfonso, débil en demasía, aceptó en general tan humillantes condiciones, sin contentar por eso á no pocos, que protestaron contra ellas porque se habían admitido por fuerza sin el concurso de las Cortes generales.

Contrariando los esfuerzos de los coligados y á despecho de la debilidad del soberano, Valencia rechazó las injustas pretensiones de los señores aragoneses, sin que lograran jamás que nuestro reino fuera regido por fuero de Aragón. Los valencianos tuvieron á su lado en esta cuestión á la mayor parte de los señores que procedentes de Aragón residían hacia ya muchos años en Valencia.

Alfonso, dispuesto siempre á la conciliación y á la clemencia, terminó también la sangrienta guerra que sostenía en Sicilia, renunciando á los derechos que tenía sobre la isla, evacuándola por completo, y aconsejando á la reina y á su hermano á que abandonasen el pensamiento de conservar aquel Estado. Apenas daba

por concluidas estas graves cuestiones, falleció en Barcelona á los veintisiete años de edad (1291) mereciendo el dictado de *Franco*.

Jáime II, su sucesor, renunció la Sicilia y Calabria á favor del rey Carlos de Valois, su suegro, al mismo tiempo que celebraba en Villabertran sus bodas con la infanta de Nápoles. Pero los sicilianos reunidos en forma de parlamento en la iglesia mayor de Catania, proclamaron á D. Fadrique, fundándose en la sustitución que había hecho en él su hermano D. Alfonso (1296.) El Papa trató de oponerse á esta proclamación, pero fueron rechazadas sus gestiones, mientras don Jáime publicó un edicto mandando á los guerreros aragoneses, catalanes y valencianos que abandonasen el país, previendo ya un rompimiento entre él y su hermano; mas pocos obedecieron y se quedaron al servicio de D. Fadrique á persuasión de Blasco de Alagón. Al ocupar Fadrique el trono de Sicilia, salieron casi como desterrados, la reina Constanza, su hija doña Violante y los libertadores de la Sicilia Roger de Lauria y Juan de Prócida. D. Jáime no recomensó, sin embargo, al célebre marino, dándole el título de almirante de Aragón, vicealmirante de la Iglesia, y el condado de Cocentaina. Veinte años de guerra fueron necesarios para asegurar á D. Fadrique en el trono de Sicilia, muriendo después tranquilamente en Valencia el inmortal Roger de Lauria en 17 de enero 1305. Su cuerpo fué trasladado y depositado en el monasterio de Santas Cruces en Cataluña, debajo del panteón de Pedro III, de quien había sido el mejor amigo.

Urgente era el regreso del rey D. Jáime á la Península para hacer frente á los castellanos que habían penetrado en el territorio de Valencia fortificándose en Alicante. Jáime levantó precipitadamente un ejército y marchó sobre esta ciudad, poniéndose él mismo á la cabeza de los almogávares, que formaban la vanguardia. Apenas avistaron la plaza, dió el rey la orden del asalto, siendo el primero que escaló la muralla un catalán llamado Berenguer de Puigmoltó, el cual disputó este honor al mismo soberano. Nicolás Pérez, gobernador de Alicante, se defendió bizarramente, cediendo al fin ante el número y la impetuosidad de los sitiadores. En poco tiempo y después de conquistar varios pueblos importantes obligó al de Castilla á aceptar un tratado de paz, marcando entonces (1305) los límites del reino de Valencia, origen de las continuas luchas entre las dos coronas.

A este acontecimiento, que fijaba por fin los lindes del territorio conquistado por los reyes de Aragón, siguió otro de no escasa importancia en los anales de la caballería. Clemente V, de acuerdo con Felipe el Hermoso de Francia, acababa de abolir la respetable orden de los Templarios, rompiendo al pie del cadalso el ábaco de Jacobo Molay. Los nobles cruzados sucumbieron por la intolerancia ciega de una parte de los ortodoxos, por el lujo de heréticos principios en los disidentes, por las tendencias de centralización aun mal definidas en los monarcas, por la insubordinación y turbulencia en los magnates, por la excesiva preponderancia en el elemento teocrático, y por la supersticiosa ignorancia en las masas.

Jáime de Aragón, acatando la bula del Pontífice,

respondió á la carta del de Francia, defendiendo á los templarios de su corona de las groseras imputaciones de que habían sido acusados; pero inclinado después á las advertencias del inquisidor general Fray Juan Lotger, mandó prender á los cruzados aragoneses. Advertidos estos del peligro se dispersaron, y sin combinación de ninguna clase se fortificaron en Miravete, Ascon, Monzon, Cantavieja, Villed, Castellote, Gisber y Peñíscola. Frey Raimundo Zaguaria, lugarteniente de gran-maestre, se encerró en Miravete. Nueve meses trascurrieron en esta lucha desigual, hasta que al fin se aceptó por todos una capitulación honrosa sin que un solo templario pisara la escalera del cadalso. Su extinción sugirió á D. Jáime el proyecto de crear la orden de Nuestra Señora de Montesa, aceptada en una gran asamblea de altos funcionarios eclesiásticos y distinguidos ricos-hombres, celebrada en 22 de julio de 1319. A esta orden se incorporó la de San Jorge de Alfama en 1400, admitiendo la cruz llana de Gales y el manto blanco. Jáime II descendía poco después al sepulcro (1327), dejando un gran nombre: para rivalizar con su digno antecesor solo le faltó la audacia; si no fué tanto como Jáime el Conquistador, tuvo al menos la gloria de haber salvado siempre la honra de sus armas.

Alfonso IV, ceñida apenas la corona de Aragón, vino á Valencia en compañía de su esposa doña Leonor de Castilla, cuya influencia sobre el monarca era ilimitada. Hallándose en nuestra capital y accediendo á las insinuaciones de la reina, hizo donación en favor del infante D. Fernando, de Játiva, Alcira, Murviedro y otros pueblos importantes por su posición, atropellando con esta concesión las leyes fundamentales del reino. No faltaron cortesanos que se atrevieron á apoyar esta infracción; pero Oto de Moncada tuvo el valor suficiente para condenar este contrafuero, que tanto perjudicaba al heredero el infante D. Pedro. La reserva con que se llevó á cabo esta donación, no pudo sin embargo contenerse dentro de los muros de la régia morada, y no tardó en hacerse pública la noticia. El pueblo valenciano, celoso defensor de su Constitución, acudió en grupos amenazadores al palacio del Real, dispuesto á exigir una reparación. Oportunamente el Consejo general, convocado precipitadamente al rumor de aquel tumulto, encargó á Guillem de Vinatea la misión de hacer presente al rey el profundo disgusto y la alarma que su disposición había producido. El bravo comisionado, seguido del *popular* hasta los patios del palacio, se presentó al monarca en presencia de la reina. Cuando Vinatea concluyó de esponer respetuosa pero enérgicamente las quejas del Consejo y del pueblo, insinuando en alguna frase la demasiada condescendencia tenida con doña Leonor, esta respondió con altivez que aquellas peticiones costarían en Castilla la cabeza al que las hubiera osado proponer. Al oír esto no pudo contenerse Alfonso y la atajó bruscamente diciendo: «Eso consiste, señora, en que nuestro pueblo es libre y no tan sujeto como el de Castilla: porque nuestros súbditos nos tienen reverencia como á señor, y nos los tenemos como buenos vasallos y compañeros.» Acto continuo revocó las donaciones.

Su reinado fué tranquilo para Valencia, cuya paz

no se alteró un solo día hasta la muerte de Alfonso, ocurrida en 24 de enero de 1337, viniendo á ocupar el s61io el célebre D. Pedro IV.

La primera medida que dictó al encargarse de la gobernacion de este reino, fué convocar inmediatamente las C6rtes, á las que se neg6 á concurrir D. Pedro, se61or de Jérica, con otros ricos-hombres de Aragon. Fundaron esta negativa en las concesiones hechas por el monarca anterior. D. Pedro present6 á las C6rtes un proyecto de fuero para revocar aquellos privilegios de que hacian uso en Valencia los aragoneses cuando convenia así á sus intereses particulares. Los representantes del pa6s, lo mismo que los prelados á quienes el rey dirigi6 la consulta, rechazaban las disposiciones emanadas sobre esta cuestion, por el rey D. Alfonso, pero reconocian el derecho que asistia al de Jérica y á los disidentes para escusar su presentacion en la C6mara militar. Pero el rey continu6 en mantener su proyecto, y el de Jérica se neg6 tambien por su parte en desecharlo todo acomodamiento. Pero no contento con desoir las proposiciones, que ora partiendo de las C6rtes, ora del rey, se le presentaban repetidas veces, se puso á la cabeza de una fuerza considerable de caballería que acampaba en Requena y en Utiel, invadi6 la provincia de Valencia por la Enguera y el valle de Ayora, cometiendo los mas horribles excesos. Desde allí se traslad6 la faccion á la villa de Alpuente y entreg6 su arrabal á las llamas. En este punto le alcanz6 el rey, que acababa de salvarse milagrosamente del incendio de Barracas, pueblo del se61orío de Híjar, y atac6 al rebelde, aunque sin mas resultado que la muerte de Aimerich de Centelles. De regreso á la capital despach6 el rey á Jofré Gilabert de Cruilles con la mision de que presentara al monarca de Castilla las quejas del soberano de Aragon, á cuyos tratados faltaba el castellano protegiendo abiertamente la rebelion de Jérica. Durante estas negociaciones y mientras D. Pedro reunia nuevas C6rtes para terminar la cuestion de los aragoneses disidentes, los Estados cristianos de la Península se hallaban amagados por una gran invasion de los moros, ayudados por los genoveses y los granadinos. Pedro de Castilla acudi6 entonces á la cooperacion de Pedro de Aragon, y este al Papa en solicitud de nuevas gracias, que esperaba conseguir con motivo de la próxima guerra con los sarracenos. Unidos de nuevo los reyes de Aragon y Castilla, el primero hizo fortificar precipitadamente á Castalla, Peñacadell, Gijona, Guadalest, Castellfabib, Ademuz, Alpuente y sobre todos el castillo de Penáguila que parecia el punto mas amenazado por ser el mas importante para los invasores desembarcados en la marina. Confi6 cada una de estas plazas á los jefes de mayor confianza, al paso que la escuadra al mando del almirante Jofré Gilabert de Cruilles se unia á la castellana, mandada por Jofré Tenorio, se dirigi6 hácia el Estrecho de Gibraltar para cortar toda comunicacion entre el Africa y la España musulmana. Los buques de Cruilles recibieron la orden de atacar trece galeras de moros y una de Génova y logró echar á piqueta mayor, recogiendo un abundante botin retirándose en seguida á Algeciras. Cruilles, llevado de su impetuosidad, verific6 un desembarco y se intern6 en el pa6s enemigo,

empeñando muy pronto con los moros una accion que fué sumamente sangrienta. Desgraciadamente el impetuoso almirante recibió una profunda herida de que muri6 pocos momentos despues, obligando á los espedicionarios á retirarse á bordo de sus buques. Pedro de Castilla, admirando el valor del marino valenciano y apreciando sus servicios, recompens6 generosamente á su hijo, pasando el mando de la escuadra á Pedro de Moncada.

No realizándose la anunciada invasion de los moros, D. Pedro declar6 inesperadamente la guerra al de Mallorca, donde fué proclamado al fin como soberano, no sin haber sostenido una gran batalla en que los mallorquines se mostraron dignos de su renombre. En esta jornada (134) se hall6 al lado del rey, Pedro de Jérica, reconciliado sin duda con su soberano.

Vencedor el aragonés se traslad6 á Valencia, cuyos pueblos necesitaban ya de reposo, cuando inspirado en el profundo cari6o que tenia á su hija la infanta doña Constanza, la nombr6 gobernadora general de este reino, relevando de este elevado cargo al infante don Jaime y manifestando con este nombramiento que declara á su hija prim6genita sucesora en los reinos de Aragon. Era costumbre admitida de antiguo confiar al príncipe heredero la gobernacion general de la corona, y al hacerse pública la innovacion introducida por el rey D. Pedro, se sublev6 la opinion, y bien pronto aparecieron los primeros síntomas de la resistencia que el rey no habia sin duda previsto.

El infante D. Jaime y otros muchos caballeros abandonaron en seguida la capital, y en una reunion celebrada en Fuentes, acordaron retirarse á Zaragoza á pesar de las órdenes que en contrario habia espedido el rey por conducto de D. Gonzalo Díaz de Aren6s y D. Pedro Jordan de Urries. El príncipe puso estas ocurrencias en noticia de los infantes D. Fernando y D. Juan que con otros se61ores se encontraban en Castilla escitándoles á defender los fueros ultrajados. A esta invitacion se adhirieron todos los pueblos de Aragon, excepto Teruel, Daroca y Calatayud, que se negaron á tomar parte en la coalicion.

El rey, avisado de los planes que llevaban á cabo los coligados, sali6 inmediatamente de Valencia para Barcelona; pero antes de llegar á Cabanes, le alcanz6 la noticia de que los valencianos se habian pronunciado en favor de la nueva union, por medio de un bando publicado de orden del Consejo general en sesion extraordinaria celebrada en 8 de mayo de 1341. El Consejo se obligaba á proteger á cualquiera persona que fuese perseguida por su adhesion á los fueros y privilegios, salvo siempre el respeto debido al rey y á la corona. Algunos nobles, y entre ellos Pedro de Jérica, abandonaron la capital, temiendo las consecuencias de aquella resolucion del Consejo; y no se equivocaron, porque la misma corporacion, por otro acuerdo de 19 de julio del mismo a6o, mand6 que en el término de diez días acudiesen todos al palacio municipal á firmar el acto de union, declarando que el que se negara á prestar su firma pasado dicho plazo, seria privado de los derechos á que podia optar en los cargos públicos. Ultimamente, se mand6 por otro acuerdo que cuantos recibieren agravio ó perjuicio por sus opiniones en

favor de los fueros y privilegios, presentasen sus quejas por escrito en la sala de la corte de la ciudad, para reclamar del rey á su tiempo la debida reparacion.

Entre las medidas tomadas despues, fué otra la de colocar una campana en la sala de corte por acuerdo de 18 de noviembre, para avisar á los de la union la hora de empezar las sesiones públicas.

El rey tuvo noticias exactas y minuciosas de cuanto acontecia por las cartas que le dirigieron Ramon de Ruisech y Ramon de Vilanova, manifestando, sin embargo de su loable franqueza, que el reino no toleraba que se le gobernase en nombre de la infanta, y en su vista escribi6 D. Pedro al de Jérica para que se encargase otra vez de la gobernacion, espidiendo en adelante sus órdenes en nombre del monarca y no de la princesa. Desgraciadamente lleg6 tarde esta disposicion conciliadora del rey, porque al mismo tiempo que la del monarca, recibió el se61or de Jérica otra de los jurados de Valencia en que le suplicaban regresara á la capital y se adhiriera á la nueva union. Pero el magnate, sin orden expresa del rey, y llevado de la impetuosidad de su carácter, se puso al frente del partido contrario, celebrando con este objeto en Villareal una gran junta á la que asistieron Pedro de Tous, maestro de Montesa, Gonzalo de Aren6s y Alonso Roger de Lauria. Su primera disposicion fué atraer á su partido á algunos pueblos á fin de aislar á la capital, siendo Játiva la ciudad mas importante que por de pronto abraz6 el partido realista, por los esfuerzos de su gobernador Gilabert de Centelles, mientras Alcira, Murviedro y Morella se encerraron en la mas estricta neutralidad. En cambio se pronunciaron por la union Segorbe, Cocentaina y otros pueblos de menos consideracion.

Los valencianos verificaron entre tanto la eleccion de sus jefes, recayendo esta honra en Gilaberto de Cruilles, de la orden de Montesa, Jaime del Castellá, Martin Ruiz de Hoyos, Juan Lopez Boil, Miguel Mu6oz, Juan Llansol de Romani, Humberto de Cruilles y Mateo Llansol. Una de las primeras medidas tomadas por esta asamblea de jefes, fué disponer que todos los que poseian cierta renta se presentasen con armas y caballos equipados á sus espensas. Así lograron reunir en poco tiempo un cuerpo de seiscientos caballos y una masa respetable de infanteria del reino, además de los auxiliares venidos de Murcia. Otra medida fué la de poner á la capital en estado de defensa y despachar comisionados á Zaragoza para celebrar una coalicion con los unionistas aragoneses, mientras el infante D. Fernando se adheria al movimiento, con arreglo á las instrucciones verbales que trasmitió á la junta de Valencia por conducto de Acart de Mur y Fernando Diaz. A pesar de la situacion hostil de la capital, Pedro de Jérica escribia una y otra vez al rey, para resolverle á que se presentara en nuestro pa6s, cuya sublevacion creia el de Jérica que podria sofocarse con solo seiscientos infantes y doscientos caballos, unidos á la gente de Teruel, con quien contaba ciegamente. No calculaba, sin embargo, el bravo magnate que los aragoneses, formando causa comun con los valencianos, tomaban ya con actividad cuantas disposiciones creyeron convenientes para hacer formidable la coalicion. Los representantes de

una y otra capital se habian reunido para concertar los medios de preparar la resistencia armada. Uno y otro pueblo aguardaban el resultado de aquellas importantes deliberaciones, cuando sorprendió á Valencia la noticia de que Pedro Ruiz de Azagra, se61or de Villafeliz, habia invadido el reino á la cabeza de doscientos ginetes de Teruel, para incorporarse al ejército del de Jérica y á las órdenes de la junta de Villareal. Esta nueva vino acompañada de otra de suma importancia tambien en aquellos supremos momentos de crisis. Súpose que el infante D. Jaime, decidido unionista, acaba de morir súbitamente, atribuyendo la voz pública esta desgracia á su mismo hermano el rey. Arrebatado entonces el pueblo por el ciego espíritu de la venganza, asalt6 en tumulto el palacio de Pedro de Jérica, situado en la plaza de Calatrava, saqueándolo y degollando á los criados que habian quedado para su custodia. De allí se trasladaron los amotinados á la espléndida casa de Ramon Vidal de Vilanova, y sorprendiéndole en su cámara, asesin6nle inhumanamente, lo mismo que á su esposa Angela de Híjar, que se present6 á interceder por su marido. Estos estragos no eran, sin embargo, mas que las represalias de los excesos, tropelías y crueldades cometidas por la junta de Villareal, en el término de Albocácer. Abierto el camino á la venganza popular de uno y otro partido, ya no fué posible impedir en Valencia la muerte violenta de veintisiete personas de Teruel, á quienes ahorcaron en público, sacrificando sucesivamente á cuántos pudieron haber á sus manos.

Entre tanto se habia dado principio á las hostilidades; Roger de Lauria marchaba contra Cocentaina, y Pedro de Jérica, por otra parte, invadia el pa6s, siguiendo diferentes direcciones Gilaberto de Centelles y Pedro de Tous. Para hacer frente á Lauria sali6 de Valencia una columna mandada por Bernardo Vich, que regia mil infantes y cincuenta caballos, reuniéndosele en Alcira un cuerpo de ocho mil peones y quinientos ginetes, al mando de Bernardo Suñer y Francisco de Ollío. Lauria, reforzando su division con nuevas tropas recogidas en Játiva y presentando un cuerpo mas numeroso que el valenciano, acamp6 en Pueblalarga, donde casi al mismo tiempo arrib6 la columna de Vich. Empeñ6se seguidamente la accion, que fué sangrienta y bien sostenida por una y otra parte, hasta que la division de Lauria, acometida con denuedo, se pronunci6 en retirada, dejando el campo sembrado de cadáveres, y entre ellos Andrés Guillem Escrivá, vicogobernador del reino, su hijo Arnaldo y su deudo Juan Guillem. Si los valencianos se empeñan en perseguir á los fugitivos, se habrian apoderado sin duda de la importante plaza de Játiva; pero prefirieron retirarse á Alcira, donde se les incorpor6 otro cuerpo de ochocientos infantes. Antes de regresar á la capital, recorrieron el término de Játiva, talando sus campos y replegándose en seguida sobre Valencia cargados de botin. Su entrada victoriosa coincidi6 con la llegada de las comisiones de Gandía y Pego, que venian á suscribir el pacto de la union. Lauria, revolviendo sus armas contra Cocentaina, logró entrar por sorpresa en la villa, y apoderándose de Juan del Barrio, que era allí el jefe de la union, le hizo decapitar, y

desollándolo, se clavó su pellejo sobre una puerta de la población. Acción indigna del nombre y de la reputación de aquel magnate.

Pedro de Aragón, antes de fijar resueltamente su atención en el estado alarmante de Valencia, trató de explorar las intenciones del monarca castellano que influido por el infante D. Fernando y la reina doña Leonor, podía aprovechar para sus planes la espantosa anarquía que devoraba estos reinos. Antes, empero, de saber el resultado de sus gestiones, que fueron malas por desgracia, despachó á su tío el infante D. Pedro con doscientos caballos, para que uniéndose al de Jérica dieran comienzo á una campaña decisiva. Estas fuerzas se concentraron en el pueblo de Bétera, no lejos de la capital; pero no eran suficientes ya para resistir á los valencianos, que se encontraban entonces (1347) con cincuenta mil hombres, mandados por Dalmao de Cruilles, del hábito de Montesa, Umberto de Cruilles y Bernardo Canellas, jefes experimentados. La junta de Valencia dispuso la salida de un cuerpo respetable á las órdenes de aquellos caudillos, y acometiendo en Bétera á los de Jérica, los derrotaron, persiguieron y diezmaron horriblemente, pereciendo de los realistas Gonzalo Gimenez de Arenós, y Pedro Muñoz, juez de Teruel, y prisionero Ramon de Boxadors, que habia recibido siete heridas. Dióse esta batalla en 20 de diciembre, y los valencianos colocaron con gran pompa en la iglesia catedral las banderas del ejército del de Jérica. Para completar el entusiasmo que produjo esta señalada victoria, se recibió en aquellos dias la noticia de que el rey de Castilla habia despachado al infante don Fernando con ochocientos caballos y una infantería numerosa para apoyar á los coligados.

La próspera fortuna de los valencianos atrajo la adhesión de algunos pueblos que hasta entonces habian permanecido neutrales, y entre ellos Murviedro; pero la súbita venida del rey, inclinado al fin á dar este paso, por los repetidos consejos de varios magnates importantes, cambió en parte la faz de los negocios. Al pasar por Murviedro, que abandonaron los unionistas, dejó el rey por gobernador de su castillo al célebre Bernardo de Cabrera, vizconde de Osona, gran privado del monarca, decapitado algunos años despues en Zaragoza. La junta de Valencia, alarmada por la venida del rey, pidió auxiliares á Zaragoza, y no tardó en ponerse en pié de guerra un ejército respetable á las órdenes de Lope de Lauria, señor de Segorbe, Juan Gimenez de Urrea, y confiando el estandarte de Aragón á Tomas de Urrea. Pero desgraciadamente estos personajes no pudieron conciliarse en diferentes cuestiones suscitadas por rivalidad, y el ejército, dividido en dos bandos, estuvo próximo á venir á las manos, haciendo nula su cooperación á los valencianos.

Al mismo tiempo que el rey llegaba á Murviedro, entraba en Valencia el infante D. Fernando con numerosas tropas de refuerzo, disponiéndose la capital á sostener un asedio. Mientras la capital se ponía en estado de defensa, el pueblo de Murviedro, alarmado por las fortificaciones que Cabrera añadía á las antiguas del castillo y el vulgo creía destinadas á hostilizarle, se reunió tumultuosamente delante del alojamiento del rey, que se vió seriamente comprometido. Su situación

no podía ser mas crítica: por una parte Juan Gimenez de Urrea, de orden de la junta de Zaragoza, amenazaba al rey á la cabeza de 19,000 infantes y 500 caballos desde las asperezas del Maestrazgo; por otra la presencia del infante D. Fernando, reconocido jefe de la union, dispuesto á entrar en campaña al frente de huestes respetables y además el inminente rompimiento con Castilla, los preparativos de los mahometanos, que proyectaban invadir estos reinos, y últimamente, las pocas fuerzas con que contaba, todo contribuía á colocar á D. Pedro en una posición peligrosa y altamente comprometida. El rumor de tan complicados sucesos llegó hasta la misma corte de Roma, y Clemente VII comisionó á varios personajes para que intervinieran cerca del rey y cerca de los valencianos, para llegar á un término de conciliación. Por resultado de muchas y largas conferencias el rey accedió á que el infante D. Fernando desempeñase la gobernación general de Valencia, y así se comunicó por extraordinario al rey de Castilla. Acto continuo firmó D. Pedro la coalición de Aragón y Valencia, respetando sus fueros y privilegios, separando de su servicio al obispo de Vich y á otros muchos caballeros, entre los que se contaba el almirante Mateo Mercer, y concediendo por último al reino de Valencia un magistrado que, con el título de *Justicier*, gozara de las mismas prerogativas que el Justicia de Aragón.

Estas concesiones no pusieron término á la lucha, porque Juan Gimenez de Urrea salió de Valencia con diez y nueve mil infantes y cuatrocientos caballos, se dirigió á Játiva, taló su vega, y marchando sobre Cocentaina se apoderó de su castillo, despues de diez dias de cerco. El rey, en vista de las nuevas hostilidades ó aconsejado por los eternos enemigos de la union, trató de abandonar secretamente á Murviedro; pero descubierto el proyecto por algun oficial de su acostamiento, el pueblo acudió de nuevo á las armas y compelió al monarca á que viniera á la capital. Don Pedro, cediendo á la presión de las circunstancias, condescendió con los deseos del pueblo, y avisada oportunamente la junta de Valencia, salieron á recibirle en el Puig el infante D. Fernando y los jurados Blanes del Miracle, Fax y Azlor, acompañándole hasta Valencia, donde llegó también al dia siguiente la reina doña Leonor.

Instalado el monarca en su espléndido palacio del Real, los valencianos le obsequiaron aquella noche con un gran baile público, que se dió á la luz de innumerables hogueras en la plaza, que se extendían al pié del régio alcázar. En medio de aquella pública expansión, un favorito del rey, llamado Arnaldo de Concut, conocido mas bien bajo el nombre de *El Bastardo de Concut*, por serlo del secretario de este nombre que fué degollado en la plaza de la Seo en tiempo del rey D. Alfonso, cometió la imprudencia de discutir entre los grupos, abriéndose paso y dirigiendo sin distinción el dictado de *traidores* á cuantos osaban interrumpirle. Fué tanta su osadía, que algunos se dispusieron á castigarle; y viéndose al fin el bastardo acometido por varios grupos, fué á buscar protección al lado de un Francisco Mir, que era tenido por público enemigo de la union. Mir, en defensa de Concut,

acometió á los agresores é hirió gravemente á uno de ellos. Esta fué la señal del tumulto; un grito unánime de miles de personas, diciendo: *¡Viva la union!* puso en movimiento á la multitud: la célebre campana del Consejo tocó á somaten, y la plaza del Real se vió en un momento obstruida por una muchedumbre armada y amenazadora. Cuando el rey, en compañía de dos magnates, quiso salir para calmar el motin, el Bastardo de Concut succumbió bajo las hachas del pueblo, cuyas oleadas llenaban ya los patios de palacio, dirigidas por un carpintero llamado Guillem Bonet, gritando con estrépito: *¡Muera Bernardo de Cabrera, muera Berenguer de Abella!* caballeros reconocidos por enemigos irreconciliables de la union. El rey sacó la espada, mandó retirar á sus servidores, y arrojándose en medio de los amotinados, le recibieron estos con un prolongado aplauso, mientras le obligaron á montar á caballo rodeándole con respeto. En aquel momento llegaban el infante D. Fernando y los graves jurados al frente de cuatrocientos ginetes, que acudían á calmar el motin. El pueblo se retiró entonces, dejando sin embargo cien cadáveres en el sitio del tumulto.

Al dia siguiente, y en medio de la paz mas profunda, hizo el rey su entrada pública en la ciudad acompañado del infante y otros nobles unionistas, y recorrió varias calles entre los vítores de todo el pueblo. La voz pública atribuyó este tumulto á los manejos ocultos de Bernardo de Cabrera, que desde Cataluña escitaba al rey á abandonar á Valencia, y para indisponerle con el pueblo sostenía numerosos agentes secretos que impulsaban la revolución. Sus intrigas no impidieron que el rey, mejor aconsejado por el viejo Vidad de Vilanova, que habia servido á Jaime II, revocó el nombramiento de gobernador hecho en favor de Pedro de Jérica, mandando que jurasen la union á las guarniciones de Játiva, Morella, Burriana y Villareal.

Pero el de Jérica hizo fracasar las buenas intenciones del monarca, conservando hostiles á Játiva y Burriana, viniendo á apoyar sus planes y los de Cabrera la súbita invasión de la peste que, con el nombre de *Fuego de San Antonio*, causó en pocos dias horrosos estragos en la capital (1348). El rey hubo de abandonar por fuerza las riberas del Turia, saliendo igualmente el infante con las tropas que mandaba Gimenez de Urrea, de modo que Valencia volvió á su estado normal, pero entregada á la desolación epidémica. La reina, herida también del contagio, murió en Jérica, casi al mismo tiempo que succumbían al mismo azote Pedro Pardo de la Casta y Arnaldo Diaz.

Acaso hubiera terminado la guerra civil si el carácter violento y la ruda tenacidad de Pedro de Jérica, chocando con la animosidad de los valencianos, no volvieran á poner las armas en sus manos para continuar la resistencia. Los valencianos se apoderaron por asalto del castillo de Paterna y del de Blanes, cuyo gobernador, Pedro Juan de Pertusa, murió con gloria, pero el de Jérica triunfó en Benaguacil. Noticioso el rey de estos sucesos confió el mando de un ejército numeroso al conde D. Lope de Luna, y envió desde Barcelona una escuadra para apoyar en las aguas de Va-

lencia las operaciones del ejército. En medio de estas circunstancias murió el caudillo principal de las fuerzas unionistas D. Dalmao Galceran de Cruilles, y esta fué una pérdida irreparable, reemplazándole el caballero Juan Sala. La única esperanza de los valencianos era el apoyo del infante D. Fernando; pero don Pedro se anticipó, despachando una comisión para que impidieran la venida del príncipe, como lo logró, dando al mismo tiempo las órdenes mas precisas para que el ejército avanzase sobre Valencia. Juan Escrivá al frente de doscientos caballos, Lope de Urríes con otros ciento, y Felipe Boil llamado el Caballero sin paz, con seis mil infantes, comenzaron las hostilidades en varios puntos á la vez. Juan Sala se apoderó del Puig, despues de un horrible combate taló el territorio de Beaguacil, y entrando en el pueblo, hizo matar á sus jurados y ahorcar al Baile local, y sorprendiendo á Murviedro, entró en la judería, pasó á cuchillo á muchos judíos y regresó á Valencia, dejando una buena guarnición en el Puig y Puzol. Los unionistas de Castellón, secundando á Valencia en número de seis mil hombres al mando de Berart de Canellas, se apoderaron de Onda, degollando á su gobernador Arnaldo de Ruisech; pero al acometer á Burriana y Villareal, Guillem de Bellera les obligó á retirarse precipitadamente.

El rey pudo reunir en Segorbe un cuerpo considerable de ejército, y viniendo por Murviedro, se aproximó á Valencia, cruzando por Puzol, donde mandó ahorcar á un capitán llamado Guillem de Pablo. Estableció de pronto su cuartel general en Moncada y allí estendió sus avanzadas hasta las inmediaciones de Mislata, á la vista ya de la capital. Fueron, sin embargo, tan lentas sus operaciones, que los valencianos tuvieron tiempo suficiente para contar todas las avenidas, levantar empalizadas en los azudes y acequias, y presentar en varios puntos á la vez formidables barricadas, capaces de larga defensa, donde ondeaba el pendón ó señera. Estos obstáculos, que la multitud de canales de riego aumentaban á cada paso, no bastaron para que Miguel Perez Zapata, con cincuenta caballos, embistiera á una de las barricadas, á cuyo pié se empeñó un combate, que bien pronto se estendió á toda la línea terminando en una sangrienta batalla. Las campanas de Valencia tocaron á somaten; las barricadas se llenaron de defensores, y el mismo monarca, á la cabeza de sus caballeros, tuvo que tomar parte en la acción. En lo mas récio del combate Ramon de Vilanova, Juan Ramirez de Arellano y Fernan Ruiz de Caravantes bajaron al Turia, y dejando los caballos y cubiertos con sus pavese penetraron, seguidos de algunos de los suyos, por un portillo muy estrecho, en el extremo de la calle de Mislata, y tomando una barricada, dieron lugar á que algunas tropas se acercasen á aquella posición, que ofrecía una entrada menos difícil para aproximarse á la muralla. Este arrojó sorprendió á los valencianos, los cuales se fueron retirando ordenadamente y disputando palmo á palmo las demás trincheras, hasta replegarse dentro de la ciudad.

En esta jornada perdieron los valencianos 1,500 hombres, muertos todos en las mismas barricadas. Aprovechando el rey los primeros momentos de la vic-

toria destacó á Pedro de Jérica con alguna caballería, para que se apoderase del palacio del Real, como así lo ejecutó mientras Lope de Luna y el maestro de Montesa se derramaron por la vega, talando los campos é incendiando su caserío, y llegaron hasta el Grao, cuya iglesia entregaron á las llamas porque allí se habian hecho fuertes algunos unionistas que prefirieron perecer antes que rendirse.

Al día siguiente recibió el monarca una comision de la ciudad, compuesta de Lope de Piera y Guillem de Mayuncosa, para tratar de conciliacion. Antes de contestar D. Pedro mandó entrar en la ciudad al Castellán de Amposta y á Bernardo de Olcinellas, con la mision reservada de examinar el estado de la poblacion y asegurarse de la opinion pública. El primer impulso del rey le inspiró el proyecto de entregar la ciudad á las llamas, pero disuadido por sus consejeros, que eran valencianos en casi su totalidad, concedió por fin el indulto, salvas algunas escepciones de personas. Aceptado el arreglo de entrega, D. Pedro hizo su entrada en Valencia en 10 de diciembre (1348), dirigiéndose primero á la catedral, donde fué recibido por el obispo D. Hugo de Fenollet al frente del cabildo, y de allí pasó á la casa de la ciudad, desde cuyas ventanas arengó á la multitud. Diez dias despues, en vísperas de la gran festividad del Nacimiento del Redentor, se dió comienzo á las ejecuciones. Los que primero sufrieron el castigo fueron los nobles Juan Ruiz de Corella, Ramon Escorcía, Jáime de Romani y Ponce de Soler, decapitados en la plaza de la Seo, y sus cabezas puestas en los muros de la casa de la Diputacion, de donde se quitaron algun tiempo despues á instancia de sus ilustres deudos. Al día siguiente arrastraron y ahorcaron á doce artesanos, siendo de ellos tres del arte de la seda, dos curtidores, un cardador, y los restantes de diferentes oficios. Hasta aquí se vió á la justicia haciendo cumplir el triste deber de ofrecer ejemplos ineficaces casi siempre á la vindicta pública, pero en las ejecuciones siguientes era la venganza, en toda la plenitud del poder, satisfaciendo los instintos de la ira con máscara de justicia. Era la víspera de Navidad (1348), y el rey mandó descolgar de su asiento la campana que servia para anunciar la hora de las sesiones, y haciéndola trasportar á la contigua plaza de la Seo, dispuso que se fundiera inmediatamente. Acto continuó fueron conducidos desde la cárcel, situada en los bajos del palacio municipal, seis individuos, á quienes se convenció de horribles asesinatos. Durante la mayor efervescencia de la sublevacion popular, se mandó por la junta que todos acudieran al Consejo para jurar la union. Hubo no pocos, sin embargo, que ó tímidos ó indiferentes, ó enemigos, resistieron con energía esta coaccion, y entonces fué cuando estos desgraciados eran sorprendidos en sus casas, en las altas horas de la noche, arrastrados á la sala del Consejo, y asesinados inhumanamente por algunos miserables dispuestos para este horrible crimen. Sus cadáveres eran metidos en unos sacos que á propósito colgaban, vacios durante el día, de los garfios clavados á lo largo de un muro, y llevados fuera de la muralla arrojándolos luego al fondo del rio. D. Pedro, con objeto de hacer un ejemplar escarmiento en estos reos, les man-

dó conducir, como decíamos, á la citada plaza de la Seo y atarles de rodillas á unas argollas empotradas en el banco de piedra que circua el palacio del Marqués de Olmeda, derribado en estos últimos años. El banco servia para colocar los objetos que se esponian en las públicas almonedas. En aquella humilde posicion, hicieron morir uno en pos de otro, á aquellos infelices, obligándoles violentamente á abrir las bocas, arrojando dentro de las fauces una gran cantidad del metal hirviendo, que les mataba entre las mas horrosas convulsiones.

El rey asistia á la ejecucion sentado en el alfeizar de una gran ventana del palacio municipal.

Pasados los tres dias de Navidad, fué arrastrado y ahorcado el jurisconsulto y bravo capitán Juan Sala, y decapitados cerca de él los caballeros Bernardo Redon y Blasco de Suhera; los doctores en jurisprudencia Antonio Zapata y Juan Vesach, sufriendo la misma suerte al día siguiente Gonzalo de Roda, Guillem Destorren, Vicente Solanes y Bernardo Tafino, como jefes de los conservadores. Juan de Cervato, fugitivo, preso en la persecucion y conducido á Játiva, fué allí decapitado de orden del rey. Solo pudieron evadirse los nobles Berenguer de Uslaragut, Bartolomé Matoses, Guerao Fabra, Garci Lopez de Peralta, Pedro Esplugues, Francisco Esquerre y Pedro Zapata, señor de Tous. Vertida abundante sangre de hermanos, satisfecha la justicia y hasta la venganza, publicó el rey una amnistía general, pero indemnizando á los particulares y á los pueblos que habian sido contrarios á la union por los perjuicios recibidos con el producto de los bienes confiscados á los ajusticiados y á los proscritos. En Alcira fueron ahorcados cuatro individuos, y D. Pedro Boil, mandado á Castellon de la Plana, cometió las mayores atrocidades, haciendo degollar, entre otros, á Arnaldo del Miracle, á Umberto de Cruilles y Berart de Canellas, ahorcando en confusion á trece individuos y con ellos una mujer, cuyo valor llenó de admiracion á los vencedores al tomar por asalto la ciudad. Completó el rey su victoria, nombrando gobernador general del reino á D. Pedro de Jérica, el implacable enemigo de la union.

¿Qué es lo que se salvó en Valencia despues de esta guerra fratricida? La libertad; el pueblo no perdió por eso su independendencia. La venganza del rey no osó penetrar con su caballo de batalla en el santuario de los fueros. El vencedor envainó la espada y se descubrió ante la libertad del país.

Los que despues arrojan su espada á la cara de la ley para satisfacer su venganza, son mas crueles que Pedro de Aragon, hijo de la edad de hierro y del siglo de la fuerza.

CAPITULO VIII.

La armada de Valencia.—Sitio de Valencia por Pedro de Castilla.—El robo de la Juderia.—Libro del Bien y del Mal.—Los Centelles y Solera.—El rey D. Martín.—Asesinato de Ramon Boil.—Muerte del rey D. Martín.—Interregno.—Proclamacion de Fernando de Antequera.—Benedicto XIII.—San Vicente Ferrer.—Fin de la autonomia de la corona de Aragon.

La batalla de Epila ganada por los realistas puso fin á la union, abriendo al rey las puertas de Zaragoza.

za. El infante D. Fernando, prisionero en esta jornada, fué enviado á Castilla bajo la custodia de Alvar García de Albornoz. Jimenez de Urrea, general de las tropas unionistas, encerrado en una prision, fué ahogado secretamente, hallándose confiado á la vigilancia de don Lope de Luna.

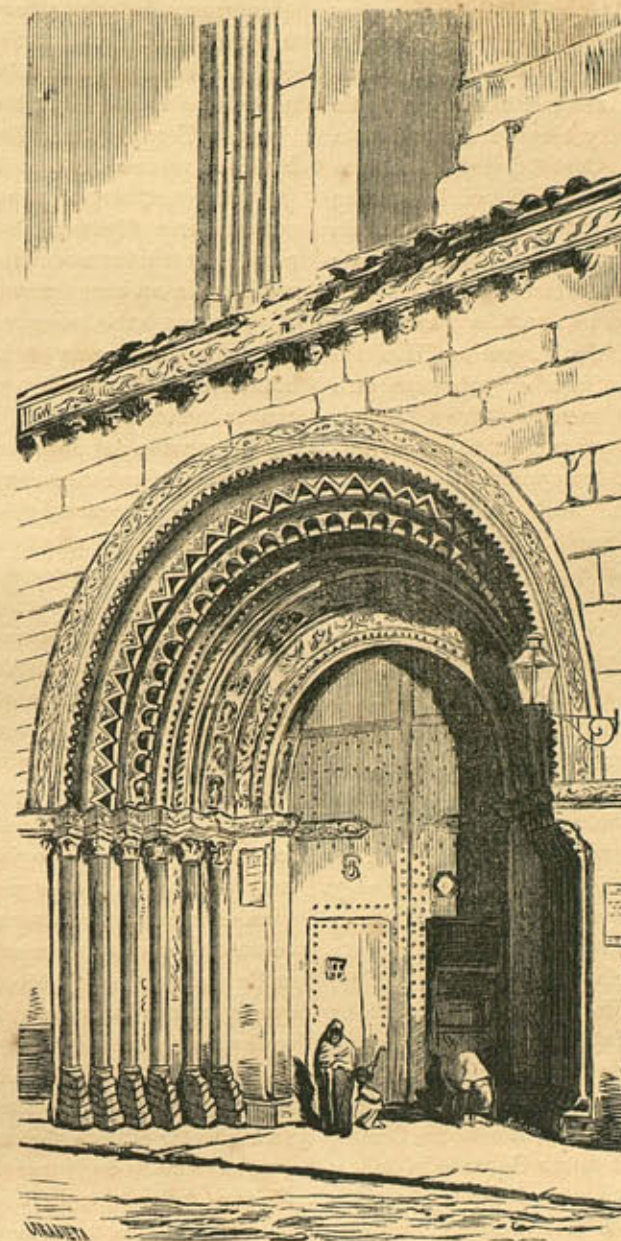
El rey, libre ya del cúmulo de circunstancias difíciles que acababa de superar, volvió á fijar su atencion en la guerra que sostenia contra la Cerdeña. En Valencia reunió á los principales magnates del país, dirigiéndoles elevadas frases de patriotismo, y Valencia entregó su escuadra al monarca, formada de cuarenta y cinco galeras, cuatro leños de remos y cinco naos armadas, tres de ellas encastilladas, con cuatrocientos combatientes cada una, al mando en jefe de Bernardo de Cabrera y del general de la república veneciana Nicolás Pisani. Esta armada poderosa se encontró muy pronto con la de Génova que mandaba Antonio Grimaldi. La batalla fué reñida, sangrienta y admirablemente sostenida por una y otra parte; los genoveses perdieron ocho mil hombres entre muertos y heridos, y tres mil doscientos prisioneros, treinta y tres galeras sumergidas ó apresadas, y solo se salvaron diez y siete. La escuadra aragonesa tuvo trescientos sesenta muertos y cerca de dos mil heridos. Vuelto victorioso á Valencia el almirante Cabrera, fué colmado de honores, concediéndole además el rey mil florines por galera, doscientos por cada gentil-hombre, y quince por cada uno de los demás prisioneros; de modo, que recibió el almirante la respetable suma de veintisiete mil ochenta y cuatro florines y medio, que en aquel tiempo constituia un enorme capital.

Valencia, repuesta apenas de la sangrienta lucha que acababa de devastar el país, empuñó de nuevo las

armas, no ya para defender la santidad de sus venerandos fueros, sino la integridad de su territorio, invadido por D. Pedro de Castilla que penetró por la parte de Murcia. La entrada de los castellanos alentó á los unionistas proscritos que se habian refugiado en Requena, y alzando de nuevo pendones, salieron al campo, y dando principio á sus correrías talaron el término de Sieteaguas. El monarca aragonés dispuso que D. Alonso, conde de Dénia, y Pedro de Jérica organizaran inmediatamente un cuerpo respetable de tropas y avanzaran á las fronteras del reino.

Valencia se preparó entre tanto á la defensa al mando de Ramon Berenguer: Pedro Mazza de Lizanase encargó de proteger á Mogente, para impedir el paso del castellano por esta entrada, y otras compañías guarnecieron á Chiva y Sieteaguas. D. Pedro de Castilla destacó al infante D. Fernando con dos mil caballos, para que se dirigiera sobre Játiva, mientras él se disponia á atacar en persona los pueblos de Castalla y de Onil. El infante trató de levantar á su favor el pueblo de Biar, recordando los servicios que poco antes habia prestado á la causa de los valencianos, pero ocultando que el monarca castellano, á quien representaba, habia dado lugar á la guerra que él injustamente iniciaba, haciendomatar en Castilla á unos pacíficos mercaderes catalanes puestos bajo

la proteccion de la corona de Aragon. Defensor entonces de una causa injusta, el infante fué rechazado de Biar, y no pudo atraer á otros pueblos que le presentaron una tenaz resistencia. Casi al mismo tiempo la ciudad de Alicante volvió á la obediencia del rey de Aragon. El infante fué perseguido con graves pérdidas por el conde de Dénia y el de Jérica, que le obligaron el sitio de Benilloba; pero reforzado con los socorros que vino á ofrecerle el infante D. Juan, volvió sobre sus pasos,



Portada de la catedral de Valencia.

y acaso habría amagado á la misma capital sin las hábiles combinaciones de Pedro de Jérica y de Ramon Berenguer, que le obligaron á replegarse al territorio de Castilla.

Previendo una lucha desesperada intervino el Papa Inocencio, por medio de un legado, que negoció felizmente una tregua celebrada en Valencia con festejos extraordinarios. Pronto se dispó sin embargo la última esperanza de paz: ambos reyes arrebatados por unas circunstancias de familia, casi idénticas en sus efectos, en lucha con los partidos que se agitaban en uno y otro Estado, y al frente de dos pueblos que durante muchos siglos alimentaron mutuamente un odio profundo, no podían avenirse, y bien pronto volvieron á empuñar las armas. El de Castilla, dejando la escuadra en Cartagena al mando de Garcí Alvarez de Toledo, se puso á la cabeza del ejército, y penetrando en el territorio valenciano, se apoderó de Teruel, de cuya iglesia mayor se llevó los estandartes de Castilla y el pendon real, que cojió en una batalla ganada por los aragoneses, regidos por Diego Lopez de Haro. Siguiendo su marcha, ocupó á Segorbe, y de paso para Murviedro se apoderó de Almenara, Chiva, Buñol, Macastre, Benaguacil, Liria y otros pueblos, entrando por último en Murviedro, de cuyo castillo era gobernador Pedro de Centelles. Desde Murviedro vino precipitadamente sobre Valencia, tomando posición en el campo ó llano de la Zaidía en 21 de mayo (1363). El monarca castellano se alojó en el suntuoso palacio del Real.

Valencia, acometida de improviso por un ejército numeroso y vencedor, opuso sin embargo tan obstinada resistencia, que dió tiempo á Pedro de Aragon para que reunidas fuerzas considerables llegara hasta Burriana, desde donde destacó un cuerpo, al mando del infante D. Fernando, para socorrer la capital. Era ya, pues, inevitable una gran batalla; pero á instancia del legado apostólico se suspendieron las hostilidades y se llegó á un advenimiento en la conferencia que se celebró en Murviedro. Se convino en que la infanta doña Juana de Aragon casaría con el rey de Castilla, y el infante D. Alfonso, nacido en Perpiñan, con doña Isabel, hija menor del rey de Castilla y de doña María de Padilla. Para arreglar estas negociaciones confirió sus poderes el rey de Aragon al conde de Dénia, á Bernardo de Cabrera, á Ramon Alaman de Cerverellon, á Berenguer de Pau y á miser Guernan de Palau; y por su parte el rey de Castilla comisionó á Garcí Alvarez, maestre de Santiago; á Martín Ibañez, tesorero mayor; á Mateo Fernandez, canciller del sello de la puridad, y á Juan Alonso, contador mayor. El historiador Lopez de Ayala, y confirmandolo Zurita, dice, que si Pedro de Castilla no cumplió despues los tratados convenidos en esta conferencia, fué porque Bernardo de Cabrera habia ofrecido por medio de juramento, que el aragonés haria matar al conde de Trastamara y al infante D. Fernando. Fuera ó no cierta esta promesa incua, no tardó en ponerla fuera de duda la inmediata muerte de D. Fernando, que sucumbió batiéndose valerosamente con los que iban á prenderle de orden del rey, lo cual no impidió que el de Castilla volviera á invadir este reino, aproximán-

dose segunda vez á la capital. Entonces fué cuando por acuerdo del Consejo se colocó encima del arco de la puerta de Serranos la campana que subsiste todavía, trasportada á aquel punto desde la iglesia antigua de San Antonio, estramuros, para tocar á somaten al acercarse al muro las tropas castellanas. En una de estas acometidas fué preciso que Pedro Boil, gobernador de la plaza, verificara un día una salida vigorosa, empeñando un rudo combate con doscientos ginetes mandados por Fernando de Castro y Fernan Alvarez de Toledo, capitan de los escuderos de la guardia del rey de Castilla. En este ataque murió de parte de los castellanos un rico-hombre de Galicia llamado Fernan Perez de Grades, y quedó muy mal herido el mismo Alvarez de Toledo.

Estas y otras victorias parciales no eran bastante para inspirar aliento á los bravos defensores de la capital, que si no sucumbian al valor de sus enemigos, cejaban sin embargo ante la falta casi completa de víveres, que hacia perecer de hambre á muchos desgraciados, á pesar de los escasos recursos que se recibían difícilmente de los que podia suministrar la escuadra mandada por Olfo de Prócida. En tan apuradas circunstancias, logró el Consejo de la ciudad que el obispo D. Gregorio, auxiliar del titular D. Vidal de Blanes, se encargara de la mision de hacer presente al rey aragonés el estado desesperado de la capital. El obispo, corriendo no pocos peligros, llegó por fin al campamento de D. Pedro é hizo tan triste pintura de la miseria de Valencia, que el mismo rey confiesa en su historia no pudo contener las lágrimas, y acto continuo puso en movimiento su ejército. A marchas forzadas vino en pocos dias á Burriana, donde entró en 27 de abril (1364), resuelto á terminar al día siguiente la campaña en una batalla decisiva. Pero el castellano, ó inferior en fuerzas, ó fatigado tambien por los trabajos de un largo é inútil asedio, rehusó el combate, y mandando á los moros de Granada que le servian de auxiliares talasen y destruyesen la huerta, levantó el campo, y emprendiendo su retirada por la orilla del mar, dejó libre el paso al ejército aragonés, que entró en Valencia el 28 del mismo mes. Aquella noche supo el rey de Aragon que el castellano habia dicho, que si aquel no se hubiera presentado como un almogávar, habria aceptado el combate, á lo cual hizo contestar el de Aragon, que al día siguiente le esperaba delante de Murviedro. Y lo cumplió, presentándose enfrente del Puig, tendiendo el ejército en batalla. En esta posición esperó en vano el ataque de los castellanos; pero rehusándolo estos, regresó el de Aragon á Valencia, donde se acumuló tanto número de soldados y de forasteros, que en pocos dias se hizo sumamente afictiva la escasez de los alimentos. Don Pedro, tanto por desahogar la capital cuanto por aprovecharse de la enfermedad que detenia en Murviedro al de Castilla, destacó varios cuerpos que se apoderaron de Andilla, Villajoyosa, Castalla, Biar y otros pueblos que guarnecian los castellanos, por los esfuerzos de Arnaldo Jardin de la órden de Montesa. El pueblo de Penáguila, en combinacion de los de Cocentaina y Alcoy, acometieron á Gijona, y se apoderaron del castillo, prendiendo á doña Aldonza

Suarez, sobrina del comendador mayor Gonzalo Me-gía, que se titulaba maestre de Santiago. Mientras uno en pos de otro volvian á su obediencia los diferentes pueblos que habian dominado los castellanos, el rey de Aragon concentraba fuerzas considerables en Cullera, donde esperaba dar la batalla que era ya indispensable para decidir el éxito de esta guerra. Entonces fué cuando á imitacion del de Castilla, que por medio de ciertas señales se correspondia con su escuadra surta en las aguas de Cullera, el de Aragon estableció tambien las suyas desde el castillo de Montornes, donde estaba el conde de Ribagorza sirviéndose de cierto número de farones. El de Castilla logró llegar á bordo de su escuadra con el objeto de verificar un desembarco; pero acometido por un furioso temporal, derribó en la playa de Murviedro, y desde aquí emprendió su marcha hácia Teruel, despues de haber visitado el santuario de Nuestra Señora del Puig, para dar gracias por haberse salvado de un naufragio.

La retirada del castellano permitió al de Aragon asistir á la apertura de las Córtes que se celebraron en Zaragoza despues del asesinato de su privado Bernardo de Cabrera; pero inmediatamente regresó á Valencia, donde reunió diez y seis mil infantes y nueve mil caballos, contando entre sus jefes á los condes de Urgel, Ribagorza y Prades, al conde de Trastamara y á sus hermanos D. Tello y D. Sancho. Desde Alcira emprendió el aragonés el movimiento, y cruzando en pocas jornadas por Gandía, Luchente, Alcoy, Biel y Castalla, se detuvo en Sax, para dejar algun descanso á su ejército fatigado asaz. El mismo rey refiere minuciosamente estas marchas, diciendo que en todas estas jornadas comia á caballo y solo descansaba algunas horas. Su objeto era socorrer la ciudad de Orihuela, que el castellano tenia un empeño decidido en conquistar; y así es que desde Sax notició su llegada el mismo rey al bravo gobernador, que lo era el valenciano Juan Martinez de Eslava. El de Aragon hizo salir inmediatamente su vanguardia á las órdenes de los condes de Trastamara y Ribagorza, los cuales se encontraron muy pronto en un llano llamado de la Matania, con un cuerpo de caballeria fuerte de mil ginetes, que llevaba el pendon real, destacado del campamento castellano establecido en Elche.

No osando, empero, el monarca de Castilla aventurar una accion, levantó el campo y apresuradamente se retiró á Dénia, desde donde despachó á Gutierre Gomez de Toledo para socorrer á Murviedro, defendido por las fuerzas de Gomez Perez de Porras, prior de San Juan; Pedro Manrique, adelantado mayor de Castilla; Alvar Perez de Castro, y Alonso Fernandez de Montemayor. Gomez de Toledo, en marcha hácia Murviedro, se encontró en Alcublas con el conde de Ribagorza á la cabeza de los valencianos que en esta jornada llevaban su célebre pendon. La accion fué muy empeñada por una y otra parte; pero la muerte del maestre de Alcántara y la prision de Juan Martinez de Rojas dieron una victoria completa al de Ribagorza; victoria que no pudo celebrarse en Valencia, porque casi al mismo tiempo era destruida nuestra escuadra, al mando del vizconde de Cardona, por la castellana á las ór-

denes de Martin Yañez. Pedro de Castilla, que se hallaba sitiando á Calpe, se trasladó entonces á Cartagena, donde hizo matar á los prisioneros y demás chusma de nuestras galeras, concediendo únicamente la vida á los que sabian trabajar remos. Esta victoria de su armada no fué sin embargo para Pedro de Castilla de tanta importancia como la toma de Orihuela. Habia emprendido de nuevo su sitio, pero viendo inútiles siempre sus tentativas, pidió y obtuvo una entrevista con el gobernador Eslava. Fiado este en la palabra de un rey salió solo de la plaza, pero al entrar en el punto señalado de antemano, fué acometido alevosamente por dos ballesteros que el rey habia hecho apostar. Eslava no murió, sin embargo, en el acto, porque las heridas ofrecian poca gravedad; pero á los pocos momentos falleció casi súbitamente, dejando lugar á que se sospechase de haber sido envenenado por escitacion del mismo monarca. Esta muerte puso á Orihuela en poder del castellano, obligando á Pedro de Aragon á cerrar las Córtes que celebraba en Tortosa para trasladarse á San Mateo, donde acudian los diferentes cuerpos del ejército que habia mandado reunir precipitadamente. Apenas tuvo á sus órdenes una masa considerable de fuerzas, se presentó de súbito delante de Murviedro, cuya guarnicion mandaban el prior de San Juan y Pedro Manrique. El de Aragon recorrió, talando, segun costumbre, los territorios de Artana, Serra, Segorbe y Torres-Torres, dominados por las tropas de Castilla, estrechando en seguida el cerco de Murviedro, cuyos gobernadores hubieron de proponer y fué admitida una honrosa capitulacion. Desde Murviedro vino el rey á Valencia, donde dejó por su lugarteniente al conde de Urgel y por gobernador á D. Jáime Selma, saliendo inmediatamente para Barcelona. Hallábase en esta capital cuando la mano fratricida de Enrique de Trastamara se ceñia la corona, manchada con la sangre de su hermano y de su rey. Al caer Pedro de Castilla en los campos de Montiel, quedaron en paz Castilla y Aragon.

Tranquila Valencia, fué en adelante una de las ciudades mas favorecidas por Pedro IV, cuyo brazo de hierro habia amenazado pero no destruido el altar de la libertad foral, y Valencia se cubrió de luto cuando Pedro fué á dormir el sueño de la muerte en el régio panteon de Poblet, hermo-seado por él mismo, en 5 de enero (1387).

Juan, su sucesor, presidia los destinos del gran pueblo aragonés en los dias azarosos en que tuvo lugar en Valencia, casi al mismo tiempo que en Castilla, el robo de la famosa Judería. Débense las mas curiosas noticias acerca de este hecho escandaloso, á la relacion que de órden del Consejo general de la ciudad redactó Bartolomé Villalor, escribano de la Sala.

En la calle actual del Mar y donde hoy se levanta el imponente y estensísimo convento de monjas de San Cristóbal, existia á fines del siglo XIV una masa irregular de construcciones que formaban un barrio cerrado por un muro. Eran calles sumamente estrechas á semejanza del Zacatin de Granada, y dentro de aquellas casas de humilde aspecto y de apariencia casi repugnante, vivia tranquila una colonia de judios dedicados al comercio y sobre todo á la usura. Conti-

guo casi á este barrio tenían los judíos la sinagoga, como los moros tenían sus mezquitas, dentro y fuera de la capital, en aquellos tiempos de hierro que las leyes forales cubrían de tolerancia la mas completa. Los judíos, sacando partido del desden con que aquellas generaciones de soldados miraban el comercio, eran en Valencia como en lo restante de Europa los únicos prestamistas, y á sus establecimientos acudían grandes y pequeños en sus apuros. Por lo mismo eran siempre numerosos sus deudores que eludían frecuentemente sus compromisos, apelando á la fuerza individual apoyada en la humillante posición de los acreedores. Los judíos eran envidiados por unos, odiados por otros, y despreciados por todos; sobre todo por el vulgo que á su ignorancia unía la envidia de la posición desahogada que solo los grandes y los judíos podían disfrutar. Varias veces se había intentado no solo apoderarse de sus riquezas, que eran cuantiosas en Valencia, sino tambien de los documentos que acreditaban ciertas deudas. En Castilla, antes que en Valencia, fueron asaltados y saqueados los barrios que habitaban los judíos, de los cuales habían perecido algunos de los agresores.

Cuando llegó á Valencia la noticia de estos desmanes, se apresuraron los jurados á adoptar las medidas que creyeron conducentes para asegurar los intereses y las vidas de aquellos desgraciados, respondiendo debidamente al espíritu de tolerancia y de igualdad que respira la antigua Constitución foral.

Difficil es en circunstancias dadas poner dique al torrente de la opinión, siquier ruede estraviada, de un pueblo arrebatado por una idea religiosa. La resistencia aumenta el empuje, que triunfa al fin para desbordarse. El pueblo mas ínfimo de Valencia envidiaba á los judíos por sus comodidades, como mas adelante envidió á los moriscos por su bienestar; el pueblo religioso les aborrecía por la diferencia de fé, como luego aborreció á los moriscos; el pueblo del lujo se sentía humillado ante un grupo de riquezas que recibía de su mano con irritante usura, pero todos respetaban á quienes respetaban las leyes; solo salió á su defensa, aunque tardía, la autoridad representante de la ley.

El odio del vulgo contra la raza judía llegó un día á mostrarse en el hecho que vamos á referir. Un grupo de cincuenta mozos de la hez de la plebe, constituidos en la plaza del Mercado y llevando por estandarte una cruz formada de cañas, recorrieron diferentes calles lanzando gritos subversivos, hasta que llegaron á la plazuela de Santa Tecla, llamada entonces de la Higuera. Uno de los revoltosos dirigió los primeros insultos á los judíos, diciéndoles, entre otras frases groseras, que el arcipreste de Sevilla venía con su cruz á hacerles bautizar, y que si no obedecían se preparasen para morir. Estas palabras dieron la señal, y á un mismo tiempo se precipitaron algunos de los mas osados dentro de la Judería; pero sus vecinos tuvieron tiempo para cerrar violentamente las puertas, dejando incomunicados á los que habían entrado con los que se quedaron en la plazuela. La espantosa bebetría que produjeron los encerrados escitó el coraje de los de fuera, que hicieron cundir con la rapidez del rayo por toda la capital, la falsa noticia de que sus compañeros

eran asesinados por los judíos. Bien pronto acudieron nuevos y mas numerosos grupos, y con ellos multitud de curiosos que auxiliaron á los mas exasperados que se empeñaban en echar abajo las puertas de la Judería. En tan críticos momentos acudieron los jurados en corporación, presididos por el infante duque de Montblanch, lugarteniente del rey. El príncipe en vez de hacer dispersar los grupos que á cada momento se presentaban mas imponentes, mandó á los judíos que abriesen inmediatamente las puertas; pero estos desgraciados resistieron á la voz de la autoridad, dando lugar á que unos pocos penetrando por las casas contiguas de los cristianos escalaran la Judería, en cuyos estrechos corredores hallan los cadáveres de dos mozos asesinados. Los invasores arrastraron los cadáveres hasta la parte exterior del edificio, depositándolos á los pies del infante, y á su vista no fué ya posible contener á la multitud, que haciendo un esfuerzo supremo derribó las puertas y se derramó por las casas de los judíos robando, destruyendo y asesinando cuanto se encontró á su paso. Cien judíos de todas las edades y sexos perecieron en aquel asalto, y disipadas en un momento riquezas de mucha consideración. Esta escena de sangre y de saqueo fué tan rápida, que las autoridades no tuvieron tiempo para impedirla, ni aun con el auxilio de algunas fuerzas de la compañía de la Pluma, cuerpo destinado á constituir la guardia del Pendon de la ciudad en tiempo de guerra y de seguridad pública en la paz á las órdenes del Consejo.

Estos crímenes, que en su mayoría quedaron impunes, robustecieron la posición política que el pueblo iba haciendo cada dia mas importante, llegando á dominar mas adelante por completo, como veremos en la guerra de la Germania, al paso que se iba trazando una línea de profunda división entre la nobleza y la plebe. Los primeros síntomas de esta escisión se manifestaron en las exigencias del pueblo, que inmediatamente despues del robo de la Judería pidió con insistencia las mas severas disposiciones contra el lujo de los grandes. El Consejo, en su Constitución democrática aceptó las quejas de los plebeyos y abrió un libro secreto que se tituló del *Bien* y del *Mal*. Confiada su redacción al sigilo de la corporación municipal, se anotaban en este documento las acciones buenas y malas de los ciudadanos, de modo que estendidas en sus páginas despues de un exámen detenido por los encargados de esta policía secreta, el Consejo podía conceder ó negar las gracias á los que se dirigían á él en petición de alguna merced, segun eran ó no dignas las personas que acudían á su autoridad. Este registro fué conocido despues con el nombre vulgar de *Libro verde*, que fué quemado, segun se cree, en el siglo xvi, privando á la posteridad de un monumento que contendría preciosas noticias sobre personas y mucho mas sobre las costumbres de aquellos tiempos.

Cuando el pueblo aseguraba cada dia mas su preponderancia, la nobleza, dividida por rivalidad de familias, daba el mal ejemplo de la mezquindad de sus rencores domésticos en el mismo año de la muerte de D. Juan I (1395). La casa de mosen Gilaberto de Centellas, á la cabeza de numerosos adictos, disputaba su influjo en la dirección política de la capital y del

reino á la de mosen Jáime Soler, que contaba con adictos y no menor número de prosélitos que su adversario. Como toda parcialidad política, estos bandos contrarios lo sacrificaban todo á la personalidad de sus jefes, dispuestos hasta el holocausto sangriento de la vida, no en favor de una idea, lo cual constituye el martirio, sino en favor de un hombre, lo cual constituye la degradación de los gladiadores romanos.

Llegadas el terreno práctico de los hechos, estas banderías sostenían en público sus mútuas aspiraciones, batiéndose casi diariamente en las plazas y calles, autorizando las venganzas privadas que los partidos en el mando califican de actos de severa justicia, y ahogando en sangre el grito de las conciencias, la voz de la verdad y los fueros de la libertad tambien. Durante las noches eran asaltadas las casas, arrebatando al seno de las familias pacíficas á los que tenían la desgracia de ser vencidos sin respeto á la ancianidad y á la niñez, y degollando acaso entre una cuña y un atahud á la madre desolada que perdía á la vez al hijo, al padre y al esposo. Eshorrible toda reacción política, solo puede compararse su ferocidad á la ferocidad de una guerra religiosa. ¡Espanta la reacción triunfante!

En tan horrorosas circunstancias dispuso el Consejo armar cien hombres que unidos á la vieja compañía de la Pluma, establecida desde los primeros tiempos de la conquista para impedir la lucha de aquellas parcialidades ciegas y brutales, diezaban la población. En estos momentos llegó á Valencia la noticia del fallecimiento del rey D. Juan, y el Consejo se apresuró á elegir á miser Guillem Zahera y Francisco de Fluviá, para que con el carácter de embajadores pasaran á felicitar al nuevo monarca D. Martin y facilitarle, por vía de anticipo, diez mil florines, y otros mil á la reina doña María, que se encontraba en los mayores apuros por haber hecho grandes dispendios en la guerra de Sicilia. Llevaban además el encargo especialísimo de suplicar al rey que apresurase su venida á Valencia, á fin de que su presencia pusiera término á la anarquía que devoraba la capital. Sospéchase fundadamente que el Consejo favoreciera con sus simpatías al bando de Soler, porque los de esta parcialidad lograron, despues de varios combates, vencer á los Centelles, cuyo jefe hubo de refugiarse en Barcelona. Desde allí atizaba este personaje el fuego de la discordia, insultando á los mismos embajadores enviados por el Consejo cerca de D. Martin. Su orgullo y el desprecio que hizo públicamente de aquellos respetables personajes obligaron al Consejo á formular una amenaza contra la madre de Centelles, si su hijo y sus parciales continuaban en exasperar mas las pasiones con sus provocaciones é insultos. Esta amenaza y el aumento de la fuerza pública y otras medidas de verdadero rigor, pusieron fin á las turbulencias que acabó de sofocar la venida del rey, que llegó á Valencia en los momentos de proceder á la elección de Jurado. Afortunadamente fueron elegidas personas que no estaban afiliadas á ninguno de los dos bandos, y para conseguirlo, se permitió al rey, no sin preceder un largo y tempestuoso debate, la facultad de intervenir en la elección de los síndicos, pero consignando que este paso no debía ser-

vir jamás de precedente, porque solo se toleraba por las circunstancias extraordinarias que atravesaba la capital. Así entendían aquellos ilustres ciudadanos que sin miedo, sin resentimiento, sin perturbación y sin vileza sostenían la independencia de su dignidad y la dignidad de las libertades patrias. No sacrificaron la ley á la consideración del monarca ni á la grandeza de los males. La muerte de D. Ramon Boil, gobernador de Valencia, asesinado por mosen Juan Pertusa y Gisberto Rexarch, fué el último hecho de venganza que terminó los bandos de los Centelles y Solers.

Apenas disipada la tempestad que durante tanto tiempo se había cernido sobre la capital, reduciendo sin embargo sus estragos al recinto de sus murallas, se levantó en el horizonte político otra de carácter mucho mas alarmente, porque amenazaba simultáneamente los tres reinos principales que constituían la robusta corona de Aragon.

La muerte del rey D. Martin ocurrida en el monasterio de Val-doncellas (1410), cerca de Barcelona, ponía fin á la línea de los reyes naturales de Aragon que había comenzado en 809 por Iñigo Arista, electo rey de Pamplona y del Sobrarbe, cuyo hijo García Iñiguez, casado con doña Urraca, nieta y heredera de Galindo Aznar, conde de Aragon, unió su Estado á la corona de Sobrarbe, siendo su tercer nieto Ramiro I el que tomó título de rey de Aragon por los años 1034, siguiendo esta línea aragonesa hasta doña Petronila, hija de Ramiro el Monge. Casada Petronila con Ramon Berenguer, conde de Barcelona, tuvo de él á Alfonso II, que heredó el reino en 1196, cuya estirpe catalana duró 114 años hasta la muerte del rey D. Martin.

Declarando este monarca en su testamento que le sucediese en el trono aquel á quien por derecho pudiera pertenecer, se presentaron en seguida varios pretendientes, alegando no solo las razones en que fundaban sus instancias, sino poniendo tambien en juego las influencias de que podían disponer. Los agentes de estos príncipes dividieron bien pronto la opinión pública que carecía entonces de medios para esclarecer la verdad, y descendiendo hasta las clases mas humildes del pueblo, unos sostenían al duque de Gandía, otros al conde de Urgel, otros á Juan II de Castilla, y otros á D. Fadrique de Sicilia, aunque una parte respetable trabajaba con fruto en favor de don Fernando de Antequera, infante de Castilla.

Prevefese sin duda ya en Valencia que la muerte de D. Martin debía causar profunda perturbación, porque así que se recibió la noticia mandó el Consejo que en señal de luto se cerrasen las tiendas y las puertas de la ciudad, dejando únicamente tres abiertas, cuya custodia se confió á veinte hombres armados, exigiéndoles antes el juramento de ser fieles á la autoridad. No eran inútiles estas precauciones, pues al mismo tiempo que se supo el fallecimiento del monarca, llegaron las cartas de D. Alonso de Aragon, duque de Gandía y marqués de Villena, hijo del infante D. Pedro y nieto de Jáime II, y las de D. Jáime de Aragon, conde de Urgel, hijo del conde D. Pedro, nieto del infante D. Jáime y viznieto de D. Alonso IV de Aragon. Uno y otro príncipe contaban en Valencia con

numerosos parciales, sin que por ello faltaran otros mucho mas decididos por el infante de Castilla. Los catalanes reunidos en Parlamento, primero en Montblanch y sucesivamente en Barcelona y Tortosa, y los aragoneses en otro de doce magnates, presididos por el arzobispo de Zaragoza en la ciudad de Calatayud, manifestaron desde el principio de sus conferencias mas unidad y mejores deseos de llegar pronto á un término de conciliacion que los hombres políticos de Valencia. Pedro de Vilaragut se puso á la cabeza de los partidarios del conde de Urgel, sostenidos por Berenguer Arnau de Bellera, gobernador del reino, en oposicion á Bernaldo de Centelles que, apoyado por la nobleza, defendia los derechos del infante de Castilla. La animosidad de estos dos partidos llegó á tal estremo, que no pudiendo convenir en los medios de formar unidos un solo Parlamento, como se habia verificado en Cataluña y Aragon, abandonó Centelles la capital, y en compañía de sus adictos se instaló en el pueblo de Paterna, celebrando la junta que se denominó en adelante el *Parlamento de fuera*, mientras Vilaragut y Bellera celebraban las suyas en el mismo palacio del Real de Valencia, llamándose por esta circunstancia el *Parlamento de dentro*, el cual se trasladó en el año siguiente (1411) á Vinaroz, y el de fuera á la villa de Traiguera.

A tan larga distancia unos de otros y en unos siglos en que las comunicaciones no podian dejar de ser muy lentas, no era fácil que se entendieran estas asambleas regionales, divididas en una cuestion de tamaña trascendencia. Esta circunstancia inspiró por fin el proyecto de reunir en Alcañiz un Parlamento mixto, al que concurrieron, entre otros próceres, el duque de Gandía y D. Fadrique de Aragon, conde de Luna. La junta de Calatayud envió á Alcañiz nueve representantes, y la de Tortosa catorce, que se aumentaron luego hasta el número de veinticuatro. Solo la de Valencia, que constituia dos Parlamentos contrarios, no podia convenir ni en el número ni en las personas que debian representarla. Despues de largos y calorosos debates y perdiendo desgraciadamente el tiempo en cuestiones personales, se convino al fin en que el Parlamento de Vinaroz nombrara seis individuos de su seno y otros tantos el de Traiguera, para que juntos representaran á Valencia en la gran Asamblea de Alcañiz. Pero al examinar esta los poderes de los comisionados valencianos, se negó á admitirlo, fundándose en que ninguno de los dos Parlamentos tenia aisladamente facultad para representar la eleccion de todo el reino, y aconsejándoles que antes formaran uno solo, de quien los comisionados recibieron los poderes que eran necesarios para tomar parte en la Asamblea general de los tres reinos. No hubiera sido fácil conseguir en Valencia estos términos de conciliacion, si las personas sensatas de uno y otro partido no hubiesen trabajado para que un personaje de elevado concepto público y que merecia el respeto de unos y otros tomara parte en esta cuestion que amenazaba ya con una guerra civil. El personaje á que aludimos era San Vicente Ferrer, que á la sazón se hallaba en sus misiones de Castilla.

Este santo, tan querido y tan popular en Valen-

cia, nació en 1350, y era hijo de Guillem Ferrer y de Constanza Miguel. Desde muy joven tomó el hábito de la orden de los Predicadores, é hizo grandes progresos en todos los estudios que en aquellos tiempos constituian la enseñanza en toda su estension. Desde muy joven tambien empezó á ejercer en su patria una influencia que ninguno ha gozado antes ni despues, tanto por su saber, superior al de sus contemporáneos del país, cuanto por sus virtudes, que resaltaban mucho mas en una época de costumbres rudas y altamente militares. Objeto de veneracion y aun de cariño, su presencia imponia en medio de las conmociones populares, su palabra decidia las cuestiones mas árduas, y su caridad hizo nacer en la capital una multitud de establecimientos, que Valencia presenta con orgullo en la historia de la civilizacion. Así es fácil comprender el empeño con que los hombres conciliadores aconsejaron á los dos Parlamentos valencianos para que escuchasen á Vicente Ferrer, á cuyas indicaciones se debió que uno y otro partido delegaran por fin á Miguel Novales por los de *dentro* y Juan Mercader por los de *fuera*. Admitidos en su consecuencia los comisionados valencianos, procedió la Asamblea de Alcañiz al exámen de la gran cuestion sujeta á sus deliberaciones, y despues de amplios y luminosos debates, se acordó en sesion de mediados de enero (1412) elegir nueve jueces, tres por cada reino, los cuales deberian constituirse en alto tribunal en la villa de Caspe el día 29 del siguiente marzo, para que en el preciso término de dos meses examinaran los derechos alegados por cada uno de los pretendientes, dando la corona á quien de justicia le correspondiera. Adoptado este acuerdo, se citó á los príncipes con el objeto de que por sí ó por medio de sus procuradores compareciesen en Alcañiz á representar sus derechos.

Estendida y mandada publicar la convocatoria, se pasó al nombramiento de los jueces, que recayó, por el reino de Aragon, en D. Domingo Ram, obispo de Huesca; Francisco Aranda, alto dignatario de la corona de Aragon durante el reinado de D. Martin y entonces donado ó lego del monasterio de Portaceli, y miser Berenguer de Bardají: por Cataluña, en don Pedro Zagarriga, arzobispo de Zaragoza; Guillem de Valseca, doctor en leyes, y Bernardo de Gualbes; y por el reino de Valencia, en D. Bonifacio Ferrer, hermano de San Vicente, el mismo Santo y Giner Rabasa, anciano de ochenta años, á quien reemplazó bien pronto por causa de su fallecimiento Pedro Bertran, doctor en decretos.

Proclamado en Caspe D. Fernando de Antequera, Valencia se apresuró á enviar sus representantes á Zaragoza para asistir á la coronacion mientras suministraba un contingente de caballería é infantería á las órdenes del duque de Gandía y Pedro Maza de Lizana, que debian seguir al rey en su expedicion contra el conde de Urgel. Este príncipe, que pudo disputar con justicia sus derechos á la herencia del rey don Martin, apoyado por el conde de Clarence y otros altos personajes extranjeros, no quiso reconocer el fallo dictado por la junta de Caspe, y apelando á la fuerza, se apoderó de los castillos de Tramos y Montaragoso; pero batido en un encuentro se hizo fuerte en Bala-

guer, donde se vió forzado á capitular, y conducido al castillo histórico de Játiva bajo la custodia de Aznar Pardo de la Casta, murió en su prision en 1415.

Poco despues de estos sucesos llegó á la ciudad del Taria el célebre D. Pedro de Luna, canónigo y pavorde que fué de esta iglesia metropolitana y creado cardenal en 1375 por el Papa Gregorio XI. Llevado al Pontificado despues de la muerte de Clemente VII por los cardenales de su obediencia reunidos en Aviñon en 1394, continuó el gran cisma de Occidente bajo el nombre de Benedicto XIII. Acataron su autoridad los reyes de Francia, Castilla, Escocia, y poco despues los Estados de Aragon, de Lombardía y de Saboya. El Concilio de Constanza puso término á este cisma altamente escandaloso, y Benedicto XIII se retiró á Peñíscola, donde murió rodeado de algunos cardenales que le fueron adictos hasta su última hora.

Valencia debió al Papa Luna multiplicadas pruebas de su predileccion, en varias instituciones eclesiásticas y literarias que creó con aplauso de San Vicente, que durante algun tiempo fué su director espiritual.

El reinado de Fernando I, fallecido en Igualada en 2 de abril (1416), fué hartó breve para dejar memorias notables de su gobierno, dejando, sin embargo, en Alonso V un digno sucesor, por su valor y grandes dotes de mando. Apenas cañida la corona, Alonso emprendió la guerra de Italia, á donde Valencia envió toda su escuadra, que de paso para Gaeta atacó á Marsella, practicando nuestros soldados un desembarco que dió por resultado la toma y saqueo de aquel importante puerto de la Francia. Esta jornada tuvo lugar en 29 de noviembre (1423). Dirigiendo luego su rumbo hácia las costas de Italia, la armada de Aragon se encontró en las aguas de Génova con la armada enemiga.

Los marinos de la corona aragonesa hicieron prodigios de valor; pero desgraciadamente fué estéril su heroismo, y perdieron el combate, quedando prisioneros de los genoveses el rey, los infantes D. Juan y don Enrique, y casi todos los caudillos de mas nombradía que le acompañaban.

Cuando se supo en Valencia este desastre verdaderamente nacional, se adoptaron en seguida las medidas que se creyeron convenientes, no solo para asegurar la tranquilidad pública sino tambien para concertar los medios de obtener la libertad del monarca. El Consejo mandó cesar todas las diversiones públicas, en señal de duelo, y se nombró una comision numerosa para que propusiera un proyecto de armamento y defensa. Durante estos trabajos llegó á Valencia miser Juan Mercader, doctor en leyes y baile general del reino, con cartas de la reina, en las que invitaba á los valencianos á nombrar urgentemente sus representantes á fin de que aconsejasen al trono en aquellas circunstancias extraordinarias. El Consejo recibió las letras de su soberana con el acatamiento que se merecia en su calidad de reina y de esposa afligida; pero obrando con madurez, con imparcialidad, sin precipitacion y sin ese aturdimiento que conduce al servilismo ó á los abusos de autoridad, no olvidó un momento que antes que todo era el representante de la ley, y en su consecuencia exigió que la reina, como lugarteniente general viniese á Valencia y presta-

se el debido juramento á sus fueros y privilegios. ¡Noble leccion dada á los que se inclinan á todo por merecer una sonrisa del poder! La reina hizo efectivamente el viaje, y regresó en seguida á Zaragoza, acompañándola ya los diputados nombrados por Valencia, y que fueron los ciudadanos Pedro Andreu, jurado; Manuel Suan, maestre racional, y miser Pedro de Falchs, doctor en leyes. Reunido en Zaragoza este gran Consejo, compuesto de individuos de los tres reinos, inclinó á la reina á que convocara inmediatamente las Córtes, aunque por fuero del reino no se podian celebrar sin que precediera la convocatoria que únicamente competia al rey. Pero en tan críticas circunstancias quisieron mas bien perder alguna parte de su libertad los representantes del país que abandonar los Estados de la corona á la anarquía que podian promover los ambiciosos. La reina publicó, con efecto, la convocatoria, pero confesando en el preámbulo que la obligaban á dar este paso las urgencias del Estado y la apremiante necesidad de salvar al monarca. En dias tan azarosos no se apeló á la tiranía para asegurar la tranquilidad; la ley estaba, sobre todo cálculo, intencionada de la política gubernamental. Necesitaba al pueblo para una grande empresa, y respetaba los derechos del pueblo. La reina abrió en persona las Córtes el día 15 de diciembre en la iglesia de San Juan, y en el discurso de apertura volvió á escusar aquella reunion, que estaba fuera de las costumbres parlamentarias; pero D. Sancho, abad de Montearagon, presentó un escrito por el que los Estados de Aragon autorizaban por aquella vez á su reina para celebrar Córtes, escrito que en seguida suscribieron todos los diputados. Entre otros de los medios aceptados por las Cámaras fué un donativo que cada reino ofreció por el rescate del rey y de sus hermanos, y por parte de los diputados valencianos y en nombre del Consejo, se aprontaron diez mil florines, suma igual á la que sin duda habian ofrecido Cataluña y Aragon. Todos los pueblos de la corona preparaban, impulsados por el patriotismo de las Córtes, grandes armamentos, cuando llegó la noticia de la libertad del rey, como él mismo lo anunció desde Barcelona á los *prohombres armados* de la ciudad de Valencia en carta fechada en Barcelona en 31 de diciembre de 1435.

Este suceso colmó de júbilo á los Estados de Aragon y sobre todo á Valencia, que poco despues añadia á sus glorias la de saludar en la Silla de San Pedro á D. Alonso de Borja, valenciano, honrado con la tiara pontificia bajo el nombre de Calixto III. Este Papa canonizó en 1455 á San Vicente Ferrer, muerto en Vannes (Francia) en 5 de abril de 1419 á los setenta y nueve años de edad.

Llorado por los valencianos bajó al sepulcro Alonso V en 27 de junio (1458), sucediéndole su hijo don Juan II. El reinado de este príncipe hubiera pasado desapercibido para Valencia si este pueblo generoso, como siempre, no hubiese tomado parte en las desgracias de Carlos de Viana, hijo de Juan II y Blanca de Navarra. No pertenece á nuestra humilde Crónica referir la historia de este infortunado príncipe, cuya infuca persecucion arranca lágrimas, y sería preciso para describirla teñir el estilo con los colores que

prestan á la pluma la indignacion y el dolor. Cataluña y Aragon se armaron para proteger al príncipe-troador, y solo Valencia empleó toda su influencia á fin de desarmar la ira de un padre escitada por las sugestiones de una madrastra sin corazón. Carlos de Viana no halló protección en los soberanos extranjeros, y encerrado muchos años en los castillos de Lérida y de Játiva, no encontró mas consuelo que el estudio y la poesía ni mejor amigo que su constante y espiritual compañero el primer poeta valenciano mosen Ausias March. En su forzada soledad escribió una historia de los reyes de Navarra, tradujo la filosofía moral de Aristóteles, y compuso muchas trovas. De su esposa Ana de Cleves no tuvo sucesión, pero dejó tres hijos naturales.

Apenas terminó Carlos su larga carrera de aventuras, se apresuró su implacable padre á declarar su heredero al infante D. Fernando, presentándole en seguida en Cataluña para que fuera reconocido como tal. Esto no bastó para calmar el gran condado, que recibía de Juan II un legado de lágrimas y de disturbios.

Fernando II, llamado el Católico, sentado apenas en el trono de Jaime I (1479) se esforzó en restablecer la paz en todos sus Estados, concibiendo desde entonces el proyecto de reunir bajo un solo poder la monarquía española, unificando su gobernación, pero abriendo el paso á la centralización, que en manos de su nieto Carlos I debía matar el carácter nacional, concediendo al despotismo lo que se empeñó en arrebatarse al feudalismo de los señores. La tiranía se hizo inviolable y casi sagrada. Casado Fernando con Isabel I de Castilla, auxilió á su esposa en la lucha que hubo de sostener para ceñir la corona de su hermano Enrique IV y en las reformas que con mano fuerte emprendió en sus Estados, para acabar con el poder de su altiva é inquieta nobleza. Unidas las fuerzas de Castilla y Aragon conquistaron á Granada (1492), y ambos soberanos contribuyeron á la empresa colosal de Cristóbal Colon.

La desgracia de estos príncipes, afortunados en España, en Italia y en América, fué la falta de un varón de raza española que hubiera heredado los vastos dominios que naturalmente adquiría España en su carrera de gloria.

Valencia, tranquila durante el reinado de Fernando y en vías de gran prosperidad por la nueva industria sedera que se desarrollaba maravillosamente y por la inmensa población morisca que llenaba sus campos y sus talleres, entró en el siglo XVI en su mas completa autonomía, respetada severamente por los reyes aragoneses que no se arrepintieron jamás de la confianza depositada en este pueblo. La corona de Aragon pasó grande y temida á las sienes de Carlos de Austria, que era extranjero y dió el primer golpe al carácter y la independencia nacional.

CAPITULO IX.

Carlos I.—Principio de la guerra de la Germania.—Sucesos extraordinarios.—El panadero.—Conducta de los nobles.—Primera junta de los plebeyos.—Juan Lorenzo.—Guillem Sorolla.—El cardenal Adriano.—Ordenes del rey.—Germania de Játiva.—De Murviedro.—Alzamiento de todo el reino.—El marqués de Zenete.—Anarquía.—

Elección de jurados.—D. Diego Hurtado de Mendoza.—Juan Caro y Vicente Peris.—Audacia de Sorolla.—Tumulto.—Germania de Elche.—Junta de Albaterra.—Morella.—Desórdenes de Játiva.—Asesinato de Francin.—Disposiciones de los Trece.—Sitio de San Mateo.—Nuevos tumultos en Valencia.—Derrota del virey.—Comuneros de Orihuela.—El infante D. Enrique.—Rendición de Valencia.—Resistencia de Alcira y de Játiva.—Prisión del marqués de Zenete.—Muerte de Vicente Peris.—El encubierto.—Fin de la Germania.

Hemos llegado á la época mas tumultuosa y mas importante de la crónica de Valencia, época en que se dibuja ya á principios del siglo XVI la preponderancia democrática, que hizo sus primeros ensayos en la guerra civil llamada de la Union. La nobleza valenciana, que disponía de grandes fortunas pero que ceñida en su lujo y ostentación á la severidad de nuestras leyes suntuarias no podía, como deseaba, rivalizar con la de Castilla y otros países, sufría impaciente no solo el sistema de resistencia, siquiera fuera legal, del estado llano, sino que se creía humillada delante de los pueblos de sus señoríos, sobre los que no ejercía todo el lleno del poder feudal. En las dos guerras de la Union habia intentado gobernar sus Estados á fuero de Aragon, y en las dos guerras triunfó despues de todo el elemento popular. De acuerdo siempre nobleza y pueblo en las cuestiones de autonomía, no podían convenirse jamás en las de preponderancia local: la nobleza aspiraba á la libertad de todos, pero haciendo prevalecer el elemento aristocrático, y la clase media respetaba la libertad de todos, pero sosteniendo la importancia que le daba la Constitución foral, basada en los principios democráticos. Cuando el poder supremo atacaba en conjunto las bases de esta Constitución, nobleza, pueblo y clero se unían para resistir; fuera de estos casos era manifiesto el antagonismo de los nobles y de los plebeyos.

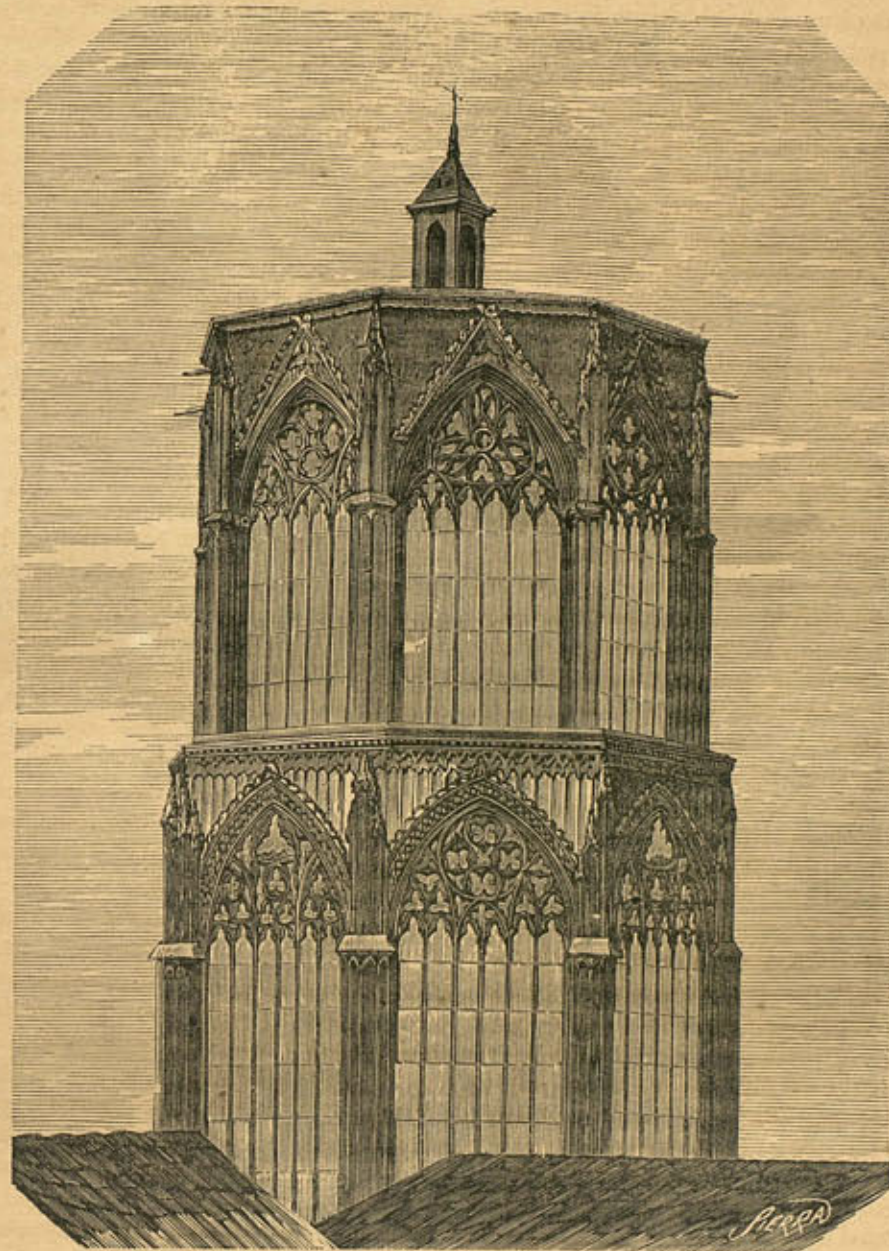
Latente existía esta rivalidad, cuando Carlos I vino al trono de España, cuyo país y cuyas costumbres le eran completamente desconocidas. Precedido de extranjeros, cuya codicia supo explotar á un pueblo á cuyas manos entregaba la Providencia un mundo virgen capaz de satisfacer á la ambición hasta en sus mas apartados límites, se anunció con gran boato, importando con él costumbres extrañas que desnaturalizaron muy pronto el carácter peculiar español que en nada se asimilaba á los demás pueblos de la caduca Europa. Su juventud, su inmenso poder, su misma fastuosidad, causaron admiración á unos pueblos avanzados á la vida del campamento y criados desde la cuna en los combates con los moros. Desde luego la vieja nobleza de Castilla vió con marcada repugnancia á tantos extranjeros dirigiendo el gobierno de la Península que se creía vinculado en la elevada aristocracia, y así se concibe el primer apoyo que dieron los nobles á la causa popular que Padilla y sus dignos compañeros tomaron á su cargo. Pero la altivez castellana se cansó de la defensa de los plebeyos, y sus miradas, al separarse de los campos de Villalar, se clavaron en el poderoso monarca, cuyo cetro alcanzaba dos mundos; vieron grandeza y gloria militar alrededor del joven emperador, y se doblegaron como vasallos los mismos que antes miraban frente á frente á sus monarcas. En vez de un favorito, Carlos I encon-

tró altos cortesanos; principió la autoridad real á sobreponerse á la representación de los pueblos. Comienza la monarquía absoluta.

Esto sucedía en Castilla; veamos lo que acontecía en Valencia. Los nobles valencianos, que habían asistido á la toma de Granada y á las jornadas heroicas de Italia, sintieron en Valencia toda la presión de las antiguas leyes, y creyeron llegado el caso de modifi-

car su severidad, dando expansión á su influencia y preponderancia en la gestión gubernativa del reino. Les alentó el ejemplo del nuevo rey. No anticipemos, empero, los sucesos.

Mucho antes de estallar la gran revolución, en cuyas ruinas se hundió la libertad foral para asentar sobre ellas la autoridad absoluta de los reyes austriacos, ocurrieron en Valencia diferentes acontecimientos que



Cimborio de la catedral de Valencia.

á los ojos del vulgo tomaron las proporciones de señales extraordinarias y de avisos del cielo, en una época en que las costumbres privadas eran altamente reprobables.

Benter, testigo ocular, refiere que hallándose el día 5 de abril de 1514 en la iglesia catedral, fué interrumpido el solemne sacrificio de la misa por la súbita presencia de un Labrador del cercano pueblo de

Chirivella, llamado Pedro Sancho, que abriéndose paso bruscamente, subió al presbiterio y ofreció al sacerdote una vela blanca y otra roja. En seguida se volvió hácia donde estaba sentado D. Luis de Cabanilles, gobernador entonces de la ciudad, le entregó una espada desnuda y exclamó en alta voz: «¡Haz justicia, oh juez!» pero el murmullo del pueblo impidió oír lo que el Labrador añadió en voz baja. Por último, el mismo per-

sonaje arrojó su capá á los piés del justicia criminal, que lo era D. Juan Onofre Cruilles, y añadió: «¡Alerta, señor Juan, que la ciudad y reino están amenazados de una gran calamidad!» Dicho esto, que se verificó rápidamente y con sorpresa de todos, se lanzó del presbiterio y desapareció para siempre. ¿Era un visionario? ¿un fanático? ¿un mensajero enviado por gentes interesadas para producir efecto? Benter, que lo vió y oyó, no da razon de un paso tan osado y de que se ocupó el público durante algun tiempo, comentándolo conforme inspiraba el miedo ó la ignorancia.

En el año siguiente 1517 llovió sobre este país cerca de cuarenta dias, causando estragos en todas partes, y sobre todo el Turia, que se desbordó furiosamente y penetró en la ciudad á las tres de la tarde del 26 de setiembre, derribó cien casas, sepultando en sus ruinas un número considerable de personas, y continuó creciendo durante la noche, hasta el extremo que el pueblo aterrado se acogió á los templos pidiendo misericordia.

En 19 de febrero de 1519 una chispa eléctrica cayendo en el Miguelete incendió el capitel de madera que cubria el único reloj que entonces habia en Valencia. Pero la verdadera calamidad pública fué la invasion de una epidemia que causó bastantes estragos en los meses de julio y agosto, pero que produjo tal espanto, que los nobles, los mercaderes y los propietarios abandonaron precipitadamente la poblacion entregada á la muerte, que diezmo la clase plebeya. En tan horribosas circunstancias corrió la voz de que los argelinos, en combinacion con los moriscos del reino, preparaban un desembarco en nuestras costas; en su consecuencia y cumpliendo lo que para estos casos se hallaba prevenido en una orden de Fernando el Católico, se armaron los artesanos poniéndose en estado de guerra. En aquellos dias de desolacion y de alarma y en el abandono de las principales y mas acomodadas familias, predicó en la catedral el maestro Fray Luis Castellon, y lamentando el orador el cúmulo de calamidades con que el Señor afligia á Valencia, declamó en general contra los vicios y señaladamente contra el mas feo, el de sodomía, de cuyo delito habian sido ya convencidos algunos y mandados quemar por sentencias del justicia criminal D. Gerónimo Ferragut. Concluido el sermón, corrió entre el pueblo la noticia de que habia un cierto panadero mancillado con este vicio, y sin mas averiguaciones el populacho se apoderó de su casa, sorprendieron al infeliz y lo condujeron á las cárceles eclesiásticas, por la circunstancia de que estaba tonsurado. El vicario general, á pesar de no encontrar pruebas bastantes para condenarle, mandó exponerle á la vergüenza pública durante la misa mayor de la catedral, y encerrarle despues en el castillo de Chulilla. Acababa de cumplir la primera parte de la condena, cuando al sacarle de la iglesia el pueblo amotinado se dispuso á apedrearle con las demostraciones de la mas espantosa ferocidad. Oportunamente contuvo esta agresion la presencia de D. Manuel Exarch del hábito de Santiago, subdelegado del gobernador, ausente aquellos dias, y la del obispo de Gracia que regia la diócesis por la ausencia del prelado. Estos altos funcionarios lograron recoger al preso y entrándole en

la catedral, cerraron inmediatamente las puertas. Por un momento quedó desarmado el motin; pero aumentándose los grupos, y escitándose á la venganza, que creian un desagravio para calmar las iras del Señor, avanzaron los amotinados y sitiaron el palacio arzobispal, llevando enarbolado un giron de lienzo blanco, á guisa de estandarte. Juan Sapena, nuncio de palacio, no pudo contenerse, y saliendo á la plaza, arremetió con el que llevaba el estandarte y le causó diferentes contusiones, acabando por arrebatar el lienzo de sus manos. Este acto imprudente exasperó á los amotinados, á cuyo tiempo salió del palacio un tiro de arcabuz. Esta fué la señal: los grupos comenzaron á apedrear las puertas y ventanas, poniendo en seguida fuego al edificio. Mientras los familiares y un cierto Gorge, criado de Pedro Ladron, vizconde de Chelva, se ocupaban en cortar el incendio, el pueblo se dirigió á la catedral, y forzando un puerta penetró en el templo en busca del panadero, y despojando de paso algunos altares, treparon varios hombres osados por el retablo mayor, con el objeto de apoderarse sin duda de algunas imágenes de plata. Apenas tuvo noticia de esta escena sacrilega, dispuso el vicario general que se tocara la campana del *Entredicho*, declarándolo al mismo tiempo en la ciudad; pero las turbas, que llenaban las naves del templo, despreciaron el anatema y continuaron pidiendo la cabeza del panadero. No habria podido esperar el P. Castelliz, que su homilia causara tan honda perturbacion. En vano salieron en procesion las parroquias de Santo Tomás, San Estéban y San Salvador, llevando el augusto Sacramento, que cruzó por medio de aquellas masas exasperadas; la presencia de lo mas augusto que tiene nuestra fé no calmó á los amotinados, que continuaron pidiendo al panadero. Viendo, pues, la inutilidad de estos esfuerzos, fueron llamados al palacio municipal los clavarios de todos los gremios, de orden del subdelegado del gobernador, y jurado al mismo tiempo D. Tomás Vivas de Cañamás. Los graves clavarios acudieron efectivamente, ostentando sus mejores trajes, y despues de una larga conferencia, se acordó reunir inmediatamente sus gentes de armas para apoyar á la autoridad. Los clavarios exigieron únicamente que la iglesia no protegiera á los sodomitas, y con esta respuesta, que era algun tanto equívoca, se disolvió la conferencia, no sin percibirse alguna espresion siniestra que vertieron algunos de los clavarios. Pero durante la deliberacion, los amotinados lograron apoderarse del desgraciado panadero, y precedido de una cruz, formada de dos espadas, le condujeron con estrepitosa algazara al lugar donde la inquisicion ejecutaba sus reos, y arrojáronle á una hoguera que se improvisó en seguida, aunque Escolano asegura que primero lo dieron garrote, al grito «¡Viva la justicia!» Al dia siguiente de este público y ostentoso asesinato, allanó el pueblo la casa de un cierto Jaime Treviño en busca de su hijo, sospechoso tambien; pero por fortuna suya no le encontraron, y solo insultaron al padre, á quien se halló puesto de rodillas á los piés de un crucifijo.

Triunfante el populacho, aprovechó la oportunidad de las amenazas de un desembarco de argelinos para proceder á su armamento. Empezaba la

revolucion, los tribunales habian dado repetidas pruebas de injusticia, y la plebe sació su venganza en un infeliz; los nobles habian manchado impunemente el honor de las familias humildes, y el pueblo iba á devolver agravio por agravio; las gentes acomodadas abandonaron al pueblo á los horrores de una peste, y el pueblo se constituyó en autoridad. Casi siempre vienen de arriba las causas que provocan la revolucion; de los excesos del poder nacen los de la revolucion, y de los excesos de esta nace la dictadura, tan espantosa como ella.

Armados los gremios, y hecho alarde de sus fuerzas en diferentes dias, se puso á la cabeza del movimiento el famoso Juan Lorenzo. Hombre enérgico, activo, resuelto, de fácil palabra y de un talento propio de jefe de partido, era respetado por sus cualidades y temido por la estraña circunstancia de que se le consideraba como adivino. Lorenzo concibió el proyecto de formar en la capital y demás pueblos importantes del reino una coalicion popular, con el nombre lemosin de *Germania* ó hermandad. A su instancia se crearon juntas de salvacion en todas partes, y dando Valencia el ejemplo, eligió una compuesta de trece individuos, á saber: un pelaire, uno del arte de la seda, uno tejedor de lana, que fué el célebre GUILLEM CASTELLVI (a) SOROLLA, uno labrador, uno tundidor, otro curtidor, otro guantero, otro botonero, uno cerero, un alpargatero y dos marineros.

Su divisa fué, «defensa del reino contra los moros y defensa del pueblo contra los nobles.» La eleccion de los Trece se verificó en 28 de diciembre (1519), y este acto se celebró con grandes demostraciones públicas, porque cambiaba por completo la organizacion municipal, bajo la dependencia, sin embargo, de Juan Lorenzo, que constituia casi una dictadura. Los *plebeyos*, título que se dieron á sí mismos en todos sus documentos oficiales, compartian su respeto á Lorenzo con el que tributaban al Guillem Castellvi, á quien se conoció siempre por Sorolla, apellido que tenia un tío suyo, á cuyo lado se habia educado desde la niñez. Sorolla era hijo de San Mateo; de ánimo altivo, de apuesta presencia y de modales distinguidos, no tuvo otro objeto que el de satisfacer una venganza secreta, cuya causa solo puede sospecharse. Y se vengó de una manera terrible. Los dias siguientes á la eleccion de los Trece se consagraron á toda clase de fiestas populares, en que se dió completa expansion al entusiasmo, que en Valencia toma siempre proporciones poco conocidas en las demás poblaciones ibéricas.

Los progresos de esta revolucion, que tenia por objeto no solo poner coto á las exigencias desmedidas de la nobleza, sino tambien sobreponerse á la justa participacion que á la clase aristocrática correspondia, hicieron conocer á los próceres la necesidad de unirse y combinar los medios de resistencia, que les facilitara la legislacion foral. Entre las primeras medidas adoptadas, se admitió por unanimidad el nombramiento de una comision, compuesta de ocho personajes, encargada de trasladarse á Barcelona, donde se hallaba el rey, para informarle exactamente del estado de Valencia, aconsejándole la venida inmediata á esta capital. Para inclinar mucho mas el ánimo del monarca,

le presentaron una carta, que se habia interceptado, del jefe de los agermanados de Campanar, en la que persuadía á los de Vilanesa la conveniencia de tomar parte en la Germania, que les ofrecia libertad mayor que la que les concedian los fueros.

Cárlos I, oyendo los consejos de la nobleza, espidió una real cédula en 4 de enero, mandando que todos los gremios depusiesen las armas y las depositasen inmediatamente en sus respectivas cofradías, prohibiendo toda reunion que no estuviere autorizada por el gobernador. Para abrir y leer este documento se reunieron en la cofradía del gremio de carpinteros los numerosos representantes de los demás gremios. La lectura causó profunda sensacion, pero tomando la palabra Juan Lorenzo manifestó de una manera elocuente y persuasiva, que el rey habia obrado bajo la inspiracion de malos informes, sin escuchar á los plebeyos, que tantas razones tenian para defenderse, y concluyó proponiendo, que estos nombraran por su parte algunos comisionados, para que enterado el rey pudiera dictar una resolucion con mayor justicia. Como era de esperar, el discurso de Lorenzo produjo todo el efecto que deseaba, y acto contínuo la reunion confió la comision al mismo Juan Lorenzo, Guillen Sorolla, Juan Coll y Juan Coro, que perdió toda su fortuna en defensa de la Germania. Mientras estos comisionados se dirigian rápidamente á Barcelona, los Trece prosiguieron en el ejercicio de sus funciones, adoptando cuantas disposiciones juzgaron oportunas, no solo para asegurar la revolucion, sino tambien para propagarla hasta los pueblos mas distantes de la capital.

Los comisionados de la Germania encontraron al rey en los momentos, en que se disponia para pasar á Alemania, con el objeto de recibir la corona imperial, que acababan de concederle los príncipes electores; pero esto no impidió para que Cárlos, respetando las leyes y privilegios de Valencia, delegara al cardenal Adriano de Utrech, despues Papa bajo el nombre de Adriano VI, confiéndole la facultad de reunir y presidir en su nombre las Córtes de Valencia, convocadas para poner término á la revolucion. El cardenal, acompañado de D. Antonio Agustin, vice-canciller de la corona de Aragon, padre del inmortal Antonio Agustin, arzobispo de Tarragona, de los comisionados de los plebeyos y de un Pedro Garcés de Jaime, personaje funesto en estas circunstancias, y cuyos dias terminaron mas adelante en el patíbulo, fué recibido en Valencia con grandes demostraciones de respeto por toda la poblacion, sin distincion de bandos ni de clases. Apenas instalado en su alojamiento, presentó á los estamentos de los tres Brazos la cartas que le acreditaban como representante del emperador para la inmediata reunion y presidencia de las Córtes. El cardenal, que esperaba una sumision ciega á las órdenes del monarca, no pudo menos de sorprenderse al escuchar de boca de los diputados de los estamentos, que aun cuando las circunstancias eran extraordinarias y sumamente críticas, no era permitido, sin embargo, dispensar al rey de la obligacion que tenia de convocar las Córtes y jurar delante de ellas la observancia de los fueros, de cuyo requisito no era posi-

ble prescindir, y lo que únicamente se podía hacer en obsequio del rey era concluir los trabajos parlamentarios dentro del preciso término de treinta días. Mientras él veía fracasar su misión por la entereza de los diputados, quienes enviaron igual contestación al monarca, por conducto de D. Alonso de Vilaragut, los comisionados de la Germania hacían en Valencia su entrada pública, aplaudidos por la muchedumbre, y como era de noche, fueron conducidos á la luz de multitud de antorchas hasta el alojamiento de Garcés de Jaime, al que presentaron una nueva orden del rey que, revocando la primera, devolvía á los plebeyos la facultad de usar armas y ejecutar ejercicios y revistas militares. En su consecuencia dispuso la junta de los Trece que para el domingo inmediato, que se contaba 29 de febrero, hubiera una gran parada, so pretexto de saber la fuerza de que se podía disponer para rechazar cualquier desembarco de los argelinos. Para esta gran revista fué invitado el cardenal Adriano y el vicecanciller Agustín, que ocuparon su estrado, dispuesto en el convento que fué del Remedio, delante de la ciudadela. Las fuerzas que formaron, ascendían á ocho mil hombres, perfectamente armados é instruidos, con cuarenta banderas y diferentes compañías sueltas. Al pasar por delante del cardenal las filas victoreaban al rey, sin perder por eso la gravedad, el aire marcial y el aspecto veterano de aquellos soldados, de los cuales muchos habían peleado en Granada y en Italia. El mismo cardenal formó un alto concepto de este ejército, y bajo esta impresión no pudo menos de mostrarse satisfecho con los comisionados plebeyos, que pasaron á cumplimentarle después de la revista. Garcés de Jaime, admirando aquel orden y recibiendo nuevos informes de los letrados Bartolomé Monfort y Gerónimo Soriano, que eran los mejores jurisconsultos de su tiempo, se convenció de la justicia que reclamaban los plebeyos.

El rey, enterado por Vilaragut de cuanto acababa de ocurrir con los estatutos, reiteró sus órdenes para que las Cortes le prestasen el juramento de fidelidad en manos del cardenal, porque así lo habían indicado los comisionados de los plebeyos. El vicecanciller reunió de nuevo á los nobles en la cofradía de Santiago, á fin de poner en ejecución las órdenes del monarca; pero la nobleza, siguiendo el ejemplo del Brazo eclesiástico, no quiso transigir, defendiendo tenazmente las leyes del reino, al paso que los plebeyos, acusando á los nobles de la presión que ejercían, se quejaban de que ni aun letrados encontraban que quisieran defenderles en los negocios comunes por no herir la susceptibilidad de la aristocracia. En vista de esta queja, hartos fundados, mandó el rey que los letrados se encargasen de los negocios de los pobres, siendo los primeros que ejercieron este cargo los citados Monfort y Soriano.

El éxito favorable que hasta entonces coronaba las exigencias de los plebeyos, acreció en todas partes el número de los agermanados, y las poblaciones se apresuraban á entrar en la coalición armada. Játiva, ciudad siempre importante, se pronunció por la Germania y formó su Junta, contribuyendo no poco á exasperar los ánimos de aquella población el asesinato de un plebeyo, llamado Pedro Blanes, por el caballero

En Martín Tallada, y el conato de otro en la persona de Francisco Tordera por En Pedro Sanz. El pronunciamiento de Murviedro se llevó á cabo de una manera mas desastrosa. Los agermanados penetraron en la iglesia, y allí pasaron á cuchillo á una porción de vecinos que se habían refugiado en el templo, huyendo del motin. Entre los muertos se encontraron después dos niños, uno de siete años y otro de nueve. Entre los vencedores hubo uno que acababa de matar á su hermano en la acometida. Un notario, cogido y llevado á la plaza, sufrió una muerte lenta y dolorosa.

Propagado ya el movimiento y declarada ya en todas partes la guerra á los nobles, determinaron estos por fin prepararse á la lucha, y al efecto fueron convocados para una gran reunión, que debía celebrarse en Valencia. A esta reunión acudieron todos los nobles de la capital, y Pedro Maza, señor de Mogente, único que pudo ó que quiso acudir de fuera. Convencidos los nobles de la urgencia de prepararse á la lucha, nombraron una junta permanente, compuesta de veinte caballeros de los mas importantes por sus servicios militares y por sus riquezas, con amplias facultades para poder adoptar cuantas medidas creyeran mas convenientes á la seguridad de todos. El primer paso dado por esta comisión fué exigir del cardenal Adriano, que aun permanecía en Valencia, la adopción de las medidas mas eficaces y prontas para impedir la explosión de la guerra que amenazaba. Seguían su curso estas negociaciones, cuando un incidente de poca importancia fué bastante para que sirviera de señal y se diera comienzo á la guerra. Un artesano, llamado Pedro Malet, había conseguido que un aprendiz suyo abriese taller en la plaza de Santa Catalina, sin preceder el exámen pericial é indispensable de los mayores de su oficio, y esto se había logrado por cierta cantidad que abonaron los parientes ó protectores del aprendiz. Llegada á noticia del síndico del oficio la noticia de esta infracción de los estatutos gremiales de aquella época, presentó su queja al gobernador; pero la intercesión é influencia de En Diego Jofré, señor de Pardines, el síndico se dió por satisfecho y el negocio quedó sobreesido. Ausentóse, empero, por aquellos días el citado caballero feudal; insistió el síndico otra vez en su demanda de queja, y amenazando entonces al señor de Pardines si tomaba la defensa del aprendiz. Súpolo Jofré, y al regresar á Valencia buscó al síndico, y faltando á toda consideración, tuvo la imprudencia de darle de cuchilladas, abriéndole por dos partes la cabeza. Esta injusta agresión, que probaba ya la disposición en que se hallaba la nobleza con respecto á los plebeyos, provocó la indignación general que algunos días logró calmar D. Rodrigo de Mendoza, marqués de Zenete (1), que gozaba de gran prestigio en el pueblo. Por su mediación consiguió parar la venganza del herido; pero al mismo tiempo consintió en que el aprendiz abriera su taller. Esta última resolución no solo no contentó al pueblo, sino que arrojándose á la calle, se dirigió en numerosos grupos á la

(1) Este personaje es el mismo que yace enterrado en el magnífico sepulcro de mármol que existe en la suntuosa capilla de los Reyes de Santo Domingo.

citada plaza de Santa Catalina, al grito de «mueran los caballeros,» y trató de penetrar en la casa del aprendiz. En aquellos momentos de gritería y de confusión se presentó en la plaza el cardenal Adriano, acompañado del gobernador Exarch y de algunos jurados, con las insignias de su oficio; pero furioso el pueblo, y cumpliendo las órdenes de los Trece, desoyó la voz de aquel príncipe y la de su autoridad inmediata, y los mas osados tapiaron rápida y violentamente la puerta del taller, quemando públicamente sus efectos, y logrando una sentencia de destierro contra el señor de Pardines, sus criados y Pedro Mulet, cuyas vidas hubieran peligrado si no hubiesen apelado á la fuga. No pudiendo apoderarse de sus personas, los Trece publicaron un bando, poniendo á precio las cabezas de los fugitivos. Amenazados ya los caballeros, comisionaron á dos de sus individuos para que, pasando á la corte, espusieran al emperador el estado de perturbación en que se encontraba Valencia. Carlos I, enterado de todo, nombró virey y capitán general de este reino á D. Diego Hurtado de Mendoza, conde de Mérito, persona de mucho saber y de acreditado valor.

Los plebeyos encontraron también apoyo en la corte, y lograron cartas de eficaz recomendación para el nuevo virey.

Durante estas negociaciones oficiales de uno y otro partido, el pueblo amotinado reprodujo ante los Trece su acusación contra un infeliz, tenido por sodomita. Justa ó no esta acusación, el desgraciado fué preso y conducido á las cárceles de la ciudad; pero fueron tales las amenazas de los amotinados, tan imponente su agresión, que á pesar de ser Domingo de Ramos, el gobernador Cabanilles, temiendo mayores desgracias, cometió la debilidad de entregarles el preso, que las turbas condujeron fuera de la muralla y lo quemaron vivo entre los aplausos de los espectadores. El subgobernador Exarch, deseando evitar nuevas tropelías, mandó cerrar la puerta de Cuarte, con el fin de impedir la entrada de los amotinados; pero desistió de su proyecto en vista de la actitud resuelta de aquellos desalmados.

Entretanto se acercaba el día de la elección de Jurados: el emperador había espedido comunicaciones contradictorias, sosteniendo á la vez las pretensiones de los dos bandos; pero designando de antemano á los doce caballeros y doce ciudadanos, que debían concurrir á la elección. Los plebeyos protestaron de contrafuero, y en este estado vino á encargarse del gobierno del reino Hurtado de Mendoza, el cual hizo su entrada pública en 18 de mayo. Juan Lorenzo hizo observar que no era legal el reconocimiento del virey, supuesto que los estatutos no habían reconocido aun al rey, por no haber este jurado antes los fueros. Mendoza, sostenido por el estamento eclesiástico y militar, reunió á sus individuos en la misma catedral y les exigió el juramento de fidelidad; pero aquellos magnates hicieron constar, que si daban este paso era solo atendiendo á las circunstancias extraordinarias de la situación. Lorenzo, apoyándose en aquella declaración de los nobles, reiteró su protesta en el mismo templo, acusando el juramento de nulidad. Los ple-

beyos instaron para que se guardase el privilegio del rey D. Pedro; pero el Consejo de la ciudad dió por única respuesta, que debía cumplir lo mandado últimamente por el emperador.

Llegó con esto el día 25 de mayo, señalado para la elección, y en la víspera, los plebeyos reunidos en los patios y alrededores del palacio municipal, exigían la elección de dos jurados de su clase. No contentos con esto, se constituyeron grupos armados en diferentes puntos: algunos religiosos mediaron para impedir una gran revolución. El Consejo, en sesión larga, desechó como ilegal, la candidatura remitida por el emperador, y como su mayoría pertenecía á los agermanados, verificó la elección, dando entrada á dos plebeyos, dignos por cierto de esta honra, sin que saliera elegido ninguno de los candidatos del monarca. Publicada la elección, el baile general les recibió el juramento en la misma catedral, á cuyo acto se negó á asistir el virey, llevando su tenacidad hasta el extremo de rehusar su visita oficial, después de prestado el juramento.

Este desaire ofendió á los plebeyos, los cuales hicieron desfilar por delante del palacio de los condes de Ribagorza, en la calle de Caballeros, donde se hospedaba Mendoza, una gran masa de sus fuerzas que dispararon algunos arcabuces. A pesar de esta demostración hostil, intentó, sin embargo, el virey formular un término de conciliación, manifestando á los plebeyos la conveniencia de que no exigieran mas de lo que habían conseguido. Los Trece, ante quienes se presentó la proposición, hubieran aceptado aquel término, si no lo hubiesen impedido Juan Caro y Vicente Pérís, haciendo ver que no podían aceptar sin mengua el perdón ofrecido por Mendoza, supuesto que no había precedido delito que lo mereciera; y acabaron por impulsar de nuevo la tempestad que parecía disiparse.

A esta escitación se añadió una circunstancia de que se aprovechó Sorolla para llevar adelante la revolución. Mendoza había preso y condenado á muerte á un asesino natural de Murviedro.

Conducíanle á la horca, levantada en el mercado, cuando Sorolla, auxiliado por un grupo numeroso, prestando que en esta sentencia habían sido hollados los fueros del Justicia, arremetió con los que conducían al reo, le arrebató y le puso en libertad. Sorolla, comprometido ya, puesto á la cabeza de unos tres mil hombres, acometió el alojamiento del virey, que se defendió dentro con los suyos por espacio de dos horas. La presencia del subgobernador En Manuel Exarch y el jurado Luis Bustamante hicieron desistir al intrépido plebeyo, que fué á esconderse con el fin de que corriese la voz de que había sido secretamente asesinado. Fué tal el tumulto que esta nueva levantó en la capital, puesta ya sobre las armas, que obligó al mismo obispo de Segorbe, D. Gilaberto Martí, que accidentalmente estaba en Valencia, á revestirse con sus hábitos pontificales y dirigirse á casa de Sorolla, suplicándole cuando le encontró á que se mostrara al pueblo para calmar el motin. Sorolla, convencido por su mujer y por el prelado montó á grupa en la mula en que cabalgaba el obispo, y rodeado de numerosas

antorchas recorrió la ciudad, hasta llegar á la calle de Caballeros, donde habia vuelto á renovarse el ataque de los plebeyos, á pesar de la entrada de la noche. Al día siguiente abandonó Mendoza la capital y se retiró á Concentaina, cuyo conde era deudor suyo. En pos de él salieron todos los nobles mas comprometidos, quedando únicamente el marqués de Zenete, hermano del virey, que gozaba de mucha popularidad.

Los plebeyos, dueños de la capital, se apresuraron á despachar emisarios á todas partes; y la revolucion volvió á enseñorearse de Játiva y otros puntos, casi al mismo tiempo que una columna de mil quinientos agermanados marchaba sobre Chelva para castigar á su vizconde D. Pedro Ladron, que habia hecho ahorcar al jefe de la Germanía de Tuejon. Esta columna antes de salir, habia allanado, saqueado y quemado la casa del vizconde situada en la plaza de Calatrava.

El pronunciamiento en favor de la Germanía se propagó por todo el reino, y solo permanecieron ó indiferentes ó hostiles Mogente, Jerica, Torres-torres, Segorbe, Morella y Onda. Mientras la Junta de los Trece se disponía á emprender la guerra, la nobleza, reunida primero en Denia, se trasladó despues á Albatera, esperando los socorros que habian solicitado del marqués de los Velez. Sorolla fué en persona á Morella, para convencer á aquellos habitantes del interés con que debian asociarse á la Germanía; pero fueron inútiles sus pasos y Morella se declaró contraria.

La Junta de nobles de Albatera logró por fin que el emperador enviara á Valencia á su secretario Juan Gonzalez, quien presentó sus cartas á los Trece. Pero estos, persuadidos malamente de que aquellos documentos estaban redactados *bajo los almendros de Denia*, donde se hallaba todavía el virey, se negaron á complimentar lo dispuesto en las letras reales, insultaron al secretario, y allanando su alojamiento preparado en la casa de Mosen Villarrasa, le obligaron á abandonar la capital.

Los de Morella hostilizaban entre tanto á los pueblos del Maestrazgo, que no se decidían contra la Germanía y en represalias los agermanados de San Mateo asesinaron á su gobernador Bernardo Zahera, á despecho de las lágrimas de su desolada familia. Los de Morella sitiaron á San Mateo, la entraron por la cooperacion de los parciales que tenian dentro, y ahorcaron á seis de los principales agermanados. Sabido esto en Valencia, se dispuso inmediatamente la salida de un cuerpo expedicionario, á las órdenes de un carpintero, llamado Miguel Esteve, encargado de sublevar los pueblos del Maestrazgo contra Morella.

Estaba dada, pues, la señal de guerra: los nobles levantaron por fin un cuerpo de mil quinientos peones y algunos caballos, cuyo mando se confió á Rocafull, señor de Albatera. El duque de Segorbe entró tambien en campaña á la cabeza de cuatrocientos hombres y gran número de personajes, dando comienzo á sus operaciones por el socorro de la plaza de Morella. El capitán Estellés y el duque empeñaron en Oropesa la primera accion, contraria á los agermanados, los cuales además de su derrota, perdieron á Estellés, que fué ahorcado con otros en Castellon. El de Segorbe recibió en seguida numerosos refuerzos y estableció su cuar-

tel general en Nules, mientras los agermanados se apoderaban, no lejos de allí, de los pueblos de la serranía de Náquera. Pero sabida en Valencia la rota y muerte de Estellés, se procedió tumultuosamente á la eleccion de un nuevo caudillo, que recayó en el jurado Jaime Ros, nombrando para su alférez á Simon Borrell. Dos mil hombres decididos y bien armados se pusieron á las órdenes de Ros, que aquella misma noche renunció su empleo en Catarroya, reemplazándole Juan Caro. Este jefe se dirigió á Alcira, se apoderó de los pasos, por donde se podia cruzar el Júcar, y al frente de cuatro mil hombres intentó apoderarse del castillo de Corbera, cuya defensa estaba confiada á los caballeros Pedro Zanoquera, Pedro Luis Escriba, el comendador Vilanova y Andrés Porta con doscientos hombres. Caro, dejando algunas fuerzas delante de Corbera, marchó sobre Játiva y obligó á rendirse á los defensores de su castillo.

Valencia entre tanto sufría los horrores de la anarquía: la gente tímida se habia encerrado en la catedral: el P. Lucas Bonet, religioso agustino, con un crucifijo en la mano alentaba al pueblo valenciano á vengar la muerte de dos jóvenes, que se habian ahogado, y que los de Murviedro enviaron á Valencia, diciendo que habian sido muertos por los moriscos que seguian á los nobles. Al día siguiente salió de Valencia una division, fuerte cinco mil hombres, mandada por Jaime Ros, llevando consigo la señera ó pendon venerando de la ciudad. El duque vino á su encuentro, y ambos ejércitos se afrontaron entre Murviedro y Almenara. El combate fué rudo, tenaz, sangriento; pero la victoria se declaró por el duque, á costa de doscientos muertos, entre ellos muchos caballeros de la primera distincion. Los agermanados perdieron dos mil hombres. Sospechando, sin embargo, los plebeyos que esta derrota era debida á la traicion del maestre general Juan ó Carlos Siso, le alancearon en la plaza de Murviedro. Con la noticia de esta desgracia llegó á Valencia la de que Vicente Perez habia batido al mismo virey cerca de Castellon del Duque, abandonado cobardemente en medio de la accion por dos compañías de manchegos, que se huyeron á Gandía, donde saquearon el palacio del duque. Pérís llegó, sin embargo, poco despues á esta ciudad, se apoderó de los manchegos, les obligó á devolver lo que habian robado, y les insultó públicamente, dándoles el nombre infame de traidores. Pérís destacó algunas fuerzas para hostilizar á los pueblos, que se negaban á coligarse con los agermanados, y una de estas partidas se apoderó del castillo de Polop, guarnecido por seiscientos moriscos, á quienes bautizaron á la fuerza, para degollarles en seguida. Así, decian los vencedores, *se echan almas al cielo y mucho dinero en las bolsas*.

La derrota del virey obligó á los nobles á activar sus medios de resistencia, adoptando entre otros el de pedir socorros al célebre D. Alvaro de Bazan y otros próceres, que estaban reclutando gente en Andalucía. De este modo se formaron tres grandes cuerpos: uno mandado por D. Pedro Maza, señor de Mogente, y D. Ramon Rocafull, señor de Albatera; otro á las órdenes de Bazan, y el tercero regido por el marqués de los Velez. Avanzando las tres divisiones si-

multáneamente, obligaron á los agermanados á dividir tambien sus fuerzas, derrotadas en Orihuela.

Valencia, aturdida con las noticias contradictorias que se recibian de continuo, hacia imposible toda direccion regular, por la falta de unidad de los plebeyos, cuyas exigencias no reconocian límites. En vano se presentó en la capital el infante D. Enrique, porque su autoridad no fué respetada; y fué preciso avisar al virey, que, dueño de Murviedro, se aproximaba á Valencia, mientras los demás cuerpos avanzaban sobre el Júcar para apoyar á Mendoza. Los agermanados, acosados por tres puntos á la vez, entablaron tratos con el virey, por medio del obispo de Mallorca, tres canónigos, trece religiosos y Juan Caro. Mendoza exigió que los plebeyos depusieran las armas, y admitieran los jurados cuya candidatura remitía. Los Trece aceptaron, renunciaron y entregaron el mando á D. Ramon de Vilanova. Los nuevos jurados tomaron posesion en 18 de octubre, y en 1.º de noviembre entró el virey, alojando en los pueblos inmediatos su ejército, que ascendía á veinte mil hombres.

Aun no habia terminado la guerra: un bravo capitán, llamado Inigo, sostenia con bravura la causa de los plebeyos en Alcira, rechazando al virey, haciéndole perder mas de mil hombres y acosándole en su retirada hasta la vista de Játiva. Esta ciudad, donde tremolaba la bandera plebeya, resistió las briosas acometidas del ejército del virey y del señor de Mogente. Mendoza, humillado de este modo, tentó los medios de llegar á una avenencia, enviando al efecto á su hermano el marqués de Zenete, tan respetado, como querido de los agermanados. Pero Vicente Pérís, emboscado en Játiva, sorprendió al marqués y le hizo prisionero. Amigos y enemigos reprobaron este atentado, y unos y otros despacharon numerosas comisiones, para pedir á Pérís la libertad del marqués. El bravo plebeyo no pudo resistir á aquellas demostraciones, y puso en libertad á su prisionero, y en seguida se trasladó á Valencia para levantar de nuevo la revolucion. Pérís penetró efectivamente en la capital, y convocó á sus mas íntimos en su casa, situada en la calle de Gracia. Apenas circuló por Valencia la noticia de la llegada del temible agermanado, se reunieron cinco mil hombres, divididos en tres columnas, á las órdenes del gobernador Exarch, del marqués de Zenete y del jurado Vidal de Blanes, para acometer la casa de Pérís por tres puntos á la vez. Pérís, sorprendido, pero no intimidado, acudió á su defensa; y se dió principio á un combate general, tanto mas terrible, cuanto la calle es sumamente estrecha y los agermanados eran apenas doscientos. El marqués de Zenete murió á consecuencia de un golpe de piedra arrojada desde una azotea; mientras los realistas sufriendo graves pérdidas sitiaron por fin la casa del caudillo plebeyo. Pérís hizo salir á su mujer y sus hijos, y se defendió con un valor heroico, hasta que se derrumbó la casa, presa de las llamas. En este estado el intrépido caudillo salió á la parte de fuera, espada en mano, encontrándose de frente con el gobernador. Aun no habia tenido tiempo ni para conferenciar, ni para defenderse, cuando un asesino le acometió por la es-

palda, matándole bárbaramente. Su cadáver fué arrastrado hasta la plaza del Mercado, y medio despedazado le colgaron de la horca. Así pereció el mejor de los plebeyos de la Germanía, cuyo valor supo resistir á los mas bravos caudillos, que entonces tenia España.

En seguida fueron castigados algunos otros, y acaso no continuó por entonces la persecucion, porque Játiva y Alcira, escitadas por el encubierto, que se hacia pasar por hijo natural de Fernando el Católico, tenian en jaque á los realistas, venciendoles en muchos encuentros, en uno de los cuales fueron heridos el duque de Gandía y el conde de Olives. Las mujeres, sobre todo, se distinguieron por la defensa que hicieron desde los muros de Játiva. Tanto denudedo hubo al fin de sucumbir á todas las fuerzas combinadas del virey, y tanto Alcira como Játiva hubieron de rendirse.

Terminaremos de esta lucha entre nobles y plebeyos, terminada sin venganzas ulteriores, salió incólume la libertad foral. No se menoscabó ni uno de los privilegios: los fueros nada perdieron de su integridad. Cuando el emperador tuvo noticia de la pacificacion del reino, escribió al virey Mendoza, dándole las gracias y aconsejándole que «aforcara muchos plebeyos.» El ilustre Mendoza contestó á esto: «Yo non he venido como verdugo, sino como general.» Estas palabras, hijas del valor y de la independenciam, no necesitan comentarios.

CAPITULO X.

Espulsion de los moriscos.

Terminada la sangrienta guerra de la Germanía, quedó el reino de Valencia completamente tranquilo, auxiliando en todas sus grandes empresas al emperador Carlos I, tomando parte sus tercios en las guerras de Italia, de Africa y Flándes, y desarrollando su industria, que adquirió en el siglo XVI su verdadera importancia, al paso que su acreditada universidad producía hombres eminentes y de alta fama europea, como Honorato, Joan, Luis Vives y los historiadores Viciano, Diago y Escolano. Mientras Valencia con sus grandes fábricas de tejidos de seda y de güadamáciles, los moriscos con su agricultura y no poca parte de su industria, las letras con la considerable pléyada de escritores y poetas, y las artes con las inspiraciones de Juanes y de Borrás, Ribalta y Ribera, se elevaban á un renombre justamente merecido, en el reinado de los tres primeros príncipes de la casa de Austria, la opinion pública, siguiendo la política de estos reyes, se fijaba, mas que en los grandes hechos de los españoles en Europa, Asia y Africa, en la suerte de la numerosa raza africana, que ocupaba mas de la mitad de los pueblos del reino.

Hasta la época de la guerra de la Germanía, los mahometanos, descendientes unos de los primeros árabes conquistadores, é hijos otros de las tribus almohades y almoravides, habian conservado en Valencia su autonomia en religion, lengua y costumbres, dedicán-

dose á la agricultura y á la industria, que levantaron á grande altura.

Aun despues de la espulsion de los judíos, los mahometanos nada perdieron de su posicion, bajo el amparo de los fueros y la tolerancia de los cristianos. Laboriosos, sóbrios y dóciles, al principio eran buenos vasallos y pacíficos ciudadanos, sirviendo con lealtad, ya á los reyes de Aragon, ya á sus señores feudales, en las guerras de Nápoles, y en cuantas los monarcas aragoneses sostuvieron con Francia, mostrando en todas ellas un valor á toda prueba. Cuando la suspicacia y un celo mal entendido les señalaba en todas partes con sus escitaciones, el pueblo morisco se hizo tambien receloso, concentrado y de dudosa fé, valiéndose de la doblez y del engaño para sostener la persecucion, primero somera y despues oficial, que hubo de resistir y rechazar. Hasta la espresada época de la Germania no fueron molestados por los moriscos, y se tuvo con ellos una tolerancia, que gran número de españoles del siglo XIX ni puede ni sabe comprender, porque estos españoles no son mas que los continuadores de los feroces perseguidores del siglo XVI y XVII. San Vicente Ferrer, que valia mas que Felipe II y sus oscuros consejeros, procuró con todo su celo apostólico convertir á los moriscos; pero no usó jamás, ni aconsejó una sola vez las medidas de rigor para convertirlos: Vicente era santo y era sabio.

Pero vencida la Germania, los plebeyos no perdonaron nunca á los moriscos la lealtad con que habian seguido las banderas de sus señores; y durante la guerra se formó ya una opinion hostil contra ellos, opinion que poco á poco se cobijó casi del todo en los claustros, halló apoyo en las personas devotas, creció y se desarrolló fuera de Valencia y alcanzó los escanos del supremo poder.

Carlos I, no por su propio cálculo, sino aconsejado por su antiguo preceptor el cardenal de Utrech, despues papa Adriano, que no tenia motivo para conocer la España, parodiando las disposiciones de sus abuelos los Reyes Católicos, espidió una cédula, fecha 4 de abril de 1525, ordenando que en el discurso de un año los mahometanos de Valencia, Cataluña y Aragon, abjurasen sus creencias religiosas, ó saliesen de la Peninsula, y que los que prefiriesen el destierro al bautismo, fuesen conducidos, no á las orillas del Mediterráneo, sino á la estremidad de Galicia, para embarcarse en el puerto de la Coruña. Fundábase esta disposicion en la sospecha, de que los mahometanos estaban en connivencia con los de Africa y Constantinopla, para sostener los proyectos de invasion y conquista, que se atribuía á los orientales. Una bula de Clemente VII, fechada en 11 de junio de 1524, daba por seguras estas combinaciones; y tanto estas disposiciones pontificias, como la cédula del emperador, robustecieron la opinion de los que no querian transigir con los moriscos, y dieron pábulo á multitud de rumores absurdos, que acrecian la animosidad contra los musulimes; insultados en todas partes por el pueblo bajo y grosero, acusados continuamente de dichos y hechos, casi siempre inverosímiles y pocas veces probados, los moriscos en tan dura alternativa hubieron muchos de abrazar el cristianismo, y por consecuencia faltar frecuentemente á sus

santas prácticas, ó por desidia, ó por malicia, lo que era mas seguro. Otros, sin embargo, pasado el plazo del año, antes que abandonar la religion de sus mayores, alzaron el pendon de rebelion y se hicieron fuertes en las escabrosidades de la Sierra de Espadan. En número respetable ocuparon las mejores posiciones de defensa, y resolvieron sostener una guerra á muerte. En este estado de agitacion, y en vísperas de una sangrienta lucha de religion y de raza, llegó á Valencia en 10 de mayo de 1525, como representante del emperador, D. Gaspar Dávalos, obispo de Guadix, comisario del inquisidor general, acompañado de varios oficiales del mismo tribunal, de D. Antonio de Guevara, obispo que fué despues de Mondoñedo, y fray Juan de Salamanca, ambos de los primeros oradores de la época. El obispo Dávalos debia predicar en la catedral un domingo inmediato, que se contaba 14 del mismo mes, segun se anunció por pregon público, anunciando que el prelado esplicaria el objeto de su importante comision. El pueblo acudió en masa á la iglesia metropolitana, donde apenas podia contenerse, y donde fué harto difícil establecer el orden. Entre tanta multitud de hombres, por otra parte sabios, que se dejaron llevar por la corriente de la opinion, sin paramientos, así en las consecuencias, ni en la dificultad de hacer cumplir las mismas órdenes del soberano, se distinguió, sin embargo, por su moderacion y su ilustrada tolerancia el P. Jaime Benet, valenciano, monge del monasterio de la Murta, sosteniendo en sus escritos y en las varias conferencias, á que fué invitado, la inoportunidad del bautismo violento, que trataba de imponerse á los moriscos, porque si antes eran mahometanos, habian de ser despues necesariamente apóstatas. Pero esta opinion, sostenida por otros muchos, se estrelló contra la reaccion levantada por la intolerancia á despecho de los fueros. El obispo disertó largamente sobre el Evangelio del dia, y concluida la homilia mandó leer una convocatoria, en la que se llamaba á todos los moros que habian recibido ya el bautismo y habian apostatado, para que en el impropio término de treinta dias se presentasen á pedir absolucion, declarándolos de lo contrario rebeldes. Acto continuo se leyó la real cédula citada de 4 de abril. Las razones alegadas en el escrito imperial habian sido refutadas victoriosamente por el monge Benet; ¿pero qué pudo su voz contra el clamor de la muchedumbre, arrastrada por un impulso religioso? Su palabra desapareció; y el pueblo valenciano vió con alegría la persecucion levantada contra los moriscos, auxiliares de los nobles, gozándose en la desgracia de aquellos, que en último resultado eran tan desgraciados como los plebeyos.

Sucesivamente se publicaron diferentes bandos, encaminados á prohibir á los moriscos abandonar su residencia ordinaria, vender oro, plata, joyas, seda, bestias, ni ganado, y marcándoles, en fin, la obligacion de acudir á los sermones, llevar un distintivo en el sombrero, y de entregar en poder de sus señores todas las armas ofensivas y defensivas, reservándose únicamente un cuchillo sin punta. Por último, se les mandó cerrar sus aljamas y mezquitas; y de orden del inquisidor general se prescribia la delacion, para

cerciorarse de la conducta de los moriscos. Algunos moriscos que desearon huir de tanta violencia, se dirigieron á la Coruña para embarcarse, como lo mandaba el emperador, y fueron inhumanamente asesinados en el camino. La noticia de estos crímenes, la exuberancia de persecucion y los clamores de tantos millares de desventurados, impulsaron por fin al rey emperador á suavizar sus anteriores decretos, por otro de 13 de setiembre, dirigido á las aljamas, y recibióse con franca caballerosidad á los comisionados moriscos, que se le presentaron. Pero á pesar de esto, les hizo saber que en el fondo estaba resuelto á que en toda España no hubiera mas que una sola religion. Los comisionados ofrecieron sumas considerables, pidieron embarcarse en Alicante, y no logrando ventaja alguna, regresaron despechados á Valencia, resueltos á todo en la necesidad de abrirse paso por el círculo de hierro en que se les encerraba.

La resistencia comenzó en Benaguacil, no lejos de la capital, iniciada por un morisco, tuerto como Aníbal, llamado el Tagarino, hombre de resolucion y de bravura. El caudillo mahometano se halló, sin embargo, solo al dar principio á la empresa; y se vió precisado á abandonar el pueblo, dirigiéndose á la sierra de Espadan, pero sublevando de pasada el valle de Almonacid, los pueblos de Onda, Eslida, Uxó y Segorbe. A este grito de rebelion respondieron los mahometanos de las sierras de Bernia, Guadalist y Confrides. Los tercios cristianos, acudiendo con rapidez, acosaron á los sublevados de estos últimos puntos, obligándoles á embarcarse en algunas galeotas berberiscas. No sucedió así, empero, con los de la sierra de Espadan, cortada por los rios de Millares y Villahermosa, donde los moriscos escogieron para su defensa las asperezas de las faldas del Peñagolosa, que se une

á Espadan cerca de Villahermosa. Los rebeldes eligieron para caudillo á un bravo musulman, llamado Karban, vecino de Algar, que tomó despues el nombre de Zelim Almanzor. Su actividad, su vigilancia y su celebrada prevision lograron organizar una masa compacta y fuerte, pero por su desgracia poco numerosa; fortificó los pasos estratégicos, acopiando grandes cantidades de peñascos, para arrojarlos al paso de

los acometedores. Don Alonso de Aragon, duque de Segorbe, á la cabeza de 7,000 peones y numerosa caballería, acometió el valle de Almonacid, sufriendo un notable descalabro por efecto de una sorpresa de Karban. El duque, detenido en sus operaciones por las dificultades de unos caminos ásperos, mas que por el valor de los moriscos, hubo de emprender la retirada, dejando sesenta muertos en el campo, y llevándose no pocos heridos. Este descalabro causó en Valencia una profunda sensacion, y la opinion pública lo achacó, no á las escabrosidades del terreno, sino á la circunstancia de que, siendo los vasallos del duque, no habia querido este esterminarlos. El duque, abandonado por la mayor parte de sus fuerzas, se retiró á Segorbe, desde donde dirigió cartas á la capital, no solo para sincerar su conducta, sino tambien para proponer un plan de campaña, de mas fácil ejecucion. En vista de la situacion se reunió un gran consejo de jefes,

y entre otras medidas, se convino, como la mas apremiante, en mandar una columna de 500 hombres, á las órdenes de D. Diego Ladron y Pedro Zaroguera, para situarse en Onda é impedir los progresos de Karban. Entre tanto se procedió á la organizacion de un nuevo ejército, que llegó á elevarse á 10,000 hombres, todos sacados de los guerreros de Valencia y de otros pueblos, tomando otra vez su direccion el duque de Segorbe en nombre del emperador. Los moriscos, que



Miguelete de Valencia.

habían saqueado á Chilches y otros pueblos, acudieron á defender los pueblos de Alsin y Alcudia de Veo, amenazados por el duque. El combate fué pertinaz y prolongado, haciendo unos y otros prodigios de valor, batiéndose cuerpo á cuerpo, y sufriendo, sobre todo los cristianos, horribles estragos en sus filas, por los proyectiles que bajaban rodando de las cumbres, impelidos por brazos vigorosos. Nada, empero, detuvo el denuedo de nuestros soldados artesanos, y á pesar de tanta resistencia y del horrible calor de los últimos días de julio, lo arrollaron todo, se apoderaron de los pueblos de Alsin y Artesa, y dispersaron las fuerzas rebeldes en todas direcciones. Esta victoria, que cortaba á la rebelion su paso á otros puntos, no decidió sin embargo la campaña; volvióse á criticar de las operaciones del duque, y este se vió en el caso de pedir al emperador, que pusiera á sus órdenes un cuerpo de 3,000 alemanes, que venia á Valencia de paso á Barcelona, con objeto de embarcarse para Italia. Accedió el monarca; y el duque, incorporando aquellos extranjeros á su ejército, lo dividió en grandes columnas y empezó una batida general en setiembre de 1526.

El ataque fué simultáneo por diferentes puntos: la resistencia creció; la lucha adquirió mas encarnamiento; y la tierra de Espadan, ojeada por todas partes, presentó durante algunos días un vasto campo de muertos despedazados horriblemente. Costosa fué la victoria; pero á fines del año la rebelion quedaba sofocada, y apenas quedaba ya un musulman en todo el reino.

Los moriscos recibieron el bautismo, pero violentados por las circunstancias; pública ó secretamente, faltaban á los deberes que impone el cristianismo; y de aquí las delaciones y los rigores desplegados por la Inquisicion bajo todas las formas que presentaba aquel infatigable y espantoso tribunal. Los señores que tenían vasallos moriscos, temiendo que este exceso de rigor armase otra vez el brazo de la raza africana, se esforzaron en conseguir, que se apelase á la persuasion y á las misiones lo que se exigía con el hierro y con el fuego. Las súplicas de la nobleza hallaron acogida en el ánimo del sumo Pontífice, y la Santa Sede se dirigió al Inquisidor general D. Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla, dictando varias disposiciones conciliadoras. Puestas en ejecucion estas medidas, y cuando personas caritativas é idóneas habían dado comienzo en grande escala á la predicacion, por los años 1532, se recibió la noticia de que una escuadra de diez y siete buques argelinos había verificado un desembarco en la playa de Cullera, y que el duque de Gandía, unido al conde de Oliva, acudia para rechazarlos é impedir la fuga de sus vasallos. Estas escursiones de los argelinos se repitieron muchas veces durante el siglo xvi; pero no se volvió á agitar la cuestion de los moriscos hasta el reinado de Felipe II.

El nuevo monarca, que temía con razon las complicaciones que las intrigas de sus poderosos enemigos podían suscitarle dentro de sus reinos, nombró una junta, compuesta de hombres de guerra, prelados y jurisconsultos para proponer el remedio de los moriscos. La junta acordó que los moriscos aprendieran en el

término de tres años la lengua castellana, prohibiendo estender en árabe ninguna clase de documentos, que-mando todos los libros árabes que se encontrasen en su poder, que adoptasen el traje cristiano, y las mujeres salieran á la calle con el rostro descubierto: que en todas las reuniones de fiestas se proscribiesen los bailes y canciones nacionales (*zambras y leilas*), disponiendo que tuviesen abiertas las puertas en los viernes y días festivos de los mahometanos: que dejando los nombres de familia, adoptaran los cristianos, prohibiéndoles bañarse y mandando destruir sus baños; y por último, se les prohibió tener esclavos negros. Estas medidas, que no necesitan comentarios, por ridiculez unas, por extravagantes otras y por violentas todas, exasperaron á aquella poblacion numerosa, á quien de este modo tan humillante se obligaba á renunciar, no solo á la religion, sino al nombre de familia, y á cuanto mas querido conserva en su fondo el corazon; pero antes de apelar de nuevo á la fuerza para rechazar unas disposiciones tan contrarias á toda nocion de justicia, acudieron en queja al rey por conducto de las autoridades; pero el monarca se negó á acceder con la pertinacia que distinguía sus actos. Los moriscos de Granada acudieron entonces á las armas, y se dió principio en las Alpujarras á aquella famosa rebelion que debia inmortalizar el nombre de Aben-Humeia (1567). Los de Valencia no secundaron el movimiento; pero esta conducta pacífica no puso término á las acusaciones vulgares que, á fuerza de repetirse, perdian toda probabilidad. Cada época tiene sus frases sacramentales para los partidos; y el vulgo cree á todas. Se acusaba siempre á los moriscos de connivencia con los argelinos; y como se verá, los moriscos valencianos fueron víctimas de la rapacidad de los argelinos. Eran laboriosos económicos, industrioses; y así se hacían ricos. Para sus enemigos estos eran graves delitos. Cervantes les acusa de avaros, y sin quererlo hacia el gran escritor la fotografía de los avaros de todos los países, religiones y lenguas. De tantas quejas y de esa opinion siempre en actividad, se deducia en conclusion, que solo era posible que España fuera grande espulsando del reino á los moriscos. A la espulsion sucedió la pequeñez de Felipe IV y la imbecilidad de Carlos II. Esta era la grandeza que anunciaban los enemigos de los moriscos. Pero lo que no intentó Felipe II con su genio de hierro, se llevó á cabo bajo el cetro de su hijo Felipe III, editor responsable del célebre duque de Lerma.

Mientras la Junta establecida en Madrid, subvencionada con cincuenta mil ducados, que pagaban los moriscos, estaba muy lejos de aconsejar la espulsion, siguiendo en esta parte la conducta observada por la corte de Roma, cerca de la cual tenían tambien los moriscos un representante, que lo era entonces un canónigo; trabajaba en Valencia con incansable afan un religioso dominico, llamado el P. Jaime Bleda, natural de Algemesi ó Algemezis. Abogado antes de vestir el hábito, fundador despues y prior del convento de su pueblo, fué misionero y cura de almas de varios pueblos moriscos, cuyas costumbres conocia perfectamente. Sabia el árabe y hablaba con soltura la *algarabía*, una jerga compuesta de voces árabes, castellanas y lemosinas, que los moriscos hablaban entre sí, cuando

no querian que los cristianos les entendieran. Por espacio de treinta y tres años se ocupó el P. Bleda en el empeño de espulsar á los moriscos, haciendo diferentes viajes á Roma, innumerables á Madrid, sin que los desengaños, la tardanza, ni la indiferencia, y algunas veces los desaires le hicieran retroceder. Infatigable, celoso, tenaz y dispuesto hasta el martirio, llegó en su delirio hasta el exceso de maltratar al buen Patriarca D. Juan de Ribera, Arzobispo de Valencia en aquellas circunstancias. El prelado, lleno de bondad, de mansedumbre, de hidalgos sentimientos, y digno hijo de Perafan de Ribera, primer duque de Alcalá de los Gazules, marqués de Tarifa, conde de los Molares, oponia á la impetuosidad del religioso la dulzura del apóstol y la paciencia del santo. Bleda, desairado por la Junta de Madrid, mal recibido por el mismo Papa, y tibiamente admitido por el Patriarca, encontró un auxiliar y el verdadero apoyo en el famoso marqués de Denia, duque de Lerma. Fastuoso, de medianos talentos, pero ayudado por el demonio de la avaricia, acumuló honores y empleos en su familia; rodeaba de esplendor y de obsequios al rey en los frecuentes viajes que le hacia emprender, y mientras concedía honras á los que mas se distinguían en festejar al soberano, hacia creer á este que era grande la prosperidad del país, cuando en realidad caminaba rápidamente á su empobrecimiento, que comenzó en el reinado de Carlos I, á pesar de las flotas venidas con el oro de la América. Por dinero concedió el de Lerma derechos de ciudadanía á los judíos de Portugal, que lo solicitaron; y tal ministro de tal rey fué el encargado de llevar adelante la espulsion de los moriscos. Esta disposicion de Felipe III, ó mejor dicho de su valido el marqués de Denia, justifica las razones que tenían sus defensores para impedir aquella insigne tropelía. Solo los gobiernos débiles son capaces de tales empresas; y esta es gloria, es la única que España debe al tercer Felipe.

Aprovechando estas circunstancias Enrique IV de Francia, un gran rey con el gran ministro Sully, comprendió mejor que Francisco I y los demás reyes de Valois la ocasion de acabar de minar en España el poder del Austria, debilitada ya por las guerras religiosas de Alemania, que muy pronto debia ser devorada por la lucha de los Treinta años. La opinion pública, de que era eco el P. Bleda, atribuyó á Enrique de Borbon el proyecto de provocar la rebelion de los moriscos, persuadido de que con su espulsion ó su exterminio perdía la España una gran masa de industriales, que no dejaban emigrar los grandes caudales, que se recibían de América. Anulada la industria, los españoles acudirían á los mercados franceses, depositando en ellos los productos de sus riquezas. El P. Bleda, refiere con este motivo la prision de un francés, emisario secreto, que celebró largas conferencias con un morisco, llamado Alamí de Alasquer, natural de Alberique, y uno de los propietarios mas opulentos de Valencia. Por su indicacion se convino en una gran junta, tambien secreta, acudir á las armas, y alzar por rey al mismo Alamí. Concluye el citado misionero diciendo, que un súbdito inglés descubrió las maquinaciones del francés, el cual fué reducido á prision y castigado. Todas estas sospechas parecían desde luego mas probables

que la supuesta connivencia de los moriscos valencianos con los argelinos.

De todos estos rumores se aprovechó el P. Bleda, y logró por fin convencer al duque de Lerma de la imperiosa necesidad de decretar la espulsion. Ignoramos los tratos que mediaron entre el favorito y el fraile, ni qué proyectos concebiría el duque, accediendo á esta medida extrema; pero es fácil sospechar la existencia de grandes intereses, que decidieron al magnate, que fundaba conventos en todas partes, á afectar mucha religiosidad, acallando así al clero. Vencida la resistencia del favorito omnipotente, era preciso apoyar la resolucion en peticiones formales, ya que no partía la iniciativa ni de la Junta de Madrid, ni de la corte pontificia. Pero el P. Bleda, que no se daba un momento de reposo, logró del venerable patriarca don Juan de Ribera, á quien por cierto no profesó gran respeto el P. Bleda, que elevara á S. M. una larga y razonada esposicion pidiendo la espulsion de los moriscos, y aduciendo, para convencer al monarca, los mismos argumentos que venían repitiéndose hacia mas de cincuenta años. El duque de Lerma recibió benévolutamente la esposicion, y en su consecuencia pidió al patriarca nuevos informes, con el carácter de reservados. Evacuado el dictámen, se remitió á Felipe, y su ministro se apresuró á contestar al virtuoso prelado, que había resuelto por fin S. M. verificar la espulsion, enviando al efecto á su maestre de campo general D. Agustin Mejía, que llegó á Valencia en 20 de agosto (1609). Mejía celebró largas y secretas conferencias con el arzobispo y el virey, que lo era el marqués de Caracena; y para no esponerse á una indiscrecion, se reunian por la noche estos tres personajes en la alquería que poseía el patriarca en la calle de Alboraya, contigua al convento de Capuchinos, que el mismo arzobispo acababa de fundar. Esta reserva tenía por objeto ocultar la importante resolucion adoptada por el monarca, y dar en su dia la conveniente publicidad, cuando las precauciones militares fueran bastantes á impedir una sublevacion.

El público no dejó por ello de apercibirse por la presencia en nuestras costas de la escuadra dividida en siete grupos, al mando respectivamente de Pedro de Toledo, el marqués de Santa Cruz, Pedro de Leiva, el duque de Tarsis, Antonio Colonna, conde de Uda, Pedro Domps y Luis Fajardo. Mientras las galeras ocupaban los Alfaques, Denia y Alicante, avanzaba sobre Valencia un respetable cuerpo de caballería al mando de Pedro Pacheco, hermano del virey. Todos estos aprestos formidables escitaron en alto grado la curiosidad pública, que no puso en duda la realizacion del proyecto llevado á cabo por el P. Bleda. Mientras los plebeyos aplaudían esta resolucion tan deseada, los nobles, alarmados por el perjuicio que iban á sufrir en sus intereses, celebraron una reunion, y despues de oír al virey que contestó ambigüamente, nombraron una comision para que se trasladara á Madrid y lograra la suspension de aquella medida. La reunion fué tan poco pacífica en la casa de la diputacion (hoy audiencia), que unos y otros, los mismos nobles, llegaron á las manos, y hubo de intervenir el mismo virey, que se apresuró á enviar al sitio del desórden al re-

gente D. Juan de Aguirre. La presencia de este anciano magistrado, lejos de calmar el tumulto, causó tal escitacion, que abrumado Aguirre por el disgusto, fué acometido allí mismo por un accidente, del que murió en el acto.

Al fin se nombró la comision; pero antes de llegar los delegados á la córte, se publicó con gran solemnidad la carta del rey, fechada en 11 de setiembre. Su lectura se verificó en presencia de los diputados del reino, los jurados de la ciudad y los mismos nobles. El día 22 se publicó el bando correspondiente, disponiendo que al tercer día de publicado este bando, todos los moriscos debían abandonar el pueblo de su naturaleza, marcando la ruta que debían seguir; unos hasta los Alfaques, otros hasta Denia, otros hasta Alicante y otros hasta la capital.

Entre otras de las prevenciones del decreto de espulsion era una la de obligarse á quedar á las niñas y niños menores de seis años, hijos de cristianos viejos y madres moriscas.

Inmediatamente distribuyó el virey las fuerzas de que podia disponer en varios puntos de la ciudad, dispuestas á entrar en campaña. Este aparato era necesario, porque los moros, resueltos á apelar á todos los medios, desde el ruego hasta la resistencia armada, acudieron desde luego á suplicar al virey que suspendiera la ejecucion de la órden. Sus gestiones, sus promesas, sus juramentos y sus lágrimas fueron inútiles ante el deber que el marqués de Caravaca tenia que cumplir, á pesar de la hidalguía de su corazon. Bien comprendia que el reino iba á quedar despoblado; que España se desprendia de una masa de pobladores industriosos y excelentes labradores; y que hijos del país, teniendo en él los sepulcros de sus padres, la cuna de sus hijos, sus bienes, sus fortunas, desconocidas en el Africa, no podían dejar de amar el suelo que les vió nacer, y donde habian pasado tantos siglos. Pero, ¿qué valian entonces estas y otras consideraciones que alcanzan en el día hasta los menos conocedores de la cosa pública? Si el marqués permaneció inflexible, culpemos al espíritu de la época.

Los moriscos, perseguidos por la opinion, compadecidos, pero no protegidos, como en los buenos tiempos, por los nobles sus señores, y á la vista de las fuerzas desplegadas contra ellos, cedieron en su mayoría y dieron comienzo al abandono de sus hogares. Los alfaques en su desesperacion mandaron que todos sus hermanos marcharan al destierro, y así se cumplió. Los pueblos que iban á quedar desiertos abrieron una feria, si así puede llamarse la venta pública de los bienes que los moriscos no podían llevarse. Los especuladores compraron á precios viles objetos de gran valor; adquirieron por doce ó quince reales la fanega de granos, cuyo valor se estimaba en ocho ducados; las cabalgaduras se dieron por un precio insignificante, así como las alhajas y los objetos de labranza. Muchos moriscos abandonaron los caballos; algunos de aquellos infelices, cuando se dirigían al puerto designado, fueron asesinados inhumanamente; y los caminos ofrecían el triste espectáculo de multitud de hombres, mujeres, ancianos y niños cubiertos de polvo, cargados con los últimos restos de sus fortunas, ca-

minando desesperados al punto de embarque. Fueron tantos y tales los desórdenes cometidos en aquellas ferias por los especuladores y gente soez, que el virey se vió obligado á prohibirlas, disponiendo que se quedasen los señores con los objetos, cuyo valor fuese bastante á cubrir las deudas contraídas por sus vasallos. Cuando llegó á Valencia la gran masa que debía embarcarse en ella, desfilaron los desterrados por delante del palacio del Real para saludar al virey, que salió á las ventanas para verlos pasar. Esta escena, tan lúgubre como tierna, recuerda aquella salutacion de los esclavos romanos, que iban á morir para divertir al pueblo: *Imperator, morituri te salutant.*

En los puertos y en las playas, donde tenia lugar el embarco, era mucho mayor el desórden y la confusion, por la muchedumbre de emigrados y las piras de equipajes. Allí acudieron tropas para impedir los robos; pero su vigilancia fué inútil. Nuestra escuadra no era suficiente para tan largos trasportes, y los moriscos se vieron en la necesidad de fletar por su cuenta algunos barcos para verificar la travesía. En este servicio se ocuparon dos galeras mallorquinas, que transportaron á los moriscos de Picasent, Ribarroja, Alacuaz, Benimamet, Paterna, Manises, Chiva, Godella, Mislata, Buñol y Villamarchante; de modo que en pocos días desaparecieron veinte mil habitantes. Otros ocho mil de la Vall de Uxó se embarcaron en Moncofa. Si hubo armadores que se portaron honradamente, también hubo por desgracia patrones extranjeros, que inspirados por el demonio de la codicia, asesinaron á los infelices emigrados que llevaban á bordo. En uno de aquellos barcos de piratas feroces, las mujeres, acosadas por la brutalidad de los marineros, vieron degollar horriblemente á sus padres, hermanos y maridos, teniendo al fin que arrojar á la mar. Una de aquellas desgraciadas pudo sostenerse sobre el agua; pero vista por el capitán, echó el bote al agua, se dirigió á ella y con golpes de remo la acabó de matar. Descubierto el crimen, fué la tripulacion ahorcada en Barcelona. ¿Pero este castigo era bastante para vengar tantas víctimas, sacrificadas al fanatismo y á la ignorancia? ¿Los instigadores de aquella gran tragedia sentirían tranquila su conciencia al percibir el rumor de aquellas generaciones que morían?

No era sola la persecucion la que esterminó en España á los pobres desterrados: al llegar al Africa eran robados y asesinados por las kábilas, codiciosas de las riquezas que importaban los desterrados. ¡Cuántas víctimas! ¡cuántas calamidades! Dios ha juzgado ya á unos y otros: la historia ha pronunciado también su fallo.

Las noticias de tamañas desventuras, cundiendo con la velocidad del rayo, exasperaron á los moriscos que no se habian embarcado, y en su última desesperacion apelaron á las armas, y prefirieron la muerte en el campo de batalla á la suerte ignominiosa que se les preparaba. El punto que eligieron para dar el grito, fué el áspero y montuoso valle de Lahuar, cortado por profundos barrancos, y protegidos por elevadas sierras y por los bosques que entonces las cubrían. Pero el valor de nuestros tercios lo arrolló todo: uno por

uno, los castillos mas formidables por su altura cayeron en poder de los cristianos, que acosaron y persiguieron á los moriscos en todas sus guaridas, matándoles y despeñándoles, hasta darles el último golpe en un pequeño valle llamado de Petracos, á donde desemboca el tortuoso, profundo y largo barranco del Malafí. En este punto, y en lo alto de la Muela de Cortés, acabaron los restos de la sublevacion. Para perpetuar la memoria de este gran suceso, que ya hemos bosquejado, se instituyó la solemne procesion que se celebra el día de la Purificacion, y quedó grabada en una lápida que estaba colocada en la casa de la ciudad antigua. En ella se marcaba el día 21 de setiembre de 1609, como fecha del triunfo del duque de Lerma en la espulsion de los moriscos.

CAPITULO XI.

Guerra de Sucesion.—Abolicion de los fueros de Valencia.

Al siglo XVII, tan fecundo en acontecimientos políticos y militares, y en hombres de alta valía para las armas, las letras, las artes y la industria, sucedió el siglo XVII que, al nacer, hizo el postrer esfuerzo para prolongar la vida inteligente de Valencia. Al siglo de las grandes cuestiones políticas y religiosas sucedió el siglo de los iluminados; al de los pensadores, los procesos contra las brujas; á Carlos I y á Felipe II, Felipe IV y Carlos II. Valencia, ó fatigada ó aturdida por el rugido de las batallas y la gritería de las sectas nacientes, abandonó el casco y la cota de malla, y colgó en vez de espada el rosario. Aristocrática por su nobleza y por sus opulentos propietarios, y religiosa por la multitud de conventos que llenaron sus calles y plazas, conservó el sistema feudal; pero sin curarse de las modificaciones que introdujeron los dos últimos príncipes de la casa de Austria, y admitiendo indiferente la famosa insaculacion creada por Carlos II. Valencia desarmó sus tercios; Valencia oyó á lo lejos, muy lejos, el rumor de la guerra de los Treinta años de Alemania; Valencia cuidaba de sus campos, de sus talleres y de sus cofradías. El gusto literario desapareció: su aislamiento le adormeció en sus jardines, al rumor de las olas tranquilas de su mar. Muerto Carlos II, último de la raza austriaca, la Europa se dividió en dos grandes grupos, sosteniendo Alemania, Inglaterra, Holanda y Prusia, á Carlos, archiduque de Austria; y Francia, Portugal y Saboya, á Felipe, duque de Anjou, nieto de Luis XIV. A la muerte de Carlos II habian precedido las mas repugnantes intrigas, hasta el extremo de que la princesa de los Ursinos, el alma de la córte de aquel rey débil, vencida por los manejos de los agentes de Luis XIV, hubo de humillarse ante su rival Mad. de Maintenon, reconociendo la autoridad del embajador francés Mr. Ayselot, marqués de Gournay. Avergüenza la historia de aquella época de degradacion y envilecimiento, en que el viejo déspota de la Francia gobernaba por su favorita, y disponia del pueblo español por otra cortesana, instrumento de la Maintenon. Ayselot, rigiendo los destinos de la nacion ibera, y avezado al absolutismo de su amo, comprendió que no podia asimilar la goberna-

cion de la España á la de la Francia, si no destruía antes la Constitucion foral de Valencia y los restos de libertad en Cataluña y Aragon. Hecho esto, era fácil minar y destruir las libertades de Castilla, casi estinguidas por los príncipes austriacos, que escluyeron de las Córtes los Estamentos del clero y de la nobleza, y prodigaron gracias y privilegios á favor de los representantes del pueblo. Corrompieron y vencieron. Ayselot hubiera logrado su objeto, si no hubiese estallado la guerra civil; pero el proyecto de centralizacion, suspendido por la guerra, se llevó á efecto inmediatamente despues de la batalla de Almansa. Mas atento á sus planes de ambicion y absolutismo que á la defensa del país, Mr. Ayselot, según confesion de los autores, partidarios de Felipe, «se descuidó del Continente de España y de sus fronteras...» sin que atendiese á fortificar y presidar las plazas marítimas de Andalucía, Valencia y Cataluña, que eran las llaves del reino... Ruinosos los muros de sus fortalezas, aun tenia Barcelona abiertas las brechas, que hizo el duque de Vandome; y desde Rosas hasta Cádiz no habia alcázar ni castillo, no solo presidado, pero ni montada su artillería. La misma negligencia se admiraba en los pueblos de Vizcaya y Galicia; los almacenes vacíos; faltaron fundidores de armas.... Así dejaron este reino los austriacos, y así lo dejaban los que ahora gobernaban á España.» Añadiremos á esto que el puerto de Vigo, donde los enemigos incendiaron nuestra escuadra en 1702, solo estaba protegido por dos torres antiguas, que algunos cañonazos bastaban á derribar: la plaza de Cádiz estaba desmantelada, y la de Gibraltar tenia solamente ochenta hombres de guarnicion cuando la sitiaron los ingleses en 1704. Necesitábase además de alguna fuerza regimentada para la defensa, y no habia cuerpo alguno regular en todo el reino. Y aunque entre otros confiaba el ministerio en las milicias urbanas, advierte el mismo marqués de San Felipe, que era un error, porque los milicianos no eran otra cosa que una porcion de hombres á quienes por fuerza se habia inscrito en un libro, obligando á los labradores y guardas rurales á tener arcabuz. Pero en Valencia ni aun quedaba este mezquino recurso, porque carecia completamente de tercios, desarmados hacia ya casi un siglo.

En esta situacion indefendible, Valencia, que habia penetrado los planes del omnipotente Ayselot, no tenia motivo alguno para sostener la causa que defendia aquel personaje, y por consiguiente, no podia invocar el entusiasmo popular, amenazado de perder la autonomia y postrado, además, por un siglo de inercia y de sumision muda. Ayselot, conociendo el abandono en que estaba el país, se contentó con enviar á Aragon un cuerpo de 12,000 hombres, al mando, primero del príncipe de Sterclae, capitán de guardias de Corps, y luego del mariscal de Tesse. Pero en lugar de prestar iguales auxilios á Valencia, confió su gobierno al marqués de Villagarcía, mas conecedor de las intrigas palaciegas que de los deberes de una autoridad superior militar.

En este estado, el archiduque Carlos de Austria, enterado perfectamente de la situacion interior de España y del espíritu que dominaba en el reino de Va-

lencia, intentó probar fortuna practicando en Altea (1705) un desembarco. No faltaban entre los invasores algunos que, teniendo simpatías en el país, procuraron circular con éxito las noticias que mas podían levantar la confianza de sus parciales. La conducta del gobierno de Felipe se prestaba admirablemente á los planes de sus enemigos. Los ministros y sus agentes, desde el principio del reinado, aprovechaban los días para acrecer con escándalo público sus intereses privados, sacrificándolo todo á la especulación personal. El monarca, extranjero, y sin conocimiento práctico de las costumbres, y mucho menos del carácter español, trató de cambiar súbitamente sus costumbres, sus leyes y sus recuerdos; y por desgracia encontró, como todo poder constituido, almas mezquinas que escarneciendo nuestra antigüedad, se esforzaron en arraigar violentamente en nuestro país los vicios de la corte del viejo Luis XIV, procurando poner en ridículo todo lo que no llevaba el sello de las cortesanas de Versailles. Carlos I y Felipe V desconocieron á España cuando fueron llamados á ocupar el trono de Castilla y Aragon: de aquí la gran lucha que todavía viene sosteniendo la nacion entre dos grandes tendencias: nuestros legisladores no han sabido conciliar las libertades de la España antigua y las exigencias del progreso humano.

El anuncio del desembarco de tropas austriacas en Altea, puso en conmocion la provincia de Valencia, vacilante entre el temor del despotismo del gobierno francés que dominaba, y la esperanza de que el Austria respetaría su independencia foral. El marqués de Villagarcía hizo saber oficialmente la invasion austriaca en 15 de agosto; y al punto la Diputacion, el Consejo y el Cabildo eclesiástico, reunidos, enviaron por extraordinario un mensaje respetuoso al rey Felipe, haciendo pública su adhesion y ofreciendo cooperar al triunfo de su causa con todos los medios de que las circunstancias apremiantes les permitian disponer. Como no era posible levantar y organizar en pocos días los tercios, conforme á sus reglamentos forales, suplían los cuerpos esponentes al monarca, en 21 del mismo mes, que mandase á Valencia cuatrocientos caballos de los regimientos mas disciplinados, á quienes la ciudad se obligaba á mantener. Enterado Felipe, contestó con fecha 28, que deseando *conservar á vassallos tan leales*, mandaba pasar á este reino mil ochocientos caballos.

Mientras se esperaba en Valencia este cuerpo de caballería al mando del teniente general D. José Salazar, la ciudad de Denia, abandonada vergonzosamente por su gobernador, é intimidada con la presencia de algunos navíos ingleses, se rindió á los austriacos, mandados por el célebre D. Juan Bautista Baset, valenciano, que se hallaba al servicio del Archiduque: hombre osado y activo, que contaba además con numerosos amigos en el reino. Baset fortificó inmediatamente la ciudad, y desde allí intentó correrse hasta los ricos pueblos de la huerta de Gandía; pero fué batido en el paso del rio Molinell, que separa la provincia de Valencia de la de Alicante, por las fuerzas combinadas del duque de Gandía y el maestre de campo don Luis de Zúñiga. Esta ventaja no produjo, sin embargo,

resultado alguno; porque el cuerpo de caballería, que el rey había ofrecido mandar á Valencia, se dirigió á Cataluña, mientras otros cuerpos se dirigían á Aragon, dejando en nuestro país por única fuerza dos escuadrones al mando de D. Rafael Nebot. Entre tanto se dió tiempo, para que Baset se hiciera fuerte en Denia, protegiendo el desembarco de nuevas tropas, y que Tortosa y Peñíscola cayeran sucesivamente en poder de los enemigos, que no tardaron en ocupar á Vinaroz. Amenazado ya el reino por varios puntos á la vez, espuso al rey la gravedad toda de las circunstancias y la carencia absoluta de fuerzas organizadas; pero el ministro Ausetot, lejos de acudir á su socorro, reiteró sus órdenes, para que los regimientos que iban á Aragon, apresurasen las marchas, cruzando por Valencia. En tanto abandono, la capital levantó, como pudo, algunas compañías, que unidas al cuerpo volante de Nebot y de Pozoblanco, hostilizaron á los austriacos en Benicarló y Denia. No contentos con estos sacrificios organizó Valencia, á sus espensas, un brillante regimiento de caballería que, apenas instruido, recibió del gobierno la orden de trasladarse á Cataluña, así como un tercio de seiscientos infantes que, por la misma orden, fué destinado á Cádiz. Así es, que mientras nuestra capital hacia los mayores sacrificios, organizando tropas para su defensa, el ministro Ausetot se apoderaba de ellas, dejando el país á merced de los enemigos, y exigía con el mayor rigor el cobro de las contribuciones impuestas. Burlados de este modo inicuo los esfuerzos supremos hechos por los pueblos, Valencia reiteró sus quejas al pié del trono, solicitando la gracia de que S. M. se dignara escuchar á una comision que se nombraba al efecto. Ausetot temió el resultado de esta entrevista, y ordenó que el regimiento de Nebot quedase al frente de Denia, pero negándose terminantemente á admitir á los comisionados. En su desesperacion, Valencia acordó la formacion de otro tercio de quinientos hombres, confiando el reclutamiento y la organizacion al conde de Almenara, don José de Proxita, antes Ferrer, y al capitán D. José Royo. Era urgente sobremanera la formacion de este cuerpo, porque se sospechaba con fundamento de la lealtad de Nebot, encargado del bloqueo de Denia. Este jefe estaba á las órdenes inmediatas del mariscal de Zúñiga, que conservaba á su lado al célebre y bravísimo D. Pedro Corbí, comandante de las guerrillas de paisanos. De inteligencia, pues, con Baset, el coronel Nebot prendió á Zúñiga y á Corbí, y á la cabeza de su regimiento se pasó á los austriacos, que á primeros de diciembre pudieron ya avanzar sobre Gandía, para aproximarse á la capital. La traicion de Nebot causó en Valencia una profunda sensacion, á pesar de que la esperaban, y sus corporaciones oficiales de acuerdo con el virey, se apresuraron á fortificar la capital, artillando convenientemente el torreón, que protegia el vecino pueblo y puerto del Grao. Puestas en ejecucion todas estas medidas, los valencianos dejaron al virey el cuidado de dirigir la defensa, en caso de un sitio, que se creia inminente. Antes, empero, de adoptar una resolucion definitiva, vino el duque de Causano á reemplazar al marqués de Villagarcía, encargándose en seguida del mando militar y reuniendo una junta nu-

merosa de los principales personajes de la capital, para disponer con actividad cuanto era conveniente en aquellas apuradas circunstancias.

Y todo era necesario: Baset, salido de Denia al frente de una division respetable, se apoderó de los pueblos abiertos, ocupando sin dificultad la importante villa de Alcira, presentándose cerca de Valencia al anoecer del día 15 de diciembre. La fuga de los labradores y el terror de los pueblos de la huerta anunciaron á la capital la aproximacion del enemigo, y el pueblo acudió en masa á la puerta del palacio arzobispal, donde el duque de Causano estaba celebrando un largo consejo. El pueblo pedía armas; el consejo deliberaba sin resolver; el tumulto duró toda la noche y el consejo vió amanecer el día 16 sin haber tomado resolucion alguna. En aquellos momentos supremos de ansiedad se presentó un oficial mandado por Baset, solicitando conferenciar con el consejo, y este, reunido precipitadamente, consultó al virey Villagarcía, que conservaba el mando político. Enterado el marqués, contestó que nada podia hacer, porque se juzgaba despojado de toda autoridad desde la llegada del duque de Causano, á cuya deliberacion remitía la consulta del consejo. Seis días antes el mismo Villagarcía había impedido, que la ciudad acordara providencia alguna para atender á su defensa, declarando que esto correspondia á su persona, en calidad de virey, y sin embargo, en estos momentos abandonaba el mando político sin licencia del soberano, y cuando el enemigo estaba al pié de la muralla. Instó, sin embargo, el consejo, y resentido el marqués en su orgullo se atrevió á contestar, entre otras inconveniencias, la siguiente: «Si los jurados tienen ya entregada la ciudad, ¿para qué vienen con representaciones?» Calumnias infames, que el consejo se apresuró á rechazar con indignacion, supuesto que además de los sacrificios públicos y privados que había hecho el pueblo de Valencia, reciente existía aun la carta del rey, que siete días antes daba á los jurados las espresivas gracias por sus servicios «que los tendria en memoria para favorecerles.» Si el virey estaba seguro de la traicion de los jurados, ¿por qué no los prendió, para juzgarles como enemigos del rey? ¿Podía el mismo marqués dar fé á sus imprudentes palabras, cuando había visto tantas esposiciones, inútilmente dirigidas al gobierno, y tantos esfuerzos para poner la ciudad en estado de defensa? Acaso el único responsable era el mismo Villagarcía, porque á su apatía y á su indiferencia unió el pueril resentimiento de que el duque de Causano le reemplazaba en el mando militar, que el marqués ni quiso, ni supo, ni pudo sostener. Prueba el buen comportamiento de los jurados la circunstancia de que, abandonada mas adelante la ciudad por los austriacos, volvieron los mismos jurados á formar el consejo, escepto Onofre Esquerdo, único que siguió el partido del Archiduque.

El consejo, pues, desairado por el virey, cuya ligereza había condenado, no cejó sin embargo y reuniendo á su cuerpo electoral, rogó que todos se unieran á los jurados, para decidir al marqués á que decidiera si debía ó no recibir al parlamentario. Los electores añadieron en su consecuencia sus súplicas á las del con-

sejo, y Villagarcía consintió al fin, en que fuera admitido el oficial de Baset. Presentado efectivamente el jefe enemigo ante el consejo general, propuso la entrega honrosa de la capital. El cuerpo municipal no se creyó facultado para resolver, y se dirigió al virey. Pero este funcionario, cada vez mas acongojado por las circunstancias, contestó de nuevo, que habiendo cesado en su autoridad, dejaba al mismo consejo en libertad de adoptar la resolucion que tuviera por conveniente. En vano reiteró el consejo sus instancias y en vano el pueblo acudió tambien al duque de Causano; el de Villagarcía aseguraba que ya no tenia el mando, y el duque, viendo la indecision del virey, se negó á tomar parte, permaneciendo simple espectador. Así se pasaron horas y horas, hasta que los secretos emisarios del Archiduque prendieron, durante aquella confusion, un violento fuego en las cárceles de Serranos, y dando escape á los presos, se confundieron estos con el pueblo, aumentaron la gritería y el motin, y discurriendo por la ciudad, pidieron la entrega de la plaza. El momento era terrible: combatía la ciudad un general, hijo del país, que contaba en ella con numerosos prosélitos; las autoridades permanecían impasibles; el pueblo verdadero anonadado; la gente perdida dueña de las calles; amenazaba la guerra por fuera y la anarquía por dentro. Fué preciso capitular: pero se observa que en las capitulaciones no se daba al pretendiente mas que el título de Archiduque, como es de ver en la escritura que recibió el mismo día 16 Juan Simian, síndico del cabildo. Aceptadas y ratificadas las condiciones de la capitulacion por ambas partes, fueron en nombre de la ciudad á entregar las llaves D. Felipe Lino de Castelví, cuarto conde de Carlet, y D. Vicente Boil, primer marqués de la Escala. Así se rindió Valencia, sin que la abandonara antes el marqués de Villagarcía, sin que vacilase la mayor parte de la nobleza valenciana, y sin que el pueblo abriese furioso las puertas, como lo asegura, sin fundamento alguno, el marqués de San Felipe en sus *Comentarios*, obra que ha perdido ya todo crédito. Los nobles abandonaron en seguida la ciudad, imitándoles el regente y demás ministros de la audiencia, que eran valencianos, quedando solo algunas personas notables, pero retiradas á la vida privada. Pocos días despues salió tambien el arzobispo con algunos individuos del alto clero, retirándose á Biar, donde permaneció hasta la retirada de los austriacos. El duque de Causano fué detenido y confinado á Barcelona; otras personas sufrieron igual persecucion: Baset puso en libertad á los presos de San Narciso, y estas turbas de malhechores, dirigidas por Barco, ayudante de Baset, cometieron toda clase de tropelías allanando y saqueando las casas de los franceses, avocindados en Valencia; hasta el punto de que, armándose varios vecinos honrados, tuvieron que defenderse, persiguiendo á aquellos perdidos.

Mientras la capital sufría los horrores de la mas espantosa anarquía, Pozoblanco se retiró á Aragon y el general inglés Jones se apoderó del maestrazgo, y Játiva cayó en poder de la division de Avila, mandada por Baset (1706). Avila se dirigió á Alicante; pero fué rechazado por el denuedo de sus habitantes, así

como lo fué también por los de Gijona; y acaso hubiera sido esterminado, si el conde Mahoni, nombrado entonces gobernador de Alicante, no hubiera cometido la insigne traición de entregar la plaza á las tropas del Archiduque, y dado la orden para que Gijona hiciera lo mismo. El bravo pueblo gijonés abrió las puertas; pero saliendo al campo quinientos hombres decididos, hostilizaron con tanta bravura á los austriacos, que por fin les obligaron á abandonar la población, derrotándolos en el famoso ataque de 20 de octubre (1706); cuyo hecho de armas valió á la villa el título de ciudad. El enemigo dominaba, pues, casi todo el reino: Baset ocupaba las gobernaciones de Denia, Alcira y Valencia; Jones las del Maestrazgo y Castellón de la Plana; y Avila las de Alcoy, Játiva y Alicante. En esta situación el virey Villagarcía, á imitación del conde de Mérito en las guerras de la Germania, debía haber escogido un punto fuerte para reunir á los leales y organizar la resistencia; por el contrario, permaneció impassible espectador del drama sangriento que se desarrollaba delante de sus ojos. El marqués de Pozoblanco, como hemos dicho, se había retirado á Aragón; el general Zúñiga, con el intrepido Corbí, estaba prisionero; la alta nobleza se había trasladado á Castilla, y otros, como el marqués de Mirasol, se hallaban presos de orden de Baset.

En este estado de completo abandono, vinieron por fin los socorros, tantas veces prometidos por el omnipotente Ausetot; pero fué tal su torpeza, ó su empeño en perder á Valencia, que puso al frente de las fuerzas al conde de las Torres, hombre de fortuna improvisada, sin méritos verdaderos, y sobre todo, sin conocimiento de los deberes del elevado mando que se le confiaba. Desde el principio de la campaña manifestó su incapacidad: en vez de hacer levantar el sitio de Peñíscola, lo cual era sumamente hacedero, se empeñó en tomar á San Mateo; pero el inglés Jones, que defendía la plaza, inutilizó las minas practicadas, y el conde tuvo que retirarse precipitadamente delante del ejército de lord Peterboroug, que se dirigía sobre él. El conde en su retirada, venía hácia Valencia, persuadido de que en sus llanos podría aprovechar la ventaja de su caballería; y en este concepto debía tomar posición y fortificar el puente de Villareal, prolongando su línea por la ribera del Mijares, como lo verificó en el año siguiente el general Asfeld; pero el conde no conoció la importancia de asegurar este punto y entró en Villareal, despues de una ligera, aunque briosa resistencia de algunos de sus vecinos. El conde toleró que sus tropas pasaran á degüello á unos trescientos paisanos, que saquearan sus casas, y que costara trabajo para salvar á las infelices monjas que, gracias á la hidalguía de algunos oficiales, pudieron escapar á la ferocidad de la soldadesca, trasportándolas á otro convento de Segorbe. Este atentado, que toleró el conde de las Torres, que, por otra parte, no había pruebas de su pericia militar, desalentó en Valencia á los que estaban decididos á provocar una reacción en favor de Felipe V, y dió lugar á que Baset, desplegando una energía admirable, pusiera la ciudad en perfecto estado de defensa, y procediera á una persecución horrible, que se hizo extensiva á todas las clases de la sociedad.

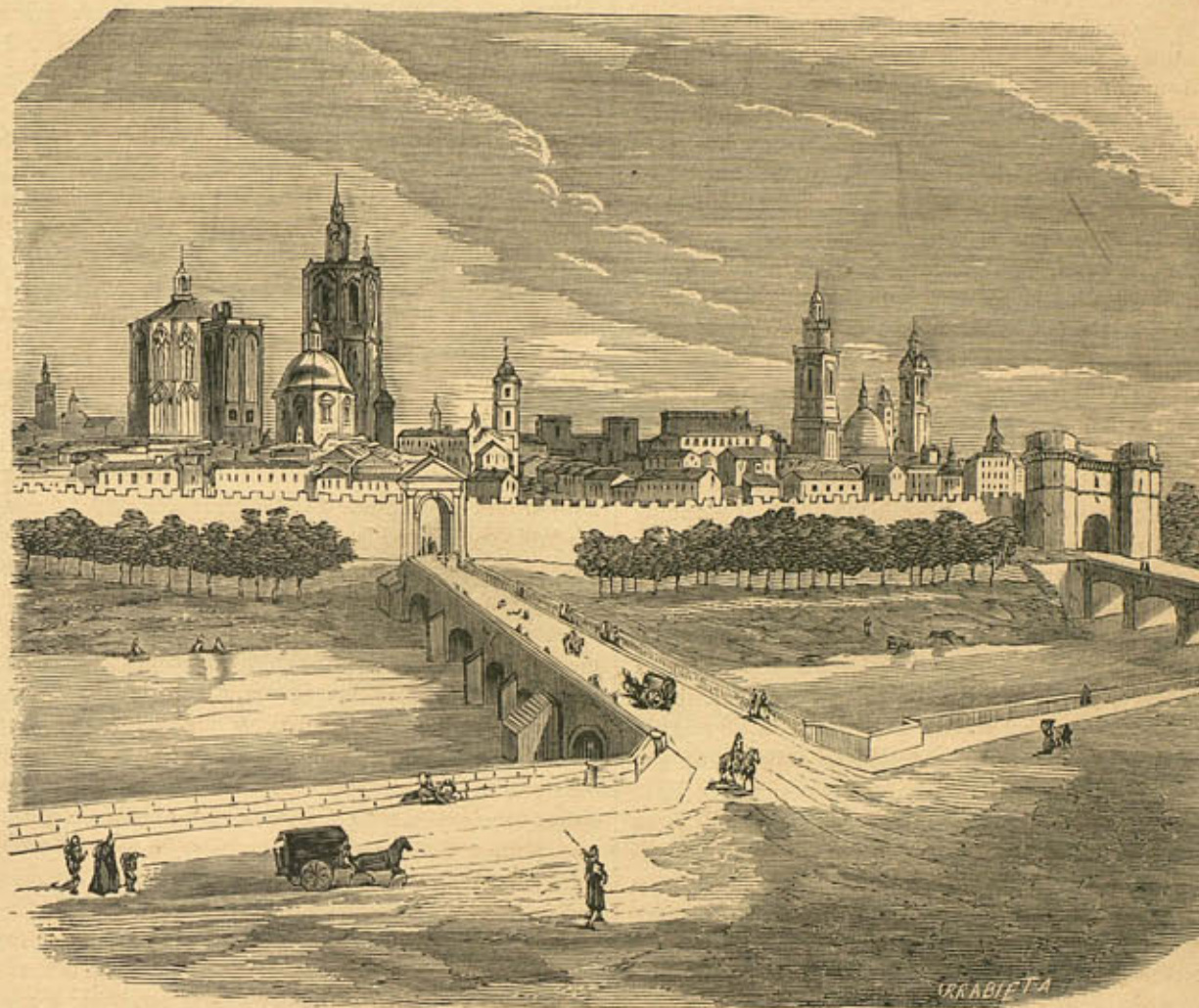
Noticioso Ausetot de los desaciertos del conde de las Torres, que había llegado á establecer imprudentemente su cuartel general en Moncada, le relevó del mando, y nombró al duque de Arcos, que no pertenecía á la carrera militar. El duque, no creyendo su posición segura en Moncada, por la aproximación de lord de Peterboroug, se retiró á Torrente, y de allí á Villamarchante, dejando libre el paso á los ingleses, que venían por el camino de Cataluña. Conociendo sus oficiales generales la impericia del de Arcos, elevaron sus quejas al gobierno, y Ausetot repuso en el mando al conde de las Torres.

Repuesto el conde, se estableció en Alcudia de Carlet, donde permaneció en la inacción, dando lugar á que el coronel Nebot pasara por delante de él á la cabeza de su regimiento y otras fuerzas, dirigiéndose desde Valencia á Fuente la Higuera, sin inquietarle en su marcha. Ni la toma de esta villa por Nebot, ni la noticia de que Felipe sitiaba en Barcelona al Archiduque, fueron bastantes á poner en movimiento al de las Torres, que solo tomó la iniciativa, apoderándose de Alcira, cuando supo que lord Peterboroug se había embarcado. Cuando dió parte al gobierno de la toma de Alcira, añadió, que se le había rendido Játiva y que Baset había huido. Así se publicó en la *Gaceta de Madrid* de 27 de abril de 1706, capítulo de Madrid. A pesar de la falsedad del parte, Ausetot condecoró al conde con el nuevo título de marqués, haciéndole donación de la villa de Cullera, erigiéndola en marquesado. Un mes permaneció el conde-marqués en Alcira celebrando sus grandes victorias y sus nuevas honras con suntuosos banquetes; de modo que, cuando hacia un mes que había anunciado la rendición de Játiva, la halló bien fortificada y defendida por el *fugitivo* Baset en persona. Quiso ponerla sitio; pero pocos días despues, lo hubo de abandonar ignominiosamente, retirándose con todas sus fuerzas á Castilla, dejando el reino de Valencia sin un soldado de Felipe. Como un torrente, invadieron de nuevo los austriacos todo nuestro país, protegidos por la escuadra inglesa, que fondeó en las playas del Grao, que acompañaba al Archiduque Carlos, que entró en Valencia, alojándose en el palacio arzobispal. Diez días despues, esto es, en 10 de octubre de 1706, prestó solemnemente en la catedral el juramento prescrito por los fueros; y durante los cinco meses que permaneció en esta capital, asistió á todos los actos religiosos de gran festividad; recibía á todas horas en audiencia particular, y en pública todas las semanas; remedió los desórdenes que cometían sus generales; y su única diversion era la de la caza en el lago de la Albufera. Su gobierno fué tan conciliador, tan prudente, tan modesto, que se atrajo las simpatías de la población, que en pocos meses adquirió, no solo orden y tranquilidad, sino una vida industrial que no había conocido el país en muchos tiempos. Cuando el Archiduque abandonó á Valencia, en 7 de mayo (1707), dejó organizados y exactamente pagados los empleados públicos, y circulando abundantemente el metálico, cuyo valor rebajó despues Felipe V.

No pudo ser largo este período de bienestar: la suerte se decidió por las armas de Felipe, y los austriacos

cos fueron derrotados en la sangrienta jornada de Almansa, que se dió en 25 de abril (1707). El duque de Orleans, general en jefe del ejército de Felipe, destacó en seguida al caballero Asfeld, para reducir á Játiva que había rechazado al conde de las Torres, mientras avanzaba en combinación del duque de Brunswick hácia Requena, con el fin de apoderarse de Valencia. Al llegar á Chiva despachó un correo á la capital, cuya guarnición compuesta en su mayor par-

te de migueletes había impuesto á los habitantes. Amotinados los soldados, fueron, sin embargo, engañados por D. Melchor Mascarós: se vieron estos reducidos á abandonar la ciudad, confiada desde entonces á la vigilancia de los pacíficos habitantes. Recibida la intimación de Orleans, se mandaron hacer públicas rogativas para invocar la misericordia de Dios, entre tanto que salía una comisión para presentar al duque los homenajes de Valencia y ofrecerle, como se cumplió,



Vista de Valencia.

un donativo de cincuenta mil doblones. El duque recibió cortesmente á los comisionados, y aceptando el donativo prometió respetar vidas y haciendas. Arreglada la entrega, el duque de Orleans encargó el mando del ejército al de Brunswick, el cual hizo su entrada en Valencia y nombró gobernador á don Antonio del Valle y capitán general al mencionado Asfeld.

Solo faltaba reducir la ciudad de Játiva, que el conde de las Torres, marqués de Cullera, había dado por rendido en su famoso parte oficial. Játiva estaba guarnecida por 800 ingleses y diferentes partidas de migueletes, gente atrevida, valiente y avezada á los rigores

de la vida militar. A estas fuerzas se añadían 400 hombres decididos, capitaneados por el famoso José Marco, apodado el *Pengadet* (diminutivo de *ahorcado*). Mandaba la plaza, con el carácter de gobernador, D. Miguel Purroi, natural de Zaragoza, nombrado por el marqués de Corzana, virey de Valencia durante la corta dominación de los austriacos. El gobernador había hecho fortificar el castillo, confiando su guarnición á los ingleses, y prendió y encarceló á cuantos creía sospechosos de adhesión á Felipe V. En este estado de terror por parte de los habitantes y de osadía por la guarnición, se presentó el ejército al mando de Asfeld. Este jefe era uno de los hombres mas á propó-

sito para sostener ciegamente á un partido estremo, pues todo lo sacrificaba á sus principios, subordinándolos, sin embargo, á la desmedida codicia que despues de todo era el móvil de sus trabajos. Francés, al servicio de España, vino á medrar durante la guerra de sucesion, y antes de retirarse á Francia exigió una contribucion exorbitante para gastos de viaje, encarcelando á los alcaldes que no habian aprontado la cantidad señalada. Tan cruel como avaro, hallaba muy natural el espectáculo de los suplicios, y una víctima, siquier fuese inocente, no le hacia cejar en sus proyectos. Sus primeros ataques contra la ciudad no dieron resultado alguno; pero los sitiados sintieron en seguida la falta de artillería, que hacia imposible una larga resistencia. A pesar de esta desventaja rechazaron una y otra vez á los sitiadores, que despues de muchos obstáculos lograron abrir la brecha en 24 de mayo. El gobernador no perdió su valor ni su serenidad, y calle por calle y casa por casa se defendió heroicamente, hasta que consiguió replegarse al castillo.

Los soldados de Asfeld, diseminados por la consternada poblacion, robaron los templos, saquearon las casas, atropellaron á toda clase de ciudadanos y se entregaron á los mayores desórdenes. Un bando, publicado por Asfeld en aquellos momentos de suprema agonía, aseguraba el perdón á los que habian abrazado la causa del archiduque, exceptuando á los que se habian distinguido como jefes de las armas. La rendicion inmediata del castillo hizo esperar á los infortunados habitantes que cesarian todas las tropelías; pero fué vana su confianza. Casi al mismo tiempo se les hizo saber, por medio de un bando, que de orden superior debian abandonar inmediatamente sus hogares, porque se iba á proceder á la demolicion de la ciudad. Esta orden bárbara, que mancilla el reinado de Felipe V, educado en la molice de costumbres que distinguió los últimos años de la corte de Luis XIV, llenó de espanto á la consternada poblacion. El feroz Asfeld, extranjero, avaro y duro de corazón, rechazó las súplicas, y oyó con indiferencia los ruegos y los lamentos de desesperacion de los habitantes, hombres, mujeres y niños, que pidieron de rodillas misericordia. Resuelto á ser el horrible instrumento de una orden digna de los pfoconsules de Tiberio, mandó sacar de las iglesias las reliquias, las imágenes, los vasos sagrados y las alhajas, y trasladar á Carcagente las monjas de varios monasterios en número de ciento, tomando otras precauciones para llevar á cabo la destruccion.

Llegó á Valencia la noticia del espantoso ukasse que acababa de publicar el sanguinario Ausetot, y todas las clases sociales se conmovieron hasta el estremo. El arzobispo, el cabildo, la nobleza, las comunidades religiosas, los gremios y la misma plebe, se apresuraron á elevar al rey sus respetuosas súplicas en favor de una ciudad antiquísima, cuna de los Papas, y patria de sábios, de santos y de héroes. La instancia fué dirigida al duque de Medinaceli, acompañándola con una carta de honorosos sentimientos. La súplica no obtuvo resultado, y Asfeld mandó prender fuego calle por calle á la poblacion, mandando, por escarnio sin duda, que se respetasen las casas de los

que habian padecido por la causa de Borbon. Cómo si las llamas, obedeciendo la orden de gracia respetasen el hogar de los leales, el incendio duró una porcion de meses, y este acto de barbarie procedia de un gobierno cuyo jefe habia oído muchas veces la elocuente voz del ilustrado y gran Bossuet.

Sobre los restos humeantes de Sétabis, dispuso Felipe que se borrara su antiguo nombre y se llamara en adelante San Felipe. ¡Burla infuca de la historia de un pueblo! ¡venganza horrible, indigna de un gran rey!

El incendio de Játiva sirvió de antorcha funeraria para alumbrar la agonía y la muerte de la veneranda Constitucion foral de Valencia. Felipe, educado bajo un cetro absoluto, debia ver con saña la fiera independencia de este reino, y aprovechó hábilmente su victoria para unificar la monarquía, despojándola de lo poco que los austriacos dejaron del carácter y las costumbres nacionales, y asimilándola á la Francia, de donde procedia. Precedió al decreto de abolicion de los fueros, uno fechado en 5 de junio (1707), concediendo una amplia amnistía á todos los que habian tomado parte en favor del archiduque, y el duque de Medinaceli acompañó este decreto con una carta afectuosa, asegurando que serian respetadas las libertades del reino. No pasaron, empero, muchos dias, sin que se publicara al fin el decreto que todos esperaban, á pesar de las promesas de Medinaceli. En 29 del mismo junio se publicó la famosa orden en la que Felipe aseguraba que, considerando haber perdido los reinos de Aragon y Valencia y todos sus habitantes, por la rebelion que cometieron faltando enteramente al juramento de fidelidad que le hicieron como á legítimo rey y señor, todos los fueros, privilegios, exenciones y libertades que gozaban, y que con tan liberal mano se les habian concedido, así por S. M. como por los reyes sus antecesores, particularizándolos en esto de los demás reinos de la corona; y tocándome, prosigue el decreto, el *dominio absoluto* de los referidos reinos de Aragon y Valencia; y pues, á la circunstancia de ser comprendida en las demás, que tan legítimamente poseo, se añade ahora el del *justo derecho de la conquista*, que de ellos han hecho últimamente mis armas con el motivo de la rebelion; y considerando tambien que uno de los principales *atributos de la soberanía* es la imposicion y derogacion de las leyes, las cuales en la variedad de los tiempos y mudanza de costumbres podia yo alterar, aun sin los grandes y fundados motivos y circunstancias, que hoy concurren para ello, en lo tocante á los de Aragon y Valencia he juzgado por conveniente, así por esto como por un deseo de reducir todos mis reinos de España á la uniformidad de las mismas leyes, usos, costumbres y tribunales, gobernándose todos igualmente por las leyes de Castilla, tan loables y plausibles en todo el universo, *abolir y derogar enteramente*, y como desde luego quedan abolidos y derogados todos los referidos fueros, privilegios, práctica y costumbres en los referidos reinos de Aragon y Valencia, siendo mi voluntad, que estos se reduzcan á las leyes de Castilla y al uso, práctica y forma de gobierno que se tiene y ha tenido en ella y sus tribunales, sin dife-

rencia alguna en nada; pudiendo obtener por esta razon mis fidelísimos vasallos, los castellanos oficios y empleos en Aragon y Valencia; y han de poder gozarlos en Castilla sin ninguna distincion, facilitando yo por este medio á los castellanos, motivos para que acrediten de nuevo mi gratitud, dispensar en ellos los mayores premios y gracias tan merecidas de su esperimentada y acreditada fidelidad, y dando á los aragoneses y valencianos recíproca é igualmente mayores pruebas de mi benignidad, habilitándoles para lo que no estaban, en medio de la *gran libertad de fueros* que gozaban antes y ahora quedan abolidos.

Tres dias despues de la publicacion de este decreto que destruía la obra mas bella del inmortal Jaime I de Aragon, respetada por el invicto Carlos I y por el absoluto Felipe II, se publicó otro decreto, rectificando la mala opinion con que habia estigmatizado al noble pueblo de Valencia el impetuoso Ausetot, diciendo, respecto á los motivos en que habia apoyado la abolicion de los fueros, que «*muchos* (no ya todos) de los pueblos, ciudades, villas y lugares, y demás comunes y particulares, así eclesiásticos y particulares, y todos los demás de los nobles, caballeros, infanzones, hidalgos y ciudadanos honrados, *han sido muy finos y leales*, padeciendo la pérdida de sus haciendas y otras persecuciones y trabajos, sufridos por su *constante y acreditada fidelidad*.» Y añade: «Siendo esto notorio, en ningun caso puede haberse entendido con razon, que mi real ánimo fuese notar ni castigar como delinquentes á los que conozco por *leales*; pero para que mas claramente conste de la distincion, no solo *declaró*, que la mayor parte de la nobleza y otros buenos vasallos del estado general, y muchos pueblos enteros han conservado en ambos reinos pura é indemne su fidelidad, rindiéndose solo á la fuerza incontrastable de las armas enemigas los que no han podido defenderse; pero tambien les concedo todos sus privilegios, exenciones, franquicias y libertades concedidas por los señores reyes mis antecesores ó por otro justo título adquirido, de que mandaré expedir nuevas confirmaciones á favor de los referidos lugares, casas, familias y personas, de cuya fidelidad estoy muy enterado, no entendiéndose esto en cuanto al modo de gobierno, leyes y fueros de dichos reinos... porque mi real intencion es, que todo el continente de España se gobierne por unas mismas leyes... etc.»

Escusamos todo comentario á uno y otro decreto, sobre cuya injusticia ha fallado ya la posteridad. Solo recordaremos que el primer decreto á fuer de sententia ignominiosa, respirando ira, sorprendió á Valencia, que confiando primero en Dios, cuyos templos quedaron abiertos de noche y de dia, y despues en la justicia de su causa, se ordenaron públicas rogativas, y se dirigieron reverentes súplicas, por conducto de Medinaceli, al rey, cuando acababa de nacer el príncipe de Asturias, á la reina, al mismo Ausetot y por último á Luis XIV, déspota de las dos monarquías, segun la expresion del erudito y sabio Borrull. Por último, la ciudad buscó tambien la mediacion del duque de Orleans y del de Brunswith, que habian estado en Valencia, y el último sobre todo, porque podia apreciar mejor la organizacion administrativa de este reino. Todo fué in-

útil; y el feroz Ausetot tomando, como un acto de rebeldía acudir á la gracia del soberano, impuso penas de destierro, mandó suspender las demostraciones de júbilo por el nacimiento del príncipe, espulsando de Valencia al jurado D. Luis Blanquer y á D. José Ortiz, que redactó la esposicion en favor de los fueros. Valencia hubo de resignarse y sucumbir á la tiranía, á quien aduló con tanta prodigalidad, impuso los tributos que creyó necesarios, sin contar con las Cortes, como estaba prevenido (1), ni consultar con estas los negocios importantes, que se agitaban en aquel tiempo. Quedaba establecido en España el gobierno francés por un ministro francés y bajo la autoridad de Luis XIV y de sus cortesanos. Solo permitió Ausetot la reunion de Cortes en Madrid, en 7 de abril, para jurar al príncipe.

A la abolicion de los fueros se siguió el impuesto á todo el reino de una gran contribucion que se cobró hasta el año 1715, con el nombre de Cuarteles de invierno, y despues con el de equivalente de Rentas provinciales, que, añadidos á otros impuestos, aumentó la miseria y desmoralizó á los delegados del gobierno, cuyas escandalosas dilapidaciones, y desórden administrativo obligaron á muchos á abandonar sus hogares y sus inútiles industrias; se llenaron los caminos de bandoleros, siendo diarios los incendios y los asesinatos que se cometian, ahorcando de los árboles á los *bolifets*, nombre que se daba á los partidarios de Borbon, en represalias de lo que estos practicaban con aquellos. El partido austriaco se conocia por el apodo de *mantel*.

En medio de tanta miseria y de tan horrible anarquía, trató Felipe de venir á Valencia de paso para Zaragoza, y acaso los cortesanos le hubieran disuadido como deseaban, haciéndole retrogradar desde Chiva, sin los informes que dió el duque de San Pedro, capitán general del reino.

Valencia recibió con entusiasmo al monarca el día 5 de mayo: Valencia, coronada de flores para felicitar á Felipe, pudo repetir la célebre frase de los gladiadores romanos: *morituri te salutant*.

CAPÍTULO XII.

Resultados de la revolucion francesa en Valencia.—Principio de la revolucion.

Abolidos los fueros, Valencia se hundió en el marasmo político é industrial, sin dar señales de existencia durante el reinado del honrado y benéfico Fernando VI, y solo comenzó á sentir alguna vitalidad cuando Carlos III, que hizo mas que sus antecesores, pero no todo lo que podia y debia hacer, levantó dentro de nuestra ciudad el gran palacio de la Aduana, reformó la Academia de San Carlos, creada por Fernando VI, y creó la Sociedad económica de Amigos del País. Con estas dos instituciones despertó al génio que yacia dormido en la ciudad del Turia, impulsando á los buenos patricios á levantar las antiguas glorias del fecundo siglo XVI en las artes y

(1) Lib. I y II, tit. VII, lib. VI de las *Recopilaciones antiguas*, que se han omitido en la Novísima Recopilacion, para borrar la memoria de los derechos populares, segun observó Borrull.

en la industria, mientras hombres eminentes, como los Cabanilles, los Villanovas, los Borulls, los Blascos, los Falcós y otros, á ejemplo de Floridablanca, de Campomanes y de Jovellanos, dieron brillo é importancia á nuestra universidad, que formó á fines del siglo último y principios del actual un claústro de verdaderos sábios. La cátedra era respetable, y el inmortal Fos daba á la industria sedera un renombre que no ha muerto todavía.

Iba, pues, á perderse en el abismo de los tiempos el siglo XVIII, y en pos del activo Carlos III, ocupaba el trono el bondadoso Carlos IV y su célebre valido príncipe de la Paz. Como los límites de nuestra *Crónica* son reducidos y no pueden traspasar las fronteras de nuestra provincia, buscaremos solo en cita los ecos y los resultados de la espantosa catástrofe que sacudió el mundo entero, desde las orillas del Sena, donde el absolutismo de Luis XIV, los vicios de Luis XV y la habilidad del desventurado Luis XVI prepararon la mina que arrojó en su explosión, esparcidos hácia los cuatro vientos, todos los restos de las viejas instituciones.

La Revolución francesa del año 1792 había lanzado fuera de su territorio á multitud de personas, ó proscritas ó aterradas. Una parte de los emigrados fué á conspirar á Alemania; otros, como los sacerdotes, buscaron, como era natural, un asilo en la católica España, y en ella escogieron, entre otros pueblos, á Valencia.

Vivian en esta capital, avocindados hacia muchos años, numerosos franceses dedicados pacíficamente al comercio y á la industria, sin interesarse gran cosa por los espantosos acontecimientos que conmovian su patria hasta los cimientos. Los valencianos les habian tolerado y aun halagado por su honrada conducta; pero no olvidaban, por tradicion al menos, los horribles desastres de la guerra de sucesion. El pueblo bajo, sobre todo, conservaba un odio profundo al nombre francés, odio que adquirió mayores proporciones y se mostró públicamente cuando la Revolución llevó al cadalso al rey y persiguió la religion, objetos ambos de la mas profunda veneracion de los españoles. La guerra del Rosellon se hizo popular, y en el estado de agitacion que ofrecia nuestra Península, arribaron á Valencia muchos clérigos franceses y con ellos cuatro monjas de las célebres ursolinas implorando la hospitalidad. El obispo auxiliar D. Melchor Serrano, por disposicion del arzobispo D. Francisco Fabian y Fuero, hospedó á las religiosas en el colegio de la Enseñanza, circulando con este motivo una pastoral á todos los curas de la diócesis.

Mientras las autoridades y el pueblo valenciano dispensaban á las pobres proscritas todos los consuelos de la mas caritativa y generosa hospitalidad, los franceses establecidos en Valencia se negaron á socorrer á sus desgraciados compatriotas; los valencianos dieron á esta imprudencia de los extranjeros un carácter político que realmente no tenia, y les juzgaron como demagogos, revolucionarios y enemigos de la religion. Este suceso, que verdaderamente no debia tener importancia, sirvió, no obstante, de pretexto para hacer una demostracion pública contra el nombre francés.

Era el 27 de febrero (1794), cuando reunidos algunos estudiantes, ó por diversion, ó por miras hostiles, penetraron en la calle Nueva, donde vivian muchas familias francesas; y fueron tantas y tan osadas las provocaciones y los insultos de los escolares, que los extranjeros se vieron en el caso de rechazarles á la fuerza, dando lugar á que interviniera tropa para calmar aquel tumulto. La presencia de los soldados atrajo al sitio del desórden á otros muchos jóvenes del pueblo, que empezaron la resistencia al grito de ¡viva el Rey! ¡muera la Asamblea! Era inminente un verdadero conflicto, cuando se presentaron el general interino, don Victoriano de Navia, el obispo auxiliar y varios religiosos. El general, transigiendo con los amotinados, que pedian el estrañamiento de los franceses, les ofreció que los dejaria arrestados en sus casas, pero que no podia desterrarlos sin órden del rey. Esta disposicion no calmó los ánimos; pero dispersados y arrojados de aquella calle los sediciosos, se dividieron en grupos, y recorriendo diferentes puntos de la capital, allanaron muchas casas francesas, saqueáronlas y arrojaron por los balcones los efectos que no quisieron llevarse. La noche puso término á estos atentados, y al dia siguiente publicó el general un bando, en que se prohibia la reunion de varias personas y mandaba retirar á sus casas ó cuarteles á los reclutas y voluntarios, que bajo cualquier pretexto formasen grupos en las calles ó plazas públicas. Desoida, empero, la voz de la autoridad, fué precisa la intervencion de varios sujetos respetables y de los caballeros maestrantes, que lograron disipar á los amotinados y devolvieron la tranquilidad. Durante algun tiempo no se repitieron los desmanes pasados, que habian quedado sin embargo impunes; y todo parecia olvidado ya, cuando vino á encargarse de la Capitanía general el duque de la Roca. Como las casas francesas de comercio permanecian cerradas, causando incalculables perjuicios á sus intereses, acudieron los jefes de los establecimientos al nuevo capitan general, solicitando el permiso para abrir sus comercios. El duque, faltando á los deberes de su autoridad, se contentó con poner al márgen de las instancias el siguiente decreto: «El público ha cerrado las tiendas; pídase, pues, el permiso al público.» Y esta conducta, que en nuestros dias habria tenido las mas funestas consecuencias, no produjo, sin embargo, resultado alguno, y la tranquilidad continuó inalterable hasta el 24 de marzo. Era Domingo de Ramos, dia en que por una costumbre ó abuso inmemorial, que ha llegado hasta nosotros, se permitia á los muchachos circular por las calles, armados de mazas, golpeando con ellas las puertas de las casas indistintamente, é interrumpiendo el silencio grave de aquella semana, á cuya costumbre se la designa en nuestro país con la frase de «tocar á María sola.» Con este motivo algunos de los chicuelos escogieron para su diversion varias calles donde vivian franceses, y maltrataron sus puertas sin que la autoridad pusiera término á aquel desman. Mientras los muchachos discurrían de este modo, golpeando y gritando, se prendió fuego á dos casas francesas de la calle dels Drets; y bien fuese casual, bien efecto de una ruin venganza, el incendio sirvió de pretexto para que se reuniese en

aquel punto una multitud de gentes, que esparciéndose de seguida, allanaron de nuevo muchas casas, y arrebatando los efectos encontrados, los condujeron á la plaza de Santo Domingo, formaron con ellos una hoguera imponente, á contentamiento de los revoltosos. El capitan general, lejos de reprimir y castigar estos delitos, se apresuró por el contrario á publicar un bando, que firmó en el edificio de la Lonja, á 26 de marzo, disponiendo que todos los franceses, de cualquier clase y categoría, residentes en Valencia, se presentasen en la ciudadela, que habia fortificado á principios del siglo Mr. Amelot, con el objeto de trasportarlos fuera del reino, quedando sus bienes embargados por el rey. Esta disposicion inconcebible en una autoridad, contuvo por entonces á los sediciosos, que se contentaron con buscar cuidadosamente y conducir á la ciudadela á cuantos extranjeros pudieron encontrar.

La noticia de estos sucesos, propagándose rápidamente de pueblo en pueblo, atrajo á la capital á una porcion de gentes perdidas, que buscaron en el desórden un medio para subsistir. A estos forasteros se agregaron en Valencia no pocos que eran deudores á los franceses de cantidades mas ó menos respetables, y muchos que, aunque de buena fé, se gozaban en el esterminio de los franceses por recuerdos de odio y por odio á la revolucion. La presencia de tantos perdidos consternó á la mayoría de la capital, y fué preciso que se improvisaran rondas de ciudadanos armados que impusieran á los revoltosos, siendo el primero que prestó este servicio D. Juan Bautista, poeta, médico y catedrático, á la cabeza de algunos estudiantes. Esta ronda se encontró con los grupos, y acometiéndoles y persiguiéndoles de calle en calle, les obligó por fin á abandonar de pronto la capital. Merced á esta disposicion, se logró restablecer la calma, y los franceses fueron embarcados en 31 de marzo, sin que hubieran de lamentarse nuevos sucesos: los franceses embarcados fueron 648.

Esta proscripcion no pareció suficiente á los promovedores de los motines, los cuales quisieron hacer extensivo el estrañamiento á los clérigos y monjas que, como hemos visto, se habian refugiado en nuestro país al amparo de la religion. Y contra ellos no vino de parte del pueblo el golpe, que muchos, sin embargo, deseaban. El gobierno presidido por Godoy, ó mal informado por las comunicaciones del duque de la Roca, ó temiendo que los clérigos refugiados dieran ocasion para perpetuar en Valencia los desórdenes, ó movido por causas cuyo origen desconocemos, espidió una real órden dirigida al capitan general, en la que se mandaba que salieran de este reino todos los eclesiásticos franceses que actualmente residieran en Valencia. El general se apresuró á complimentar las órdenes del gobierno, y puesto de acuerdo con el arzobispo, hizo salir inmediatamente á los citados eclesiásticos, dispensando solo á los ancianos y enfermos. El arzobispo, á cuyo cargo corria la manutencion de aquellos sacerdotes, no opuso dificultad alguna, y solo trató de proteger á las cuatro ursolinas que dirigian las escuelas del colegio de la Enseñanza, y á las jóvenes que aspiraban á tomar el hábito de este instituto francés, en virtud de una real órden, fecha 22 de mayo.

Los descontentos, con quienes simpatizaba sin duda el capitan general, murmuraron de esta distincion en favor de las monjas extranjeras y pasaron á vías de hecho, acometiendo un dia la casa-enseñanza y pidiendo á gritos la espulsion de las monjas. Para salvar sus vidas mandó el general un piquete de infantería, y estableció un centinela en el colegio con la consigna de no dejar entrar ni salir á nadie. Aquella misma noche se presentó el gobernador de la plaza en el palacio arzobispal, y despues de ocupar las salidas por medio de la fuerza armada, intimando de seguida al arzobispo la órden de arresto. Sorprendido el prelado, no solo hizo ver la inconveniencia de aquella disposicion, sino que deseando trasladarse á otra cámara, fué detenido violentamente por el jefe militar, que le cogió de los hábitos para impedirlo. A pesar de esto logró el prelado, con el auxilio de varios eclesiásticos, penetrar en una habitacion cuya puerta mandó cerrar inmediatamente. El oficial mandó entonces colocar centinelas en todas las habitaciones, y no pudiendo abrir á fuerza de culatazos la puerta de la que ocupaba el arzobispo, hizo venir cuatro cerrajeros, que, asistidos por los soldados, echaron abajo la puerta y las demás que creyeron convenientes á su objeto, robaron varios cubiertos y otras alhajas de plata, y llevaron su osadía y desvergüenza hasta el exceso de introducir aquella noche en palacio varias prostitutas, dando con esto ruidosos escándalos. Al dia siguiente se mandaron ocupar las temporalidades del prelado por órden del capitan general durante la prision del arzobispo.

El obispo auxiliar elevó á S. M. en defensa del prelado una larga y sencilla narracion de estos sucesos, concluyendo por suplicar al rey «que pudiese término á tamañas tropelías.» En contestacion á esta solicitud, se espidió una real órden, por conducto del duque de la Alcudia, manifestando al arzobispo que S. M. se enteraria y exigiria despues la responsabilidad á quien correspondiese. Pero no contento el arzobispo con el escrito, redactado por su auxiliar, publicó una pastoral, refiriendo las tropelías que habia sufrido; pero aunque este documento no era mas que una reseña de la esposicion, produjo tan mal efecto en la córte, que el gobierno espidió otra real órden, en la que se significaba que la conducta del prelado merecia el *desprecio* de S. M., mandando terminantemente que se abstudiese en adelante de tales manifestaciones. Esta cuestion produjo, como una consecuencia, la renuncia forzosa del arzobispo Fabian y Fuero, y su reemplazo por D. Francisco Despuig, obispo de Orihuela, por real órden de 25 de enero (1795). Hé aquí un suceso digno de ser estudiado por esos enemigos irreconciliables de la actualidad. ¿Dónde hubieran puesto el grito, si hoy fuera un obispo objeto de tanta saña de un general y de un gobierno, solo por la proteccion dispensada á cuatro monjas extranjeras? Hay hombres que, acallando la voz de la conciencia, quisieran hacer perecer la historia.

El siglo XVIII desaparecia en Valencia entre el polvo que levantaron estos sucesos, y Valencia saludó la venida del siglo XIX, armada para resistir una órden del monarca.

Habíase espedido una real orden, que mandaba verificar el sorteo de seis regimientos de milicias provinciales, encargando su ejecución en Valencia al intendente D. Jorge Palacios de Urdaniz, á quien el vulgo conocía por el apodo de Monterilla. Decíase entonces que el objeto de esta real orden, que seguramente había de encontrar resistencia, era provocar el disgusto del pueblo, combinar un alzamiento, único medio que se creía oportuno para impedir la entrega al consul Bonaparte del cuerpo de ejército que había exigido al gobierno español. No fué menester el impulso de agentes secretos, si aquella sospecha era fundada, para que el pueblo de Valencia se conmoviera, como se conmovió, resistiendo tumultuosamente el sorteo que se había decretado. Los jóvenes se dirigieron al alojamiento del intendente, apedrearon sus balcones, y penetraron al fin en la casa, de donde pudo escapar milagrosamente Urdaniz, disfrazado con hábito de monge. En vista de la actitud del pueblo y de la fuga del intendente, las demás autoridades no se atrevieron á llevar á efecto el sorteo, y dieron cuenta al gobierno por medio de una sumaria, formada por D. Juan Romero Alpuente, fiscal de S. M. Pero resuelto el gobierno á hacer cumplir la orden anterior, la reiteró de nuevo, mandando terminantemente que se cumplimentara en todas sus partes, á pesar de la pronunciada resistencia de la capital. Las autoridades, acatando, como era su deber, las órdenes superiores, tomaron las oportunas precauciones para asegurar la tranquilidad, que no tardó en alterarse. El pueblo industrial y sobre todo los labradores que forman una respetable población en nuestra huerta, se lanzaron á la calle, dispuestos á rechazar la fuerza con la fuerza. Como no se había introducido el sistema de los estados de sitio, las autoridades creyeron conveniente suspender las operaciones de la quinta, mandando retirar los anuncios impresos que se habían fijado en las esquinas y comisionando al conde de Cervellon, con otros personajes, para que se trasladaran á Madrid, á fin de obtener la revocación de aquellas órdenes, que contrariaban las antiguas costumbres del reino, no acostumbrado á esta violenta contribución de sangre. Carlos VI, que á todo trance quería conservar la paz de sus pueblos en los momentos en que el mundo se conmovía, se dignó revocar las anteriores disposiciones, llegando en 31 de agosto tan fausta nueva á Valencia, cuando asomaba ya en el horizonte político la gran tempestad, que nació del fondo del Escorial.

El príncipe de la Paz fuera un gran ministro si las circunstancias no hubiesen sido superiores á la capacidad de su génio. Era digno de una época mejor; en tiempos posteriores habría sido Godoy el mejor de tantos ministros, célebres por su nulidad, y que sin embargo se les ha dado el título de hombres grandes. Pero detrás de Godoy existía una turba de enemigos poderosos; así es que, á pesar de que Carlos IV había lanzado sus huestes contra Bonaparte, para hacer frente á sus desmedidas exigencias ó sucumbir con gloria, los proyectos de Godoy fueron fracasando, y así se explica la famosa proclama de 6 de octubre (1806), llamando á los españoles á las armas, al mismo tiempo que se dirigían á Napoleón calurosas felicitaciones

por sus victorias, ofreciendo de seguida las escandalosas escenas del Escorial.

Celebrado el tratado de Fontainebleau, al cual hubo de someterse España como una necesidad imprescindible, empezaron á cruzar el Vidasoa los ejércitos franceses. Godoy formuló entonces el proyecto de trasladar la corte á la isla gaditana y dar á la América española una nueva organización, pero fué arrojado del poder por un motin, que, sea dicho de pasada, abona otros muchos de nuestros días. Cuando el príncipe de la Paz se apercebía de los vtores con que el pueblo saludaba á Fernando VII, dijo: *Mucho le dure*: frase política, que el tiempo se encargó de ilustrar. A los sucesos de Aranjuez sucedió la entrada de Murat en Madrid en 23 de marzo (1808).

La noticia de los sangrientos acontecimientos del memorable día Dos de Mayo, si bien causó en Valencia una profunda impresión de indignación y dió motivo al alzamiento, no encontró por ello sorprendida la capital. Había trabajos preparados por D. Vicente y don Manuel Bertran de Lis, familia acomodada por su industria y de estensas relaciones con los habitantes de la huerta. De acuerdo con D. Pedro Boigues, síndico del ayuntamiento, Bertran había estado en la corte y se había enterado del malestar que aquejaba al bravo pueblo de Madrid. Amenazados Bertran y Boigues por los agentes de Murat, regresaron á Valencia, y contando con la cooperación de los labradores de los cuatro cuarteles de Ruzafa, Benimadet, Campanar y Patraix trataron de provocar un alzamiento, ofreciendo el mando, por medio del médico D. Mateo del Olmo, al teniente general Cagigal, que se escusó con el estado delicado de su salud. Fracasada esta combinación, volvió á agitarse de nuevo por los trabajos de Joaquín Vidal y D. Vicente González Moreno, capitán del regimiento de Saboya, que luego se titulaba en sus firmas «Comandante del pueblo soberano.» Mas adelante se ve el nombre de este jefe unido al sangriento drama del fusilamiento de Torrijos.

Estos hábiles agitadores no creían hallar simpatías en las autoridades, que habían reconocido el gobierno formado por Murat, y fué necesario que el impulso viniera del pueblo de una manera inesperada.

Era costumbre en aquella época acudir á la plazuela de las Pasas los mas calurosos partidarios de la independencia española con los enemigos mas pronunciados de la invasión, con el objeto de leer ó oír leer todos los días de correo, las noticias que contenía la *Gaceta de Madrid*, abonando dos cuartos al encargado de sostener la suscripción. Como era consiguiente, en aquellas reuniones, compuestas en su mayoría de artesanos y labradores, no faltaban algunos que, ó mas elocuentes ó mas osados, comentaban las noticias, hacían cundir otras, y esponían sus opiniones con calor, con franqueza y con entusiasmo también. Entre estos eran notables el P. Fr. Juan Martí, de la orden de San Francisco, y un paisano llamado Francisco Amorós y Roig, que con la lealtad que caracteriza aquella revolución, hacían alarde de sus principios y no tenían otro objeto que salvar, como decían, á Fernando VII y rechazar de nuestro territorio á los franceses.

Valencia esperaba, pues, con febril impaciencia el correo del 23 de mayo, que debía esclarecer las noticias que habían circulado sobre los acontecimientos del día 2. Así es, que desde el amanecer se habían reunido en la citada plazuela muchos patriotas, ansiosos por saber la verdad, que la falta de correos daba lugar á los mas contradictorios rumores. Recibióse por fin la correspondencia, y se dió principio á la lectura de la *Gaceta*, que contenía, entre otros documentos, la abdicación de la corona en favor del emperador de los franceses. Pero apenas había terminado la lectura, los oyentes lanzaron á una el grito de ¡viva Fernando VII! ¡muera los franceses! A este grito, que se repitió durante algunos minutos, se añadieron las voces del padre Martí y de Francisco Amorós, que arengaron y enardecieron á los espectadores, cuyos aplausos y estrépito, propagándose por las calles inmediatas y sobre todo por el mercado, atrajeron nuevos curiosos, y la escena tomó ya el carácter de tumulto. Un paisano que vendía pajuelas, denominado por esto el *Palleter*, se desdijó entonces la faja, la ató á un palo á fuer de bandera, la agitó en el aire, y exclamó: «Un pobre vendedor de pajuelas le declara la guerra á Napoleón!» Por un instinto aquellos grupos, cuyo número crecía á cada instante, se dirigieron primero á la ciudadela en busca de armas; pero antes de llegar, creyeron mas conveniente contar con el apoyo de la autoridad, y se encaminaron á la Audiencia, donde se habían ya reunido el Acuerdo, el capitán general, y el conde de Cervellon, que gozaba de mucho prestigio. Los grupos repetían sin cesar el grito de «viva Fernando, muera Bonaparte.» En medio del desorden los grupos encontraron al P. Rico, religioso de San Francisco, querido del pueblo, respetado de todos y que desde aquel momento fué el principal elemento de la revolución. El P. Rico, á la cabeza de las masas, llegó hasta la Audiencia, y admitido en la sala del Consejo, manifestó el religioso con lisura y libertad que el pueblo de Valencia exigía que no fuesen reconocidas las órdenes de Murat; que la Audiencia constituyera un gobierno provisional del reino; que se abriera un alistamiento forzoso de 16 á 40 años, y que se declarara en fin la guerra á la Francia. Las autoridades contestaron, despues de una larga deliberación, que se adoptarían las medidas mas convenientes á las circunstancias, y aconsejaban entre tanto que el pueblo se retirase á sus hogares. Esta resolución no acalló á la muchedumbre, que exigía medidas enérgicas é inmediatas, y en este sentido habló el P. Rico; pero el regente contestó esponiendo la falta de recursos y de fuerzas que experimentaba el reino, y ponderando el número de enemigos que ocupaban la capital de la monarquía, cuyas principales fortalezas se hallaban en su poder. Esta contestación, dictada por la prudencia, pero no inspirada por el entusiasmo, no satisfizo al pueblo que, guiado por Vicente Domech, que era el nombre del *Palleter*, invadió el mercado y asaltando la tienda donde se espendía el papel sellado con la nota mandada poner por el Consejo de Castilla: «Valga por el gobierno de lugar-teniente general del Reino.» Lo arrojaron todo á la plaza y prendieron fuego á todas las resmas, entre los vivas de la multitud. La presencia del P. Rico, del P. Martí y de

Amorós logró por fin calmar aquella exaltación que amenazaba una verdadera revolución, logrando por otra parte que la Audiencia publicara un bando en el mismo día 23, suscrito por el conde de la Conquista, D. Vicente Cano Manuel, D. José Mayans y D. Vicente Esteve, disponiendo, en nombre de Fernando VII el alistamiento que se pedía y poniendo estas fuerzas bajo las órdenes del conde de Cervellon.

Esta disposición calmó el desorden, y los grupos se disolvieron, retirándose á sus casas. Pero aquella misma noche se hizo cundir la voz de que el capitán general había pedido por extraordinario un cuerpo de diez á doce mil hombres á Murat para sujetar el movimiento, añadiendo que se trataba de prender al padre Rico, como el personaje mas influyente en la revolución. No carecían de fundamento estas sospechas; porque el P. Rico temiendo una tropelía, según aviso que recibió, se hubo de refugiar en el cuarto de don Antonio Guillen, religioso de la orden de Montesa, en el convento del Temple. Los Bertran de Lis y Moreno, sabedores de que la Audiencia había dado parte de lo ocurrido al Consejo de Castilla, y de que el gran duque de Berg había mandado órdenes terminantes para sofocar á todo trance el movimiento, ofrecieron al padre Rico no solo su apoyo, para salvarle, sino tambien el de todo el pueblo. La *Gaceta* que por extraordinario se publicó en Madrid el día 28, refería estos sucesos dándole el carácter de un motin, «escitado por los enemigos del sosiego público (frase de todos los tiempos), y llevado á cabo por el *populacho*».

El Consejo de Castilla manifestó á Murat la necesidad de que el gobierno de Valencia se confiara á la Audiencia, cuyos ministros estaban en el caso de adoptar las medidas mas conducentes, porque conocían perfectamente la índole y costumbres del país. En este estado, que hacia ya inevitable el alzamiento, Bertran de Lis (D. Manuel), con el P. Rico y demás jefes del movimiento obtuvieron el permiso de ver al capitán general, y tanto se esforzaron en su petición y era tal la multitud, que durante la conferencia, llenó los patios y los alrededores del palacio del Real, que el general, conde de la Conquista, cedió por fin y dió la orden para que el pueblo entrara en la ciudadela y se proveyera de armas. Su entrada fué tumultuosa; pero bien pronto acudieron el general y demás autoridades, sorprendidos al observar el respeto y sumisión del pueblo, satisfecho ya con la posesión del único punto fuerte de la capital, confiado desde aquel momento á su custodia. El arzobispo y D. Vicente Bertran de Lis sufragaron espontáneamente los gastos que costó la instalación de los paisanos encargados de la ciudadela. Tranquilo todo, funcionando en su órbita las autoridades, activándose el alistamiento y la instrucción de los reclutas y voluntarios, vino por desgracia la hora de un crimen á turbar la marcha de la revolución.

Hemos indicado en otra parte la resistencia que Valencia opuso á la formación de la milicia provincial, que jamás se había introducido en este reino, pero que Godoy se empeñó en llevar adelante, aunque inútilmente. Para este alistamiento había sido nombrado coronel D. Miguel de Saavedra, barón de Albalat, que

en cumplimiento de su deber había impulsado y sostenido el alistamiento, á despecho de la opinion pública, que era hostil. Así es que llevaba adelante el reclutamiento, y había establecido el cuartel y guardia de prevencion en la ermita que fué de San Jorge. Una noche, y siguiendo la retreta algunos grupos, habían llegado al cuartel denostando la institucion y propagándose hasta el estremo de que el coronel se vió precisado á rechazarlos con la fuerza y aunque no hubo desgracia alguna, se hizo correr la voz de que habían muerto dos ó tres paisanos. Desde entonces se hizo pública la antipatía contra Saavedra, que era un cumplido caballero, cortés, afable, generoso y de mucha popularidad antes de este desgraciado suceso. El tiempo borró, sin embargo, la memoria de lo ocurrido, pero quedaron algunos enemigos irreconciliables del baron. Durante los primeros dias de la revolucion se formó una junta compuesta de las autoridades y personas influyentes para dirigir el gobierno del reino, y entre los nobles fué nombrado tambien el mismo baron de Albalat. Los elegidos ocuparon de seguida su puesto de honor; pero no pudo verificarlo Saavedra, porque en aquellos dias estaba fuera de la capital, rendido á los encantos de una elevada dama á quien había consagrado sus adoraciones. Sus enemigos hicieron cundir la voz de que el baron se había ido á Madrid á ofrecer sus respetos á Murat, y para desvanecer esta injusta sospecha, los amigos se apresuraron á escribirle para que se presentara inmediatamente. Avisado Saavedra, contestó que se disponia á regresar á la capital, pidiendo á sus amigos que aseguraran su venida sin riesgo alguno, para poner en evidencia sus opiniones. El conde del Castillo, el mejor amigo del baron, conferenció con D. Manuel Bertran de Lis, y convino en que este protegeria á Saavedra. Al llegar á la venta de Poyo el baron y los que le acompañaban, se encontró con una partida mandada por el famoso Pep de Salvador, el mas activo de la revolucion, y el mismo Pep se encargó de conducir á Saavedra á la capital. La comision llegó sin novedad á Valencia, y aunque en el tránsito por las calles se agregaron no pocos curiosos, pudo Saavedra arribar hasta el palacio de Cervellon, confiado en la gran influencia de este magnate. Durante las primeras horas se hicieron correr por el pueblo las mejores noticias sobre el patriotismo y lealtad del baron, pero haciéndose insostenible su situacion en el palacio, se creyó mas seguro conducirlo á la ciudadela. Se ofrecieron para acompañarle, junto con un piquete de tropa, el P. Rico y el capitán Moreno, que se pusieron á su lado con el objeto de protegerle. En esta disposicion salieron del palacio; pero apenas habían llegado á la mitad de la plaza, distancia aun no media entre la casa de Cervellon y la ciudadela, un grupo se precipitó sobre el piquete, y antes de que pudieran defenderse los soldados, cayó Saavedra al suelo atravesado por una porcion de puñaladas, recibidas todas en la espalda. Solo pudo decir estas palabras:

«Hijos, no soy traidor: mis bienes, mi vida están á vuestra disposicion; pero sabed que no soy traidor.» De seguida le cortaron la cabeza, y clavándola en una pica, levantáronla en alto. En aquel momento se des-

ató un furioso huracan que dispersó á la gente, quedando abandonado el cadáver trunco, recogido despues por los religiosos de Santo Domingo y enterrado en una capilla del claustro. Este crimen, que quedó impune, abrió el paso á los que mas adelante debían mancillar la revolucion.

CAPITULO XIII.

Declaracion de guerra.—El canónigo Calvo.—Matanza de los franceses.—Tribunal de seguridad pública.—Invasion de Moncey.

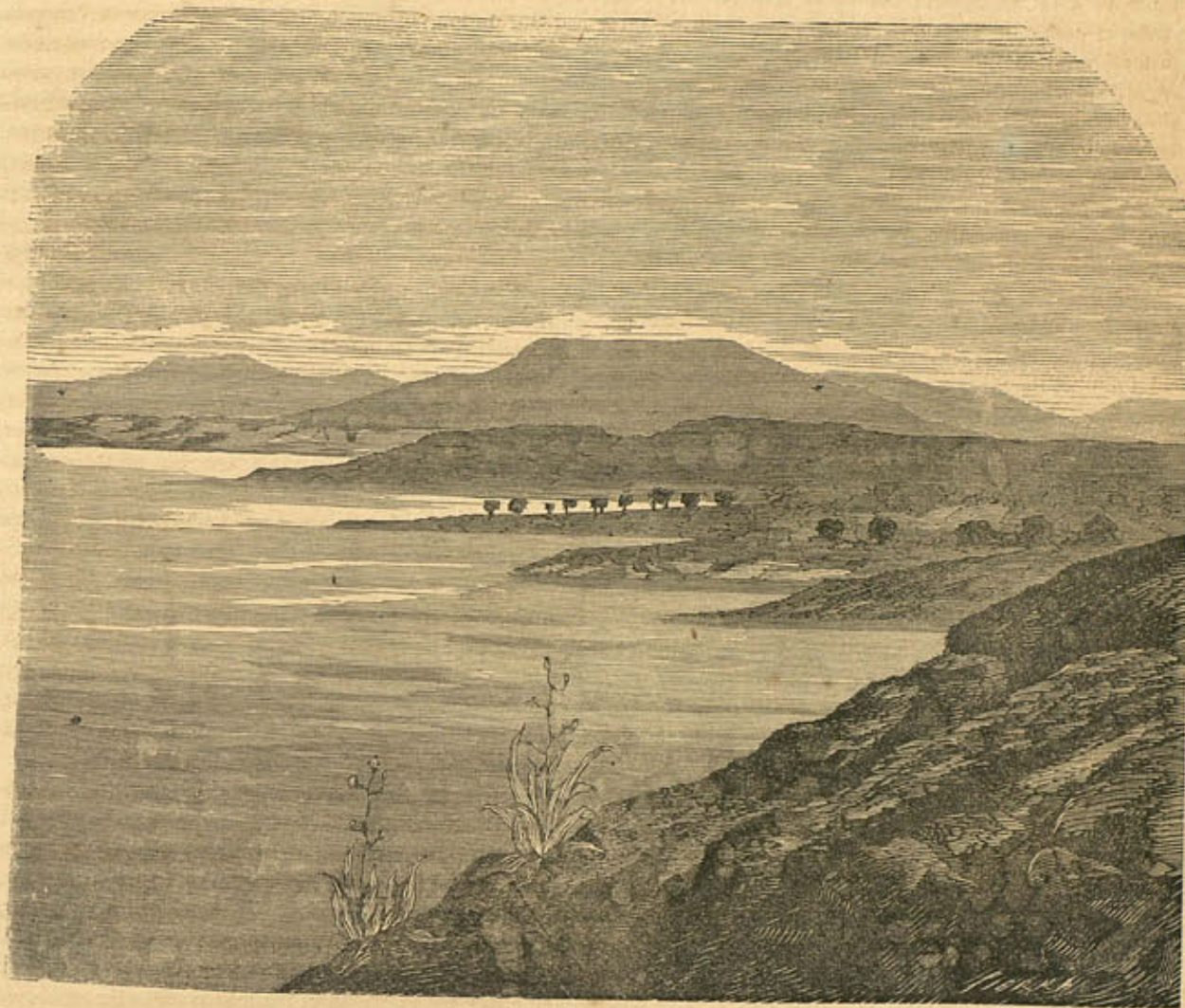
Apenas instalada la Junta de gobierno, se acordó en la primera sesion declarar la guerra á la Francia y dar impulso al alistamiento general, encargando á una comision militar la instruccion, equipo y armamento de los reclutas. Seguidamente y en connivencia con el cónsul de Inglaterra, se remitió al jefe de la escuadra de esta nacion una comunicacion, solicitando la amistad y la cooperacion del pueblo inglés. Fué portador de este documento el comandante de un corsario, tambien inglés, al cual confió el contra-almirante la contestacion, lleno de los mejores sentimientos á favor de la revolucion y ofreciendo hostilizar á la escuadra francesa, que pudiera amenazar las Baleares ó las costas de Valencia.

Hasta aquí la revolucion, empañada por la muerte de Saavedra, caminaba, no obstante, llena de osadía y entusiasmo, halagada por todas las clases sociales, unidas por una misma causa y dando pruebas de la mas admirable fraternidad. La revolucion, cualquiera que sea su objeto y su impulso, padece siempre de exuberancia: cada revolucion da origen á los que temen ir mas lejos y á los que tienen por crimen detenerse en el camino. La prudencia detiene á unos; el entusiasmo ciega á otros. De uno y otro móvil suelen aprovecharse, no pocos, para matar la misma revolucion. Las demasías del poder y las demasías del pueblo forman las reacciones y las tiranías.

No todos los franceses habían desaparecido de Valencia durante el gobierno militar del duque de la Roca; algunos de los desterrados habían vuelto á sus hogares, y aquellos y estos vivían pacíficamente dedicados á su industria y comercio, sin tomar parte en los sucesos públicos, pero cumpliendo con los deberes que se habían impuesto. Tampoco se había estinguido, antes por el contrario, se había recrudecido el odio contra ellos; pero odio que nacia de muchos de los que mas beneficios recibían de los extranjeros, mas bien que de la masa general del pueblo. Era fácil temer, pues, que cualquiera incidente provocase de nuevo un conflicto. Y este incidente no se hizo esperar por desgracia. Apareció en aquellas circunstancias el célebre D. Baltasar Calvo, natural de Jérica, villa del obispado de Segorbe y canónigo de San Isidro de Madrid, de donde había sido desterrado en virtud de un real orden, desde marzo de 1806. De apuesta presencia, de no escasa instruccion y dominado por el demonio de la ambicion, Calvo aspiraba á un alto puesto; buscaba los caminos para llegar á él, y estos caminos le condujeron al cadalso. D. José María Manescau, alcalde del crimen de esta Audiencia, haciéndose eco de la opinion general declarada contra el canónigo, pu-

blicó un manifiesto, por comision de la Junta suprema del gobierno de Valencia, contra aquel eclesiástico, haciendo una estensa reseña de sus intrigas, sus conspiraciones y crímenes, atribuyéndole la horrorosa matanza de los franceses. Las circunstancias todas, efectivamente, presentan á Calvo como el único y verdadero jefe de los asesinos; sus contemporáneos están contestes en acusarle; pero hemos oido de su virtuoso, leal y benemérito confesor, el Sr. Fabregat, dignísimo cura que fué de San Bartolomé, que asistió en sus pos-

teros momentos al canónigo, que recogió su última confesion, y que fué testigo de su lenta y dolorosa agonía, frases sentidas, que no podía esplanar, pero que el venerable anciano nos dirigió, añadiendo por fin: «no lo juzgue V.; Dios sobre la verdad... tenga V. caridad para con él.» Dejamos á la conciencia de nuestros lectores la apreciacion que debe hacerse de las palabras de un sacerdote, que ha muerto llorado de todos, y tenido por santo en todas sus obras hasta la mas virtuosa y prolongada vejez.



Lago de la Albufera (Valencia.)

Tranquilas se hallaban, pues, las familias francesas en sus hogares y tranquilos los extranjeros, que por precaucion continuaban viviendo en la ciudadela, cuando el 5 de junio, en cuya tarde circuló la noticia de que los detenidos en el fuerte trataban de evadirse ó de apoderarse de esta posicion, para promover una reaccion. Custodiada la ciudadela por algunos paisanos y un corto número de inválidos, no pudieron estos impedir la invasion de los mas osados, que, so pretexto de defender aquel punto, se instalaron en él, poniéndose en combinacion con otros, que les protegían en sus planes. Había ya anochecido, cuando el conde

de la Conquista, que acudió al punto amenazado, se vió obligado á retroceder ante la actitud resuelta y provocadora de las masas amotinadas. Presentóse tambien el P. Rico, y no fué poca su sorpresa al escuchar de boca de los sediciosos, que en la Junta había traidores, y que todos sus individuos estaban vendidos, y que por esto se había confiado á unos pobres inválidos la defensa de la ciudadela. No es la primera vez que la reaccion ha lanzado estas acusaciones contra las Juntas formadas en dias de revolucion: es un arma de buenos resultados. La desconfianza es uno de los grandes medios de que se han valido los reaccionarios

para matar toda inspiración. Durante estos momentos de ansiedad, se habían reunido á la puerta de la ciudadela las familias de los detenidos, llorando, suplicando y pidiendo la vida de sus esposos, padres, hijos ó hermanos. El espectáculo llenaba de espanto al corazón sensible, sobre todo, cuando la autoridad permanecía privada de fuerza para impedir la serie de crímenes, que sin duda se proyectaba. Sus lamentos penetraron hasta el fondo de las cuerdas de la ciudadela, donde los asesinos contaban uno por uno á los franceses, hasta el número de 143, para cerciorarse de que no faltaba ninguno. Mientras esto sucedía, se hallaba el canónigo Calvo, según su costumbre, en una tertulia, afectando ignorar la ocurrencia, cuando vino á llamarle un grupo de los sediciosos que le condujo á la ciudadela, y rodeado de aquellos desalmados, inspeccionó el estado del fuerte y dictó algunas disposiciones. En torno suyo, dicen, que se oyó esta frase: «Sí, señor, morirán todos.» ¡Cuántas veces ha depositado en nuestros días el pueblo valenciano su ciega confianza en personas advenedizas, seducido por la estúpida importancia que han sabido darse gentes que en su país eran altamente despreciadas! Halaga más al que conoce menos.

La ciudad dormía tranquila; las calles estaban desiertas y á oscuras; las autoridades reducidas á la impotencia; y el P. Rico y otros, que tanto habían hecho por la revolución, se habían visto precisados á ceder el campo. Los asesinos eran los únicos que velaban, y su movimiento, sus palabras misteriosas y sus semblantes hoscos, dieron á conocer á los pobres detenidos la suerte que les estaba reservada. En medio de aquella horrible ansiedad, el canónigo Calvo se dirigió á las doce de la noche al palacio de Cervellon, y osó proponer al conde que, para evitar la efusión de sangre del pueblo, dispusiese que el verdugo se encargara de la muerte de los franceses. Proposición horrible, que el mismo Calvo trató de explicar más adelante en sus declaraciones, diciendo que el horror que le inspiró el cuadro que ofrecía la ciudadela, le hizo decir lo que no sabía explicarse. El conde rechazó, como debía, tan infuca petición, y en el acto se dirigió á la ciudadela, cuando despertando al rumor de la horrible hecatombe de un grupo de asesinos, se abrieron los templos, y los religiosos de Santo Domingo se trasladaron á la fortaleza, llevando el augusto Sacramento. La comunidad avanzó entre dos filas de bayonetas y puñales y llegó hasta la gran cámara, donde gemían de rodillas y abrazados unos con otros los desventurados extranjeros. Los lamentos, los ruegos y las oraciones de las víctimas, el aspecto feroz de los asesinos, en mangas de camisa y bañados en sudor, el rezo de los salmos ennegrecidos y el silencio de la noche, arranca todavía con sus recuerdos lágrimas de verdadero sentimiento á los ancianos que asistieron á aquella horrible matanza. Un sacerdote, con la hostia en la mano, exhortó á los bandidos á respetar las vidas de tantos inocentes; y desfallecida su voz, ahogado por el dolor, continuó exhortando otro religioso, llamado el P. Vicente Juan. Sus palabras eran escuchadas con respeto... los momentos parecían siglos:

un viejo de los sediciosos osó interrumpir al sacerdote, pidiendo la muerte de todos, y veinte puñales se levantaron contra él. Aprovechando aquella crisis favorable, el mismo orador comenzó á entonar el rosario: había silencio: los asesinos parecían conmovidos; los franceses percibían una lágrima de esperanza... pero en aquellos instantes supremos entra el canónigo Calvo, y con una voz conmovida, exclamó: «En tanto que los Padres rezan, oid.»—Y habló á los asesinos en voz baja, y solo se oyó esta contestación: «Mueran todos, mueran todos.»

Los religiosos formaron de seguida un círculo alrededor de las víctimas; mientras acudían al sitio de los dolores los religiosos de San Francisco y los del Remedio, también con el Sacramento, y el canónigo Larala, en nombre del arzobispo. Los religiosos detenían á los verdugos, exhortando, rogando, llorando, mientras otros escuchaban la última confesión de los desventurados franceses, que padecían horriblemente. Llegó la hora: los asesinos, arrollando á los religiosos y á los que llevaban el Sacramento, se apoderaron de sus víctimas, que fueron cayendo á sus pies, cubiertos de heridas y en el charco de sangre, que hien pronto inundó la cámara. Aquella escena no puede describirse; ni mucho menos, cuando entre los sacerdotes angustiados, los cadáveres mutilados, la sangre que salpicaba todos los rostros y las vestiduras, apareció la figura pálida y tremebunda del canónigo Calvo, gritando á los sacerdotes:—¡No hay confesión!—Aun quedaban vivos en otras estancias algunos franceses, y observando Calvo la resistencia que oponían los religiosos, y llegando á su noticia que el capitán general mandaba por fin alguna fuerza, dijo con una altivez satánica:—Padres, eso no conviene; si entra la tropa, se pierde Valencia... ya que se han salvado algunos procuren Vds. que se revoque la orden.—Acto continuo dispuso Calvo que se cargaran tres cañones con metralla, colocándolos en varios puntos, resuelto á defenderse, y mandó que las comunidades abandonasen la ciudadela de grado ó por fuerza. Dueño del único punto importante de Valencia, y extendiendo desde allí su espantosa influencia, el canónigo Calvo ofició al conde de la Conquista, previniéndole que no diera paso alguno, como autoridad militar, y disponiendo en otra segunda comunicación que pasara á la ciudadela para tener una conferencia. A la primera contestó el general con firmeza, pero sin autoridad; y correspondiendo á la segunda, se trasladó á la fortaleza, en compañía de D. Domingo Nava, teniente general de marina. El canónigo recibió á estos altos jefes militares en un cuarto sombrío, y manifestó al conde la necesidad de que resignara el mando. El general Nava preguntó entonces quién era el que debía reemplazar al capitán general, y Calvo contestó con altivez:—Todo está dispuesto, y no faltarán generales que manden.—El canónigo concluyó diciendo que era preciso crear otra nueva Junta, porque la existente no podía inspirar confianza. Despedidos los generales, hizo el canónigo presentar al marqués de Benemejís, que se negó resueltamente á proponer la creación de la nueva Junta. A pesar de esta doble negativa, el canónigo redactó los oficios de

los nombramientos, formándolos en nombre de Fernando VII y como representante del pueblo. De pasada pidió al intendente, que lo era D. Francisco Javier Aspiroz, la cantidad de 4,000 rs., y previno al ayuntamiento que dispusiese todo lo necesario para publicar un bando, que tendría por objeto asegurar la tranquilidad. Se apoderó además de la correspondencia pública, y extendió sus decretos marginales en las órdenes, que venían del gobierno.

Quedaban entre tanto muchos franceses encerrados en varios departamentos de la ciudadela bajo la guardia de los religiosos; y casi se creían salvos cuando el canónigo dispuso que fuesen trasladados á las torres de Cuarte.

Llévose á efecto la orden: y los desventurados prisioneros se desprendieron de los brazos de sus familias, creídos de que esta medida aseguraba sus vidas. Escoltados por los mismos que habían asesinado á sus compatriotas en la noche anterior, salieron por la puerta del mar y por fuera de murallas se encaminaron hácia las torres citadas. Al llegar, empero, delante de la puerta de Ruzafa, dispuso el jefe de los asesinos, que todos entraran en la plaza de toros, que se estaba levantando entonces en el mismo punto donde se levanta hoy el gran circo. En pos de los presos y de su feroz escolta entraron también muchos curiosos que se derramaron por el tendido, y gracias á algunos de estos se salvaron unos pocos franceses en medio de la confusión. No era dudosa la suerte que se preparaba á los infelices prisioneros entregados á la libertad brutal de unos bandidos, ante cuyos puñales se inclinaba la capital. Empujados y hacinados efectivamente en el centro del redondel, los desventurados franceses fueron instantánea y horriblemente degollados, logrando sin embargo, como hemos dicho, salvarse algunos por la caridad de los espectadores. ¡Así fueron asesinados más de ciento!

La mayoría de la población pedía un término á la dominación de los criminales; los hombres honrados estaban dispuestos á tomar por asalto la ciudadela y castigar de una vez á los autores de tamañas atrocidades. El P. Rico y los demás individuos de la Junta procuraron calmar aquella justa indignación, porque era peligroso atacar el fuerte, cuyos fuegos podían ocasionar desgracias sin cuento. Lo más prudente en aquellas circunstancias era desunir los partidarios del canónigo, procurando aislarle. A este fin se encaminaron los trabajos de la Junta; y no tardó en presentarse una ocasión favorable para obligar á Calvo á abandonar la ciudadela. Dos de sus más ardientes prosélitos celebraron con el capitán general una entrevista, en la que pusieron en manos de la autoridad un escrito exigiendo la rebaja del sueldo de los oficiales del ejército, la inmediata fortificación de un punto estratégico en Almansa y las Cabrillas y el nombramiento de Calvo para individuo de la Junta suprema. El general se apresuró á transmitir esta petición á la misma Junta, y esta acordó acceder á todo, y más aun á la admisión de Calvo. Al efecto se comisionó á don Vicente Bertran de Lis para que participara el acuerdo al mismo canónigo, como así lo verificó, trasladándose de seguida á la ciudadela, donde Calvo le recibió

con los brazos abiertos.—¡Ay! Bertran, le dijo, ¡cuántos trabajos he pasado esta noche!—Bertran se retiró con el canónigo á una estancia separada, y quedó sorprendido del nombramiento, que, ó no esperaba, ó no entraba en sus planes. Después de una larga conferencia, Calvo, en compañía de Bertran de Lis, se presentó en el seno de la Junta. Su presencia causó una profunda sensación, y solo el P. Rico tuvo el valor suficiente para censurar la conducta del canónigo. Este, interpelado de una manera tan brusca, procuró sincerarse; y esto dió lugar á un debate acalorado, que fué preciso cortar para no levantar de nuevo las pasiones de los ciegos defensores del canónigo.

La nueva posición de Calvo alentó á su partido á cometer aquel día toda clase de excesos, hasta que, preparados los hombres más decididos y tomadas otras precauciones, se reunió al día siguiente la Junta, asistiendo á la sesión el mismo canónigo. Pero así que se dió principio á la sesión, el P. Rico, puesto de pie, formuló una segunda acusación contra Calvo, siguiéndole sobre el mismo tema el general y otros individuos. El debate fué solemne; solo Calvo mostró una energía que nada pudo doblegar, y escuchó con serenidad el grito de «traidor,» lanzado contra él por la Junta unánime. En el acto se decretó su prisión, que á Calvo no causó sensación visible, disponiendo que fuese conducido á Palma durante el proceso que iba á incoarse. Desde la misma Junta fué trasladado al Grao, bajo la custodia de Agustín Manglano, é instalado á bordo de una fragata de guerra, que mandaba D. Fabio Bucelli.

Pocos días después quedaba encerrado en la torre del Ángel del castillo de Bellver. A fines del mes de junio estaba terminado el sumario, formado por don José María Manescau; y en su consecuencia, fué conducido á Valencia el desventurado Calvo y cerrado en un calabozo de la Inquisición. Según este proceso, fueron asesinados inicuamente en varios días cerca de 400: la historia tiene que añadir este cuadro más á los muchos que ofrece la humanidad, á través de los siglos, parecidos á este. Valencia se creyó ofendida con razón, y Valencia pedía justicia. La Junta falló, por fin, en 3 de julio, condenando al canónigo D. Baltasar Calvo en la pena ordinaria de garrote, que se ejecutó en la misma cárcel, colgando luego su cadáver de la horca, levantada en la plaza de Santo Domingo, con una inscripción que decía: «Por traidor á la patria y mandante de asesinos.» La sentencia lleva la firma de todos los vocales, excepto los eclesiásticos que, por su carácter, se abstuvieron de votar.

En la misma noche fué notificado el reo, que escuchó la sentencia con una firmeza de espíritu, que no le abandonó un momento hasta su hora postrera. El venerable cura D. Juan Bautista Fabregat, comisionado al efecto, ejecutó la degradación que prescribía la sentencia. Calvo eligió al mismo cura para su confesor, y postrado entonces á los pies del sacerdote, pues rehusó humildemente tomar un asiento, dió pruebas inequívocas de resignación cristiana y de sentimientos altamente religiosos. En seguida hizo testamento de su biblioteca, que conservaba una hermana suya. De rodillas delante de un crucifijo leyó con voz

entera y tranquila la recomendación del alma, ocupando inmediatamente el banquillo fatal. Mas por efecto de una imprevision era estrecho el garrote, y mientras se preparaba de nuevo, esperó tranquilo la recomposición. Por tres veces repitió con la mayor devoción: *Jesu, fili David, miserere mei*, exhalando su último suspiro.

Al amanecer pendía ya su cadáver de la horca, levantada enfrente de la ciudadela.

Castigado el jefe, se procedió inmediatamente á la prision y castigo de los asesinos. Para esto se creó un tribunal titulado de «Proteccion y seguridad pública», compuesto de los magistrados D. José Manescau, don Manuel de Villafañe y D. Vicente Fuster. Dícese, que para descubrir á los delincuentes, se hizo circular la voz de que se abonaban 30 reales á los que probasen haber muerto algun francés, cuya cantidad se entregaba, tomando nota de su nombre, apellido y pueblo de su residencia. Esta noticia impulsó á muchos á suponerse matadores de los franceses, al paso que otros de los verdaderos perpetradores, mucho mas cautos, quedaron impunes.

Si horrible fué la muerte de los inocentes hijos de la Francia, mucho mas lo fué la forma que adoptó el tribunal para castigar á los reos. Sin testigos, sin pruebas, sin defensa, sin identificar al menos la persona, eran ejecutados dentro de las torres de Cuarte, á las dos horas de presos, los desgraciados, cuyos nombres estaban inscritos en un libro. Hombre hubo, que sentado ya en el suplicio, fué preguntado por su nombre, y conocido el error, fué desatado y puesto en libertad. Así perecían agarradas cada noche mas de 20 personas, que al día siguiente se colgaban de las horcas públicas. Un sacerdote que confesaba á los reos, horrorizado con la muerte de muchos inocentes, acudió al tribunal y solicitó mas detenimiento y mas justicia; pero fueron despreciados sus ruegos y se le impuso silencio. Trescientos individuos fueron ajusticiados de este modo arrebatado é ilegal: á nosotros, concluye un historiador, que refiere este horrible drama, nos atemorizan mas los asesinatos jurídicos que los puñales del vulgo.

Hemos terminado la relacion pálida de este espantoso episodio de la gran revolucion, que inició la guerra gloriosa de la Independencia en nuestro país; y mucho nos pesa que los asesinos de los franceses y la venganza ciega del tribunal formen los actos de un drama, que ha dejado una huella dolorosa en la memoria de los valencianos.

Durante estos tristes sucesos, el mariscal Moncey avanzaba hácia Valencia, al frente de una division de 8,000 hombres, entrando en Cuenca en 11 de junio. D. Pedro Adorno, general en jefe de la division valenciana, tomó posicion en el puente de Pajazo, ocupando la derecha 800 suizos y 200 hombres de guardias españolas, y los paisanos la izquierda. La accion se empeñó con denuedo por una y otra parte; pero envueltos los nuestros por la caballería enemiga, se pronunciaron en derrota, dejando la artillería en poder de los franceses y perdiendo bastante gente fuera de combate. Moncey, avanzando, desalojó de la fuente del Alamo, cerca de Buñol, á los guardias walonas y españo-

las, salvándose milagrosamente el P. Rico, que habia acudido desde Valencia para alentar con su presencia á los paisanos. Sin embargo, 300 de estos se defendieron desesperadamente, matando 300 caballos enemigos y causando gran número de heridos. La vanguardia francesa entró sobre la marcha en Buñol, en cuya iglesia sorprendieron á los ancianos, mujeres y niños, espantados por la aproximacion de los franceses. Estos cometieron infinitas tropelías, que Moncey hubo de castigar para conservar la disciplina. Desde la venta de Buñol dirigió el general del imperio una comunicacion al que lo era de Valencia, por conducto del capitán D. Manuel Gamindez, su prisionero de guerra, que ofreció y cumplió despues caballerosamente volver á su destino con la contestacion que recibiera. Moncey exigia de una manera cortés que Valencia reconociera la autoridad del rey José. A esta intimacion contestó la Junta, que, intérprete de la opinion del país, no reconocia otro soberano legítimo que á Fernando VII. El 26 de junio se recibió otro mensaje verbal de Moncey por conducto del coronel D. Bartolomé Solano, intimando la rendicion, para lo cual avanzaba rápidamente con las fuerzas de su mando. La Junta se negó tambien; pero antes de contestar á la tercera y última intimacion, hecha desde la venta de Payo, consultó á todos los gremios y corporaciones, y el acuerdo fué resistir hasta el último extremo. La Junta dirigió á Moncey, por conducto del caballero maestrante don Joaquín Salvador, está lacónica resolucion: «El pueblo prefiere la muerte en su defensa á todo acomodamiento. Así lo ha hecho entender á la Junta, y esta lo traslada á V. E. para su gobierno.»

El entusiasmo fué general; todas las clases, todas las edades tomaron parte en los preparativos para la resistencia; mientras las pocas tropas regulares que existian, los maestrantes, muchos nobles y bastante número de paisanos, á las órdenes del capitán general y del brigadier Saint-Marc se situaron en la ermita de San Onofre para disputar el paso á los franceses. Establecidas estas fuerzas, no fué posible conservar la disciplina; y hubo desórden, tumultos y desacatos, hasta el extremo de ser desobedecido repetidas veces el brigadier Saint-Marc. Alarmada Valencia con este conflicto, envió la Junta al brigadier D. José Caro con 2,000 hombres; pero lejos de imponer á los revoltosos, aumentó los disgustos. Afortunadamente llegaron fuerzas de varios regimientos, formando un total de 8,000 hombres entre todos, entre los cuales solo habia 1,000 soldados, 100 caballos y tres piezas de artillería. Los enemigos, en número de 12,000 infantes, 1,800 caballos y numerosa artillería, presentaron ya su avanzada en la tarde del 27, rompiendo el fuego nuestra derecha. La accion se generalizó en toda la línea, y los valencianos rechazaron por tres veces á los franceses; pero sus esfuerzos se estrellaron contra el ataque de la caballería enemiga, que en aquel llano maniobraba con entera libertad y precision de movimientos. Caro y Saint-Marc se retiraron sin desórden hácia Lombay, y Moncey, dispersando completamente á los demás, ocupó aquella misma noche los pueblos de Cuarte, Manisa y Aldaya, á la vista de la capital.

Los valencianos, amenazados ya de un próximo

CAPITULO XIV.

Trabajos de la Junta suprema.—Operaciones militares.—Defensa de Sagunto.—Entrada de Suchet.—Retirada de los franceses.

Pasados eran pocos dias desde que el noble mariscal Moncey habia visto fracasar sus esperanzas delante de las débiles murallas de Valencia, cuando la Junta publicó, con fecha 16 de julio, una estensa y razonada circular á todas las provincias, proponiendo la formacion de una Junta central, con el fin de adunar todos los esfuerzos, que hasta entonces hacia aisladamente la nacion, é imprimir una direccion al movimiento espontáneo con que se habia emprendido la guerra contra Francia.

Esta circular halló eco en todas partes, como era de esperar; pero se oponia á su realizacion, en primer lugar, el punto donde debia funcionar la Central, y en segundo, la falta de confianza en el Consejo Real ó de Castilla, desconceptuado por su incierta, tímida y reprehensible conducta con el gobierno intruso. Añadíase á estos obstáculos la dificultad de determinar la forma y composicion de la Central, optando unos por las Córtes, y otros por el principio de una federacion nacional. Por fin, se convino en que la Central se compusiese de dos individuos de cada Junta: bien que no se reunió tan pronto como las circunstancias lo exigian, porque la de Sevilla estaba empeñada en que la reunion del cuerpo se verificase en su capital.

Mientras esta cuestion se agitaba con mas ó menos interés, segun eran las circunstancias militares que ocurrían, no perdía el tiempo la Junta de Valencia. El número de sus soldados era igual al de los vecinos aptos para tomar las armas. De esta masa y de las que por todo el reino ofrecían los pueblos, sacó el gobierno la parte que creyó necesaria para atender á la defensa. Con ella se reorganizaron los regimientos antiguos; se crearon otros, y una division de 16,000 hombres, al mando del general D. Pedro Gonzalez de Llamas, que reemplazó á Cervellon, llegó á la capital de la monarquía y entró por la puerta de Atocha el día 15 de agosto. Esta division se encontró en la batalla de Tudela y en el sitio de Zaragoza: de tan brillante cuerpo de ejército solo regresaron á Valencia 1,455 infantes y 300 caballos, obligando á la Junta á verificar otro nuevo alistamiento. De esta nueva operacion resultó que en menos de seis meses organizó Valencia 11,881 infantes y 2,193 caballos, sin contar con las guerrillas y milicias honradas. Creóse además un cuerpo de 1,700 niños, vestidos y armados á costa de sus padres para servir de base al colegio militar que debia abrirse. Instaló una gran fábrica de fusiles, haciendo para ello las obras necesarias; se abrieron vastos almacenes; se hizo un grande acopio de nogales y de escalabrones para cajas de fusil, y se montaron 15 fraguas. Al mismo tiempo se fortificó el antiguo recinto de la capital, rodeándolo de un profundo foso, que se inundaba cuando se queria, y se estableció una línea de circunvalacion, protegida por piezas de grueso calibre. Desgracia fué, que para asegurar estas obras de defensa, demolieron el antiguo y hermoso palacio del

ataque, se apresuraron á fortificar la muralla, las torres y las puertas: toda la poblacion se puso sobre las armas, ó auxiliaban á los operarios; un paisano, llamado Juan Bautista Moreno, conocido por el apodo del Torero, arrastró y colocó un cañon en la puerta de Cuarte; y el día 28, muchos de los defensores confesaron, comulgaron y colgaron de sus cuellos rósarios y otras prendas de devocion. A pesar de tanto entusiasmo, de tanta fé y de tanto patriotismo, el capitán general, conde de la Conquista, trató de entregar la plaza; pero hubo de conformarse con la suerte de un sitio, cediendo á la actitud del pueblo.

Moncey avanzó sobre las ocho de la mañana hácia el pueblo de Mislata, mientras los labradores, ocultos en las cañaverales de las acequias y la espesura de nuestras moreras hostilizaban á los franceses, que no podían empeñarse en su persecucion, por la multitud de canales que cortaban su paso. Los franceses, divididos en tres columnas, emprendieron el ataque; pero detenidos por el fuego nutrido de la muralla, concentraron las fuerzas y acometieron la calle de Cuarte, estramuros, ocupando los conventos de San Sebastian y del Socorro, que se hallan contiguos. Desde allí, y despues de un sostenido fuego de sus baterías, los franceses avauzaron por la calle de Cuarte ya en columna de ataque, ya desfilando; pero diezados sus batallones por la metralla que vomitaba la pieza colocada en la puerta de la ciudad y por los fuegos de frente y de los flancos, que dirigian desde las torres y desde la huerta, tuvieron que replegarse á sus posiciones. Tres veces y por diferentes puntos atacaron los franceses, y otras tantas y de todas partes fueron rechazados, hasta el punto de que Moncey se vió precisado á emprender la retirada, que verificó dirigiéndose hácia el Júcar. En Mura hubiera podido disputarle el paso con ventaja el conde de Cervellon; pero este jefe permaneció á la defensiva, sin intentar de cortar á los franceses, á quienes dejó salir de nuestro territorio. Al día siguiente de su inútil tentativa, remitió el mariscal francés una carta afectuosa al capitán general, lamentando las desgracias ocurridas, espresando los mas delicados sentimientos á favor de España, y concluyendo por anunciar que ponía en libertad todos los prisioneros en cambio del general Exelmens, del coronel Lagrange, del jefe de escuadron Rosetti, y del sargento mayor Tetard, cogidos por los paisanos de Sealices. La exigencia del mariscal dió origen á una porcion de comunicaciones, que respiran por una y otra parte la mas distinguida cortesania y toda la delicadeza del honor militar.

La defensa de Valencia, hecha por simples paisanos, auxiliados por unos pocos soldados, aunque dirigidos por excelentes y entendidos oficiales, es un suceso que tuvo visos de maravilloso, segun la espresion del historiador conde de Toreno. Los franceses perdieron mas de 2,000 hombres, y entre ellos al general de ingenieros Cazal con otros oficiales superiores. Los valencianos, resguardados detrás de los muros y baterías, tuvieron que llorar pocos de los suyos y ninguno de cuenta.

Real, temiendo que los franceses se apoderaran un día por hallarse fuera de muros. Es una pérdida irreparable.

Para ocurrir á tantos gastos, la Junta pasó una circular, invitando á los contribuyentes á ofrecer algun donativo, pues solo para el equipo de los reclutas se invirtieron 4.783,896 rs., sin contar el costo de 40,000 fusiles, pedidos á Inglaterra y en Africa. Con estos gastos y los socorros enviados á Cataluña y á varios cuerpos del ejército, se calcula que Valencia sacrificó en beneficio de España, durante la gloriosa guerra de la Independencia, cerca de CIENTO SEIS MILLONES DE REALES.

No contenta la Junta con atender con sus socorros á la defensa de nuestro país en particular, y á la de lo restante de la Península en general, despachó comisionados especiales con el objeto de pasar á Italia, y espusiesen á S. M. el rey de Cerdeña el estado de este reino, rogándole les concediera la proteccion suficiente para comprar las armas que eran menester. El rey y su real familia recibieron en el mismo día de su llegada á los comisionados D. José Ferrer y de Pedro y D. Antonio Mordella y Spótorno con la mayor consideracion, así como el cuerpo diplomático y la oficialidad de la corbeta de guerra inglesa la *Volage*, que llevó su galantería hasta el punto de presentarse en público con la cucarda española y centro negro. Al día siguiente volvió el rey á admitir á nuestros comisionados, que desde allí pasaron á Nápoles, de cuya soberana recibieron la mas cordial acogida y un donativo de 1,000 fusiles y cuatro piezas de artillería.

Entre tanto se discutió, aprobó y señaló en la Junta el nombramiento y facultades de los individuos que debian formar parte de la Central, recayendo la eleccion en el conde de Contamina, grande de España, Gentil-hombre de cámara de S. M. con ejercicio, y en D. Antonio Valcárcel, Pio de Saboya, conde de Lumières, Príncipe Pio, grande de España, digno de esta honra de sus estudios, sus obras y amor al país; pero habiendo fallecido en Aranjuez, se nombró en su lugar al marqués de la Romana, grande de España, general en jefe del ejército de la izquierda. La Junta central se instaló en Aranjuez el 25 de setiembre en número de 34, á pesar de ser 35 los vocales escogidos de entre los hombres mas eminentes de la nacion, sirviendo de secretario á esta Asamblea, que ejercía el lleno de la autoridad soberana, el inmortal D. Manuel José Quintana. El orgullo y la vanidad pueril, desprestigió á estos hombres, llenos por otra parte de grandes merecimientos; y mientras los pueblos hacian grandes sacrificios de sangre y de dinero, sufriendo todos los horrores de una guerra á muerte, la Central creaba condecoraciones y títulos para sus fastuosos individuos.

Las operaciones militares en el reino de Valencia, desgraciadas en general por nuestra parte, desprestigliaron tambien á su Junta, que habia puesto toda su confianza en D. José Caro, que ascendió rápidamente al empleo de general. Este jefe, perdida la desgraciada batalla de Tudela, en que quedaron fuera de combate 2,000 hombres de la division valenciana, vino á la capital de orden de la Junta, y así la accion de Tu-

dela abrió á los franceses el camino para Madrid, y motivó tambien el movimiento del mariscal Suchet sobre Valencia. Dueño de Teruel, de donde desalojó el general polaco Klopicki á la division que D. Pedro Villacampa tenia vivel, despachó Suchet al general Habert con 5,000 hombres para apoderarse de Morella, mientras el mismo mariscal marchaba sobre Segorbe con un cuerpo de 9,000 combatientes. En Albufera se encontró con las guerrillas al mando de D. José Lamar, y aunque los nuestros pelearon con fortuna, hubieron de retirarse en virtud de órdenes superiores, dejando cuatro cañones en poder del enemigo.

La toma de Morella por Habert produjo en Valencia tan profunda sensacion, que se temia de un momento á otro la aparicion de Suchet delante de la capital. El pueblo, alarmado y descontento atribuyó estas desgracias á la impericia y aun dudosas opiniones del conde de la Conquista, y se insurreccionó, pidiendo su destitucion. Aprovechando, pues, este movimiento, fué separado del mando por el baron de Sabasona, individuo y comisionado de la Junta central en Valencia, nombrando en su lugar á D. José Caro. Con la separacion del de la Conquista cesó la persecucion que sufrían el P. Rico, Moreno y los hermanos Bertran de Lis, que hacian oposicion al conde, que les habia hecho procesar, aunque el fallo fué absolutorio y muy honorífico para los procesados. Tambien fué separado el intendente-corregidor D. Francisco Javier Aspiroz, reemplazándole D. José Canga-Argüelles, contador entonces de ejército. La Central desaprobó el nombramiento de Caro, confiando el mando al general Castro, que la de Valencia se negó á reconocer; naciendo de este incidente las desavenencias entre esta corporacion provincial y la que en aquellos momentos regia los destinos de la monarquía. En su consecuencia comisionó este alto cuerpo á D. Lázaro de las Heras, en calidad de comisionado régio, el cual separó á Canga-Argüelles, y prendió de noche á los Bertran de Lis y á D. Pedro Cros, preparando los sucesos ulteriores. Caro, prestando oídos á gente mal intencionada, creyó que en Valencia existia un partido resuelto á transigir con los franceses, y llevado de estos informes, que tantas veces ciegan á la autoridad, decretó nuevas prisiones, condenó al suplicio de horca al baron de Pozoblanco, sin causa al menos probada, para que sirviera de escarmiento, y estableció una comision militar con odiosas facultades, para hacer respetar, no los derechos de la justicia, sino los alaridos de la venganza, arrojados por el cinismo y la cobardía. Perseguidos los primeros impulsores de la revolucion, mudo el pueblo, muerto el patriotismo, Valencia cayó en el abatimiento al saber los repetidos descalabros que sufrían nuestras armas. Caro, mas ocupado en anular á sus enemigos, que en dirigir las operaciones de la campaña, concitó contra sí la animadversion pública, y solo por sincerarse salió á recobrar á Morella. Pero al principiar las operaciones, no esperó al enemigo y el general Mont-Marie le batió seguidamente en Albocacer. Preciso despues á socorrer á Tortosa, se retiró ante la division de Suchet, que le habia salido al encuentro. De puesto del mando sus imprudentes partidarios intentaron asesinar á su sucesor, D. Alejandro Bassecourt, junto con

D. José Canga-Argüelles y D. Vicente Bertran de Lis; pero esta conspiracion abortó, fueron presos sus complicados y embarcados con destino á Alicante. Caro pudo salvar la vida, escapándose con hábito de fraile y se refugió en Mallorca, donde concluyó sus dias en la oscuridad. Bassecourt hizo su entrada pública en la capital el 16 de Agosto (1810), y al día siguiente circuló una proclama, dando su programa de conducta; y otra en el día inmediato, haciendo una reseña de sus servicios, asegurando haber sido uno de los que alzaron la voz en Aranjuez, proclamando á Fernando VII, cuya mano, dice, tuvo el honor de besar *silenciosamente el primero*. Al principio de su gobierno militar, se recibió una orden de la Central, reduciendo á siete los individuos de la Junta provincial. En su consecuencia se disolvió la primera, á quien se debia todo, y se formó otra, en la que tomó parte el célebre y distinguido literato D. Tomás Gonzalez de Carvajal, nacido en Sevilla en 1755 y muerto en 1834. Poco tiempo despues abandonó á Valencia, para trasladarse á Cádiz, en compañía de D. José Canga-Argüelles, á quienes siguió, por orden reservada, D. Vicente Bertran de Lis.

Entonces se verificó la eleccion de los diputados, que concurrieron á la formacion de la Carta inmortal, que se publicó en Cádiz, y debemos recordar, entre aquellos dignos representantes valencianos, á D. Francisco Javier Borrull y D. Joaquín Lorenzo Villanueva, tan conocidos por su ilustracion y obras notables. Al par de la eleccion de los diputados trató el general Bassecourt de instalar un Congreso provincial, semejante al que funcionaba en Cataluña; pero este parlamento no vivió mucho tiempo, tanto por las disidencias, que ocasionaron la separacion de Bassecourt, cuanto por el amago del cuerpo de ejército de Suchet, que avanzaba segunda vez sobre Valencia. En vista de este plan del enemigo la regencia nombró capitán general á Blake, al que debian unirse las fuerzas regidas por D. Manuel Freire. Blake se encargó del mando, cesando el que lo era interino, marqués del Palacio, y dedicó toda su atencion á poner la capital en estado de defensa. Suchet recibió una orden de Napoleon, prescribiéndole que para el 15 de setiembre estuviese lo mas cerca posible de Valencia, y en su consecuencia emprendió el movimiento á la cabeza de 22,000 hombres. El ilustre mariscal creia llegar hasta el pié de los muros de la capital, sin encontrar seria resistencia, y sin paramientos en el castillo de Sagunto, que no podia, segun sus noticias, ofrecer obstáculo alguno á su marcha. Era gobernador de aquella fortaleza, célebre por su antigüedad y venerandos recuerdos (1) D. Luis María de Andriani, nombrado para este cargo en 6 de agosto por el marqués del Palacio, por renuncia del coronel del Pino, que creia comprometida su reputacion militar, si se empeñaba en defender aquel punto.

El castillo no ofrecia efectivamente ninguna de las condiciones que exige el arte militar, para considerarlo como una verdadera fortificacion; de modo, que al presentarse delante el mariscal Suchet, ni estaban

terminadas las obras emprendidas por Andriani, ni contaba para su defensa mas que con diez y siete piezas, tres de á 12, las demás de 4 y 8 y tres obuses. Faltaban cureñas de respeto, arcones en las baterías y operarios en el parque: solo habia dos armeros. La guarnicion se componia de cinco batallones, casi todos reclutas y sin equipo; y eran escasos los oficiales y sargentos.

Los franceses, dueños de la poblacion, habian formalizado el bloqueo el 28 de setiembre. Conocida la debilidad de la defensa, resolvió ocupar el castillo por un atrevido golpe de mano; y mucho antes de amanecer el día 29, dos fuertes columnas llegaron, sin ser apercibidas, hasta el pié de los muros por dos puntos á la vez. Prepararon las escalas, y emprendieron el asalto con intrepidez. Pero puesta la guarnicion sobre las armas, se empeñó un reñido combate, en que se hizo uso de las armas blancas, hasta que la resistencia porfiada de los sitiados obligó al enemigo á pronunciarse en retirada, dejando cientos de cadáveres y objetos de guerra en los flancos por donde habian escalado. Entrado el capitán general, se apresuró á enviar á Andriani un despacho, aprobando por completo su comportamiento y ascendiéndole al empleo de brigadier. El portador de estos documentos fué un sargento primero de granaderos, llamado José Verdú, de Valencia, que supo burlar la vigilancia de los enemigos y entrar en el fuerte por medio de una escala de cuerda. El 17 de octubre rompió de nuevo el fuego el enemigo, jugando cuatro piezas de á 24, cuatro morteros y cinco obuses, lanzando sobre el débil castillo 600 balas rasas y 700 proyectiles huecos. Estos fuegos apagaron los nuestros, privando á nuestras baterías de un oficial y catorce artilleros, é inutilizando en la del Dos de Mayo un cañon de á 12. Con esto quedó abierta la brecha, que fué batida de nuevo al amanecer del 18, preparándose los franceses al asalto. Andriani celebró en aquellos momentos un consejo de jefes, y espuso con precision y conocimiento el estado del castillo, terminando por hacer ver la necesidad de sostenerse, supuesto que no debia retardarse la aproximacion del ejército, que debia socorrerles. Aun no habia concluido el consejo su conferencia, cuando se recibió el aviso de que el enemigo salia de sus trincheras para emprender el asalto. Ochocientos granaderos atacaron efectivamente la brecha, sostenidos por una columna de 2,000 hombres, y apoyados por el fuego de su artillería. Arrojáronse á la defensa los sitiados, cubriendo la brecha con sus pechos, y empeñando un combate horriblemente sangriento. Los franceses llegaron á poner el pié sobre las ruinas; pero nuestros soldados hicieron tales prodigios de valor, que el enemigo, fatigado, hubo de retirarse, dejando mas de 500 cadáveres sobre las pendientes, y costando la vida á 180 de los nuestros. La noche fué sombría: enarbolóse la señal de brecha abierta, y fué preciso que un bravo oficial, llamado D. Mariano Almudevar, se ofreciera á poner en conocimiento del capitán general la crítica situacion de los sitiados. En vano el día 20, la presencia de algunos buques de guerra en las aguas de Murviedro y la noticia de haberse levantado el sitio de Cádiz, se celebraron con salvas de artillería y tri-

(1) Véase la obra escrita por mí, titulada *Memorias de Sagunto*, publicada en 1865.

ples vivas á la nacion y al rey; al dia siguiente comenzó la guarnicion á sentir grandes apuros. El gobernador alentó á los soldados; y mientras las baterías enemigas abrian nuevas brechas, arrojando sobre 1,400 proyectiles, los sitiados desfallecian por esfuerzos de una fatiga incesante, cuando vino á reanimarles el dia 25. La division, que venia en socorro de Sagunto, empeñó un combate con una gruesa columna, que se destacó del ejército sitiador. Inmediatamente dispuso Andriani una salida vigorosa, operación arriesgada, atendido el mal estado físico de la guarnicion. Por desgracia perdimos la jornada; y desde el castillo se pudo ver una columna de 4,000 prisioneros españoles, cuyo espectáculo causó el mas profundo desaliento.

Suchet, respetando á los bravos defensores, no intentó otro asalto, que acaso hubiera sido decisivo, y se contentó con intimar la rendicion al dia siguiente de su victoria. Al efecto mandó un oficial para que invitase al gobernador á que enviase un jefe á fin de que, viendo y hablando con los prisioneros, se convencieran los sitiados del triunfo que acababa de obtener. Andriani comisionó al teniente coronel de artillería D. Miguel, muy recomendable por su bravura é inteligencia. Este jefe se trasladó al cuartel general y se avistó con el general Loy, prisionero de guerra, y otros oficiales superiores, visitando al mismo tiempo á algunos individuos de la clase de tropa. D. Miguel enteró de la verdad de todo al gobernador, y poco despues intimó Suchet la rendicion. Andriani, antes de contestar, reunió un consejo de oficiales, y despues de manifestarles cuanto acababa de ocurrir, les dijo: «Estoy satisfecho de haber llenado mi deber; pero antes de capitular, quiero saber si hay alguno que se sienta animado á prolongar la defensa: porque si lo hay, ha de entender que en el momento le reconoceré por gobernador de Sagunto, y le obedeceré y cumpliré como subalterno las órdenes que me dé.» Ninguno, segun era de esperar, aceptó la oferta; y reuniendo en seguida dos capitanes por batallon para igual objeto, todos rehusaron admitir un cargo que Andriani habia sabido con tanta gloria sostener. Redactada y firmada la capitulacion, salieron del fuerte los batallones formados y con banderas desplegadas por la misma brecha defendida tan gloriosamente en el asalto del dia 18, y depusieron las armas al pié de la misma, donde el general jefe de Estado Mayor, Saint-Cyr, presentó á Andriani el caballo de batalla del mariscal, para que pasara al pueblo de Petrés, en cuyo punto le recibió Suchet con las mayores distinciones.

Tal fué la heroica defensa del castillo de Sagunto, y nada prueba mejor la gloria de este hecho de armas que los elogios dispensados por el mariscal al gobernador Andriani en las *Memorias* que publicó de sus campañas.

Hemos indicado la derrota de nuestro ejército á la vista del castillo de Sagunto, cuya desgracia determinó la rendicion del fuerte. Blake habia mandado varias columnas para distraer la atencion de Suchet; pero no obteniendo ventaja alguna, resolvió llevar por sí mismo un pronto socorro á los sitiados. Su ejército ascendia á 25,000 hombres, y 2,500 caballos. Aquella

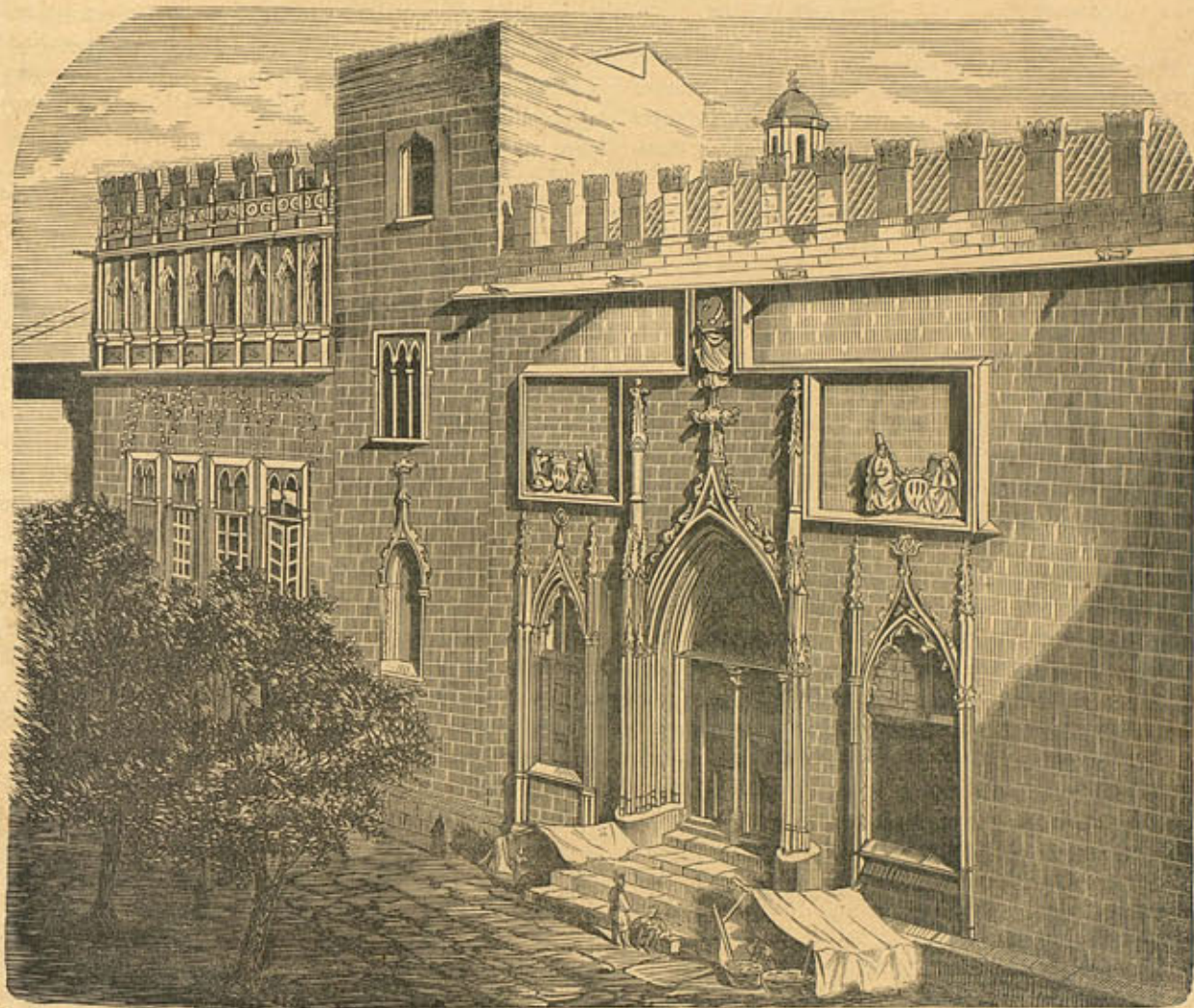
misma noche, que fué la del 24 de octubre, acampó no lejos del ejército sitiador. Mandaba su derecha el general D. José Zayas, el centro D. José de Lardizabal y la izquierda D. Carlos O'Donnell. Hasta las once de la noche no tuvo Suchet noticia del movimiento de los españoles; y no pudiendo retirarse de Sagunto sin perder la artillería, tomó el partido arriesgado, sin duda, de admitir la batalla. A las ocho de la mañana del 25 se rompió el fuego por ambas partes; nuestras columnas avanzaron con intrepidez, y el combate fué sumamente reñido. Suchet recibió una herida de bala, así como los españoles Caro y Loy, que cayeron prisioneros. Este incidente hizo cundir el desaliento; y nuestro ejército hubo de replegarse sobre Valencia, perdiendo 12 piezas, 900 hombres entre muertos y heridos y 4,000 prisioneros. Los franceses tuvieron 800 hombres fuera de combate. Esta derrota, desprestigiando á Blake, hábil general la víspera, pero falto de presteza en la ejecucion, no supo alentar al pueblo valenciano con el ejemplo de la inmortal Zaragoza al ocupar los franceses la orilla izquierda del Turia, ocupando dos leguas de estension. Largas, difíciles y aun gloriosas fueron por una y otra parte las operaciones del sitio de Valencia puesto por Suchet, y cuyos detalles no caben en el plan de nuestra *Crónica*. El general Blake hizo prodigios de valor, rivalizando con sus generales y soldados; pero la suerte le fué contraria y hubo de capitular en 8 de enero, ocupando los franceses el dia 9 la ciudadela y puerta del Mar. El 10 salian para Francia prisioneros el mismo Blake y 18,219 hombres de tropas regimentadas. Blake dejó casi en la pobreza á su numerosa y tierna prole, y aparte de sus errores, no pueden negársele conocimientos especiales y muchas virtudes.

Suchet hizo su entrada pública el dia 14 por la puerta de San José, y allí salió á recibirle el ayuntamiento, dirigiéndole una alocucion humilde asaz y poco digna de un pueblo que habia declarado guerra á muerte á los franceses. El rey José honró á Suchet con el título de duque de la Abufera, título que mancillaba al mismo tiempo, haciendo salir de Valencia y fusilar en Murviedro á cinco frailes, llamados Fr. Pedro Pascual Rubert, provincial de los Mercenarios, Fr. José de Jérica, guardian de los Capuchinos, y los lectores Fr. Gabriel Pichó, maestro de novicios, Fr. Faustino Igual y Fr. Vicente Bonet, dominicos. Al mismo tiempo que caia Valencia en poder de Suchet, Denia era abandonada por su gobernador D. Estéban Echenique; el inmortal D. Martín de la Carrera, al frente de 100 caballos, combatia con el general Soult en la provincia de Murcia, pereciendo el bravo español hasta quedar solo, y Peñíscola se entregaba á los franceses por su indigno gobernador D. Pedro García Navarro, que se pasó al enemigo.

Perdido el reino de Valencia, la regencia nombró comandante general á D. Francisco de Copons y Navia, que desde el principio de su mando procuró dar un grande impulso á las partidas de guerrilleros, siendo la mas notable la que se denominaba del Fraile, porque la mandaba efectivamente Fr. Asencio Nebot, de los descalzos de San Francisco. Semejante al Empecinado, á Mina, Durán, Villacampa y otros, Nebot hostilizó

infatigable, y no pocas veces con ventaja, á los franceses. Mientras un simple guerrillero tenia continuamente en jaque á los enemigos, el general D. José O'Donnell perdía la célebre jornada de Castalla, ya por haberse acelerado, dice el conde de Toreno, á atacar, estando en vísperas de que aportase á Alicante la division anglo-siciliana, ya por sus disposiciones mal concertadas, y ya porque afirmaban muchos haber desaparecido de la accion durante el trance mas apretado. Esta conducta indignó á la nacion, y sobre todo

á los valencianos, cuyos diputados los Sres. Traver y Villanueva, en el calor del debate, acusaron á la regencia de omision y descuido. A pesar de todo, no se adoptó ninguna medida, y este escándalo se ha repetido cien veces en los tiempos posteriores. Poco despues, esto es, en 26 de agosto (1815), entró en Valencia José Bonaparte, que venia escoltado por un ejército de 12,000 hombres. Se alojó en el palacio de Parcent y allí acudieron á cumplimentarle todas las autoridades, sin que el pueblo hiciera otra demostracion que la de



Casa-Lonja.

la curiosidad, y permaneció en esta capital hasta mediados de setiembre.

Depuesto del mando D. José O'Donnell, le reemplazó D. Francisco Javier Elío, que reunió bien pronto 34,900 infantes y 3,400 caballos, dispuesto á emprender las operaciones contra Suchet. Venia Elío sirviendo con gloria en el ejército español desde 1783, y tomó parte en el sitio de Oran, en la campaña del Rosellon y de Navarra, en la defensa de Buenos-Aires, contribuyendo á la evacuacion de Buenos-Aires, Montevideo y Rio de la Plata por los ingleses. Venido á España, en virtud de orden superior, la regencia le

nombró general en jefe del segundo y tercer ejército, y en este concepto, tuvo á sus órdenes á los generales Miyares, Villacampa, Sarsfield, el Empecinado y Durán. Suchet, deseoso de inutilizar la division anglo-siciliana, emprendió de nuevo sus operaciones por Biar; pero despues de un combate reñido y de varias alternativas, se pronunció en retirada hasta la línea, que mantenía en Júcar. La conducta del duque del Parque en Carcagente no produjo efecto en el noble mariscal, que supo al mismo tiempo la derrota de Vitoria y la retirada á Francia del rey José. Suchet, temiendo verse aislado lejos de sus fronteras, salió de

Valencia el 5 de julio (1813), después de 18 meses de ocupación. Así concluyó la guerra de la Independencia en nuestro reino, el cual, después de tantos sacrificios y de tanta sangre vertida, se hundió en la miseria, por la destrucción del territorio, el abandono de nuestras zonas agrícolas y por el nacimiento de los odios políticos, que nacían entre las glorias y las lágrimas de una revolución, que no volverá á repetirse jamás.

CAPITULO XV.

Gobierno de Fernando VII.—Epoca constitucional.

Firmado el tratado de Valencey, Fernando VII, con el título de conde de Barcelona, salió de Francia en 13 de marzo (1814), en compañía de los infantes D. Carlos y D. Antonio. El 22 llegó á Figueras, donde le esperaba el general Copons al frente de un ejército aguerrido y entre los aplausos de un pueblo que le saludó con entusiasmo. Fernando cruzó los venerandos escombros de Gerona, visitó la siempre heroica ciudad de Zaragoza, y en todas partes pudo observar los destrozos de la lucha titánica que la nación había sostenido por el rey, á quien más han amado los españoles, y que menos ha hecho por España. Cruzando por Daroca en 11 de abril celebró una Junta, en la que se discutió si el rey debía jurar ó no la Constitución, y la cuestión quedó sin resolver. El 13 arribó á Teruel, formando su comitiva, además de D. Carlos, altos personajes que nada habían hecho por la patria ni por el rey. El 15 celebró otro consejo en Segorbe, y no se decidió tampoco la cuestión del juramento.

El general Elío, malquistado con las Cortes y la prensa por las censuras que le habían dirigido con motivo de su expedición al río de la Plata y al segundo combate de Castalla, combinaba en secreto las intrigas que ponían en juego elevados personajes, mal avenidos con la Constitución antes de presentarse al rey. Con objeto de complimentar á Fernando se hallaban también en Valencia D. Luis de Borbon, cardenal-arzobispo de Toledo, D. José Luyando, ministro interino de Estado, el ex-regente D. Juan Perez Villamil y D. Miguel de Lardizabal, enemigo pronunciado de la Asamblea nacional. El infante D. Antonio, que había precedido al rey, descubría públicamente la repugnancia que presentaba S. M. á someterse al juramento prescrito por las Cortes.

Dando impulso á un papel que se publicaba contra los constitucionales bajo el título de *Fernandino*, redactado, según algunos, por D. Justo Pastor Perez, empleado en rentas, sin que faltase para dar pábulo á estos manejos la tortuosa política de la Gran Bretaña por medio del marqués de Wellesley, hermano de lord Wellington. La influencia de este diplomático y las intrigas de D. Juan Escoiquiz acabaron de decidir al general Elío contra la Constitución, y preparado ya el terreno salió al encuentro de S. M., que desde Segorbe vino á Valencia en 16 de abril. Elío le dirigió una alocución en que solo habló de los servicios prestados por el ejército y nada por el pueblo, que voluntariamente formó el ejército. Antes de llegar á Puzol, se

presentó al monarca el cardenal encargado de entregarle la Constitución y de notificarle el célebre decreto de 2 de febrero. Apeándose entonces S. M. se dirigió al encuentro del cardenal, que se había parado hasta que llegara el rey, pero tuvo que adelantarse hasta acercarse al monarca, que le esperaba con semblante severo. Al aproximarse el arzobispo volvió S. M. el rostro, y le alargó la mano para que se la besara. Por espacio de seis ó siete segundos hizo el rey varios esfuerzos para levantar la mano, y el presidente de la regencia para bajarla y no besarla; hasta que cansado el rey estendió el brazo y presentando la diestra, le dijo al presidente: «BESA», é inclinándose D. Luis besó la mano del rey, que, retrocediendo algunos pasos, recibió igual homenaje de algunos guardias y otras personas de la servidumbre, y sin prestar oído al presidente, le volvió la espalda, montó á caballo, para revistar la cuarta división del mando de Roche.

Fernando trazó en Puzol, entre las ruinas de Sagunto y los sacrificios de Valencia, la línea que abrió el valladar profundo, que separó, que separa y separará mucho tiempo todavía á los defensores de la Constitución y del progreso, de los que, enemigos de una y otro piden un gobierno, mezcla informe de Carlos IV y de Carlos II, de Fernando VII y de Felipe IV. Los primeros, al menos, no ocultan su rostro con máscara; los segundos invocan la religión como su bandera. Fernando, tan amado y cuya vida costó rios de sangre, ni quiso escuchar á unos ni á otros; vino para ser el rey de los suyos y el enemigo de los demás. No intentó la conciliación, y él, y todos y la posteridad, sufrimos las consecuencias.

El rey hizo su entrada pública en Valencia á las cuatro de la tarde; y al día siguiente asistió al solemne *Te Deum* que se cantó en la catedral. Por la tarde presentó Elío al monarca los oficiales de su ejército, y les dirigió la siguiente pregunta en alta y fuerte voz: «¿Jurán Vds. sostener al rey en la plenitud de sus derechos?» y todos contestaron: «sí juramos.» Acto continuo besaron la mano al monarca: por aquellos días se repartieron 4.000.000 de reales, que facilitaron al rey, en clase de préstamo, hay quien dice que los ingleses, y algunos afirman que los grandes. El 2 de mayo, por la tarde, reunidos varios oficiales y precedidos de una banda militar, se dirigieron á la plaza de la Seo, llevando en triunfo una lápida provisionalmente de madera con esta inscripción: *Real plaza de Fernando VII*; y para ello quitaron la que había con la inscripción de *Plaza de la Constitución*. Acto continuo fijaron al pie una octava impresa, que terminaba de esta manera, amenazando al que tocara al nuevo monumento:

Y si algun vil, ideas abrigando
Contra el rey, te profana ó te provoca,
¡Que muera! y que á cenizas reducido
Sirva de ejemplo al LIBERAL partido.

Vino á apoyar esta demostración, contraria á la legalidad existente, el manifiesto célebre de los 69 diputados, á quienes se dió el nombre de *Persas*, porque en el comienzo se servían de una costumbre de aquel an-

tiguo pueblo del Asia. Portador de esta famosa protesta el que después se tituló marqués de Mata Florida; y el rey recibió este escrito con tal satisfacción, que creó una cruz particular para recompensar á los diputados disidentes. De todo llegó la noticia á las Cortes, y esto dió lugar á una sesión tumultuosa, en que el mismo Martínez de la Rosa propuso que fuese condenado á muerte el diputado que intentase reformar ó añadir un solo artículo á la Constitución. Este gran Código fué una obra completa en su clase: es un verdadero monumento político de la nación española. Pero ¿eran aquellas circunstancias á propósito para recibirlo? ¿Estaban las costumbres adoptadas á un régimen nuevo? Creemos que no, y esta fué la causa que alentó á formar un partido contrario, compuesto de los que nada habían hecho, de los que tenían miedo á toda innovación y de los que esperaban medrar, halagando los instintos del monarca, que fueron la mayor parte.

Fernando, lejos de buscar términos para una avenencia, suscribió con júbilo el célebre decreto, redactado por Perez Villamil y Gomez Labrador, aboliendo la Constitución. Este manifiesto, aunque impreso, no se circuló, sin embargo, hasta la caída de Napoleón. El rey se convirtió en instrumento ciego de un bando implacable é interesado, haciendo suyas las ofensas y agravios ajenos, y entrando, por consiguiente, en una carrera enmarañada de reacciones y persecución; al paso que las Cortes acometieron actos de imprevisión y abandono, dejándose coger como en una red, sin anticiparse al golpe de sus enemigos. El rey contaba con el ejército; y sin embargo, no era seguro: el primer cuerpo permaneció fiel á las Cortes, pero tibio; y el segundo se declaró en contra. La reserva empleó un juego doble, á ejemplo y según costumbre antigua del conde del Abisbal, su jefe.

Fernando espidió, por fin, el famoso decreto el día 4 de mayo, víspera de su salida de Valencia, y con la misma fecha mandó prender un gran número de diputados y otras personas, según una nota que acompañaba la real orden. Se habían deslindado campos que hasta entonces formaban uno solo: se dió comienzo á las desgracias domésticas, y un rey, que nada había hecho por conquistar un trono puesto á voluntad de los extranjeros, abre su reinado dividiendo sus vasallos en bandos enemigos, y en cambio de sacrificios dió á su pueblo ingratitud, pertinacia y amarguras. La entrada del rey en Madrid alejó á multitud personas, que fueron á buscar un asilo entre los mismos á quienes habían considerado como sus más implacables enemigos. Comenzó la persecución, se derribó todo el sistema constitucional, y las cosas volvieron al ser y estado en que estaban en 1808. El furor de perseguir que acosaba al gobierno, hizo que al estender las órdenes de prisión contra los generales Villavicencio y conde del Abisbal, se remitiera otra de igual clase al teniente de rey de Valencia, para arrestar al general Elío. Sorprendido aquel jefe, se apresuró á consultar antes de ponerla en ejecución, y el gobierno manifestó que esta orden había sido suplantada. Elío, entrando en todo el lleno de sus facultades omnímodas, ciego instrumento del bando que dominaba al rey, fué rígido hasta el exceso, y llevó su justicia hasta la cruel-

dad. Su primera atención, porque era la más apremiante, fué organizar una persecución general contra el bandolerismo, que de un extremo á otro del reino dominaba comarcas enteras, llegando su audacia á poner en alarma á poblaciones grandes, como Játiva y Sueca. Sus numerosos afiliados, tiznados los rostros y dándose mutuamente nombres desconocidos, se valían del tormento para obligar á sus víctimas á manifestar sus intereses. Para ello encendían una gran hoguera en cualquier punto de la casa, y atado completamente esponían al paciente, con los pies desnudos, al ardor de la llama, dejándole abrasar si se resistía á descubrir los objetos que se buscaban. De todos los ángulos del reino se elevó un grito de reprobación pidiendo al trono un pronto y eficaz remedio. El gobierno encargó efectivamente al general Elío el mayor celo y actividad; y Elío cumplió con su deber. Acaso llegarían á ciento los bandidos que fueron ajusticiados en diferentes puntos, y otros tantos quedaban presos para ser juzgados, cuando se proclamó la Constitución de 1820. Dijose que Elío también se valía del tormento establecido en el castillo de Sagunto, para descubrir á los delincuentes; pero fuera cierta ó no esta acusación, el país quedó tranquilo, y Elío recibió las más sinceras felicitaciones de multitud de personas honradas. Al publicarse la Constitución, volvieron al campo los bandidos, y fué preciso que el célebre capitán don Bernardino Martí, al frente de una compañía de bravos, les diera caza como bestias salvajes. No contento Elío con librar al país de la plaga de malhechores, emprendió grandes mejoras, debiéndosele, entre otros beneficios, el de la propagación de la vacuna, á la que se dedicó el mismo, inoculando á los niños en medio de sus atenciones.

Entre tanto vacilaba la política del gobierno, cayendo sucesivamente en manos, ya de Eguía, ya de Lozano de Torres, sin oír el monarca otros consejos que los que le dirigía la ineptitud, inspirada por las pasiones más violentas. El ejército contempló atónito é indignado los favores concedidos solo á la exageración de las opiniones políticas y no á los servicios, ni al mérito: la marina abandonada por completo; la hacienda en desorganización; el crédito aniquilado, y para acabar de dibujar este cuadro, se restableció la Inquisición y la compañía de Jesús, por las exigencias de la corte de Roma. En dos años y medio hubo siete ministros de hacienda; y entre ellos D. Felipe Gonzalez Vallyo, depuesto y confinado á Ceuta por diez años con retención. Fracasaron los proyectos rentísticos de Garay, y los pueblos comenzaron á sentir todo el peso de este desorden político y administrativo. Aprovecharon esta circunstancia los conspiradores; porque las conspiraciones vienen cuando la moralidad del gobierno se va: casi siempre los excesos del poder llaman á la revolución. Rara vez los gobernantes consultan la historia.

El general D. Luis Lacy, á ejemplo de Porlier, se sublevó en Cataluña; y su tentativa fué tan desgraciada como la de aquel. El general Castaños que le procesó y condenó, decía en la sentencia: «No resulta del proceso que el teniente general D. Luis Lacy sea el que formó la conspiración que ha producido esta cau-

sa, ni que pueda considerarse como cabeza de ella; pero hallándosele con indicios vehementes de haber tenido parte en la conspiración y sido sabedor de ella, sin dar aviso á la autoridad, es mi voto que sufra la pena de ser pasado por las armas, etc.» El grito de Lacy, fusilado en el castillo de Belver, en Mallorca, halló eco en Valencia, donde se fraguó otra conspiración, que irritó el realismo de Elio, hasta el extremo de tender una vasta red de espías, y descubrir por este medio á los que tomaron ó no parte en la conjuración. Las persecuciones levantan las opiniones que ansían castigar, porque llevan casi siempre en alto el latigo del verdugo y no la vara de la justicia. «Sin causa, ni defensa, ni fallo alguno judicial, dice el historiador del rey Fernando, disponia (Elio) de la vida de los ciudadanos, dando la órden de muerte en un simple y mezquino retazo de papel. A otros mas calificados acostumbraba á llamarlos á palacio y reconvenirlos, golpeándolos con sus propias manos, afrentándoles con bofetadas y dicerios á uso de verdugo, como hizo en 1814 con el inmortal D. Leandro Fernandez de Moratin, á quien osó el monstruo sacudir con su mano sacrílega. En los calabozos del castillo de Murviedro renovó los tormentos prohibidos por las leyes, arrancando con la fuerza del dolor delaciones falsas, que servian para condenar á ciudadanos tranquilos que descansaban en la inocencia.» La audiencia de Valencia se opuso á los llamados *apremios* ó tormentos y representó contra ellos al monarca; pero Fernando, no solo desatendió á la magistratura, sino que mandó que no opusiese obstáculo alguno á las facultades discrecionales concedidas á Elio. Las cárceles públicas no bastaban para contener los presos; y se abrieron los calabozos de la inquisición para recibir á los que eran presos por órden de un tribunal misto, cuyo presidente era D. Miguel Modet, regente de la audiencia. Este aparato de violencias y este lujo de crueldades, repetido por desgracia en nuestros tiempos, no arredraron á los conspiradores, á pesar de que descubiertos no pocas veces, hubo nuevas víctimas, entre ellos Ramon Armengol, llamado el *Vidriol*, cuya cabeza fué puesta sobre la puerta de la Trinidad, como la de un facineroso. Esta desgracia alentó por el contrario á las logias, y se continuaron los trabajos bajo la dirección de don Joaquin Vidal y D. Diego Calatrava, con otros oficiales de la guarnición. El primer grito debió darse una noche, en que el general Elio debía concurrir al teatro; pero se recibió aquel día la noticia de la muerte de la reina Isabel, y como se suspendieron las funciones, quedó el golpe paralizado. Concertaron, empero, otra noche, y con este objeto se reunieron en la casa llamada del Porche, junto á la plazuela del conde de Carlet, inmediata al teatro; pero un cabo del regimiento de la Reina, llamado Padilla, descubrió al general el punto y el objeto de la reunion. Rondaban alrededor de la casa varios grupos de gente, dispuesta á las órdenes de los conspiradores; pero Elio se presentó de repente en la casa con alguna fuerza sirviéndole de guia el cabo delator. Avisado Vidal salió con intrepidez al encuentro de Elio, y echando la mano á su espada, descargó un terrible fendiente, de que se libró el general, porque la espada tropezó con

el marco de la puerta. Elio respondió, dando una estocada á su agresor, que cayó mal herido á sus pies. Los compañeros se arrojaron por las ventanas, D. Juan María Sola, capitán de la Reina, se suicidó en el acto; y las gentes de Elio persiguieron y capturaron por por fin á D. Diego María Calatrava, al capitán D. Luis Aviñó, á los sargentos Marcelino Rongel, y Serafin de la Rosa, y á los paisanos Peregrin Plá, Vicente Clemente, Manuel Verdeguer, Francisco Segrera, Blas Ferrid, Francisco Gay, Luis Vivó y Félix Bertran de Lis, hijo de D. Vicente, que tanto habia hecho en la guerra de la Independencia. Conducidos á la ciudadela, la causa se activó extraordinariamente, salvando los límites marcados por las leyes y fueron condenados á muerte, que se ejecutó el 22 de enero (1819). Vidal moribundo, fué sacado del hospital para ser ejecutado, y espiró al pié del patíbulo. Fueron pasados por las armas y sus cuerpos colgados luego de la borca. Algunos aseguran que el general Elio paseó por delante de las víctimas, en compañía de algunos oficiales complicados en la conspiración. Poco acostumbrados todavía entonces al ensañamiento de las luchas políticas, vieron los valencianos con horror este castigo, sin que en el sentimiento dejaran de ser todos iguales. ¡Horrible debe ser para los poderes, sobre todo cuando no son justos, el silencio de un pueblo á la vista de estos espectáculos de muerte! Si aquel silencio les parece señal de respeto y de paz, es que no tienen corazón. Estos sucesos no hicieron abrir los ojos á los consejeros de Fernando, que ni podia afrontar la osadía y las arbitrariedades de los funcionarios, ni queria poner coto al escandaloso abuso del poder, que vendia la justicia y los empleos al favor, al dinero y á otras pasiones vergonzosas. Este conjunto de circunstancias abrieron por fin el dique, que contenia difícilmente la revolucion, que estalló el día 1.º de enero (1820) á las ocho de la mañana, en el pueblo de las Cabezas de San Juan, mandado por don Rafael Riego, comandante del Batallon de Asturias, y secundado el 6 en la isla de Leon por O'Daly, Arco-Agüero, San Miguel, Labra, Marin y el general en jefe del ejército expedicionario Quiroga, que fué ascendido á coronel por haber llevado á Madrid la noticia del fusilamiento del desgraciado Porlier en Galicia.

En 3 de marzo anunció Elio, por medio de una proclama, una parte de los acontecimientos que tenian ya en conmoción á una porción de provincias, denigrando á los agitadores y exhortando á los valencianos á permanecer tranquilos. El rey aceptó, sin embargo, la Constitución de 1812, dando el famoso decreto de 7 de marzo, cinco dias despues de la alocucion de Elio.

La noticia de este cambio no produjo en Valencia ningun movimiento inmediato para secundarlo; solo se observó esa agitacion sorda, que no se atreve á manifestarse, cuando se ejerce una pasion despótica. Elio dispuso, sin embargo, el establecimiento constitucional que mandó reunir á las tres de la tarde del 10, cumpliendo lo que se le prevenia por la real órden, que acompañaba el citado decreto, con el objeto de resignar el mando. En el acto mandó poner en libertad á los presos que estaban en las cárceles de la Inquisición, entre ellos el conde de Almodóvar, que nació en Granada el 22 de enero de 1777 y murió en Valen-

cia en 26 de enero de 1846. La presencia de Almodóvar produjo un verdadero entusiasmo, y victoreado y aplaudido, montó á caballo y se puso al frente del movimiento, que hasta entonces presentaba un aspecto pacífico. Mientras el conde recorria en triunfo algunas calles, el general Elio se dirigia á la plaza de la Seo escoltado por algunas fuerzas de caballería y de misiones. Rodeáronle inmediatamente los grupos, sin carácter hostil, hasta que al cruzar el arco que separa la catedral de la capilla de la Virgen, detuviéronle, y una persona desconocida, pero decente, le significó que su autoridad habia cesado. El general contestó dignamente, pero comprendió tambien que suposición era demasiado crítica para provocar un conflicto, y se retiró inmediatamente á palacio, situado entonces en frente del arzobispal, y mandó cerrar las puertas, tomando prudentes medidas de precaucion y defensa. Pocos minutos despues se presentó Almodóvar, seguido de una multitud, y Elio dió la órden para que el conde entrara en palacio, como lo verificó solo, entre las dos filas de miñones, que ocupaban la escalera. El general abrazó al conde, y mientras los dos personajes celebraban una conferencia para resolver lo que debia hacerse; los grupos de la plaza, impacientes y acalorados proclamaban incesantemente á Almodóvar. El conde salió al balcon, por consejo de Elio, y dijo á los grupos que el general resignaba el mando, conforme deseaban. Pero habiendo circulado la voz de que Elio se habia escapado, se pidió con espantosa gritería que Almodóvar respondiera de la persona del general. Elio se dejó ver entonces al lado de Almodóvar, para desmentir aquellos falsos rumores, y el conde aseguró que respondia de su persona; promesa que dió lugar mas adelante á graves consecuencias, que el mismo Almodóvar hubo de lamentar. Calmada la efervescencia y dispersada la multitud, el general Elio, siguiendo los consejos de Almodóvar, se retiró á la ciudadela, de donde no salió, sino para acabar sus dias en el patíbulo.

Almodóvar se encargó el mismo dia del mando militar y político, anunciándolo por medio de una alocucion llena de los mas elevados sentimientos. Valencia abrió una nueva época el día 10 de marzo (1820).

Se habia proclamado la Constitución en toda la Península, y el rey hubo de someterse á una Junta provisional consultiva, compuesta, por fortuna, de personas respetables. Esta Junta, cediendo á las circunstancias, siempre superiores al hombre, cometió errores, despertó venganzas, y estableció, sin quererlo, un antagonismo entre el pueblo, que exigia, y el rey que negaba. La imprudente creacion de las sociedades patrióticas, remedo de los clubs de 1789 de Francia, exaltadas por sus oradores, se mostraron intolerantes y exigentes, pidiendo la de Valencia la separacion de varios funcionarios, y entre estos al inolvidable Borrull y la prision de diferentes personas, entre ellas al general Elio. Esta petición lleva la fecha de 17 de marzo; y en 29 del mismo mes, el ayuntamiento constitucional elevó una esposición al rey solicitando que el general Elio fuera juzgado por las Cortes. Satisfechos los primeros momentos de entusiasmo, el día 2 de abril se hizo con gran pompa y aparato la proclamacion de

la Constitución y se instaló la cátedra de derecho constitucional, que inauguró el célebre é ilustrado D. Nicolás María Garelly. El 22 de mayo fueron elegidos los diputados á Cortes, siendo los mas notables D. Joaquin Lorenzo Villanueva, canónigo de Cuenca, D. Mariano Liñan, D. Vicente Sancho, D. Francisco Ciscar, D. Simon Clemente Rojas, D. Felipe Benicio Navarro, D. Vicente Tomás Traver y el citado señor Garelly: nombres ilustres, de quienes Valencia debe estar siempre orgullosa. Los elegidos eran la verdadera representación del país, hijos del país, no impuestos ni desconocidos, sino escogidos entre los muchos valencianos que podian merecer esta honra. Eran dignos de un gran pueblo. Por suplentes eligieron á Gisbert, cura de Murcia, á Subercase, oficial de ingenieros, á Carbonell, abogado, á Romero, catedrático y al famoso D. Vicente Salvá. En 9 de julio dieron comienzo las Cortes á las tareas legislativas, formando parte de esta Asamblea muchos individuos que lo fueron de las de Cádiz, y otros enteramente nuevos; y no pocos pasaron de las logias al Congreso, con la fatal manía de parodiar la revolucion de Francia en un país como el nuestro, tan atrasado todavía. Las Cortes presentaron, pues, muy pronto dos elementos contrarios; uno, que lo exigia todo en un dia y siempre avanzando, y otro, que luchaba por conservar lo existente sin exageracion ni apresuramiento. Hubo, por consiguiente, tribunos y oradores: todos se inspiraban en los grandes sentimientos; pero cada uno caminaba por una senda diferente. Nacieron forzosamente los partidos; y los partidos despertaron las pasiones. Reflejo del estado tumultuoso que ofrecia Madrid, Valencia sintió degenerar su entusiasmo en delirio; persuadidos los liberales de que su situacion seria eterna, como la habian creído la suya los absolutistas de Fernando. Nombrado jefe político D. José María Gutiérrez de Teran, que debió su nombramiento al gran Argüelles, era una persona muy digna de su protector. Su primera atencion se fijó en la persecucion de los bandoleros, y sobre todo del célebre Jaime Alfonso, apellidado el Barbudo, famoso por sus aventuras, y ahora mucho mas por ser el protagonista de un drama moderno. La tranquilidad seguia por lo demás inalterable bajo el mando de Teran, cuando se tuvo en Valencia la noticia de que por una real órden se mandaba salir á Riego de la corte, enviándole de cuartel á Oviedo. Teran publicó esta real órden acompañándola con una alocucion, condenando la actitud de los que, exagerados en sus opiniones, contribuyen á desacreditar todas las causas, lo mismo las políticas que las religiosas. Estos amigos matan mejor á sus partidos que las armas de los contrarios. Espanta la relacion de lo que ha sufrido España durante medio siglo, y lo que sigue sufriendo por esta lucha incesante de la accion y de la reaccion. Los valencianos, mas impresionables que otros pueblos, acogieron con este motivo el rumor de que Elio fraguaba dentro de la ciudad una conspiración, y que trataba de evadirse. Esto último pudo ser cierto: Elio tuvo á su disposicion trajes, hombres y caballos; pero el general se negó y se entregó en manos de la suerte, que le abandonó cruelmente. El jefe de la provincia se vió precisado á desmentir este rumor; pero aun no se ha-

bían calmado los espíritus, volvieron á agitarse muy luego, con motivo de una pastoral del arzobispo D. Fray Veremundo Arias Tegeiro, que reclamaba en términos poco meditados al régimen constitucional el pago de los diezmos y primicias, al paso que algunos individuos de las órdenes religiosas andaban alarmando las conciencias en apoyo de las ideas del prelado; coincidió este hecho con otro que, aunque despreciable, tomó grandes proporciones á los ojos del vulgo. Alguno, beodo, ó por broma ó malicia, se entretuvo en arrojar en la noche del 9 al 10 de noviembre un papel de excremento humano en la lápida de la Constitución, deshonorándose con esto, mas bien á sí mismo, que al objeto que representaba aquel trozo de mármol. Este incidente provocó las iras populares; hubo grupos y peticiones, y esta agitación dió lugar á una función cívica en desagravio del código político y el destierro á Palma del arzobispo Arias. Confirmaron en sus sospechas á los exaltados valencianos los excesos de realismo, preparados sigilosamente en el régio alcázar, y que motivaron la famosa sesión del 7 de setiembre, en que no salió bien parado el nombre de Riego; y poco despues la anarquía, que devoraba la situación constitucional. Valencia, respondiendo á las grandes perturbaciones de la corte, presencié otro motin el 20 de noviembre, y se pidió la destitución de otros magistrados, la del conde de Almodóvar, glorificado pocos meses antes y la actividad de la causa incoada contra Elío. Los magistrados se apresuraron á publicar un largo y erudito manifiesto, atacando á los agitadores y al ayuntamiento, que habia acogido su causa. El año de 1820 espiró, sin embargo, sin nuevos sacudimientos. Al inaugurarse 1822 lo celebró Valencia conduciendo con extraordinaria pompa los restos de los trece cadáveres de los conjurados cogidos por Elío en la conspiración del Porche, desde Carraxet al cementerio general, celebrando con grande aniversario en el campo de la libertad (llano del Remedio): ofició el canónigo magistral D. Vicente Llopis, y fué el orador el presbítero D. José Soriano. Concluida la sagrada ceremonia, se cantó un himno de bastante mérito poético, música del malogrado D. José Gomez, el mas distinguido discípulo del maestro Pons. Mientras los valencianos honraban de este modo la memoria de aquellos desgraciados, se descubria en Galicia la existencia de la famosa junta apostólica, presidida por un aventurero llamado Baron de S. Joanni; se levantaba en Sesaña una partida absolutista mandada por el Abuelo; Quesada preparaba en Bayona una partida contra la Constitución, y se hacia célebre D. Matías Vinuesa, cura de Tamajon. Se ponian en pugna abierta los absolutistas y los constitucionales; el desorden venia de todas partes, y corria del palacio al pueblo, y del pueblo al campo. D. José Manuel Regato, vendido á las cábalas de los palaciegos, atizaba el patriotismo, apedreando las casas de las embajadas de las naciones de la Santa Alianza, para que reclamasen de sus soberanos la reparacion del ultraje. ¡Cuántos Regatos han contribuido á amenguar la libertad de España!

Cundia, como en las calles, el desorden en el gobierno; como se sucedian los ministerios, se sucedian en Valencia los gobernadores. A Teran reemplazó don

José del Castellar, que se apresuró á renunciar, nombrando en su lugar á D. Francisco Plasencia. Una de las primeras disposiciones tomadas por la nueva autoridad, fué la de prohibir el uso de las cintas verdes y rojas, así como las de cualquiera otro color, que servian de distintivo á las fracciones en que se habia dividido el partido liberal, y á algunas de las sociedades secretas. El terrible lema de «Constitucion ó muerte» que ostentaban aquellas cintas, estaba en contradicción con los grandes principios humanitarios, de que hace alarde, con justicia, el partido constitucional. Ni aun así se cortaban de raíz las funestas contiendas, que dividian de una manera terrible las sociedades secretas, que trascendiendo al público, tenian á los pueblos en continua alarma. De aquí la inquietud, el malestar de las familias y los desmanes escandalosos, que gente ociosa cometia, casi diariamente, insultando á muchos ciudadanos, apedreando diferentes casas y cantando el *trágala* donde quiera que se creia hallar un indiferente ó un enemigo. Contribuia á este malestar la pertinacia del ciego partido absolutista, que conspiraba en Búrgos por medio del sombrerero Arija, que se titulaba campeón de la fé; en Búrgos por la audacia del canónigo Merino, que abandonaba el altar para lanzarse á los campos de batalla; en Alcoy, donde el populacho destrozaba sus florecientes fábricas, y en Cataluña, donde fué preciso estrañar, aunque violentamente, al obispo D. Pablo Schar, al Baron de Eroles y á los generales Sarsfield y Fournas. La guerra civil levantaba la cabeza, impulsada por las juntas de París y de Bayona, dirigidas por Quesada y otros. Estos conflictos produjeron la ley para abreviar los trámites de las causas de conspiración. Su segundo artículo es el eco de una disposición inquisitorial: «El que conspirase, dice, directamente y de hecho á establecer en España otra religion que la católica, apostólica, romana, será perseguido como traidor y sufrirá la pena de muerte.» Este artículo no podia cortar los planes de los absolutistas, porque la religion es su bandera, pero no su objeto. Así es, que las partidas de facciosos pululaban en casi todas las provincias; la corte no ofrecia un solo día sin conmoción, y Valencia, presa de las gentes de menos significación que provocaban los motines, como el del 20 de junio, víspera del Corpus, en que cantaron el *trágala* bajo los muros del calabozo en que estaba Elío, y ocasionando, con el disparo de un petardo, al día siguiente el desorden, las corridas y el pánico, que deshizo la solemne procesion. Alentados estos perpetuos agitadores por secretos manejos, osaron pensar en el establecimiento de una república; y sin embargo no eran mas que los instrumentos miserables de los absolutistas que, como Jorge Bessieres, aventurero francés, y luego general de los ejércitos realistas, trabajaban con fruto, exaltando á la gente ignorante, para desprestigiar el régimen constitucional. ¡Y Bessieres era ensalzado entonces por la prensa liberal! Bessieres respondia á las conspiraciones de Málaga y de Murcia; mientras en Alicante se insultaba á la autoridad eclesiástica; el obispo de Oviedo disputaba con la autoridad civil de su obispado; y en Madrid se designaban pensiones á Riego, Quiroga, Arco Agüero y Baños, empobreciendo el Erario: Uxon y Cugnet

de Montarlot trataban de enarbolar en Zaragoza la bandera tricolor; y los mismos realistas, formando tambien sus sociedades secretas, bajo los nombres del «Angel exterminador y de la Concepcion» recibian las inspiraciones del palacio de Fernando, de la region del Vaticano y de los mismos salones de las Tullerías. En tales circunstancias los valencianos, secundando las esposiciones de Sevilla, Cartagena, Galicia y otras partes, exigieron la caída del ministerio por la existencia del general Elío, tema obligado de todos los motines. La autoridad, obrando dentro del círculo de sus atribuciones, procuraba contener esos continuos sacudimientos, que recibiendo diversos impulsos, convergían todos á un mismo fin, esto es, al descrédito del régimen constitucional. El gobernador Plasencia, apoyado en la lealtad del regimiento de Zamora y en la artillería de la plaza, sostenia apenas el mando que se le estaba confiado, y los exaltados vieron en esta resistencia un nuevo motivo para acusar á la guarnición de enemiga de las instituciones. Con objeto de salvar la libertad, se provocó contra la tropa un escandaloso motin el día 7 de enero (1822); motin que se reprodujo el día 9, en que hubo peligro de que vinieran á las manos la tropa y el segundo batallón de la milicia, que se habia hecho fuerte en la plaza del Mercado. Plasencia publicó con este motivo un largo manifiesto, reseñando los sucesos ocurridos, y su escrito dió lugar á una larga polémica entre la autoridad y algunos periódicos, viniendo á suspenderla la llegada de Riego, que hizo su entrada pública en Valencia un jueves á las dos de la tarde del día 31. Su presencia y las ovaciones de que fué objeto, calmaron por pocos días la tempestad continua que agitaba la atmósfera política de Valencia, pero amenazó de nuevo el 17 de marzo, cayendo sobre los artilleros, sobre el general Almodóvar y el gobernador Plasencia, cuya lealtad osaron poner en duda, sirviendo de estímulo para tales desmanes la osadía de un don Juan de la Torre, oficial retirado en Cartagena, que apareció en Valencia para sostener el malestar, apoyado por algunos clubs, que le obedecian ciegamente. Entonces inundó á Valencia un huracán de impresos, ya periódicos, ya sueltos, como el *Centinel contra serviles*, el *Vigía de la libertad*, el *Pueblo soberano*, las *Cartas de la abuela á la nieta*, el *Diablo Predicador*, el *Estracto del Universal de Argel*, la *Cimitarra del soldado musulman*, las *Espabiladeras* y otros muchos, que llevaban la sátira, el desorden y la inmoralidad hasta el respetable asilo del hogar doméstico. Tanto foco de destrucción era alimentado tambien por las noticias que se recibían de las facciones capitaneadas en Cataluña por Anton Coll y Fray Antonio Marañon, llamado el Trapense; al paso que el Baron de Eroles conspiraba en Poblet, y Misas alzaba pendones, y el régio alcázar alimentaba los trabajos de los realistas. En estado de completo desquiciamiento llegó el 30 de mayo, día del Rey. Por la tarde pasó á la ciudadela el piquete que debia verificar la salva de ordenanza, los artilleros del fuerte dieron el grito de sedición, proclamando al rey absoluto y dando vivas á Elío. Algunos oficiales y el gobernador D. Miguel García de la Chica, trataron de disuadir á aquellos

desgraciados y sobre todo al Baron de la Losa, que se puso á su cabeza. Pero todo fué inútil: los sublevados confiaban en que la capital les secundaria, y esperaban, no sin fundamento, numerosos socorros de los pueblos inmediatos. Apenas cundió por Valencia la sublevación de la ciudadela, se tocó á generala, se puso la milicia sobre las armas, y el regimiento de Zamora, los coraceros del Rey, los cadetes del colegio militar y los oficiales sueltos ofrecieron su apoyo á la autoridad. Publicóse inmediatamente el indulto á los sublevados si deponían las armas, y la milicia ocupó los alrededores del fuerte, posesionándose de la fábrica de cigarros, que le domina por completo, con cuyas medidas quedó bloqueada la ciudadela. Durante la noche, que fué tranquila, pero imponente, los mismos sublevados ofrecieron á Elío los medios de fugarse, pero el general se resistió, añadiendo que nada debia temer, no habiendo tomado parte en el alzamiento. El 31 al toque de diana se rompió el fuego por ambas partes; pero á las siete enarbolaron los rebeldes la señal de parlamento, entregándose sin condiciones. Esta empresa, hija del delirio, costó la vida al sargento primero José Valero y á 24 artilleros, que fueron pasados por las armas, y 16 condenados á presidio. El Baron de la Losa y un soldado, llamado Niu, que adquirió entonces gran celebridad, fueron conducidos á las cárceles de San Narciso, de donde se fugaron en la noche del 5 de enero del año siguiente. Niu se presentó, sin embargo, y conducido con otros presos por la milicia en su retirada á Alicante, fué fusilado al pié del castillo de Santa Bárbara, durante el sitio de esta ciudad.

Los sucesos de Valencia provocaron una sesión borrascosa en el Congreso, donde se dirigieron terribles cargos á los ministros, que cerrada la legislatura en 30 de junio, hubieron de entrar en lucha con el rey, á consecuencia de una orden, en la que mandaba S. M. celebrar un gran consejo de jefes. La orden era sospechosa, y parecia responder al espíritu que habia dictado el manifiesto del célebre Vinuesa; dando comienzo el 7 de julio á la pugna entre el pueblo y el rey Fernando. La monarquía conspiraba, y á instancias de Fernando se puso en las fronteras un ejército francés, so pretexto de la peste que se desarrolló en Barcelona. La nación se hallaba sumida en la mas lamentable anarquía: Eguía, Quesada y Nuñez Abreu se preparaban desde Roncesvalles á abrir la campaña; y Romagosa, Miralles, Romanillos y el Trapense, se apoderaron por asalto de la Seu de Urgel en 21 de junio, y el Trapense sacrificaba á su fanatismo, no en el combate, sino en Olot, á sangre fria, á la guarnición cogida en Urgel.

A la vista de estas escenas de sangre, de pasiones y de muerte se disponia en Valencia la terminación del proceso, que debia llevar á Elío al cadalso. Se habian formado á este general dos procesos; uno por las ocurrencias de 1814, en que infiel á sus juramentos habia prestado á Fernando el apoyo de sus bayonetas para derrocar el sistema representativo; y el otro, por los llamados apremios ó tormentos que en los seis años dió á los presos en el castillo de Sagunto. Por el primero habia sido sentenciado á muerte, y se habia consultado el fallo al Tribunal Supremo de Guerra y Marina,

como estaba mandado; pero allí entorpecían su vista las intrigas de la corte, las recomendaciones del monarca, y también las dudas de los consejeros de guerra, que no reputaban claro el asunto, ni encontraban una ley terminante y apropiada al caso de que se trataba. El segundo proceso seguía una marcha lenta y tortuosa; porque en él no se había mezclado, ni puesto en evidencia el enorme delito cometido por Elío, de mandar quitar la vida á varios individuos, unas veces sin proceso ni defensa y bajo el título de ladrones, dando la orden en un simple oficio ó papel suelto, y otras atropellando los trámites legales y privando á los presuntos reos de los medios que las leyes les concedían para demostrar su inocencia. Si el general hubiese subido al patíbulo por este crimen, legalmente probado, su ejemplo habría contenido á muchos de sus sucesores en el mando y se habrían puesto los cimientos al respeto de las leyes, holladas por todos los partidos. Mientras estas dos causas formadas á Elío seguían su curso, sobrevino la rebelion de los artilleros en 30 de mayo. Vencidos los rebeldes, se formó un consejo militar, compuesto de oficiales de la milicia, para que breve y sumariamente los juzgasen con arreglo á las leyes escepcionales que regían en los casos de alarma, y complicaron en el suceso al general Elío. No es del caso, ni propio de nuestro objeto discutir, si Elío tuvo ó no parte en la rebelion del 30 de mayo; para nosotros basta que no estuviese el delito plenamente probado en la causa, plagada de ilegalidades y miserias, hijas del espíritu de partido. Próximo á reunirse el Consejo de guerra, renunció el mando militar el conde de Almodóvar, y seguidamente el baron de Andilla que le habia reemplazado, y el sucesor de este el brigadier Cisneros. Por último, se confirió el mando al coronel D. Vicente Vallterra, quien dispuso la reunion del Consejo el 27 de agosto en el convento del Temple. El defensor de Elío, que era D. José Gallego, subteniente del regimiento de Zamora, no quiso, ó no pudo asistir al consejo, temiendo sin duda alguna tropelfa y remitió la defensa redactada, segun se dijo, por el letrado don José Antonio Sombiola. Hecha la lectura de este escrito por el fiscal D. Tomás Hernandez, que la terminó al día siguiente, se trasladó el Consejo á la ciudadela, porque Elío habia pedido terminantemente asistir á él. El general habló efectivamente con firmeza y seguridad, y retirado luego á su calabozo, conferenció el Consejo, y por unanimidad de votos le condenó á la pena de garrote vil, prévia la degradacion, conforme á ordenanza. La sentencia está fechada en 31 de mayo de 1822. Cuando se entregó el proceso al comandante general Vallterra, lo pasó este á su auditor; y aun evacuado el dictámen, Vallterra ofició al brigadier D. Juan Espino, que se hallaba en Murcia, para que viniera á encargarse del mando, y Espino demoró la contestacion. Impacientes los clubs, promovieron el día 2 de setiembre un ruidoso motin delante de las Casas Consistoriales, obligando al Ayuntamiento á que oficiara á Vallterra, para que pusiese término á la pública ansiedad. El comandante general aprobó la sentencia en la noche del 3. Elío fué puesto en capilla la misma noche. La historia recuerda con amargura los insultos que durante los dias de capilla diri-

gían al reo desde el pié de los muros exteriores varias gentes perdidas, que proferían en altas y descompasadas voces los mayores improperios. Elío oyó de rodillas la sentencia, y se mostró tranquilo y resignado: tenia 56 años de edad, y habia servido 40. De seguida se encerró con su confesor, el padre D. Miguel Jordá, de la Congregacion de San Felipe Neri, y escribió despues una carta afectuosa y llena de resignacion á su esposa doña Lorenza Leizaur. El hombre de hierro de 1814 se mostró un buen cristiano y un amante padre de familia en 4 de setiembre de 1822. Amaneció por fin este día, y el general fué conducido al suplicio, vestido de uniforme y con todas sus insignias y condecoraciones: se formó el cuadro alrededor del patíbulo, levantado al pié de la pequeña colina artificial, que se encierra en el jardin, llamado del Real, plantado por el mismo Elío. La artillería ocupó las dos avenidas del puente y se colocó la Imágen de los Desamparados á la salida de la puerta del Real. Formaba la escolta la compañía de granaderos del segundo batallon de la Milicia, llevando al reo rodeado de su confesor y de la comunidad de los religiosos de Santo Domingo. Valencia estaba silenciosa; desiertas las calles; cerradas las puertas; el día caluroso y sereno. El general marchaba con firmeza, y al llegar á la citada puerta, salió de entre los mudos espectadores un hombre, gritando: «Elío, no temas, y se dirigió violentamente hácia el reo, con intencion sin duda de salvarle.» Elío levantó la cabeza y dijo: «adelante, adelante.» El general entró en el cuadro, se reconcilió al pié del patíbulo, subió sus gradas con valor, y se dejó degradar por mano del teniente del Rey D. Mariano Medrano, y él mismo se ajustó la hoga. Pocos minutos despues no existia ya el general Elío. Para unos fué un mártir; para otros un ejemplo de justicia. Muerto en las horas de revolucion era una víctima, como otras; muerto de una manera ostentosa, se elevaba su figura, y para su partido se ceñía la corona del triunfo. La persecucion enaltece á sus víctimas, y del hombre mas oscuro hace un héroe, y es que toda persecucion subvierte el orden social y lleva consigo el riesgo inevitable de las represalias.

Valencia apartó bien pronto sus ojos del cadalso, en que habia espirado un general, para fijarlos en las facciones que comenzaban á amenazar el reino. Los cabecillas Sampere y Chambó, delegados de Bessieres, y Capapé (el Royo) organizaron rápidamente numerosas fuerzas en el Maestrazgo, amagaron los pueblos del Palancia y del Túria, y se aproximaron á Segorbe. El brigadier Laviña, destacado del ejército del conde de La Bisbal en persecucion de Bessieres, se dirigió á Jérica, para contener los progresos de Sampere.

En 8 de marzo salió Laviña de Segorbe en busca de la faccion, á quien en contró situada ventajosamente en las gargantas y desfiladeros que median entre Gaibiel y Matet. La accion fué reñida; pero nuestra columna fué batida, por fin, con pérdida de algunos muertos y prisioneros, entre estos el mismo Laviña, los coroneles de Ecija y Jaen y varios oficiales y soldados. La faccion se apoderó seguidamente de Candiell y Jérica, y por último de Segorbe, donde se le reunieron multitud de mozos y algunos militares y paisanos

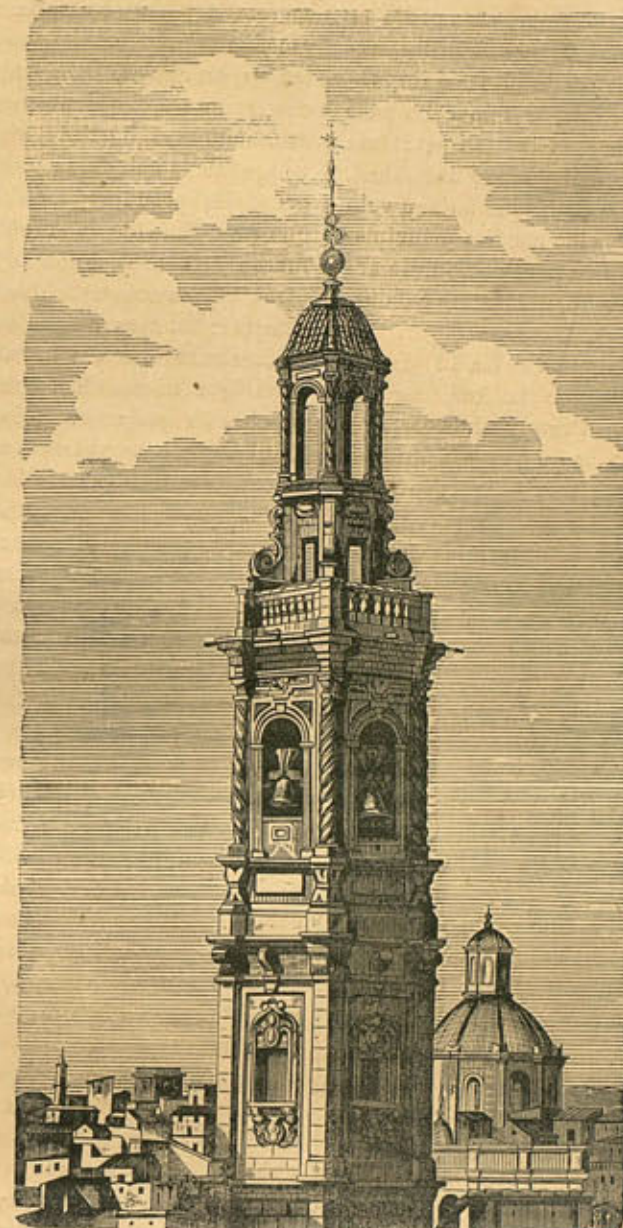
de consideracion, como el conde del Castellá, un capitán de caballería llamado Tovar, y otro oficial de artillería. Sampere batió y aprisionó parte de una pequeña fuerza de milicianos de Requena, Liria y Candiell, capturando además por aquellos dias á D. Mariano de Cabrerizo, D. Antonio Guiral, D. José Calpe y D. Julian García, personas muy conocidas en la capital. Cabrerizo fué hecho prisionero por una avanzada facciosa que desde Segorbe habia llegado hasta los muros de Sagunto. La faccion avanzó en masa el 18 de marzo sobre Murviedro, ocupando á la bayoneta las alturas de Petres, defendidas por un peloton de milicianos; y apoderándose sobre la marcha del castillo de Sagunto, cuyo gobernador, llamado Bucarely, firmó una capitulacion tan vergonzosa para la guarnicion, como honrosa para los rebeldes. La rendicion de Sagunto coincidió con la pérdida de Castellon de la Plana, ocupada por las facciones reunidas. Valencia alarmada, falta de recursos y trabajada por las luchas de los partidos, se preparó á la defensa, aventurando, sin embargo, la accion de Puzol, donde una corta columna nuestra batió y dispersó á los facciosos. Esto no impidió á Sampere avanzar sobre la capital, de cuyos arrabales se apoderó en 26 de marzo. El mismo día hizo circular una larga proclama en sentido religioso, bandera que viene sirviendo para ocultar grandes apostasías y grandes ambiciones. Sampere estrechó á Valencia, arrojando contra ella 250 granadas y numerosos proyectiles, que causaron bastante daño en los edificios; pero amenazado por las fuerzas de Bazan, levantó el sitio en la noche del 29. La faccion se encontró efectivamente en Almenara con la columna de Bazan, que acababa de apoderarse de esta

VALENCIA.

villa. El choque fué sostenido y sangriento; pero las tropas leales triunfaron por completo, dispersando y acuchillando á la faccion, mientras el cabecilla Pendencias era destrozado en Liria por D. Bernardino Martí. La faccion reparó estas derrotas con la que hizo sufrir á Bazan, que fué desgraciado en la jornada de

Chilches, perdida en 6 de abril. Sampere, vencedor, y aumentado su cuerpo de ejército con las fuerzas de Capapé, vino segunda vez sobre Valencia, empezando el cerco el día 9. Desde aquel día fueron frecuentes y varias en sus resultados las salidas de los valencianos; el fuego del enemigo fué algunos dias mortífero y destructor: faltaron los recursos; se desarrolló la miseria, y sin embargo se acuñó moneda con el busto del rey y al dorso esta inscripcion: «Valencia sitiada por los enemigos de la libertad.» Durante el sitio, Sampere, que tenia establecido su cuartel general en Burjasot, habia constituido una junta, que se tituló Superior gubernativa del reino, compuesta de frailes y de personas de ideas reaccionarias, las mas intolerantes. Esta junta circuló proclamas y sublevó en todas partes las conciencias, abusando de la religion para hacer triunfar su política. Entretanto penetra-

ba en España el duque de Angulema al frente de 100,000 hombres, divididos en cinco cuerpos. En este número se comprendían las fuerzas facciosas que mandaban España, O'Donnell y Eroles. El general Ballesteros, fué encargado de proteger el reino de Valencia, y su movimiento obligó á Sampere á levantar el sitio de la capital el día 9 de mayo, dividiendo sus fuerzas en varias columnas, que se apoderaron del Maestrazgo y de los alrededores de Játiva. Ballesteros bloqueó á Sagunto; y para formalizar el sitio, no solo exigió á la



Torre de Santa Catalina.

capital los recursos de que no podía disponer, sino que hizo conducir el parque de artillería que existía en Valencia, Denia, Alicante y Peñíscola. Era inevitable la rëndición del castillo, cuando Ballesteros levantó súbitamente el campo el día 10, señalado para romper el fuego, y abandonando el parque y la artillería, se retiró á la provincia de Murcia, sin detenerse en Valencia un solo día. Esta retirada obligó á la Milicia valenciana á abandonar su patria y sus hogares el día 11 entre los clamores y las lágrimas de sus familias, espuestas al furor de una reaccion triunfante é impulsada por la venganza. Todo era de temer del paso dado por Angulema, al aprobar la famosa proclama de la Junta provisional, dada en Bayona el 6 de abril, firmada por Eguía, Calderon y Erro, que bajo el velo del altar y del trono habian servido con sus principios desde 1814 de ominoso pretexto de persecucion, de arbitrariedades espantosas y causa de todás las calamidades públicas.

Los realistas ocuparon á Valencia el día 13 de junio (1824), encargándose del mando militar, por ausencia de Sempere, D. Juan de Prats y del corregimiento D. Fernando Pascual; hasta que se presentó el brigadier D. Luis María Andriani, nombrado comisario régio para esta provincia por la titulada regencia de Alovendas, conforme á la célebre proclama que en 23 de mayo firmó el generalísimo, descorriendo el velo á su política y abriendo el camino de la ruina, que la invasion preparó á la España.

CAPITULO XVI.

La reaccion.—Muerte de Fernando VII.—Guerra civil.—Conclusion.

Andriani abolió por sí y en virtud de las facultades de que estaba investido, la libertad de imprenta, restableciendo la prévia censura. Por su parte el corregidor Pascual prohibió transitar por las calles de Valencia de once á doce de la noche sin llevar luz, conminando con varias penas á los contraventores. Y no contento con esto formó una especie de tribunal, compuesto de un tal Arévalo (a) el Coronado, comandante de la patrulla de capa, de Abella, de oficio espadero, de un zapatero conocido por el Cuadrado y de un agente secreto del mismo corregidor, á quien se daba el nombre de *Camándules*. A tales personas estaba fiada la seguridad de innumerables familias, cuyos individuos se vieron con frecuencia aherrojados en los calabozos sin formacion de causa y solo por leves sospechas. La persecucion no habia entrado, sin embargo, en el período del delirio, y solo se disponian los medios para que á su tiempo tuviera el desarrollo que se deseaba. Sirva de prueba el aciago establecimiento del tribunal de purificacion, que apareció por primera vez en Valencia el 23 de junio (1823). Los defensores del altar y del trono se preparaban á una horrible venganza despues de la capitulacion de Ballesteros en 4 de agosto. La libertad no moria huyendo, sino que sucumbia peleando en Alicante y Cartagena, donde la milicia de Valencia sostuvo brillantemente la honra de la nacion

contra las huestes de Angulema, como se verá detalladamente en la *Crónica de Alicante*.

La capitulacion de esta plaza y sucesivamente la de Cartagena dió vigor á la persecucion. Habian sido sentenciados en secreto á la pena de horca el ex-regente D. Cayetano Valdés, D. Gabriel Ciscar y don Gaspar Vigodet, salvados por los franceses; el obispo de Osma estableció, fomentó y estendió la sociedad secreta del Angel esterminador, y los reaccionarios escedieron en demasías, no solo á los liberales españoles, segun ellos lo exageraban, sino á los revolucionarios franceses, á quienes tanto maldecian. La reaccion es mucho mas horrible que la revolucion, porque su venganza es calculada y segura. El sistema de terror principiú, prendiendo en Valencia á los milicianos que procedian de la capitulacion de Alicante. Unos fueron presos al llegar á las puertas de la ciudad; otros, al presentarse al teniente de rey D. Rafael Berenguer: las cárceles se llenaron, y llevaron los atropellamientos hasta el horrible esceso que los delatores y testigos ni conocian á muchos de los encarcelados. Muchos de los que en la época anterior habian cantado el *trágala*, servidores luego del rey absoluto, insultaban en medio de la calle aun á las mismas señoras, en cuyas manos veian abanicos ó pañuelos verdes ó morados. Eclesiásticos ancianos é inocentes se veian arrebatados del lecho y sumidos en un encierro, donde pasaron años enteros sin tomarles declaracion, solo por haber obtenido el nombramiento de su curato en los tres últimos años, ó para colocar en lugar suyo algun corifeo furibundo de los que trocaron el breviario por el puñal, arrastrando por los campos de batalla sus trajes de mansedumbre y sus manos consagradas. Los españoles, en su delirio, retrocedieron en aquella época á la mas remota edad por un portento de la naturaleza. Era una reaccion, que empujaba á la hez del pueblo y del estado eclesiástico á levantar en todas partes el puñal asesino, para herir sin compasion, invocando el nombre de Dios sobre la sangre de sus víctimas. Los realistas llevaron su furor hasta el punto de perseguir á las víctimas en las mismas cárceles, obligando al alcaide á defenderlos con las armas en la mano. En su vista fué preciso que el regente de la Audiencia impetrara de la autoridad militar el auxilio de la fuerza armada, y el general Saint-March mandó guardia á los patios de las cárceles. En medio de tantas lágrimas y de tanto delirio se celebraron el día 4 de setiembre pomposos funerales, para dar nueva sepultura á los restos del desgraciado general Elfo, gastando el ayuntamiento en esta fúnebre solemnidad mas de 92,000 reales.

Por su parte el gobernador de este arzobispado, don José María Despujol, á nombre del arzobispo D. fray Veremundo Arias y Teijeiro, dirigia á los fieles una pastoral, en la que entre otras cosas decia á los eclesiásticos seculares que procurasen atraer á la religion á los extraviados, supuesto que «su trato mas frecuente con el mundo les permitia internarse en los secretos del pariente y amigos, para descubrir los misterios de iniquidad que se ocultaban en algunas familias, impidiendo sus extravíos y las consecuencias funestas de unas opiniones erróneas, no menos perjudiciales á

sus personas que á sus intereses.» (Pastoral de 12 de agosto de 1823). Calcúlese cuántos males podría producir esta escitacion, aceptada por personas poco cautas, ó cuyo celo por la religion no fuese bastante prudente para distinguir la buena ó mala fé de los que eran objeto de sus observaciones. Esta predicacion de Despujol no era mas que una medida, cuyo pensamiento desarrolló despues D. Simon Lopez, sucesor de Arias Teijeiro. Enardecidos en las reuniones que se celebraban en los conventos, los hombres del vulgo, que vestian el uniforme realista, acometian en las calles á los que habian pertenecido al ejército ó á la Milicia nacional, y en algunos puntos les afeitaban por zumba, les arrancaban á viva fuerza las patillas, zambulléndoles la cabeza en las fuentes; y la sociedad del Angel esterminador substituyó á la influencia democrática otro influjo sujeto á la voluntad del clero, que empleaba sus recursos en el púlpito y el confesonario. Habíase creado por órden reservada una junta secreta de Estado, compuesta de individuos iniciados en los misterios del realismo, presidida por un ex-inquisidor, y cuya secretaría desempeñaba un canónigo de Granada, llamado D. José Salomé. Entre los descubrimientos de esta junta, sobresale la formacion que ordenó á la policia de un indice ó padron general por el órden de apellidos, en que arbitrariamente se notaba á cada individuo el destino que habia desempeñado durante el período constitucional, la opinion que gozaba, si habia sido exaltado ó moderado, comprador de bienes nacionales ó vinculados, francmason ó comunero. Los únicos documentos en que se apoyó la junta eran las revelaciones de Regato, los informes reservadísimos pedidos á los frailes, las declaraciones de los que andando el tiempo se espontanearon, ó de los que supusieron haber pertenecido á las logias de la revolucion, para delatar á mansalva en recompensa de un vil salario. Formado el gran libro, circuláronse las listas á las provincias para que se vigilase á los sospechosos, y muchas veces, preso un ciudadano, si salia inocente de los tribunales, insertábase en la causa la nota que tenia en el libro secreto, y formábanle cargo por ella. Los acusadores pagados, que firmaban sin leer las respuestas que de antemano les remitia el interrogador, llenaban los calabozos de gentes, á quienes, trascurridos meses y años, ni se les abria la causa, ni se les pedia declaracion. Con tales elementos propuso la junta apostólica al rey, que se pusiese á la cabeza de las sociedades secretas y contribuyese al esterminio completo de los impíos; pero Fernando no accedió á sus ruegos, porque en todo queria ser absoluto. Desde entonces se constituyó el monarca en una situacion difícil, pues hubo de luchar con los liberales y con el bando apostólico, mas realista que él.

Tal era la situacion política cuando el arzobispo de Valencia, D. Simon Lopez, por su pastoral fechada en Enguera en 16 de octubre de 1824, restableció en nuestra diócesis el Santo oficio con el nombre de «Junta de la fé:» se componia esta del arzobispo, presidente; de D. Miguel Torezano, inquisidor que fué; del doctor D. Juan Bautista Falcó, como fiscal, y del doctor don José Royo, como secretario.

Esta junta inició sus trabajos relegando al brazo secular, que le condenó á muerte, á Antonio Ripoll, catalan, maestro que era de una escuela contigua al lago de la Albufera. De conducta irreprochable, su único delito era el ser nacionalista, pero sin que esto sirviera de escándalo en los caseríos que rodeaban la escuela. Fué ejecutado en 31 de julio (1826), y su muerte fué tranquila y llena de humildad. Llegada al gobierno la noticia de esta ejecucion, que condenó toda la prensa de Europa, preguntó el ministro qué tribunal era la Junta de la fé, establecido en Valencia, pues no estaba autorizado por órden alguna del rey, y carecia de toda clase de facultades. Pero el hecho quedó impune como otros tantos: la reaccion era superior al monarca absoluto. Así lo conoció el gobierno cuando dispuso la reorganizacion de los realistas; pero los mas furiosos clamaron contra esta medida, y amenazaron con un degüello general de todos los liberales, parodiando la matanza de San Bartolomé. Favorecia estas exageraciones la intolerancia ciega de D. Mariano Herrero, juez de vagos, cuyo nombre inspiraba horror. Mientras se hacian verter tantas lágrimas, se celebraba el jubileo publicado por el Papa Leon XII, para invocar la misericordia de Dios, al paso que la venganza ejercida en su nombre tenia consternados los pueblos. El gobierno quiso atenuar esta situacion deplorable, y amnistió en 1.º de agosto á los individuos francmasones ó comuneros, pero señalando la logia ó sociedad, á que hubieran pertenecido, y entregando sus diplomas, insignias y papeles. Esta disposicion dió origen á inauditos escándalos, y hubo hombres que se enriquecieron con las delaciones.

La desgraciada insurreccion de Bazan y su hermano, fusilados en Orihuela, llenó de orgullo á los realistas, que redoblaron la persecucion. Pero el grito de libertad que levantaba á la Grecia de su espantosa servidumbre, y la Constitucion que D. Pedro, emperador del Brasil, dió á su pueblo, alarmaron á Fernando de España, que temia el restablecimiento del sistema constitucional, y las conspiraciones del cuarto del infante D. Carlos, de donde salió el manifiesto, publicado por la *sociedad de realistas puros sobre la necesidad de elevar al trono al serenísimo señor infante D. Carlos*; cuyo documento precedió al levantamiento de Cataluña (1827). Afortunadamente contuvo en Valencia este movimiento el general D. Francisco Longa, cuyo mando fué digno de los mayores elogios. Al paso del rey por Valencia en su precipitado viaje á Cataluña, se habian propuesto los realistas hacer una manifestacion; pero el general segundo cabo, D. Miguel Iranzo, prohibió con pena de la vida gritar viva el rey absoluto, y Fernando no sufrió de sus sectarios la mas ligera humillacion.

La muerte de la virtuosa reina Amalia, ocurrida el 17 de mayo, y la venida de doña María Cristina de Borbon, que reemplazó en el régio tálamo á aquella santa señora, llenaron de esperanzas á los perseguidos y de odio á los sicarios del Angel esterminador. La revolucion de Francia que elevó al trono al honrado Luis Felipe de Orleans, dió nuevo aliento á nuestros emigrados, reunidos en Perpiñan: y este conjunto de

circunstancias contribuyó á que Valencia reposara al fin tranquila bajo el gobierno del apreciable general Longa, saludando el nacimiento de la infanta Isabel, que vino al mundo en 10 de octubre (1831). Sin embargo, fracasaron las tentativas, hechas por los jefes emigrados, en Navarra y otros puntos, así como la desgraciada expedición de Torrijos, cuya catástrofe provocó de nuevo la persecución que desbarató los planes de alzamiento que se fraguaron en Valencia. Pero los reaccionarios acogidos al lado de D. Carlos, dirigidos por el jesuita Carranza, espiaban los últimos momentos del rey, que yacía en su lecho de muerte, y se cruzaban las mas tenebrosas intrigas, para dar el cetro al sombrero D. Carlos; hasta que el decreto de amnistía, que apareció en 15 de octubre, dió alientos al partido liberal, llamado á sostener los derechos de Isabel, respondiendo al otro decreto de 7 de octubre, que abría de nuevo las puertas de las universidades.

Apenas espiró Fernando el día 30 de setiembre (1833), circularon con rapidez las proclamas de Valdespina y de Verástegui, respondiendo al alzamiento de Merino y Santos Ladrón. Antes de recibirse la noticia de la proclama de Verástegui, salió ya de Valencia, dirigiéndose á Vinaroz, el Barón de Hervés, antiguo coronel, y se presentó pocos días despues en Morella, foco del pronunciamiento á favor de D. Carlos. En el mes de octubre se publicó el decreto, que disponía el inmediato desarme de los batallones realistas, disposición que hubo de llevar á efecto el conde de Cuba, entonces capitán general de este reino. Temiendo que los realistas hicieran resistencia, varios jóvenes capitaneados por un estudiante, llamado Roca, se echaron á la calle, pidiendo armas, y se surtieron en casa de un espadero llamado Pascual Novella, uno de los realistas mas pronunciados de la capital. Estaba principiada la guerra civil; los conspiradores de Morella alzaron pendones; y D. Joaquín Llorens, á la cabeza de un batallón realista, salió de Villareal, para sublevar á Lucena, Alcora y otros puntos. La derrota y muerte sucesiva del Barón de Hervés por la columna del coronel Linares de Butron en las inmediaciones de Calanda, abrieron las puertas de Morella al brigadier Breton, combinado con el general Hore.

Reunidos en Chodos los restos dispersos de Calanda, marcharon á Vistabella y eligieron por su caudillo á Marsoval, actuando en esta elección, como secretario, el célebre Ramon Cabrera, entonces sargento. No es de nuestra Crónica seguir los detalles de la guerra civil, cuyo foco principal correspondía á la provincia de Castellón y también á Teruel; por consiguiente, hemos de ceñir nuestra narración á los límites de nuestra provincia, reseñando ligeramente los sucesos principales.

Publicóse en Valencia, con escaso entusiasmo, el Estatuto Real el día 27 de abril (1834) y se dió comienzo á la organización de la Milicia Urbana, sin que hubiera de lamentarse exageración ni desgracia alguna. Hizo esta publicación con notable solemnidad el alcalde mayor D. José Banquells de Eixalá, persona sumamente simpática y querida.

Establecido el nuevo orden de cosas, y mientras en

los confines de la provincia rugía la guerra civil, y en la capital se organizaba lenta, pero concienzudamente, la Milicia nacional bajo el mando militar del general San Martín, invadió la terrible enfermedad del Cólera la hermosa ciudad del Turia. Precedía á la marcha horrible, aunque silenciosa, de la epidemia, la insensata nueva de que los frailes habían envenenado las aguas en Madrid y en otras partes. ¡Habría muerto tranquilo el primero que dió esta voz de alarma! Esta infame calumnia, creída por el vulgo ignorante y supersticioso, costó la vida á una multitud de hombres tranquilos, contra quienes se había pronunciado, sin embargo, la opinión pública.

Afortunadamente no se derramó en Valencia una gota de sangre; y los frailes fueron, no solo respetados y protegidos, sino que prestaron estos grandes servicios, auxiliando á los apestados. La enfermedad se desarrolló en esta ciudad á fines de julio, y despues de la explosión de una espantosa carga eléctrica, que sacudió los edificios, en medio de la calma chicha que presentaba la atmósfera. Víctima de la enfermedad sucumbió á la fatiga el Excmo. Sr. D. Luis María Melo de Portugal, marqués de Bellisca, regidor del ayuntamiento y comandante de la Milicia. Cuatro mil doscientas cuarenta y cinco personas fueron arrebatadas por el Cólera hasta el 6 de diciembre en que se cantó el *Te-Deum*.

Entre tanto continuaba la guerra en el Maestrazgo, de cuyas onhiestas cordilleras descendían cuando en cuando algunas bandas facciosas, que penetraban en nuestra provincia, cuya capital permanecía tranquila, sin que tuvieran eco en ella los sucesos ocurridos en la casa de Correos de Madrid (18 de enero de 1835) ni la muerte del general Canterac. Atenta á las operaciones militares vió indiferente la caída del gabinete de Martínez de la Rosa y la subida del conde de Toreno, celebrando con fiesta el hallazgo de la antigua bandera de la Milicia, que se salvó en 1823, y que de nuevo se juró en 17 de mayo (1835). Cabrera, nombrado jefe de las bandas carlistas, comenzó á desplegar aquella actividad, que ha sido la admiración de sus contemporáneos, organizando, creando y multiplicando su genio y los recursos. Valencia creía que la campaña sería rápida y gloriosa; pero no fué así, y la lucha se ensangrentó, á pesar del convenio de Lord Elliot, aceptado por las partes beligerantes, que peleaban en el Norte de España. Hasta entonces la guerra no cundía por la provincia de Valencia; pero el 21 de junio Cabrera, haciendo una marcha que honra á este guerrillero, batió en La Yesa á una columna nuestra, compuesta de tropa y milicia. Llegó á Valencia la noticia de este descalabro, junto con la del asesinato del general Basa en Barcelona, propagándose un pronunciamiento por las primeras capitales. Valencia se pronunció en la noche del 5 al 6 de agosto, culpando de inercia al gobierno.

El desorden fué grande, pero organizado, si cabe esta espresión. La facción avanzaba; los pueblos se refugiaban á la desbandada en la capital, el capitán general Ferraz cedió el mando al conde de Almodóvar, y el inmortal orador D. Joaquín María López levantaba las masas que le escucharon en el café de la calle de Zara-

goza, llamado entonces del Sol. Los amotinados penetraron en las torres de Cuarte, volando sus puertas, y se apoderaron de los presos que, por sus opiniones realistas, se habían atraído el odio popular. Lo mismo, aunque sin estragos, hicieron en las cárceles de San Narciso, y conducidos al Principal, sin que la autoridad pudiera evitarlo. Entre los presos se hallaba el célebre canónigo D. Blás Hostolaza, á quien el público no conocía, el desgraciado Padre Felipe Lopez, religioso Mínimo, que se había distinguido durante muchos años por la violencia é intemperancia de sus sermones y el odio á los liberales. Los magistrados y jefes de la Milicia, vistas las causas de cada uno, fallaron que debían ser fusilados los que aparecían mas culpables, embarcando á los demás á Ceuta. Consultada la Milicia, se pidió la muerte de todos; pero al fin fueron pasados por las armas siete individuos, entre ellos Hostolaza y Lopez. Sobre la sangre derramada se elevó por el pueblo al general Almodóvar una serie de peticiones, entre las que había algunas admirables, aunque confundiendo la idea política con la económica y administrativa, mientras el conde de Toreno, reduciendo su autoridad á Madrid, cayó del poder, cediendo la cartera á Mendizábal, despues de las grandes escenas de la Granja. La subida de este renombrado y probo ministro hizo terminar en Valencia la agitación, que había levantado y abatido dos juntas de gobierno, amenazando la vida de Almodóvar, y retirándose, despues de muchos días de anarquía, á la casa del Vestuario los restos de los intransigentes, hubieron de rendirse al fin, merced á la actitud de la mayoría de la Milicia.

El eco de los fusilamientos verificados en Valencia retumbó entre las ásperas breñas del Maestrazgo; y la guerra tomó en estas provincias el carácter de una lucha á muerte y sin cuartel. El tratado Elliot solo regia en el territorio vasco. La jornada del Alcanar, á la que se siguieron la rendición del fuerte de las Roquetas en los arrabales de Tortosa y los de Cherta, dieron á conocer el valor de Cabrera, nombrado por don Carlos comandante general del bajo Aragón. Este caudillo hizo entonces una escursión por las tierras de Castilla; pero derrotado en Molina de Aragón por el general Palarea, volvió á sus guaridas por el mes de diciembre. Pero al comenzar el año 1836, publicó el capitán general de Cataluña el espantoso bando, en virtud del cual fueron desterradas y obligadas á refugiarse en el campamento enemigo las familias de los carlistas; y para aumentar lo horrible de esta situación, el brigadier D. Agustín Noguera hizo fusilar en Tortosa en 16 de febrero (1836) á la desventurada María Griñó, madre de Cabrera. Esta ejecución levantó en el mundo civilizado un grito de profunda indignación. España daba un triste ejemplo de la ferocidad de las pasiones políticas, tanto mas horribles, cuanto proceden de la autoridad. ¡En un motin popular no habría perecido aquella desgraciada mujer! En nuestra misma Asamblea se levantaron voces elocuentes contra tamaña atrocidad. Cabrera, en el despecho de su sentimiento, cometió igual crimen fusilando inmediatamente á cuatro señoras que retenía prisioneras. La lucha entraba

en el período del delirio; los carlistas se multiplicaban; las batallas eran frecuentes; los pueblos sufrían; España era un vasto campamento dividido en dos bandos; la situación del Erario angustiosa, y el horizonte político no dejaba ver una luz. Valencia, impaciente, achacaba á los jefes militares la lentitud de las operaciones, haciéndose eco de los clamores de los pueblos indefensos. En 6 de Marzo, un motin obligó al capitán general D. José Carratalá á abandonar la capital, á pesar de la rudeza y severidad de sus bandos, para disolver los grupos, resignando el mando en D. Mariano Breson, subinspector de artillería. Aprovechando estos sucesos, Cabrera, por medio de una marcha violenta, sorprendió la rica y antiquísima villa de Liria, matando á muchos, y cogiendo 27 nacionales que pocas horas despues eran fusilados en Chiva. El general Palarea, escogiendo entre las compañías de la Milicia de Valencia, que pedían salir, 800 infantes y 100 ginetes, que incorporó á un cuerpo de ejército, compuesto de 1,100 peones y 90 lanzas, fué al encuentro del enemigo, que le esperaba en Chiva. La acción fué reñida, larga y sangrienta el día 2 de Abril: los carlistas perdieron mas de 200 hombres: el gobierno creó una distinción para los que tomaron parte en esta jornada. Nueve carlistas prisioneros fueron conducidos á Chiva y fusilados en el mismo patio del convento de San Francisco, donde pocos días antes habían sido sacrificados los nacionales de Liria. La derrota de Cabrera dejó tranquila la provincia de Valencia hasta el 15 de julio, en que las facciones de Serrador, Quilez, Carnet y Esperanza, invadieron el término de Chelva y cruzaron la Ribera del Fúcar, esparciendo el terror en las poblaciones de Carcajente, Játiva y otras. La capital, cobijando á millares de fugitivos, pidió en motin un remedio á tantas calamidades, que las autoridades no podían evitar, y fortuna fué para la Ribera, que Quilez fuera batido en Albaida, pero no tanto que le impidiese recorrer todo el valle hasta Onteniente. Preparábase entre tanto la tempestad, que estalló en la Granja, y que se repitió en Valencia, proclamando la Constitución de Cádiz, á pesar de la oposición de Palarea, que se retiró á Játiva.

Estos episodios de la existencia política del partido liberal, lejos de conjurar, aumentaban por el contrario los males sin cuento que la guerra civil ocasionaba en la inmediata provincia de Castellón y las de Teruel y Cuenca. De vez en cuando la de Valencia era agitada por las inesperadas y frecuentes escursiones de los carlistas. Cabrera, infatigable é insensible á las penalidades de una ruda y sangrienta campaña, soportando con bravura las heridas que recibía, descendió en marzo (1837) desde la Cenia á Chiva, desde cuyo punto destacó á Llangostera y Tallades, para que invadiesen la Alcuña, Carlet, Algemesí y otros pueblos ribereños del Guadalaviar y del Júcar. Una columna, que el comandante general mandó salir de Liria para regresar á Valencia, á las órdenes del coronel D. Mariano de los Cobos, detenido en el *Pla del Pou*, casi á la vista de la capital, de orden superior, fué sorprendida por Cabrera, cogiendo 37 oficiales y gran número de soldados muertos y prisioneros. Los

que se salvaron, gracias á su heroica resistencia, fueron socorridos por algunas compañías del regimiento de caballería del Rey, mandadas por su jefe D. Antonio Garrigó. Cabrera, estableciéndose en Burjasot, hizo pasar por las armas á los 37 oficiales.

Valencia se estremeció de horror al tener noticia de esta horrible hecatombe, ofrecida al genio feroz de las represalias: pero permaneció tranquila, y puesta sobre las armas, se entregó en manos de las autoridades. Entonces fué cuando vino á mandar el ejército del Centro, harto desorganizado, el entendido general D. Marcelino Oraá; y esto era en los días en que Cabrera se apoderaba de Cantavieja por medio de una sorpresa, favorecido por los amigos, que le ayudaron desde dentro de la plaza; y poco despues, de San Mateo, no sin encontrar una obstinada y gloriosa defensa. Oraá emprendió la campaña en 1.º de mayo, y fué á encerrar los límites de la guerra en las escabrosidades del Maestrazgo; en cuyas operaciones le sorprendió la noticia de que los carlistas habian intentado apoderarse de Castellón. Pero batidos por Borso, recorrieron los carlistas, á las órdenes del infante D. Carlos, los pueblos de Almenara, Petrés, Gilet y Torres-torres, prolongando sus batallones hasta Bujarot, Cheste, Chiva y Buñol. Oraá acampó en Cuart y Manises, para observar el movimiento del pretendiente, y ambos ejércitos se avistaron, en fin, en el término de Chiva. Valencia se preparó á la defensa; la Diputación en union permanente; la Milicia sobre las armas y las autoridades en su lugar. Si Oraá era vencido, peligraba la capital. Oraá, confiando el mando de las divisiones á los generales Iriarte y Noguera, á los brigadieres Amor y Borso y al coronel Sanchez, empeñó la batalla en la mañana del 15 de julio. La acción fué reñida, empuñada y sangrienta. Eran dos ejércitos aguerridos. D. Carlos perdió 1,000 hombres, entre ellos 200 prisioneros; y nuestro ejército dejó en el campo 553 muertos y heridos.

A esta victoria respondieron 62 oficiales de la brigada de Van-Halen, acantonados en Pozuelo de Aravaca, pidiendo y logrando la caída del honrado ministerio Calatrava-Mendizabal; Ceballos Escalera era asesinado en Miranda de Ebro por la soldadesca desenfrenada, y el general Sarsfield y el coronel Mendivil morian en Pamplona á manos de sus soldados. En medio de estas escenas espantosas terminaron las Cortes la Constitución de la monarquía española, mientras D. Carlos cruzaba la España. La guerra rugia en el Maestrazgo; y Valencia asistía á las supercherías de la supuesta aparición del alma de un tal Vilet en el pueblo de Alboruga. La osada invasión de Cabañero en Zaragoza en la noche del 5 de marzo (1838), hizo olvidar á los valencianos las miserias de la superstición, y saludó á Zaragoza, que recordó entonces todas las glorias de su sitio inmortal. Entre tanto, quiso el general Oraá tomar á Morella: su ejército era imponente: tenia soldados viejos y bravísimos jefes: Valencia le hizo un donativo de 20,000 duros: y Oraá fué desgraciado: hubo de retirarse. Oraá se vindicó despues en el Senado.

Cabrera, ascendido á teniente general, porque era

el mayor caudillo de su causa, cruzó luego los pueblos de nuestra huerta, y fué á presenciar la derrota de Maella, donde perdió la vida el bizarro, cuanto desgraciado Pardiñas. Van-Halen reemplazó á Oraá, cuando Cabrera hacia fusilar en Horcajo á 96 sargentos de la division de Pardiñas. Valencia, que acababa de celebrar las fiestas del centenario de la conquista de Jaime I, oyó con horror la relacion del espantoso drama representado en Horcajo, y arrojó sus grupos á la calle en son de motin. El general Mendez Vigo, honrado, pero poco precavido, quiso contenerlo, dirigiéndose á la fuerza de Milicia, que se habia reunido en las Escuelas Pías. Pero al retirarse, desairado, y al cruzar los grupos, que llenaban la calle de D. Juan de Villarrase, fué muerto alevosamente, atravesado por un tiro que se disparó del centro de los amotinados. La revolución tardó, empero, en mostrar su semblante parecia muerta al salir del charco de sangre en que acababa de hundirse aquel infortunado general; pero al fin habló, obró y dominó. Los sublevados eligieron segundo cabo al general D. Narciso Lopez, y en el mismo dia fueron fusilados trece prisioneros al pié de la cerca que cerraba entonces por la parte del Sur la fábrica de cigarros. Se pedía la muerte de todos los prisioneros, y algun tiempo despues fueron sacrificados 55 en el llano del Remedio, por igual número ejecutados por los carlistas, que les hicieron prisioneros en Villamaleja. Se habia formado una junta de represalias. Fué un período espantoso: la posteridad no se atreverá á dar crédito á tanta ferocidad en pleno siglo XIX. Horroriza el recuerdo de la sangre española que se ha vertido por nosotros mismos desde el glorioso alzamiento de 1808 hasta el dia.

El general Van-Halen, sin fuerzas suficientes, hacia frente sin embargo á los carlistas, que repetian sus escursiones en nuestra provincia. Pezuela batió á Forcadell en Cheste, haciéndole perder 600 hombres entre muertos y prisioneros. Van-Halen mandó fusilar á los 66 prisioneros. La milicia de Valencia se portó bizarramente en esta acción. Van-Halen firmó por fin un convenio con Cabrera para regularizar la guerra. Este paso era necesario, si no queria ofrecerse, como hasta entonces, el espectáculo de una guerra, cuyo carácter repugnaba á toda la Europa. Van-Halen mereció los elogios justos de los hombres honrados, aunque los partidos lanzaron gritos de despecho contra su noble conducta. El cange de prisioneros fué un acto solemne de humanidad; y Onda se conmovió al recibir á los desventurados militares, que volvian al seno de los suyos. Mientras la guerra se encerraba en el Maestrazgo, los partidos habian entre nosotros dado comienzo á su lucha de muerte. En 30 de marzo (1839) hubo un motin sin resultado.

Otro motin (18 de mayo), sin objeto alguno, puso en alarma á Valencia, hubo algunas víctimas y todo quedó impune. O'Donnell, vencedor en Lucena, rendido el castillo de Tales, y Valencia saludó con delirio la noticia del convenio de Vergara, celebrado en 31 de agosto. Despues del combate de la Cenia, que fijó para siempre el renombre de O'Donnell,

y rendida Morella, terminó en Valencia la guerra civil.

Hasta aquí la *Crónica*, porque no es posible penetrar en el campo de los partidos, hijos de una misma familia, sin sentir oprimido el corazón. La historia de

estos últimos 20 años pertenecerá á otro cronista, y no es ciertamente Valencia el pueblo que menos ha dejado impresas sus huellas en las luchas, que no han terminado todavía por desgracia y para atraso de la desventurada nación española.

FIN DE LA CRÓNICA DE LA PROVINCIA DE VALENCIA.



INDICE DE LA CRONICA DE LA PROVINCIA DE VALENCIA.

Páginas.		Páginas.
v	INTRODUCCION.	
8	CAPÍTULO PRIMERO.—Valencia antigua.	
9	CAPÍTULO II.—Fundacion de Valencia.—Descripción de la provincia.	
14	CAPÍTULO III.—Fundacion de Sagunto.—Segunda guerra púnica.—Sitio y destruccion de Sagunto.—Su restauracion y monumentos.	
22	CAPÍTULO IV.—Dominacion romana.—Guerra de Viriato.—Fundacion de Valencia.—Sublevacion de Sertorio.	
26	CAPÍTULO V.—Dominacion goda.—Dominacion árabe.	
29	CAPÍTULO VI.—Conquista de D. Jaime I de Aragon.	
44	CAPÍTULO VII.—Constitucion del rey D. Jaime.—Reinado de Pedro III.—Alfonso III.—Jaime II.—Creacion de la órden de Montesa.—Alfonso IV.—Guillem de Pinatea.—Pedro IV.—Guerra de la Union.	
56	CAPÍTULO VIII.—La armada de Valencia.—Sitio de Valencia por Pedro de Castilla.—El robo de la Judería.—Libro del Bien y de Mal.—Los Centelles y Solers.—El rey D. Martin.—Asesinato de Ramon Boil.—Muerte del rey D. Martin.—Interregno.—Proclamacion de Fernando de Antequera.—Benedicto XIII.—San Vicente Ferrer.—Fin de la autonomía de la corona de Aragon.	
	CAPÍTULO IX.—Cárlos I.—Principio de la guerra de la Germania.—Sucesos extraordinarios.—El panadero.—Conducta de los nobles.—Primera junta de los plebeyos.—Juan Lorenzo.—Guillem Sorolla.—El cardenal Adriano.—Ordene	
	denes del rey.—Germanía de Játiva.—De Murviedro.—Alzamiento de todo el reino.—El marqués de Zenete.—Anarquía.—Eleccion de jurados.—D. Diego Hurtado de Mendoza.—Juan Caro y Vicente Peris.—Audacia de Sorolla.—Tumulto.—Germanía de Elche.—Junta de Albaterra.—Morella.—Desórdenes de Játiva.—Asesinato de Francin.—Disposiciones de los Trece.—Sitio de San Mateo.—Nuevos tumultos en Valencia.—Derrota del virey.—Comuneros de Orihuela.—El infante D. Enrique.—Rendicion de Valencia.—Resistencia de Alcira y de Játiva.—Prision del marqués de Zenete.—Muerte de Vicente Peris.—El encubierto.—Fin de la Germanía.	64
	CAPÍTULO X.—Espulsion de los moriscos.	71
	CAPÍTULO XI.—Guerra de Sucesion.—Abolicion de los fueros de Valencia.	77
	CAPÍTULO XII.—Resultados de la revolucion francesa en Valencia.—Principio de la revolucion.	83
	CAPÍTULO XIII.—Declaracion de guerra.—El canónigo Calvo.—Matanza de los franceses.—Tribunal de seguridad pública.—Invasion de Moncey.	88
	CAPÍTULO XIV.—Trabajos de la Junta Suprema.—Operaciones militares.—Defensa de Sagunto.—Entrada de Suchet.—Retirada de los franceses.	93
	CAPÍTULO XV.—Gobierno de Fernando VII.—Época Constitucional.	98
	CAPÍTULO XVI.—La reaccion.—Muerte de Fernando VII.—Guerra civil.—Conclusion.	106

FIN DEL ÍNDICE.

CRÓNICA GENERAL DE ESPAÑA, Ó SEA

HISTORIA ILUSTRADA Y DESCRIPTIVA DE SUS PROVINCIAS,

SUS POBLACIONES MÁS IMPORTANTES Y POSESIONES DE ULTRAMAR

SU GEOGRAFÍA Y TOPOGRAFÍA.—SU HISTORIA NATURAL.—SU AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ARTES Y MANUFACTURAS.—SU HISTORIA ANTIGUA Y MODERNA, CIVIL, MILITAR Y RELIGIOSA.—SU LEGISLACION, LENGUA, LITERATURA Y BELLAS ARTES.—SU ESTADÍSTICA GENERAL.—SUS HOMBRRES CÉLEBRES Y GENEALOGIA DE LAS FAMILIAS MÁS NOTABLES.—SU ESTADO ACTUAL, EDIFICIOS, OFICINAS, ESTABLECIMIENTOS Y COMERCIOS PÚBLICOS.—VISTAS DE SUS MONUMENTOS, CARTAS DE SUS TERRITORIOS, Y RETRATOS DE LOS PERSONAJES QUE HAN ILUSTRADO SU MEMORIA.

OBRA REDACTADA

POR CONOCIDOS ESCRITORES DE MADRID, DE PROVINCIAS Y DE ULTRAMAR,

Y DIRIGIDA POR EL ACADEMICO DE LA HISTORIA

DON CAYETANO ROSELL.

GERONA.



MADRID.

EDITORES:

RONCHI Y COMPAÑIA.

1866.



CRÓNICA

DE LA

PROVINCIA DE GERONA.

POR

DON NARCISO BLANCH É ILLA,

Licenciado en Jurisprudencia,

Individuo de la Económica Matritense, Sócio correspondal de la Real Academia de Buenas letras de Barcelona,
Cronista honorario de Gerona, etc., etc.



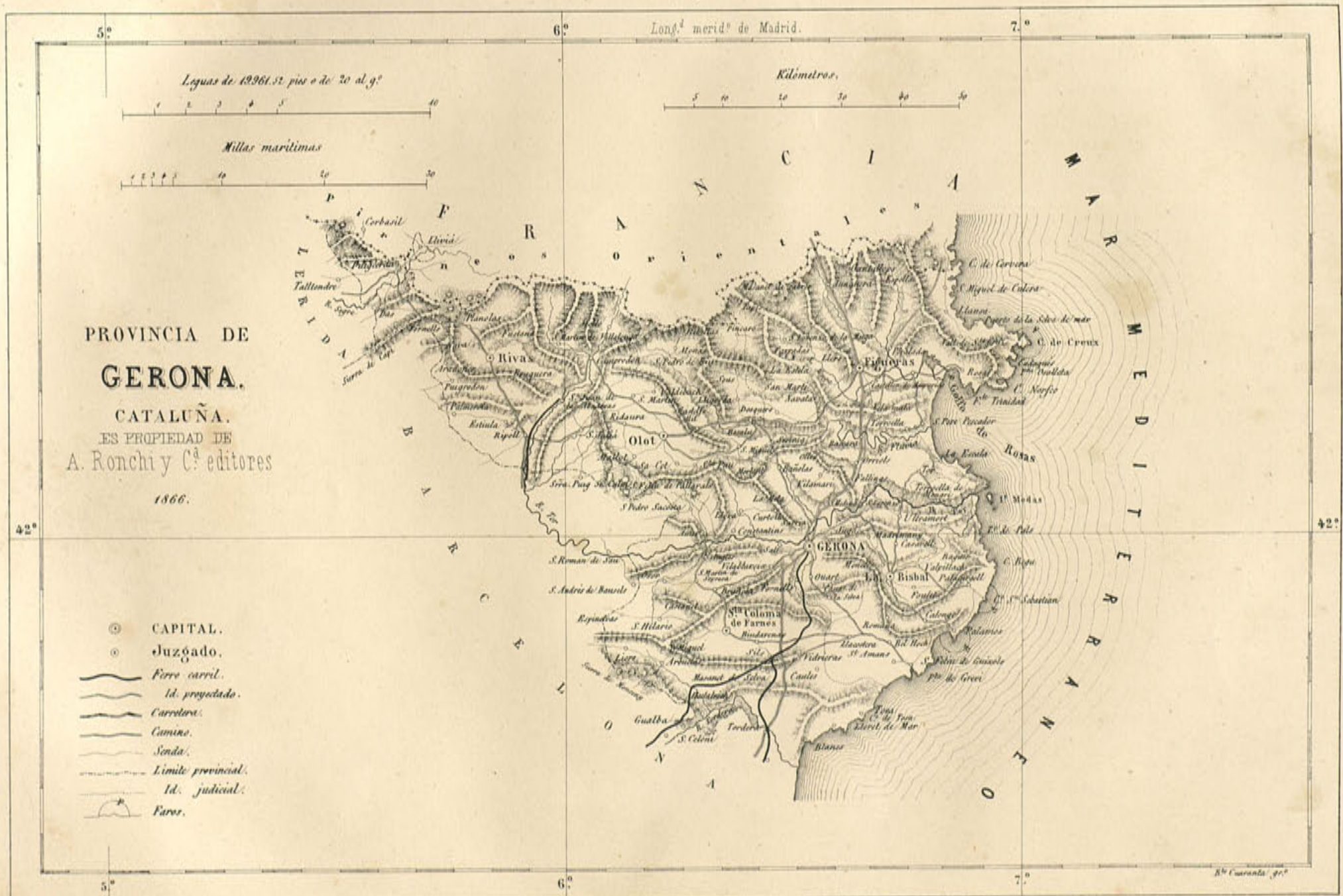
MADRID.

EDITORES:

RONCHI Y COMPAÑIA.

1866.

ES PROPIEDAD EDITORIAL.



A LOS SEÑORES

DIPUTADOS PROVINCIALES

D. FRANCISCO MARANGES, D. JOSÉ COLL Y LLIURA,
D. JOSÉ BOU, D. ALBERTO DE QUINTANA, D. NARCISO CONILL, D. LUIS CASABONA,
D. JOAQUIN ARMET, D. FRANCISCO VIVES,
D. JOSÉ COCH, D. TOMAS BOGUER, D. ANTONIO MATARÓ, D. FRANCISCO RUYRA.

A SU DIGNO PRESIDENTE

EL MOY ILUSTRE SEÑOR GOBERNADOR CIVIL,

Y AL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO

DE LA INMORTAL CIUDAD DE GERONA,

DEDICAN LA CRÓNICA GENERAL DE SU PROVINCIA

EN TESTIMONIO DE CONSIDERACION

LOS EDITORES.

CRONICA DE LA PROVINCIA DE GERONA.

INTRODUCCION.

I.

En tiempos anteriores á toda historia, los eúscaros poblaban los bosques y los desiertos de la Península separada de la Galia por la inmensa cordillera de los pirineos, que desde remotísimos siglos han sido la frontera natural de ámbos países. A la otra parte de aquellos montes, pues, se extendían los galos, cuya raza aparece dividida en gran número de pueblos ó tribus confederadas, regidas por *yarlas* ó jefes guerreros, siendo la más notable, para nosotros, la de los *celtas* (1), propiamente tales, que dominaban en el Mediodía de la Galia. Fueron éstos creciendo en importancia, y salvando la frontera se introdujeron en Aquitania, donde encontraron á los eúscaros que les opusieron una firme resistencia, y á quienes hacía invencibles la aspereza de sus montañas. Los celtas, al verse rechazados y hasta vencidos por aquellos, siguieron á la ventura su retirada, y descendiendo por los collados de los bajos Pirineos, penetraron en el suelo de los iberos, con cuya denominacion comprendieron los historiadores griegos á todos los habitantes de la Península, llamándolos así de los que poblaban las riberas del *Eber* ó *Ibris*, Ebro. Despues de una lucha tenaz entre los eúscaros iberos y los galo-celtas, entraron en transacciones, dando origen á la formacion

de un pueblo mixto, por la confusion de ambas razas. «Los celtas y los iberos, dice un historiador griego, despues de haber combatido para la posesion del país, lo habitaron en comun, en virtud de un tratado de paz, y se mezclaron por medio de los matrimonios» (1). De este antiguo enlace del genio celta y del genio eúscaro ó ibero, nació el carácter que más esencialmente distingue á la moderna nacion española.

El territorio que más tarde vino á formar la provincia de Gerona, estuvo poblado, pues en un principio por pueblos de raza eúscara, pueblos entregados á la caza, hasta que se mezcló con la de los celtas, de quienes al parecer tomaron la industria agricola á juzgar por las denominaciones puramente de origen galo con que aún en el día se conocen en el país algunos cereales y varias especies de ganado (2). Invadiéronlo sucesivamente despues, atraidas por la riqueza del país, varias gentes procedentes de Grecia, Fenicia y Focia, llegando á fundar varias poblaciones, que posteriormente alcanzaron fama y eterno renombre. Segun antiguos autores, todo el territorio comprendido entre el rio Ebro y los Pirineos se hallaba en aquellos tiempos dividido en doce pueblos ó pequeñas repúblicas. La actual provincia de Gerona

(1) Diódoro Sículo. V. pág. 309

(2) *Kettes*, hombres de los bosques, del galo *Koille*, bosque. Los griegos que conocieron primero á estas razas que á las atras gaélicas, llamaron tambien *celtas*, á todos los galos.

(2) Las palabras catalanas *blat*, trigo, *gra*, grano, *ségal*, centeno, se derivan de las voces galas *bleut*, *greun*, *segal*. Tambien son de origen celta las denominaciones de *molló*, carnero *bóch*, cabron, *tau*, buey.

está formada por la *Ceretania*, llamada despues Cerdaña, y la *Indigetia* (1), que comprendía la costa del mar, desde *Cap de Creus* hasta Palamos; y parte de la *Laletania*, que comprendía desde cerca de Gerona, siguiendo la costa de Levante hasta el rio Llobregat, y parte tambien de la *Ausetania*, que se extendía desde las tierras de Vich y Gerona hasta San Feliu de Guixols.

Los cartagineses dominaban ya en la Bética, cuando teniendo noticia de que, en tierra de los indigetes, cerca de *Alba* ó *Empurias*, se habian descubierto unas minas de oro y plata, impulsados por la codicia se propusieron conquistar ese hermoso país, del cual tantas riquezas habian extraído ya los fenicios. Amílcar *Barca*, es decir, el *rayo*, fué el primer general cartaginés que vino á España, y su invasion fué tambien la primera de que se tiene certeza se hiciera con ánimo de enlazar los destinos de la Península á los de una nacion extraña. Pasándolo todo á sangre y fuego, llegó Amílcar al país de los laletanos, á quienes encontró dispuestos á oponerle una heroica resistencia. Confederados los pueblos para defender su cara independencia, hicieron grandes esfuerzos de valor, y lograron humillar las vencedoras huestes africanas. El ejército de Amílcar sufrió terriblemente, viéndose obligado á emprender la retirada para rehacerse de sus pérdidas. Sentó su real á orillas del mar, no lejos del Llobregat, y allí estuvo aguardando los refuerzos de gente, de armas y de dinero que debia traerle Asdrúbal. No se hizo éste esperar mucho, pero Amílcar vióse en la necesidad de abandonar su campaña para ir á apaciguar la rebelion que acababa de estallar en la Bética, y murió en ella, peleando como valiente, derrotado por los iberos.

Por este tiempo los romanos empezaban ya á ejercer cierta influencia sobre los españoles, y aun en las mismas costas de Africa. Despues de haberse vengado Asdrúbal de algunos pueblos de la Bética, dirigió sus armas contra los que formaban la Celtiberia. Gran parte de ella se hallaba aliada con Roma, especialmente los pueblos más cercanos al Pirineo, y ésta no quiso que el caudillo cartaginés siguiera conquistando á los que se habian declarado sus amigos.

El odio de Aníbal, digno hijo y sucesor de Amílcar, hácia los romanos era tan grande, que le determinó ir á Italia á fin de impedir que aquellos vinieran á España á vengar la grave injuria que les infirió el cartaginés, faltando á los tratados é incendiando á Sagunto, cuya heroica resistencia fué tan

(1) La *Indigetia* era el país de los emporitanos, que segun Estrabon, llegaban hasta la cordillera de montañas en que se eleva el promontorio *Aphrodisium* (Port-Vendres), límite de la España y la Galicia por aquella parte, «*Plerique ultimas Pyrenai montis partes usque ad Trophæa Pompeii tenent*» confiando con ellos los *Gerretanos* (Cervera), á cuyo país llama Pomponio Mela (lib. 2, cap. V), *Cervaria locus finis Gallie*. Avieno, al describir á los indigetes, dice:

«Post Indigetes asperi se proferunt,
»Gens ista dura, gens ferox, venatibus.
»Lustrisque, inhorens, tunc jugum Celebandicum
»In usque salsam dorsa prorigit Thetym.»
RUFFI JUSTI AVIENI: *Ora maritima*, lib.

notable, que la fama de sus grandes hechos durará tanto como el mundo. Juntó Aníbal un ejército de noventa mil peones y doce mil caballos, y emprendió su marcha, encontrando varias contradicciones en su camino. Los que más tarde debian llamarse catalanes, sintiendo en su corazon arder el sagrado fuego de la independencia, no quisieron servir de instrumento á las venganzas de Cartago, y trataron de oponerse á las legiones del encarnizado enemigo de Roma. Los pueblos de la marina casi todos estaban apercebidos y puestos en armas, particularmente los laletanos é indigetes. En *Blanda*, Blanes, se hallaba á la sazón un guerrero llamado Telongo Bachio, segun las crónicas, célebre ya por sus echos de armas contra *Barcino*, ciudad adicta y aliada de los cartagineses, puesto que á ellos debia su origen y engrandecimiento; y este valiente caudillo alentó á los de su bando para que opusiesen una viva resistencia á aquellas huestes.

Cuentan los cronistas que los laletanos, indigetes y ausetanos lucharon con bravura, resistiendo al general cartaginés, á fin de impedir que ganara los montes Pirineos; pero Ortiz de la Vega, Lafuente y otros historiadores modernos no hablan de que aquel sufriese contrariedad alguna de los pueblos cercanos al Pirineo (1).

En tanto que los cartagineses intentaban acabar con los romanos, cuyas glorias les hacian sombra, las águilas del Tiber afilaban sus uñas para desgarrar los pendones de Cartago, en cuyo poder veian un obstáculo á sus miras de engrandecimiento.

Para contrarestar á los cartagineses, dice César Cantú (2), hizo Roma grandes preparativos de ejércitos propios y aliados, y dirigió súplicas á los dioses; y á fin de vengarse de los agravios que acababa de recibir de Aníbal, con la destruccion de Sagunto mandó á España, gran número de tropas, capitaneadas por Cneo Escipion Calvo, hermano de uno de sus cónsules.

Hé aquí, pues, á Cartago y á Roma luchando frente á frente, haciendo teatro de sus acciones guerreras á los dos países más bellos de Europa: la España y la Italia.

La flota de Escipion, llevandodelante algunas naves marsellesas, sus aliadas y aliadas tambien de los indigetes, entrando por el golfo de Rosas, fué á desembarcar en Empurias, de cuyos habitantes fueron muy bien recibidos los romanos. Sentaron estos sus reales en el campo, fortalecidos en todas partes con estacadas, fosas y vallados, no habiendo querido penetrar en la poblacion, á fin de evitar los inconvenientes que podian surgir entre el ejército y los ciudadanos. La poca gente que se habia salvado de Sagunto y algunos de los pueblos comarcanos, atraídos por la prudencia

(1) Tito Livio pone los reales cartagineses sobre Illiberis; ciudad de la Galia Narbonesa, en cuyo punto iban á desembarcar los tres desfiladeros por donde podian pasar las tropas que se dirigian á Italia. César Cantú, lib. IV, cap. IX, y Eury en su *Historia del Rosellon*, lib. I, cap. I, suponen que pasaron sin hallar resistencia alguna por el collado de Massana.

(2) Lib. IV, cap. IX.

y la fama de las buenas intenciones de los extranjeros recién llegados, acudieron á sus reales, solicitando y obteniendo su amistad. Gerona parece que tambien se hizo entónces públicamente del partido de Roma, no sólo admitiendo para su guarda, como varios otros pueblos, las banderas y guarniciones romanas dentro de sus muros, sino sirviendo de hospedaje al mismo Escipion. En breve, al decir de las crónicas, cuantos lugares habia en la marina de Cataluña, desde el Pirineo y Rosas á la boca del Ebro, tomaron abiertamente la parte de Roma, pues Lérida capital de los ilergetes, dió rehenes en seguridad de su amistad y de su leal apoyo, mientras Atanagria, capital de los lacetanos, y Ausa se obligaban á pagarle tributos para subvenir á las necesidades de la guerra. En la liga de esta multitud de pueblos catalanes, se contaba Tarragona, ciudad más honrada que grande entónces, á la cual Escipion condujo su flota y gente de mar, ocupando la ribera ó puerto que despues se ha denominado Salou, por ser muy seguro, muy apropiado á los intentos de aquel caudillo, y por hallarse más cercano á la boca del Ebro.

A la sazón Cataluña se hallaba bajo el mando de Hanon, el cual, noticioso de la alianza que muchos lugares habian hecho con los romanos, trató de desbaratarla, decidiendo emprender la guerra. Se puso en combinacion con Asdrúbal, otro de los jefes de las huestes que Aníbal dejó en España y partieron con el objeto de dar una batalla á sus orgullosos enemigos. Cerca de Lérida se encontraron los dos ejércitos beligerantes; trabóse la pelea y la victoria se decidió á favor de las águilas del Tiber. Esta jornada tan favorable á Cneo Escipion, abrió el camino á otras no menos importantes y gloriosas para las armas de Roma.

Iba á llegar el invierno, y el jefe de los aliados de Cataluña decidió que su flota pasase á las aguas de Empurias, dejando en Tarragona la oportuna guarnicion para su guarda. Aprovechándose de esta coyuntura los cartagineses, difundieron en los pueblos catalanes la idea de que los romanos pretendian hacerse amigos suyos para esclavizarlos; idea que cundió rápidamente, encontrando eco en aquellos los sentimientos de independencia que en todas épocas han abrigado, y produjo el fruto apetecido. Atanagria y Ausa, que tenian por jefes ó régulos á Leonero y á Amusito, fueron las primeras provincias que se sublevaron, asi como habian sido las primeras en aliarse con Roma.

Escipion, para apagar el foco de la rebelion, juntó sus tropas, y presentándose en breve ante Atanagria, la asaltó, tomóla y la hizo arrasar. Pasó en seguida contra Ausa, y esta ciudad sufrió la misma suerte que aquella. Con este hecho, los catalanes se convencieron de la verdad de los razonamientos de Asdrúbal y de Hanon, y los ilergetes lanzaron los primeros el grito de guerra, poniéndose al frente Indibil y Mandonio. Inútil afán: Cneo Escipion, despues de algunas victorias, recibió nuevas fuerzas de Roma, al mando de su hermano Publio Escipion, y auguraron una nueva serie de gloriosos triunfos para las armas del Capitolio. Entre las varias poblaciones que arrancaron

del poder de los cartagineses, fué una *Barcino*, cuyo nombre trocaron en *Favencia*, en tanto que ensancharon y enriquecieron á Tarragona, su ciudad favorita, de bellos edificios y suntuosos templos, procurando al propio tiempo atraer á ella gran número de españoles, concediéndoles muchas franquicias. Su intento era que rivalizase con *Cartago nova*, donde los africanos tenian en España la cabeza de su principado.

Al cabo de algun tiempo, pareció eclipsarse la buena estrella que guiaba á los Escipiones. La trompa guerrera de los ilergetes volvió á resonar con estrépito entre las montañas catalanas, y á la voz de Indibil y de Mandonio se alzaron gran número de pueblos, que vieron que con los romanos no habian hecho más que cambiar de señores.

Asdrúbal, que acababa de ser batido en las márgenes del Ebro y del Segura, trató de marchar á Italia en busca de su hermano Aníbal; pero ántes de pasar los Pirineos, reforzado su ejército con las huestes de Magon y de los ilergetes, tuvo un encuentro con los Escipiones, en el cual sucumbieron estos, muriendo como bravos en la pelea, y quedando desconcertadas las legiones romanas.

A no ser por los esfuerzos de Marcio, que pudo recoger y reunir los restos del ejército de los Escipiones, la república romana hubiera perdido quizás para siempre su dominio en este país. Dió un combate contra los cartagineses y alcanzó la victoria, con lo cual alentó á sus tropas y dió tiempo á que de Italia llegasen nuevos refuerzos al mando de Claudio Neron. Sin embargo, pocas ventajas alcanzaron estos dos jefes, hasta que vino á Cataluña un mancebo que apenas contaba veinte años, hijo de Publio Escipion, y cuyo mismo nombre llevaba, siendo conocido por el *Africano*. Por uno de esos arranques ó secretos impulsos del corazon, al verse este jóven ante el pueblo romano congregado en el campo de Marte, sin que ningún general osase pedir pasar á España, á causa de las infaustas noticias sobre la pérdida de las alianzas con los pueblos catalanes, solicitó el cargo, y por unanimidad fué aclamado y elegido, quedando confiada á un niño la suerte de la república.

Al mando, pues, de diez mil peones y mil caballos, desembarcó en Ampurias, ciudad que permaneció siempre fiel á Roma, y atravesando por Gerona, se dirigió á Tarragona, mientras su flota, costeano, se fué tambien al mismo punto, en el cual se le acogió con singular complacencia, y allí recibió los embajadores de varios pueblos amigos y confederados del pueblo romano.

Diversos encuentros y otras tantas victorias alcanzaron las huestes de Escipion, hasta que habiendo caído enfermo, muchos de los pueblos aliados y parte de sus tropas se sublevaron. En estas hizo luego un escarmiento terrible, así como á aquellos los volvió á su poder.

Fueron causa de una de las principales rebeliones contra los romanos, Indibil y Mandonio, que siempre fueron el alma de los catalanes, pues encubriendo sus sentimientos de ambicion de apoderarse del señorío de España, bajo apariencias de patriotismo

lograron reunir treinta mil infantes y cuatro mil caballos.

Escipion había abandonado ya estos territorios, quedando al frente de las legiones de Roma los generales Lucio Cornelio Léntulo y Manlio Acidino, los cuales juntaron en seguida un grueso ejército de romanos y de españoles y salieron al encuentro de los sublevados. Pasando por la provincia de los ausetanos, aunque eran sus enemigos declarados, no recibieron daño alguno, hasta que llegaron á poner su campo á menos de una legua de donde le tenían los catalanes, siendo tal vez no muy lejos de Gerona, puesto que era una de las principales poblaciones de los ausetanos.

Léntulo y Acidino intentaron convidar con la paz á Indibil y á Mandonio, mandándoles embajadores y prometiéndoles por su conducto el perdón, si dejaban las armas y se retiraban todos á sus hogares. Inútil fué este paso, pues una partida de jinetes catalanes salió de su campamento para echarse sobre varios caballos y otras bestias que los romanos habían sacado á apacentar, lo cual dió origen al rompimiento de las hostilidades. Al día siguiente, al rayar el sol, los nuestros estaban en el campo, armados y dispuestos al combate, ordenado de esta suerte: al centro los ausetanos, entre los cuales figuraban los bravos gerundenses, y en el cuerno derecho, que así llamaban los romanos á lo que actualmente decimos el ala derecha, se hallaban los ilergetes, y en el izquierdo los naturales de otros pueblos iberos. Los caudillos de Roma ordenaron de la misma manera su gente no juntando tampoco sus cuernos con el frente, como solían siempre hacerlo, sino dejando también espacio en medio por donde sus caballos pudiesen arremeter. Considerando Léntulo que, ordenadas así las batallas, tenía notoria ventaja la caballería que se anticipase en acometer,—refiere Ambrosio de Morales, á quien seguimos en esta relación,—dió orden al tribuno Sergio Cornelio de que, al comenzar la pelea, arremetiese con furia con la gente de á caballo, y no parase hasta haberse metido por los dos espacios que dejaban vacíos los cuernos ó alas del ejército enemigo. Sangrienta fué esta batalla, en la cual, al primer ímpetu, los ilergetes desbarataron una de las legiones romanas; pero mortalmente herido Indibil por la lanza de un centurion, y cumpliendo con su deber Sergio Cornelio, entró el terror y la confusión en las filas de las huestes catalanas, y después de un combate que duró todo el día, y en el cual sucumbieron trece mil hombres, se desbandaron, quedando unos ochocientos en poder de los romanos. Entre los que escaparon de la batalla, se salvó Mandonio, que habiendo recogido los restos de su destruido ejército, pidió consejo acerca del partido que debían tomar. Decidióse mandar un mensaje á Léntulo y á Acidino solicitando la paz, la cual les fué otorgada, con la expresa condición de que entregasen vivos á Mandonio y á los demás jefes del movimiento. Satisfechos los deseos de los caudillos romanos, fueron aquellos degollados, y en castigo, los otros tuvieron que pagar aquel año doble tributo, satisfaciendo desde luego provision de trigo para seis meses y el doble de ropa para la gente de guerra de

los romanos además de los rehenes que tuvieron que entregar treinta ciudades principales del territorio sublevado.

Con esta última victoria, Roma quedó dueña y señora de España, pues en vez de considerarla como aliada, la trató como esclava.

Cartago había sucumbido al fin, y desde entonces tuvo efecto la verdadera dominación de las águilas del Tiber en nuestros pueblos.

Hasta el año 195 antes de J. C., España constituía para Roma una sola provincia, gobernada ordinariamente por dos jefes, con cargo y título de procónsules: desde esta fecha se dividió en dos, *Citerior* y *Ulterior*, comprendiendo ésta la Bética y la Lusitania, y la *Tarraconense* aquella, esta última mucho mayor que la primera. Los jefes de una y otra se denominaban pretores, y á sus órdenes tenían ocho mil infantes y cuatrocientos caballos. El primer magistrado que con este título se dió á la España *Citerior*, á la cual pertenecía el territorio de la provincia de Gerona, se llamó Neyo Sempronio Tuditano. Tarragona, que había sido siempre ciudad amiga de los romanos, quedó por capital de este gran distrito, que comprendía toda la parte septentrional, desde los Pirineos hasta la embocadura del Ebro sobre el Océano, y hasta la ciudad de Murgis sobre el Mediterráneo.

II.

La provincia de Gerona, que se compone de unas 200 leguas cuadradas, se halla situada al extremo NE. de la Península ibérica, entre los 42° 29' 9" latitud N., y 43° 31' 10" idem idem, y los 5° 29' 28" longitud E., y los 7° 20' 00" idem idem, meridiano de Madrid. Son sus confines, al N. los montes Pirineos, al S. y al E. el Mediterráneo, y al O. las provincias de Barcelona y Lérida; y suelen reinar en ella los vientos del N., E., S. y SO., causando muchas veces el primero grandes estragos, conocido en el país con el nombre de *tramontana*. Cuando sopla con fuerza llega á derribar las torres de las iglesias y á arrancar de cuajo árboles muy corpulentos. En muchas ocasiones, sin embargo, produce bastantes beneficios, limpiando la atmósfera, y de ahí que los ampurdaneses acostumbren ir todos los años en romería á la Virgen de Recasens á buscar la *tramontana*.

La temperatura es vária: muy fría en la línea del Norte, especialmente en el partido de Puigcerdá ó Ribas, en cuyas elevadas cimas se conserva la nieve casi todo el año. El santuario de Nuria y algunos pueblos del territorio de Caralps, en invierno son inhabitables, y sus moradores se ven obligados á abandonar sus hogares, pudiendo decirse que aquellas montañas son la Saboya catalana. En los partidos de La Bisbal y Santa Coloma, el clima es mucho más bonancible.

El terreno, en su mayor parte, es muy áspero y cortado por ramales de altas montañas que se desprenden del Pirineo, dejando en claro hermosos valles y feraces llanuras, como el valle de Aro, y los llanos

de Gerona, Celrá, Bordils, y especialmente el Ampurdan, que ofrece una bella campiña poblada de frondosos olivares, de ricos viñedos y campos sembrados de cereales y diversidad de hortalizas.

Las principales montañas que en todas direcciones cruzan la provincia, son conocidas generalmente por los nombres de infinidad de antiguos santuarios y ermitas que poblaban sus elevadas cumbres, como la de Nuria, del Mont, Recasens, San Grau, San Miguel, Rocacorba, distinguiéndose entre ellas por su altura las de la Cerdaña, dividida en española y en francesa. Aquella está limitada al N. por la cordillera de los Pirineos, al E. por la continuación de la misma sierra, al S. la de Nuria, que es un arranque de la elevada del Canigó, y al O. la cordillera del valle y garganta del Segre.

En Coll de Canas, situado sobre el camino que de Ripoll se dirige á Olot, empieza la cordillera del Grau prolongándose por las inmediaciones de la carretera de Gerona á dicha villa, y por Amer, junto á la cual concluye el ramo de dicha sierra, pasando por el santuario de Nuestra Señora del Far. Unida á las montañas del Grau, corre la cordillera más baja, entre el río Fluviá y el torrente de Amer, el lent y Llémana, cuyo ramo principal hácia el N., pasa por el Coll de Casellas, cerca de Santa Pau, ostentando su mayor cima al Este de San Juliá de Mont.

Al pié de Rocacorba, como de un centro, parten varias escarpadas sierras, de las cuales la más elevada y de menor extensión se dirige á Puigarnol, y bajando después en rápida pendiente, continúa por las mesillas que dividen las vertientes del Ter y Fluviá, entre Esponellá y Bañolas, Bascara y Gerona. La segunda sierra principal, menos elevada, pero más uniforme, sirve como de muro de separación entre las aguas del Ter y las del Terri, hasta el extremo del Congost.

La escabrosa sierra, situada al O. del Coll de Costas roja, corre de N. á S. aislada; al E., por las gargantas y el referido Coll; al N., por el barranco de Boscos; al O., por la cortadura que abre paso á la carretera de Bañolas, y al S. por un profundo despeñadero que la separa de la Peña loma de Puigblanch. Al O. del camino de Bañolas á Gerona, corre paralela al mismo la escarpada sierra de Montagut.

La parte del Fluviá, comprendida entre Besalú y Bascara, tiene sus vertientes, al O., terminadas por los montes de San Ferriol y Serra den Britu; por las costas de Marlan, Serras de Guixerias y Serra de San Miguel de Serriá, cuyas vertientes van á desembocar en el Fluviá, por medio del Ter; al S., por el llano de Usall, Serra de Esponellá, Estepa, Puig de Bonaire, de Nemurs, de Gallinés, de la Pallera y Coll de Orriols.

Los declives al Ter, por esta parte, son las lomas de la Creu de Vilarcell, á cuyo pié corre el Terri, al cual se unen por su derecha el Matamós que se desliza al pié de la sierra de este nombre; el Rebardit, que baja del término de Viert; y por la izquierda el Garrumbert, que pasa por las inmediaciones de la antigua Casa Prats de Fontcuberta. Entre el Terri, Garrumbert y el Farga, corren las colinas de San Bartolomé.

De la cordillera de los Pirineos, hácia Llorona, se desprenden diversas sierras, cuyos puntos más notables son el monte de Santa Magdalena, y al S. del mismo las alturas delante de Llers, y las lomas de Serra-Blanca, Serra-Mitjana y Serra-Pujada, todas á la izquierda de la carretera principal y de la villa de Figueras. De las inmediaciones de Gerona arranca una cordillera que, siguiendo al SE. de esta ciudad, pasa junto á Cassá de la Selva, y vá formando diversas vertientes al río Oñar, hasta constituir á dos leguas de la Bisbal el Coll de la Canga. De la propia cordillera se desprenden, junto á Gerona, dos ramales; el uno pasa por San Miguel y Nuestra Señora de los Angeles y termina en la loma de la izquierda de dicha villa, y el otro cruza por Cassá de la Selva y vá á morir en Fanals.

Como es natural á todo país montañoso, la provincia está regada por gran número de rios, entre los cuales haremos mención de los más notables.

El *Ter*, llamado *Doria*, *Turis* y *Theseris* por los romanos, que es el de más largo curso, tiene sus orígenes en la parte S. de la línea divisoria de los Pirineos, cerca del lago de Carenne ó inmediaciones de Costá Bona. Durante su curso, se utiliza en varios puntos para el riego y para dar movimiento á diversas fábricas y molinos, especialmente desde Bescanó á Gerona, al pié de cuya ciudad se une al *Oñar*, que la cruza por el centro. Después de haber puesto á contribución las aguas de infinidad de riachuelos y torrentes, vá á desembocar al Mediterráneo, en el Estertit de Torroella, casi al frente de las islas Medas, llamadas *Paleopolis* por los romanos, y que no son más que tres grupos de descarnadas rocas, en el mayor de los cuales se eleva en la actualidad un pequeño castillo.

El *Oñar* tiene su nacimiento entre los términos de Vilanna, Bruñola y San Martin.

El *Fluviá*, llamado *Clodianus* por los romanos, nace en la cordillera del Grau, y después de engrosar su caudal durante su curso por gran número de riachuelos, vá á desembocar en el mar, al NE. de San Pedro Pescador.

La *Muga*, que con el nombre de *Tichis* pone Plinio junto á *Emporiae*, y con el de *Thicis ad Rhodam* (Rosas) Pomponio Mela (1), tiene su nacimiento al S. de la línea divisoria de España y Francia, entre Nuestra Señora de las Salinas y Coll de Fach. Termina su curso en Castellon de Ampurias, y desemboca en el mar entre dicha villa y el arroyo llamado *Rech-corredó*.

El *Segre*, ó sea *Sicoris* de los romanos, apenas toca en la provincia. Nace en el territorio de la Cerdaña y puerto de la Perxa, y llega hasta la villa de Bellver, por cuyo punto entra la provincia de Lérida.

El *Tordera*, llamado *Flumen Larnum* por los antiguos geógrafos, y que sirve de límite á la provincia

(1) Pomponio Mela en el lib. II, cap. VI, donde trata de la España, y empieza la descripción de su costa, desde sus confines con la Galia Narbonense, dice: «A Cerviera proxima est rupes que in altum Pyrenæum extrudit—Cap de Creus—Dein Thicis flumen ad Rhodam, Clodianum ad Euporia (Fluviá junto á Empurias).»

de Gerona, nace en la de Barcelona, de las vertientes del Monseny, montaña situada entre Vich, Gerona y Barcelona; corre al principio por los distritos de San Celoni y Hostalrich, y formando luego una curva en dirección SE., termina en el mar entre Blanes y Malgrat.

Considerando geológicamente el territorio de la provincia que nos ocupa, puede decirse desde luego que en ella se encuentran toda clase de rocas, como el granito y micasquisto, peculiares de los terrenos primitivos; el *grawaka* de los terrenos de transición; la *gres abigarrada* y el *oolita* de los secundarios inferiores; la *creta* de los secundarios superiores, la *caliza grosera* de los terciarios; terrenos diluviales, y terrenos modernos ó post-diluviales. Mas de seiscientos ejemplares de productos naturales de la provincia que hemos tenido ocasion de examinar prueban nuestro aserto, al propio tiempo que manifiestan cuán grande es su riqueza en mineralogía. Los autores antiguos nos hablan ya de las minas de oro y plata que existían en varios puntos, especialmente en Empurias y en los Pirineos. Plinio hace mención de las que había en Llivia, de las cuales se extraían zinc y cobre de sobresaliente calidad.

En el Gabinete de Historia natural del Instituto de Gerona hay una rica colección de minerales de la provincia, entre los que, como más notables, citaremos los siguientes: *caliza vumultica*; *idem compacta*; *idem con fósiles* (*cardium solent*, *terebratula*) y otros; *caliza moderna ó incrustante* (de Bañolas); *id. id. con fósiles*; *id. hidráulica*, ó *cimiento romano*; *mármol*; *idem cristalizado*; *id. laminar*; *id. compacto con cristales de cuarzo*; *espatofluor*; *baritina*; *sal gemma salitre*; *cuarzo* (varios ejemplares); *crystal de roca*; *ágatas*; *ealcedonia*; *amianto y asbesto*; *taleo*; *mica plateada, dorada y negra*; *feldespatos*; *koolin* (blanco excelente); *obsidiana* (de Olot); *pedra pomez*; *arcilla* (de Gerona); *arcilla con fósiles* (de Gerona); *galena argentífera*; *id. laminosa* (de Anglés); *id. granosa*; *cromato de plomo*; *albayalde*, *pírita de cobre* (Culera); *malaquita*; *azurita*; *ácido de hierro*; *pírita de hierro*; *azufre*; *grafito* (Madremanya); *carbon de piedra* (de Ogassa, San Juan de las Abadesas, Camprodon y otros puntos); *turba* (San Hilario Sacalm) *petróleo* (Camprodon); *granito* (muchas variedades); *gneiss y micasquisto*; *margas*; *pizarras basaltos* (sonoros, de Olot y Castellfollit); *basaltos con olivino*; *lavas* (de muchas estructuras y colores) y otras rocas volcánicas.

En geología, lo más notable, que puede presentarse son los siguientes ejemplares: *hipulites*; *spatangus*; *belemnites*; *terebratulas*; *cyclolites* y otras.

En zoología, después de las varias especies de ganadería con que cuenta, como la caballar, asnal é híbrida, la vacuna, la lanar, la de cerda y el cabrío, presenta una gran riqueza en caza de toda especie encontrándose en lo más fragoso del Pirineo, osos, cabras monteses y jabalíes, y en los montes, lobos, zorras y tejones. Entre lo más notable para el estudio de la ciencia zoológica, se encuentran también en ella halcones, topos, estorninos, varias especies de culebras indígenas, lagartos, salamandras y salamaque-

sas; gran número de especies de moluscos; infinidad de insectos; varios crustáceos, erizos, estrellas de mar y políperos. En el espesado Instituto se conserva una culebra (*coluber bivittata*) de doce palmos de largo, muerta en el país.

Es muy notable asimismo esta provincia por su riqueza agrícola. Se cultivan en ella multitud de cereales, como trigo, maíz, centeno, cebada, mijo, alpiste y otros; legumbres, como habas, judías, garbanzos, guisantes, altramuces, etc., y sabrosas hortalizas. Cosecha además abundancia de cáñamo y lino. En cuanto á la parte forestal, puede decirse que es digna de llamar la atención de los hombres científicos. Aparte del sinnúmero de frutales, como la vid, el manzano, el peral, el olivo, el granado, el melocotonero y otras familias de las amígdalas, hay el avellano, el pino, el nogal, el roble, la encina, el alcornoque, el álamo; el fresno, el plátano y otros árboles que ofrecen ricas maderas de construcción. El corcho, que es una de las principales fuentes de riqueza para el país, es casi producto exclusivo del mismo en la Península. El que se encuentra en algunos puntos de Andalucía es de muy inferior calidad.

En el mencionado Gabinete de Historia natural del Instituto existe además un herbario que contiene seiscientas plantas de la provincia, correspondientes á cincuenta y dos familias, viniendo á probar también su riqueza botánica.

III.

DIVERSAS divisiones políticas tuvo España durante las sucesivas dominaciones que en ella ejercieron su poder. En tiempos ya muy modernos: ó sea en 1789, se formaron varios corregimientos, y Gerona y Puigcerdá eran cabeza de dos de ellos, además de Mataró y Vich, que entonces venían casi á formar el territorio de la actual provincia.

En 1809, bajo la dominación francesa, dividida la España en treinta y ocho departamentos, el del Ter abrazaba toda la extensión de la actual provincia, con más el territorio del partido de Vich y una pequeña parte del de Berga, que hoy pertenecen á Barcelona. Otra división experimentó en 1822, en virtud de un decreto de las Cortes y por último, practicóse otra en 1833, por la cual el antiguo Principado de Cataluña quedó partido en las cuatro provincias actuales, con los límites hoy existentes.

La de Gerona es de tercera clase, y judicialmente está dividida en seis partidos, los cuales se componen de los distritos municipales siguientes:

PARTIDO DE FIGUERAS.

Agullana.
Albañá, que comprende además los lugares de Carbonils y Los Horts.
Alfar, que comprende el caserío de las Olivas.
Aviñonet.
La Bajol.
Borrassá, que comprende la aldea de Crexell.

Buadella, con el lugar de Las Escaulas.
Cabanas.
Cabanellas, que comprende los lugares de Caixas, Espinavesa, La Estela, San Martín, Sasserras y Vilademiras.
Cadaques, hermosa villa de la costa.
Capmany, con la aldea de Buscarós.
Cantallops.
Castellon de Ampurias, que comprende el caserío de Cortals. Algunos pretenden que antiguamente esta villa era un arrabal de la célebre Empurias.
Cistella, con la aldea de Vilaritg.
Ciurana, con la aldea de Baseya.
Crespíá, con el lugar de Llevanera.
Darnius, con la aldea de Montroig.
Dosques.
Espolla, con la aldea del Vilar y el caserío de Baustijas.
Figueras, con el caserío de San Pablo de la Calzada. Según Strabon, se hallaba *Ficariis* (Figueras) sobre el camino que iba desde Narbona á Gerona, pasando ántes por el *Campo Juncario* (La junquera). En esta villa es muy notable el castillo de San Fernando, que es una de las mejores plazas fuertes de España, construido durante el Reinado de Fernando VI, y la cual puede contener unos diez y siete mil hombres de guarnición.
Fortiá, con la aldea de Fortianell, en la cual llama la atención del viajero la *Granja modelo*, primera de España.
Garrigas, con el lugar de Arenys de Ampurdá y los caseríos de Armadás, Tuñá y Vilajoan.
Garriguella, con el caserío de Novas. Es notable este lugar por sus excelentes vinos. Parece que los romanos la conocieron con el nombre de *Gerisena*.
La Junquera, con los caseríos de Canadal, Montaña de Recasens, San Julian y Tors. Hemos indicado ya que esta villa está situada sobre el camino romano de Narbona á Gerona. Hoy día se encuentra en ella la primera aduana española, viniendo de Francia por Perpiñan.
Lladó, con el caserío de Pujol.
Llansá, con los caseríos del Arrabal y del Puerto. Esta villa es notable también por la excelente calidad de sus vinos. En el día, á causa de haber destruido el *oidium* la mayor parte de sus viñedos, está muy despoblada, habiendo emigrado gran parte de sus antiguos moradores.
Llers.
Masanet de Cabrenys, con los caseríos de Fontfreda, Tapis y Oliveda, y la parroquia de San Pedro dels Vilors.
Massarach, con el lugar de Vilarnadal.
Mollet cerca de Perelada, con el caserío de Las Costas de Perelada.
Navata, con el lugar de Cañellas.
Ordís.
Palau, con el caserío de Santa Eulalia.
Palau Sabardera.
Pau, con el caserío de Vilant.
Perelada. Esta villa es antiquísima, y su situación es muy á propósito para la defensa del inmenso

territorio que domina. En ella tenían su morada los célebres conde de Perelada, vizconde de Rocaberti, señores del lugar. Actualmente se conserva todavía, aunque bastante ruinoso, el palacio en que vivieron. Los condes de Perelada disfrutaron del derecho de batir moneda.

Pont de Molins.
Pontos, con el lugar de Romaná de Besalú.
Puerta de la Selva, con el lugar de La Vall de la Creu.
Rabós, con los lugares del Delfiá y San Quirico de Culera.

Rimors.
Rosas. Esta villa es la antigua *Rhodope Rhoda*, fundada por los rhodios, pueblos de la Grecia asiática, y á la cual dieron el nombre de *Rhoda* por haber trasportado á ella sus lares. Algunos autores fijan con toda seguridad la fundación de esta villa el año 910 ántes de la Era vulgar. Tiene tan excelente puerto, que pueden atracar en él los mayores navíos, ofreciendo seguro abrigo á las embarcaciones que se guarecen en él. Conociendo sus ventajas los romanos, dieron mucha importancia á la población, como lo hicieron posteriormente, ó sea en el año 713 de Jesucristo los árabes, ocupándola Muza, Emir del Magrer.

San Clemente Sasebas, con el caserío de Vilatorli.
San Lorenzo de la Muga.
San Miguel de Culera, con los lugares de Malinas, Portbou y San Silvestre.

San Miguel de Fluviá. Este lugar está situado sobre la antigua vía romana, que desde Narbona, por Leucata (*Ad Vigésimum*), Ribes Altes (*Combusto*), *Ruscinnone*, Ceret (*Ad Centuriones*) *Summo Pyrenæo* y la Junquera (*Juncaria*, *vel campo Juncario*) se dirigía á Gerona. Es indudable que después de la Junquera, el camino seguía por los campos llamados Siuraba, junto á Figueras, y de aquí, pasando el río Fluviá (*Clodianum*), cerca del antiguo monasterio de San Miguel, que dá nombre al lugar, iba hácia *Gerunda*, por el Congost (*Flumen angostum*). Hace algunos años que todavía se conservaban restos del puente romano, colocado en aquel punto sobre el Fluviá y no lejos de dicho monasterio.

San Pedro Pescador.
Santa Leocadia de Algama.
Selva de mar.
Tarabaus. Este distrito municipal es notable por la inmensidad de sus montes, poblados de ricas maderas de construcción.

Terradas, con la aldea de Palau Surroca.
Torroella de Fluviá, con los lugares de Santo Tomás de Fluviá y de Vilacolum.
Vilabertran.
Vilajuiga.
Vilamacolum.
Vilamalla.
Vilamaniscla.
Vilant.
Vilanova de la Muga, con los lugares de Padret y San Juan Sasclous, y los caseríos de Marsá, Garriga, Puig y Vallgornera.

Vilasaca.

Vilatenim, con el caserío de Palol.

Viure.

PARTIDO JUDICIAL DE GERONA.

Aiguaviva.

Albons. Antiguos cronistas pretenden que se llama así de Alba (Ampurias), por estar cercana á esta poblacion.

Armentera.

Bañotas, con el arrabal de Mata. Esta villa se halla situada en un llano despejado, muy ameno y feráz, siendo notable entre sus producciones la del cáñamo, que dió lugar al establecimiento de varias fábricas de tejidos de telas de hilo, para las cuales, no bastando la cosecha doméstica, se importa de otros puntos. Varios autores aseguran ser esta poblacion la antigua *Becula*, la cual fué muy populosa en tiempo de los romanos. Ludovico Pio, á fines del siglo VIII parece que le cambió el nombre, dándole el de *Balneotas*, á causa de los baños de aguas termales sulfurosas muy célebres desde la época remota, segun se desprende de un diploma otorgado por aquel Emperador, y que continúa Baluzio, en el Apéndice de los *Capitulares*, número XLI. El valle ó llanura en que estaba situada la poblacion, se llamaba, de antiquísimos tiempos, *Sterriæ*, puesto que el monasterio de San Estéban se decia fundado *in valle Sterriæ, in caput Sterriæ, secus fluvium Sterriæ*. Cuando la creacion de aquella iglesia, el territorio de este valle era yermo y sin cultivo, y pertenecía al condado de Besalú, cuyo conde Odilon, fué el que otorgó permiso al monje Bunito para fundar el monasterio, cuyo abad fué posteriormente señor jurisdiccional de la villa y de otras del contorno.

Báscara, con los lugares de Calabuig y Orriols. El señor Cortes y Lopez opina que esta villa es la antigua *Deciana* que figura en las tablas de Ptolomeo, y en el pequeño fragmento que nos ha quedado de la tabla *Pentíngiana*. En la Edad media, la posesion y señorío de esta villa dió lugar á grandes contiendas, entre el obispo de Gerona y el conde de Empurias.

Belcaire.

Bescanó, con los lugares de Estañol, Montfullá y Villanan, y los caseríos de Pujals y Trullas.

Bordils.

Campllonch.

Canet de Adri, con los lugares de Viert y Adri, las aldeas de Montbó y Montcalp, y el caserío de Rocacorva.

Cassá de la Selva. Por privilegio de 10 de junio de 1354, concedido por el rey D. Pedro de Aragon á Gerona y á aquella villa, se consideró á los moradores de la misma como á ciudadanos de aquella, pudiendo gozar de sus privilegios y prerogativas, aunque con ciertas limitaciones.

Celrá, con el lugar de Campdurá. Celrá es poblacion muy antigua, puesto que cuenta dos de sus hijos mártires de la persecucion de Diocleciano, en el siglo IV de la Iglesia cristiana: San Sixto y San Eobaldo.

Cerviá, con la aldea de Roset. Se cree que Cerviá es la antigua *Cinniana* de los romanos, una de las mansiones del camino militar que iba desde los Pirineos

hasta Cazlona. Cean-Bermudez cree que se llamaba *Cinniana*, del rio *Cigniana*, que pasa junto á ella.

Colomes.

Cornellá, con los lugares de Borgoñá, Cors, Pujals dels Caballers, Pujals dels Pajesos y Sors.

La Escala, con el lugar de Ampurias y los caseríos de Cinclaus, Las Corts y El Rech. No podemos proseguir nuestra tarea, sin levantar el velo del misterio con que los siglos han envuelto la destruccion de *Emporion*, de esa ciudad que tanto figuró en las épocas griega y romana, y de la cual no nos quedan más que un miserable despojo que lleva su nombre, y una inmensa sábana de arena, bajo la cual se ocultan indudablemente grandes riquezas artísticas, restos de monumentos y edificios que desaparecieron en época remota. Las excavaciones practicadas hasta el presente, á costa de entusiastas particulares, y las cuales han dado el hallazgo de preciosos escombros y magníficos mármoles, dán á comprender que en Cataluña tenemos otra Pompeya ó Herculano enterrada bajo montes de arena, que en ella arrojára la furia de los huracanes. En un principio la capital de los indigetes se llamó *Alba*, debiendo su origen á una colonia de fenicios que aportaron á aquellas playas. La tradicion la supone fundada por Ascanio, hijo del bravo troyano Eneas. Más tarde se unieron con los antiguos pobladores y con los indígenas, gentes de Marsella, que habia sido tambien fundada por los fenicios, con lo que, á pesar de no vivir juntos, sino separados por medio de una altísima y fuerte muralla que dividia como en dos la poblacion, ésta se extendió de tal suerte, que presto fué un punto de gran importancia á causa de sus ferias y mercados, á los cuales concurrían los habitantes de las demás provincias españolas. En breve, con la abundancia de oro y de plata que se encontró junto á ella y con su gran comercio de mercaderías, fué creciendo en prosperidad y fama, y la ciudad de *Alba* perdió su primitivo nombre, recibiendo el de *Emporion*, es decir, lugar de ferias y mercados, que luego se convirtió en *Emporion, Empurias* y al fin *Ampurias* (1). La villa de

(1) Los historiadores refieren el hecho de la llegada de los focenses á la provincia de los indigetes, de la manera siguiente: La flota que habia salido de Marsella, compuesta de navios de todas clases y llenos todos ellos de varones, y de mujeres, y de niños en gran número, se presentó ante Roses y Alba; pero al ver la alteracion que su llegada producía en estos habitantes, no se atrevieron á desembarcar hasta el día siguiente, en que se adelantaron dos barcas desarmadas y en ellas varios ancianos con ramos de olivo en las manos, en señal de que sólo les guiaban intenciones pacíficas. Puestos aquellos en tierra, explicaron á los naturales que les harian gran bien si les diesen manutenciones, en cambio de las cosas que traían en sus navios, ó bien por dinero. Para aplacar los recelos que algunos manifestaron, dieron á entender que su objeto era formar una colonia, puesto que habian huido de Marsella, por estar esta ciudad demasiado poblada. Accedieron á su solicitud los indigetes, y los recién venidos se establecieron en este país, en el punto ó isla que hoy llamamos Las Medas. Pronto adquirieron las simpatías de sus naturales, pues al cabo de seis años, los mismos vecinos de Alba les suplicaron que fuesen á vivir en ella. Dividióse la ciudad en dos partes, adquiriendo los focenses la que daba al mar en una extension de 400 pasos de circuito, y los naturales la parte de tierra, circuyéndola de un muro de 1,000 pasos de perímetro

La Escala, hoy cabeza del distrito municipal de su nombre, habia sido una poblacion bastante pobre, hasta hace pocos años. Actualmente muchos de sus habitantes se dedican á la pesca del coral, sacando gran provecho de ella.

Esponellá, con los lugares de Santeny y Vilert, las aldeas de Angladas, Las Casellas y Martís, y el caserío de Batllori. Segun la *Marca Hispánica*, *Sponellano* estaba situado en la vía romana, en la cual habia un puente sobre el Fluviá; pero esto no es probable, en vista de la aspereza de sus montes y el no haberse encontrado en este lugar, rastro alguno que lo indique.

Flassá, con el caserío de La Bolla.

Fontcuberta, con los lugares de Espasens y Vilavenut, y los caseríos de Figarolas y Safarrés.

Fornells de la Selva.

Garrigolas, con el caserío de Las Planas.

GERONA, con los arrabales del Cármen, Pedret, Puente Mayor y Rutila, y el caserío del Llano. La tradicion dá á la inmortal ciudad, á esa Numacia catalana, un origen sumamente fabuloso. Dicen, pues, añejas crónicas, que 371 años despues de la poblacion de España, ó sea 1793 antes de Cristo y al terminar con *Beto* la primera línea de sus Reyes, hubo en ella grandes disturbios por falta de sucesor directo, y que en la contienda de los que ambicionaban apoderarse del reino, terció un valeroso guerrero africano, ó de Libia, que aportando al ante-Pirineo, fundó á Colibre, posesionándose de toda aquella comarca. Este guerrero se llamaba *Deabos*; pero los naturales del país en su lengua, que era el caldeo, como la de todos los iberos, le nombraron *Gera* ó *Gersa*; despues corruptamente fué dicho *Gerson*, y más adelante *Gerion*, que queria decir *forastero, advenedizo*. Este personaje llegó á ser despues tan rico, que los historiadores griegos le denominaban *Criseo*, hecho de oro, afirmando que él fué el primero que en esos países descubrió mineros de metales preciosos. La tradicion añade que *Deabos* levantó en la confluencia de los rios Ter y Oñar, en la cresta de uno de los más elevados montes, una fortaleza y varias chozas á su alrededor, formando como una poblacion que, del nombre de su fundador, se llamó *Geriona* y despues *Gerona*. Al morir *Gerion* dejó tres hijos, hermanos gemelos que, por la identidad de carácter y conformidad de génio en la direccion de los negocios, se llamaron *Lomnimios* y de ellos *Lomnimia* la ciudad de Gerona, la cual fué extendiéndose cuesta abajo del monte en que *Gerion* levantó su fortaleza y hácia el rio Oñar, con muchas casas cercadas de un muro de planta triangular.

Tan antigua como peregrina tradicion no puede verdaderamente ser fundado bajo ningun concepto, puesto que no nos queda vestigio alguno de aquella época remota, ni siquiera el nombre de la ciudad, cuya etimología es sumamente dudosa. Los padres Maurinos, historiadores del Langüedoc, atribuyen el nombre de *Gerona* á la union de dos palabras celtíberas, *Ger-ond*, cerca confluente, junto al rio, por estar fundada cerca del Oñar y del Ter. Otros van á buscar su origen en la voz *Gerén* ó *Geron*, palabra de-

mostrativa de los países en que se crían abundantes cereales. La version de los padres Maurinos es, para nosotros, la más probable, admitiendo, como se admite, el hecho de la venida de los galo-celtas ó bracos de allende el Pirineo, sobre el año 930 ántes de la Era vulgar, y el de su establecimiento y consolidacion por toda aquella comarca, inmediata á la Galia. Nadie duda que aquellas gentes, dadas á la agricultura, tenían la costumbre de rajar sus viviendas en parajes donde hubiese agua, pastos y tierra de labor, como efectivamente debia haberlos en la demarcacion de Gerona, ante la cual se extiende una hermosa llanura; y que de alguna de las circunstancias locales del punto en que se establecian, sacaban siempre el nombre que daban á sus moradaa. Más tarde, los romanos llamaron *Gerunda* á la ciudad que andando los siglos habia de dar tanta gloria á España (1).

A pesar de que en los tiempos antiguos no vemos muy nombrada á Gerona, hubo de ser punto muy importante, no pudiendo ménos de participar de la influencia y del esplendor de sus indigetes ó emporitanos. La importancia de esa ciudad viene á comprobarla la historia con la multitud de acontecimientos de que en todas épocas ha sido teatro. Los historiadores antiguos y modernos la colocan siempre en el mejor lugar. Plinio la pone entre las ciudades *celebérrimas* y en el número de las que disfrutaban del *derecho latino*. Antonino la designó como mansion ó punto de descanso en la gran vía militar que, partiendo de Narbona, iba á parar á la *Séptima legion gemina* (Ad Legionem VII Geminam), establecida en el pueblo llamado Leon. Un autor, aunque más moderno, la llama *rica y fuerte*, y varios Reyes la han honrado desde antiquísimos tiempos, con distinciones y muchos privilegios.

Jafre.

Juyá.

Llagostera. Parece que esta villa es la *Augusta* de los romanos. Antes formaba parte del partido de *La Bisbal*, de que quedó separada en 1864.

Llambillas.

Madremaña, con la parroquia de Millás.

Mediñá.

Palau Sacosta.

Palol de Rebardit, con los lugares de La Mota y Riudellots de la Creu.

Porqueras, con los lugares de Mata, Pujarnol y Usay, y los caseríos de Alcales, Fumiga y Marlans.

Quart, con los lugares de Castellar de La Selva, Palol de Oñar y San Mateo de Montnegre y el caserío de La Croueta.

Salt.

San Andrés del Terri, con las parroquias de Santa Leocadia del Terri y San Andrés de Rabós.

(1) Avieno, escritor del siglo V, la llama ya *Geriona*, como puede verse por el siguiente fragmento:

«.....namque ex ea

Geryona quondam nuncupatum accepimus.»

(RUFFI JUSTI AVIENI: *Ora maritima*: lib. I.)

San Daniel, con los lugares de Montjuich y Vilarroja.

San Gregorio, con los lugares de Cartellá, Constantins, Domeny, Ginestar, San Medir, San Pons de Fontajau y Tayalá.

San Jordi Desvalls, con la aldea de Subiránegas y el caserío de San Mateo.

San Juan de Mollet.

San Julian de Rámis.

San Martín de Llémána, con los lugares de Granollers de Rocacorva y Llorá, y el caserío de Las Serras.

San Martivell.

San Mori.

Santa Eugenia.

San Vicente de Camós, con la parroquia de Santa María de Camós y el caserío de Padres.

Sarriá, con la parroquia de Sarriá de Dalt.

Sans, con los lugares de Llampayas y Camallera.

Serriñá ó Serinyá, con los caseríos de Casals, Celler de Mont y Valldebaix, y los arrabales de Burriol y Maxella y Buscros.

Ventalló, con los lugares de Montiró, Saldet, Valveralla y Vilarrobau, y la aldea de Pelacals.

Verges. Esta villa es la antigua ciudad que los autores romanos llaman *Vergio*.

Vilablareix, con el caserío de Perelló.

Viladesens, con el lugar de Fallinas y los caseríos de Manso Nicolau; Mata y La Mora.

Vilademunt, con los caseríos de *La Garriga* y Palau Borrell.

Vilademuls, con los lugares de Gallines, Ollers, Orfans, Parets de Ampurdá, Terradellas, Vilademi, Vilafraser y Vilamarí; las parroquias de San Estéban de Guialbes y San Marsal de Vilademuls, y el caserío de Alvilár.

Vilahr.

Vilopriu, con el lugar de Gansas, y los caseríos de Pins y Valldeviá.

PARTIDO JUDICIAL DE LA BISBAL.

Bagur, con el lugar de Esclañá.

Calonge, con los arrabales de San Antonio y San Daniel.

Casavells, con el lugar de Matajudaica.

Castell de Ampurdá.

Castillo de Aro, con los lugares de Bell-Cloch, Fanals, Romañá de la Selva, Santa Cristina de Aro y Salins. La mayor parte de estas poblaciones están situadas en el valle de Aro, conocido por los romanos con el nombre de *Thearo*, y llamado posteriormente, por su feracidad y hermosura, valle de Oro.

Corsá, con los lugares de Cassá de Pelrás y Planels, y el arrabal de Añells.

Cruilles, con los lugares de San Cipriá de Lladó, San Cipriá dels Alls y Santa Pelaya, y la aldea de San Juan de Salellas.

Foixá, con los lugares de Las Arenas y la Sala.

Fontanillas, con el lugar de Llaví.

Fonteta, con el lugar de Fitor.

Gualta.

LA BISBAL, con el lugar de San Pol. Esta villa ha adquirido toda su importancia en los tiempos modernos. A mediados del siglo XIV era conocida con el nombre de Castillo de La Bisbal, y pertenecía al señorío del obispo de Gerona. Sólo pagaba el impuesto de setenta y nueve sueldos, mientras Torroella de Montgrí, su rival en nuestros tiempos, satisfacía en aquella época ciento setenta y ocho sueldos.

Monells.

Palafrugell, con los lugares de Llofrin y Montras. Esta villa era conocida por los romanos con el nombre de *Celebandicum Promontorium*, según deducen varios autores, del *Oræ maritimæ Avieni*. A nosotros, que conocemos algo la topografía del país, séanos permitido hacer algunas observaciones. En nuestro concepto, el *Promontorium* que cita Avieno, se refiere al elevado monte ó cabo de San Sebastian, cuyas plantas baña el mar, y en cuya cima se construyó, en 1857, un hermoso faro de primera clase. Avieno refiere, que allí, ó sea á la orilla del mar, junto á la misma montaña, existió una ciudad muy famosa llamada *Cypselá*, que quiere decir *La inclinada*, de la cual, en su tiempo (siglo V), ni rastro asomaba (1). No hace muchos años que en aquel punto, un labrador, cultivando sus tierras, encontró un pavimento cubierto con un mosaico caprichoso, formado por piedrecitas blancas y negras, y varios dibujos con piedrecitas rojas. En vista de ello, se hicieron algunas excavaciones en el campo y en sus inmediaciones, y se hallaron cimientos de edificio, monedas romanas y algunas cornalinas, ágatas y otras piedras perfectamente grabadas. ¿Serían estas preciosidades restos de la antigua *Cypselá*? Con el apoyo de Avieno, casi puede uno inclinarse por la afirmativa. *Palafrugell* está á una media hora lejos de la montaña de San Sebastian, que es el verdadero *promontorium* que cita el expresado escritor. ¿Llevaría acaso esa villa el nombre de *Celebandica* en otros tiempos, y designaría con tal nombre al cabo inmediato, llamándole *Promontorium celebandicum*? Algunos autores pretenden que el actual nombre de *Palafrugell* deriva de *Palacio de frutos*, como se la llamaba en la Edad media, á causa de que su señor, el prior de Santa Ana de Barcelona, reunía en aquella villa todos los frutos y diezmos de la comarca. También se la conoce con el nombre de *Castillo de San Martín de Palafrugell*.

Palamós. Esta villa es la antigua *Palamotium*. Ptolomeo hace mención de su promontorio, con el nombre de *Lunarium*.

Palau Sator, con los lugares de Fontelara, San Felíu de Boada y San Julian de Boada, y la aldea de Pantaleu.

Pals, con los arrabales de Samaria y San Fructuoso.

Parlabá, con el lugar de Fonolleras.

(1) «...Tum jugum Celebandicum
In usque salsam dorsa prorigit Thetym
Hic adstittisse Civitatem Cypselam,
Jam fama tantum est: nulla nam vestigia
Prioris urbis asperum servat solum.»
(RUFFI JUSTI AVIENI: *Oræ maritimæ*: lib. I.)

GERONA.

Claustro de S.^a Pedro de Galligans.

Baños Arabes.



El fluviá de Castellfaldí.



Castellon de Ampurias.

S.^a Pedro de Roda.

Interior de la Catedral.

Pedratallada, con los lugares de San Clemente de Peralta y Santa Susana de Peralta, y la aldea de Canapost.

La Pera, con el lugar de Púbul, y los arrabales de Pedriñá y Riuras.

Regencós.

Rupiá.

San Felu de Guixols. Esta hermosa villa de la costa es la que los romanos designaban con los nombres de *Jasalís* y *Gesoria*. Su fundacion es muy antigua, pues se asegura que existia ya 900 años ántes de la venida de Jesucristo, y si bien se tendrá por apócrifa semejante asercion, puede sostenerse, atendiendo á su posicion topográfica. Plinio, enumerando las ciudades municipales de la colonia romana, creada en esta parte de la Península, cerca de siglo y medio ántes de la Era vulgar, cuenta entre las menores á *Gesoria*; y luego, hablando de sus moradores, los nombra en seguida de los de Gerona: *gerundenses*, *gesorienses*, *tharice julienses*, etc. La *Gesoria* fué despues llamada *Jexalis*, y segun Pedro Marca, llamóse últimamente *Guixols*. Así se llamaba ya á principios del siglo IV de la Era cristiana, pues Liberato, hablando del martirio de San Félix, el apóstol de Gerona, dice que éste fué echado al mar *in portu alabrino guixolensi*, de que ha venido esta villa á ser llamada San Felu de Guixols.

Por concesion de D. Pedro IV de Aragon, hecha en 1.º de Junio de 1354, confirmada por Felipe III en Junio de 1599, gozaba esta villa de los fueros y privilegios de la ciudad de Gerona, en atencion á sus méritos é importancia de su puerto, y era llamada por lo mismo *puerto y calle de Gerona*, siendo la primera villa que daba el voto en las Juntas corregimentarias, cuando se ofrecian. Varios otros privilegios y prerogativas han ennoblecido á San Felu de Guixols, á la cual tenia en tan grande estimacion Felipe IV, que pidiéndole el marqués de Mortara, en remuneracion de sus servicios, el señorío de esta villa, le respondió el monarca que «un diamante como la villa de San Felu de Guixols no se lo desprendia de su corona.»

San Juan de Palamós.

San Sadurní.

Serra, con el lugar de San Iscle de Ampurdá, y la aldea de Cuñá.

La Tallada, con los lugares de Canet de Vèrges, Mareñá y Tor.

Torrent, con la aldea de Torrentí.

Torroella de Montgrí, con los arrabales de Estarit y Sobrestany. Esta villa es una de las más antiguas poblaciones de la costa, y de las que más importancia adquirieron en los siglos medios. Los antiguos geógrafos le daban el nombre de *Turricela*.

Ultramort.

Ullá.

Ullastret.

Vall-Llobrega.

Vulpellach.

PARTIDO JUDICIAL DE OLOT.

Argelaguer.

Basagoda, con los lugares de Cursonell, Llorena, Piucaró, Ribellas y Sans.

GERONA.

Batet.

Begudá, con la parroquia de San Juan Sasfontes.

Besalú. Esta villa, conocida por los romanos con el nombre de *Besidunum* y *Beseldunum*, adquirió gran importancia en la Edad media, siendo muy renombrados sus condes. Al Norte de la poblacion hay un promontorio que la domina, en cuya cima existia tiempos atrás una iglesia antiquísima, que por espacio de muchos años fué colegiata. En la actualidad sirve de fuerte para defensa de la villa.

Parroquia de Besalú, con los lugares de Almor, Ansiná, Faras, Junyá, La Miana y Torn.

Benda, con los lugares de Lligordá, Palera y Sagaró.

Capsech, con los lugares de Castellar de la Montaña y Valldelbach; las parroquias de San Andrés de Socarrats, San Martín del Clot y San Pedro de Espuig, y el caserío de Clocalou.

Castellfolit.

Juanetas, con el caserío de Falgas de Bas.

Mayá.

Mieras, con el caserío de Trexa.

Montagut, con el lugar de Torallas.

Oix, con los lugares de Monas y Riú: la parroquia de San Miguel de Pera y los caseríos de Santa Bárbara y Talaixá.

OLOT, con la parroquia de San Cristóbal las Fonts y el caserío de San Andrés del Coll. Pedro Marca pretende probar la antigüedad de la villa de Olot, por un acueducto que destruyó un terremoto en 1427 (1), y restos de un puente romano que dice existian en la crilla del rio Fluviá (*Clodianum*). Otros autores manifiestan que este escritor se equivocó, puesto que los referidos restos pertenecian á la *Basi*, mencionada en las tablas de Ptolomeo. Segun este antiguo geógrafo, Olot era municipio en tiempo de los romanos, y en su territorio contenia á *Besuldunum*, *Bassi*, *Egosam* et *Besedam*, que son Besalú, Plana del Bas, Camprodon y San Juan de las Abadesas. Segun Pujades, la fundacion de esta villa se debe á un rey antiquísimo llamado Ulo, cuyo nombre tomó la poblacion. Algun otro historiador la atribuye á Tubal. Lo único seguro que puede decirse de Olot, es que se halla mencionado en escrituras muy antiguas. En el siglo XI aparece sujeta á la jurisdiccion del monasterio de Ripoll, segun donacion hecha al mismo en 1097, por el conde de Besalú. En siglos más modernos, ad-

(1) Una obra manuscrita de Juan Buada, párroco de San Acisclo en 1423, dice: «Item en l'any MCCCCXXVII comenza lo gran terratremol en aquesta terra, car totes les sgleyes e edifices enderroca. E comensá en la vila e parroquia de Amer: e tira la vila de Hostoles, e de Bas, e de Olot, Castellfolit, e Camprodon. E ladons se abriren moltes boces en la parroquia de Loret, qui es sobre lo pont de Angles ó de Amer.»

«Item en lo jorn de Santa María Canalera del any MCCCCXXVIII en hora del sol axit feu ten secudides de terratremol en aquesta montanya (al pié del Monseny, ó sea en San Salvador de Breda); car ladons senderroca le vile de Olot e de Castellfolit, he y mori molte gent; e la vila de Camprodon en la cual semes foch...»—*Viaje literario á las Iglesias de España*, tomo XIV.

quirió tanta importancia por su aumento y su fabricación, que llegó á superar en poblacion á la ciudad de Gerona, siendo patria de muy esclarecidos varones.

Palau de Montagut, con el caserío de San Jaime.

La Piña, con el caserío de Los Valps.

Ridaura.

Salas, con los caseríos de Entreperas, Guitarríu y Sadernas.

San Aniol de Finestres, con el lugar de Barroca y las parroquias de San Estéban de Llémana y Santa María de Finestres.

San Cristóbal de Baget, con los lugares de Bes-tracá Rocabrúna y Salarsá.

San Estéban de Bas, con el caserío de Hostalets.

San Feliu de Pallarols, con los lugares de Ansias, Cugolls y Las Planas, y las parroquias de San Iscle de Pineda y San Miguel de Pineda.

San Miguel de Campmajor, con los lugares de Brios, Falgons y Ventajol, y la parroquia de San Martín de Campmajor.

San Pedro las Presas.

San Privat de Bas, con la villa de Mayoll y la parroquia de Puigpardinas.

San Salvador de Vianya.

Santa Pau, con el lugar de Cellent y la parroquia de San Miguel de Sacort.

Torellá, con la aldea de San Miguel de Monteys.

PARTIDO JUDICIAL DE RIVAS.

Alp.

Bolvir, con la aldea de Tallorta.

Caixans, con el lugar de las Pareras.

Campellas, con el caserío de 'Ls Baells.

Camprodon. En el mismo sitio donde hoy se levanta esta población, tan amena en el verano por su templado clima y la belleza de su agreste paisaje, se hallaba la antigua *Egosam Ptolomey*.

Caralps, con la aldea de Fustañá.

Das, con el lugar de Sanabastre y la aldea de Torterá.

Freixanet, con los lugares de Bolas, Cabalbra y Creixenturri.

Ger, con el lugar de Sagá y los caseríos de Greixa, Monmalú y Niula.

Gombreny, con el lugar de Puigbó y la aldea de Arañonet.

Guills, con el lugar de Saneja y la aldea de San Martín de Arabó.

Isobol, con el lugar de Olopte y los caseríos de All y Casas de All.

Llanas.

Llivia, con los caseríos de Gorguja y Sareja. El lugar de Llivia se conoció en la época romana con el nombre de *Julia Lybica*, ciudad muy famosa.

Llosas, con el lugar de San Martín de Viñolas, las parroquias de San Saturnino de Sovellas y Santa María de Matamala y la aldea de Vallespirans.

Maranges, con el caserío de Girult.

Molló, con los caseríos de Espinavell, Ginastosa y Jabert.

Ogassa, con las parroquias de San Julian de Saltor, Santa María de Vidabona y San Martín Surroca.

Palmerola.

Pardinas. En el sitio en que se levanta este lugar debió existir alguna población en tiempo de los romanos, puesto que en él se encontró una lápida sepulcral, cuya inscripción trae *Gruterus*, pág. 722.

Planolas, con el caserío de *Las Casetas*.

Puigcerdá, con los lugares de Rigolisa y Ventajola. La antigua villa de Puigcerdá es la célebre *Podium Ceretanum*, según algunos autores. El Sr. Cortés dice que esta villa es la *Civitas cerretana Augusta* de los romanos. Habiendo sido posteriormente destruida, la reedificó Alfonso I, tomando el nombre de *Puigcerdá*, de la topografía del país, esto es, *Mons-Ceretania*, por hallarse en lo más alto de la loma.

Sitiada en 1837 por las tropas carlistas, mandadas por el célebre Tristany, hizo tan brillante defensa, resistiéndose con heroicidad en favor de la causa liberal, que el Gobierno y las Cortés dieron á la población el título de *heroica villa*.

Rivas. Aunque el Juzgado lleva el nombre de esta villa, el juez permanece en Puigcerdá desde su creación en 1833.

Ribera de San Juan de las Abadesas, con la parroquia de Santa Lucía de Puigmal.

Ripoll. Esta villa es muy antigua, según se desprende de varios trozos de pavimento mosaico que se encontraron en ella, y se conservaban en su antiguo monasterio, cuyo archivo era riquísimo en documentos históricos. Figuraba entre los pueblos ceretanos de la España primitiva. El Sr. Cortés la pone junto á los límites de los indigetes y ausetanos, siendo fácil que su nombre se derive de *Ripepolis*, ó pueblo de la ribera.

Parroquia de Ripoll, con la parroquia de San Vicente de Puigmal y el caserío de Llayes.

San Cristóbal Campdevanol.

San Cristóbal de Tosas, con los lugares de Dorria, Fornells de la Montaña, Navá y Planes.

San Estéban de la Riva, ó *Santa Eulalia* de Viladonja, con el lugar de Currubí y la parroquia de Estiula.

San Juan de las Abadesas, es la antigua *Besida* ó *Besedam* de Ptolomeo.

San Lorenzo Campdevanol, con la parroquia de San Pedro de Huire y el caserío de San Quintín de Puigrodon.

San Martín de Vilallonga, con las aldeas de Abella y Roca y la parroquia de Tragurá.

San Pablo de Seguríes, con el caserío de La Vall. *Setcasas*.

Urtg, con las aldeas de Astoll y Vilar, y los caseríos de Escardachs, Mosoll, Surigarola y Suriguera.

Uras.

Vallfogona.

Vidrá, con la aldea de Siuret.

Vilallobent, con el lugar de Ajá.

PARTIDO JUDICIAL DE SANTA COLOMA DE FARNÉS.

Amer, con las parroquias de San Clemente y de San Julian del Llor, y el caserío de Lloret Salvatge. Varios autores dan á la villa de Amer una antigüedad

que, si no está averiguada, es verosímil. Lo que parece del todo fabuloso es el origen del nombre que lleva, diciendo dar ocasión á él una cruel batalla entre los cristianos y árabes, que puso en gran conflicto y causó mucha amargura á los conquistadores, de donde pusieron á aquel valle el nombre de *Villis amara*. La verdad es que el arroyo que lo atraviesa se llamó *Ameria*, puesto que así lo tituló Ludovico Pio, de cuyo nombre se tomó el del valle y monasterio que en él se fundó en el siglo VII. Del año 844 se conserva un documento referente á aquella iglesia, en el cual se leen estas palabras: «*quarum altera dicitur domus Sanctæ Mariæ secus fluvium Amera*.» El primitivo monasterio estaba á tres horas de distancia de la villa, y no se llamaba de Santa María, sino de San Emeterio y San Ginés. Un terremoto que en el siglo XV experimentó aquella comarca, arruinó el edificio, no quedando actualmente vestigio alguno de él.

Angles, con la aldea de Santamans.

Arbucias, con el lugar de Juanet.

Blanes. Esta hermosa villa de la costa es la antigua *Blanda*, á la cual los romanos concedieron el derecho del Lacio. Fué municipio y estuvo adornada de estatuas, acueductos y otros edificios, y acuñó moneda.

Bruñola, con el lugar de San Dalmay y la parroquia de San Martín Sapresa.

Caldas de Malavella, con el lugar de Franciach y la parroquia de Santa Ceclina. Esa antigua villa, que los romanos designaron con el nombre de *Aque Voconæ*, era la tercera mansion del camino militar que, desde Narbona y Gerona, se dirigía á *Favencia* (Barcelona).

Hostalrich. Esta villa es notable por su fuerte castillo.

Lloret de Mar, hermosa villa de la costa, que se llamó *Loryma* por los romanos.

Massanet de la Selva, con el lugar de Martorell de la Selva.

Riudarenas, con los lugares de La Esparra y Vallcanera.

Riudellots de la Selva.

San Andrés Salou.

San Feliu de Buxalleu, con los lugares de Gaserans, Grions y Massanas.

San Hilario Sacalm, con la parroquia de Vellers.

San Martín de Caros, con la aldea de Montsolíu.

San Martín de Riells, con la aldea de Viabrea.

San Martín de Cladells.

San Pedro de Osor, con la parroquia de Santa Creu de Horta.

San Salvador de Breda.

SANTA COLOMA DE FARNÉS, con el lugar de Castañet y parroquia de San Pedro de Cercada. La villa de Santa Coloma se llamaba antiguamente *Riudearenas*. En documentos posteriores, ó sean del siglo XIII, se la encuentra designada con el nombre de *Santa Columba de Farineriis*, de donde provendrá regularmente el nombre de *Farnés* que hoy lleva.

San Vicente de Espinelves.

La Sellera.

Sils.

Susqueda, con la parroquia de San Martín Sacalm.

Tossa. Ptolomeo llama *Promontorium Lunarium* al cabo que se eleva al pie de esa antigua villa de la costa.

Vidreras, con la aldea de Caules de Vidreras.

Viladrau.

Vilovi, con el lugar de Salitja.

El número pues de poblaciones existentes en la provincia de Gerona asciende á seiscientos cuatro, comprendiendo trescientos once mil, ciento cincuenta y ocho habitantes, según el censo del año 1860.



PARTE PRIMERA.

ÉPOCA ROMANA.

LIBRO PRIMERO.

HISTORIA CIVIL ANTES DE JESUCRISTO.—PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Introduccion.—Caton.—Sertorio.—César y Pompeyo.

Por segunda vez vuelvo á ocuparme de la historia del país que me vió nacer. Aunque con no ménos escasas fuerzas, me sobran ánimo y fe para emprender mi trabajo. Dios que ve la rectitud de mis intenciones y mi amor á las cosas de la tierra que escuchó mi primer vagido, me presta aliento en la empresa para llevarla á feliz término. Personas más autorizadas debían haberla emprendido; mas la suerte quiso que recayera en mí la eleccion, y haré cuanto esté de mi parte para corresponder lo mejor que sepa á la mision que se me confia.

Debo escribir, pues, segun el título que encabeza el libro, una *Crónica* y no una *Historia*, lo cual me releva de un grave compromiso.

Para la primera, basta con ser narrador; para la segunda es indispensable ser filósofo, y elevarse á consideraciones que no pocas veces acarrear terribles persecuciones. Un autor ha dicho que la historia sólo podia escribirse en países libres. ¿Se halla en tales condiciones nuestra patria?

Sin embargo, no ha de ser tampoco la Crónica tan pálida, que se reduzca á una serie de hechos sin enlace y por orden de fechas, cual si fuera un simple

libro de Efemérides. Por el contrario, admite cierta animacion, cierto colorido, al paso que deja libre al lector para hacer los oportunos comentarios á los sucesos, aplicando su *criterium* á los hombres y á las instituciones.

El cronista, en su modesta esfera de narrador imparcial, puede decirse que no hace más que amontonar materiales, que en su dia aprovechará el verdadero historiador.

ANTES DE JESUCRISTO. 200. En la introduccion he presentado ya los primeros hechos de que fué teatro mi país, hasta que Roma, venciendo á su rival Cartago, elevó sobre las ruinas de esta nacion poderosa, el inmenso edificio de su grandeza.

Los romanos que habian pretendido y hallado alianzas entre las tribus españolas, durante las guerras púnicas, como su objeto no habia sido emancipar á sus valientes aliados, no tardaron en reducir la península ibérica al estado de provincia romana, gobernada por sus pretores. Dividida entónces en dos grandes departamentos la España, *Ulterior* y *Citerior*, puede decirse que esta division (1) no era

(1) «Los romanos no habian cruzado el Duero, ni visto el mar, ni la cordillera de los Cántabros. Desde Almeria para el Pirineo, á todo el país llamaron España *citerior*. Desde Almeria para el Atlántico, á todo, España *ulterior*.»—ORTIZ DE LA VEGA: *Anales de España*, lib. III, cap. 3.º

más que una pura fantasía, la verdadera división de la Península, consistía en España libre é independiente, y en España esclava y oprimida por extranjeros, codiciosos de las riquezas que encerraba este hermoso país. La Península, pues, y especialmente la España *Tarraconense*, fué objeto de la tiranía y del despotismo de los pretores y cónsules romanos. Así la Iberia, que de tal suerte era tratada, odiaba de muerte á sus opresores, llegando á emprender una lucha terrible contra el poder romano, verdadera lucha titánica que duró por espacio de más de dos siglos, durante los cuales, las inmensas cordilleras de montañas que cruzan el territorio de nuestra patria, fueron el único asilo de una libertad que se obstinaba siempre en renacer de sus cenizas.

194. Según Tito Livio, los primeros que se levantaron en la España tarraconense, fueron Colea y Lascinio; pero con tan infeliz suerte, que hubieron de ser vencidos. Sucedióles Budaris y Busidades, los cuales alcanzaron el triunfo, desbaratando el ejército de Tuditano, siendo luego pasados á cuchillo los principales romanos y herido el propio pretor. Con esta victoria tomaron aliento los catalanes, que habían procurado vengar con usura la muerte de sus antiguos ilustres campeones Indibil y Mandonio.

193. Continuó por algún tiempo la guerra en Cataluña, hasta que advertido el Senado romano de que era preciso tomar enérgicas providencias, lo primero que hizo fué reducir la España á una sola provincia consular, mandando para desempeñar el cargo de primer jefe á Marco Porcio Caton, llamado el Censor por su sabiduría y experiencia en los asuntos de gobernar. Partió, pues, de Génova con una flota numerosa y con treinta mil hombres, yendo á desembarcar en Ampurias, después de haberse apoderado á fuerza de armas de Rosas. Sin embargo, sólo la Ampurias griega ó fenicia admitió á Caton, pues la Ampurias de los indigetes le cerró sus puertas. Casi todos los demás pueblos de Cataluña estaban también en armas contra sus opresores, y entre ellos, los *gerundenses*, á quienes ha animado siempre el espíritu de independencia. Formalizado el cerco contra la antigua Alba, el cónsul romano hizo talar é incendiar las fértiles campiñas de los indigetes, puesto que, según expresión suya, la guerra se alimentaba con guerra (1).

Mientras duraba el sitio, se presentó al caudillo sitiador una embajada de Bilistage, rey de los ilergetes, manifestándole que por su alianza con Roma, Herda iba á sufrir la triste suerte de Sagunto, si tardaba mucho en socorrerla. Después de haberlo calculado bien, Caton prometió el socorro, y reembarcó la tercera parte de las tropas que asediaban á Ampurias, fingiendo levantar el campo. Los indigetes salieron de la ciudad en persecución de los romanos que parecían fugarse, cuando fueron acometidos por la caballería de Caton; pero no sólo la rechazaron, sino que llegaron á desbandarla. «De léjos,—dice un autor,—lidiaron bien con hondas, arcos, dardos y fálarcas inflamadas; de cerca, con las espadas. No eran ya aquellos indigetes que recibían con ramos de oliva

á Cneo Escipion, seguros de que hallarían en él un aliado contra Cartago; eran, conforme dice Ortiz de la Vega, hombres poseídos de la dignidad nacional.» Caton había vuelto á desembarcar su gente, y acercándose ya el momento en que le pareció convenia apretar á los enemigos, plantó su real á una milla de Ampurias, y en una noche caminó tanto, que puso su ejército á las espaldas de los catalanes, sobre los cuales cayó de improviso, y aunque no sin dificultades, los venció al fin, siendo tomada por asalto la ciudad. Los romanos, cebándose en la matanza, pasaron á cuchillo á los heroicos defensores de Ampurias. A cuarenta mil víctimas llegó la hecatombe que en esta lucha ofreció el cónsul de Roma á los dioses del Capitolio (1).

Ante semejante golpe de fortuna se rindieron los pueblos sublevados, y Gerona volvió á ser ciudad romana.

Algunos pueblos, sin embargo, volvieron presto á rebelarse, y queriendo al propio tiempo asegurarse Marco Caton de la posesion de Cataluña, como base para sus operaciones de conquista contra el resto de España, hizo desarmar á los naturales del país, y luego arrasó todas sus fortificaciones. Esto causó una viva desesperacion en estos habitantes, dando lugar á una incesante y encarnizada lucha, y nuestros bravos catalanes volvieron á ser siempre los mismos hombres de la *guerra de fuego*, según la gráfica expresion de Polibio. Una ciudad cuyo nombre se ignora, y otra llamada *Sagéstica*, muy rica y floreciente, que se negaron á cumplir el mandato del cónsul, fueron sitiadas y pasadas á saco y á cuchillo. La que Caton llama *Vergia* (2), y Pujades denomina castillo y sitúa en el Ampurdan, junto al Ter, sufrió la misma suerte, sufriendo sus moradores el degüello.

181. Los de la comarca ausetana, que siempre habían sido de los primeros en oponerse y en rechazar á los extranjeros, se habían levantado con tan buena suerte, que hasta llegaron á fortificarse en una ciudad que entonces llamaban Corbion, habiendo sido preciso al pretor Aulo Terencio Varron emplear máquinas é ingenios de guerra para apoderarse de ella. Los que de estos bravos catalanes quedaron con vida, fueron vendidos como esclavos.

179. Después de doscientos años, durante los cuales los españoles regaron con sangre el suelo de su patria, afligida y tiranizada por la codicia de Roma, pacificado ya todo el país, y deseando el Senado romano activar la guerra que sostenia en Grecia, juntó los dos gobiernos de Citerior y Ulterior en uno, formando una sola provincia, lo cual duró hasta que, cuatro años más tarde, terminó aquella guerra.

102. Poco más de medio siglo después, se presentaron en nuestro país los cimbrios, gente extraña que, despeñándose como un torrente de las últimas regiones de la Germania, impenetrables á los rayos del sol, atravesó la Italia y la Francia, trasponiendo los Pirineos. Obligados, pues, aquellos á abandonar la Escandinavia, por haberles el mar inundado sus campos,

(1) PLUTARCO: *Vida de Marco Caton*.

(2) Estuvo situada donde hoy se eleva la villa de Vêrges.

llegaron á España, en donde pretendían fundar una nueva patria. Las crónicas del Rosellon refieren, que, unidos entonces los catalanes y los romanos, rechazaron al enemigo comun, forzándole á repasar el Pirineo para caer en manos de Mario, que pasó á cuchillo en el campo de batalla á ciento cuarenta mil, haciendo prisioneros á otros sesenta mil.

99. Sin tardanza volvieron segunda vez los cimbrios, á los cuales se unieron otros pueblos, llamados teutones, que vinieron con el mismo designio, logrando apoderarse de algunas tierras; pero en breve tuvieron que desistir de él, huyendo á Francia, y escapando de los rudos golpes de las lanzas celtiberas.

80. Sofocada en Roma la guerra civil entre Cayo Mario y Lucio Sila, se halló con los partidarios del bando del primero que pudieron evadirse de las venganzas del segundo, el noble y famoso guerrero Quinto Sertorio, decidido á hacer frente al poder de Roma. Desde Ibiza, una de las islas Pitiusas (Baleares), se dirigió á la Península, excitando á la libertad é independencia á los catalanes. Estos, á quienes les han sido siempre caros tales sentimientos, dieron oídos al famoso jefe que se les presentaba, y en breve de todas partes acudieron soldados para ayudarle en su empresa. Ante los esforzados ejércitos del ilustre proscrito de Roma, compuestos en su mayor parte de iberos, el Senado ve escaparse de sus manos la pujanza y el señorío de España, y envía contra aquellos sus mejores capitanes y la flor de sus legiones. Los ausetanos, que veían en Sertorio á un nuevo Indibil, fueron, como siempre, de los primeros que prestaron su apoyo al esforzado caudillo, entrando á formar su guardia personal.

78. Las tropas de Quinto Metelo Pio (1), al mando del pretor Lucio Domicio, á quien se juntaron algunos españoles, atravesaron los Pirineos, y antes de llegar á Gerona, le salió al encuentro Herculeyo, capitán de Sertorio, habiendo aquel quedado vencido en el combate. Al saber la derrota de Domicio, el procónsul de la Galia narbonense, Manilio, pasó los Pirineos con tres legiones y mil y quinientos caballos, atravesó por Gerona, donde probablemente no quedarían más que romanos y los pocos habitantes que, inútiles para tomar las armas, dejaron de unirse con los demás ausetanos al ejército de Sertorio, y en la comarca de los ilergetes se trabó un formidable combate, acometiéndoles por la espalda Herculeyo, que les tomó los reales, obligando al procónsul, con los pocos que pudieron salvarse, á huir y encerrarse en Lérida.

74. Al fin, después de varios encuentros, que habían tenido lugar entre Sertorio y Pompeyo, á quien más tarde se denominó el *Grande*, éste, de derrota en derrota, tuvo que retirarse hasta las vertientes del Pirineo, desde donde escribió al Senado romano la po-

(1) Sertorio llamaba á este cónsul la *Vieja*, porque estando su padre desterrado de Roma, con sus lágrimas y dolorosa solicitud alcanzó del pueblo romano que le alzase el destierro. Por este motivo, en todas las monedas de Metelo se ve delante del rostro una cigüeña, como ave que representa la piedad que los hijos usan con los padres, por el cuidado con que ella cuando viejos los sustenta.

sición precaria en que se hallaba, y que era indispensable que le mandase nuevos recursos, pues de lo contrario se vería obligado á abandonar el campo, y los ejércitos de Sertorio irían á pisar las márgenes del Tiber. A pesar de los refuerzos, volvió á ser vencido el joven Pompeyo, hasta que la fortuna empezó á serle favorable.

71. Sin embargo, el puñal asesino, afilado por la ambicion de Perpenna, capitán que intentaba suceder en el mando á Sertorio, dió traidoramente la muerte á este bravo caudillo, con cuya falta acabó de eclipsarse la estrella de la independencia de España (1). Los fieles soldados que formaban la guardia de honor de Sertorio, compuesta de catalanes ausetanos, no pudieron sobrevivir á su jefe, y luchando fuerte y valerosamente, según manifiesta una inscripción latina que trasladan varios autores, matáronse unos á otros, ofreciéndose en sacrificio á los manes de tan esclarecido héroe.

Con la pérdida de Sertorio se desalentaron las tropas españolas, y Pompeyo las venció, dando la muerte á Perpenna. Gerona volvió entonces á quedar bajo el dominio de Roma, sin esperanza de sacudir el yugo que la oprimía.

70. Pompeyo, henchido de orgullo por sus victorias, al retirarse á Italia, quiso dejar en España el recuerdo de ellas, mandando fabricar su imagen en una estatua, para que fuese venerada, erigiendo trofeos en el *Summo Pyrenæo*, cúspide del monte *Aphrodisium*, en el Portus, y donde en la actualidad se eleva el castillo de Bellegarde (2).

Por largo tiempo han vacilado los historiadores acerca del sitio donde estaban colocados los que han llamado *Los trofeos de Pompeyo*, y sobre lo que eran. Unos dicen que fueron puestos en Andorra, otros en Servaria ó Collviura, otros en Altravaca, y no falta quien asegura que se hallaban en Pamplona. Hay también quien afirma que aquellos consistieron en una sencilla haz de armas, otros dicen que en una ara, alguno en unas columnas, otros en una estatua, no faltando tampoco quien asegure que eran un templo.

No obstante, es indudable que estuvieron en la antigua *Portus ad summum Pyrenæum* de los romanos, según hemos manifestado. Estrabon (3) pone los tro-

(1) «Perpena præter spem non deprehensus, ei tanto magis acceleravit exitum. Quamque Sertorius nunquam esset absque satellitio vocatum ad epulas, et una cum stipatoribus jam vino madidum, occidit in triclinio.» APPIANNI ALEXAND. *Roma-orig. histor.*, lib. 1.

(2) Por el *Summo Pyrenæo* pasaba la via militar, según el Itinerario de Antonino y Estrabon: «Ducitur autem Tarraconem á Pompeianis monumentis per Juncarium campum.» Por el mismo punto pasó muchos años antes Anibal, cuando fué de España á Italia con su ejército, poniendo sus reales en *Illeberis*, según manifiesta Tito Livio (Lib. XXI, cap. VII). La torre de Pompeyo, en la cual éste hacía memoria de los ochocientos cuarenta y seis pueblos que había subyugado con su espada, según Plinio expresa, era cuadrada, y sirvió de fortaleza en tiempo de los Reyes godos y de la Monarquía de Aragón. El ingeniero francés, Mr. Vauban, de órden de Luis XIV la destruyó, para construir el castillo de Bellegarde. La expresada torre ocupaba el espacio en que hoy está la plaza de armas de este fuerte.

(3) Lib. III, pág. 288.

(1) TIT. LIV., lib. XXXIV, cap. 9.º

feos *A dextremas Pyrenaei partes*, debiendo entenderse respecto al que mira al Pirineo, desde más allá de la Galia, desde donde lo observaba aquel geógrafo. Esto se confirma con otro pasaje de la página siguiente (289), donde al fin de ella, hablando el propio autor del término hasta donde llegan los *Emporienses* hacia la Galia, dice: *Plerique ultimas Pyrenaei montis partes usque ad Pompey trophaea tenent*; cuya palabra *ultimas* debe claramente entenderse del ramo de Pirineos que cierran el Rosellon por la parte de España, que es hasta donde llegaban los *Emporienses*, y desde allí entraban, según Plinio (1) y Pomponio Mela (2), los Sardones ó Roselloneses.

55. Con el simple cargo de cuestor, y luego con el de pretor, había estado ya en la España ulterior el célebre Julio César, á quien entonces, por sus livianas costumbres, llamaban, según afirma Suetonio, el marido de todas las mujeres, y la mujer de todos los maridos, cuando ideó apoderarse de España. La República romana se hallaba á la sazón regida por un triunvirato, habiéndose repartido estos tres jefes las provincias más pingües de los dominios de su patria. Craso se apoderó de la Siria; César de la Galia y las Germanias; Pompeyo de la España y parte del Africa. La ambición excitó desavenencias entre César y Pompeyo, y desde entonces se trabó entre los dos una lucha encarnizada, de la cual la Iberia fué sangriento teatro. Se hallaba ya César próximo á conquistar el Langüedoc, en Francia, cuando esta provincia pidió y obtuvo fuerzas para oponerse á las huestes invasoras de aquel caudillo. Un ejército de cincuenta mil hombres, formado con el contingente que prestó Cataluña y los demás pueblos iberos, fué á reforzar á sus vecinos traspirenáticos.

Las tropas de Pompeyo, mandadas por Lucio Afranio, después de un reñido combate, fueron vencidas y dispersadas, quedando, según cuenta Paulo Osorio, treinta y ocho mil guerreros en el campo de batalla. Las legiones del conquistador, al mando de su teniente Cayo Fabio, siguieron su camino, atravesando por Ampurias, deteniéndose y descansando en Gerona y en Favencia (Barcelona), y haciendo alto en los campos de Lérida, en donde encontraron á los ejércitos pompeyanos, dispuestos á disputarles el paso. Después de un terrible combate, tuvo Herda que rendirse. César se detuvo en ella algunos días para rehacerse de sus pasadas pérdidas, quedando aquella ciudad convertida momentáneamente en córte del ilustre caudillo, desde donde parece que honró á Tarragona y á Ampurias (3), haciéndolas colonias romanas por el apoyo que le habían prestado. Probablemente desde la misma fecha dataría el privilegio ó el

(1) Lib. III, cap. 4.º

(2) Lib. II, cap. 5.º

(3) Gran número de familias romanas fueron á vivir en Ampurias, quedando deshecha la antigua división que entre griegos é indigetes había. En conmemoración se levantó un templo dedicado á Diana Efesia, en el cual los griegos esculpieron una piedra haciendo constar que hasta entonces nunca habían dejado su lengua, para tomar la de los españoles, y que desde aquel momento se sujetaban á la lengua, costumbres, leyes y señorio de los romanos.

goce de los honores de ciudad latina, de que se enorgullecía Gerona, puesto que, hallándose César sitiando á Lérida, recibió embajadas de varios pueblos catalanes, y entre ellos de los *ausetanos*, solicitando su amistad y ofreciéndole vituallas para atender á las necesidades de su ejército. Gerona además, desde que fué destruida Ausa (Vich), no quedando de ella más que una pequeña calle, fué la principal población de los *ausetanos*, y sabemos que en ella se habían detenido los ejércitos triunfantes de César, de paso para Lérida, viniendo todo á corroborar nuestra opinión.

Posteriormente, desbaratadas del todo las legiones de Pompeyo, César se volvió á Italia, levantando ántes en los Pirineos, en oposición á los trofeos de su rival, un monumento que se denominó *las aras de César*.

Varios cronistas cuentan que, al cabo de algunos años después de los sucesos referidos, los hijos del gran Pompeyo trataron de renovar la guerra de la independencia en España. Pretenden, pues, que Sexto y Cneo Pompeyo se hicieron fuertes en Gerona, allegando gente para combatir el poder de César, y que especialmente el primero, fué amparado y defendido por los habitantes de dicha ciudad, después de la famosa batalla de Munda (1); pero que al fin sucumbieron, quedando otra vez pacificada Cataluña.

33. Muerto César, siguió el triunvirato de Octavio, de Antonio y de Lépido. La España cupo en suerte á este último, pero luego se apoderó de ella el primero. En Cataluña hubo todavía algunos movimientos para recobrar su independencia, mas fueron los últimos esfuerzos del esclavo que acaban de sujetar á la cadena. Los pueblos ceretanos, que ocupaban la Cerdaña, fueron los postreros en someterse á la tiranía de Roma. Cneo Domicio, legado de Lépido, hizo grandes esfuerzos para sujetarlos, siendo varias veces rechazado, hasta que consiguió vencerlos. A semejanza de sus antecesores, Domicio abusó también de su victoria sobre los ceretanos. Robóles enormes cantidades, con las cuales compró el triunfo que obtuvo al regresar á Roma. Al decir de nuestras crónicas, fueron tantas las riquezas que sacó del país de los ceretanos, que no sólo sufragaron los gastos de su triunfo, sino que fueron suficientes para el del mismo Octavio, que entró triunfante en Roma aquel año, y también para la reedificación de su palacio, que un incendio convirtiera en pavesas.

30. En esto Octavio se deshizo de sus dos compañeros triunviros y se proclamó emperador, subiendo al trono bajo el nombre de Augusto.

Tres años hacia ya que empuñaba el cetro del mundo, cuando le pareció que había llegado el tiempo de hacer un grande esfuerzo para sujetar los restos de las tribus iberas independientes, y al efecto decidióse

(1) Ciudad situada en la provincia de Málaga, aunque es difícil determinar aún su verdadero sitio. Pompeyo tenía unos sesenta mil hombres, y César más de veinte mil, todos fuertes y aguerridos: todos los autores están conformes en que aquella batalla fué una de las más señaladas que se han dado en el mundo.

venir en persona á nuestra patria, después de haber hecho una nueva división de la España. Toda la parte de esta no comprendida en la región Bética se llamó provincia *imperial* y aquella provincia, *senatorial*.

Notable es la guerra sin cuartel que Augusto hizo contra los Cántabros y Astures, últimos restos de la independencia ibérica, siendo como dice el historiador Floro, á un mismo tiempo invadida por todas partes la Cantabria. Muchos historiadores hablan de una madre cántabra, que mató á su hijo ántes que dejarlo en poder de los enemigos; otros refieren que los prisioneros espirando en la cruz, entonaban canciones beliciosas, insultando á sus verdugos; y César Cantú no encuentra palabras suficientes con que loar á aquellos indómitos montañeses, que morían contentos con tal que á su lado tuviesen el cádaver de un romano, y que después de haber sufrido una derrota enviaron á decir á los romanos vencedores: *Os dejaremos salir de España, si nos dais un traje, un caballo y una espada para cada uno*.

Después de algunos meses de continua lucha, cansado de una guerra interminable, mal hallado con tan porfiada resistencia, Augusto se retiró á Tarragona, desde donde según cuenta el cronista Pujades, á petición de los pueblos ceretanos suprimió el templo y los sacerdotes de la llamada diosa *Bona*, y que aquellos pueblos, en muestra de gratitud, levantaron un monumento.

Pocos son los hechos notables que ocurrieron en Cataluña bajo el imperio de los primeros sucesores de Augusto. Ya por aquel entonces empezaba á cambiarse la faz del mundo, y el sensual materialismo de los romanos iba á desaparecer del universo. En efecto, las águilas del Tíber, engreídas con sus triunfos, y enervadas en los placeres que les proporcionaba el oro de sus conquistas, se habían entregado al sensualismo perdiendo sus nobles instintos bajo la corrompida púrpura del Imperio.

Roma pagana presto debía tocar á su fin, para ceder su puesto á la futura Roma de la Cruz.

AÑOS DE ROMA. 752. Al fin se cumplieron las profecías y vino al mundo el Prometido. De una mujer hermosa y virgen, descendiente de la tribu de Leví, nació el Hijo de Dios, nació el Mesías (1). Enmudecen inmediatamente las sibilas y los augures, y una nueva ley va á extenderse por el mundo, derribando con su pureza y su mansedumbre los falsos ídolos, objeto del culto gentilicio, inaugurándose una época terrible para el materialismo, una época de

(1) Hé aquí cómo en el Concilio de Antioquia, celebrado en 314, al cual asistieron noventa y siete obispos, haciendo una confesión de fe, fijaron la divinidad eterna del Mesías: «Creemos, dijeron, en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador de todas las cosas, y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único del Dios, por el que todo ha sido hecho, que ha sido engendrado del Padre ántes de los siglos, imagen invariable de la Divinidad, de la esencia, del poder, de la voluntad y de la gloria del Padre; el primero nacido de toda criatura, que tenía su comienzo en Dios, Verbo, Dios.» San Pablo, Epíst. á los colos. versículo 15, dice también: «Jesucristo, que es la imagen de Dios invisible, y que nació ántes que todas las criaturas... etc.»

lucha en que al fin deberá sucumbir el poderío de la Roma pagana.

785. A los treinta y tres años de su edad, muere el Dios-Hombre, clavado en una cruz sobre la cumbre del Gólgota, y se consuma la redención del género humano. Con la preciosa sangre del Verbo, hecho hombre, se rompen las cadenas de la esclavitud, y empiezan á trascurrir los años y los siglos de una nueva Era.

Una nueva civilización brillaba con mágicos y deslumbrantes resplandores, acabando, entre los torrentes de su luz pura y vivísima, con los restos de otra civilización vetusta que se desmoronaba como el antiguo alcázar carcomido por el hálito de los siglos. La palabra de los Apóstoles infundía la fe; la Cruz coronaba los templos y las termas; y los neófitos se afanaban para recoger la palma del martirio. El Olimpo se estremecía á los golpes de aquella revolución empujada en un establo de la Judea, y todo aquel fabuloso ejército de paganas y fantásticas divinidades, de que orgullosos y soberbios se hacían descender los Emperadores, empezaba á desaparecer ante la luz de la verdad y el espíritu divino que desde el silencio de las catacumbas sembraba en la sociedad la semilla que debía producir el árbol sagrado de la libertad.

CAPÍTULO II.

Época de los Mártires.

La fe de Jesucristo y la moral evangélica, propagadas por el orbe por medio de los Apóstoles, que siguieron las huellas de su divino Maestro (hombres oscuros, salidos de la plebe de la nación judaica, pero sapientísimos con el fuego de la ciencia que les comunicó el Espíritu-Santo), hacen numerosos prosélitos, y los convertidos abrazan la Religión del Crucificado, tomando el nombre de cristianos.

«El origen de la Cristiandad en Gerona,—dicen los Padres Merino y Lacanal,—está tan envuelto en tinieblas como el de las demás ciudades de Cataluña y otras de nuestra España.» Sin embargo, siguiendo al maestro Risco, fácil es creer que los primeros predicadores, como Santiago y San Pablo, vendrían á anunciar el Evangelio en Gerona, ántes de internarse en lo restante del país, por ser ella una de las primeras ciudades que se encontraba en el camino militar de Roma á la península ibérica.

ERA VULGAR. 73. Algunos años después de la predicación de San Pablo en España, é imperando en Roma Vespasiano, su hijo Tito destruyó la ciudad de Jerusalem y otras varias poblaciones de Judea, por cuyo motivo vinieron á España muchos judíos, y probablemente Gerona daría también asilo á algunas de aquellas familias desterradas de su patria, puesto que más tarde las veremos poblar una de las principales partes de la ciudad antigua.

115. Cuentan añejas crónicas, que en tiempo del Emperador Trajano, Ampurias se alzó contra Roma; pero que, mediante el refuerzo de tropas que se mandó

á Cataluña, se sofocó la rebelion, quedando aquella ciudad casi del todo asolada (1).

119. Adriano, hijo adoptivo de Trajano, al suceder á este Emperador, dividió la España en seis provincias ó *conventos jurídicos*, que fueron: Bética, Lusitania, Galicia, Tingitania, Cartaginesa y Tarraconense. Cada uno de ellos contaba con diversas *colonias, municipios, ciudades latinas*, pueblos *confederados* y pueblos *estipendiarios* (2). Gerona, que gozaba de privilegio de ciudad latina, dependía del convento jurídico de Tarragona, según manifiesta Plinio.

261. Un siglo despues, en tiempo del Emperador Galieno, de este Horacio imperial, los francos (3), atravesando la Galia y trasponiendo el Pirineo, penetraron en Cataluña, causando graves estragos en todas partes y destruyendo poblaciones, de muchas de las cuales no quedó más que el nombre. Paulo Orosio refiere que aun en su tiempo se veían en la campiña de Tarragona señales indelebiles de las talas hechas por aquellos pueblos polares. Tarragona, la ciudad favorita de los romanos, quedó completamente destruida, en provecho de su rival Barcelona, la hija mimada de los antiguos cartagineses, enemigos irreconciliables de los romanos. Uno de los más diestros capitanes del Imperio, llamado Pósthumo, puesto á la cabeza de los que se rebelaron contra Galieno, expulsó á los invasores en una lucha que duró por espacio

(1) La tradicion, que se complace siempre en poetizar los sucesos, refiere que todos los gobernadores de la ciudad morían por el puñal ó por el veneno, acumulándose el delito de solicitar á las doncellas y deshonrar á las casadas. Viendo Roma que ni á los jefes sóbrios y virtuosos se respetaba, mandó un gobernador eunuco, y también murió acusado del mismo crimen. Entónces el Emperador mandó una legion contra Ampurias, que, saltándola, la ganó, pasando á cuchillo á todos sus habitantes y arrasando la ciudad. La tradicion añade, que desde entónces quedó Ampurias yerma y despoblada; pero esto es visiblemente inexacto, puesto que en 694 tenía aún obispo, figurando su nombre todavía á principios del siglo ix. Por otra parte, ¿cómo en el siglo v no la nombra Avieno en su *Ora marítima*? ¿Cómo de entre sus ruinas no se extraen más que objetos del tiempo del imperio? La destruccion de Ampurias es hasta ahora un verdadero misterio.

(2) *Colonia* era lo mismo que decir metrópoli y cabeza de los pueblos de toda una comarca, gobernándose por el mismo régimen que la ciudad de Roma, esto es, teniendo una especie de senado, que se denominaba *Curia*, compuesto de cien vecinos, de entre los cuales se elegían los presidentes, llamados *duumvros*, si eran dos, ó *triumvros*, si eran tres. Los *municipios* eran los pueblos que gozaban del derecho de vivir con sus propias leyes y de los privilegios de ciudadano romano. Los pueblos ó ciudades latinas, como Gerona, *Ausa* (Vich), *Augusta* (Llagostera), *Gesoria* (San Feliu de Guixols), estaban francos de tributos, como los de Italia, gobernándose por sus propias leyes, pero quedando sujetas á la jurisdiccion del Imperio y sin tener privilegio de ciudadanos romanos. Sin embargo, este derecho lo adquiría el que se hallaba investido de alguna magistratura. Pueblos *confederados*, eran aquellos que, confiados en la amistad de Roma, le ofrecían su apoyo sin retribucion alguna; se denominaban *estipendiarios*, á los que estaban avenidos con los romanos para servirles, mediante sueldo ó estipendio.

(3) Esta raza era procedente de la confederacion de las naciones de origen galo que poblaban el Alto-Rhin, y de las tribus germánicas que habitaban el Rhin-Inferior, y que asociadas para conservar su independencia, se denominaban á sí mismas *francos*.

de diez años, lucha incesante, durante la cual ni dejaría de sufrir sus naturales consecuencias Gerona, cuya importancia, como punto de estrategia militar, fué conocida desde remotos tiempos.

303. Aunque muchas veces perseguida, tres siglos hacia que iba extendiéndose la fe y la Religion de Jesucristo, que habia empezado á figurar ya en tiempo de Trajano, en la historia general (1); cuando receloso Diocleciano (dando oídos á los consejos de Galeerio, que de simple pastor y nacido en las chozas de los Dácios, pretendía envolverse en el manto imperial, elevándose á la dignidad de César), fulminó en 24 de Febrero el primer edicto de persecucion en Nicomedia, para que se derribasen los templos de los cristianos, mandando á los eclesiásticos quemar los libros sagrados, y que los que perseverasen en la fe de Cristo, si eran plebeyos y no querían abandonar sus creencias, perdiesen la libertad; y si eran nobles, incurriesen en la nota de infamia. Este edicto fué publicado sucesivamente en todas las provincias y ciudades del Imperio. Por aquel tiempo, Hierocles, favorito de Galeerio, sofista acérrimo y gobernador de Alejandria, causó también gravísimos males á la Iglesia, con su obra *Philatethes ó el amigo de la verdad*, mientras con su despotismo y tiranía condenaba sin piedad á los sacerdotes que no querían sacrificar á los dioses falsos, á los más horrendos suplicios en cumplimiento de los últimos mandatos de Diocleciano.

304. El año siguiente, á causa de haberse atri-

(1) En tiempo de Trajano, esto es, desde el año 97 á 118 de la Era vulgar, fué cuando los cristianos empezaron á padecer, no como cristianos, sino como individuos de sociedades secretas. Una carta de Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, fija la época en que los cristianos empiezan á figurar en la historia general:

«...Ha aparecido, dice un libelo anónimo que contiene los nombres de muchos que niegan ser cristianos ó haberlo sido. Cuando he visto que invocaban los dioses conmigo, y que ofrecían incienso y vino á vuestra imagen que expresamente habia yo mandado traer con las estatuas de los dioses, y cuando he visto además que maldecían á Cristo, he creído que debía devolverles la libertad, porque dicen que es imposible obligar á estos actos á los que son verdaderamente cristianos. Ved aquí á lo que aseguran se reduce su falta ó error (de los cristianos): acostumbra reunirse ántes de la salida del sol; y entónces juntos en dos coros un cántico en honor de Cristo, cual si fuese un Dios; se obligan por juramento, no á un crimen, sino á no cometer hurtos, latrocinios, ni adulterios; á no faltar á su palabra y á no negar un depósito; luego se retiran y vuelven á reunirse para asistir á una comida parca y modesta, y áun esto se han abstenido de verificarlo despues de mi bando, en el que, cumpliendo vuestros mandatos, prohibo las reuniones... El caso me ha parecido digno de ser consultado, principalmente á causa del número de acusados, porque corren peligro muchas personas de todas edades, sexos y condiciones. Esta supersticion ha infestado, no sólo las ciudades, sino también las aldeas y los campos, y me parece que aún podemos contenerla y curarla. Al menos es indudable que se han vuelto á frecuentar los templos casi abandonados, que se vuelven á celebrar los sacrificios solemnes despues de una gran interrupcion, y que se venden en todas partes las víctimas, siendo así que muy pocos las compraban ya. De esto pueden deducirse fácilmente la multitud de los que se corregirían si se abriese la puerta al arrepentimiento...»

Y el universo cristiano hace ya casi diez y ocho siglos que está desmintiendo las esperanzas de Plinio.

buido á los cristianos el incendio del palacio imperial, dióse otro edicto más terrible, y para difundir en todo el imperio la persecucion, escribió Diocleciano á Maximiano Hércules y á César Constancio Cloro, encargándoles que hiciesen lo propio.

Los dos Emperadores coreinantes mandaron á España, para presidente y ejecutor supremo del edicto de persecucion, al pretor Publio Daciano; que supo cumplir dignamente la mision que se le confiara. Como su jurisdiccion era tan dilatada, tenia delegados suyos que ejercían jurisdiccion de presidentes en los puntos donde aquel no se hallaba presente, como se ve en los procesos de diversos mártires.

El delegado de Daciano en Gerona, era el bárbaro Rufino, cuyo nombre está unido con el recuerdo del martirio de los cuatrocientos gloriosos mártires que esta ciudad cuenta, y por los cuales es llamada la *Zaragoza catalana*.

En aquella época, la iglesia gerundense tenia por pastor á Poncio, el cual, con los fieles á la ley del Crucificado, por miedo á Rufino, se ocultaban en grutas ó cuevas para ofrecer allí sus alabanzas á Dios. Entre dichos fieles se hallaba un diácono, llamado Víctor, natural del lugar de *Juyá* (*pagum Julianum*), pueblo á dos leguas de Gerona, en cuya casa solían hospedarse los cristianos, como se hospedaron los hermanos Vicente y Oroncio, hijos de Vicario y Aurelia, nacidos en la ciudad de Cimela, en los Alpes marítimos. Rufino lo supo, y desde luego se dirigió allá, mandando á Víctor que le indicase dónde los tenia ocultos. El diácono le manifestó que se hallaban orando en un monte vecino, á donde subió aquel á encontrarlos, y no pudiendo con halagos ni con amenazas reducirlos á sacrificar á los ídolos, se les hizo cortar la cabeza.

Recogió los sagrados cuerpos de estos mártires, coronados ya con la palma de los justos, el diácono Víctor, ocultándolos en su casa. El obispo Poncio ordenó que aquel los enviase á Italia, colocándolos en un carro. Llegó esta orden á oídos del legado de Daciano, y éste, para estorbarlo, mandó prender y llevar á su presencia á Víctor, exigiéndole que sacrificase á los ídolos; pero no pudiendo lograr que lo practicase, le hizo cortar los brazos junto á los codos, y despues la cabeza. El padre de Víctor, viendo derramar la sangre de su hijo, intentó salvarse con la fuga; mas deteniéndole su varonil consorte *Aquilina*, y animándole á recibir la corona del martirio, la alcanzaron en efecto, siendo degollados ambos por el mismo tirano (1).

(1) «Muerto Víctor, el obispo Poncio, según resulta de las actas, repitió el encargo de llevar á los dos santos Vicente y Oroncio á su tierra de Italia, valiéndose de otro llamado *Hactor*, el cual cumplió con esta comision, no inmediatamente, sino despues de la persecucion y restituida la paz á la Iglesia; y junto con el cuerpo de los dos referidos santos, el de San Víctor. Apenas llegó á Embrun, en el Delfinado, siguiendo su viaje hácia los confines de la Galia ó Italia, por la parte de Niza, se paró el carro, sin que toda la fuerza de los bueyes pudiese moverlo, dando muestras el cielo de que allí debían quedarse las reliquias de aquellos tres santos. El Obispo San

Fecunda fué la sangre de los primeros mártires gerundenses, como lo ha sido en todas partes. La persecucion de Rufino, fiel intérprete de la crueldad de Daciano, llegó á tal extremo, que á centenares ascendieron las víctimas que se sacrificaron por la Divina Ley del Evangelio. Cuanta más sangre se derramaba, más y más se aumentaba el número de los fieles á Cristo. El día 31 de Mayo de 304, es día memorable en los fastos del martirologio gerundense, es un día de gloria en los anales de la piedad religiosa de esta ciudad, llamada en otros tiempos invicta y santa.

Huyendo, pues, del furor de la persecucion los cristianos gerundenses, se hallaban congregados en unas criptas (1), extramuros de la ciudad, y donde más tarde debía levantarse un espacioso templo, como una flor brotada de la preciosa semilla que allí habian sembrado la virtud y la fe. Los dignos hijos de Jesucristo celebraban la *collecta* ó junta, para orar y celebrar el Santo Sacrificio, que llamaban *Dominicum*. El preclaro pastor de aquellas ovejas, el insigne obispo y futuro San Poncio, se preparaba para la celebracion de la Misa, cuando fueron sorprendidos por Rufino, que, ansioso de venganza y de sangre, mandó á sus satélites y verdugos pasar á cuchillo á todos aquellos fieles que, pronunciando el nombre de Jesús, recibieron con alegría la gloriosa palma del martirio. A trescientas sesenta subieron las víctimas sacrificadas aquel día por el gentilismo, sobre el ara santa de la Religion cristiana. La historia sólo nos ha conservado algunos nombres, y son los siguientes: *Poncio, Germano, Paulino, Justo, Sivio, Gaudiense, Victuro, Silvano, Telesforo, Victorino, Donato, Istialo, Tertio, Rogato, otro Germano, otro Silvano, Honorio, Lupo y Firmo; Cecilia, Tertula, Sautica, Victoria, Fortunata, Máxima, Rogata, Paulica, Agapia, Cás-*

Marcelino, que lo era de Embrun, noticioso del prodigio que estaba sucediendo, salió con gran acompañamiento de fieles á recibirlos, y los colocó en un sepulcro de una choza que estaba frente del sitio donde se paró el carro, comprando aquel lugar á un tal Arrio, que parece era judío ó gentil, y que no quiso el precio, ántes bien á vista de aquel milagro, se convirtió á la fe de Jesucristo, y pidió bautizarse.»

(Dr. Dorca. Col. de not. de los Márt. de Gerona.)

(1) Durante los tres primeros siglos del Cristianismo, se daba el nombre de criptas á las excavaciones subterráneas ó cementerios, en los que se recogían ó depositaban los cadáveres de los fieles. Posteriormente, estas criptas se han llamado *catacumbas*, las cuales constaban de corredores ó pasillos, en cuyas paredes se abrian los nichos para colocar los cuerpos, pues entre los primitivos cristianos no se conocía la palabra *enterrar*. «Depositado en paz, el depósito de...» tales eran las expresiones usadas, es decir,—añade el distinguido cardenal de Wissemann,—que los muertos no reposaban en aquel sitio sino por cierto tiempo, hasta que sean llamados, y parece haber sido confiados á un guarda fiel, pero temporal, como un objeto precioso. El nombre mismo de *cementerio* recuerda la idea de que no es otra cosa que un sitio en donde reposan muchas personas como en un dormitorio: estas duermen allí por algún tiempo, hasta que amanezca la aurora y la trompeta del Juicio los llame. Hé aquí por qué el sepulcro no se llama sino el *sitio*, ó más especialmente, la *estrecha morada* de los que han muerto en Jesucristo.

En esas criptas ó catacumbas habia una capilla ó iglesia, en la cual se celebraban los Divinos Oficios, durante el tiempo de la persecucion.

tula, Tértula, Tecla y Amelia; es decir, diez y nueve hombres y trece mujeres (1).

Con tan general como sangrienta matanza de fieles, puede decirse que Rufino podía gloriarse casi de haber extirpado de Gerona las creencias cristianas; matanza que se difundió con horror por todas partes, llegando al fin la noticia á oídos del insigne Félix, llamado el *Africano*, cuyo corazón movió indudablemente el mismo Dios, inspirándole los vivos deseos de alcanzar en esta ciudad la corona del martirio, restaurando en ella, con la predicación y el ejemplo, las doctrinas del Evangelio.

San Félix, pues, nacido en Scilita, ciudad de África, estaba dedicándose á la carrera de las letras en la ciudad de Cesárea, metrópoli de la Mauritania, cuando llegó á su noticia la sangrienta persecución movida en España contra los cristianos. Determina abandonar sus estudios, y á bordo de una embarcación mercantil llega á Barcelona; de allí pasa á Ampurias, y á los pocos días se halla ya entre los gerundenses, catequizando y fortaleciendo en la fe á los tímidos, con tanto celo, fervor y doctrina, que en breve fué tenido y venerado como doctor, apóstol y profeta. Los triunfos alcanzados por Félix, llamado despues, por antonomasia, el *Gerundense*, fueron tan numerosos, que al saberlo Daciano, mandó desde Zaragoza á su legado, el cruel Rufino, á Gerona para que le prendiese y le castigase, si no abjuraba sus creencias. Preso nuestro esclarecido apóstol, se le obligó á sacrificar á los dioses del gentilismo; pero negándose tenazmente á ello, se le forzó por medio de los tormentos, mandando azotarle con varas, y luego, atado de piés y manos, se le echó en una oscura mazmorra. No habiendo podido vencerlo con esto Rufino,

(1) Las reliquias de los mencionados santos mártires *Germano, Paulino, Justo y Sició*, á quienes la tradición aplicó la especie de haber sido pedreros, ó *lapicidas*, y que fueron martirizados por no querer esculpir las estatuas de los ídolos que les mandó Rufino, se veneran en la capilla que en la catedral lleva su nombre, construida por el canónigo que fué de esta santa iglesia, y despues obispo de la misma, desde 1335 á 1349, Arnaldo de Monrodó, cuya devoción á aquellos santos le indujo á dedicar en su honor la expresada capilla. Sus sagrados cuerpos estuvieron en un principio depositados en la iglesia de San Félix, habiendo sido trasladados á la catedral despues de la reconquista, y colocados en el altar de la B. Virgen, de donde despues se trasladaron á la actual capilla.

En virtud de un acuerdo capitular de 30 de Mayo de 1240 se estableció con decreto del obispo Andrés Bertran y el cabildo, que la festividad de estos santos se celebrase el día de la *Feria segunda post octavas Pentecostes*, que es á principios de Junio, y el lunes despues de la Santísima Trinidad.

En los manuales de la secretaría capitular constan varias concesiones de porción de reliquias de estos mártires, hechas por el cabildo de la Iglesia de Gerona en varios tiempos; como por ejemplo, al cabildo de la catedral de Barcelona, que las solicitó en favor de la compañía de albañiles de dicha ciudad y se entregaron en 26 de Agosto de 1645; á la cofradía de Santa Lucía de Manresa, en 16 de Octubre de 1653; á la villa de Arbeca, en 19 de Setiembre de 1664; al lugar de Adri, donde hay altar de estos santos, y de tiempo inmemorial se celebra la fiesta en 11 de Mayo de 1666; al cabildo, cónsules y cofradía de albañiles de Perpiñan en 14 de Setiembre de 1668; á la cofradía de albañiles y carpinteros de Tortosa en 25 de Marzo de 1722, etc., etc.; lo cual viene á probar la veneración de que han sido objeto estos bienaventurados cuatro santos.

ordenó que, cargado de más duras y pesadas cadenas, dos caballos le arrastrasen por las calles de esta ciudad. Sangriento y despedazado, se le volvió al calabozo, donde por la noche, segun expresan las actas de su martirologio, fué visitado y curado milagrosamente por un ángel, que le alentó á soportar los padecimientos de que era víctima por su amor á Dios.

El día siguiente volvieron á presentarle ante los ídolos para que los adorase y ofreciese incienso; pero no pudiendo ni con halagos ni con amenazas hacerle siquiera vacilar en su constancia, le rasgaron con garfios de hierro las carnes, colgando su cuerpo cabeza abajo, en cuya posición permaneció desde las tres de la tarde hasta el anochecer, sin haber exhalado un quejido, ni dar la menor señal de dolor. Vuelto otra vez á la cárcel, también recibió aquella noche un nuevo consuelo de Dios, pues se vió resplandecer en su estancia una brillante luz celestial, y percibiéronse gratos perfumes, oyéndose además sonoros cánticos de angélica armonía, de que fueron testigos las mismas guardias que le custodiaban (1). Habiéndolo anunciado á Rufino, éste, que se veía burlado por la firmeza de Félix, dispuso que, atadas á la espalda las manos, le arrojasen al mar, como se efectuó, echándole al agua desde una altura cerca á Gesoria (hoy San Feliu de Guixols), segun dice la tradición; pero habiendo salido ileso, y rotas sus ataduras, y andado sobre las aguas hasta llegar á la playa, volviósele á rasgar con garfios de hierro las carnes; y despues de haberle reiterado por última vez é inútilmente el tirano que abjurase la fe de Cristo, le arrancaron las uñas, las entrañas y la carne hasta los huesos, con lo cual espiró nuestro glorioso mártir, subiendo al cielo á recibir la palma que conquistara con sus virtudes.

Cuatro días despues, recogidos los restos de su sagrado cuerpo, por los fieles que habian sido sus discípulos, le dieron sepultura en las catacumbas, sobre las cuales más tarde debía erigirse un templo.

A los pocos días, Ramon y Tomás, dos de los más ardientes defensores del Cristianismo en Gerona, sellaron también con su sangre la Religión del Crucificado, padeciendo el martirio clavados en cruz, como su divino Maestro.

307. Despues del martirio de San Poncio, ocupó la silla gerundense el glorioso Narciso, cuya patria es dudosa, pero que, dejando hablar á la tradición, deberíamos congratularnos, porque le supone hijo de Gerona. Lo positivo es que estuvo en *Augusta*, ciudad de Alemania, huyendo tal vez de la persecución de Rufino, y que allí logró convertir á la fe, y que abrazasen el Cristianismo, á una ramera llamada Afra, á sus tres criadas Digna, Eumenia y Euprépia, á su madre Hilaria y á un tío llamado Dionisio, que despues fué

(1) Hé aquí cómo lo refieren las actas: «Post solis autem occassum jussit eum in carcerem mitti, et arctius custodiri; ubi statim talis splendor luminis illuxit, et nectareus odor suavitatis apparuit, ut custodes istius carceris crederent se balsamo fuisse perfusos. Custodes autem aperto carcere exeuntes, cucurrerunt ad Rufinum, dicentes: Vere Servus Dei fidelissimus est quem no custodiare jussisti, nam multa mirabilia vidimus in hac nocte, quæ non licet nobis ulli hominum indicare. Sed et vos Angelorum psallentium per totam noctem audivimus.»

ordenado presbítero ú obispo. No ménos cierto es, que tres años más tarde, ó sea el de 307, sufrió el martirio con su diácono San Félix, en el acto, al parecer, de estar celebrando el Santo Sacrificio de la Misa. Sus cuerpos, recogidos también por los fieles, como lo habian sido los de los demás santos mártires, fueron sepultados en las catacumbas ó cementerios de los cristianos.

San Narciso y San Félix fueron los dos últimos mártires sacrificados en Gerona en aras de la fe de Cristo, abriéndose tras ellos la era de paz y de calma que habia menester la Iglesia.

Despues de la época heroica del Cristianismo, siguió su época de esplendor y de constantes triunfos.

CAPÍTULO III.

La paz de Constantino.—Invasión de los pueblos septentrionales.

El Cristianismo, que principió entre los hombres por las clases plebeyas, pobres é ignorantes, poco á poco hizo penetrar la fe en las clases elevadas, sentándose por fin hasta en el mismo trono de los Césares.

Desde que cesó la persecución, al dar Constantino paz á la Iglesia, ha manifestado el Cristianismo ser el verdadero moderador de los pueblos y de los reyes, combatiendo los excesos, tanto si proceden de estos, como si proceden de aquellos. Base infalible de la civilización, ha demostrado que la fe y la moral evangélica no despojan al hombre de la independencia y de la libertad individuales; por el contrario, que se las afianza más y más, á medida que en él va cediendo la fuerza material. Presentado por algunos como enemigo del progreso y de las luces, los desmiente presentándoles el inmenso catálogo de sus Gregorios, Basilio, Crisóstomos, Ambrosios y Agustines; la multitud de templos góticos que pueblan el mundo; la innumerable biblioteca de autores clásicos, arrebatados por los monjes á la destrucción de la barbarie, y en fin, la multitud de cuadros excelentes, como las perlas de Rafael y de Murillo. Es innegable, pues, que el Cristianismo es luz cuando inspira las facultades del alma; amor, cuando se asocia á las emociones del corazón; libertad, cuando dirige los destinos de un país, sea cual fuere la forma de su gobierno político.

El hijo de Santa Elena, el vencedor de Majencio, fundando sobre las ruinas del palacio de Letran el edificio que tomó el nombre de Basílica de Constantino, dió un modelo á los artistas para la construcción de sus templos. Desde luego los cristianos volvieron á salir de los subterráneos y de las cuevas para extender por todo el orbe la Religión del Crucificado. A la sombra del lábaro triunfal de Constantino, creció el árbol de la fe; y si hasta entónces el paganismo proscribió al Evangelio, por éste fué aquel, no sólo rechazado, sino combatido y vencido, puesto que no debía ser dudosa la victoria de la verdad sobre el error.

315. Gerona vió luego reconstruir la iglesia que habia mandado arrasar el edicto imperial de Diocleciano y Maximiliano, y levantarse otra en el cementerio de los fieles, sobre las bóvedas de las catacumbas, donde se hallaban sepultados el gran número de mártires sacrificados durante la persecución. Este último templo fué dedicado y consagrado al ínclito San Félix el *Gerundense*, tal vez por ser el mártir más insigne que encerraban aquellas criptas.

Poco habia de durar la calma que proporcionó la paz de Constantino.

El triunfo que en el Imperio de Roma alcanzó la santa doctrina del Redentor, no estaba todavía completo. La victoria moral del Cristianismo debía verse coronada con la destrucción del mundo antiguo. Los dioses del Olimpo debian hundirse para siempre con los últimos restos del pueblo pagano. La Providencia hubo de valerse, para realizar sus altos designios, de una invasión de hombres que, convertidos en rayo de la justicia divina, lo destruyeran todo, haciendo retroceder á la humanidad hasta su infancia. La Religión nueva necesitaba pueblos nuevos; era precisa á la inocencia del Evangelio, la inocencia de los hombres rústicos, y una fe sencilla reclamaba corazones sencillos como ella.

De igual suerte que los Tiberios, los Calígulas, los Nerones, los Galbas, los Heliogábalos y Dioclecianos socavaron con sus crímenes y nefandas torpezas los cimientos del Imperio más grande que ha habido en el mundo; las hordas septentrionales, ese diluvio de bárbaros, despeñado desde las heladas regiones del polo, habian de ser el huracán que derribase al coloso, vacilante ya, sobre el afeminado pueblo, cuyos soldados preferian al grito de guerra, los cantares obscenos (1).

Ortiz de la Vega ha dicho, que la irrupción de aquellos pueblos del polo fué una consecuencia, un resultado forzoso de la dominación de Roma; pues cree que, á medida que adelantaba la civilización de aquel Imperio combatiendo y exterminando cuanto conservaba energía propia, en las razas humanas que poblaban el mundo antiguo, se iba retirando hácia el Norte; allí indudablemente fueron á buscar un asilo,—añade,—los iberos, galos y germanos que no habian podido avenirse á ser esclavos del conquistador, sosteniendo vivo allí mismo, en aquellas apartadas regiones, el recuerdo de sus patrias, y ardiente el deseo de arrebatárselas á sus actuales señores, aunque para conseguirlo tuviesen que apelar al auxilio de otras razas extrañas.

Los cimbrios, salidos del fondo de la Escandinavia, apellidada fábrica de las naciones, fueron los que primeramente invadieron el Mediodía de Europa, formando, por decirlo así, la vanguardia del ejército ex-

(1) Para observar la diferencia que mediaba entre los ejércitos romanos de la decadencia del Imperio y los de la República, bastará recordar que en tiempos de esta, y cuando la conquista de Persia, habiendo encontrado cierto legionario en el campo de un rey de aquel país, un saco de piel lleno de perlas, las tiró sin saber lo que eran, y sólo se llevó el saco. (AMON MARCEL: lib. XXII, cap. IV.)

terminador, que necesitó cuatrocientos años para reunirse en los campos desiertos del Norte.

409. Diseminados ya por gran parte del mundo aquellos pueblos salvajes, los alanos, los vándalos y los suevos entran en la Península el 27 de Setiembre, favorecidos por el mismo Constantino, que se vengaba de Geroncio, uno de sus lugartenientes que hacia dos años le había arrebatado la Iberia. Fuéronles, pues, franqueados los Pirineos por las tropas regulares que se juntaron con las hordas conquistadoras; y España, que casi no había experimentado los efectos de las calamidades del Imperio, expió su larga prosperidad con males sin cuento. Las tres cuartas partes de la Península, fueron repartidas entre los tres pueblos, quedando solamente la provincia tarraconense en poder de Geroncio. Sin embargo, se estableció entre éste y Constantino una sangrienta lucha, que acabó por la muerte del primero, que se suicidó por haberse visto abandonado de sus tropas, ganadas por los jefes imperiales.

410. Un año más tarde, el día 24 de Agosto del 410 de Jesucristo, sonó la hora fatal para el Imperio de Roma: la CIUDAD ETERNA fué tomada despues de

dos sitios por los godos (1), y Alarico, enarbolando en lo alto del Capitolio los estandartes vencedores, anunció al mundo la variación de las razas.

(1) Refiere Jordánes, fundándose en tradiciones y poesías antiguas, que moraban en la Escancia ó Escandinavia varias naciones guerreras, «Este país,—dice,—se extiende hasta la extremidad del globo: en invierno dura allí la noche cuarenta días, y en verano permanece el sol visible otros tantos sobre el horizonte.... Debajo de aquel mismo cielo viven las tribus finas, notables por la blandura de su índole, y por último, los daneses, de agigantada estatura. De este país, pues, salieron los godos...»

Hé aquí la explicación que el *Cronicon a'veldense*, escrito el siglo IX, dá acerca del origen de los godos: «Gog significa lo mismo que pueblo godo: pues así como el profeta nombra solamente á Ismael para hablar con todos los ismaelitas, cuando dice, «vuelve tu rostro contra Ismael,» así también para denotar á todos los godos se nombra solamente á Gog, de quien aquellos descienden y tomaron su denominación. Que los godos descienden de Magog, lo afirma su crónica, cuando dice que son un pueblo antiquísimo, que trae su origen de Magog, hijo de Jafet, y se llamaron así por la semejanza de la última sílaba *gog*; lo prueba también el profeta Ezequiel, y lo justifica finalmente el Génesis, cuando dice que Jafet tuvo por hijo á Magog. De este, pues, descienden los godos, y de él tomaron su nombre la Gocia y la Escitia.»

FIN DEL LIBRO PRIMERO.



LIBRO SEGUNDO.

PROGRESOS DE LA CIVILIZACION HISPANO-ROMANA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Estado social de la provincia antes de la dominación Romana.

CUANDO la civilización griega penetró en la Península por las costas del territorio que más tarde debía formar parte de Cataluña, puede decirse que sorprendió á nuestros pueblos en un verdadero salvajismo. Dedicados á la caza y á la pesca, recibieron de los galos-celtas el primer impulso hácia el progreso, aprendiendo de ellos los primeros rudimentos de la agricultura. A la fundación de Rhoda (Rosas), siguieron las mútuas relaciones de amistad que debieron entablarse entre los asiáticos y los indígenas, para quienes era nueva la idea del comercio, y de ciertas industrias que luego empezaron á ejercer. Varios autores, al pintar el estado social de nuestros primitivos pobladores, dicen que todo su adorno consistía en las *bracas*, especie de calzones cortos, que tomaron de los celtas sus vecinos, atadas con correas de cuero ó hienistas dobladas, ó gajos de ramos silvestres, majados y torcidos, no tardando en conocer el valor de la moneda y de los metales preciosos que ántes despreciaban.

De Rhoda nos queda todavía el siguiente ejemplar



de una de sus antiguas monedas, publicada por el célebre numismático Dominico Sestini, en su *Descrizione delle medaglie Españe à pertenerenti à lle Lusitania, Bética, etc., nel museo Hedervariano*. Es de bronce, y tiene por el anverso una cabeza varonil con cabellos rizados

y defacciones pronunciadas, entre delfines, y mirando á la izquierda; por el reverso un jinete con lanza corriendo hácia la izquierda, sobre tres caracteres que dice son R. D. S., y traduce por Rhodas. Mr. de Saulcy, en su *Essai de classification des monnaies autonomes de l'Espagne*, pretende que los tres caracteres son E. D. E., y atribuye la moneda, aunque con desconfianza, á Edeta, metrópoli de los pueblos edetanos; pero en nuestro concepto, tiene más probabilidad de acierto Sestini, puesto que los caracteres ibéricos se vé desde luego que son enteramente distintos.

No tardaron los fenicios en aportar despues á las costas catalanas, trayendo telas y otras mercancías, que dieron en cambio de oro ó plata, con lo cual enseñaron á nuestros antepasados cómo podia extenderse la industria comercial. No puede negarse que los fenicios fueron verdaderamente los precursores de la civilización material, no sólo en nuestro país, sino también en todo el mundo primitivo. Sus infatigables marinos dieron á conocer las relaciones pacíficas del comercio á pueblos que sólo se hallaban habituados á buscarse para combatirse. Ellos fundaron diversas colonias en nuestras riberas, llegando á penetrar en el interior de la Iberia para explotar las minas de oro y de plata que guardaban entónces á flor de tierra los montes Pirineos, construyendo, para el servicio de esta explotación, un camino muy atrevido y de una maravillosa solidez, que se dirigía desde nuestros Pirineos á la sierra de los Alpes, en Italia. Sus raves, dando la vuelta á la Península española, llegaron á surcar los mares de las islas de Albion. Su influencia civilizadora se extendió hasta enseñar el cultivo de las tierras y la edificación; influencia que duró por espacio de tres ó cuatro siglos.

Posteriormente, algunos hijos de la colonia focense que, yendo en busca de una libertad que no era dado conservar en las playas del Asia, fundó la anti-

gua Marsella (1), vinieron á establecerse en la ciudad de Alba, capital de los indigetes, y dieron un nuevo impulso al progreso de la civilización de los pueblos fronterizos al Pirineo, á los cuales probablemente enseñarían los rudimentos de la escritura, puesto que, anteriormente, según manifiesta Estrabon, de ellos los habían aprendido los galos (2). En breve la ciudad de Alba creció extraordinariamente en prosperidad y fama, extendiendo su tráfico de mercaderías, y llegando á ser centro de un inmenso comercio que dió lugar al cambio de nombre de la población en *Emporion* (Εμπορίον). Se conservan todavía gran número de monedas de aquel tiempo de bienandanza para los indigetes, como un eterno monumento de su esplendor y gloria.

En breve los cartagineses, á quienes su instinto comercial y su avaricia le sirvieran de brújula para lanzarse á explorar los desiertos del Océano, se introdujeron pérfidamente en la Iberia, llamados por los propios fenicios, y admirados de las riquezas de nuestro país, de aliados se convirtieron en enemigos de aquellos, y desde aquel momento nuestras montañas resonaron con el eco de la guerra civil, dando lugar á la venida de los ejércitos de la república de Roma. Después de inmensas luchas, lograron aquellos expulsar de la Península á sus eternos enemigos, estableciéndose en ella el poderío de las águilas del Tiber.

CAPÍTULO II.

Estado social de la provincia bajo los Romanos.

El sistema civil y político que rigió en la provincia fué el mismo establecido en toda España. Augusto, á quien el Senado rogara que no dejase la autoridad suprema, confiriéndole sucesivamente el poder tribunicio, el consular, el censorial y el proconsular en las provincias, y al fin, la dictadura perpétua; rindió, no obstante, cierto homenaje á la soberanía popular, dejando entrever, por encima del sόlio imperial, una especie de ideal republicano que respetaron los Emperadores más perversos, y que hasta cierto punto salvó á la monarquía romana de caer en el envilecimiento radical del despotismo de los soberanos de Oriente. Las provincias romanas se dividieron en *provincias del pueblo* y en *provincias del emperador*. El *imperator*, es decir, el jefe militar del Estado, fué únicamente *proconsul*, ó gobernador de todas las provincias *armadas*, de todas las provincias fronterizas y guarnecidas de tropa, y confirió su mando á legados, *legati*, ó lugartenientes imperiales, amovibles á su voluntad, y ca-

(1) Habiéndose encontrado recientemente una inscripción púnica en Marsella, de la que se desprende la presencia de magistrados fenicios en aquel punto, se ha creído que había existido en el mismo sitio una colonia fenicia, que probablemente habría desaparecido antes de aportar allí los griegos.

(2) «Es positivo que en tiempo de Julio César los galos usaban todavía de caracteres griegos en sus escritos.» (CHA-TEAUBRIAND: *Estud. hist.*)

lificados solamente de *propetores* ó gobernadores. Estos oficiales, que ceñían espada y vestían la túnica del guerrero, ejercían la autoridad militar, administrativa y judicial, quedando las funciones financieras á cargo de los *procuradores* ó intendentes, nombrados por el emperador de entre los *quirites* romanos, y muchas veces de entre los libertos imperiales. Las otras provincias, llamadas *del Senado y del pueblo*, estaban gobernadas por *procónsules*, sorteados de entre los senadores, y revestidos de todos los poderes, excepto el militar, atributo exclusivo del emperador; los *questores*, sujetos á la autoridad de aquellos, cobraban los impuestos, mediante la toma de razón de los procuradores imperiales, que manejaban por sí solos en todas partes *las rentas del príncipe*, ó los fondos destinados al ejército.

La provincia tarraconense era de las del Emperador, y en su consecuencia, estaba regida, como todas las demás que le pertenecían, según la división que se había establecido. A fin de dar unidad política á los países conquistados, nada olvidó el Imperio, haciendo lo posible para introducir en ellos la cultura de Roma. Hasta entonces, cada una de las diversas regiones ó distritos, de que se componía la Celtiberia, habían observado sus antiguas leyes, ritos, trajes, usos y costumbres, que perdieron en breve, adoptando las de sus conquistadores. Verdad es, que Augusto se guardó bien de privar á los pueblos dominados de sus hábitos especiales; pero sí prohibió terminantemente que los tomara ningún *ciudadano romano*, al propio tiempo que se esforzó en que los celtíberos llegaran á enorgullecerse de poseer el título de ciudadano, considerándolo como la mayor recompensa que pudiera alcanzarse, y se cambiaba por otro el nombre de varias poblaciones antiguas. El nuevo orden de cosas establecido en el país, sin embargo, puede decirse que no tenía más unidad que la del poder que Roma ejercía en él: apoyándose en una gerarquía de privilegios y de condiciones diversas, hijas de sucesos anteriores, y que la política imperial se reservaba modificar, según sus intereses y sus planes. En su consecuencia, todas las ciudades entraron en la escala de la siguiente gerarquía: 1.º, las *confederadas* ó *aliadas* (*federati*) que conservaron sus instituciones, no prestando al Emperador sino el servicio militar, y algunos tributos para el sosten del propio servicio; 2.º, las *libres* ó *autónomas*, que se gobernaban por sí mismas como las aliadas, pero sin estar sujetas al tributo; 3.º, las *súbditas*, que se hallaban inmediatamente sujetas á la autoridad de los oficiales imperiales. Además había otra subdivisión, á que un autor llama *ciudades italianizadas*, que eran las *colinas romanas* y las *colonias de derecho latino é itálico*. César intentó con esto hacer que los pueblos desearan adquirir estas transformaciones, como un favor especial. Si en un principio Augusto fué harto avaro en conceder derechos cívicos, más tarde se prodigaron sobremanera. A medida que los pueblos iban ovidándose de su origen, adoptando los usos y costumbres de sus conquistadores, fueron desapareciendo los límites que fijaban las gerarquías de las ciudades, extinguiéndose al fin por completo. El Emperador Oton, al subir al poder, concedió á

muchos españoles los mismos derechos y privilegios que gozaban los ciudadanos de la metrópoli; Vespasiano extendió á todas las provincias el derecho latino, y Antonino concluyó por declarar ciudadanos romanos á todos los súbditos del Imperio, haciéndoles admisibles á todos los cargos públicos (1).

Tres siglos después que Roma ejercía su poder en España, Diocleciano dividió el Imperio en cuatro partes, creando la dignidad de *César* para Constancio Cloro y para Galerio, y pudiendo decirse, en su consecuencia, que hubo cuatro príncipes en sus dominios: Diocleciano en Nicomedia, Galerio en Iliria, Máximo en Italia y Constancio en la Galia y España. La *tetrarquía* vino entonces á reemplazar á la monarquía. El *César* Constancio estaba subordinado al Augusto Máximo; el *César* Galerio, al Augusto Diocleciano, que era la cabeza del Imperio, así como Máximo era el brazo. En cada principado se puso un prefecto del pretorio; cada prefectura fué subdividida en *diócesis*, regidas por vicarios prefectorales. El departamento de Constancio formó dos diócesis: la Galia y la España. Con esta división y el fausto que en breve desplegó el emperador, dióse lugar á la creación de tan grande ejército de empleados administrativos, que «el número de los que cobraban sueldo—dice Lactancio,—era mucho mayor que el de los contribuyentes que los pagaban.» Constantino, que no hizo más que continuar desarrollando la política de Diocleciano, al crear en Constantinopla una segunda Roma, á expensas de la antigua, y con la constitución y el régimen que dió al ejército, fué quien preparó la caída del Imperio de Occidente, para dar lugar al cataclismo social que vino en pos de las hordas del Norte, sin embargo de que hacia años que los elementos de disolución iban minando los cimientos del Capitolio. De reinado en reinado, de año en año, el mal iba en visible progreso. La libertad civil había desaparecido con la libertad política, y la plaga de la esclavitud había llegado á gangrenar las últimas fibras del cuerpo social (2). En tanto que los individuos intentaban salir de su condición, para sustraerse á las cargas públicas, leyes injustas sujetaban á los ciudadanos á sus respectivas profesiones; el colono se hallaba enca-

denado á su terruño, el comerciante y el artesano á su negocio y á su industria, el curial á su curia, el veterano á su beneficio, y el hijo del veterano debía ser soldado de derecho. Luego los comerciantes y artesanos libres, organizados en corporaciones, fueron solidariamente responsables del impuesto industrial, así como los curiales hubieron de responder de los impuestos territorial y personal. Una mano de hierro ahogaba la industria libre, sujetándola á una lucha desigual con la industria de los esclavos que trabajaban por cuenta del rico ó del fisco imperial. Si la clase industrial, pues, se veía imposibilitada de desarrollarse y de progresar, la pequeña propiedad, el *orden* de los *curiales*, se hallaba arruinada, herida de muerte. Esta última clase en vano procuraba escapar de la curia y refugiarse en el seno de las clases privilegiadas; se la imposibilitó por completo de entrar en la milicia, en los oficios imperiales, en el sacerdocio mismo, porque los soldados, los funcionarios y los sacerdotes estaban exentos de las cargas municipales. Se les prohibió vivir en sus casas de campo, salir de la ciudad sin permiso de los magistrados, y vender las propiedades, cuya posesión los constituía miembros de la curia; llegó á tanto su desesperación, que algunos abandonaron su morada, yendo á vivir en los bosques y en los desiertos con los esclavos fugitivos y los vagabundos. De aquí que los miembros de las curias no podían aliviar sus propios apuros, sino haciendo pasar horrible miseria á la plebe y convirtiéndose en instrumentos forzados de la tiranía; oprimidos por los agentes del poder central, devoraban al pueblo exigiéndole tributos y recargos de toda especie, como peajes, aduanas, impuestos sobre la sal; con lo cual esquilaban al individuo lo poco que le dejaba la contribución directa y la riqueza popular, que no podía renovarse por la industria; como en nuestras sociedades modernas, iba á consumirse en la corte, cabeza monstruosa de un cuerpo débil y extenuado (1). Una sola clase, el orden senatorial, que vino á ejercer casi todas las altas funciones y aumentar la opresión pública, sustrayéndose á las cargas comunes, disponía de grandes riquezas y de inmensas propiedades; pero la opulencia y la fastuosa molición de algunos ciudadanos no ofrecía más que un odioso contraste con la miseria que devoraba á las demás clases (2).

En medio de la atmósfera tempestuosa que amenazaba con el próximo naufragio del imperio más grande del mundo, iba creciendo el cristianismo, que fué la verdadera nave de Noé, en que se salvó el principio social, cuando el diluvio del Norte inundó con la barbarie á toda Europa. Roma, ciego instrumento de

(1) Antes de esta época, los habitantes de las ciudades que habían sido honradas con el título de *Municipios*, eran únicamente los admitidos á participar de los cargos honoríficos de la república, y después de haberlos ejercido podían obtener la calidad de ciudadanos romanos. Así se desprende del Digesto, lib. I. pár. I. *Ad municipalem*: «Et proprie quidem municipales appellantur munera participes, recepti in civitate ut munera nobiscum facerent.» Pothier añade la siguiente nota: «Id est, quibus jus civitatis nostrae communicatum est, ut officiorum civilium essent participes nobiscum.»

(2) No hacia tantos esclavos la guerra como el fraude, la violencia y la usura de los ricos. Los pequeños propietarios se veían á menudo reducidos á hacerse proletarios ó colonos, y hasta enagenar su libertad para vivir. Llamábase *colono* al campesino privado de todos los derechos municipales y que trabajaba por cuenta del ciudadano, quedando siempre esclavo del terruño por la ley. En tiempo de la república, el *colono* era un ciudadano romano que llegaba á propietario de una porción de terreno y á ser miembro de una ciudad nuevamente fundada en país conquistado.

(1) En España, además de los impuestos ordinarios, recayeron sobre ella algunos recargos y obligaciones particulares, todas en interés de Roma. Entre las que recordamos haber leído, era la que precisaba á la Península á enviar todos los años á la metrópoli la vintécima parte de sus trigos, no á título de don gratuito, sino como objeto de primera necesidad, que el Senado se reservaba pagar al precio que él solo fijase. Como á verdadero impuesto se había cargado también la vigésima parte sobre las sucesiones.

(2) SALVIANO: *De Gubernatione Dei*. — CODIGO THEODOSIANO, I, VIII, X, XII.

providenciales fines, con su dominación acababa de preparar el terreno para que germinara la semilla de la civilización, fecundada por la sangre del Mártir del Gólgota, creando una síntesis política que debía ser la precursora de la unidad social y religiosa.

CAPÍTULO III.

Antigüedades romanas.

Conocido es el progreso que experimentaron las ciencias, las artes y la industria, bajo los primeros tiempos del Imperio de Roma, dejando en todas partes indelebles huellas de su civilización. La unidad moral del género humano, conocida ya por los filósofos griegos, pasó á ser tratada por sus discípulos los escritores y los juriconsultos latinos. Séneca, Lucano y Plinio habían celebrado esta idea, anunciada por el famoso axioma de Terencio: «*Homo sum: nihil humanum á me alienum puto*,» y aplicada por los juriconsultos. El derecho *quiritario*, el antiguo derecho de la ciudad romana, tan limitado, tan exclusivo, tan duro para la mujer, para el hijo, para el esclavo, para todos los débiles, fué modificándose *humanitariamente* por la amplia interpretación del *Edicto del pretor*: el *derecho de gentes*, nacido más por la fuerza de las circunstancias que por la tradición, llegó á colocarse al lado del antiguo derecho romano, que tendía á absorberle, á identificarse con el *derecho natural*, conocido por los filósofos, y á convertirse en lo que tan acertadamente se ha llamado la *razón escrita*. Consideróse el derecho como una religión, la religión de la justicia universal (1). Los oráculos de la jurisprudencia fueron los primeros en socavar los incógnitos principios del viejo mundo. «Por el derecho natural todos nacemos libres: el derecho de gentes es el que ha introducido la servidumbre, por la cual el hombre se halla sujeto contra la naturaleza al dominio de otro» (2).

El progreso material é intelectual del pueblo-rey se extendió luego en las colonias romanas, estableciéndose en ellas escuelas públicas, retribuidas por el Estado, que difundían el buen gusto helénico-latino. Los hijos de las principales familias españolas acudían á los gimnasios para instruirse en las artes, en las leyes y en las ciencias de Roma. La lengua y la literatura latinas se extendieron con pasmosa rapidez, olvidándose en breve el idioma patrio, vencido en la lucha con las letras clásicas, al menos entre las clases elevadas. Hasta los nombres patronímicos ó sobrenombres calificativos de los personajes más importantes se trocaron, especialmente desde el reinado de Tiberio, en nombres y pronombres romanos. España dió entonces á Roma grandes escritores, cuyos nombres brillaron á la par de los de Cicerón. Virgilio, Horacio y Tito Livio, como Marcial, Séneca, Lucano,

(1) «Somos sacerdotes de la justicia.—Decía Ulpiano;—enseñamos lo que es bueno y justo.»—ULPIANO: *Dig. de Justitia et jure*.
(2) ULPIANO: *Dig. I, IV, De Just. et Jur.*

Quintiliano y otros muchos. La provincia de Gerona contaría seguramente varios escritores distinguidos entre sus hijos, pero sólo ha llegado hasta nosotros el nombre de Licinio Floro, hijo de la misma ciudad, que fué poeta é insigne orador.

En medio de ese desenvolvimiento científico, también experimentaron un cambio notable en su aspecto las poblaciones, puesto que el lujo y la magnificencia de la metrópoli del Imperio, traspasando los Pirineos, adornaron nuestras ciudades con ricos mármoles, construyéndose en ellas foros, curias, basílicas, acueductos, templos, termas, circos, anfiteatros, arcos de triunfo, cuyos restos atestiguan aún en el día el poder del pueblo romano, no sólo en las ciudades, sino en los lugares y en los valles más solitarios de nuestras montañas. Ampurias, la célebre *Emporiton*, cuya importancia en aquella época puede decirse que era igual á la de Pompeya y Herculano, conserva, bajo la inmensa sabana de arena, apreciables tesoros, que se ocultan en sus ruinas. Gracias al celo del Sr. Maranges, rico propietario de La Escala, se ha logrado arrancar del olvido de los siglos algunas preciosidades que revelan la grandeza de la antigua *Alba*, que llegó á ser una de las más bellas colonias que establecieron los romanos en la Celtiberia. En las varias excavaciones practicadas en aquel arenal, no hace muchos años que se descubrieron restos de un templo, que se creyó dedicado á Baco, de un horno de fundición, y de algunos edificios de menos importancia. El precioso pavimento mosaico que se conserva encerrado en una casita que al efecto se mandó construir, es de un mérito extraordinario. Figura un cuadro con varios personajes, que se ignora aún lo que representa, aunque algunos se inclinan á creer que es un pasaje de la *Iliada* de Homero, ó de la *Eneida* de Virgilio. Las carnes, el rostro, las ropas, todo es perfecto en su expresión y en su colorido, dando á conocer el adelanto de los romanos en las bellas artes. Entre los otros varios objetos encontrados, figura una urna de mármol con esculturas de los primeros tiempos, que se conserva en el Museo de antigüedades de Gerona, junto con un sin fin de monedas, ánforas, sortijas, pendientes, brazaletes, utensilios domésticos, llaves de hierro y otros varios objetos. Las piedras preciosas de gran valor y raro mérito, como camafeos, cornalinas, ágatas, rubíes con bustos, trabajados con la mayor delicadeza y con una perfección de buril, casi incomprensible, que se han extraído de entre aquellas ruinas, llegan á muchos miles. En la actualidad se descubre todavía un robusto murallón, que se cree ser el que dividía la ciudad antigua, asomando por encima de los campos sus descarnados sillares. A juzgar por lo que permiten observar estos restos, el murallón era ancho y abovedado, como si abriera paso por su seno á un camino subterráneo. La mayor parte de los grandes sillares de ese muro han servido para edificar las murallas y habitaciones de los modernos pueblos vecinos, que no han vacilado en explotar como una cantera las ruinas de la orgullosa capital de los antiguos indigetes, que gozó fama de ser un lugar encantado por su bellísima posición topográfica, por su hermoso cielo y por la feracidad de su ancha campiña.

Al nombrar Julio César *colonia* á Empurias, la ciudad se pobló de gran número de nuevas familias romanas, confundiendo en uno solo los tres pueblos, regidos por un solo gobierno, sujeto á las leyes de Roma, y debiendo todos hablar el hermoso idioma del Lacio. En conmemoración de este suceso, los griegos, que habitaban en ella su respectivo barrio y que nunca habían abandonado su lengua nativa, elevaron un templo á Diana de Efeso, del cual se conserva todavía la inscripción que colocaron en él, que es como sigue, según la trasciben varios autores:

EMPORITANI. POPVLI. GRAECI
HOC. TEMPLVM. SVB. NOMINE
DIANA. EPHE. EO. SECVLO. COND
QVO. NEC. RELICTA. GRAECOR. LINGVA
NEC. IDIOMATE. PATRIAE. IBERAE
RECEPTO. IN. MORES. IN. LINGVAM
IN. JVRA. IN. DITIONEM. CESSERE
ROM.
M. CETHEGO. ET. P. SEMPRO
NIO. COSS.

Rica también en recuerdos del tiempo de la dominación romana, es la capital de la provincia, la antigua *Gerunda*. Entre varios escombros ó ruinas de una torre de grandes piedras areniscas, iguales á las que actualmente se ven, como sirviendo de base á la muralla, en forma triangular, de la primitiva población, se encontraron hace algunos años diversas piedras labradas, restos de sepulturas de ladrillo, vasos lacrimatorios y algunas monedas. Las piedras labradas tenían, algunas, esculpidas varias grecas; en otra se veía un busto con un brazo que llevaba el dedo á la nariz, como si quisiese significar el silencio; la mayor de ellas, que tendría unos dos metros de longitud, sobre cuarenta centímetros de ancho, y cuyas esculturas consistían en una cabeza de toro, los triglifos del orden dórico y una especie de florón, daba indicios para creer, con bastantes probabilidades de certeza, que era un fragmento de friso ó dintel. Estos restos, cuyas labores están bastante malparadas, se conservan en el mencionado Museo de antigüedades de Gerona, y á su vista puede sospecharse si pertenecen á una época anterior á la dominación del pueblo-rey. Lo que más llama la atención de lo que de aquella nos queda, son los dos magníficos bajo-relieves incrustados en la pared del presbiterio del altar mayor, en la ex-colegiata de San Félix de dicha ciudad; bajo-relieves que son un verdadero tesoro, por la belleza y la buena ejecución de sus grupos. Están entallados en una sola pieza de mármol blanco, presentando dos cuadros de hermosa perspectiva, á pesar de que la mano de la ignorancia los embadurnara, cubriendo su mayor parte al blanquearse la iglesia hace ya bastantes años. El que está á la derecha de la puerta de la sacristía, representa una cacería. Véase allí en primer término á un león con su hembra, apoyado sobre sus patas en ademán de lanzarse sobre los cazadores que intentan robarles sus cachorros: al lado se halla otro león, muerto ó herido al menos, compañero de una leona, madre también de un hijuelo, de los

cuales sólo puede verse la cabeza; en el rostro de los cazadores, presentados en segundo término y en número de doce, siete á caballo, de los cuales uno acaba de apearse, y los restantes á pie, se ven bien marcados los sentimientos que los dominan. Llenos unos de temor, parece que quieren retirarse y abandonar la empresa; otros, por el contrario, manifestando el valor que los anima, parece que van á arrojar sus venablos (*vendbula*) para dar fin de aquellos infelices animales, que están resueltos á defenderse y á morir antes que dejarse arrebatar sus cachorros. ¡Triste resolución del débil que intenta empeñar el resto de sus fuerzas contra la opresión del más fuerte!

El bajo relieve colocado á la izquierda de la misma puerta, es un precioso cuadro de mitología. Dos caballos montados por un génio con otro que los guía, tiran de un hombre recostado sin duda en una carroza que desaparece entre las nubes del espacio; á corto trecho van ocho ninfas recubiertas de Mercurio, según se colige por el caduceo, cerrando la perspectiva otros dos caballos que parece tiran de una hermosa mujer recostada voluptuosamente sobre agrupadas nubes. La significación que puede darse á este magnífico cuadro, cuyas figuras están abiertas con maestría, debe buscarse en el seno de las creencias del gentilismo. La Noche representada por Plutón, como padre de la oscuridad, guiado por el génio de las tinieblas huye de la Aurora, á la cual preceden las Gracias y las Auras matinales, siguiendo á Mercurio, mensajero de los dioses; preciosa alegoría que tal vez podríamos interpretar de otra suerte, figurándonos ver en Plutón á la imagen del ERROR que, guiado por los géneos de la IGNORANCIA, huye á disiparse entre las nubes del olvido, ante el esplendor y el brillo irresistible de la Ciencia, representada por la bella mujer á la cual preceden las artes y la industria.

Ahora bien: ¿por qué estos dos bajo-relieves enteramente profanos se encuentran en un templo sagrado? ¿A quién pertenecieron?

Al hacerse el arqueólogo estas preguntas, en vano intentará satisfacer su justa curiosidad, pues la historia permanece muda ante sus investigaciones. En las guerras del año 1710 se quemó casi todo el archivo de la ex-colegiata, y entre los documentos que fueron presa de las llamas, fácil hubiera sido que se conservara alguno, que diera noticia acerca de la colocación de estos mármoles en las paredes de la capilla mayor. No obstante, atendida la costumbre que tenían los romanos de erigir monumentos funerarios á los que se habían distinguido por sus hazañas, por su saber ó por sus virtudes (1), monumentos que, así como entre nosotros son una elegía en piedra, entre ellos presentaban el aspecto más risueño por las imágenes alegóricas con que los decoraban; po-

(1) «Algunos de los antiguos sepulcros de Roma sirven de morada á la gente del campo; pues los romanos destinaban un gran espacio y vastos edificios para las urnas fúnebres de sus amigos ó de sus ilustres conciudadanos, porque no tenían este árido principio de utilidad que fertiliza algunos pedruzcos de tierra más, esterilizando el inmenso país de la imaginación y del pensamiento.»—MAD. STARR.

demos colegir que los dos bajo-relieves que hemos intentado bosquejar formaban parte de una urna funeraria. Encontraríanse en las excavaciones que se hicieron para sentar los cimientos de la iglesia, y admirando su mérito, ó no comprendiéndolos, el arquitecto los mandaría empotrar en la pared de los pesados arcos romanos, en los cuales más tarde debía descansar la bóveda ojival que hoy día cobija la nave principal del templo.

Al contemplar estos dos magníficos bajo-relieves, creemos que nos será fácil fijar la época probable en que fueron entallados. Según Tito Livio (1), hasta la toma de Siracusa, verificada seis siglos después de la fundación de Roma, la escultura tomada de los etruscos se había ensayado sobre madera, tierra cocida, piedra del país y bronce, dorando y pintando las estatuas (2), encubriendo, por decirlo así, la vileza de la materia con los colores y el brillo del metal precioso. Sábese por los autores antiguos, que en el templo de la Fortuna viril existía una estatua de madera dorada representando á Servio Tulio, y otra de bronce que erigió Tarquino á Navio, en el foro delante del salón del Senado, y cabe la higuera sagrada, estatua que se conservaba todavía en tiempo de Augusto; de bronce eran también las estatuas ecuestres que se erigieron en 417 de Roma á los cónsules Lucio Junio Camilo y Cayo Maenio, y las que en el templo de Ceres colocaron en 542 los ediles Quinto Cacio y Lucio Porcio Licinio Varo. Las dos que se consagraron en 550 á Juno en su templo del monte Aventino, eran de madera de ciprés; esculturas verificadas todas por artistas extranjeros, pues Roma se hallaba harto ocupada en sus guerras y conquistas, y miraba como indigna tal ocupación para un ciudadano de la poderosa ciudad de Rómulo y de Numa. Mas la toma de Siracusa causó una completa revolución en las artes romanas, revolución á que dió lugar Quinto Cecilio Metelo, adornando los templos que levantó cerca de la Puerta Capena con bellísimas esculturas de mármol, obras maestras del arte griego, cuya elegancia y bellas formas causaron una admiración completa al pueblo conquistador, que al fin quedó subyugado por la grandiosidad artística del vencido. Cundió inmediatamente el buen gusto entre los romanos, de tal manera, que al fin, según escribe Plinio (3), en su tiempo hubieran sido necesarios numerosos volúmenes para dar á conocer una parte de las obras de estatuaria que decoraban los edificios públicos y privados: ya, según cuenta el mismo (4), el teatro que el edil Scauro hizo levantar sólo por un mes en el Monte Citorio, estaba decorado por trescientas sesenta columnas de mármol luculino, y los intercolumnios ocupados por tres mil estatuas.

Por lo tanto, nada debe extrañarnos que Gerona posea los preciosos bajo-relieves que hemos bosquejado, cuando gozó de muchas distinciones durante la

(1) Lib. XXVII, cap. XXXVII.

(2) PLINIO: *Hist. nat.*, lib. XXXIII, cap. XVII, y lib. XXXV, capítulo XLV.

(3) PLINIO: *Hist. nat.*, lib. XXXIV, cap. XIV.

(4) Id.: lib. XXXVI, cap. I.

dominación romana en ella, bajo-relieves que, en vista de la materia en que están entallados y el estilo que en ellos reina, creemos que datan del siglo VIII de Roma á lo más. Así, pues, serán apreciables bajo todos conceptos, por cuanto en la fisonomía de su conjunto hállase el buen gusto de las artes griegas, y perfectamente expresado el sentimiento de lo bello. En ellos tiene el artista que estudiar, por cuanto le suministran el conocimiento de los trajes y de las ilusiones á que se entregaban los ingenios de la culta Roma; así como al admirarlos el arqueólogo, vé pasar delante de sí la multitud de acontecimientos que cual hilo de oro une lo pasado con lo presente.

También tiene Gerona varias inscripciones del tiempo que los romanos la dominaron. Una de ellas hallada, según Pujades, en 1608, es la que se conserva grabada en el pedestal ó piedra en que descansa la mesa del altar mayor de la iglesia de San Martín Sacosta, y que textualmente copiada, dice:

M. IVLIO
PHILIPPO
NOBILIS
SIMO CAE
SARI
R. P. GER.

Con Finestres creen varios autores, que esta inscripción está dedicada al hijo del emperador del mismo nombre, quien, muerto Gordiano, obtuvo el Imperio en 244 de Cristo, siendo el primer cristiano de los emperadores, según Eusebio *in Cron.* y *Orosio*, lib. VII, caps. XIII y XVIII. No se sabe positivamente el motivo que tendrían los gerundenses para elevar una estatua á Marco Julio Filippo, habido de Marcia Otalicia Severa, mujer cristiana, pero plebeya, á pesar de lo que refiere el Padre Roig y Jalpi, hallando la inscripción conforme con documentos que en su tiempo había visto en el archivo del colegio de la Compañía de Jesús, establecida en la mencionada iglesia de San Martín; documentos cuya autoridad, dice, dependía mucho de las memorias que se leían en el archivo del obispo de la ciudad. Así, pues, afirma hallarse escrito en aquellos, que puso en su perfección aquella casa Julio Lucio, hombre noble y rico, el año 262, y en la cual se mandó sepultar. Sin embargo, como oportunamente hacen notar los continuadores de la *España Sagrada*, tomo XLIII, pág. 16, el Padre Roig nos hubiera librado de toda sospecha y hecho un beneficio á la historia, si se hubiese tomado la molestia de copiar aquellos documentos, confirmando su dicho, sin lo cual la escrupulosidad de la crítica no puede admitirlo. Jerónimo de Real (1) dice que cuando se derribó la antigua iglesia en 1606 para edificarla de nuevo, se halló la piedra en que está grabada la inscripción, sirviendo de base al altar mayor, y que en 1610 volvió á colocársela donde estaba. Ignoramos de dónde tomó semejante noticia,

(1) Obra manuscrita que se halla en el archivo municipal de Gerona, y que trae excelentes noticias para la historia de aquella ciudad.

ó si tenía suficiente edad para acordarse de ello cuando lo escribió (1641), pues que sus noticias históricas cesan unos 35 años después; lo cierto es que está ya en oposición con Pujades, que pone el hallazgo de la piedra dos años más tarde. El propio manuscrito casi vendría á comprobar lo que dice el Padre Roig, el cual refiere poder asegurar que Filippo dió licencia á los gerundenses para edificar la iglesia de San Martín, pues Jerónimo de Real continúa una inscripción que dice hallarse en el claustro de aquella (1), por lo cual se vé que en 260 se levantó la fábrica. Debemos confesar que nuestras diligencias han sido inútiles para indagar en qué punto se hallaba tal inscripción.

Creemos que no será del todo inoportuno fijarnos en el epíteto de *Nobilísimo*, dado al hijo de Filippo, pues que vemos en él un dato altamente histórico bajo diferentes conceptos.

El Padre Fray Pedro Martín Angles, expresa un autor en su *Historia monedal manuscrita*, parte 1.^a, párrafo IV, punto II, al hablar de las palabras *Nobilis Cæsar*, que se leen en distintas medallas, dice: «Estas palabras ó epíteto, significa el origen ó sangre de los emperadores que se siguieron al emperador Filippo, sucesor del emperador Gordiano III, ó, por mejor decir, Tirano, el cual siendo de baxísimo nacimiento, quiso que su hijo se llamase *Nobilis Cæsar*, para borrar la baxeza de su origen, pues antes los hijos de los emperadores no se llamaban sino absolutamente Césares, y de aquí lo tomaron los demás emperadores que se siguieron después, los cuales llamaron *Nobles Césares* á sus hijos» (2). Por lo tanto, hasta ahora generalmente se han citado monedas ó medallas para probar que desde el hijo de M. I. Philippus, usaron los emperadores romanos el dictado de *Nobilis Cæsar*, cuando nuestra inscripción viene á comprobar la verdad. Más aún: según el mismo Angles, los emperadores de Roma trocaron el pronombre dicho, desde Valeriano, en el superlativo *Nobilissimus*. Con todo, sea por adulación, sea por gratitud, ya vemos en la antecedente inscripción que los gerundenses emplearon las palabras de *Nobilissimus Cæsar*, al dedicar una memoria al hijo de Filippo.

Marca, en su *Marc. Hispan.*, lib. II, cap. XXII, col. 192, copia otra inscripción, y es la siguiente:

SABINAE
TRANQUILINAE
AVGVSTAE
RESP. GERVND.

Hay diversas opiniones acerca de á quién debe atribuirse, si á Sabina, mujer de Adriano, ó á Juria Sai-

bina Tranquilina, mujer de Gordiano Pio, que, según Vaillant, se llamaba así. Marca es de la primera opinión, y los continuadores de la *España Sagrada*, apoyados en el parecer de Masdeu, se adhieren á la segunda. Cuál tendrá razón, no es difícil indicarlo, pudiéndose alegar la prueba de Finestres muy oportunamente, haciendo notar en apoyo de Marca que la mujer de que se trata es Sabina y no Sabinia, como se lee en una inscripción dedicada á la mujer de Gordiano Pio, colocada *in altari Sancti Petri* de Badalona. El conde de Mezzabarba, á pesar de no poner en su obra numismática de los emperadores romanos ninguna moneda de la familia de Adriano que llame á su mujer *Julia* (que fué hija de Matidia la mayor, y hermana de la menor), sino Sabina, le da siempre el nombre de Julia. Grútero, por otra parte, copia también cinco ó seis inscripciones, en que se menciona á esta Sabina, y en ninguna se llama Tranquilina.

También hay una inscripción en una piedra que sostiene la mesa de la capilla de Santa Elena, en el pasadizo ó corredor que va desde la iglesia catedral al palacio del señor obispo (1), y que los continuadores de la *España Sagrada* insertan como por primera vez, cuando hizo mención de ella el D. Raimundo Lázaro de Dou, pag. 21; héla aquí:

L. PLOTIO. L. F. GAL.
ASPRENATI. ED.
II VIRO. FLAMINI.
TRIBUNO. LEG. III
GALLICAE
IULIA. C. F. MARCIA
MARITO INDULGENTISSIMO.

«Este Galo, refieren los continuadores de la *España Sagrada*, t. XLIII, natural de Spres, edil, duumviro, flamen ó sacerdote y tribuno de la tercera legión Gálica, pertenece sin duda al tiempo de Augustus. Tácito nos dice que concluida felizmente la guerra de los cántabros por este emperador, quedaron en España tres legiones, y entre ellas la tercera Gálica, además de muchos soldados de otras. Aunque no diga el citado autor que la tercera fuese de guarnición á Gerona, se puede suponer que Eplocio (2), natural de Spres, en Champaña, viviese y muriese en la referida ciudad, y que como á sacerdote le pusiese estatua su mujer Julia, y levantase sobre su sepulcro alguna ara. Lo cierto es que la piedra no tiene traza de ser sepulcral, y parece más bien una base. Ninguna

(1) El retablo es un cuadro que representa la *Invencción de la Cruz*: sus pinturas son de mano maestra; fué pintado en 1521, según la fecha que se lee en uno de los ángulos del cuadro. El nombre del artista estará quizás escrito detrás de la tela y no ha sido posible averiguarlo.

(2) Es de advertir que el Sr. Dou pone en vez de una E una L, y llama Lucio Plocio al que los Padres Lacanal y Merino denominan Eplocio. Nosotros hemos examinado detenidamente la inscripción, y debemos confesar que no hemos podido sacar en claro cuál sea verdaderamente la letra que corresponde. A nosotros nos ha parecido ser una L y una C más pequeña unidas, pudiendo ser una abreviatura de Lucio.

(1) En el claustro de la dita iglesia (de San Martín), hiha una piedra en una part que diu: aquesta iglesia en lo segle de or de Julio Philippo la edificaron los *fenutos*, paraula grega lletinisa la que vol dir: Los serventes de Deu dedican esta iglesia á Deu. La cual inscripción es de las mas honrosas que pot tenir Gerona y axi fou la iglesia comensada á edificar el any dos cents sexanta de sa era, de Cesar tres cents.

(2) El conde de Mezzabarba Birago, libro de *Imperator, Roman, numismat.*, pág. 349, trae algunas monedas de oro, plata y cobre, con la inscripción *M. I. Philippus Nob. Cæs.*

razon hay en Gerona del sitio de donde se sacó esta piedra ni quién fué el curioso que la mandó colocar donde está.»

El Sr. Dou está inclinado á creer que el tal Lucio Plocio tenia por sobrenombre *Asprenatis* ó *Asprenas*, no porque fuese natural de Spres, como refieren los continuadores de la *España Sagrada*, sino por ser frecuente entre los romanos; así cita á los cónsules L. Nonius, á L. Novius, etc.

Finestres, en su *Silloge inscriptionum romanorum, qua in principatu Catalauniae vel extant, vel extiterunt, notis et observationibus illustratorum*, pág. 323, copiando á Grúterus, transcribe la siguiente:

EGOF. L. PISON. FIL. VNO. CI
NERES. L. PISON. PATRIS. MEI
ET. C. FLAVIAE. MATR. MEAE. SE
PVL. POSVI. ET. XXV. POST
ANNO. VITAE. CINERES. ADMI
SCERI. MEOS. IVSSI. VT. QVIB
VLTIMO. POSTAE. FATO. VE
NIENTE. FIER. CONIVNCTOR
PVLVERE. MEO. EORVM. PVL
VERI. ADMIXTO.

que viene á decir:

«Yo, Lucio Pison, hijo, puse en un sepulcro los restos de L. Pison, mi padre, y de Caya Flavia, mi madre; y veinticinco años despues, mandé que mis cenizas se colocaran entre las de mis padres, á fin de estar seguro de que, despues de muerto, mis restos descansarian entre los de aquellos.»

En el monasterio de monjas benedictinas de San Daniel, pueblo inmediato á Gerona, entre las piedras que sostienen el sepulcro del Santo Mártir, hay una romana, cortada por la parte superior, en la cual se lee el fragmento de una inscripcion, rodeada de un bello bocelito, que dice:

HIC. SITVS
EST.

¿A quién estaria dedicada esta memoria funeraria? Aunque indirectamente, viene tambien á probar la importancia que tendria Gerona, en la época de que estamos tratando, el contar entre sus hijos á dos que ocuparon elevados puestos en la carrera religiosa. Los tarraconenses erigieron una estatua á Quinto Licinio Floro, que ignoramos si sería el orador y poeta, ó un hermano. Al pié del monumento que elevaron aquellos en honor de Licinio, colocaron la siguiente inscripcion:

Q. LICINIO. FLORO
GERVN. NOBILIT. PRAE
PRIM. FLAM. TARR.
PRO. P. MAT. D. D.

Segun ella, Quinto Licinio Floro, de preclara extri-
pe, fué primer *Flamen* de la España tarraconense, que era como supremo sacerdote, ó sumo pontífice de toda esta vasta region.

Igual cargo desempeñó Cayo Mario Vero, que habia ocupado ántes todos los destinos honoríficos de la república, segun se desprende de la inscripcion que á su honor erigieron tambien los tarraconenses. Héla aquí:

C. MARIO. C. FIL. PELATO
VERO. GERVDENS. OMNIBVS
HONORIBVS. IN. RES. SVA. NVNC
FLAMINI. PONT. CIT. P. H. C.

En varias otras poblaciones, que actualmente forman parte de la provincia, dejó indelebles recuerdos el imperio del pueblo-rey. En el monasterio de San Francisco de Castellon de Ampurias (1) se leian las siguientes inscripciones:

GEN
CASTVL.....
PRO. SALV
P. C. LAELI
L. F. GEM
V. L. S.

que recuerda un voto hecho al Génio de la ciudad por Cayo Lelio Geminiano.

D. M. S.
L. TVSCVS. CAST....
GN. F. OPT.
AN. XXX. H. S....
JVLIA. FELIX
SOROR. F. C. S. T. T. L

(1) Esta ciudad se llamó *Castulon* por los romanos.

En la Edad media se la denominó *Castelone*, segun varias escrituras antiguas. Varios autores refieren un hecho muy notable como acaecido en Castulon. Cuando los cimbrios intentaron penetrar en España (630 años de Roma), los vascos, cántabros y celtiberos defendieron con tal denuedo los desfiladeros de los Pirineos, que aquellos hubieron de retirarse, perseguidos hasta las bocas del Rhona, donde los exterminó Mario. Los celtiberos creyeron que podian deshacerse de los romanos para recobrar su independencia, y se sublevaron. Tito Didio Nepos, jefe romano, los atacó, librándose una sangrienta batalla, que no cesó hasta que vino la noche, y sin que la victoria se decidiera á favor de ninguno de los cuerpos beligerantes. Cuéntase que durante la noche el general romano hizo amontonar los cadáveres de sus soldados, y cuando los celtiberos vieron al día siguiente la desproporcion que habia entre sus bajas y las del enemigo, se atemorizaron y se sometieron. Restablecida la paz, algunos pueblos se sublevaron á causa de las vejaciones de que eran objeto. Los habitantes de Castulon, auxiliados por los de Gerisena (Garriguella), ciudad vecina, aprovechando un día en que los romanos se hallaban entregados á los placeres de un festín, los atacaron de improviso, matando á muchos, y obligando á los demás á abandonar la ciudad, en la cual se fortificaron. Sertorio, que mandaba la guarnicion romana, reunió á los fugitivos y atacó á los celtiberos. Penetró en Castulon é hizo dar muerte á cuantos se hallaban en ella con las armas en la mano. Despojó luego de sus trajes á los muertos, y disfrazados con aquellos los romanos, se presentaron á las puertas de Gerisena, cuyos vecinos les permitieron la entrada, creyendo que eran sus amigos los *castulones*, y los pasaron á cuchillo.

que recuerda la temprana muerte de Gneo Optato, á quien dedicó un sepulcro su hija Julia Feliciania, hermana de un hijo de Castulo, llamado Tusco.

ΔΗΜΟΙΚΡΗΤ
ΚΩΤΡΑΤΩ
ΠΑΥΛΛΑ
ΑΕΜΙΛΙΑ
Η.....

Esta inscripcion, que copiamos de Cean Bermudez, es de las más interesantes, puesto que es de las primitivas, viniendo á demostrarnos la transicion de la civilizacion griega á la romana. En la época en que se hizo, todavía se usaban letras de los que vinieron á traer á estos pueblos los primeros elementos de cultura y de progreso.

T. CAESAR
DIVI. AVG. F. AVG
PONT. MAX.
TRIB. POTES
XXXIII. P. P.
RESTITVIT. ET
REFICIT.

En el territorio de los antiguos *ceretanos*, se encontró la siguiente que copian Finestres y Grúterus:

DEO. FVLGVVRATO
RI. ARA.

Segun se desprende de ella, los ceretanos dedicaron un templo á Júpiter, al que, como á padre de los dioses, se le llamaba *Fulgurator*, es decir, dueño de los rayos.

En los montes Pirineos, en territorio tambien de los ceretanos, se halló la siguiente, segun Pujades:

AVG. TERRAE. MARIQVE
VICTORE. ELIMINATIS. SA
CERDOTIBVS. BONAE. DEAE
ET. COLLEGIO. SEPTEM
EPVLONVM. COMMVNI. PO
PVL. SENTENTIA. EXCLV
SO. CERETANI. TEMPLVM
VICTORIAE. AVG. D. D.

En los mismos Pirineos, en el antiguo castillo de *Mocha*, se encontró la siguiente:

CERETANI. BELLO
VICTI. ET. VIRTUTE. MAGNI
POMP. SERVATI. STATVAM
EX. AERE. AVRATO. EQVEST
CVM. SEMPITERNA. PATRIAE
OBSERVANTIA. IN. MEDIO
FORO. POSSVERE.

En Pardines, cerca de Nuestra Señora de Nuria, en el Pirineo, se halló la siguiente, que copia Grúterus:

CN. BAEBIO. CN. F. GAL..... MINO
ET. PARIRAE. C. F. FESTAE... BAE
BVS..... RVS. PARENTIBVS. OP
TIMIS.

En la antigua *Rhoda* (Rosas) se encontraron las siguientes, que inserta Finestres:

Q. EGNATVLO. G. F. EQVO. PVB
DONATO. AB. AELIO. HADRIATO
CAESARE. NERVAE. TRAJANI. F
RHODENSES. OB. PLVRIM
LIBERAL. SVAM. BENEFAC
EQVESTR. E. MARMORE. STA
TVAM. PRO. AEDE. MINERVAE
IN. MAGNA. AREA. EI. CONSTITVERE.

C. LAELIO. C. F. IV
MAGNA. OMNIVM. EXPECTATIONE. GENITO
ET. DECIMO. OCTAVO. ETATIS. ANNO
AB. IMMANI. ATRO. VITA. RECISO
FVSCA. MATER
AD. LVCTVM. ET. GEMITVM. RELICTA.
CVM. LACRIMIS. ET. OPOBALSAMO. VDVM
HOC. SEPVLCRO. CONDIDIT.

En la villa de Figueras, ó sea la antigua *Fiscariis*, y segun Marca, la *Juncaria*, se halló esta:

D. M.
M. VAL. FLAVINIO. BF. COS
VAL. GEMINVS
FRATRI. OPTIMO.

En medio del progreso material que experimentó nuestra patria, bajo el dominio de los romanos, vió cruzado el país por varias carreteras, desmontando cumbres, allanando despeñaderos. Las principales, que estaban destinadas al servicio público y al transporte de los ejércitos, como indica su mismo nombre de calzadas (*aggera*, *strata*), y las paradas ó lugares de etapa (*mansiones*) para el descanso de los ejércitos, se dirigian del Levante al Occidente, y se prolongaban por las Galias hasta Italia. La vía Aureliana, que salia de Roma, atravesando la Italia, pasaba por los Alpes marítimos, tocaba en Arlés y Narbona, en cuyo punto se dividia en dos ramales para entrar en la Península, atravesando uno de ellos el Pirineo, y digiéndose por *Juncaria*, *Gerunda*, *Agua Voconias*, hácia *Favencia*, iba á terminar en Cazorla ó *Castulon*, municipio romano en el territorio de los *oretanos*. Además habia otras diversas vias y caminos, pues Bergier dice en su *Historia de las carreteras romanas*, que el imperio tenia cruzada la España con carreteras, por un espacio de 3,800 leguas, sin contar las obras de terraplen, de elevacion ó de allanamiento de terreno.

Por medio de semejantes vias de comunicacion, facilitábanse el comercio y la industria, que en breve tomaron mucho incremento. La agricultura, de la cual se ocupa Plinio con bastante detenimiento, daba gran

número de productos, distinguiéndose entre ellos los preciosos vinos de Ampurias y Tarragona, anteponiéndose los de esta última ciudad á los mejores de Italia. Toda la parte de la costa, especialmente, estaba plantada de muy celebrados viñedos. A la par de la cepa se cultivaban con mucho esmero los olivares, cuyos aceites, según los escritores latinos, eran de excelente calidad. El vino y algunas de las principales legumbres que cultivaban los romanos en nuestros pueblos, conservan todavía casi el mismo nombre que aquellos les daban, como los *fasellus* (judías), *fasolas*, y los *fascolus* (caragirates) *fasols*. También se cultivaba con algún esmero el *spartum* (1).

Los artistas y los fabricantes de toda clase llegaron á ser en gran número, estableciéndose en diferentes ciudades unos cuerpos ó gremios, puestos por lo común bajo la dirección ó presidencia de un patron, elegido entre los ciudadanos más visibles, cuyo cargo, del todo paternal, duraba sólo por un tiempo determinado. En Tarragona existe una inscripción que recuerda el colegio de los *centonaurii*, que componían el gremio de los sastres. En la provincia tarraconense tenían mucha fama los marmolistas, lapidarios, plateros, fundidores y cinceladores, descollando especialmente en Cataluña los de Ampurias y los de Tarragona. El temple que daban los últimos al acero, está completamente desconocido en el día.

El lujo de Roma engrandeció sobremanera el comercio en nuestros pueblos, aficionándolos al tráfico, que desde entonces fué perpetuándose, especialmente en las poblaciones de la costa. De Rosas salían con frecuencia barcos con abundantes cargamentos de varios géneros y comestibles, particularmente de productos del país, como trigo, vino, aceite, frutos, linos, lanas, armas y otros objetos. Las lanas de la tarraconense eran tan apreciadas que, según dice un autor, se llegó hasta el extremo de darse por un solo carnero la suma equivalente á 2,000 reales.

Ya expresamos que Plinio manifiesta que se explotaban muchas minas en esta parte de la Península (2),

(1) En el hermoso llano de Figueras crecía con tanta abundancia el esparto, especie de junco, que por eso se le denominaba *Campo juncario*. El esparto tenía varios usos, especialmente para la fabricación de una especie de calzado llamado *espartennec*, de donde se deriva la voz catalana *espartenias* (alpargatas). Actualmente se fabrican de cáñamo.

(2) Al penetrar en Tolosa (Galia narbonense) el cónsul Q. Servilio Cepion, sobre el año 108 antes de Jesucristo, tomándola por la tral-

constituyendo esa industria una de sus principales riquezas (1).

Después de habernos detenido en admirar el apogeo á que llegaron nuestros pueblos, bajo el imperio de los Césares, causa una verdadera sorpresa la rapidez de su decadencia, en medio del estado abyecto en que cayera la sociedad. Roma había llenado ya su misión. Respetemos la misteriosa mano de la Providencia que con secreto impulso agita los destinos de las naciones.

ción de algunos habitantes partidarios de los romanos, y entregándola al pillaje, los vencidos procuraron ocultar las inmensas riquezas que encerraba la ciudad, arrojando gruesos lingotes de oro y plata, extraídos de las entrañas de los Pirineos, en el lado sagrado que al parecer existía en aquel tiempo en el mismo sitio donde actualmente se levanta la iglesia de *Saint-Cernin*. Justino (XXXI, 3), al hablar de este suceso, calcula que el peso de aquellos preciosos metales era sobre ciento diez mil libras de oro y ciento cincuenta mil libras de plata.

(1) Curiosas son las noticias que sobre la explotación de las minas en los primitivos tiempos nos dá el Sr. Prado en el Apéndice á su *Descripción de física y geológica de la provincia de Madrid*, hablando del hallazgo de la antigua mina de cobre, llamada actualmente *El Milagro*, en Asturias, catorce años atrás, en el término de Onís y á 6 kilómetros del célebre santuario de Covadonga. Hé aquí cómo se expresa:

«Entre los escombros no se halló ninguna herramienta de hierro ni de ningún otro metal, ni tampoco candiles, ni objeto alguno de barro cocido ni por cocer. Lo que se observó fueron muchas puntas de asta de ciervo, y por lo gastadas que estaban se deduce que servían de cinceles y esbarbalores. Los martillos estaban hechos de la parte más gruesa de las mismas astas. Eran cinco, y uno de ellos tenía punta por un lado, y se conoce que habían tenido bastante uso. Uno se halla en la Escuela de Minas de Madrid, y Mr. Busk, á quien le he mostrado, me dijo que el asta de que se había formado era sin duda del *cercus elaphus*. El ojo está muy bien cortado y es cuadrilongo, de modo que el mango debía ser de madera con las aristas suavizadas. Se hallaron también muchos cantos rodados de cuarcita dura. El mayor de ellos pesaba diez y ocho libras, y el menor tres, poco más ó menos. Los más tenían una forma ovular, pero bastante achatada. Por la parte más estrecha ofrecían un rebajo anular de 3 á 4 centímetros de ancho y de 2 á 5 milímetros de entrada en el centro, con objeto probablemente de sujetarlos con una soga ó una amarra y poder manejarlos mejor, para machacar la roca después de haber sido atacada por el fuego.

«En cuanto á los martillos y las puntas de asta, creo que se emplearían más bien para excavar el mineral, que hallándose envuelto por partes en una arcilla rojiza ó en una caliza descompuesta que constituyen la ganga, serían suficientes estos útiles para separarle, con la ayuda, cuando fuese preciso, de los cantos que quedan indicados... De estas puntas y martillos sólo se hallaron en buen estado de conservación los que estaban entre carbon ó entre mineral; los demás se pulverizaban al tocarlos... También se hallaron en el fondo de las excavaciones mucho carbon y ceniza, y aun hollín... Ahora bien: el tiempo en que esta mina comenzó á beneficiarse, indudablemente es muy antiguo, y acaso corresponde al período de transición entre la edad de piedra y la de bronce.» Parece que esta mina es la más antigua de que hay noticia.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

ÉPOCA GÓTICO-SARRACENA.

LIBRO PRIMERO.

ESTABLECIMIENTO DE LAS RAZAS DEL NORTE EN LA PROVINCIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

El imperio de Roma, herido en el corazón desde la toma de la Ciudad Eterna, en 24 de agosto de 410, por Alarico, no murió en el momento, sino que desde entonces continuó arrastrando una existencia que no fué más que una perpétua agonía. En la Península, las huestes del Norte imperaban en su mayor parte, reconociendo la débil soberanía de Roma, sólo la provincia tarraconense, que permanecía bajo el poder de Geroncio, lugar-teniente de Constantino, que un año antes había sublevado á España. La lucha entre estos dos jefes, disputándose las ruinas de sus provincias, fué larga y sangrienta, hasta que el ejército de Honorio, al mando del romano Constancio y del godo Orfila, logró que las tropas de Geroncio abandonaran á su general, dándose éste la muerte á fin de no caer en manos del emperador.

412. Ataulfo acababa de suceder á Alarico, cuando prendado de la hermosura de Placidia, hermana de Honorio, que permanecía prisionera de los visigodos después del saqueo de Roma, se la pidió en matrimonio, ofreciendo al emperador la cabeza del rebelde Jovino, galo-romano que se había proclamado *Augusto*, en prenda de amistad y reconciliación. En breve se celebró el matrimonio de Ataulfo y Placidia, con cuyo enlace se estrecharon más los vínculos de amistad de Honorio y el rey visigodo, y Cataluña, que hasta en-

GERONA.

tónces había permanecido fiel á los romanos, fué cedida con la Galia narbonense á Ataulfo.

414. Desposado, pues, éste con Placidia, cuyas bodas se celebraron por el mes de enero en Narbona, atravesaron los Pirineos, y pasando por Gerona, se dirigieron á Barcelona, donde fijó aquel su sélio, haciendo á esta ciudad corte y capital de todos los pueblos en que imperaban las armas vencedoras de los godos.

415-416. Los visigodos habían perdido ya la Galia, á causa de una derrota que sufrieron en una batalla que les presentó Constantino, general de Honorio, quedando reducido el reino casi al espacio que comprendía desde la comarca de Barcelona al Pirineo, cuando Ataulfo fué asesinado en aquella ciudad por uno de sus mismos criados.

416. Sucedióle Sigerico, y asesinado también al sétimo día de su elevación al trono, pusieron en su lugar á Wala. Este rey, en su odio contra los romanos, declaró que iba á hacer una guerra de exterminio á Honorio. Al efecto hizo aprontar su gente y una flota de muchas naves; pero una tormenta se la dispersó ante Gibraltar y tuvo que retroceder á Barcelona. En esto llegó á su noticia que tenía que combatir á sus enemigos en Cataluña.

El general Constantino, pasando los Pirineos y talando el Ampurdan, se dirigía á Barcelona, cuando el rey godo, reuniendo el resto de sus huestes, salió al

6

encuentro del invasor. Probablemente unos y otros se encontrarían en los campos de Gerona; mas antes de darse la batalla, se concertó la paz, tratándose en ella la devolución de Placidia, que había vuelto á ser esclava, mediante el rescate de seiscientos mil medidas de trigo; la obligación de hacer la guerra por cuenta de los romanos á los suevos, alanos y vándalos, y la forma al promesa de dar á Walia, á su tiempo, el señorío de un reino en la Aquitania.

418. Dos años más tarde, Walia tomó posesión del prometido reino, recibiendo la investidura de manos de Constantino, que había casado con Placidia, y á la sazón era árbitro soberano de aquella parte de los Alpes.

Obtenida, pues, la concesión del dominio de las tierras comprendidas desde Tolosa hasta el Océano, ó sea el Languedoc y la Gascuña, el tercer rey godo se avecindó y trasladó la corte á aquella ciudad, con lo cual llegó á ser rica y opulenta.

Después de la muerte de Walia, los vándalos y los suevos estuvieron en continua guerra, de la cual se aprovecharon los romanos, viniendo á terciar en la contienda y convirtiendo á la Península en un palenque de incesantes discordias. Gerona, como punto importante, no pudo menos de experimentar por mucho tiempo los terribles efectos de tamañas luchas, en las cuales se consumió el primer acto del gran drama de la conquista.

«El rey de los godos, dice Orosio, hombre de gran corazón y de elevado espíritu, acostumbraba á decir que toda su ambición había sido borrar el nombre romano, y de hacer en toda la extensión de los territorios dominados por Roma un nuevo imperio llamado Gótico, de suerte, que hablando en otros términos, todo lo que era romano viniera á ser gótico» (1); y en parte lo había logrado ya en el segundo tercio del siglo V de la Era cristiana.

En efecto, el estado de los espíritus después de los grandes sucesos ocasionados por las invasiones de las hordas del Norte, y la situación del mundo moral é intelectual presentaban un espectáculo imponente á la par que lleno de tristeza. Los últimos adoradores de Júpiter, envolviéndose con desconsuelo en su manto, anunciaban con amargo abatimiento que se cumplía la predicción hecha á Rómulo, y que Roma, después de doce siglos de existencia, iba á acabar con el universo; los escépticos, los indiferentes, los hombres excitados en sus creencias por el aspecto del caos que les hacía dudar de Dios, se lanzaban por desesperación al delirio de sus pasiones, persuadidos que de un momento á otro iban á perder los bienes, la libertad, la vida, y se esforzaban en cerrar sus oídos al rumor siniestro que en lontananza resonaba, hasta que estallase sobre su cabeza el grito de exterminio. Así, al sonar en el reloj de los siglos la última campanada para la Roma del paganismo, sus últimos hijos murieron embriagados, ceñida de flores la frente y la copa en la mano, sin haberse resignado á pe-

recer y sin hacer esfuerzo alguno para prevenir su perdición.

«El letargo del Señor, dice Salviano, había caído sobre ellos.»

Los cristianos fervorosos, por el contrario, aumentando su exaltación espiritualista, huían á ocultarse en las islas del mar ó en las grutas de los montes para vivir solos con Dios, ó sabían crearse una vida ascética en el mismo seno de los palacios. Abjurando los intereses materiales y separándose de la triste realidad, absorbían su inteligencia en una aislada contemplación. De aquí que en medio de los clamores de las hordas bárbaras, del fragor de las ciudades incendiadas, los teólogos discutían sobre la libertad moral del hombre y la gracia divina, debatiendo el problema del mal y del pecado; ¡admirable poder del espíritu humano que sabe aislarse del tiempo y de los hechos para lanzarse á la esfera eterna de las ideas!

CAPÍTULO II.

Los bagaudos.—Suevos y visigodos.—Triunfo del catolicismo.—Fin del reinado de los godos.

436. Al establecerse en España las hordas del Norte, su dominio se repartió entre cuatro pueblos ó razas distintas que se odiaban entre sí: los romanos, los godos, los vándalos y los alanos.

En Cataluña dominaban los romanos la *Cosetania* y la *Ilergetia*; los godos la *Indegetia*, la *Ausetania*, la *Lacetania* y la *Laletania*, espacio comprendido entre los Pirineos, los ríos Llobregat (*Rubricato*) y Segre (*Sicoris*), y lo demás los alanos. En el resto de España, los vándalos ocupaban casi toda la Bética, á la cual se llamó *Vandalucia*, y de aquí modernamente *Andalucía*, y los suevos se extendían casi en toda la región comprendida entre el Duero y el Miño.

Gerona, pues, en esta época, estaba sujeta á los visigodos, cuyo rey, Teodoro, inmediato sucesor de Walia, estaba haciendo la guerra á los romanos en las provincias de las Galias, en otro tiempo concedidas á Ataulfo.

440. Hacía algunos años que en España habían aparecido los *bagaudos*, los cuales, huyendo de la opresión y de la tiranía de los pueblos del Norte, se habían juntado (1) para rebelarse y oponerse á los que les habían privado de su libertad y de sus dere-

(1) Dice Romey, que los *bagaudos* tomaron el nombre de *bagad*, que en lengua céltica significa junta, reunión, asamblea. La *Bagaudie* era la insurrección de las masas que se sublevaban, y en lo desconocido por medio de la anarquía; era el grito de desesperación de un pueblo oprimido, contra la tiranía y las exacciones injustas de un imperio agonizante. Salviano, en su obra *De Gubernatione Dei*, hace una hermosa pintura de esta gente, al propio tiempo que manifiesta la necesidad que tenían de hacerse bagaudos los que se rebelaban contra las injusticias de los opresores. Aparecieron por primera vez los bagaudos en la Galia en 285, poco después de haber subido al poder el emperador Diocleciano.—*In Bagaudiam conspiraverunt*; *Prosop. Tyr. ap. Historiens des Gaules et de la France*, tomo I, página 639.

(1) Oros, I, III, cap. XLIII.

chos. En breve cundieron por Cataluña las ideas de independencia proclamadas por los bagaudos, retoñando, por decirlo así, en este país los antiguos sentimientos de libertad. Los autores romanos expresan que entonces la cordillera que corre desde el cabo de Creus, en Cataluña, hasta las últimas montañas de Galicia, bañadas por el Océano, era el baluarte de los independientes.

443. Debió durar muy poco, sin embargo, esta independencia, puesto que al poco tiempo vemos á los pueblos más inmediatos á la costa catalana, muy propensos á aliarse con los visigodos, cuyo señorío no fué nunca tan opresor como el de los vándalos y suevos.

449. En breve subió al trono de los suevos Reginario, que fué el primer monarca católico que tuvieron, habiendo contraído enlace con una hija de Teodoro, rey de los visigodos; y juntándose con Basilio, que capitaneaba un ejército de independientes, se apoderaron de Lérida, arrojando de ella completamente á los romanos.

456. Teodorico, el fratricida, acababa de suceder á su hermano Turismundo, hijos ambos de Teodoro, muerto en la sangrienta jornada de los campos *cataláunicos*, junto á Chalons-sur-Marne, en Francia, en la cual el feroz Atila, rey de los hunos (1), fué derrotado, quedando hacinados en el campo de batalla ciento sesenta y dos mil cadáveres, cuando su cuñado Reginario invadió el Pirineo, y pasando por Gerona salió al encuentro del rey de los suevos, á quien venció y persiguió hasta Oporto, donde se apoderó de él, haciéndole decapitar.

467. Teodorico había extendido poderosamente sus dominios, cuando fué asesinado por su hermano Eurico (Eurik ó Ewarik), del cual había ya recibido auxilio para asesinar á su primer hermano Turismundo.

El nuevo monarca de los visigodos, fué tan atroz enemigo de los romanos como de los católicos. Se complació en perseguir á estos, así que aquellos quedaron expulsados de toda la Península. Sidonio Apolinar dice que Eurico mostraba más su poder real en ensalzar el arrianismo, á cuya secta per-

(1) Atila ó Etzel, rey de los hunos, era pequeño y robusto; tenía la cabeza abultada, los ojos pequeños y hundidos, el mirar altivo; sus ademanes eran imperiosos; dábale él mismo el dictado de *Godegisel* (azote de Dios). Genserico, rey de los vándalos, imaginó que su nuera, hija de Teodorico, rey de los visigodos, trataba de envenenarle; y para castigarla, mandó cortar la nariz y las orejas, y la envió á su país. Temeroso después de que los visigodos trataran de tomar venganza de aquel acto atroz y de que para acabar con los vándalos se uniesen al emperador romano, Valentiniano III, pidió el ya viejo Genserico la ayuda de Atila, proponiéndole una alianza é invitándole á invadir la Italia. Tal fué el motivo que dió origen á la invasión de los hunos en Occidente. Estaba proyectando Atila acometer el imperio de Oriente cuando murió, en medio de sus preparativos, en la noche de sus bodas con la hermosa Hildicunda. El obispo de Agnelo atribuye su muerte á la alevosía de su novia. Después de haberse celebrado con inusitada pompa sus funerales, fué sepultado el cadáver, encerrado en un triple féretro de oro, plata y hierro. Los hombres que habían abierto la huesa fueron degollados allí mismo, para que ningún mortal pudiese indicar el sitio donde descansaba el héroe de los hunos.—MULLER: *Hist. univ.*

tenecía, que no en mandar á sus súbditos (1). Quitaba los obispos de las iglesias católicas, enviándolos desterrados ó mandando darles muerte, y no ponía otros en su lugar. Así quedaban desiertas las iglesias, arruinándose miserablemente y naciendo yerba en ellas. De aquí tal vez que no haya quedado noticia alguna de los prelados que por este tiempo debieron ocupar la silla gerundense, hasta el Concilio celebrado en Tarragona, cerca de medio siglo después, y en el cual suscribió en octavo lugar Frontiniano.

511. La historia guarda silencio acerca de lo que aconteció en Gerona, durante las luchas suscitadas entre los parciales de Amalarico y de Gesalaico, hijo legítimo aquel, y éste bastardo, de Eurico, habiendo tenido lugar un sangriento combate junto al río Tordera, en el cual quedó vencedor Téudis, gobernador de la España por el rey ostrogodo Teodorico, abuelo materno y tutor de Amalarico.

517. Al cabo de algunos años después de los sucesos anteriores, se celebró en Gerona el tercer Concilio, al cual asistieron siete obispos: Juan, metropolitano de Tarragona; el prelado de la propia diócesis, Frontiniano; Agricio, de Barcelona; Paulo, de Empurias; Cínidio, de Ausona (Vich); Mebridio de Bigerra, en Languedoc, y según Florez, de Egara (2), y Oroncio, de Iliberis, que es donde está ahora Granada; pero en nuestro concepto está equivocado el cronista Morales, pues es de creer que sería la Iliberis de la Galia narbonesa, ya por ser punto más cercano á Gerona, ya porque el Concilio no era más que provincial ó de la metrópoli.

Parece que el objeto principal de juntarse este Concilio fué el de extirpar de la diócesis la herejía de Vigilancio, que había pervertido el orden de celebrar y cantar la misa y los oficios divinos hacia ya dos siglos, y áun duraba en muchas partes ó iglesias semejante error.

Entre las varias decisiones que se tomaron en este Concilio, que empezó en 7 de junio, fué la de ordenar que el misal de la diócesis fuese el de la metropolitana, instituyéndose además las letanías mayores para después de la fiesta de Pascua del Espíritu Santo, y otra vez las menores para las kalendas de noviembre. De manera que estas letanías se usaron primero en Gerona que en Roma, puesto que allí se establecieron muchos años después, por el Papa San Gregorio Magno.

Se ordenó también que siempre al acabar maitines y vísperas se dijese por el sacerdote la oración del Padre Nuestro. Y de aquí tuvo origen el que en el coro se arrodillasen los eclesiásticos al decir dicha oración cuando acaban ó dejan de decir las horas canónicas.

Este Concilio tuvo un verdadero carácter político, puesto que en él, á instancia del metropolitano de

(1) «Tenía tanta animosidad, añade, en su corazón contra el nombre católico, que podía dudarse de si era príncipe de su nación ó de su secta.»—SIDONIUS: lib. VI, epíst. 7.

(2) *España Sagrada*: tomo VI, pág. 136.

Tarragona, se fulminaron censuras contra Estéfano, que había sucedido á Téudis en el gobierno y administración de España, por la menor edad de Amalarico. Los obispos deliberaron y determinaron privar al tutor ó regente de la gobernación del reino, porque cumplía mal con su elevado cargo, absolviendo á los súbditos del juramento de fidelidad y de obediencia que tenían hecho á su favor (1).

531. Ya mayor de edad Amalarico, tomó las riendas del Estado, y para afianzar la paz con los hijos de Clodoveo de Francia, casó con Clotilde, hija de este también, la cual le llevó en dote la ciudad de Tolosa.

Sin embargo, cuentan varios historiadores que, como la princesa era muy católica, se suscitaron grandes desavenencias entre los dos esposos, llegando Amalarico hasta á maltratar á su consorte de tal modo, que un día le dió un golpe en la frente con el puño de su espada. La infeliz Clotilde restañó con su pañuelo la abundante sangre que brotaba de la herida, y lo mandó con una carta á su hermano Childaberto, rey de los francos. Enfurecido éste, trató de vengar á su hermana, y reuniendo un grueso ejército, penetró en Cataluña, pasándolo todo á sangre y fuego; pero lo hizo con tanto secreto y diligencia en el Ampurdán y aún en Gerona, que se presentó ante los muros de Barcelona, sin que los parciales de Amalarico se hubiesen apercibido de ello, ni tenido tiempo de aprestarse para la defensa. Fué tomada la ciudad y muerto el rey de los visigodos. Childaberto volvióse después á Francia, llevándose á su hermana, la cual murió antes de llegar á París.

533. Después de un interregno de algunos meses, la raza de los ostrogodos vino á ocupar el sòlo de los visigodos, cuya línea terminó con la muerte de Amalarico.

Téudis, antiguo tutor ó regente de este monarca, entró á sucederle, por elección, en los reinos de España y señorío de Cataluña. En los primeros años (534 y 35) de su reinado lo fueron de cruel hambre para los pueblos catalanes, por cuyo motivo, dicen diversas crónicas que varias gentes abandonaron su patria.

567. Algunos años más tarde, con la muerte de Atanagildo, sucesor de Agila, y éste de Teudisela, que á su vez lo había sido de Téudis, dejó Barcelona de ser capital de los visigodos, trasladando Liuva la corte á Toledo.

586. A Leovigildo, hermano y co-reinante de Liuva, y de quien se dice que fué el primero de los reyes godos que se cubrió con el manto régio y prohibió las insignias reales usadas en otros países, el cetro y la corona, sucedió Recaredo, cuyo reinado es célebre en los fastos del catolicismo. Uno de sus primeros actos fué confirmar y profesar él en público la fé católica, abjurando el arrianismo en el Concilio tercero

de Toledo, celebrado en 589 (1). Desde aquella fecha España fué católica, por cuya sacrosanta religión ha combatido y alcanzado grandes victorias.

Por aquellos tiempos era tan grande la devoción que en España se tenía al glorioso mártir San Félix, que Recaredo, hallándose en la ciudad de Gerona, fué á visitarle, y quitándose la corona de oro con que ceñía sus sienes en los días de mayor regocijo, la colocó en el sepulcro del santo, como ofreciéndole y consagrándole la soberanía y majestad real de que se hallaba investido.

672. Más de un siglo trascurrió sin que la historia haya consignado nada notable acerca de los hechos ó acontecimientos que durante aquel período sucedieron en Gerona hasta el reinado de Wamba.

Había muerto Recesvinto sin dejar sucesión, y por primera vez hubo necesidad de recurrir á la súplica y á la amenaza para lograr que se aceptase la dignidad real. Los magnates godos, reunidos en la aldea de Gertijos, eligieron y proclamaron por rey á Wamba, quien se negó á recibir la corona hasta que se le obligó á aceptarla por fuerza.

Apenas, pues, había subido Wamba al sòlo de Recaredo, cuando tuvo noticia de que Hilderico, conde gobernador de la Galia gótica, se había alzado con toda la tierra, robándola y talándola, y dando entrada en ella á algunos judíos que habían sido desterrados de los dominios de los godos. El nuevo rey juntó un grueso ejército, y nombrando por general á Paulo, griego de nación y capitán muy experto y entendido, le mandó á la Galia gótica, con título y nombre de procurador de Aquitania para que recobrase el señorío del país y castigase á los rebeldes.

Pero Paulo, abusando de la confianza de su monarca, en vez de cumplir fielmente con su encargo, concibió la idea de sosegar el país y luego alzarse rey de él. Para lograr este objeto, empezó por enfriar el entusiasmo de sus tropas, deteniéndose cuanto podía en el camino y dilatando después el salir al campo contra los sublevados. Al llegar á Tarragona, hizo de su partido á Ranosindo, general en jefe de la provincia tarraconesa, y á Hildigisio, á cuyo cargo estaba la administración de justicia en la misma provincia, y los cuales le prometieron su favor, y se concertó el modo de poner en ejecución tamaña villanía. Al pasar por Gerona, mostrándose hasta sacrilego, quitó del sepulcro de San Félix la rica corona de oro que había regalado al santo el piadoso Recaredo, y con ella se hizo ungir rey de España y de la Septimania. En breve prestaron obediencia al rebelde Paulo las ciudades de Tarragona, Barcelona, Gerona, Vich y Perpiñan, arrastrando ellas á los demás pueblos de Ca-

(1) El memorial que Recaredo y su esposa dieron al Concilio, era muy largo y estaba firmado del rey y de la reina por estas palabras: «Yo el rey Recaredo, reteniendo en mi corazón, y confirmando con la boca esta santa fé y verdadera confesión, la cual por todo el mundo confiesa la única iglesia católica, ayudándome y defendiéndome mi Dios, la firmé con mi mano derecha.—Yo Belda, gloriosa reina, firmé con mi mano y de todo mi corazón esta fé, que he creído y recibido.»—AMBROSIO DE MORALES.

(1) Para comprender lo común que era en los Concilios el tratar altas cuestiones de política, bastará recordar que en el quinto de Toledo, privaron al rey *Suintila* de la esperanza de recobrar el trono, y á toda su descendencia de suceder en él.

taluña. Morales añade, «que el orgullo movió al general traidor para enviar á desafiar al rey Wamba con cartel formado, en que con gran follonía le motejaba de ser más cazador que guerrero» (1). La nueva de la traición de Paulo y su desafío de guerra lo tomó el rey estando cerca de Vizcaya, y desde luego, acabando de sujetar á los navarros, se vino á Cataluña por Calahorra y Huesca, y al llegar al Ebro repartió su ejército en tres campos: al uno mandó que se dirigiera hácia el lugar de Castrolibia, cabeza de toda la provincia Ceretania que se extendía por los Pirineos, en la comarca de Perpiñan; el segundo, quiso que entrase por la Ausetania; el tercero, ordenó que marchase siempre por la costa. Wamba se quedó en la retaguardia con buena gente, para poder proveer en cualquier suceso á los que iban delante.

Cuentan las crónicas, que al saber Paulo que el rey se dirigía á Cataluña, escribió en seguida una carta al obispo de Gerona, que lo era entonces Amador, animándole de esta suerte: «Suénase que Wamba viene con ejército contra mí. Mas no desmaye por esto tu corazón, que yo no creo que se atreva; y si por acaso viniese, yo mismo sería contigo en esa ciudad para defenderla. Al fin, al primero de los dos que ahí llegare con ejército, á aquel tendrás por señor y le mantendrás fidelidad.»

Esto lo decía Paulo con la idea de que él llegaría antes que el rey á Gerona; pero fué todo lo contrario. Habiéndose apoderado Wamba sin resistencia de la ciudad de Ausa y de otros varios pueblos de Cataluña, se presentó delante de Gerona, que inmediatamente le abrió también las puertas. Fué á ver en seguida al rey el obispo Amador, rindiéndole pleito-homenaje y enseñándole la carta del rebelde general. Habiéndola leído aquel, dicen las crónicas que exclamó: «Paulo profetizó de mí.»

Todos los autores están acordes en que la entrada de los ejércitos reales en Cataluña, se hizo como en país enemigo, cometiéndose toda clase de excesos y tropelías, de modo que, según afirma Pujades, á no haberlo remediado el mismo rey Wamba, hubiera más valido estar con los soldados del tirano Paulo que con los de su señor natural; pero castigados severamente tamaños abusos, se puso coto á las demasías de la soldadesca.

Dos días se detuvo á descansar Wamba en Gerona, al cabo de los cuales emprendió con su ejército la

marcha hácia los montes ante-Pirineos, que los pasó sin ninguna resistencia.

Recobrado al fin todo el territorio de que se había apoderado Paulo, el rey se volvió á Toledo, pasando, al parecer, por las poblaciones mismas que á la ida, llevando preso al rebelde general, á quien se había rapado la cabeza y ceñido las sienes con una corona de cuero negro, como en castigo en humillación por sus traiciones y felonía en pretender usurpar el poder real. Repuso Wamba el país en el pie en que estaba antes de sublevarse, nombrando gobernadores y jueces nuevos y haciendo restituir al sepulcro de San Félix de Gerona la diadema de oro que había arrebatado Paulo para hacerse coronar.

674. Dos años después de los sucesos que acabamos de referir, Wamba cortó las ruidosas cuestiones suscitadas entre los obispos, acerca de los límites de sus respectivas jurisdicciones, señalándolos á cada diócesis.

La de Gerona, dependiendo de la metropolitana de Tarragona, llegaba desde Palamós hasta Justamant y desde Ventosa hasta Paveras.

703. Había ya bajado al sepulcro el pio y bondadoso Wamba, habiéndole sucedido primeramente Herwigio y luego Egica cuando subió al trono Witiza, monarca de torpes y livianas costumbres, que corrompió el reino de tal manera, que vino á prepararlo para ser subyugado por otros pueblos que, á manera de tempestad, se habían ido reuniendo y juntando en los desiertos de Oriente, y que en los últimos años de aquel buen rey amenazaban ya invadir á España. «La nobleza de los godos, la religiosidad de los sacerdotes, la honestidad de las mujeres, todo se estragó, tomando él (Witiza) para sí muchas concubinas y consintiendo que en su reino hiciesen lo mismo, así los legos como los clérigos, obispos, abades, sacerdotes, monjes y otros eclesiásticos. Dió públicamente licencia para que todos, así legos como eclesiásticos, tuviesen tantas mujeres como quisieran... Y porque muchos santos obispos con los sermones, actos de virtud y ejemplar vida, resistían á tantos vicios y pecados, mandó con pena de la vida (como se saca del obispo de Tuy) que ninguno obedeciese al Papa ni á sus santos mandamientos.» Hé aquí con qué colores pinta Pujades el desenfreno de costumbres de Witiza y de su corte, agregándose á esto el llamamiento á España de judíos, á quienes favoreció con grandes exenciones y privilegios.

710. Siete años más tarde entró á suceder á Witiza, Rodrigo, último monarca de la dinastía visigoda.

Antes de cerrar el capítulo, no podemos pasar en silencio un hecho notable para la historia de Gerona.

Nada nos dicen las crónicas acerca de los sucesos ó acontecimientos que tal vez ocurrieron en esta ciudad, bajo el reinado de Witiza, durante el cual Gerona batió moneda. No sabemos qué hecho pudo dar origen á semejante honra. En otro lugar nos ocuparemos de ello, haciendo la descripción de los ejemplares que hemos visto. Por el contexto de la leyenda de aquellas monedas se deduce que fueron acuñadas durante los primeros años del reinado de aquel mo-

(1) Pujades dice que omite poner este cartel, porque lo conceptúa *pasaje de libro de caballería*. Morales y Vilalámor lo transcribieron como lo transcribimos á continuación, traduciéndolo nuevamente del latín: «En nombre de Dios. Flavio Paulo Sindo, Rey de lo oriental, á Wamba, Rey de lo del Mediodía. Si has penetrado por las asperezas de los montes inaccesibles; si como león hambriento has despojado las umbrósas selvas; si has vencido en ligereza á los ciervos y venados; si has exterminado á los jabalíes y á los osos devoradores; si acabaste ya con la ponzoña de las víboras y culebras, avísame, Rey de los bosques y señor de las montañas, puesto que si has llevado á cabo todas estas hazañas, y tienes valor para verte conmigo, ven: date prisa á llegarte hasta las gargantas de los Pirineos, que aquí me encontrarás con los míos, con quienes podrás hacer mejor guerra que con las fieras.»

marca, puesto que en un principio Witiza dió pruebas de benigno y clemente, revocando los destierros á muchos de los que su padre Egica habia expulsado de España, perdonándolos, quemando los procesos y reintegrándolos en sus empleos y honores con restitucion de sus bienes; con lo cual todos los vasallos se prometieron un rey bueno, justo y piadoso. *Gerunda pius* (piadoso con Gerona), dice la leyenda del reverso de la moneda: ¿con qué y por qué se mostró piadoso Witiza para los gerundenses?

CAPÍTULO III.

Invasion de los árabes.—Su establecimiento en la provincia.

Los antiguos árabes, llamados así de la dilatada region que habitaban entre la Persia, la Siria, el Egipto y la Etiopía (1), formaban tres grandes grupos, dedicándose unos al cultivo de los campos del Yemen, otros á la custodia de sus rebaños, que conducian errantes por los cerros del Hedjaz, y los restantes se ocupaban, por decirlo así, en vivir á costa ajena, entregándose al pillaje. La religion de todas aquellas kabilas era el sabeismo, teniendo cada una su divinidad especial en el firmamento adorando al sol, á la luna ó á cualquiera de los planetas. Hasta pocos años ántes de la venida del falso Profeta, conservaron su vida nómada y patriarcal que habian recibido de sus abuelos, los hijos de Ismael, gobernándose por reyes de taifas ó régulos.

572. Mohammed-ben-A'bdel-Allah-Al-Qorayschy (Mahoma, hijo de Abdallah, de la tribu de Horaysch) nació el 16 de julio de 572, en la Meca, ciudad de Hegiar, célebre por su templo Alharan, fundado por Ismael, segun expresa la tradicion. Hijo fué de una de las más antiguas y nobles familias de la expresada kabila ó tribu, puesto que su abuelo Abdelmotaleb (A'bad-al-Motaleb), nombrado jefe de todas las tribus rechazó á los reyes de los etiopes, que habian intentado la conquista de la Arabia. Los historiadores árabes refieren fielmente la genealogía de este caudillo desde Ismael, hijo de Abraham.

(1) «Por el nombre de su patria se llaman árabes; por el de su maestro, mahometanos; por los de Ismael y Agar, sus progenitores, se llaman árabes y agarenos, y porque viniendo á nuestra Península, salieron de la Mauritania, les apellidamos moros. Del nombre que tienen de sarracenos, no se sabe con certeza el origen, pues unos (aunque sin fundamento) lo derivan de Sara, esposa de Abraham; otros de sarac, que significa robar; otros de la voz arábica *Scharh*, sinónimo de Oriente; quién del verbo *sharac*, que es mezclar; quién de *saraini*, lo mismo que campesinos; quién de *sahara*, que dicen significa desierto; y quién de *Saraca*, nombre propio de un pequeño lugar de Arabia.—MADRU: *España árabe*, lib. I.

«Islam, así se llama la creencia de los mahometanos: la voz significa y se declara por confianza, seguridad y resignacion en la voluntad de Dios, manifestada en su Alcoran; y de esta voz nace el llamarse *muslimes* los sectarios de Mahoma.—CONDE: *Historia de la dominacion de los árabes en España*.

622. Más tarde, Mahoma se fugó disfrazado de la Meca, á consecuencia de quererle matar sus enemigos, que hallaron mal que solicitase el empleo vacante de guardian de la piedra santa de la Meca, y se guareció en Jatreb, donde logró bienquistarse con los principales habitantes de aquella ciudad. Desde aquel dia (16 de julio) los árabes empezaron á contar, por orden del califa Omar en 639, los años por *hechra ó égira*, que es lo propio que decir fuga; y la ciudad de Jatreb fué llamada *Medina el Nabi*, ciudad del Profeta.

«No hay más que un Dios, y Mahoma es su Profeta:» tal es la base del islamismo, que consideran los mahometanos como el complemento de la ley de Moisés y de los preceptos de Jesus, y cuyas doctrinas religiosas no son sino preceptos morales adaptados á las ideas, á las preocupaciones ó inclinaciones de los pueblos orientales (1).

Dotado de un génio extraordinario y de una osadía sin límites, Mahoma logró en poco tiempo, fundando una religion y un imperio, cambiar la faz del mundo. Su primer triunfo fué dar unidad al culto, destruyendo las divinidades de sus mayores. Establecido el principio religioso, que impuso hasta con la fuerza de las armas, sus doctrinas le sirvieron de escabel para escalar el trono y confundir en sus sienes la corona con la tiara. Profeta y rey, pontífice y legislador, legó á sus adeptos una patria llena de vida y esperanzas. Al morir, sus discípulos (muslimes) nombraron de comun acuerdo seis compromisarios para que eligiesen el *califa (khalife)* ó sucesor del Profeta.

Ocupó este lugar Abu-Bekr (*padre de la Virgen*), quien ansiando extender la nueva religion, escribió una proclama que remitió á todas las provincias de la Arabia, diciéndoles que habia determinado enviar á Siria gentes escogidas para sacar aquel país del poder de los infieles, y prometiéndoles grandes premios en el paraíso, si trabajando por la propagacion del Islam, obedecian á *Alhá* (Dios) y las intenciones de su Profeta. Fué tan grande el entusiasmo que en los árabes produjo este llamamiento, que á porfía y sin dilacion acudieron de todas las tribus, atravesando las arenas llanuras del Hegiar, abandonando sus rancherías y aduares los que poblaban los valles del Yemen, y los pastores sus montañas de Oman. Muchedumbre inmensa, todos voluntarios y tan pobres de armas y vestidos, como ricos de fervor religioso, fueron á acampar bajo los muros de la ciudad santa

(1) «Mahoma compuso su religion de la mezcla de las más difundidas en la Arabia, la judaica y la cristiana; y del propio modo que el fundador del cristianismo habia anunciado que no venia á destruir, sino á realizar la ley de los hebreos, Mahoma anunció que venia á dar cumplimiento á aquellas dos leyes, y conservó á Jesus el nombre de profeta, como Jesus lo habia conservado á Moisés. Las bases fundamentales de su culto fueron la adoracion de un Dios único y omnipotente y la más completa sumision á sus preceptos; la caridad para con los hombres, ejercida especialmente por medio de las limosnas y de la hospitalidad; y finalmente, los premios y castigos en la otra vida. Abolió á estos dogmas principales algunas prácticas de policia general, tales como las abluciones diarias y la peregrinacion anual á la Meca para utilidad de su patria.—MR. VIARDOT: *Hist. des arab. et des mor. d'Espagne*.

(Medina), confiando en las promesas y triunfos de las primeras guerras del Profeta.

El mando de aquellas temibles huestes se confió á Yezyd-ben-Abi-Sofian, ordenándole pasar á la conquista de Persia y de Siria. Aquel ejército de apóstoles armados partió de Medina, lleno de entusiasmo guerrero y de celo religioso, y en breve los pendones musulmanes ondearon en los soberbios alcázares de los poderosos reinos, cuya sumision se les habia designado.

Con increíble rapidez extendieron los musulimes sus conquistas en el Asia y en el Africa. De la Persia penetraron en las Indias y hasta en la Tartaria; del Egipto pasaron á la Mauritania, apoderándose sucesivamente de la antigua Cyrena, del país de Cairvan, de Barca, de Cartago, Tánger (1) y la provincia Occidental, que constituye actualmente el imperio de Marruecos.

Los naturales del país (*Berbers*) berberisco opusieron una larga resistencia, pero al fin quedaron subyugados por Muza-ben-Nozeir, conquistador de todo el Al-Magreb, ó tierra de Occidente, que así llamaban los árabes al Africa por su posicion relativamente á la Arabia, por cuyo hecho recibió de Al-Walid, undécimo califa de Damasco, el título de walí (gobernador), con el gobierno supremo de toda el Africa setentrional. Con su dulzura y buena administracion, logró Muza (*Múzay*, Moises), convertir á las kabilas, convenciéndolas de que eran *Aulad-Arabi* ó hijo de los árabes, y haciéndolas abrazar el islamismo y la ley de Al-Koran (2). Los berberiscos, mezclados despues con las tropas victoriosas, vinieron á ser los más poderosos auxiliares en las sucesivas conquistas de los árabes.

Se hallan ya estos en los confines del Africa, y sólo los separaba de Europa una simple cinta de agua.

Desde los ajimezes de su palacio de Tánger, Muza veia extenderse las dilatadas regiones de Al-Andalus (España), y la ambicion le inspiró la idea de salvar el estrecho de mar llamado *Alzakah* (de las angosturas), para proseguir la obra comenzada por el Profeta. Parece ser que mientras el walí estaba urdiendo sus planes de invasion, vinieron á auxiliarle los mensajeros de la venganza y de la traicion llegados de allende el Estrecho. Los enemigos del rey Rodrigo hicieron á Muza una bella pintura del país de los españoles, y el jefe sarraceno, que era emprendedor y ambicioso y que se veia rodeado de las inquietas kabilas berberiscas que no querian otra ocupacion que la de la guerra, se decidió á aceptar el apoyo que le ofrecieron el odio y la deslealtad de los infieles traidores á su patria.

(1) Tánger entre los árabes era conocida por Tanja, antiguamente por Tangis.—CONDE: *Historia de la dominacion de los árabes en España*.

(2) *Al-Koran* (Alcoran) es lo mismo que lectura ó Biblia de los árabes. Se le nombra tambien entre ellos *Kitab-Allah* (libro de Dios), *Kelaf-sheryf* (palabra sagrada), *Zenzin* (libro de lo alto), *Dhikr* (amonestacion), *Mos'af* (tomo), etc. En su gran parte contiene los *Hadyz*, ó leyes orales que el Profeta dió á sus *assabs* (discípulos).

A su vez habia tambien sonado la hora fatal para el imperio godo, y España debia volver á ser teatro de nuevas luchas.

710. Circunstancias muy favorables proporcionaron, en efecto, á los árabes la conquista de la Península. En la época á que nos referimos, la nacion española estaba muy trabajada por la mala administracion de Witiza, que descendió del trono, lanzado de él por una asamblea que le privó del gobierno, á causa de sus torpes y livianas costumbres, decretando su destitucion y la eleccion de Rodrigo, jefe de la liga victoriosa. Por lo que se deduce de la crónica de Isidoro Pacense en la revolucion que arrancó de las sienes de Witiza la corona para ceñirla á Rodrigo, tomaron parte los naturales españoles, ó romanos, como los llamaban los godos, por no ser de su origen. En efecto, el primero se habia señalado por un gran exclusivismo en favor de los godos, agriando continuamente á los indígenas.

Ademas, debe tenerse presente que Rodrigo descendia de Chindasvinto, y Witiza de Wamba, dos partidos que se odiaban de muerte.

Sin embargo, al decir de ciertas crónicas, nada mejoró la suerte de España con la exaltacion de Rodrigo al trono. Por el contrario, siguieron aquejándole los propios males que ántes, pues que el nuevo monarca se hallaba tambien entregado á livianas costumbres (1).

Rodrigo, ademas, no supo ó no pudo acallar las discordias que en el reino suscitaban los hijos de Witiza, Sisebuto y Ebos, auxiliados por su tio Oppas,

(1) Diversos autores defienden á Witiza y aun á Rodrigo, diciendo que los vicios que se les atribuyen son patrañas y calumnias sacadas de los poetas y escritores árabes. En el último tercio del siglo pasado Masleu y Mayans rompieron lanzas en vindicacion de la honra del primero de aquellos monarcas, al cual el Nestor de la literatura española, como le llama el autor del *Nuevo viaje á España en 1777 y 1778*, pintó como un rey benéfico y justo. Sin embargo, atendiendo á la antigüedad de los mismos autores españoles que hablan del tiempo de estos dos monarcas y aún de la constante tradicion que sobre los mismos se ha ido difundiendo, dá á creer que, si no todo, gran parte de lo que se les atribuye era real y efectivo. La guzla de los árabes y el laud de los juglares y trovadores pudieron abultar, si se quiere, los hechos; pero en el fondo de sus cantos y romances habia mucha verdad. La deshonra de la hija del conde Julian, llamada la Cava (en árabe, mala hembra), y el nombre de Alifa aplicado á su doncella, dícese que prueban que es una ficcion árabe, conservada por tradicion y recogida como muchas otras por las crónicas españolas; ¿por qué, pues, se da crédito á otros hechos tal vez más inverosímiles que este sin otro apoyo que el dicho de los árabes? No pretendemos que se acoja como verdadero un hecho que los historiadores modernos rechazan por falso; pero ¿no es natural y casi puesto en razon que, admitida la traicion del conde Julian, este tuviera ó alegara á Muza un grande motivo de agravio contra Rodrigo, para decidirse á abrirle las puertas de la Península y aún prestarle su apoyo para emprender la conquista? Con mayoría de razon, en cuanto el monarca contaba con la amistad y apoyo del conde Julian, y cuando no se sabe qué pudo impulsarle á ser traidor á su patria y á su rey. El escritor árabe, mucho más moderno, Al-Makkari, niega tambien los amores de Rodrigo y de la Cava. El monje de Silos fué el primero que entre los cristianos la difundió como hecho histórico.

arzobispo de Sevilla, para derribar el partido dominante. Sordamente excitaban el descontento público, preparando una abierta revolución, cuando el conde Julian, gobernador de Ceuta (1), plaza litoral de la Mauritania, que se cree pertenecía á España desde Sisebuto, y que la había defendido contra los ejércitos musulimes, queriendo vengar agravios de su rey, la entregó á Muza, instándole vivamente á emprender la conquista de España. El walf, que no deseaba otra cosa, escribió al califa Walid (Al-Valyd), que ocupaba el trono de Damasco (2), rogándole que le permitiese llevar las armas y la fé del Profeta á un país que se le pintaba como «superior á la Siria, por la bondad y belleza del cielo y de la tierra; al Yemen (Arabia Feliz), por la benignidad del clima; á las Indias, por sus flores y perfumes; al Hejaz (Egipto), por la abundancia de sus frutos, y á la China, por sus metales preciosos.» Entusiasmado el califa, que preveía cumplida la promesa del Profeta á sus discípulos, de ver unidos el Oriente y el Occidente, otorgó á Muza el permiso que solicitaba. Desde luego, para asegurarse el walf de la fidelidad de las relaciones del conde Julian, envió á *Tharif-Aben-Malek*, uno de sus más valientes oficiales, con quinientos hombres (cien árabes y cuatrocientos berberiscos) en cuatro barcas, á hacer un reconocimiento de exploración. Esto era en la égrira 91 (10 de julio de 710 de Cristo). Desembarcó la flota en la orilla opuesta, en la punta donde más tarde se levantó Tarifa, y apoderándose de varios ganados y haciendo algunos cautivos, se volvió á Tánger.

711. Animado Muza por el feliz éxito de su primera empresa, no titubeó en realizar sus intentos. Por el mes de abril del siguiente año, mandó una segunda flota al mando de su teniente Tharik-ben-Zyad, y guiándola el mismo vengativo conde Julian, desembarcaron esta vez en *Alghesirah Al-chadra* (Al-Djezyrah al Khadra, *isla verde*), pasando á atrincherarse en el monte Calpe, que entonces tomó el nombre de *Gebal-Tharik* (monte de Tarik), ahora Gibraltar.

El conde Teodomiro, á quien los árabes llaman Todmir, jefe de la provincia bética, que infructuosamente se había opuesto al desembarco de los musulimes, reunió algunas tropas y se dirigió contra el invasor. Este, á la aproximación del enemigo, hizo pegar fuego á las naves que lo habían conducido, para que sus soldados perdiesen toda esperanza de fuga, y se arrojó sobre las huestes godas, que queda-

ron completamente vencidas. Los árabes, aprovechando esta victoria, emprendieron la conquista de la Península, apoderándose en breve de Cádiz, Sidonia y de todo el litoral, hasta el Guadiana (Al-Vady-Anas, *el río Anas*). Al cabo de poco tiempo tuvo lugar la célebre batalla de Guadalete (Al-Vald-al-Lette, *rio del Leteo*), cerca de Jerez de la Frontera (1), donde con Rodrigo sucumbió el imperio de los godos, al cabo de tres siglos que estos invadieran la España por el lado opuesto. Los musulmanes eran en número de unos treinta mil combatientes, y los cristianos contaban con triplicadas fuerzas; pero les faltaba el celo y el patriotismo que sobraba á aquellos, y tenían además sobre sí las traiciones del conde Julian y del pérfido arzobispo Oppas (2).

(1) El escritor holandés Mr. Reinhard Dozy, en su *Histoire des musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les Almoravides*, dice que la batalla en que fué vencido por los árabes el último rey de los godos, se dió junto al Salado y no junto al Guadalete. A pesar del reconocido criterio y vasta ilustración de Mr. Dozy, no podemos menos de manifestar que no nos hallamos conformes con sus asertos. Si la índole de esta obra nos permitiera entrar en el examen detallado de este hecho, nos parece que habíamos de convencer al entendido escritor de Leide.

(2) Hace observar Mr. Viardot, que los historiadores árabes, sólo hacen subir á veinte mil hombres el ejército de Tharik, y que el obispo de Orense, Servando, preceptor de Rodrigo, y testigo ocular, dice que constaba de diez mil infantes y treinta mil caballos.

Sin embargo, parece que los árabes apenas tuvieron caballos hasta después de la batalla de Guadalete, según se desprende de un pasaje de cierta crónica árabe que se conserva en la biblioteca imperial de Francia, escrita por un autor anónimo, hacia fines del siglo X, pero que por tener tal semejanza con la historia de los reyes de Córdoba, compuesta por Ahmel-Ar-Razi (que vivía aún en el año 325 de la égrira, ó sea en el 936 de Cristo) y continuada por su hijo Isa, hasta los tiempos de Hixem II, hace creer que no es más que una copia literal de la misma.

Hé aquí cómo se expresa dicho pasaje, dando pormenores acerca de la toma de Ecija, que siguió inmediatamente después de la batalla de Guadalete:—Y envió (Tharik) á Mogueitz el Rumí (a), liberta de «Al-Wali-ben-Ablo-l-Malek sobre Córdoba, la cual era á la sazón la mayor de sus ciudades, y hoy día es la *Casba* (b) de España y su *cairoocan* (c), y la silla de su imperio. Iba Mogueitz con setecientos «ginetes, que no envió Tharik con él peon alguno, habiéndose los musulimes todos montado á costa de los infieles.»—Los berberiscos, pues, que vinieron con Tharik, á quien suelen confundir algunos cronistas con Tarif, el que desembarcó un año antes en el punto que se llamó después Tarifa, eran en su mayor parte gente de á pié; y no pudo ser de otro modo, no teniendo entonces los árabes marina para transportar á España los treinta mil caballos que les da Servando. Según se desprende de Al-Makkari, todos ó casi todos, se hallaban montados después de la batalla de Guadalete.

(a) *Rumí* equivale á cristiano renegado. Más tarde se dió este nombre al conjunto de razas que componían el pueblo español, como romanos, godos ó indígenas. Después se les denominó *Mozárabes*, ó sea cristianos que viven entre los árabes.

(b) La *Casba* ó alcazaba, como nosotros decimos, es el centro de la ciudad, la parte más noble de ella, donde reside de ordinario el rey ó gobernador.

(c) *Cairoocan*, es decir, capital ó metrópoli, es el nombre de una ciudad fundada por Ocha-ben-Nafé, uno de los conquistadores de Africa, la cual fué por mucho tiempo capital de las posesiones árabes en aquella region. No debe confundirse con la palabra *Medina*, pues que esta se aplica sólo á la capital ó ciudad principal, ó bien cabeza de alguna provincia ó distrito.

712. Varios historiadores cuentan que, á pesar de haber recibido orden de Muza de detenerse en su conquista, Tharik siguió apoderándose de varias poblaciones españolas, cayendo en su poder Málaga, Ecija, Córdoba, y al fin Toledo, la capital de los reyes godos; hasta que el walf de Africa, deseando tomar parte personal en la conquista, desembarcó en la ribera occidental de Andalucía, á la cabeza de diez y ocho mil caballos, y en breve se hizo dueño de Sevilla y de Carmona, y pasando por el Guadiana, sometió la Lusitania meridional, luego Estremadura, y mas adelante obligó á que se le rindiera Mérida, en cuya plaza se habían refugiado la viuda de Rodrigo y varios de los principales godos de su corte (1).

713. Después de haberse apoderado de Murcia, Valencia y de toda Castilla y Andalucía, los dos ejércitos mandados por Muza y por Tharik vinieron á reunirse ante los muros de Zaragoza, que hubo de rendirse, habiendo sido tratada esta ciudad tan severamente, que se vió precisada á despojar sus templos para pagar el rescate que se exigió á sus habitantes. En seguida Muza llevó sus armas hácia Cataluña, y el estandarte musulman ostentó en breve su *mano*

(1) D. Pascual Gayangos, en una «Memoria sobre la autenticidad de la crónica denominada del Moro Rasis,» al hablar de los tres historiadores que brillaron en Córdoba con el apellido de Ar-Razi, de donde aquel procede, y del libro que, con el título *El libro de las banderas*, dejó escrito el que murió en el mes de octubre de 886, pone la siguiente curiosa nota, intercalando el texto árabe: «En la relación del viaje y embajada hecha en tiempo de Carlos II por un ministro del emperador de Marruecos, enviado á España para tratar de la paz, se halla cerca de este *Ar-Razi* (el primero del mismo nombre) una noticia muy importante que no podemos pasar en silencio. Al tratar de Tarifa, punto donde desembarcó el embajador, refiere la entrada de Tarif, que, como es sabido, fué distinta y precedió de un año á la de Tharik; tomando de aquí pretexto para introducir en la mera narración de un viaje ó itinerario desde aquel puerto á la corte, pasando por Sevilla y Córdoba, un sinfín de noticias á cual mas curiosas, sacadas de libros que nos son enteramente desconocidos, pero que sin duda eran comunes en su tiempo. Tratando, pues, de Algeciras y de su mezquita, llamada en otro tiempo de «las banderas,» explica el origen de dicho nombre y en seguida añade:—Dice Mohammed-ben-Mozeyn: «Hallé en la biblioteca de Sevilla, año 471 en días de Ar-Radh, el hijo de Al-mótamed, un pequeño volumen, compuesto por *Mohammed-ben-Musa-Ar-Razi*, é intitulado «El libro de las banderas.» En el cual libro trata de cómo entró Muza-ben-Noseyr y cuántas banderas entraron con él en España de los corayxitas y otros árabes. Enuméralas el autor, y dice que eran mas de veinte, á saber: dos de ellas eran del mismo Muza-ben-Noseyr; la una se la dió el príncipe de los creyentes, Abdo-l-malek-ben-Al-Walid, cuando le confirmó en el gobierno de Ifrykiyá (el Africa oriental) y las regiones situadas mas allá; y la otra se la dió el príncipe de los creyentes, Al-Walid-ben-Ablo-l-malek cuando le confirmó en el gobierno del Africa oriental y demás países que conquistase hasta Al-magreb. Otra tercera bandera era la de su hijo Abdo-l-aziz, el que entró con él en España, y las demás eran de los corayxitas (caudillos árabes), y principales gobernadores que vinieron con él.»—También trata Ar-Razi en su libro de otras familias que entraron con Muza y no traían bandera. Y mas adelante: «Y dicen que la reunión de los caudillos (para deliberar) en aquel honrado consistorio se verificó en el sitio mismo de la mezquita de las banderas en Algeciras, la cual se llamó desde entonces así, y que

roja empuñando la llave azul (1) en los muros de Tarragona, Lérida, Barcelona y Gerona. El ejército de Muza-ben-Noseir puso en obediencia del Islam las ciudades de Barcelona, Gerunda y Empuria, y otras de los montes orientales. Cuenta Novairi «que pasó á tierra de Afranc y ocupó Medina Narbona, y halló allí siete ídolos de plata á caballo, que estaban en un templo.» Así se espresa Conde, al decirnos que las huestes del walf entraron sin resistencia desde Wesca (Huesca) hasta los montes de Afranc (Pirineos orientales), quedando los moradores de todas estas poblaciones, bajo la fé y amparo de los musulimes, dueños pacíficos de sus bienes.

Así, pues, en 714 los árabes eran ya dueños de toda la Península, habiendo empleado en su conquista dos años. Mr. Viardot dice que para concebir cómo pudieron los árabes apoderarse de la España con esa prodigiosa rapidez de que se habian valido para conquistar el Oriente, es preciso observar que solo tenían que disputar la posesión de esta comarca á los godos, quienes la habian tomado á los romanos, como estos á los cartagineses. En cuanto á la raza indígena de los iberos, añade aquel historiador, habituada hacia largo tiempo al yugo de señores extranjeros, no tomaba parte directa en la defensa de un suelo de que se hallaba desposeída.

¿En qué datos se afianza semejante aserto? ¿No es mas posible que apoyasen á los godos, cristianos al fin, cuando hay fundamento para creer que en gran parte prestaron su auxilio para elevar al trono á Ro-

*por esta razón Ar-Razi intituló su obra «El libro de las banderas.»—MEMORIAS DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA: tomo VIII.

Hé aquí cómo en el año 1153, el distinguido geógrafo árabe Xerif Aledris, conocido por el Nubiense, describió el hecho de la congregación de las banderas en Algeciras, viniendo á comprobar la relación de *El libro de las banderas* de Ar-Razi: «...y de Gesira Tarif á Gecirat Alchadra diez y ocho millas; y sale de Algecira á Wadilnasa, y es río corriente; y de él á Algecirat Alchadra riega el río llamado Nahr Alaseli, y es dulce y de él bebe la gente de la ciudad y de Algecirat Alchadra; la primera que se le conquistó del Andalus (España) en el principio del Islam, y esto en el año 90 de la Egrira y la conquistó Muza-ben-Nasir de la tribu Merúan, y con Tharik-ben-Abd-Allah-ben-Wamu-Alzenety, y con él tribus de Albarbar; y fué esta Algecira la primera ciudad que se entregó en aquel tiempo; y en ella sobre la puerta del mar Mesguida, llamada Mesguida Arreyet, y se cuenta que aquí congregó las banderas del pueblo á consejo, y vinieron allí desde Gebal Tarik...»

De suerte que, á tenor de lo que espresan Ar-Razis y Xerif-Aledris, Muza y su hijo vinieron á España antes de lo que se ha dicho por todos los historiadores, emprendiendo ambos con Tharik la conquista de España, probablemente después de la batalla en que fué derrotado Todmir ó Teodomiro, gobernador godo.

(1) Las tropas de Tharik, al aborlar en el antiguo monte Calpe, adoptaron por estandarte una bandera de seda blanca, en cuyo centro se veía sobre un escudo de oro la *mano roja* empuñando la *llave azul*, imagen simbólica del libro que abre las puertas del mundo, puesto que también con su espada abrieron ellos á la ley del Koran las puertas del Occidente. Todavía en la puerta fortificada de la Alhambra de Granada, llamada *Puerta del juicio*, se ve sobre un escudo la *mano roja* y la *llave azul*.

drigo? Las únicas causas que contribuyeron tal vez á que entrasen los musulmanes en la mayor parte de las poblaciones, sin encontrar resistencia alguna, era la division de partidos que enervaba al país, las traiciones de los adictos á Witiza, y el terror que sembraron en los pueblos las primeras victorias de unas huestes aguerridas, acostumbradas á la fatiga, y que guiaba el ardor religioso por el falso Profeta.

Por lo que se desprende de un pasaje de la citada crónica arábica manuscrita de la Biblioteca imperial de Francia, se vé cuán grande fué el terror que infundieron en los pueblos las victorias de los musulmanes. Hé aquí cómo se espresa despues de explicar la toma de Córdoba: «Mientras esto pasaba en *Korthobah* (Córdoba), la division que Tharik enviara á Rayya (Málaga), se apoderó de su *medina*, escapándose á los montes inaccesibles de sus alrededores los cristianos que la defendian» (1). Do quiera, pues, que los agarenos introducian su espada, tenian allí seguro el triunfo. ¿Qué debía hacer Gerona, y qué otras poblaciones de menor importancia aun? Tarrasa y Ausona, dicen algunos autores, fueron tomadas por asalto y poco menos que arrasadas: ¿debía Gerona prepararse á sufrir igual suerte? Tal vez así habria sucedido, si se hubiese tratado de la defensa de los derechos de otro monarca. Gerona, que se vió honrada por Witiza, al concederle el privilegio de acuñar moneda, quizá por haberle sido adicta y fiel, seria no muy partidaria de Rodrigo, y oponiendo escasa resistencia á las armas que le derribaron del trono, abria sus puertas á los vencedores, mediante los pactos que estos solian hacer con otras ó con todas las ciudades, por los cuales los árabes se comprometian á no molestar á los habitantes sobre su religion, y á no incendiárlas las iglesias, mediante el pago de un crecido tributo.

En su ímpetu bélico, no contentos los árabes con haber llevado sus conquistas hasta los Pirineos, guiados por Muza, penetraron en la tierra de Afranc, adelantándose hasta Narbona y reuniendo un rico botin. Despues de esta escursión se volvieron, siguiendo hácia el golfo de Gascuña, hasta Galicia y el cabo Finisterre.

(1) Tambien esplica bastante el hecho ó rapidez con que los árabes conquistaron la Península, el auxilio que recibieron de los judíos, mostrándose estos sumamente ingratos á los dos últimos monarcas godos que les habian abierto las puertas de España. Hé aquí cómo lo indica claramente la continuacion del espresado pasaje del anónimo parisiense, que, segun dijimos anteriormente, no parece sino una copia literal de la obra de Ar-Razi: «Los vencedores marcharon en seguida á Elvira (Granada) á incorporarse con la division enviada á dicho punto, siendo luego sitiada y tomada su *medina* ó capital. Aquí hallaron los musulmes á varios judíos, á los cuales, segun costumbre, dejaron encomendada la guardia de la ciudad. Solian los musulmes, siempre que conquistaban algun distrito ó partido, en el cual hallaban judíos, reunirlos á todos en la *medina*, dejando con ellos una parte de la hueste, mientras que el resto marchaba á hacer nuevas conquistas. Así lo hicieron en Garnata, que era la capital de Elvira, si bien no pudieron hacerlo en Málaga, la *medina* de Rayya, por no haberse hallado allí judíos, ni pobladores, por haberse refugiado á la sierra...»

715. Los despojos que habian sido fruto de estas algaradas, encendieron mas las querellas y disensiones que los celos y la codicia habian puesto entre los dos jefes musulmanes, Muza y Tharik. Llamados ambos á Damasco por el califa Soliman, que habia sucedido á su hermano Walid, quedó emir (comandante ó gobernador) de España, Abdelaziz, el cual trasladó de Toledo á Sevilla la corte y el Divan (*al-Dynan*), ó consejo de los jefes y de los ancianos.

Habiendo casado Muza con Eguilona, viuda de Rodrigo, y á la cual llamaron los árabes *Ayela*, con el sobrenombre de Omm-al-Issam, ó la *Madre de los preciosos collares*, fué asesinado en su mismo palacio durante la oracion, por orden de Soliman. *Ayub* (Job), su primo, tomó interinamente el mando, trasladando la silla del gobierno de Sevilla á Córdoba.

CAPITULO IV.

Derrota de los musulmanes en Francia.—La reconquista.—¿Vino á Gerona Carlo-Magno?

Al consolidarse en España el gobierno de los árabes, se dividió la Península en cuatro grandes provincias: *al-Djuf*, ó el Norte; *al-Keblad*, ó el Mediodía; *al-Scharyyah*, ó el Levante; *al-Gharb*, ó el Poniente.

716. Al-Haor-A bd-al-Rhaman-al-Kayzy, nuevo emir enviado de Siria, en reemplazo de Ayub, sustituyó el terror á la dulzura de gobierno empleada por su antecesor, con lo cual parece que dió lugar á que se aumentasen los fugitivos que habian ido á buscar un asilo en las montañas.

718. No teniendo ya nada que conquistar en España, pasó Alhaor los *Djebal-al-Bortad* (montes de las puertas) ó Pirineos, y tomó á Carcasona, Nimes, Narbona (*Arbonah*) y toda la Galia goda, llegando hasta las orillas del Garona, de cuya expedicion se llevó tambien muy pingüe botin. Sin embargo, por sus exacciones y crueldades, fué depuesto por el califa, reemplazándole Al-Samah, llamado Zama por los antiguos cronistas. Desde el principio de su gobierno, reparó las injusticias y atropellos de su antecesor.

721. Completada ya por Al-Samah la conquista de la Narbonesa, llevó sus armas hasta Tolosa, donde fué derrotado y muerto por el ejército de Eudes, duque de Aquitania, en la batalla que se dió en 11 de mayo de 721 á las puertas de aquella ciudad.

Ambisa (*Ambesah*), su inmediato sucesor, fué celebrado por la justicia y la prudencia de su administracion, tratando con igual imparcialidad á musulmanes, que á cristianos y á judíos. Al regularizar la percepcion de los tributos, determinó que satisficiesen el quinto de los réditos todas las plazas tomadas á viva fuerza y el décimo las que se habian entregado sin resistencia, hallándose Gerona comprendida entre las de esta segunda clase. Sin despojar á nadie, repartió tambien á los sarracenos pobres todas las tierras libres ó baldías.

Los tres sucesores de Ambisa (*Yahhyay, Hodzayfah, O'tsman*) gozaron del mando muy pocos meses; el cuarto, Alaitam (*Alhaytsam*), se hizo odioso por su crueldad y avaricia.

727. Depuesto á su vez Alaitam, entró á ocupar el emirato de España Abderraman (*Abd-al-Rahman*, servidor del misericordioso), el mas célebre de los guerreros musulmanes de aquel tiempo. Lo propio que Alsamah, reparó los yerros y las injusticias de su antecesor, mientras hizo ejecutar estrictamente, en favor de los cristianos, las cláusulas de la capitulacion.

730. Algunos años despues se hallaba de jefe ó gobernador militar de la Narbonesa, en la cual iba unida Cataluña, *O'tsman-ben-Abu-Nezah*, á quien algunos historiadores llaman Munuza, y otros Moños, confundiéndole con un jefe godo; pero casado con la hermosa Lampegia, hija del duque Eudes, habia hecho treguas con los cristianos. Deseando Abderraman emprender una grande escursión á las Galias, mandó llamar tropas del Africa, y cuando lo tuvo todo dispuesto para llevarla á cabo, ordenó á O'tsman que entrase en la Aquitania. Negóse á obedecer O'tsman, que era rival de Abderraman, por ocupar este el puesto de emir de España, que aquel habia desempeñado interinamente, pretestando que habia firmado treguas con Eudes y que á la sazón no podia romper las hostilidades contra los cristianos. Reiteró inútilmente Abderraman la misma orden, mas no ignorando ya los lazos que unian á su lugarteniente con el duque, destacó algunas fuerzas contra O'tsman, al mando de Gedhi-ben-Zayan, que le atacaron inopinadamente en *medina al-Bab* (la Puerta), ó Puigcerdá, y sin poder apenas defenderse, apeló á la fuga con su mujer, y ambos cayeron prisioneros. Gedhi, para testificar su victoria, como de costumbre, mandó la cabeza del rebelde y á Lampegia á Abderraman, quien dispuso que se condujese á la hermosa cautiva al harem de Damasco.

731. Al año siguiente el emir traspuso los Pirineos, alcanzando grandes victorias en Francia por espacio de dos años, vengando la derrota que los árabes habian experimentado diez años antes junto á Tolosa.

733. Abderraman, tomada ya Poitiers, acababa de saquear á Tours, cuando Carlos Martel, que gobernaba la nacion francesa, con el título de mayordomo de palacio, al frente de un numeroso ejército, al cual se habian unido los aquitanos, salió al encuentro del nuevo Atila; embistiéronse las dos huestes, y despues de un sangriento combate, fueron vencidos y dispersos los musulmanes. Los débiles restos de las fuerzas de Abderraman fueron perseguidos por los cristianos hasta Narbona, cuya ciudad no pudo ser tomada, por mas esfuerzos que practicó el jefe vencedor.

El derrotado caudillo fué reemplazado interinamente por Abdelmalik, y este á su vez lo fué por *O'Kbah-ben-al-Hedjadj* (Ocha-ben-Alhegag), el emir de España, que desplegó mas severa justicia é hizo mayores esfuerzos para restablecer el orden, y acabar con la confusion que continuamente iba en

aumento en el país. Rehusando toda clase de dones, solo obraba con justicia, castigando á los opresores, sin distincion de rangos ni clases. El primer acto de su autoridad fué decretar la igualdad en la distribucion de los impuestos, haciendo desaparecer los privilegios, hijos de las conquistas, y siempre odiosos por su origen. Estableció en las ciudades y aldeas escuelas públicas y jueces ó kadis (*kahdys*), y por último creó un cuerpo de caballería permanente, destinado á la persecucion de los malhechores.

Como veremos, la *medina* de Gerona pudo entonces establecer escuelas públicas, y tener un kadi ó juez, cuya autoridad debia poner el *visto bueno* en todas las causas criminales de los cristianos, en que se pedia pena de muerte contra el reo.

743. La ambicion de mando, que ha sido siempre patrimonio de todos los pueblos y de todas las razas, levantó profundas disensiones en el imperio musulman, dando lugar á los dos grandes partidos, árabe y moro, que se disputaban la supremacía de Africa y España.

El partido de los árabes del Yemen, debilitado á su vez por las discordias de raza, vió en breve vencido por el de los moros, propiamente dichos, los cuales entraron en crecido número en la Península, sin que sus *thairfas* (1) ó kabilas estuvieran guiadas por espertos jefes. Sin embargo, acusado por su parcialidad en favor de sus compatriotas, los árabes del Yemen, el emir *Huzam-ben-Dhirar-al-Kelebi*, por sobrenombre Abul-Khatar, que habia combatido y alcanzado anteriormente grandes victorias contra los berberiscos, se le sublevaron dos jefes de tribus, *Samayl-ben-Hotim-ol-Kelebi* y *Thueba-ben-Salema-al-Djozamy*, el primero procedente de Siria y de Egipto el segundo. Coaligados estos contra el emir, lograron tenderle una emboscada, y hecho prisionero, le condujeron á Córdoba. Auxiliado de algunos partidarios, Huzam logró evadirse; pero fué muerto en un combate trabado junto á los muros de aquella misma ciudad.

745. Los rebeldes victoriosos se repartieron la España. Thueba permaneció en Córdoba con el título de emir, y Samayl gobernó Zaragoza y las provincias del Norte. Gerona, pues, debió reconocer el señorío del último de aquellos dos jefes berberiscos.

746. A consecuencia de la guerra civil que se originó, con motivo de la caída de Huzam, y para atajar la relajacion de las tropas que con el menor

(1) *Thairfa*, equivale á decir régulo, y usado en plural indica la familia y allegados á cierta persona influyente, y tambien parciales de un jefe ó mandarin. Así el escritor árabe Ad-Dzajira de Ben Basam, —en su obra titulada *Tesoro de hermosos textos de las gentes de la Península*, —Abu-l-Jasan-G'-Al-ben-Basam, que nació en Santarem y vivió por los años de 470 á 542 de la Egira, ó sea de 1077 á 1147 de Jesucristo, —segun los manuscritos de la biblioteca de Oxford, publicados por R. P. A. Dozy, en sus *Recherches sur l'histoire politique et littéraire de l'Espagne*, —dice, [al hablar del Cid Campeador: «Era este un hombre muy sagaz, molesto y amigo de hacer prisioneros. Dió muchas batallas en la Península, causó inmensos daños de todas clases á las *thairfas* que la habitaban, venciéndolas y sojuzgándolas al fin.» Mas adelante añade: «Siguió, maldigale Dios, la victoria sus banderas (del Cid), triunfando de las *thairfas* de bárbaros, teniendo con sus jefes varios encuentros...»

pretesto se sublevaban en diferentes puntos de la Península, entregándose á toda clase de excesos, se reunió una asamblea compuesta de los principales jefes del ejército y de las tribus del Yemen, de Siria y Egipto, al objeto de nombrar un emir capaz de restablecer el orden, y quedó elegido por unanimidad Yusuf-ben-Abd-al-Rhaman-al-Jehry, reputado por hombre de bien y querido por todas las fracciones, pues nunca tomó parte en favor de ninguna, y hasta los cristianos le tenían simpatía, especialmente en las Galias, en donde desempeñó el cargo de walf.

Yusuf recorrió todas las provincias de España para escuchar las quejas, y haciendo completa justicia y reponiendo los caminos y puentes que en muchas partes faltaban, restableció en breve el orden y la paz en todo el reino.

Después de algunos años de reinado, aunque combatido por continuas rebeliones, Yusuf fué destronado por Abderraman (*Abd-al-Rhaman-ben-Ma'uyac*), el menor de los hijos del califa Hescham. Había tenido aquel que escaparse de su patria á causa de una rebelion, yendo á refugiarse entre los berberiscos del Atlas, en la poderosa tribu de los Zenetes, donde vivió bajo el nombre de *Djafar-al-Manzur*, hasta que fué llamado al trono de Córdoba, propuesto por un tal *Zmam-ben-al-Kamah*, en la conspiracion que tramaron algunos partidarios de los Ommyadas (dinastía fundada por *Beny-Ommya*), lanzados recientemente del sölío de Damasco por los Abasydas (*Beny-al-Abas*), habiendo ido aquellos á ofrecerle la soberanía de España, en nombre de las tribus del Yemen, de Siria y de Egipto. Yusuf acababa de sofocar una sublevacion en Zaragoza, cuando supo que Sevilla, Málaga, Córdoba y varias otras capitales proclamaban á Abderraman, y habiendo querido vencerle, quedó él derrotado por su enemigo.

772. Nuevas y repetidas intentonas para derribar á Abderraman perturbaron por algun tiempo la paz que necesitaba el Estado, para dar estabilidad al gobierno, pero al fin, vencedor aquel de los disidentes y de los ataques del Oriente, no tuvo ya otras miras que consolidar su trono.

Mientras tenían lugar en España los indicados sucesos, acaecieron otros no menos interesantes en el vecino reino de Francia, que influyeron poderosamente en el porvenir de Cataluña.

Después de los célebres triunfos de Carlos Martel sobre las armas sarracenas, su hijo Pepino siguió extendiendo sus dominios desde este lado del Loire hasta las montañas de Vasconia. La guerra dinástica que tenía revuelta á la Península le prestó motivo, no solo para apoderarse de la Galia Narbonesa, sometién-dola fácilmente por hallarse desprovista de tropas musulmanas, llamadas á Córdoba durante la guerra de Yusuf y de Abderraman, sino para hacer una irrupcion en Cataluña, á cuya consecuencia se firmó un tratado de paz entre Pepino y el nuevo califa. Sin embargo, la Galia Narbonesa quedó incorporada á Francia después de trescientos años que la poseía España y cuarenta los árabes, y desde entonces el límite natural de los Pirineos ha separado siempre á los dos pueblos.

A la muerte de Pepino, acaecida en 768, sus Estados se dividieron entre sus dos hijos Karl y Karloman; mas habiendo ocurrido á los tres años el fallecimiento de este último, el primero llamado despues Carlos el Grande ó Carlo-Magno, se halló dueño de toda la herencia de su padre. Toda su atencion, en un principio, estuvo fija en el Norte, del otro lado de los Alpes y del Rhin, peleando constantemente contra los lombardos y los sajones, para oponer un dique á las últimas oleadas de las invasiones de los pueblos germánicos; hasta que se vió llamado á tomar parte en los sucesos de España.

778. Estaba Carlo-Magno presidiendo la Dieta que se celebraba en el campo de Mayo de Paderborn (*Pathalbrunnen*, aguas brillantes, fuentes cristalinas), en el corazon de la Sajonia, cuando se le presentaron los walfes de Zaragoza y Huesca, Suleiman-Ibn-al-Arabi y Cassim-ben-Yussuf, solicitando el auxilio de sus armas contra Abderraman, emir de Córdoba, último vástago de la familia Ommyada, que trataba de restablecer en la Península, como hemos indicado, la silla del califato usurpada en Oriente por los Abasydas. Entonces,—segun dice Eginhardo, secretario y cronista del emperador (*Vita Karoli-Magni*),—á persuasion de los sarracenos que le ofrecian la soberanía de sus respectivos distritos, concibió este la esperanza de tomar algunas ciudades de España, á fin de asegurar mas la frontera de los Pirineos.

A este objeto juntó un poderoso ejército y se dirigió á España, dividiéndole en dos cuerpos (1). El uno dispuso que franquease los desfiladeros del Pirineo Oriental, mientras él, á la cabeza del otro, penetraba por las gargantas de los Bajos-Pirineos. Carlo-Magno, pues, á quien los árabes llamaron *Karilah*, avanzó por Navarra, apoderándose de Pamplona, que se le rindió por capitulacion despues de un estrecho cerco, y siguió Ebro abajo, talando campiñas, incendiando y asolando pueblos y cautivando gente, llegando casi sin tropezar con embarazo alguno hasta las propias cercanías de Zaragoza. En tanto, el segundo cuerpo de ejército, atravesando el Rosellon y trasponiendo los Pirineos, logró que los walfes de Gerona y Barcelona rindieran pleito-homenaje al futuro emperador; reconociendo su soberanía y quedando en su consecuencia como simples feudatarios suyos. Tambien le prestaron obediencia la mayor parte de las plazas ó pueblos, hasta cerca de Zaragoza, en donde se juntaron las dos huestes para entrar triunfantes en la ciudad. Pero—¡castigo de Dios!—Carlo-Magno, á quien en vez de impulsar la idea de arrojar de España á los enemigos de la Cruz, aguzaba la ambicion de ensanchar su reino, halló cerradas las puertas de la capital de Aragon, y á las tropas musulmanas aparejadas para la defensa: «sucesó á la verdad inesperado,—dice un autor,—que no puede atribuirse sino á que se azoró el walf al estruendo de tantas lanzas cristianas, ó bien á que no pudo contener el ardor que naturalmente cobrarían sus soldados á la vista de un ejército enemigo, que en todas partes entraba como verdadero

(1) ANALES DE METZ.—*Histoire de l'Empire de Char., par le Steur Heiss*: lib. I, cap. II.

conquistador y no como aliado.» Aunque en aquella comarca se habian reunido todos los elementos hostiles á la familia imperante de los Ommeys, olvidaron por un momento sus ódios y se juntaron para vencer al enemigo comun. Todos los pueblos del valle del Ebro, pues, acaudillados por los walfes de Huesca, Lérida y otras plazas de la raya, arremetieron atropelladamente contra los francos, y los vencieron, obligándoles á abandonar el rico botin que habian juntado en sus algaras y persiguiéndolos hasta la célebre hondonada de Roncesvalles, en donde perecieron las tropas que formaban la retaguardia del abochornado Carlo-Magno bajo las enormes peñas que, desde las cimas del cerro de Altabizar, les arrojaron los vascos y navarros, en un arranque de entusiasmo por su independencia (1).

Sometida á los francos Gerona, quedó gobernada por Mahomet, jefe musulman que antes tenía; pero en su iglesia se puso, al parecer, de obispo á un canónigo de Santa María *del Puy* de Francia, llamado Adolfo ó Adaulfo.

La derrota de los ejércitos francos escitó tal vez la rebelion en las fronteras del Pirineo oriental. Los inquietos berberiscos no podian resignarse á la obediencia de los emires árabes, y de aquí que, ora el walf de Tortosa Said-ben-Husseim, se negaba á reconocer al que le sustituia en el mando, y se concertaba con sus vecinos los francos para sostener contra el soberano de Córdoba las plazas de Gerona, Ausona y Urgel; ora el caudillo de la frontera Balhul se mancomunaba con los walfes de Barcelona, Tarragona y Huesca, y se apoderaba de Zaragoza, proclamándose independiente. Por fortuna del califa Hixem, Abu-Otman, walf de Valencia, se opuso á los revoltosos y en breve envió á su soberano las cabezas de los principales caudillos vencidos, segun la usanza árabe en dar parte de los triunfos que se obtenian. En prueba de agradecimiento, Otman recibió una carta escrita de letra y puño de Hixem, dándole el mando de la frontera de Afranc (*Frand jal*, frontera de Francia), y prometiéndole darle tropas para reconquistar las ciudades perdidas.

El walf de Gerona volvió á prestar obediencia al emir de Córdoba y quedó pacificada la Península, pudiendo Abderraman realizar sus proyectos de erigirse en jefe supremo. En efecto, se separó del poder del califa, y España quedó independiente del califato de Damasco, haciéndose llamar Abderraman simplemente *malek* (rey). La nacion se dividió entonces en siete provincias: Córdoba, en la cual permaneció la

(1) Esta es la famosa jornada de Roncesvalles, tan celebrada por nuestros romanceros, y en la cual, segun dicen, tantas proezas hizo Bernardo del Carpio, muriendo en ella el gran Roldan, uno de los mas bravos paladines de Carlo-Magno, y á quien las tradiciones populares de la Edad media presentan como tipo del heroísmo, convirtiéndole en una especie de Aquiles cristiano. Los franceses suelen tacharnos de vanidosos al celebrar las hazañas de Bernardo, puesto que los hispano-romanos de Castilla, ni los astures tuvieron la menor parte en la sangrienta victoria de los vascos. Los montañeses euskaros recuerdan el triunfo de sus mayores en el celebrado canto de guerra *Altabizaren Cantua*.

córte; Mérida, Toledo, Zaragoza, Valencia, Murcia y Granada, y de cada provincia se formaron cuatro distritos. El tributo impuesto á los cristianos que se hallaban sujetos á aquel soberano, se fijó, de acuerdo con sus representantes, en diez mil onzas de oro, diez mil libras de plata, diez mil caballos, diez mil mulos, mil corazas, mil lanzas y mil espadas. Con la condicion de pagar estos subsidios en cinco años, les otorgó,—como dice Conde,—una carta de proteccion y seguridad, la cual dirigida «en nombre de Dios, clemente y misericordioso, por el magnífico rey Abderraman, á los patriarcas, monges, señores y otros eclesiásticos de España,» conservó y ratificó los privilegios que estos gozaban, á tenor de las antiguas capitulaciones, de administrarse por sus leyes civiles y religiosas, bajo la autoridad de sus magistrados y de sus obispos, y de obtener la libertad de sus personas del gobierno imperial y seguridad para sus bienes y tolerancia para su culto. A estas medidas siguieron algunos años de paz, durante los cuales Abderraman se consagró á realizar grandes proyectos de ornato y utilidad pública.

785. Al cabo de algunos años despues de la derrota de los ejércitos de Carlo-Magno en Roncesvalles, dicen algunas crónicas que este volvió á emprender en persona la guerra contra los infieles, invadiendo á Cataluña, donde alcanzó tan brillantes y señaladas victorias, que llenó verdaderamente de espanto á la morisma, hasta llegar á poner cerco á Gerona, cuyo walf Mahomet se habia declarado independiente.

Dejemos hablar por un momento á la tradicion:

Al penetrar Carlos en Cataluña, asoló castillos, tomó por asalto villas y lugares, apoderóse de Ampurias y ensanchó por sus contornos el límite de sus tierras conquistadas, confiando su gobierno á Berenguer Ramon de Cruilles. Habia puesto ya apretado sitio á la ciudad, cuando acreció su ejército con cien lanzas que trajo consigo Arnaldo de Cartellá, señor de varios castillos y capitán de los cristianos refugiados en las montañas. En las diversas escaramuzas que cotidianamente mediaban entre las huestes del emperador y las del jefe musulman, veíanse siempre ondear en los lugares de mas peligro el pendon colorado de Cartellá, que acompañado de sus montañeses catalanes hacia gran matanza en el campo de los enemigos. Carlo-Magno deseaba vivamente dar una batalla decisiva, y para el feliz éxito de sus armas, oraba sin cesar á la Virgen. La noche de un viernes, el caudillo cristiano estaba de hinojos ante una imagen de la Madre del Salvador, rezando sus acostumbradas oraciones en medio del profundo silencio que en el campamento reinaba, cuando al levantar la cabeza, le deslumbró un vivo resplandor rojizo. Salió de su tienda, y con gran sorpresa vió brillar una cruz de fuego en el cielo, sobre la mezquita en que Mahomet trasformara la antigua catedral. Desciéndose la espada, la fijó en el suelo y oró en voz baja, cruzando la manos sobre el pomo. Llamó en seguida á sus adormidas tropas y se arrodillaron todos, elevando al Señor fervorosos ruegos. Tres horas duró la vision, durante las cuales llovieron gotas de sangre que iban formando cruces, así que llegaban al suelo. Al cabo

de tres días, Carlo-Magno mandó el asalto y ganóse la ciudad, haciendo gran carnicería en el ejército enemigo.

Gallarda, por cierto, es la leyenda; lástima es también que la severidad histórica marchite tan preciosa flor de la buena fé de nuestros abuelos.

Siguiendo, pues, el curso de la historia, debemos simplemente hacer mención de que en realidad los francos penetraron en Cataluña en el año 785, que llegaron hasta Gerona y que tomaron ó se los entregó la ciudad, sin que pueda asegurarse si mediaron asaltos y combates, ó si, como dicen varios autores, les abrieron las puertas el obispo y los cristianos que la poblaban.

Hé aquí cómo varios autores explican la toma de Gerona por los ejércitos francos. Juan Ferreras en su *Historia de España* dice: «Que los habitantes de Gerona, advirtiendo que la guarnición mahometana era muy flaca, acordaron de mancomun, y muy secretamente, ponerse bajo la dominación francesa, comunicando sus disposiciones á los comandantes de las fronteras: que inmediatamente los oficiales franceses avisaron de esto á Luis, rey de la Aquitania, el cual hizo marchar luego su ejército hacia aquella plaza: que los cristianos se introdujeron en la ciudad y dieron muerte á todos los moros que encontraron; y que así fué Gerona librada del yugo de los infieles por los franceses, y que dejaron allí un conde para defenderla y gobernarla.»

Los PP. Maurinos, historiadores del Languedoc, refieren el hecho de esta manera: «..... Los franceses emprendieron el sitio de dicha plaza (de Gerona); mas hubieran sido inútiles todos sus esfuerzos, si los cristianos, que había muchísimos en ella, no se la hubiesen entregado.»

Por la suma trascendencia que tenía para los francos la posesión de esa ciudad, pretendieron afianzar su dominio, y pusieron en ella un conde, así como lo habían hecho con los demás distritos ó diócesis de la Septimania, cayendo el nombramiento en Rostagno, que fué el primer conde de Gerona. De aquí dataría probablemente el establecimiento de la Marca Hispana, posteriormente llamada Cataluña.

La general creencia de que Carlo-Magno estuvo personalmente en la conquista de Gerona, nos obliga á entrar en un debate, para demostrar la falsedad de semejante tradición, á la cual se debe que, no solo en la ciudad, sino en muchos pueblos de la provincia, se atribuyan á aquel emperador diversas fundaciones de iglesias y monasterios, varias antiguallas y hechos fabulosos de todas clases. En el siglo XIV, sorprendida la buena fé del obispo Arnaldo de Monrodon, llegó este á colocar en el altar la imagen del emperador, estableciendo en su honor misa solemne y rezo propio, con decreto del año 1345; festividad que, según refiere Pedro de la Marca, duró en esta forma hasta el tiempo del Concilio Tridentino (1). Sin embargo, no

(1) La imagen de Carlo-Magno se adoraba en la capilla de los cuatro mártires gerundenses, Germano, Paulino, Justuro y Sicio, de la iglesia catedral de la ciudad. El altar se había construido á costas del mismo prelado Arnaldo de Monrodon, que fué muy devoto de dichos mártires.

dejó por esto de celebrarse por espacio de muchos años el día consagrado á tal personaje, con un sermón-pagregórico en la misa solemne.

Remontándonos, pues, á los manantiales de semejante tradición, encontramos que el cronicon de *Moissac*, coetáneo al propio Carlo-Magno, según expresa Masdeu (1), y los Anales de Aniana, solo dicen, en cuanto á la rendición de la ciudad, que los *gerundenses entregaron al rey Carlos la ciudad de Gerona* (2). Mas tarde el cronicon de *San Víctor*, de Marsella, reproduce la misma noticia, pero añadiendo que *aparecieron en el cielo una espada, y la señal de la cruz en los vestidos de los hombres; y que muchos vieron llover sangre, siguiéndose luego una gran mortandad* (3). Mas hacia nosotros el cronicon de *Ripoll*, no se contenta con reproducir el hecho, tal como lo explica el de San Víctor, de Marsella, sino que añadió otras circunstancias que no se leen en los anteriores. Según él, no es ya una simple entrega de la ciudad por los gerundenses, sino una verdadera y formal conquista, por medio de una batalla y prodigioso triunfo, y también *viendo muchos llover sangre* (4). En el siglo XIV, las noticias del cronicon de Ripoll se habían adicionado tanto, que ya se espesaba el día, la hora y con qué ocasión tuvo lugar el prodigio, el tiempo que duró la aparición de la cruz de fuego en el cielo, y la caída de las gotas de sangre formando cruces (5); llegando á especificarse con la mayor minuciosidad los lugares por donde había entrado de Francia en Cataluña, donde hizo alto, los lugares en que combatió, el punto donde estableció su tienda, cuál era el color de su caballo, y demás circunstancias y detalles, como pudiera haberlo un testigo ocular de los hechos que se refieren.

De esta suerte se fué formando la opinión y comun creencia de algunos autores cándidos, acerca de la

(1) «La antigüedad de este cronicon es coetánea al mismo Carlo-Magno, pues se compuso á principios del siglo IX.—MASDEU: *Historia crit. de España*, t. X.

(2) «Gerundenses homines Gerundam civitatem Karolo regi tradiderunt.»—Cronicon de Moissac, in DUCHESNE: *Historie Francorum Scriptores*, t. III. Edit. Paris, anni 1641.

(3) Anno DCCLXXXV. Indictione VIII. Gerundam civitatem homines tradiderunt regi Karolo. Apparuerunt acies in celo, et signum + in vestimentis hominum: et multi viderunt sanguinem pluere; et mortalitas magna secuta est.—FILIPPE LABRE: *Bibliotheca nova MSS. librorum*, t. I. Edit. Paris, anni 1637.

(4) «Hic Karolus dictus Magnus, anno Domini 785, cepit civitatem Gerundam, vicem in prelio Machometum regem ipsius civitatis. Et dum cepit ipsam civitatem, multi viderunt sanguinem pluere; et apparuerunt acies in celo, in vestimentis hominum, et signa crucis: et apparuit Crux ignea in aere supra locum ubi nunc est altare Beate Virginis.»—MARCA HISPANICA: *lib. III, cap. IV*.

(5) «.... die veneris, hora completorii, stetitque per tres horas, Imperatore devoto orante, et Colum contemplante. Et illis tribus horis quibus apparuit Crux, pluit sanguis guttatim ad modum pluvie estivalis: et etiam quando esset in terra, apparuit Crux sanguinea noviter effigata divina virtute, etc.»—*De captione Gerundam*: trasladado de un *Legendario* del año 1345, en que (14 de abril) el obispo Arnaldo de Monrodon introdujo la fiesta y rezo de Carlo-Magno, hecho á 21 de agosto de 1561, en el fól. 13 al 16 del Libro de NOTAS del número 3, del año 1558 al 1570 de la Curia episcopal de Gerona.

santidad y portentosos triunfos de Carlo-Magno. En nuestro concepto, el principal origen de semejantes tradiciones, fué la mala interpretación dada á las palabras del cronicon de Moissac, al decir este que los gerundenses entregaron la ciudad al rey Carlos. El cronicon quiso significar que aquellos la entregaron á la misma persona del rey, ó bien á su representante, ó jefe de los ejércitos francos, que se presentaron para recobrarla del walf que la gobernaba. Eguinardo, en la *vida* de Carlo-Magno, dice que este en el año 778 sujetó á los de Bretaña (*domuit Brittonis*), y sin embargo, es indudable que en la misma época se hallaba en España, combatiendo á los musulmanes de Navarra y Aragon; luego debe comprenderse que la campaña de Bretaña no la hizo Carlo-Magno en persona, sino por medio de su ejército, al frente del cual se hallaba Audulfo, senescal ó gentil-hombre de boca del rey. De esta suerte de espresarse de los antiguos autores, puede deducirse fácilmente que se interpretó mal el *tradiderunt* del cronicon de Moissac.

Admitida, pues, la mala interpretación del testo del cronicon, fuese por cariño al suceso, fuese por imperdonable candidez de los escritores mas modernos, lo cierto es que luego hubo adiciones, como hemos visto, y confusion de fechas y de hechos. El cronicon *Rivipullense*, ó de Ripoll, plagando al de San Víctor, de Marsella, y luego atribuyendo á la conquista de Gerona los prodigios que el de Moissac y los *Anales de Aniana* ponen como acaecidos en 786, no en Gerona, sino en otro país (1); espresó que aquella tuvo lugar en dicho año 786, cuando los autores que le precedieron, la refieren ocurrida el año anterior, ó sea en 785. Otros historiadores han supuesto la entrada de Carlo-Magno en Cataluña en el año 778, época de la famosa batalla de Roncesvalles, interpretando igualmente mal el testo de los citados *Anales de Aniana* y de otra antigua crónica (2); y de aquí la confusion y la falsedad elevadas á la categoría de verdad histórica, llegando hasta á dar lugar á que el

(1) Coincido en sus *Anales Ecclesiast. Francorum*, despues de haber referido al año de 785 la toma de Gerona, conforme al cronicon de Moissac, que está en el t. VI, pág. 259, prosigue luego en la página 314, al año siguiente, 786, la relacion de aquellos prodigios, que refiere tambien el espresado cronicon *Moissiacense*; y añade que todavía se cuentan mas en el Apéndice puesto al fin del *Chronicon Nibelungii*, cuyo contenido es el siguiente: «*Multa etiam referuntur signa apparuisse eodem anno (786): signum enim Crucis in vestimentis hominum apparuit, ac sanguinem de terra ac de celo profuere. Neonem et alia multa signa apparuerunt, unde pavor ingens ac timor in populo salubriter irrui, ita ut se multa corrigerent. Et sex dies ante Natale Domini tonitrua et fulgura immensa apparuerunt ita ut ecclesias concussit in Widli, et pene per totam Franciam auditum fuit, et multi homines interfecti fuerunt, etiam aves coli ab ipso tonitruo occisi sunt, et arcus coli in umbibus apparuit per noctem, et postea vero mortalitas magna fuit.*»

(2) La crónica que publicó Achery en su *Spicilegium*, t. II, de la edición de Paris de 1723, con el título de *Chronica S. Benigni Divionensis*, hablando de la espelicion de Carlos en el año 788, pág. 372, dice: «*Hispaniam aggreditur quam maximo belli apparatu poterat, salique Pirinei superato, omnibus que adit oppidis atque castellis in deditionem acceptis, scilicet Pampeluna, Osea, Barsilona, atque Gerunda, etc.*»

Mariana supusiese en su *Historia de España* tres entradas de Carlo-Magno en Cataluña.

Prescindiendo ahora de los prodigios que citan varios autores, refiriéndolos como acaecidos cuando la rendición de Gerona en el espresado año 785, nos limitaremos á indicar la imposibilidad de que aquel rey franco estuviera personalmente en la toma de dicha poblacion.

En primer lugar, el mismo silencio que sobre ello guarda el citado Eguinardo, secretario y cronista de Carlos, cuando hace una relacion detallada de todos los viajes, mansiones y hechos de su señor durante el trascurso de los años de que se trata, si no es una prueba convincente, da por lo menos mucho que sospechar en contra de lo que establece la tradicion, y con mayor motivo aun, en cuanto la conquista de Gerona se la supone acompañada de grandes batallas y de portentosos acontecimientos, que aquel no se hubiese olvidado consignar.

La opinión á que da margen el silencio del autor de la vida de Carlo-Magno, viene corroborada por otra prueba positiva. Todos los historiadores franceses están acordes en poner al futuro emperador, durante aquel año (785), en Italia, ó bien ocupado en sujetar á Witikind, el Indibil de la Sajonia, cuyo pueblo hacia el último esfuerzo para recuperar su independencia, perdida bajo el peso de los ejércitos francos.

Los escritores de allende el Pirineo parten comunmente de las noticias de tan antiguos cronicones, como las obras de Eguinardo, del *Astrónomo*, y de los *Anales veteres Francorum*, cuyo autor manifiesta desde el principio que su objeto fué narrar las hazañas de Carlo-Magno y de sus abuelos, desde el año de 670 al de 813, formando su relacion de lo que él mismo vió ó supo por testigos de mucha autoridad, habiendo empezado á escribirlos, según de los propios *Anales* se desprende, luego despues de la muerte del emperador; y ninguno de estos autores hace mención de que en dicho año (785) Carlo-Magno librara personalmente batalla en ningun punto de España (1).

Los historiadores del Languedoc esponen de esta manera la toma de Gerona (2): «No habiendo las

(1) MARTENE, que publicó estos *Anales*, sacados ex M. S. Bibliothecae Regiae, dice que el Códice antiguo fué del monasterio de Ripoll, y despues de Estéban Balucio, de cuyas manos pasó á la Biblioteca real de Francia. El propio colector manifiesta igualmente que estos *Anales* tienen suma conexión con el cronicon del monasterio de Moissac, si bien son mas claros y dan mas pormenores. Hé aquí, pues, el testo de los *Anales*: «*Anno DCC. LXXXV. Carolus demoratus est in Saxonia ad Heresburg (Chron. Moissiac. Hensburg.) á natale Domini, usque in mense Iunio, et edificavit eam á novo, sed et basilicam ipsam construxit, placitumque habuit ad Partesbrunnam cum Francicis et Saxonibus, et tunc demum perrexit trans fluvium Vissara (Moissiac. Guisan), et pervenit ad Barduov. Cumque Saxones se illi dedissent, christianitatem quam pridem respuerant, iterum recipiunt, nullo que rebellante, postea Rex rediit in domum suam. Widoehint, tot malorum auctor ac perfidice suentor: venit cum sociis ac Adinaco palatio, et ibidem baptizatus est, et rex susceptus eum á fonte, ac donis magnificis honoravit. Eodem anno Gerundenses homines Gerundam civitatem Karolo regi tradiderunt.*»

(2) PP. MAURINOS: *Hist. de Lang.*, t. I, pág. 443.

guerras de Alemania permitido á Cárlos afianzar su dominación de la otra parte de los Pirineos, Abderraman se aprovechó de esta coyuntura para reponer bajo su obediencia á la mayor parte de las plazas que habían conquistado los francos entre estos montes y el río Ebro; lo que alcanzó con suma facilidad, por no haber puesto Cárlos en ellas guarnición francesa, sino que había dejado el gobierno de las mismas á diferentes jefes árabes. Para restablecer, pues, su autoridad en dicha frontera, mandó (1) á los condes ó marqueses que en ella mandaban, que pusiesen sitio á Gerona, cuyo gobernador, llamado Mahomet, era uno de los que habían sacudido el yugo, después de haber reconocido la soberanía de Cárlos. Los franceses emprendieron el sitio de la plaza; mas hubieran sido inútiles todos sus esfuerzos, si los cristianos, que había muchísimos en ella, no se la hubiesen entregado. Rendida Gerona, sacó de ella enteramente á los musulmanes, poniéndola de gobernador á un conde francés... Esta es la época del establecimiento de los condes franceses en dicha frontera (2), que después se llamó *Marca de España ó de Gothia*, cuyo último nombre se le dió por su vecindad con la Septimania, llamada también *Gothia*, con la cual fué unida en lo sucesivo, formando un solo gobierno.»

A más de las causas que llevamos indicadas, opinamos que influyeron no poco otras muchas de cierto carácter religioso á engrandecer y á santificar, por decirlo así, á Carlo-Magno.

Después de Cárlos Martel (3), el hijo de Pepino siguió, no solo atajando los progresos de los árabes, sino que llegó á oponerles en los Pirineos verdaderos puntos fortificados que sirvieron de parapeto común á todo el Occidente. La célebre jornada de Roncesvalles, en que murió heroicamente Rolando, si bien fué un suceso desgraciado para los franceses, permaneció grato su recuerdo á la memoria del pueblo francés, llegando á ser presto un asunto predilecto para la poesía: aquellos caballeros habían sucumbido en el combate, peleando contra los enemigos de la Cruz, y por lo tanto, aunque vencidos en la tierra, habían ido

á recoger en el cielo la palma del martirio (1). En la época de las Cruzadas, para reaninar á los guerreros, que bajo el estandarte de Godofredo de Bouillon se dirigían á la Palestina, las famosas hazañas de Carlo-Magno y de sus paladines y la muerte heroica de Roldan, presentadas bajo la forma de una cruzada, sirvió de modelo á los conquistadores del Santo Sepulcro y cobraron entusiasmo y fé.

A medida que trascurrieron los siglos, la figura del emperador, agigantada ya por la poesía, fué aumentándose ante la imaginación del pueblo y la candidez de ciertos cronistas, con lo que al fin vino á formarse de Carlo-Magno el verdadero mito de la Edad media.

Sabido es que la crónica fabulosa de las proezas inauditas de aquel emperador y de los Doce Pares, atribuida á Turpin ó Tilpin, supuesto capellan de Carlo-Magno y arzobispo de Reims, muerto en 778, sirvió de hincapié á una infinidad de novelas caballerescas, en las cuales Ariosto, Pulci, Florentino, Dolce y otros ingenios sembraron brillantes ficciones poéticas, constituyendo un género de literatura conocida por *Orlandina ó Epopeya caballerescas*. Sin embargo, aunque se ha dudado en la antigüedad de la crónica de Turpin, no puede negarse que es anterior á las Cruzadas, puesto que en ella no hay nada que revele el romanticismo que más adelante penetró en los libros de caballería, con la literatura que cantaba las hazañas de los Roldanes y Amadises, Esplandianes y Palmerines. En ella no hay ni castillos, ni serpientes, ni caballeros enamorados, ni doncellas oprimidas y que demanden auxilio: todo son guerras y conquistas, y controversias teológicas entre cristianos y sarracenos.

Según aquella crónica, pues, las campañas de Carlo-Magno en nuestra patria se debían á la aparición de Santiago al emperador, estimulándole á que libertase á España del yugo de los infieles. Obedeciendo aquel los mandatos del Santo, juntó un poderoso ejército, pasó el Pirineo, puso sitio á Pamplona, y después de tres meses, por influencia divina, se desplomaron los muros de aquella inespugnable ciudad, como en otro tiempo cayeron los de Jericó.

Carlo-Magno se dirigió en seguida á Compostela (2), á visitar el sepulcro del Apóstol, y él y su capellan Turpin convirtieron y bautizaron millones

(1) *Chron. Moissac*: pág. 139, citados por dichos PP. Maurinos.

(2) *Marca Hispánica*: pág. 250 y 342, id. id.

(3) Desde la victoria alcanzada por Cárlos Martel en la famosa jornada de Poitiers, en la que aquel, según espresa la crónica de Moissac, «con los despojos recogidos al enemigo, se volvió á Francia en la gloria de su triunfo,» todos empezaron á llamarle *Martel*, porque como el *martel* (martillo) machaca toda clase de hierro, así Cárlos, —dice Adhemar (*Chronie. en la Hist. de los galos*, t. II, pág. 574),—con la ayuda del Señor batía á sus enemigos en todas las batallas. Adhemar, Hépidan y Odoran, cronicones del siglo XI, son los escritores más antiguos conocidos que hayan dado á Cárlos aquel sobrenombre que en su tiempo se daba á todos los guerreros. Decían entonces el *martillo de las armas*, así como más tarde se ha dicho el *rayo de la guerra*. Ningun autor contemporáneo á Cárlos le da semejante calificación, y de aquí que sin fundamento alguno, M. Michelet haya creído encontrar un carácter pagano en este sobrenombre. La crónica del monasterio de Saint-Gall (C. XXII), refiere que los normandos llamaban así á Carlo-Magno.

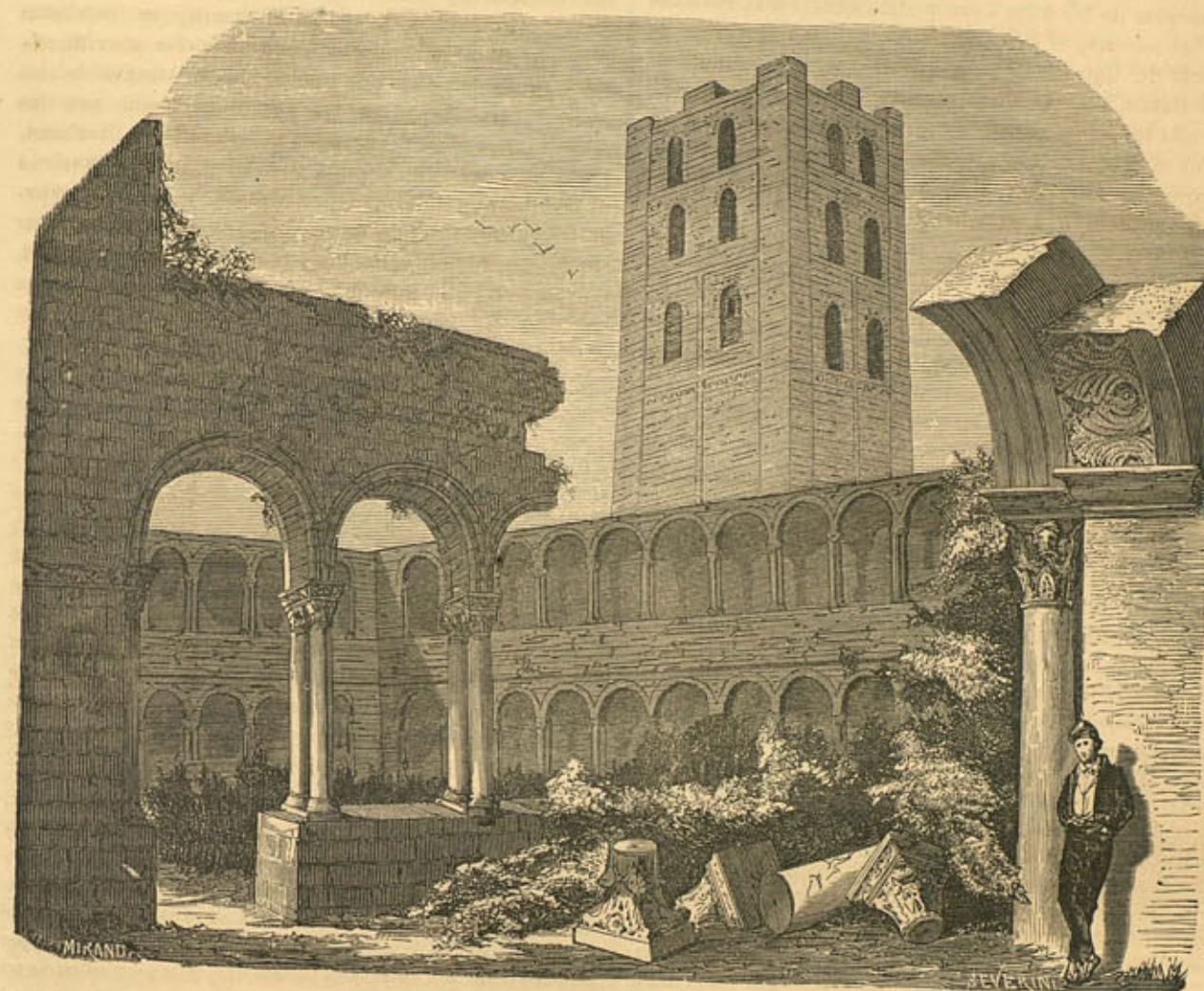
(1) El *Astrónomo*, autor anónimo y cortesano de Ludovico Pio, ya dice, refiriéndose á los que murieron en la batalla de Roncesvalles: «...no debo poner aquí los nombres de los *MARTIRAS*; todos los saben ya.»—*Vita Lud. Pii*.

(2) Dicen varias crónicas que por intercesión de Carlo-Magno para con el Papa Leon III, se logró la traslación de la silla episcopal de Iria á la nueva iglesia de Compostela (*Campus Apostoli*), y por lo tanto la invención del sepulcro de Santiago debió de ser antes de 814. Muchos autores la ponen en el año 808. Descubierto el cuerpo de Santiago, fué su tumba tan venerada por los fieles, que desde remotas tierras fueron en peregrinación á visitarla muchos santos varones, reyes, príncipes y caballeros de todas las naciones, por ganar las innumerables indulgencias concedidas por varios Pontífices y preladados, y plenísimo jubileo cada siete años. Mendez Silva refiere que era ley en Esclavonia que el que probase haber visto tres veces el sepulcro de Santiago, quedaba libre de tributos.

de infieles gallegos. De aquí que en Francia rindiesen culto á Carlo-Magno, figurando entre sus santos hasta el Concilio Tridentino.

Así, pues, no podemos menos de adherirnos á la opinión de Marca, al sentar que las tradiciones que sobre aquel famoso emperador se difundieron en España, y particularmente en Gerona y su provincia, deben atribuirse en su mayor parte á las fábulas de

la crónica, llamada de Turpin, y al gran número de franceses que en el siglo XI inundaron la Península, con motivo de ser nuestra reina doña Constanza, de la nación vecina, y estremadamente aficionada á su patria; los cuales, como asegura Masdeu, se apoderaron de entrambos gobiernos eclesiástico y civil, llegando á mudar y á *afrancesar* aun los ritos sagrados y purísimos de la Iglesia toledana.



Ruinas del claustro del monasterio de Ripoll.

CAPITULO V.

Los nueve barones de la fama.—Continuas luchas entre francos y sarracenos.—Espulsion completa de los árabes.

Al intentar proseguir en la narración histórica de los sucesos referentes á la época árabe, interrumpida para hacernos cargo de la opinión de ciertos cronistas sobre la reconquista de Gerona por Carlo-Magno, nos sale al paso otra leyenda, que tampoco puede pasarnos desapercibida. Aludimos á Otger y á sus nueve barones de la fama, cuyos nombres nos ha transmitido la tradición, engalanados con el casquete baronial que les ha ceñido la fantasía popular.

GERONA.

El historiador catalán Pedro Tomich refiere que Otger era uno de los más esforzados caudillos del ejército de Cárlos Martel, y que en el año 734, hallándose de gobernador en Aquitania, y queriendo prestar el apoyo que le pidieron los catalanes del Pirineo, entró en Cataluña acompañado de nueve de sus más esforzados capitanes y al frente de veinticinco mil combatientes, habiendo prometido á aquellos jefes darles el señorío y título de nobles de los pueblos que conquistasen á los sarracenos. Los nombres de aquellos bravos caudillos eran los siguientes: Dapifer de Moncada, Galceran de Pinós, Hugo de Mataplana, Galceran Yolt de Cervera, Raimundo de Cervelló, Grau de Alemany, Bernardo de Anglesola, Gisberto de Ribelles

y Berenguer Roguer de Eril, de los cuales desciende por sus entronques la mayor parte de la nobleza catalana, según aseguran Beuter y otros escritores. Mosen Febrer, poeta lemosin, pinta en sus *Trovas* (1) el escudo de armas de aquellos ínclitos barones, figurando en él un ciervo sobre gules en campo de oro, distintivo especial de las primitivas nueve baronías, según explica en su *Adarga catalana* D. Francisco Javier de Garma.

Dejando empero á un lado la parte fabulosa que el trascurso de los años haya podido añadir á la realidad de los sucesos, es indudable que en las montañas del Norte de Cataluña se agruparon bastante número de cristianos, prefiriendo la miseria y continuas luchas, siendo independientes, á vivir holgadamente y sujetos al yugo de los musulmanes. Nuestros Pirineos fueron la Asturias catalana, mas se ignora quién fuese su Pelayo. La tradición nos trasmite el nombre de Otger Catalon (2), y tal vez sea verdad; pero no hay datos bastantes para darle carta de naturaleza en los dominios de la historia. Con mas candidez y buena fé que con sólidos fundamentos, empeñados están ciertos cronistas en probarnos que aquel caudillo juntó sus aguerridas huestes con las tropas

francas para desalojar de nuestra patria á las turbas agarenas, y que del nombre de tan esforzado paladín (1), tomó origen el nombre de *Cataluña* (2). Los historiadores árabes nos dicen que Abderraman acababa de vencer á Yuzuf el Feri, mostrándose generoso con los principales empleados, puesto que confirmó á los alcaides en sus alcaidías, y á los wálies de frontera en sus mandos, cuando las *alegrías de los buenos muzlines* se turbaron por una desgracia que tuvieron las tropas que estaban en las fronteras de los montes de Afranc: por consejo del caudillo de Siria, Husain-ben-Adegiam-al-Ocaili, se enviaron refuerzos de aquel puerto á contener los movimientos y junta de gente que hacían los cristianos de los montes, que impedían las comunicaciones con los musulmanes que mantenían la ciudad de Narbona. Encargáronse estas algaras por Adegiam á su wasir ó lugarteniente Suleiman-ben-Jihab, y en esta expedición, acometidos de numerosas tropas en las *puertas* (Pirineos), fueron vencidos y padecieron gran derrota, muriendo en ella Suleiman con la mayor parte de su

(1) Del nombre de los oficiales de palacio, llamados *aulici* ó *palatini*, los trovadores formaron el de *palatins*, y después *paladines*.

(2) Hé aquí otra cuestión muy debatida por todos los historiadores y de la que nada todavía ha podido sacarse en claro. Dicen unos que los combatientes que formaban la hueste de Otger, eran ya en su mayor parte catalanes refugiados en los campos catalaunos, en Aquitania, célebre por la famosa batalla contra Atila, y que de ellos se llamó al ejército cristiano, *ejército catalauno*, y de él *Cataluña* á todo el territorio reconquistado, hasta venir á formarse con el tiempo el nombre de *Cataluña*. Otros quieren que provenga del castillo de *Chatalon*, que daba nombre á su señor el esforzado Otger. Muchos son los que lo derivan de *Gothalaunia*, esto es, de *got* (godo) y *alano*. En uno de los apéndices á las memorias de la *Academia de Buenas Letras* de Barcelona (t. I, pág. 581), se indica que únicamente á los godos se debe el nombre de Cataluña y catalanes, desde que Ataulfo, firmada la paz con el emperador Honorio, estableció su corte en Barcelona (412), y fundó su reino, llamánlole en su idioma *Gottland*, que en su pronunciación viene á formar *Keteland* y en la nuestra *Catalan*, á causa de que la *G* en alemán ó godo tiene generalmente mas sonido de *K* que *G*, y la *o* plural con dos acentos lo tiene de *e*, y las dos *t* esfuerzan un dejo de *e*, letra que entre gran parte de los catalanes se acostumbra á darle cierto sonido de *a*, como en *Pere*, en *Jaume*, diciendo *an Peran* *an Jauma*, especialmente los que viven en el territorio comprendido desde el Llobregat y Vich hasta los Pirineos. La fuente, insiguiendo á Romey, expresa que del territorio ó Marca de *Gothia* debió derivarse el de *Cataluña*, que recibió, después de la completa espulsión de los árabes de ella, toda la parte española en aquella. *Gothland*, palabra teutónica que significa tierra de godos, se fué latinizando y convirtiéndose en *Gothlandia*, *Gothlaunia*, *Catalonia*, y finalmente, *Cataluña*. Villanueva, en su *Viaje literario á las iglesias de España* (tomo XIII), explica que entre las copias que el sábio Mr. Fossa tenía preparadas para la historia completa del Rosellon, que habia tenido ocasión de ver en Perpiñan, habia una de cierta donación de Carlo-Magno á la abadía de la Grassa, sacada de Gortoral de la misma *data nono aprilis anno sexto Christo propiciante imperii nostri, et trigésimo nono regni in Francia*, etc., que corresponde al año 806. Dice, pues, el emperador: *Damos Deo et in dicto monachis ejusdem loci presentibus et futuris de rebus nostris que sunt in comitatu CATHALONIE in pago Rossillonensi S. Stephani de monasterio nuncupati*, etc. Este es el documento mas antiguo en que se halla nombrada Cataluña.

(1) Mosen Jaime Febrer, nacido en Valencia en el segundo tercio del siglo xiii, escribió en verso los *Linatges de la conquesta de Valencia*, especie de libro de oro de la nobleza valenciana. Viene á ser una revista de los principales caballeros que ayudaron á Jaime I á conquistar su reino, con la indicación de su origen y descripción de sus armas. Se ha disputado su autenticidad, prestando que el carácter de letra de los manuscritos actualmente conocidos, parece demasiado moderno, y que el marqués de Santillana, en su carta al condestable de Portugal, atribuye á Febrer una traducción catalana de la *Divina Comedia* del Dante, hecha por otro escritor del mismo apellido (Francisco) á principios del siglo xv (1428). Las *Trovas* de Febrer se imprimieron por primera vez en Valencia por José March, el año 1706. El Sr. Bover las reimprimió en Palma de Mallorca en 1848.

(2) En la crónica fabulosa atribuida á Turpin, campea tambien el nombre de *Ogier* ó *Ogger* entre los mas afamados paladines que acompañaban á Carlo-Magno: ¿seria este tal vez el Otger de nuestras tradiciones catalanas? La espresada crónica refiere que Carlo-Magno fué desafiado por un gigante llamado Ferracutus, que vivía en Nájera; y habiendo aquel aceptado el reto, los paladines del emperador le suplicaron que no pusiese la causa del cristianismo al trance de un combate singular, con un hombre tan grande como dos, con mas fuerzas que cuarenta, que tenia la cara larga de tres palmos y ancha de otros tantos, y los brazos y piernas como si fuesen vigas de lagar. *Ogier* el danés fué el encargado de combatir con el gigante, quien sin hacer el mas mínimo esfuerzo, le arrancó de la silla del caballo, cogiéndole por debajo del sobaco, y sin hacerle daño le llevó á la ciudad. En la historia de Francia figura un duque llamado Othier ó Otgher, el mas notable entre los partidarios de los sobrinos de Carlo-Magno, que habiéndose atraído la cólera del emperador, fué á refugiarse en Pavía, hasta que no tuvo otro recurso que entregarse en 744. Entonces tomó el hábito de monje en Saint-Faron de Maux. Este personaje histórico, mas tarde sirvió de tipo para las novelas caballerescas, suponiéndole danés, como ha mostrado Mr. Poulin París. En efecto, entre los libros de *Gesta* en verso que en el siglo xi gozaban de gran crédito en Francia, Inglaterra y la Bretaña, habia uno titulado *Les enfans d'Ogier le Danois* (Las Mocedades de Ogier), cuyas principales escenas pasan en la Península.

gente. Este desastre aconteció el día 2 de rabie segunda, año de la égira 139 (2 de setiembre de 756) (1).

Algunos años después (778), Abderraman dispuso que se persiguiera á los cristianos de los montes y los pusiesen en obediencia, por medio de continuas algaras en sus valles; pero esta guerra fué obstinada y sin importancia, fatigándose los muzlines de la frontera en perseguir en aquellos ásperos y enriscados cerros á hombres bravos, cubiertos de pieles de osos y armados de chuzos (2) y guadañas (3). Por lo tanto, es casi evidente que las fabulosas tradiciones sobre Otger y los nueve barones de la fama, y la de que Arnaldo de Cartellá auxilió con cien lanzas á Carlo-Magno en la supuesta conquista de Gerona, tienen un fundamento real y positivo; pues no puede dudarse de que en los Pirineos se reunieron gran número de cristianos independientes, que estuvieron en continua lucha con los sarracenos. ¿Cómo se llamaba el jefe que capitaneaba aquellas huestes? La buena fé de nuestros mayores nos trasmite el nombre de Otger, abultando sus hazañas. De igual modo se comprende el origen del nombre de *Barones*, dado á los nueve caballeros de la fama que acompañaban á Catalon, puesto que aquella voz significaba entre los godos *hombre de guerra, caudillo* (4).

Reanudemos el hilo de la historia.

Hemos indicado ya que Carlo-Magno tenia intenciones de avanzar las fronteras de su reino hasta el Ebro, y de unir definitivamente la Aquitania con la Septimania, para oponer una fuerte barrera á las invasiones del islamismo; y con la sumisión de Ampurias, Urgel, Ausona y Gerona, pudo realizar parte de sus proyectos. Mediante la union de los territorios de aquellos dos distritos y el adquirido en Cataluña, formó la *Marca* ó *Marquesado* de la Gocia (5).

791. Al morir Abderraman, entró á sucederle Hescham, el menor de sus hijos. Los otros dos hermanos Suleiman y Abd-Allah, que tenían el mando de Mérida, el primero, y el segundo el de Toledo, se revelaron, proclamándose independientes. El walf de Zaragoza quiso seguir su ejemplo; pero quedaron frustrados sus intentos, puesto que los mismos jefes adictos al nuevo rey sofocaron el levantamiento. Sin embargo, temiéndose que el fuego de la rebelión iria tomando cuerpo, para distraer la atención de los creyentes, en los *alminhars* (púlpitos) de todas las mezquitas, se publicó el *alghid* (al djibed) ó guerra santa contra los infieles, en la cual debia tomar parte todo buen musulman, ya fuese alistándose ó bien proporcionando armas, caballos ó dinero. Juntáronse con este motivo poderosas huestes, y el caudillo Abd-el-

Melik, que mandaba uno de los dos cuerpos que se formaron, hizo una guerra de esterminio, entrando por los valles de los montes Albaskenses hasta dentro de Afranc, saqueando los alrededores de Gerona y de Urgel y las demás poblaciones del Pirineo.

793. Dos años después, ó sea en la primavera de 793, el propio Abd-el-Melik atacó á Gerona, poniéndola estrechado cerco. A pesar de la brava resistencia que opuso la ciudad, fué tomada por asalto y degollados sus moradores, tanto musulmanes como cristianos, siendo tan atroz matanza la que hizo el corvo alfange del vencedor que, según espresion de las mismas crónicas árabes, solo el Dios que les crió sabe el número de los que perecieron. Los árabes siguieron su escursión, penetrando en la Septimania; y aprovechándose de la ocasión de hallarse Carlo-Magno en la frontera de Sajonia, y su hijo Ludovico Pio al socorro de su hermano Pepino, en Italia, incendiaron los arrabales de Narbona, cuya ciudad hacia ya treinta años que pertenecía al dominio de los francos. Abd-el-Melik, al regresar de su campaña, volvió cargado con un riquísimo botín y conduciendo millares de cautivos.

797. Habia fallecido ya Hixem, entrando á sucederle Alhakem, cuando sus tíos Sulleiman y Abdallah intentaron renovar la guerra civil en la Península, para disputar el trono á su sobrino con el auxilio del kadí de Toledo, Obeida-ben-Amza (1), que organizaba secretamente la rebelión. Necesitando ayuda Abdallah, fué al encuentro de Carlo-Magno, que se hallaba en Aix (*Aquis-Granis*), entre la Meuse y el Rhin, llamada *Aix-la-Chapelle*, por la magnífica capilla real que en ella habia levantado el rey de los francos. Aceptó este las ofertas del agareno, prometiendo apoyarle en sus tentativas contra el kalifa. Dos huestes entraron en España, acaudilladas, la una por el jóven rey de Aquitania, y la otra por Ludovico y su esforzado lugarteniente Guillermo de Tolosa, que tenia empeño en lavar con su sangre mora la afrenta que pocos años antes recibiera en la rota de Orbieu. Recobrada la ciudad de Narbona, en el primer combate quedaron vencidos Balhul y Abu Tahir, wálies de la frontera, infundiendo valor á los cristianos para proseguir en su empresa. Traspusieron estos el Pirineo, siguieron su marcha triunfante, reconquistando el Ampurdan hasta llegar ante los muros de Gerona. Pusieron cerco á la ciudad, que apenas opuso resistencia, y el walf que mandaba las tropas que la guarnecian, en breve se rindió, no solo prestando juramento de fidelidad y dando rehenes, sino permitiendo á los franco-aquitanos que entrasen á ocuparla. Sin embargo, poco duraron las conquistas de los cristianos, puesto que fueron perdiéndose tan rápidamente como se habian alcanzado. A la noticia de las victorias de los francos, Alhakem partió en seguida con su caballería, y al llegar á Zaragoza hizo un llamamiento á los buenos muzlines, y como en la campaña de Roncesvalles, los pueblos sarracenos del valle del Ebro se levantaron en masa. Se puso á la cabeza de estas huestes el mismo Alhakem, y en

(1) CONDE: *Hist. de la dom. arab. en Esp.*, tomo I, parte II, capítulo XVII.

(2) El chuzo, especie de pica ó jabalina de un metro de longitud, es arma nacional, usada ya por los españoles en las guerras contra los cartagineses.

(3) CONDE: *Hist. de la dom. arab. en Esp.*, tomo I, parte II, capítulo XX.

(4) La palabra *baron* es una modificación de la palabra tedesca *ware*.

(5) Llamado así, del nombre de marqueses (*marchisi*) ó *mark-grafe*, jefes ó condes de las fronteras.

(1) Es el *Amkraz* de las crónicas cristianas.

pocas semanas recobró todas las ciudades y fortalezas de la España setentrional. Gerona y todos los pueblos de su comarca hasta los Pirineos, volvieron á caer bajo el yugo de los sarracenos.

El emir de Córdoba siguió su escursión devastadora hasta Narbona, donde degolló á cuantos cristianos hubo á mano, haciendo cautivos á niños y mujeres, y amontonando grandes y preciosos despojos. Alhakem, á quien la adulación de sus cortesanos llamó *Almudhaffar* (dichoso vencedor), ensalzando sus triunfos, dejó el cuidado de la frontera á su *hagib* (primer ministro) Abd-el-Kerim y al wali Foteisben-Suleiman, y regresó á Toledo, á fin de acabar con la rebelión que en todas partes retoñaba con las instigaciones de los tíos del joven *Hakem*.

798. Retirados en Tolosa los francos, celebraron una asamblea y resolvieron empuñar las armas y volver á abrir nueva campaña, despreciando la tregua que les proponía Balhul, wali de la frontera. Propicia les fué la suerte á los cristianos, derrotando muy presto á los sarracenos y tomándoles sus castillos y plazas fuertes.

799. En breve, pues, se lanzaron los francos sobre Gerona, y á pesar de la firme resistencia que opuso al ejército vencedor la media luna, tuvo que humillarse ante el estandarte de la cruz. Reanimados los musulmanes con las huestes que de refresco les llegaron, al grito de *Allah akbar!* (Dios es grande) (1) dieron el asalto á la ciudad, y esta volvió á quedar cautiva del islamismo.

No cesaron en su empresa los cristianos, y por segunda vez lograron apoderarse de Gerona. Mas parecía que algún génio maléfico había jurado la destrucción de esta ciudad, juguete de los azares de la guerra; pues á las pocas semanas las armas agarenas triunfaron nuevamente de los francos, tomándoles la plaza. Por tercera vez fué embestida por los ejércitos de Carlo-Magno, y por tercera vez también volvió á ondear en sus muros el estandarte de los cristianos, sustituyendo á la blanca enseña de los Omeyyas (2), y los hijos de Mahoma quedaron completamente espulsados de la ciudad y su comarca.

De esta suerte,—como dice Lafuente (3),—Gerona en un año fué tres veces tomada y perdida por sarracenos y cristianos.

800. Acababa de proclamarse (25 de diciembre) emperador á Carlo-Magno, coronado y ungido por el

(1) Grito de guerra que usaban los árabes al entrar en batalla ó dar el asalto á cualquier plaza ó fortaleza.

(2) Los ejércitos de Mahoma en un principio adoptaron la oriflama negra, y sus banderas, al igual que sus trajes, eran blancas y negras. Las leyes del Koran prohibían los colores rojo y amarillo. Alí, cuarto califa, tomó el verde por color imperial. Los Omeyyas el blanco y los Abbasidas el negro. Mas tarde, los Almohabidas llevaron la bandera blanca y azul, sembradas de media-lunas de oro. Aben-al-Hamar usaba una bandera con un escudo formado por un campo de plata, atravesado diagonalmente por una banda azul, sostenida en sus estremidades por dos cabezas de dragón, y en la cual se leía este lema: *Le ghaleb illeh Allah*. (No hay mas vencedor que Dios). En sus monedas se acuñaba también esta misma leyenda.

(3) *Historia de España*, t. II.

Papa Leon III, cuando Ludovico se dirigió á los wálides de Barcelona, Lérida y Huesca, para que permitiesen entrar en sus respectivas ciudades á las tropas francas; los tres rehusáronlo terminantemente. Zeiz, el mas poderoso de todos, protestó de su fidelidad, mas no abrió las puertas de Barcelona. No encontrándose con suficientes fuerzas para atacarla, se contentó con saquear á Lérida y los alrededores de Huesca.

801. El año siguiente, Ludovico partió de Tolosa con un poderoso ejército para sitiar á Barcelona, y permaneciendo él en el Rosellon con un cuerpo de reserva, el grueso del ejército, á las órdenes del conde de Gerona, Rostagno, se dirigió á aquella capital intimándola la rendición. En tanto el famoso Guillermo de Tolosa, á la cabeza de una fuerte división, campeaba entre Lérida y Tarragona, para impedir que el rey de Córdoba mandase refuerzos á Zeid. Un poeta contemporáneo á aquellos sucesos (1) nos ha dejado una descripción animada del sitio de Barcelona, cuya ciudad defendieron los muzzimines con heroicidad. Una vez hubo caído en poder de los francos, se puso por conde en ella á Bara, que lo era ya de Ausona y Manresa.

812. Hacia pocos años que Gerona gozaba de alguna paz, cuando, creyendo los árabes que esta ciudad era la llave que cerraba las puertas de Cataluña, al paso que abría á los cristianos la conquista de Zaragoza y Valencia, por la obstinación de aquellos en entrar en esos territorios, Alhakem mandó á su hijo Abderraman con una poderosa hueste contra varias poblaciones de la Marca, y en breve se apoderó otra vez de Gerona, siguiendo su marcha victoriosa hasta Narbona. Mediaron diversas escaramuzas entre cristianos y sarracenos, y por fin se firmaron treguas entre el rey de Córdoba y Ludovico Pio. Los árabes, mediante un crecido rescate, dejaron libre á Gerona, llevándose muchos despojos y cautivos.

En pos de aquellas treguas vinieron algunos años de paz. Gerona, al igual de las demás ciudades de la Marca, tuvo ocasión de reponerse de sus pasadas fatigas y quebrantos. Su población creció entonces muchísimo, con las frecuentes avenidas de cristianos del interior de la Península que huían del dominio sarraceno. Todos en esta comarca eran bien recibidos, porque hacían falta hombres para poblar y brazos para el cultivo de los campos. Al poco tiempo la ciudad se levantaba orgullosa de entre sus ruinas, y á la par de la población había crecido su riqueza, presentando un porvenir lleno de prosperidades. Fué tanto el progreso que experimentó la agricultura que

(1) ERMOLDO EL NEGRO (*Ermoldus Nigellus*) escribió un poema sobre este sitio, únicos detalles que, aunque abultados, nos han quedado de semejante campaña (*Gesta Ludovici Pii*); poema que dió á conocer Muratori, y del cual varios historiadores han trasladado muchos fragmentos. En España se suprimió por primera vez en la *Gaceta* de Madrid, correspondiente al 10 de octubre de 1818. El *Asirónomo* (Vita Ludov. Pii), al hablar de esta expedición, dice que el ejército de Luis de Aquitania se dividió en tres cuerpos, poniéndose al frente de uno de ellos el conde de Gerona «.....alteri obsidionem urbis (Barcinonensis) injunxit cui Rostagnus Comes Gerunde præfuit.»

en breve escitó la codicia y la envidia de los condes, que se creyeron con derecho para oprimir á los colonos con crecidos impuestos, llegando hasta á disputarles, no solo el goce, sino también la propiedad de sus tierras y la posesión de las poblaciones que habían fundado en varios puntos de la comarca.

No pudiendo ya los catalanes soportar por mas tiempo semejantes vejaciones, se dirigieron á *Aix-la-Chapelle*, por medio de una comisión que contaba un crecido número de individuos para esponer sus quejas á Carlo-Magno. El emperador los atendió en sus reclamaciones, espidiendo en 13 de abril de 812 un *preceptum*, ó circular, como llamaríamos en nuestros días, que dirigió á los ocho condes de este país, Bera ó Bara (de Barcelona), Gaucelino, Gisclaredo, Odilon, Ermengardo, Ademaro (de Gerona,—según los historiadores de Languedoc), Laibulfo y Erlino,—y en el cual les decía: «Todos los que sustrayéndose á la dominación de los sarracenos se pongan espontáneamente bajo nuestra potestad, queremos sepais que los tomamos bajo nuestra particular protección, y que entendemos que conservan su libertad.»

Habia ya fallecido Carlo-Magno (á 28 de febrero de 814) (1) en *Aix-la-Chapelle*, sucediéndole Luis I, conocido por Ludovico Pio, cuando otra vez tuvieron que acudir al nuevo emperador los infelices colonos de la Marca, nuevamente vejados por los condes. En vista de estas quejas, espidióse otro *preceptum*, por el cual aquellos estaban obligados, como los demás hombres libres, á tomar las armas al llamamiento de sus condes, á los cuales competía regularizar el servicio. Debían también proveer de raciones, alojamientos y bagajes á los enviados del emperador y á los de su hijo Lotario; comparecer ante su conde, cuando fuesen llamados judicialmente, así en lo civil como en lo criminal. Las cuestiones suscitadas entre los colonos y aquellos á quienes cedían sus tierras, como precio del trabajo, podían ventilarse entre sí, según antigua costumbre (*more suo, sicut hactenus fecisse noscuntur*); pero los delitos de los terratenientes quedaban sujetos á la jurisdicción de los condes. Los colonos perdían el derecho de propiedad sobre las heredades que cultivaban, en el caso de abandonarlas, y volvían á su primitivo dueño. En lo demás, aquellos estaban exentos de tributos y dependían directamente del emperador; pero podían, según costumbre franca, hacerse vasallos particulares de un conde ó feudatarios suyos, si les parecía mas ventajoso. El original de este rescripto ó *preceptum*, estaba depositado en el archivo del palacio de Aquisgran, habiéndose sacado tres copias para cada ciudad, que se entregaron, una al obispo, otra al conde y otra para los vecinos españoles ó el pueblo. Con este motivo observó oportunamente el moderno historiador francés Romy, se reconocieron las tres clases ó brazos, como modernamente se han llamado, del clero, de la nobleza y del estado llano.

816. Necesario fué todavía que los moradores de la Marca tuviesen que acudir á la suprema autoridad del emperador, pues en 10 de enero de 816 espidió

(1) *Chronologie universelle*, por Ch. Lreys.

este un tercer *preceptum*, confirmando los anteriores y arreglando, en fin, las relaciones de estos habitantes entre sí. Por él se dispuso que los que se habían hecho vasallos de un propietario, y en cambio y remuneración habían recibido tierras de él, debían conservar su goce con las condiciones anteriormente pactadas; disposición que se hizo extensiva á todos los refugiados españoles que en lo sucesivo se establecieron en la Marca. De esta ordenanza se mandaron archivar siete copias en las ciudades de Narbona, Carcasona, Rosellon, Ampurias, Barcelona, Gerona y Beziers.

817. Luis, despues de tres años de haber sucedido en todos los dominios de su padre Carlo-Magno, separó la Gothia, ó Septimania, equivalente á lo que se llamaba antiguamente Gothia Narbonense; y despues Languedoc, de los del reino de Aquitania: «y habiendo reunido este á la corona, por lo tocante á la Septimania ó Gothia, juntó con ella lo que se había conquistado de los moros en España, esto es, en la que hoy llamamos CATALUÑA por la parte oriental, cuyo territorio se llamó MARCA HISPÁNICA, y de todo esto formó un señorío particular con el título de Ducado y Marquesado de la Gothia, ó Septimania, y de la Marca Hispánica, cuya capital fué Barcelona.»

826. Al cabo de algunos años, rota la tregua ajustada entre Ludovico y Alhakem, Aizon, godo palaciego, se insurreccionó en la Gothia, y fué conquistando pueblos y castillos hasta llegar ante los muros de Gerona, á la cual puso sitio, que tuvo que levantar por haber sabido que Mérida se había sublevado de nuevo á favor de los francos; y para acudir á este, abandonó la empresa, dirigiéndose á aquella ciudad. Empero, Abderraman envió tropas al mando de Abumerwan, quien derrotó á Aizon y á los francos, apoderándose de dicha población y luego de Gerona y demás pueblos, talando campiñas por do quiera, saqueando villas y lugares, derribando castillos, degollando cristianos.

850. Muerto Ludovico, sus sucesores se disputaron el imperio, y Cataluña fué teatro de variadas y reñidas luchas, pues volvieron á romperse las treguas que mediaban entre los francos y los sarracenos; luchas encarnizadas, durante las cuales debió de hallarse Gerona en amargos y apurados trances, puesto que las mas de las veces fué centro de ellas.

865-874. El ducado constituido por Luis de Aquitania en 817 con la union de la Gothia y los territorios de Cataluña, conquistados á los sarracenos, en 865 quedó otra vez separado, en castigo de haber ofendido á Carlos el Calvo el marqués Humfrido, á quien quitó el título y demás honores, y el marquesado se dividió en dos gobiernos: el uno mantuvo el nombre de Septimania, teniendo por capital á Narbona, y el otro se denominó MARCA DE ESPAÑA Ó CONDADO DE BARCELONA; el primero estuvo al mando de Bernardo II, y el segundo de Salomon, á quien sucedió en 873 Vifredo II el Velloso, que adquirió el condado á fuero de heredad, así como los anteriores condes lo habían tenido á título de precario ó de gobierno. Tal honor fué debido, según las crónicas, al valor que desplegó en las batallas, que al lado del emperador francés dió contra los normandos, derro-